



CONVERGENCIAS

Liderazgos que construyen paz y memoria



MUSEO
Casa de la Memoria



Alcaldía de Medellín
Distrito de
Ciencia, Tecnología e Innovación

Convergencias: Liderazgos que construyen paz y memoria

Fondo Editorial Museo Casa de la Memoria
Distrito Especial de Ciencia, Tecnología e Innovación de Medellín

Alcalde de Medellín:
Federico Gutiérrez Zuluaga

Dirección:
Luis Eduardo Vieco Maya

Coordinación editorial:
Juan Fernando Jaramillo Montoya

Edición y corrección de textos:
Daniela Perrone Martínez

Apoyo en transcripción:
Juan Pablo López Agudelo
Susana Velásquez Velásquez
Juan David García Ramírez

Apoyo en entrevistas:
Daniela Perrone Martínez
Juan Fernando Jaramillo Montoya
María Clara Ramírez Gómez
Santiago Restrepo Vélez
Susana Velásquez Velásquez
Catalina Castrillón Jaramillo
Jéssica Sepúlveda Arbeláez

Ilustraciones:
Daniela Perrone Martínez
Santiago García (pág. 10)

Fotografías:
Víctor Andrés Arroyave Toro
Federico Carranza Carvajal

Diseño y diagramación:
Daniel Cano Jaramillo

Profesional en planeación:
Carlos Ignacio Bernal Yong

Primera edición: julio, 2025
ISBN: 978-628-96735-4-8

© de la presente edición:
Museo Casa de la Memoria

Calle 51 # 36–66, parque Bicentenario
Medellín, Colombia
Teléfono: (604) 520 20 20
www.museocasadelamemoria.gov.co

Queda prohibida la reproducción total o fragmentaria de su contenido sin autorización escrita del Museo Casa de la Memoria. Así mismo, se encuentra prohibida la utilización de las características de una publicación que puedan crear confusión. El Distrito de Medellín dispone de marcas registradas, algunas de estas citadas en la presente publicación, las cuales cuentan con la debida protección legal.

Toda publicación con sello Alcaldía de Medellín es de distribución gratuita.

Los relatos, testimonios, reflexiones y datos que conforman este libro pertenecen a las voces de las líderes y participantes que los comparten. Cada aporte expresa su experiencia y mirada personal, y no debe entenderse necesariamente como una declaración oficial del Museo Casa de la Memoria. Esta obra busca dar lugar a la pluralidad de perspectivas que enriquecen la construcción de memoria.



CONVERGENCIAS

Liderazgos que construyen paz y memoria



Contenido

Una casa para la palabra Luis Eduardo Vieco Maya	7
Orlinda de la Misericordia Mesa Monsalve	10
Alejandra Arenas	22
Amparo Mejía	42
Anaidalyt Delgado	58
Ángela Grajales	69
Beatriz Amparo Serna	85
Camila Flórez	91
Carmen Romelia Palacios Hinojosa	99
Celmira Rivillas	111
Consuelo Arbeláez Gómez	121
Criselis Parra	134
Cristina Moreno Mosquera	144
Dayana Araceli Parra Tortosa	154
Diana María Vergara Gómez	161
Enith Moreno	171
Gisela del Socorro Castrillón	183
Gladys Puerchambud	192
Guillermina Córdoba Armijo	205
Hilda Domicó Bailarín	210
Isela Quintero	222
Leonelia Zapata	234
Lina María Palacios Lemos	245
Lorena Tamayo	256
Luz Bibiana Guerra	264
Luz Danelia Guarín	272
María Isabel Janjosoy	281
Marta Elena Ardila	290
Marta Emilia Zapata	296
Mary Luna Mora	308
Mary Luz López	317
Mónica del Valle Sequera Colmenares	329
Rosalba Rodríguez	344
Rosmira Villa	355
Soranyi Arconeri Holguín	367
Teresita Gaviria	379





Una casa para la palabra

Luis Eduardo Vieco Maya
Director del Museo Casa de la Memoria

Hay libros que se leen con los ojos.

Otros, con la mente.

Pero *Convergencias* es un libro que solo puede leerse con el alma.

Cada testimonio que aquí se recoge es una ventana abierta hacia territorios donde el dolor y la esperanza conviven, donde el duelo ha aprendido a caminar de la mano de la dignidad, donde la palabra se vuelve un acto de siembra y el recuerdo, un territorio que no se rinde al olvido. Este libro no es únicamente un compendio de historias: es un lugar vivo. Respira, late y convoca.

El Museo Casa de la Memoria nació para albergar precisamente eso: la huella indeleble que dejan las vidas atravesadas por la violencia, la resistencia y la fuerza colectiva de quienes, contra toda adversidad, siguen nombrando a sus seres queridos, siguen exigiendo justicia, siguen encontrando maneras de abrazar la vida.

Y *Convergencias* es, en ese sentido, una extensión natural de la misión que nos une: tejer, a partir de múltiples hilos, una gran urdimbre de humanidad.

Este libro es un mapa hecho de caminos que se encuentran. Caminos que parten de veredas pequeñas y barrios; de cocinas y plazas públicas; de cementerios que han sido testigos de la ausencia y de talleres de tejido donde cada puntada es una palabra. Aquí convergen voces que han aprendido a transformar su historia personal en memoria colectiva. Mujeres que cargan en la mirada la profundidad de lo vivido, pero también la determinación de no dejar que esas vivencias sean enterradas por el tiempo.

Así, estas letras nacen de la exposición anual de 2024 del Museo Casa de la Memoria, una muestra que trascendió lo expositivo para crecer como un espacio vivo de encuentro y escucha, en alianza con la Secretaría de las Mujeres de Medellín y ACNUR (y con la participación de fundaciones, corporaciones y organizaciones como Caribe Afirmativo, El Conde Letras, Putamente Poderosas, Fundación para Ciegos Ángel de Luz, entre muchas otras). Durante ese año, el museo se transformó en un territorio de diálogo en el que los objetos, las imágenes y los testimonios dialogaron con quienes ingresaban, convirtiéndose en actores activos del relato de líderes y lideresas. Las salas se convirtieron en talleres de corazón, donde cada voz resonó, cada gesto se entendió como palabra y cada fragmento de narración pasó a ser parte de una gran conversación colectiva.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Convergencias recoge y prolonga esa experiencia: las historias que en 2024 se compartieron desde el silencio de las fotografías y la textura de los objetos aquí cobran forma definitiva en la palabra escrita. Es un testimonio impreso del espíritu de esa exposición: una invitación a que las memorias y los liderazgos sigan caminando, encuentren nuevos públicos y sigan convenciendo de que la memoria compartida no es un mero recuerdo, sino un legado vivo que merece ser cuidado, escuchado y transmitido.

No es casual que quienes protagonizan estas páginas vengan de lugares distintos y hablen con acentos distintos. Cada una de sus historias es un cauce; este libro, un río donde esas aguas se encuentran. No hay un único tono: hay murmullos, hay clamores, hay silencios que dicen más que cualquier frase. Pero todas estas voces, al unirse, forman un coro que trasciende lo individual y se convierte en patrimonio de todos.

Cada testimonio que aquí aparece es como una nota musical que, al unirse a las demás, compone una sinfonía imposible de silenciar. Hay cantos de cuna que todavía recuerdan los nombres de los ausentes. Hay oraciones susurradas. Hay risas que irrumpen en medio de la narración de una tragedia, como si el dolor y la alegría hubieran aprendido a habitar el mismo cuerpo.

Este coro no se rinde. No acepta que las historias de las víctimas sean reducidas a cifras o a estadísticas. Reclama el derecho a ser narradas con detalle, con afecto, con la misma precisión con que se cuenta la historia de un héroe. Porque ellas lo son: heroínas cotidianas, cuya arma más poderosa ha sido la palabra y cuya bandera es la memoria.

En el Museo Casa de la Memoria hemos aprendido que escuchar no es un gesto pasivo. Escuchar es sostener, es validar, es permitir que la voz del otro nos transforme. Las páginas de Convergencias están hechas de esa escucha: la que ocurre en una sala de exposición, en un círculo de tejido, en la calle durante una movilización o en la cocina de una lideresa mientras se sirve café.

Por eso, este prólogo no es una presentación formal: es una bienvenida a un espacio de escucha. A cada persona que abra este libro le pido que lo lea con los cinco sentidos, que sienta el peso y el calor de las palabras que aquí se recogen, que imagine los rostros, los gestos y los paisajes que las acompañan.

Narrar no es solo recordar: es volver a poner la vida en movimiento.

Por eso, cuando una madre nombra a su hijo desaparecido, lo rescata por un instante del silencio que otros intentaron imponer. Cuando una comunidad cuenta la historia de su barrio, defiende el derecho a existir en sus propios términos. Cuando una lideresa registra en un cuaderno los nombres de quienes se han ido, está escribiendo un acta de resistencia para las generaciones futuras.

En Convergencias, narrar es también invitar a otros a hacerse parte. Este libro no pide solo que se lo lea: pide que se lo continúe, que se lo lleve a las escuelas, a las bibliotecas, a las mesas familiares, que se hable de él en las plazas y en las redes, que se convierta en un puente hacia nuevas conversaciones.

No puedo dejar de mencionar la belleza que se filtra en cada página. No es

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

una belleza superficial: es la belleza que nace cuando una comunidad, en vez de dejarse aplastar por la tragedia, decide bordar, cantar, sembrar, pintar. Es la belleza de una bandera blanca ondeando frente a un cementerio, de una canción improvisada que hace reír a quienes hace un momento lloraban.

Esa belleza es un recordatorio de que la memoria no es un lugar donde la vida se detiene: es un lugar donde la vida insiste.

Este libro es una promesa que no se firma con tinta, sino con actos. Una promesa de seguir buscando a los desaparecidos, de seguir contando las historias, de seguir reuniéndonos en torno a la memoria para impedir que el olvido se vuelva norma.

Como director del Museo Casa de la Memoria, recibo esta obra como quien recibe un legado: con respeto profundo y con el compromiso de cuidarlo y multiplicarlo. Pero este legado no me pertenece a mí ni al museo: nos pertenece a todas y todos los que creemos que la vida humana merece ser narrada con verdad, con afecto y con justicia. Invito a cada lector a dejarse tocar por estas voces. Que ninguna página pase como si nada. Que cada historia encuentre un lugar en su propia memoria. Que al cerrar el libro, sienta la necesidad de compartirlo, porque las convergencias no se guardan: se viven.

Este libro no termina en su última página. Es un llamado a continuar. A quienes lo lean, les propongo que lo asuman como una invitación a la acción: a apoyar los procesos comunitarios, a reconocer el valor de las víctimas como sujetas políticas, a exigir que se cumpla una responsabilidad en verdad, justicia, reparación y garantías de no repetición.

En el Museo Casa de la Memoria seguiremos trabajando para que estos relatos no se pierdan, para que las próximas generaciones encuentren aquí las huellas de quienes se atrevieron a contar su historia. Pero la memoria es tarea de todos: se construye en las aulas, en las calles, en los medios de comunicación, en las conversaciones cotidianas.

Cuando la última palabra de este libro haya sido leída, no será el final: será una puerta abierta hacia nuevos encuentros. Porque las voces que aquí resuenan seguirán buscando oídos atentos y corazones dispuestos. Seguirán caminando por los territorios, multiplicándose en otras bocas, resistiendo en otras memorias.

Convergencias es, sobre todo, un punto de encuentro. Y los encuentros verdaderos nunca terminan: solo se transforman y se renuevan.





Orlinda de la Misericordia Mesa Monsalve

Por ser siempre una llama que nunca se apaga.

Retrato a tres voces de Orlinda:

Su hija Juliana Ramírez, su nieto Felipe Ramírez y su amiga Celmi.

El nombre completo de ella es Orlinda de la Misericordia Mesa Monsalve, a mí me fascinaba mucho ese nombre por tan largo, tan religioso, tan bonito.

Orlinda era un amor en persona, ella era única. Es que yo no tengo palabras para describirla a ella. Sé que llevaba diez años acá en el Museo Casa de la Memoria, ella estuvo desde el principio y a ella, desde que entró acá, le cambió la vida. Ella decía que así no tuviera que trabajar, igual ella venía a lo que fuera, a dar una clase de tejido o a cualquier cosa. Ella amaba esto acá, le encantaba estar acá las 24 horas.

Cuando murió ella tenía 61 años, ella nació en Santa Rosa de Osos como en una veredita. Una tierra muy bonita, «donde se levantan muchos y se crían pocos» así decía ella. Una de las costumbres que ella tenía es que era muy rítmica, como por el sentido del humor. Ella le sacaba ritmo a un tema y hacía rimas como con sabor. Ella era muy graciosa, muy jocosa. Entonces, ella sacaba como su propia versión del tema, improvisaba como en poesía. Por decir cualquier cosa, decía: «Bienvenidas las mujeres del cielo, que con sus manos acarician su cuerpo», algo así. Sacaba rimas muy lindas, salía con esas coplas a cada rato. También, se las aprendía, las tenía copiadas y las guardaba en un libro, en una bitácora. Se recuerda a Orlinda con refranes como: «Estoy como Juan Orozco: cuando como no conozco».

Ella era una persona muy familiar, demasiado, a Orlinda todo el mundo la amaba. Ella empezó a relacionarse con esos trabajos comunitarios y sociales en busca de la verdad de lo que le había pasado a mi hermanito. Yo tengo un hermano que fue víctima de eso de falsos positivos, entonces, a partir de eso hizo parte de la Madres de La Candelaria, Línea Fundadora. También, de Orlinda recuerdo mucho que ella fue una de las primeras líderes en empezar aquí el taller «Costurero de la Memoria». Ellas iniciaron ese costurero en marzo del 2016, fueron como ocho costureras, entre ellas, pues, ella era la principal; la cabeza de familia. Ella inició ese costurero, entonces eran como ocho, entre ellas doña Mariela y doña Margarita, de las que me acuerdo. Con esas pocas ocho mujeres se empezó el primer taller del Museo Casa de la Memoria.

Yo me quedo sin palabras con esa señora, mis respetos.

Cuando sucedió lo de mi hermanito yo tenía 18 años, los dos, yo era la melliza de él. De hecho, mi hijo se llama como mi hermano: Felipe. Tiene uno de sus nombres porque cuando yo lo tuve a él, Andrés Felipe aún no era reconocido, entonces, si le ponía el nombre completo iban a quedar iguales nombre y apellidos —Andrés Felipe Ramírez Mesa— entonces, no servía para la investigación.

Cuando el niño nació nosotros no sabíamos que mi hermano había muerto, pero ya estaba desaparecido. Todo ese proceso fue por mi mamá, ella fue la que empezó todo. Mi tía sí le mostró todo eso; ella la llamó para un lado, para el otro y Orlinda para todo lado iba en búsqueda de la verdad.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Cuando el niño nació no sabíamos que mi hermano estaba muerto entonces yo le puse a él Felipe para que cuando él llegara viera que siempre estuvo en nosotros. Pero, bueno, además que allá en el cielo él ya debe estar disfrutando a mi mamá. Nosotros la disfrutamos acá muchos años, ahora, él ya está disfrutándola. Aunque, yo digo que uno no alcanza a disfrutar a las personas a lo máximo; uno quisiera disfrutarlas después de que ya no están y aprovecharlas, pero entonces ya es demasiado tarde.

Nosotros cumplimos 18 años en octubre y a él lo mataron el 17 de abril, cinco meses después de cumplir los 18, cinco o seis meses: noviembre, diciembre, enero, febrero, marzo, abril... seis meses después lo mataron. En sí, desapareció de la casa el 16 de marzo del 2007, pero ahora sabemos que a él lo mataron en cuestión de un mes: él se fue el 16 de marzo y a él lo mataron el 17 de abril. Nosotros recibimos la llamada de la confirmación de muerte el 28 de abril del 2010.

Cuando él estaban todos esos falsos positivos que sacó Uri... no sé, no me consta nada. Yo de politiquería, de gobierno, de guerra, de todo eso, no sé, ni me interesa. Perdón. En fin, él se fue a trabajar, supuestamente, cuando eso se llevaban los pelados así. De pronto, se escuchaban historias de que «ay, venga a trabajar con un amigo» y así se llevaron un poco de gente por allá en Picacho y no solamente en Picacho; en todas partes de Colombia. Existió mucho falso positivo, hubo muchos desplazados, también. En esos cayó él.

Cuando eso pasó, mi mamá fue a ese periódico La Chiva. Ella puso el aviso —de eso ella tenía recortes de periódico—, ella puso la denuncia de su desaparición en el CTI, en fiscalía, en todas partes. No le daban razón.

Se estudiaron tres años las huellas de él porque a él le metieron un tiro acá —se pone la mano en el lado inferior izquierdo del pecho— y uno acá —se pone la mano un poco más arriba—. Yo me imagino que cuando le pegaron el tiro se mandó la mano y las huellas quedaron con mucha sangre, muy empañadas. Así que las tuvieron que estudiar mucho.

Al menos le entregaron a Orlinda unos huesos diciendo que era él, no sabe uno si sí le entregaron los huesos de él, pero él ya estaba muerto. Una persona que pierde tantos años sin una llamada... Esos eran los restos de él, sino que uno como ser humano, como familia y como doliente no lo acepta.

El día en que a mi mamita le entregaron los restos, ella tuvo que ir hasta Puerto Berrío. Nosotros nos pusimos a pedir porque ella tenía que ir a hasta allá y le tocó ir sola. Eso fue muy duro. Yo tengo una foto de ella por allá con la bolsita roja, se la entregaron solita. No pudo ir con nadie. Así como viene un dulce, así venían los huesitos en una bolsa roja pegada con cinta, y a partir de ahí empezó el sufrimiento de Orlinda...

Cuando fue la entrega, una de las partes de la entrega del hijo para hacerle como la santa sepultura allá en el mausoleo del Cementerio Universal, ella me invitó a mí como su amiga. Eran muy pocas las invitadas, la familia primero que todo. Ya después de que nos vimos tan amigas, ahí fue donde me fue contando

cómo fue la desaparición, cómo fue el proceso de esa investigación que hizo ella sola. Porque ella partió sola a buscar a su hijo.

Yo digo que uno la veía normal, pero ella era la que llevaba el dolor. Ella empezó a buscarlo, pero ya después de eso, ella empezó como a ser víctima del gobierno. ¿Cómo se dice?: del Estado. Orlinda se empezó a reunir con la gente. Ya no se quedó quieta en la casa. Ella tenía que saber que le había matado a su muchacho la guerra.

Yo me la imaginaba por las calles de Segovia, con el calor más berraco que hacía allá, eso es caliente por todos los extremos. Entonces, yo me la imaginaba a ella grande, voluptuosa, con sus zapatos gastados y sus cachetes colorados del calor tan bravo. Es que eso revienta el asfalto, así que, para caminar, ir hasta el cementerio, me imagino ese calor tan bravo. Siempre me imaginé eso, sus pies hinchados, el cansancio y el sudor más berriondo

Yo siento que cuando supo las cosas sí hubo un descanso. Así, ella ya sabía adónde ir a visitarlo. De hecho, mi hermano está en el Cementerio Universal, pero él está en un mausoleo, o sea, esos huesos de ahí no los pueden mover, no, nada. También, ella estaba en el colectivo de víctimas y la labor de nosotros como líderes en el Museo Casa de la Memoria inicia con un proceso de víctimas. Más que todo con el memorial de la parte externa, ahí aparece su hijo, alguien de Segovia. Y yo decía «pero ¿quién es esta persona de Segovia?». Era el hijo de Orlinda, ella fue la que me dijo que era el hijo de ella. La única placa que dice Segovia es la placa del hijo de Orlinda.

En ese taller de líderes y de víctimas, ahí nos encontramos como con 30 personas, más o menos. Abuelas, hijos, nietos, padres y madres, hermanos, familiares. Estuvimos ahí en ese proyecto como voluntarias cuatro o cinco meses. Al final de ese voluntariado, tuvimos un reconocimiento económico, unos incentivos. Ya después de eso, nosotros como líderes del Museo empezamos. Ahí yo me acerqué demasiado a Orlinda. Para mí era una media hermana, una hermana más. Mejor dicho, nos adoptamos la una a la otra.

Ella debido a... no sé, yo no sé ni cómo explicarle, ella se metió a todo eso por eso. Yo no sé mi mamá de dónde sacó tanto conocimiento para todo eso, ella no estudió, no tuvo ningún tipo de carrera, bueno, ella no pasó de la primaria. Más, sin embargo, fue muy inteligente mamá. A ella le gustaba mucho estar en fundaciones, aportar en fundaciones. También, reunirse con tejedoras, con madres tejedoras a replicar ese legado. Sí, ella no se quedaba quieta. Ella, más que todo, actuaba alrededor de su tejido, claro que ella aquí difundió demasiado sobre el reconocimiento de víctimas, por ejemplo, en Madres de La Candelaria. Ella después se dedicó a ir de lleno cada ocho días a la iglesia de La Candelaria, los viernes al mediodía; ella no faltaba ahí, fuera lo que fuera.

Yo me alegro mucho porque, para ella, ese taller, estar perteneciendo al colectivo Madres de la Candelaria - Línea Fundadora le ayudó mucho. Ella estaba con el dolor de la pérdida de su hijo y, de esas maneras, ella estaba haciendo catarsis, disipando, sacando algo de ella. Y con la estaba aquí en el Museo Casa de la Memoria, para mí, ella superó demasiado esa crisis de tristeza, de enojo, angustia, su rencor.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Orlinda, también, era muy callejera, eso sí. Era madre, sobre todo, nosotros éramos cuatro y quedamos tres. O sea, tuvo tres partos y cuatro hijos porque mi hermano era mellizo mío. El único difunto es Felipe. Estamos tres vivos: somos dos mujeres y un hombre, obviamente, siendo yo la última del parto, pues, soy la niña de los ojos. Ella era muy empática y alegre, parece, mi mamá y yo manejábamos una relación de ella y yo y yo y ella ¿cierto? Éramos uña y mugre, siendo yo el mugre. Éramos callejeras las dos.

Justo ahora, la mayor cumplió 42, algo así, Luis cumplió 39 y yo 36.

De Orlinda yo recuerdo mucho, que no se me olvide, que ella era muy dádiva. Ella se entregaba con mucho amor. Ella daba todo por mantenerse difundiendo información sobre la desaparición y sus víctimas. Eso es lo que hacía también con las tejedoras. Ella era muy bondadosa, cuidaba mucho.

Peliona, era muy peliona de echar cantaleta, pero ella era un amor. Tenía un carácter fuerte, sí somos de temperamento brusquito. Él parece más hijo de mi mamá que mío, él es «Orlindito» en todo, desde pequeñito. Hasta se le pegaba a mi mamá para ir a hacer las novenas o tomarse un tinto.

Eso era otra cosa, a mi mamá todo el mundo por allá en el Picacho le llegaba a pedir las novenas. La novena es como un rezo que se le hace al muerto por nueve días las novenas. Ella se las sabía de memoria, mamá cogía el libro y se hacía la boba, dizque leía mirando a la gente y con la camándula. Mi mamá le hizo las novenas a todo Picacho. Ya a lo último, yo le decía que no se comprometiera con las novenas porque ella estaba en muchas cosas y varias veces llegaba a la colina y no le daba. Le resultaba una salidita y entonces no podía porque estaba haciendo las novenas. Orlinda era la de las novenas en Picacho, ¡novenas lindas las que hacía Orlinda! A todo el mundo le fascinaban las novenas de ella porque yo no he visto a alguien que las haga así. Yo tengo una que me la sé de memoria y no fui capaz de hacerla.

A nivel comunitario había un reconocimiento de Orlinda en el Picacho, todo el mundo tenía qué ver. Eso fue increíble el día del velorio de mi mamá, o sea, la velamos en Villanueva y había gente abajo, en las escalas, afuera, la sala de velación llena. A Orlinda todo el mundo la quería.

Esa enfermedad de mi mamá fue así de momentazo, fue una leucemia aguda. Orlinda estuvo en el Museo Casa de la Memoria desde el principio hasta su enfermedad, o sea, hasta el año pasado. En octubre 24 del 2023, ella se fue para urgencias, en las horas de la tarde, y ya no volvió.

Ocho o nueve meses duró en la clínica, entonces, a raíz de su enfermedad, ella no podía estar mucho tiempo por fuera. Fue triste también como esa despedida de Orlinda. Pues, yo estaba muy pendiente de ella: todos los días nos llamábamos, nos saludábamos, fuera lo que fuera. Yo me apegué y ella se pegó mucho. Es más, la hija Juliana, me dijo «Celmi, muchas gracias por querer tanto a mi madre».

Yo le decía a mi mamá que eso iba a ser mera anécdota, «mera historia va a tener usted para contar» porque ya la veía bien. Pero lo de mi mamá fue muy raro porque a ella no la mató la leucemia, el cáncer no la mató a ella. La mató un virus, una bacteria que se le consumió los pulmones; se le comió la lengua y se le consumió

los pulmones. Eso fue ya a lo último —en esos hospitales se cogen todas las bacterias— y a ella hasta le hicieron el trasplante de médula en el que el donante fue un hermano y fue 100 % compatible. Salió bien, ella ya había superado todo en un 80 %, entonces, le dieron salida después del trasplante. Luego, le dio como un brote en la casa, se la llevaron para el hospital, se mejoró y le pusieron una cita el 13 de junio.

Le dio ese brote en la carita, pero parecía quemada. Nosotros la llevamos a esa cita el 13 de junio y la dejaron ahí. Desde ese día la doctora la entró por urgencias, pero la aislaron por la condición de ella y, bueno, al final no salió con vida de allá. Fue muy todo lo que pasó Orlinda. Yo creo que es injusto lo que ella vivió, pero Dios es perfecto. ¡Habiendo tantas personas que desperdician la vida! Pero bueno, ella hasta el último día de su vida estuvo alegre.

Algo destacable de Orlinda es que ella resistió tanto, toda bonita, a diario era sonriente, seguía con esa jugosidad de estar alegre. Muy bonita. De eso sí tengo un recuerdo muy lindo: «Todos los días estoy luchando. Aquí estoy, vivita todavía» así me decía. Nosotras estábamos muy en contacto y nos buscábamos. Yo creo que tanto del ánimo de ella como del mío. A mí me dio muy duro, todavía le da duro a uno saber que Orlinda no está.

El domingo le pregunté yo a María: «¿Qué pensaré mi mamá?» Pues, yo la miraba y me parecía injusto lo que estaba viviendo ese ser humano que había entregado tanto, ella no merecía eso. Por ejemplo, en la unidad hay un señor al que recién le diagnosticaron algo y apenas me di cuenta, yo le dije a la hija: «No le deje hacer las quimios, yo digo que sufren más con eso que el dolor de la enfermedad». Pues, yo no sé qué es tener ese dolor, pero yo me imagino que es más soportable que lo que les toca vivir con esas quimioterapias. Eso es lo peor, yo nunca había vivido eso y nunca me imaginé vivir nunca eso. O sea, la quimioterapia era algo que le metían en la sangre, yo me imaginaba otra cosa. Uno veía a Orlinda mientras le hacían eso y pensaba que eso no le iba a hacer nada, pero al otro día ya estaba poniéndole pañales. ¡Pañales a Orlinda!

Lo primero que ella nos dijo fue «no me vayan a meter a la UCI», «no me dejen entubar hasta el último día». El doctor me dijo que, si ella no se dejaba entubar, ella no aguantaría. Yo le pregunté, entonces, si aguantaba a conocer al bisnieto, ese era el primer bisnieto de ella y nacía por ahí el 15 de agosto, él me dijo «no, es que la mamá no aguanta hasta allá, no aguanta». Así fue, murió el 23 de julio.

Dos días antes de ella morir, el domingo, como le estaba contando, yo le dije María: «¿Qué pensaré mi mamá?», ella me dijo que le preguntara.

—Mamá, ¿qué piensa usted? ¿qué siente? ¿qué le pide a Dios?

—Salud —me dijo, pero ella estaba ya con la mitad de la lengua en carne viva por el hongo.

—La otra semana nos vamos de acá. Yo la otra semana me voy de acá —así balbuceando.

Pero no dijo para dónde, me dijo «me voy»; así dijo ella.

Yo me quedé el domingo para amanecer lunes. A las nueve de la mañana que yo me subí para la casa, yo me despedí de ella. Ella me echó las bendiciones, yo no

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

fui a amanecer el martes. Yo le dije: «Mita, en la tarde bajo». Como a las seis ya no era mi mamita, la que yo vi acostada ahí no era mi mamita.

Orlinda era el pilar de nosotros, Orlinda se fue y ya uno está por estar. Mi Orlinda me amó todo lo que pudo y yo tengo dos hijos y los amo, pero no, mi mamá es mi mamá. Ahora sí entiendo que el destino le cambia la vida a uno.

Ella era muy resiliente, en general, después de lo de mi hermano. Ya de por sí a nosotros nos cambió también la vida después de que murió el esposo de mi mamá. Ella no fue la misma desde que murió Darío.

Darío que no mi papá de sangre, no, pero sí es mi papá y el papito de mis hijos. Toño murió en el 2020: el 13 de julio del 2020. Mi padre de sangre falleció el 19 de enero del 2021. Fueron muy seguidas las dos muertes de ellos, pero Orlinda se casó con Darío hace 29 años; mi mamá se dejó con mi papá desde que yo tenía siete o cinco años. Yo tuve a mi papá, pero yo fui una mujer muy afortunada porque tuve el mejor padrastro también y el mejor abuelito para los niños.

Mi tía María es la que se sabe esa historia de amor. Lo que yo había escuchado de mi mamita es que no se conocía con mi papito —o sea, con Darío— y mi tía María se lo presentó a mi mamita, pero que ella le dijo que no porque él estaba mueco. Ahí ya no me acuerdo de más.

Él no sufrió mucho, sino que él sufría la enfermedad de asfixia y él estuvo conectado a ese aparato de oxígeno, él era muy juicioso con eso. Pero ya a lo último, —a pesar de que era el tiempo del COVID, no lo mató eso tampoco— a él le dio estreñimiento y él ya no aguantaba, entonces, mi mamá lo llevó por urgencias, una cosa, la otra, le pagó un médico particular, todo eso. Pero todo lo que le mandaban eran laxantes —laxante, laxante, laxante— y, de tanto laxante, se le bajó el sodio. Así perdió la conciencia; ya él se estaba asfixiando en la casa y no reconocía nada en los últimos días.

En la casa de nosotros dormíamos mi papito y mi mamita en la pieza de acá adelante y yo en la pieza de atrás, pero antes de acostarnos yo me quedaba en la pieza de allá viendo televisión. Un día, antes de mi papito morir, en la televisión estaba sonando una canción «Amor Amado» y mi papito, a pesar de todo, con la conciencia así, le cantó toda la canción a mi mamita; la cantó toda. Y, también, el día que mi mamita iba a morir, el domingo, mi tía le puso la canción y ella cantó todita.

Ellos, mis hijos, se criaron con mis papás. Felipe era el que más vivía allá con mi mamá, en la casa de mi mamá. De hecho, mi mamá murió y él se quedó en la casa de mi mamá.

Mi mamita estuvo nueve meses en el hospital y yo me quedé viviendo en la casa solo.

Ella sabía llevar ese equilibrio entre su vida entregada a la comunidad y su vida personal muy bien. O sea, ella era muy cantaletosa —«de malas, entonces me quedo aquí peleando con ese otro, poniéndole la mala cara a ese otro»—, de todos los días, por una cosa o por la otra, pero era muy cariñosa también. Todos teníamos nuestro templo en mamá.

A ella, además, le gustaba salir mucho. Era callejera, ¿no le digo? A donde la invitaran, ella iba, ella no le decía que no a nada. Felipe era el pegote de ella, ya a lo último mamá ni siquiera le decía que iba a salir porque se le pegaba a todo. Celmi me lo decía todo el tiempo que ella era así. A Celmi también le dio muy duro; ella se iba hasta a amanecer a la casa. Con mamá, estando aliviada, se iban a callejear juntas, las dos patialegres. Yo ahora pienso que uno está tan cohibido de todo y quizás mañana no está uno vivo. Hay que aprovechar el tiempo que le queda a uno y no malgastarlo ¿cierto?

Mi mamá se aprovechó, incluso, el 28 de abril, tres meses antes de morir. En su enfermedad, que ya no podía salir sola, se nos voló: mi sobrina hacía la primera comunión por allá en Moravia o en Zamora; en otro barrio por allá. Ella fue con su gorrito, su bastoncito, ella sola, a la iglesia. Llegó sola, mi hermana casi se desmayó ese día. Mi hermana cumplía 30 años y le hicieron la primera comunión para aprovechar a mi mamá en la calle porque, prácticamente, toda la enfermedad de mi mamá fue en el hospital. Solamente tuvo como tres salidas, fue en una de esas que se voló sola, cogió taxi, llegó a la iglesia y ese día en la fiesta... ¡mejor dicho! Ella comió como si no hubiera un mañana, hablaba con todo el mundo, hablaba y hablaba.

Ese día estaba contenta, pero contenta. Estaba feliz. Ese día en la fiesta de la primera comunión, ella estuvo como si fuera la única fiesta, como si no hubiera un mañana. De hecho, ella era tan callejera que ya había planeado un viaje para Cali, creo, se la iban a llevar a un paseo para cuando ella saliera de allá del hospital.

Orlinda disfrutaba todo. Orlinda era risitas, risitas. Como abuela peleaba mucho con los nietos, ella tenía a un nieto preferido y ella se lo decía a él: «Así le duela, mijo, así le de mucha rabia: al que más quiero es a Daniel y después a usted». Y Felipe se enojaba. Daniel fue el primer nieto de ella; ahí no hay poder y eso que no lo veía; Daniel ha sido muy encerrado, pero ese era el amor de ella. Era enamorada con el alma de ese pelado.

Orlinda era la mejor; la mejor. Yo me embaracé estando en la casa, yo los levanté allá con los viejos y ya yo me salí de la casa. Pero ellos siguieron ahí, cuando yo tuve a mi bebé, mi primer niño, yo no sé si lo quería más el padrastro mío o mi mamá. Yo no sé qué vamos a hacer este diciembre, adónde nos vamos a ir. No he querido pensar en eso. Toda la navidad era en la casa de ella, toda la familia iba a la casa de ella. Mija, ojalá yo tuviera a Orlinda para que me echara la cantaleta, así no me hablara y solo me echara la cantaleta, ¡qué más quisiera uno!

Son muchos recuerdos bonitos también porque quedaron muchas historias vivas de ella en su tejido. Ella hablaba mucho de sus cuatro hijos y siempre nombraba a ese hijo desaparecido. Siempre los bordaba y los nombraba en sus tejidos.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

A Orlinda ya la entendíamos después de que murió el viejo; ella no volvió a ser la misma. La vecina de abajo, yo le iba a contar, me dijo «Juliana, póngale mucho cuidado a su mamá porque yo la escuché diciendo “Ay, mi viejo, ya que me dejó sola lléveme ligero”». La escuchó desde la casa la vecina, mamá estaba recostada en la acera como se recostaba el papito y ponía las manos en la barra. «Lléveme ligero» decía, entonces, a veces uno no sabe. Yo me imaginaba lidiando con Darío y con mi mamá de viejitos...



GLOSARIO

Memoria

Orlinda ya estaba entregada a eso, a todo eso. Yo me imagino que memoria es lo que le queda a uno de lo vivido.

Perdón

Perdón, perdón, pero ella nunca olvidaba.

Yo creo que mi mamá no perdonó la muerte de mi hermanito nunca. Ella veía a un policía, a un soldado y era haciendo mala cara. Ella nunca perdonó la muerte de mi hermanito, o sea, era muy imposible para ella.

Yo tampoco lo perdoné: mis hijos no prestan servicio, yo les compro la tarjeta, yo se las pago. Yo no le regalo un hijo al Gobierno, ¿a quién se le ocurre que si es un hombre tiene que prestar servicios? ¿quién dice eso? Es mi pensar, puedo ser muy bruta para opinar o para expresarme en ese sentido, pero yo a mi hijo no lo regalo al Gobierno. Yo he escuchado que eso es una experiencia que, por mí, que no la vivan; por parte mía no la viven. Yo les compro la tarjeta, así me toque doblarme, me doblo y se las compro. ¿Qué es eso de servir a la patria? ¿cuál es la patria? ¿le vamos a servir a quién? Qué pesar de los soldados que se van a vivir por allá a un monte ¿para qué? De cierta manera la guerra no se va a acabar nunca, eso es algo que no se va a poder por mucho que quieran.

Paz

Para ella la paz era estar en armonía, estar en comunidad, estar en reunión, en amor con su familia.

Yo digo que, para mi mamita, no había paz. Mi mamita no tuvo paz en ningún momento. Mi mamá nunca tuvo paz después de que mi hermano desapareció y se lo entregaron en unos huesos, en una bolsa le entregaron a un hueso, entonces, ella no perdonó la muerte de mi hermano. Después de que murió mi hermano no tuvo paz.

Yo digo que la única paz que tenía Orlinda era en el Museo Casa de la Memoria. Ella acá no pensaba nada de lo personal suyo y llegaba a la casa con bitácoras, una cosa, la otra. ¡Padre Santo de todo!, imagínate que no hemos podido terminar de sacar toda esa manualidad. Todo le servía.

Ella tenía un museo en la casa y tenía una biblioteca —¡pero una señora una señora de biblioteca! —con demasiados libros. Y todas las paredes llenas de fotografías por todas partes y un montón de cuadernos con más fotos. Incluso,

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

tiene las uñas pegadas de recién nacidos, tenía un ombligo, no sé de quién, metido en alcohol. Muchacha, más de 40 años eso ahí, imagínese. Tenía la bañera en la que bañaban a mi hermanito y parecía nueva.

A ella le gustaba acumular cosas.

Reparación

No hay una reparación. No hay nada que llene eso. No hay una reparación. El dolor sigue y sigue. Cada día que pasa más se siente...

No era lo económico, sino algo muy simbólico para ella. Esa representación, ¿cierto? Yo creo que eso lo encontraba con el tejido.

Alegría

Yo creo que eso lo encontró acá en el Museo Casa de la Memoria, por eso se llenó tanto de acá. Ella decía: «Mija, es que yo allá me siento en la casa». Como todos le mostraban el afecto y el amor a ella porque, obviamente, aquí se ayuda a las personas. Tal vez, también, esa haya sido su reparación.

Yo creo que, a mamita, la verdad, le daba alegría la lora que tenía: Rebeca. En la enfermedad, ella se la entregó a un vecino para que la cuidara y nosotros se la dejamos a él. Si ella confió en él para que la cuidara, entonces, se la dejamos a él. A ella le regalaron a la lora después de que murió Darío para que la acompañara. Ella se levantaba y lo primero que hacía era darle los buenos días a la Lora. Eso era lo único que le daba alegría y estar acá en el Museo. ¿Cómo decirle? Orlinda era muy alegre, era de temperamento, pero era muy alegre. Tenía ese sentido de humor y también era muy dada al sembrar. Mamita tenía un jardín también en la casa y le gustaba la siembra.

Sanación

Sanación, como se dice, no. Uno queda con cicatriz, con secuelas, estamos hablando de víctimas, de lo que pasó, es decir, eso le cambió mucho la vida. Después de todo, uno pierde un ser querido y más ella que perdió a su niño, su mellicito; ella quería mucho a ese pelado. No creo que haya sanación ni olvido.

Sanación para ella, me imagino, que era unir la comunidad. Estar en contacto, reírse, charlar. Tenía bastante sentido del humor.

Medellín

De Medellín, ella era la reina del Picacho. Ella solía presentarse, entre risas: «Yo soy Orlinda de la Misericordia Mesa Monsalve, la reina del Picacho».

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Medellín, para ella, era la felicidad. Orlinda daba gracias porque tenía su vivienda. Aparte de la reparación económica que llegó de la desaparición de su hijo, pues, su hijo le dejó una casa. Ella reparó la casa de pies a cabeza. Ella la hizo de nuevo. Anteriormente, yo la visité cuando ella vivía en una casita de latas —como yo la había conocido desde hace muchos años—, pero ahora último, ya la casa era de primera y segunda planta, muy bonita. La disfrutó, bueno, ocho, diez años, pero la disfrutó mucho.





Alejandra Arenas

Mi nombre es María Alejandra Arenas, mujer constructora y transformadora de paz. Una mujer que vive enamorada de la construcción de la memoria. Que vive enamorada de que en su comuna y en su territorio, el proceso de paz simplemente sea claro y real. Por eso estamos en este momento donde vamos a iniciar la construcción de un observatorio de paz, derechos humanos y memoria.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

La palabra memoria me mantiene a mí enamorada y por eso soy directora de una organización que se llama «Red Legítima Sobreviviente», de la Federación Mundial de Mujeres por la Paz en Colombia. De allí nos venimos soñando una puesta en nuestro país, en Colombia, en nuestro territorio, en nuestra ciudad, pero también en nuestra comuna: Que la memoria se reconozca como derecho y en este momento me acuerdo de mi frase memorable... yo creo que sí es verdad: «Sin memoria no hay paz». Esa es la frase que me identifica. Esto es como un, digamos, como lo que resume qué es Alejandra Arenas. Es la frase que resume por qué respira, por qué vive y por qué sueña Alejandra Arenas. La construcción de paz y la memoria colectiva porque son de todos y todas.

Lo más importante que nosotros como organización —ya sea de paz, de víctimas, de derechos humanos, de no repetición y de tantas otras cosas que buscamos— tenemos de misión es: la memoria se debe reconocer como un derecho humano. Y espero que la vida me alcance para ver eso porque he logrado muchísimas cosas desde ahí, muchas, muchas, reivindicando esa frase. Tenemos una caravana por la memoria, la paz y la vida que se hace en este país y se hace en mi comuna y llega aquí. Eso fue un sueño de esta loca, una loca que ama los derechos humanos como esposo de la paz y la paz como su compañera permanente. La caravana que hacemos hace muy poco tuvo la quinta versión, articulada con el Museo Casa de la Memoria del que siempre hemos vivido enamoradas. Siempre la caravana llega hasta acá y siempre ha sido un éxito, año tras año, y este no fue la excepción, sobre todo, siempre con el acompañamiento de las personas.

Esta es nuestra casa, con el nombre que sea a la cabeza, no importa, porque hemos sido muy de buenas. Los directores que ha habido han tenido esa sintonía. Hemos tenido esa sintonía con los directores y ha sido algo maravilloso. Nos han tocado cosas duras: era ir al Consejo de Medellín y gritar «sin memoria no hay paz» y «la Casa de la Memoria se tiene que arreglar». No se hablaba de memoria porque eso era una palabra muy linda, pero estaba ahí en letra muerta de memoria. En nuestro Plan de Desarrollo, la frase «sin memoria no hay paz» quedó. Ahora veo que el Museo Casa de la Memoria está más lindo, más cuidado y eso me pone feliz. Me pone muy feliz porque el Museo Casa de la Memoria o el Cementerio Universal son unos espacios de memoria inmensos.

Ahora, también hay espacios de memoria comunitarios como la Casa Vivero Jairo Maya y ahí se van construyendo esos sueños. Esta semana que nos premiaron a las buscadoras de personas dadas por desaparecidas me dio mucha alegría. Mi vida ha vivido pegada al Museo Casa de la Memoria.

Yo creo que esos espacios de memoria en los territorios son supremamente importantes. Hay que cuidarlos, amarlos, quererlos, pero también acompañarlos. Desde la Organización de la Red de Víctimas, nosotros somos 8.000 personas en la comuna, 8.000 seres humanos que están en esa organización. Tenemos muy presente los derechos humanos, que son exigibles para todos. Yo le he dado 30 años de mi vida a los derechos humanos y a la paz. Siempre tuve un sueño y era la palabra memoria porque a medida que uno va caminando la vida, los territorios

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

y las acciones, va viendo que hay cosas que llenan y que llenan más. La palabra memoria, para mí, tiene un sentido tan grande. Y es que me dicen «esa es la loca de la memoria» y yo me pongo feliz. Siento que me dieron el piropo más bonito en la vida, pues sí, para mí esa es mi vida. En mi comuna dicen «esa es la loca que mantiene por ahí hablando de paz» y yo pienso «pero qué loca tan cuerda».

En un espacio muy grande, en el ITM, alguien salió y dijo que es una utopía; «la paz es una utopía». Yo sentí que me habían pegado un golpe muy grande, yo me paré y dije: «¿Cómo?! Entonces mi vida en 30 años ha sido una utopía, entonces yo estoy muerta y desaparecida, pues porque para mí esa palabra de la paz es un sueño». Es que yo lo vivo, lo respiro, lo sueño, lo lloro, me duele y me hace feliz lo mismo que la memoria. Entonces, somos pocas organizaciones o muchas, de pronto, que hablamos de memoria, pero hay unas que tenemos, yo creo, un enfoque más grande, yo creo que es un enfoque más abierto de pensar en la memoria.

Hay muchas comunas, empezando por la mía, cuando yo hace cinco años me soñé una caravana, llamé a los muchachos, unos artistas urbanos de la comuna.

—Oiga, ¿por qué no hacemos una caravana por la paz, la vida y la memoria?
—les dije un día.

—A esta ya se le corrió el techo —me contestó alguien por ahí.

—Pero bien corrido y me voy a montar en ese sueño, así sea la última cosa que haga —eso le dije.

Nos montamos en ese sueño hace cinco años que fue la primera caravana. En todas partes salgo llorando porque para mí era un sueño que no pensé que se iba a dar. Yo pensé que la caravana era de cuatro locos cantando en unos carros y Alejandra goleando la bandera y bajando la comuna hasta llegar aquí. Pero a medida que iba saliendo del territorio, a medida que iba pasando, se iba llegando la gente, y para mí era un sueño ver que en las ventanas de mi Comuna 8, la gente salía con sábanas blancas o toallas. Y eso para mí era algo...

«Eso no va a salir», «eso no se va a dar más». Y, sin embargo, empecé a buscar: «me regala flores», «me regala tal cosa». Vine aquí, a la alcaldía, a una pila de secretarías y me demoré un tiempo. ¡Y qué sacrificio para conseguir los carros y qué sacrificio para hacerla! Pero, qué reconfortante cuando nosotros salimos de arriba del barrio Sol de Oriente —porque allá está el espacio de memoria Jairo Maya, un espacio comunitario en memoria—, qué bueno... muchas connotaciones y muchas cosas malucas y buenas, pero es un espacio de memoria que yo reivindico desde lo que yo creo. Mi sueño es verlo bonito, mi sueño es verlo de nuevo y por eso estoy luchando con muchas connotaciones.

Resulta que cuando tú te vuelves una persona con un poco de reconocimiento... y yo siempre lo digo en las reuniones: «Ese reconocimiento no se compra». Yo no le llego a una tienda a pedir 15 pesos de reconocimiento. Cuando una mujer, digámoslo así, un ser humano empieza a recibir, o a recoger, lo que ha trabajado, porque tener reconocimiento es recoger las acciones que tú has hecho en los

territorios, te vuelves un foco de envidias, de rabias, de chismes, de malos rumores y muchas cosas. Siempre pasa eso muchas veces. Al principio uno se siente como como aburrido, y a ratos con ganas de tirar la toalla. ¡Carajo! ¡Qué se venga todo abajo! Pero otras veces pienso: «¡Qué hermoso es poder hacer cosas de los sueños que uno tiene como ser humano!».

Mi Dios ha permitido que una mujer como yo salga adelante; una mujer montañera, que salió del municipio de Frontino, la sacaron con el espejito, desplazada, sufriendo desaparición forzada con segundo de primaria, con tres niños debajo del brazo y con la maleta los pobres. ¿Tú sabes cuál es la maleta de los pobres? Una bolsa de basura con ropa, esa es la maleta de los pobres, así nos sacan a los pobres. Los que no se sacan las gallinas y los marranos, nos traemos la ropa y los hijos debajo del brazo. Entonces salimos con la maleta de los pobres y con esa es que llegamos siempre a la ciudad.

Frontino, de donde soy, es un municipio que ha sido muy vulnerado por el frente 48 de las FARC, por las AUC y por todo lo que ha pasado. O sea, es un municipio que tiene un corregimiento que se llama Nutribar, es un corregimiento que ha sido un corredor donde se sube como cuatro o cinco días a caballo y sale por allá donde mataron al gobernador. Por allá en Urrao, imagínese donde será eso, eso es por allá en la quinta porra, por allá cerquita al cielo negro, por allá cerquita.

Cuando eso por allá no había sino caballo, entonces uno salía a caballo. Allá desplazaron a mi mamá, me desplazaron a mí. Allá conseguí esposo, allá me lo mataron, me dejaron con tres hijos a mí, una mujer joven. A mí me casaron de 13 años, llegué más o menos de 16 o 17 a Medellín con tres muchachitos. Muchas mujeres en los territorios y, sobre todo en el campo, en la parte rural, las mujeres terminamos más fácil casadas con hombres mayores en vez de ir a estudiar, terminamos casadas con hombres mayores de 50, como yo. Entonces, yo no tenía ni 13 años, él era mayor de 50. Igual, yo enviudé muy rápido, con tres hijos. Una mujer joven, como dije, y bueno ya llegó el desplazamiento.

Mi infancia fue normal, normal porque Alejandra se crio en una finca. Tengo dos hermanos mayores que, el segundo, el único hombre fue el que desaparecieron, aquí en esta ciudad y en mi comuna. Desaparecieron a mi hermano y mi hermana, la mayor, se había venido ya por desplazamiento forzado para aquí, para Medellín, por eso terminamos nosotros aquí en Medellín. Yo era de pronto la consentida de la casa, pero también la consentida del dueño de la finca que terminó siendo mi esposo. Cuando tienes cosas, connotaciones como niña o como mujer, pues las cosas se te facilitan mucho más, porque ya desde que estás así, más o menos de diez o 12 años ya estás destinada para aquel hombre, para aquel hombre y para aquel hombre. Ya prácticamente escogida. Digámoslo así, el que tiene el poder tiene el poder de decisión. Y, hace muchos años ya —de pronto ya no, pero antes, para las mujeres que tenemos más de 55 años— cuando ya teníamos 12 o 13 años, ya teníamos, prácticamente, como se dice «dueño», digamos así entre comillas. Ya teníamos, ya teníamos el destino arreglado, entonces «¿para qué estudiar si

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

ya tienes la vida arreglada?». Un hombre con mucha plata, un hombre con quien nunca me faltó nada. Siempre los regalos más lindos que llegaban por allá en ese monte eran para mí. Bueno, y en ese enredo es que terminé en el desplazamiento.

Me lo mataron a él y ahí ese desplazamiento, pues de una cosa de esas tiene una que irse la misma noche. Entonces sale una escasamente con los muchachitos y la maleta de los pobres, como he dicho, y ahora a sufrir a Medellín. Yo tenía más o menos 17 años con tres muchachitos, con la maleta de los pobres y con segundo de primaria, porque «¿para qué iba a estudiar?». Si estaba casada con un millonario, para qué necesitaba estudiar, ¿cierto? Eso es lo que nos vendían hace años.

Hace muchos años te arreglaban la vida o te la destruían, digo yo. Pero bueno, era como como el pensar de nuestros papás. Mi mamá todavía está, mi papá si no, pero era para ellos como arreglarles la vida, arreglarle la vida a la familia porque también era arreglar la situación de mi papá; él era el capataz de la finca. Yo nunca tuve, cómo te dijera, necesidad. Antes yo conocía la vida de otra manera más distinta a las otras niñas del caserío, digámoslo así. Pero fue muy pronto cuando lo mataron a él, venirme sin saber a dónde se va, a llegar a la terminal de transporte con mi mamá, porque ya mi hermanito se había venido cuando comenzó el conflicto en todo su furor.

Ya comenzó el conflicto armado, entonces ya mi hermano se había venido y ya a él lo desaparecieron acá. Yo tengo desaparición forzada, pero fue acá en mi comuna, acá mismo en esta comuna, aquí en Medellín en la Comuna 8, en el 2001 lo desaparecieron. Entonces, llegué a vivir a Medellín, menos mal que no llegué por ahí arriba, sino en la parte baja, en La Mansión. Bueno, mi hermana se fue a comprar casa allá arriba por La Libertad y por esos días desaparecieron a mi hermano. Mi mamá se fue para allá y yo me quedé viviendo acá. A mí no me pesa decirlo. Alejandra Arenas es una mujer que se ha hecho a pulso.

Alejandra es una mujer que vendió tinto y cigarrillos en la ciudad de Medellín y eso no me hace menos, ni nunca lo he ocultado. Para mí ha sido un orgullo porque me puse a estudiar y me preparé porque yo tenía sueños. Yo llegué a Madres de La Candelaria, Línea Fundadora. Yo soy de la corte de Teresita Gaviria. Entonces yo llegué a vender tintos y cigarrillos, una mujer joven, hermosa. Pero con la vida arruinada, digámoslo así, porque una mujer a esa edad, con tres muchachitos chiquitos, sin saber, escasamente, leer es muy berraco. Una llega a la ciudad donde todo es distinto, donde te cambian el cielo por la tierra para aprender a trabajar cuando no lo había hecho nunca.

Y un día, sentada en una cafetería, cuando esos televisores eran a blanco y negro, escuché en un pedacito que alguien dijo derechos humanos. Yo sentí algo como que me corrió por el cuerpo. «¿Qué será eso de derechos humanos?». Como cuando uno ve un hombre y se enamora, ¡ay, pero a mí me enamoró eso de derechos humanos! Yo creo que no había cumplido los 18, no había sacado la cédula. Eso hace muchos años... «Derechos humanos» y yo sentí algo parecido

como cuando a usted la coge la luz eléctrica, cosa rara, pero bonita. Para mí ha sido algo hermoso. Yo tenía que averiguar qué era eso, por qué me llamaba tanto la atención, qué era derechos humanos. Cuando eso no se hablaba de esas cosas, cuando eso nos teníamos que esconder porque «éramos guerrilleros», «éramos de izquierda», éramos... bueno, nada bueno.

Yo me puse a buscar qué eran los derechos humanos y pasaba vendiendo tintos y cigarrillos por la iglesia. Por ese tiempo apenas estaba empezando Madres de La Candelaria, cinco o seis mujeres, entre esas estaba Teresita Gaviria. Entonces yo decía: «¿qué serán los derechos humanos?» y pasaban los años. Seguía averiguando y me sonaba mucho. Un día pasé por ahí por la iglesia y estaban las mujeres muy poquitas.

Madres de La Candelaria nació en el 99' y era, más o menos, el 2000. Yo me iba a averiguar quiénes eran, a qué hora se reunían. Pasaba por ahí de lejitos a mirar qué era y yo oía que hablaban de desaparición y así, pero bueno yo estaba tranquila, no sabía qué era desplazamiento, ni nada de eso. En el 2001 desaparecieron a mi hermano y ya me sonaba más «los queremos vivos, libres y en paz»

Mi mamá fue a denunciar, cuando eso solo se reconocían a la mamá o el papá como víctimas. Yo decía qué será eso de desaparición. Creo que fue en el 2000, no me acuerdo bien, bueno, yo terminé yendo a las reuniones de Madres de La Candelaria. Ya ni me acuerdo cuando fui. Eso es un shock. De madres de La Candelaria, Camino de Esperanza, hemos salido cinco mujeres que somos de organizaciones sociales, de pronto dos más reconocidas, las otras un poco menos, por lo que se mantienen más aisladas del mundo, digo yo, de este runrún. O sea, nosotras no pasamos de moda porque seguimos ahí vigentes. Estamos en una o en otra cosa. Ahí comenzó como ese trayecto en la defensa y sensibilización de derechos y de identificación de las víctimas. Yo llegué a eso buscando cómo ayudar a mi mamá porque en esos días del 2001 o 2002 desapareció mi hermano, entonces empezó ella a buscarlo y eso. Mi mamá se iba a los hospitales, a una parte, a la otra y se fue consumiendo y consumiendo. En este momento mi mamá está en una silla de ruedas y sigue esperando...

Yo muchas veces le digo: «Mamá, es que no he tenido tiempo». O sea, yo entré donde hablaban de personas dadas por desaparecidas buscando a mi hermano y terminé buscando a todos los demás, menos al de mi casa. Porque no me deja tiempo, pero sí me hace feliz. A mí me pueden decir que cómo me hace feliz si no he encontrado a mi hermano, pero yo he ayudado a encontrar a infinidad de seres humanos desaparecidos que tenían mis compañeras y eso me hace feliz porque sé que es otra familia que pudo hacer lo que la mía no podía. Esto ayuda a dignificar a las víctimas, a tener un lugar donde llorar, tener un espacio a donde llegar a reconocer lo que ha pasado.

Entonces, yo creo que eso es importante para mí. Yo no he encontrado el mío, a mi hermano, por eso te digo que ni siquiera soy reconocida, porque cuando eso se reconocía la desaparición forzada a la mamá y al papá. Yo nunca le puse cuidado. Sí, mi mamá sí fue a denunciar y ella quedó, ni mi hermana ni yo quedamos.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

En la misma comuna, le mataron al esposo a mi hermana y le mataron los dos hijos. Entonces, ya ella se consumía en un dolor tremendo y ya la de los derechos humanos era Alejandra. Y Alejandra se preparó, estudió.

—Yo necesito una mujer representativa —dijo Teresita Gaviria un día.

—Yo... —respondí de inmediato, pero titubeando.

—¿Y usted qué ha estudiado? ¿Qué ha hecho? —ella me preguntó.

—Nada...

—Tiene que estudiar. Una mujer se tiene que preparar —me fue diciendo así.

Nos fuimos con esa. La alegría más grande era prepararme, ella me animó para que estudiara. Yo hacía primaria y bachillerato y ella iba a las reuniones y todo. Estudiaba con jóvenes, yo ya viejita, eso hace ya tiempo. Eso era en el instituto que se llama «Instituto Antioquia» y yo iba con mis maletas a estudiar. Yo estuve muchos años así, queriendo hacer muchas cosas, pero como llegamos muchos líderes o lideresas a las organizaciones, nos dedicamos a muchas cosas y no estudiamos, no nos preparamos, no queríamos salir adelante... pero, pues, yo no quería ser igual. O sea, yo llegaba a Madres de La Candelaria y miraba a Teresita. Yo pensaba: «Yo no quiero ser la de los clientes, yo no quiero ser la de la puerta, yo no quiero ser la de los mandados. Yo quiero ser como Teresita».

Yo siempre quería llegar y me quería sentar a un lado, yo le cogía la agenda, el teléfono. Ella se paraba para una parte y yo me paraba como un volador detrás de ella. Yo tenía que ser diferente. Ella lo dijo, ella lo dijo, claro: «Yo necesito una mujer que sea profesional». Yo me propuse a estudiar; yo vendía los tintos y los cigarrillos al amanecer tipo cuatro por ahí hasta las siete, me iba ser primaria en la mañana y por la tarde me iba a hacer bachillerato. Mis compañeros del Instituto Antioquia eran muy jóvenes, de 13 y 14 años. Yo pues una persona mayor ya. Me pasaban cosas por eso y muchas veces lloraba, pero era muy de buenas. Los profesores me tenían en la buena.

Cuando Teresita iba, yo iba pegada, yo pensaba: «yo aquí no llegué a hacer la de los tintos y esa la de la puerta, no, yo tengo que ser alguien más». Empecé a estudiar y cuanto diplomado salía, Alejandra lo hacía. Empezaron a pasar los años y Alejandra siguió ahí. Pasaron muchos años hasta el día en que en una reunión...

—En sus manos pongo a las Madres de La Candelaria —me dijo poniéndome las manos en los hombros—. Lo bueno que usted haga es lo bueno para Madres de La Candelaria, lo malo que usted haga repercutirá en la organización.

Yo sentí que me habían caído piedras de oro del cielo, porque yo lo esperé muchos años. Cuando eso todavía nos reuníamos con Fabiola Lalinde y yo conocí a la una, a la otra. Estuve en una cosa y la otra. Yo tengo que ser igual y tengo que esperar. Cuando eso también se hacía una ceremonia muy linda que era con unos velones, eso se hacía aquí en el Museo Casa de la Memoria y ese día se fue para el cementerio...

Seguí estudiando, pasaron los años... pasaron los años y ya llegó el 2014. Seguía transformándose, calificándose. Ya yo veía que yo era la mujer que estaba

buscando, pero seguía ahí. «Mija tal cosa», «vaya conteste los correos a partir de ahora, yo no tengo tiempo», «vaya usted a las reuniones en las que yo no estoy». Yo tenía que hacerlo...

A Madres de La Candelaria, Camino de Esperanza, las quiero con lo que soy. Una jamás debe olvidar de dónde salió. La confianza que Teresita Gaviria me dio me ayudó y me sirvió para estar, figurar, reconocer y estar en los espacios de participación. Digámoslo, de participación ciudadana para las víctimas, pero desde el reconocimiento de muchas organizaciones. Siempre llegaba con ella al principio, ya era: «Alejandra, vaya pa' tal». Ya empecé a hacer ese reconocimiento, ya reconocían a Alejandra Arenas en todos los espacios de la administración. Yo puedo decir hoy, de pronto con humildad, que soy de las personas que pueden llegar a la administración, a cualquier secretaría, donde cualquiera y me atiendan ahí mismo.

Yo creo que son pasos, construcciones colectivas con mucha lentitud. Despacio, despacio, pero también es un espacio de reconocimiento que uno como ser humano se los gana y yo lo he dicho: Yo me hice a pulso porque es que a mí nadie me decía que hiciera la tarea, que madrugara a vender y que fuera a estudiar. Yo me iba feliz. Yo fui de las primeras que llegaron.

También en el Instituto Antioquia me ayudaron muchísimo. Hice mi primaria y el bachillerato, casi en el mismo par de años. Ellos me ayudaron muchísimo. Yo empecé y yo quería ya lograr muchas cosas y estar en muchos espacios. Yo quiero representar, pero de verdad, a la población víctima. Muchas veces tengo esos inconvenientes en muchos espacios porque es que una cosa es decir «yo represento», pero no representan desde la realidad de la representación, porque muchos llegan por buscar reconocimiento o muchos llegan porque hay plata. Lo que debemos es llegar a representar, pero siempre del bien común.

A mí me gusta el bien común, el bien propio, porque mucha gente llega a decir «yo represento», pero de una manera que no beneficia a las víctimas. Muchas veces terminan utilizando a las víctimas y yo de pronto tengo inconvenientes porque me encanta hacer las cosas como son. De pronto hay personas que te quieren, hay personas que no te reconocen, hay personas que te admiran o hay personas que te odian y, desgraciadamente, con dolor en el alma, el género al que yo más he defendido en 30 años son las mujeres y es de las que más duro recibo. Trabajar con mujeres es muy duro. Mi junta directiva son 22 mujeres y donde menos espero me dan la cachetada, con las que más trabajo y con las que más cerquita estoy son las que más duro me dan. Yo les digo a ellas con tristeza, pero ya aprendí porque cada cosa mala que me hacen me hace más fuerte. ¿Me duele? Sí, ellas me dan en el alma, me parten el corazón, me van partiendo. Aun así, yo voy con el corazón sangrante para volverlo a armar. Lo junto con amor porque todo lo que yo hago, lo hago con mucho amor, yo nací para servir.

Por eso yo me he preparado y me sigo preparando. Yo soy una mujer a la que le gusta mucho estudiar; yo te puedo decir que tengo 300 diplomados o más. Reconocimientos muchísimos, pero sé que ninguno ha sido gratuito. A veces,

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

me toca a las 12 de la mañana sentarme a terminar un diplomado o ajustar mi horario, pero, pase lo que pase, lo hago con mucho amor y siempre me he ido actualizando. Creo que el sentir de un líder o una lideresa es ser alguien así y eso es importantísimo. Ahora, también hay que aterrizar porque muchas veces nos dan muy duro, de hecho, uno recibe de donde menos espera, más duro.

Como anécdota, yo voy a un conversatorio y llego preparada porque van a salir las mujeres a querer acabar contigo. Mire que le estoy mirando los ojos: a querer acabar contigo, a querer pisotearte, a querer acabar con una imagen que has hecho con dolor, con tristeza, con sacrificio. A mí nadie me da nada, todo me lo he trabajado solita, me lo he pateado, he acabado zapatos, hubiera acabado salud para ser quien soy, entonces yo no le debo nada a nadie. Yo me lo he ganado y estoy donde estoy porque yo me lo he ganado.

Si alguien llega a querer destruir lo que yo he construido en tantos años, con tanto sacrificio, lo recibo bien, pero me vuelve más fuerte. Hay que tratar de mirar que las cosas se consiguen con transparencia, con amor por lo que se hace con sacrificio, también con berraquera. Yo no soy dura, todos piensan que lo soy, pero tengo el corazón de pollo. Aunque tengo un avatar que se me dio; hablo muy duro y me veo una persona fuerte a la que nada le mueve, pero cuando me hacen cosas me mueven duro. Siento que el corazón se me parte como en 100 pedazos. Siempre recibo las cosas, yo me siento en la reunión y espero y cuando me hacen algo así yo me quedo como si... como si no hubiera pasado nada. Sin embargo, dentro de mí siento un dolor grandísimo porque hay mujeres que llevan años conmigo. Yo les he dado la formación, le he dado el reconocimiento, les he dado mi vida, les doy mi corazón, les doy mi vida. Yo llego a una parte donde el reconocimiento es importante y yo siempre las invito.

Esto no es mío, es de ellas porque es que yo sin ellas no soy. Yo soy las mujeres porque yo trabajo con la población y casi todas son mujeres. Mire, yo tengo una caracterización de 8.000 personas y más de 6.000 son mujeres porque yo amo el enfoque de género. Con mis camisetas, yo vivo orgullosa de los logros que tienen aquí, en la Red de Víctimas y en la federación. Amo muchísimo lo que hago, pero duele porque si tú empiezas a construir conmigo y pasan años y años y te doy mi vida, te doy mi corazón, lo que menos espero es que me duelas. Pero tenemos que ser fuertes, sobre todo, cuando llegas a ser la cabeza de una organización grande. Con eso viene el reconocimiento.

Bueno, ya en el 2014 o 2015, empecé a construir mi lugar en mi comuna. Es decir, las Madres de La Candelaria es aquí, por el centro, y yo soy de la ocho. Yo tenía todo aquí, sin embargo, yo sentía mi territorio porque también soy quien soy gracias a la ocho. Un día hice un proyecto, mi cargo en Madres era de proyectos y cooperación. Yo quería todos los días ser más fuerte y pronto llegó a mis manos la responsabilidad de hablar y de representar a Madres de La Candelaria. Eso ninguna mujer lo había tenido ni lo tendrá, porque sé que no lo tendrá jamás. Yo sé. Yo tuve esa gran dicha de que Teresita me dijera: «En sus manos pongo las

Madres de La Candelaria». Eso para mí fue un regalo, me gané la lotería. Pero yo tenía también otros sueños.

Así que yo tenía un proyecto muy lindo, me fui para la alcaldía, lo entregué y conseguí recursos. Yo era muy buena en ese cargo, a ver, cómo te explico, es como cuando una persona es buena en el lugar en el que es. ¿Si tú pones una persona en este puesto y no es el de ella, no se siente bien, cierto? Yo empecé a hacer la gestión, a todo eso es a lo que me llamaban y me dediqué a gestionar. Conseguí el proyecto y yo misma dije que lo iba a ejecutar. Yo había conseguido ya una casa que es la casa que tengo allá arriba, donde está el vuelo de la reconciliación. Apenas en 2014 conseguí una sede grandísima. Tengo hasta el dinero atrás.

En mi colina ya tenía más o menos 150 mujeres. Yo estaba en mi comuna, pero seguía yendo a Madres de La Candelaria a hacer todo lo que me tocara. Yo iba a representar a todas partes, ya tenía reconocimiento, ya era una mujer reconocida por las otras organizaciones, por la alcaldía, por una cosa y por la otra. Así estaba cuando conseguí el proyecto y le dije a Teresita que para ese proyecto se iba a hacer —se llamaba «Mujeres Constructoras y Transformadoras de Paz», ese es mi proyecto— había que contratar a un profesional y que el cierre iba a ser en el Museo Casa de la Memoria. Así que pedí flores rojas para Madres de La Candelaria y comida y todo. Esa era mi despedida...

—Esta es mi despedida —dije yo en el almuerzo.

Hasta ahí llegó el almuerzo. Yo me puse a llorar, eché la cabeza y me puse a llorar

—Es la hora de que yo me vaya —le dije—. Yo te amo como a nadie, Teresita.

Porque yo la he amado a ella con alma, vida y corazón. Yo quería volar y volé. Ya en ese momento de la cena, yo me paré llorando y me fui.

—Los hijos vuelan y se alejan. Esta es mi despedida —le dije—. Querías que yo fuera una gran mujer, estudiada, bueno ya lo soy. Querías una mujer que fuera así, así, así y esa soy yo. Usted seguirá siendo mi número uno hasta el día de mi muerte —le dije ya llorando—. Jamás me verás compitiendo contigo...

Y así ha sido, cuando me toca tengo que renunciar a eso, jamás lo haré. Me gané muchos, muchos reconocimientos y siempre lo hacía con el miedo de que me pusieran a competir con ella, para mí nunca va a ser una opción, ni lo será. Ella fue mi musa y fue mi apoyo en todo lo que se convirtió Alejandra Arenas, pero yo tenía que volar. Juntas no podíamos estar porque ella construyó lo que tiene y quién era yo para querer disputarle el puesto a ella. Jamás, nunca, fui la mujer de llegar a una junta directiva y decir que quería ser la vicepresidenta. Alejandra, el puesto que tuvo en Madres de La Candelaria era de gestión. Yo me sentía feliz con eso porque era lo que a mí me gustaba, pero yo quería hacer, no quería estar en lo que ella construyó, lo que ella construyó es de ella. Yo quería construir, yo soñaba con un imperio como el que ella tenía, pero no a la costilla de ella ni con ella.

De Madres de La Candelaria no me llevo sino lo bueno, todo lo que me brindó, todo lo que construí y todo lo que logré porque como eso lo logré y lo construí yo, es mío, me lo gané, eso fue lo que me llevé. Esa fue la separación de Teresita

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

conmigo. Yo era el amor de la vida de ella y ella era mi amor y lo seguiré siendo. Bueno... ya no, porque ella no quiere saber de mí. Mi ser, mi corazón, mi vida, mi alma jamás tocará lo que construyó y jamás, jamás, nunca, lo de ninguna mujer que haya estado en Madres de La Candelaria. Lo de ella lo construyó con amor y sacrificio muchos años. Antes, si ella me construyó a mí, ¿quién soy yo para querer destruir lo que ella construyó?

Así, cuando me fui para mi comuna empecé de cero. Me volví presidenta de Junta porque esa era una fundación que estaba sola y para poder tener esa organización tenía que ser presidenta, entonces yo me hice elegir presidenta; fui la más votada. Empecé con tres mujeres y llegaron más mujeres. Cuando había más o menos 80 mujeres, en el 2014 o 2015, les dije: «Vamos a hacer una organización tan grande que no va a haber poder humano, nada del mundo la va a tocar, habrá temblores, pero no la van a acabar jamás».

En 2017 nosotras nos dedicamos, con un cuaderno y un lápiz, cuatro mujeres y yo a andar en la comuna, preguntábamos si eran víctimas y de qué, con quién vivían y cuál era su dirección. Recogimos, más o menos, cinco cuadernos y después nos sentamos en un computador, de noche y de día, hasta que hicimos una caracterización. Había 8.000 mujeres y ahí nació la Red de Víctimas Sobrevivientes. Así nos llamamos en nuestra comuna y en la ciudad. Muy reconocidas, por cierto. Cuando terminamos, nos fuimos y nos presentamos en la Personería, llamé, hice una reunión y saqué una directiva de 22 mujeres. En la Red de Víctimas Sobrevivientes, las directivas son las lideresas más reconocidas y cada una es la coordinadora de una organización. Por eso somos 18 organizaciones. Mujeres reconocidas, mujeres lideresas todavía más, que hemos trabajado duro. Así nació la Red de Víctimas.

Ahora, en contraste con lo personal, en el ámbito público soy fuerte, soy clara, específica y real, cuando hablo me gusta ser coherente con lo que digo y con lo que hago. Me gusta ser clara en las cosas porque muchas veces mostramos algo que no somos. Soy muy fuerte y clara en mis decisiones. A mí me gusta decir lo que es, si yo amo a una persona, te amo, pero si no, también lo digo en lo público o privado. Soy una persona que me gusta decir las cosas como son, no me gustan los chismes porque son dañinos; dañan a las personas por fuera o por dentro, tanto en lo público como en lo privado.

Yo he sido defensora de los derechos de las mujeres hace muchos años, en el Movimiento Social de Mujeres he estado siempre presente. Los derechos de las mujeres son, para mí, lo más importante. A veces creemos que una palabra no hace daño, pero hay palabras que dañan a una persona, es más, una mujer a otra mujer. Hay que ponerse en el zapato de ellas; cuando yo te reconozco a ti como ser humano, también tengo derecho a que tú me reconozcas a mí. Con las mujeres pasa esto; no reconocemos que una mujer que puede ser mejor desde lo político, lo social, lo comunitario y que, de pronto, ha construido cosas que nos benefician a todas.

Yo creo que Alejandra Arenas es una mujer que construye territorio, pero para el bienestar de las mujeres y de las mujeres víctimas. Uno no puede empezar a querer dañar la imagen de una mujer simplemente porque te cae mal y lo digo en mi comuna: «Yo estoy donde estoy porque me lo he ganado y si estoy representando la paz, las víctimas y los derechos humanos en mi comuna es porque me lo he ganado». Y lo digo porque yo creo que si yo reconozco a la otra merezco que me reconozcan, tampoco debo permitir que me falten al respeto o me invaliden los derechos a mí. Pues, si yo defiendo los derechos suyos, con más derecho voy a defender los míos, yo tengo que ser coherente. Esa soy en lo público.

Ahora, en la vida personal soy un pollo. Pero me han dado tanto y me han hecho cosas tan duras en mi labor en 30 años como líder social que ya yo aprendí. «Ella es dura, ella es dura» dicen. Soy muy clara y concisa. Si yo muestro la debilidad me pasan por el encima. Yo construí un imperio, el que pienso sostener y se los he dicho a ellas: «lo único que les pido es que, si les consigo formación y hago esto toda mi vida, si les he dado lo que sé, lo que soy, lo que aprendí, lo que les pido es que no permitan que nadie termine con lo que construimos todas».

Yo sí creo que eso ha afectado mi vida personal porque les he dado 24/7. De pronto, en ese momento no, porque vivo sola. O sea, yo quedé viuda, me volví a casar y a vivir. Me enamoré de esa cuestión que se llama derechos humanos, ya yo respiro, sueño y vivo derechos humanos. Me alimentan si me siento enferma y luché por eso en este país desde hace tantos años que yo me lo creo hasta dormida. En cuanto a mis hijos, todo lo entiende mi hija porque es técnica también en derechos humanos y paz, pero el hijo me dice: «Mamá, usted todo lo que sabe, todo lo que ha estudiado... ¿por qué no te pasas a la oficina a vivir rico?». Pero no, yo estudié para dignificar a las víctimas y lo sigo haciendo. Yo vivo sola, entonces, les digo que estén tranquilos, que hagan su vida que yo hago la mía. «Usted parece loca, mami» me dice él.

Soy buena para gestionar, buenísima. Me va muy bien la gestión que hago de cualquier cosa, me monto en un sueño y termino haciendo un evento de eso ya. Encontré lo que a mí me gustaba hacer, gestionar para mí es un sueño, pero un sueño que siempre se me hace realidad. Uno de esos sueños es construir un observatorio y creo que en tres o cuatro días comienza con Presupuesto Participativo, quería tener gestoras territoriales de paz y ya viene la tercera corte, y fortalecimiento para las organizaciones de víctimas también va, si Dios lo permite.

Como ser humano, como mujer, me siento satisfecha. En los espacios donde estoy se reconocen los derechos humanos y las luchas por los territorios, porque la paz debe llegar todos los días materializada; paz urbana, territorial, todas. Mis reuniones en el mes van a orientar lo que después se ve materializado en proyectos, planes y acciones que benefician a las víctimas y a todo el mundo. Eso todavía me hace más feliz. Todos y todas también caben ahí.

Yo tengo una anécdota y es triste, pero buena: Yo trabajé en el Cementerio Universal, no tenía ni un mes libre porque cuando vi que las cosas no se hacían como se debían de hacer, entonces dejé ese contrato botado. El Cementerio

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Universal es mi segunda casa, por él peleo, lucho y por él voy a hacer el «jardín de la memoria» con el Museo Casa de la Memoria. Yo no tengo un carné porque esos sueños no se materializan teniendo uno, cuando tú tienes un carné sabes que tienes que obedecer, que a ti te están pagando por hacer algo y que tienes que hacerlo con unas directrices.

Así es como he construido los sueños. Por ejemplo, Alejandra un día se levantó por la mañana pensando en un observatorio de la comuna y el viernes me dijeron que ya va a arrancar con la Universidad de Antioquia. Yo estoy construyendo un observatorio comunitario donde se refleje lo que han vivido las víctimas en mi comuna y va a estar en mi comuna. Cuando ese rector me dijo que quería que fuera de ciudad, yo le dije: «El observatorio es mío y ese proyecto lo tengo yo en el banco de proyectos. Usted no lo puede cambiar porque es un operador. La dueña es la Red de Víctimas, el observatorio comunitario de paz, derechos humanos y memoria». Un observatorio de ciudad suena espectacular, pero antes vamos a construir uno comunitario.

Mi nombre es Alejandra Arenas, orgullosa defensora de derechos humanos, orgullosa de ser quién soy y del territorio del que soy, haciendo reuniones por dos años con las mujeres de la población víctima del conflicto armado —con una mano de mujeres—, otras locas que sueñan como yo en tener un observatorio en la comunidad. Hay que llegar a hacerlo, o sea implementarlo.

«Ya van nueve años en los que la Red de Víctimas viene construyendo un observatorio» le dije yo cuando recién me contó que llevaba un mes preparando el proyecto. El proyecto ya está, pero es ahí donde hay profesionales que lo pueden hacer, yo no soy profesional. Pero yo construyo en el territorio y en mi territorio soy profesional en lo que seguro que aquí no. Y ahí lo dejé al rector. Estoy muy triste, todavía estoy esperando que me llamen. Yo le dije al secretario: «Qué pena, pero es que usted me mandó a una parte equivocada, en la Universidad de Antioquia que dijeron que lo están construyendo y yo sé hasta el último detalle de ese proyecto; cuántas mujeres, dónde, cuántas horas, a qué horas, con quiénes, en qué espacios de la comuna, en qué barrio de la comuna, todo. Es un sueño que yo le entregué a usted, completo, para que fuera en mi comuna y yo conseguí los recursos».

Yo no conseguí recursos para un observatorio municipal, ni departamental, ni de ciudad. Estoy construyendo —con la Red de Víctimas y con las mujeres víctimas del conflicto armado— un observatorio en la Comuna 8. Un observatorio comunitario donde se visibilicen las violaciones a los derechos humanos y todo lo malo que recibió el Vivero Jairo Maya, allá mismo lo vamos a hacer. Ese es el sitio; donde violaron, torturaron, enterraron y donde se dice que en los alrededores está mi hermano y personas dadas por desaparecidas. Allá se va a hacer, donde el conflicto armado nos tocó y acabó con muchos porque nosotros tenemos que visibilizar nuestra comuna; toda la construcción de paz que se viene haciendo y toda esa memoria que no se ha podido sacar.

«Sin memoria no hay paz y si esa memoria se demora, no importa»

CONVERGENCIAS
Museo Casa de la Memoria



GLOSARIO

Memoria

Es algo que me enriquece, que me llena, que me motiva, que me enamora...

Perdón

El estado más maravilloso al que el ser humano puede llegar después de la reconciliación. Muchas veces es muy común cuando dicen: «Yo perdono, pero no olvido». Ahí no hay nada. Ahí no hay nada, no es que se le pida a nadie que olvide, pero sí tiene que entrar en un proceso. Entonces, el perdón para mí es un proceso, un proceso que se va dando a medida que se va sanando. Yo creo que la sanación emocional con prácticas restaurativas es supremamente importante. Cuando haces prácticas restaurativas vas restaurando el alma, el corazón y, de pronto, se puede llegar a ese proceso. ¡Qué palabra tan hermosa es el perdón, pero qué difícil llegar a él!

Paz

La paz... digamos que para Alejandra es un sueño, porque si creo que es una utopía, me moriría de tristeza. Es un sueño y quiero estar en él. Sé que de pronto sola no es posible, para mí la paz se hace con el otro y con la otra, pero yo no puedo hacer paz con los mismos amigos; yo tengo que hacer la paz con los diferentes. Para mí, la paz es hacerla real con los diferentes porque si yo no tuve un conflicto contigo, no puedo llegar a querer hacer paz. Yo tengo que hacer paz con los que piensan diferente a mí.

Reconocer la diferencia en los seres humanos nos enriquece. Hay que hablar con todas, con los negros, con los azules, con los marcianos, con los guerrilleros, con los paramilitares, con los militares y con todos, eso es la paz. Aunque para mí no sería paz, serían «pases», porque todos tienen una paz distinta, yo me siento con los que están en la casa de la paz, con los de paz urbana y con la gente; con los que dicen que sí y con los que dicen que no. Después, con la administración hablo de la paz ciudadana, ¿de dónde sacaron esa paz? No sé, ni me gusta, ni lo quiero entender, pero en el Plan de Desarrollo de Medellín se habla desde la Secretaría de Paz y Derechos Humanos de una paz ciudadana y tengo que hablar de ella. La paz territorial que es la que yo hago con las víctimas y con las comunidades. También, la paz total que es de la que habla el Gobierno Nacional y de la que hablan con los demás. La paz grande... en fin. Pues todas esas paces si las encuentro y se las junto todas quedan grandes, entonces para mí son las paces, para mí no es la paz. Yo las visito todas, las hablé todas y las acompañé todas. Y a todos esos espacios voy y aprendo y me enriquezco; apporto, pero también recibo conocimiento.

Reparación

Para mí es la reparación desde lo psicosocial. Para los demás, para unos, son esos cinco pesitos que le dan por la persona. Para mí, la mejor, la que más me gusta, es la reparación psicosocial y la simbólica. ¡Me encanta el simbolismo!, lo que es simbólico para mí; las mandalas, las flores, las velas... Para mí es lo más grande en reparación; desde lo simbólico. De pronto, por eso la gente es que sigue esperando la reparación. Reparación puede ser educación, puede ser conocimiento... Todo lo que te ayude a ti; que te restaure el alma, el conocimiento, el pensar y el nuevo futuro que se puede abrir.

Yo no la miro yo desde el dinero, yo desde que soy víctima nunca he recibido ni un tinto. Nunca, nunca, yo no he recibido plata. Yo he aportado de mi ser y de mi manera de trabajar mucho; lo que se construyó. Nunca he recibido nada, pero siempre he tenido apoyo, acompañamiento, esa articulación y desde ahí, he estado soñando con esa paz. Alejandra se va a morir esperando que haya una paz, pero para nosotras las que vivimos la desaparición, yo creo que la paz completa será cuando aparezca el último desaparecido que tengamos en nuestro país. Ese día se van a acabar las organizaciones y se van a acabar todas esas cosas, pero es muy difícil porque todos los días se victimizan más y todos los días desaparecen más. Así que tal vez yo me vaya a morir sin encontrarla, pero yo le pongo el granito de arena todos los días, a ver si de pronto lo logramos y lo logramos entre todos. No es uno solo.

Alegría

Mirar el sueño materializado de las mujeres con que yo trabajo. Ver una mujer con un poco más de conocimiento, con un poco más de incidencia, con un poco más de participación. Eso me enriquece, yo sueño con que haya una mujer que se me pare al frente y que sea mejor que yo. Les he dicho a ellas: «Yo sueño con eso». Que un día yo esté sentada y una de las mujeres de mi equipo, de todas las que hay, tenga mejor discurso, tenga mejores conocimientos y mejor reconocimiento. Ese día... ¡ahora sí se llegó la hora!

Sanación

El proceso que día a día se lleva en los territorios, cuando tú ayudas a una mujer, cuando tú llevas a una víctima, cuando tú ayudas a una persona... eso se refleja en el ser, empiezas a sanar. Muchas mujeres con organizaciones de víctimas se enferman más, como pasa en Madres de La Candelaria que se están muriendo de cáncer y eso, porque se dedican solo a esperar a que las reparen, que no sé qué. Pero yo todos los días salgo con proposiciones, propongo cosas, planes, proyectos y acciones que hagan impacto y cuando hacen el impacto, estas hacen la sanación. Cuando yo me siento con una mujer y hago una práctica restaurativa, lo que me encanta —las prácticas restaurativas me encantan y trabajarlas con las mujeres—, es cuando veo que se abre un poco más ese espectro, que ya no están llorando, que ya no están esperando a la reparación, que ya no están victimizándose por

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

todo. Como mi hermana, mi hermana se sumió 12 años en una tristeza horrible y ahora la veo siendo la cabildante mayor de la comuna, siendo la coordinadora del Comité de Derechos Humanos, incidiendo en todas partes, digo yo, eso es una sanación. Ella se dedicó a ayudar a los demás y en eso encontró, como yo, una sanación. Yo no he encontrado a mi hermano y sería una dicha llevárselo a mi mamá que está en una silla de ruedas esperando que aparezca para morirse, con 80 y pico de años y ya consumida en una silla con enfermedades y todo eso. Pero cuando voy y acompaño porque encontraron a alguien... eso me llena de alegría, eso me llena y me siento sana.

Yo me he sentado con un paramilitar y hablo con él como hablo con usted. Yo me siento con los de la guerrilla, yo me he sentado con los de los combos, yo me siento con los victimarios, con las madres de la comuna, con el perro y con el gato. Y sé que eso fue sanación para mí, porque hace años se hablaba de algo y yo no me sentía aludida, sino atacada. Con los firmantes de paz, mujeres y hombres, yo me siento. Yo los veo y los abrazo, y ellos me abrazan a mí. Yo fui víctima de muchas cosas y mi familia también; mi alrededor, mi entorno político, social y comunitario. Pero yo siento que lo que yo estoy haciendo es importante porque estoy construyendo para los que vienen y sé que desde la no repetición no va a volver a pasar. Estoy logrando que no vuelva a ver repetición en el territorio. Eso para mí es sanador.

Sé que cuando yo veo a una mujer y veo todas esas que están alrededor mío que están construyendo paz, digo: «Dios, de pronto lo vamos a lograr». Eso es apostarle a la no repetición y yo le apuesto, entonces lo que yo hago de incidencia para que conozcan la paz, los derechos, la memoria y se visibilice todo eso. En la Comuna 8, que fue tan vulnerada, tan victimizada, me puedo sentar con la gente a hablar de paz, con semilleros de niños, con mujeres adultas mayores, con indígenas, comunidad afro... Por ejemplo: mañana empiezo un curso por la justicia especial para la paz con mujeres afro. Entonces, yo veo todo eso. No va a haber repetición en mi territorio y en el espacio exacto donde victimizaron, violaron, violentaron, descuartizaron y de todo, ya hay una casa y vamos a estar ahí.

Yo me siento realizada, yo me siento que estoy sana, yo me siento que el corazón se me sale cuando veo que se habla de paz. Yo voy a hablar de una paz, la que sea, yo voy y me siento. Por eso el vivero de reconciliación es un espacio donde hay muchas matas porque la han construido las mujeres y las memorias vivas de las mujeres que cuidan ese vivero y que cuentan lo que vivieron. Yo ya las veo exigiendo en otro espacio y digo: «Ay lo logré, estas mujeres van a ser mejores que yo». Ese es el sueño de Alejandra Arenas; que las propias mujeres, el día que yo me muera o me desplacen o me pase algo, lleven las semillas, esas constructoras de paz que están ahí, que lleven ese legado como esos apóstoles. Yo sé que es muy poquito lo que he sembrado, pero siempre hay bastante. Yo sé que a alguna de ellas yo le he sembrado muy bien la semilla de la paz y que va a seguir el legado, que va a seguir hablando de paz.

Ya hay jóvenes, muchachos de música urbana, que ahora en la caravana llegan a cantar y a hablar conmigo de paz. Todo el mundo se admira y se regocija y los niños bailando y hablando de paz. Yo digo «ay, Dios mío, esta loca pudo hacer algo», entonces casi en todas las caravanas termino llorando. Ayer era el aguacero cayéndome y yo llorando porque veía a los niños bailando y hablando de la paz, los muchachos cantando música urbana, las muchachas bailando, esos grupos tan grandes que se bajaban de esos carros llenos de banderas blancas, las banderas que decían en grande «memoria». ¡Uy, qué banderas tan hermosas las de este año! Así que eso es un sueño hecho realidad. Eso es sanar porque yo me siento realizada si yo me muero ahora. Y yo les digo que, en cualquier espacio, a mí no me da miedo hablar de paz.

Yo me muero en mi comuna hablando de paz, en el territorio al que le he dado 30 años de mi vida y yo creo que yo me muero más feliz. Me da tanta tristeza de morirme porque no podría seguir haciendo lo que creo que estoy construyendo. Estoy construyendo paz en mi territorio y sé que lo voy a lograr. Sí se puede.

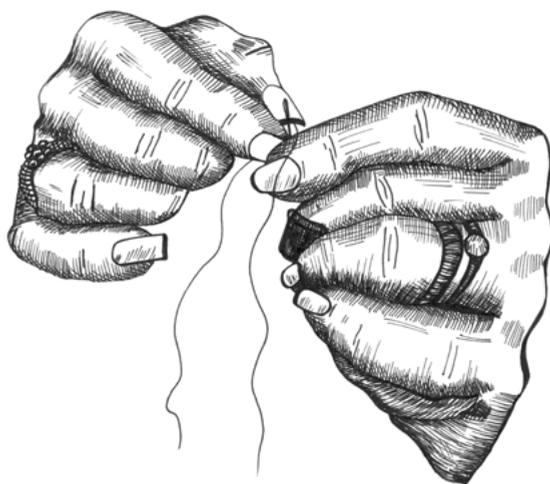
No echen para atrás, no se dejen caer por más cosas tristes que se nos vengán encima, hagan como yo; que me acuesto enferma, cansada y si al otro día tengo una reunión, algo que sea de paz, Alejandra se levanta. Yo les digo que no desfallezcan, no desfallezcan nunca por la paz, yo le he dado mi vida a la paz, yo le he dado mi vida y así me tenga que morir por la paz de este país, porque se haga algo en mi comuna, no se preocupe que yo me muero feliz. Solo no vayan a olvidar la paz. Lo único que les pide Alejandra es que le tiren una bandera de Colombia encima, no más. Yo me voy feliz, no vayan a dejar acabar lo que tanto dolor nos ha causado y tantas tristezas. Yo sé que mi comuna está cambiando y la ciudad está cambiando porque antes no se hablaba de paz.

Medellín

La ciudad donde quiero construir paz. La ciudad donde se reconozca la dignificación de las víctimas, donde la memoria se reconozca como un derecho humano. Eso es Medellín para mí.

La receptora de víctimas, todo el mundo, de todas partes, llega a Medellín. A los territorios de mi comuna, porque está llenita. Es la ciudad que me ha permitido construir paz. Es la ciudad que me ha permitido incidir. La ciudad donde quiero morir. En la ciudad donde quiero ver materializado el proceso de paz, la implementación del acuerdo de paz claro y real y yo voy a hacer que comience mi comuna. Eso es la voluntad de Dios.

CONVERGENCIAS
Museo Casa de la Memoria



MUSEO
Casa de la Memoria

RE
CO
NO
REC



CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria



Amparo Mejía

Yo soy Luz Amparo Mejía García, antioqueña, de una familia antioqueña numerosa. Soy casi la última nieta de esta familia numerosa, por ende, como en la generación de por lado de mi abuela materna. Entonces, era mi abuela, mi tía Carmela, soy yo y ahorita es mi sobrina Paola. Somos así pues como una gotita de agua.

Crecí en un hogar antioqueño, donde todo era paz y amor, sentíamos que la guerra y todo eso nunca nos iba como a tocar. Mi abuela siempre nos dijo que lo más importante que uno le podía dejar a los hijos y a los nietos era el estudio. Bueno, y desde ahí, pues todos mis primos y yo hemos estudiado de todo. Estamos en ese proceso, entonces, un chico que era como mi hermano de crianza fue víctima de esas tomas masivas que hizo las FARC y el ELN a finales de los 90, y ahí empecé todo ese proceso de buscar hasta encontrar.

En mi comuna, que es la Comuna 6, Doce de Octubre, por parte de mi familia siempre estuvimos metidas en el tema comunitario. O sea, el esposo de mi tía Carmela, que es con casi con los que yo me crié en mi infancia, era como de la Junta de Acción Comunal del acueducto. En todo lo que había para ayudar a la comunidad, mi abuela siempre nos dijo que había que estar para servir. Y desde ahí empezamos, pues, yo con el primer semillero de niños de Acción Comunal que tuvo la Alcaldía de Medellín.

Yo soy de aquí de Medellín y mi color de piel se da porque yo tengo en mi vida como las dos etnias. Por la parte de mi madre, soy de los indígenas de la guajira, y por parte de mi papá, de los negros del Chocó. A veces todo mundo piensa que vengo del Chocó, de las partes de allá, pero no, de allá vienen mis ancestros paternos, pero yo soy nacida y criada acá. Casi la última nieta de esta familia, entonces, mimada, malcriada, se puede decir.

Pero cuando empezamos todo ese proceso de tener mi ser querido en cautiverio, eso hace que empiece a salir a la plaza pública más como comunitaria, como defensora de derechos humanos, y desde ahí empiezo ese proceso. Afortunadamente, en el acuerdo de Pastrana, mi ser querido sale libre, pero ya tenía como muy comprometido el tema con las víctimas de este país y como la guerra no dice «adiós» sino «hasta luego», luego me asesinan a mi papá, me lo asesinan en el barrio París. Eso fue muy grave. Ahí no contuve la boca, digo yo. Por eso me sentía muy culpable hasta hace apenas unos días que, a raíz de una enfermedad que me dejó el famoso COVID, llegó a mi vida una psicóloga y una psiquiatra que yo digo que están más locas que yo, pero me hizo entender que yo no fui culpable porque cada ser humano cuando le pasa una desgracia, pues lo primero que lo invade es el odio, la rabia y la venganza.

A causa de ese dolor inmenso fui víctima de violencia sexual. Desafortunadamente, quedé embarazada. Y al igual como muestran las películas de Pablo Escobar, a mí se me practicó un aborto legal en una de las clínicas de acá... un día. Bueno, eso marcó mucho mi vida y por eso me sentía muy culpable. Hoy lo puedo hablar porque, como te digo, después de ese trabajo que me hizo esa psiquiatra loca, me hizo entender de muchas maneras que yo no fui culpable y que, simplemente, yo experimenté un dolor que lo experimentan todos los seres humanos. Fuera de eso, pues tengo dos primos desaparecidos. Fueron sacados de sus casas por el Bloque Cacique Nutibara y hoy los estamos buscando.

Entonces, siento que me he formado muchísimo en el tema de los derechos humanos, del acompañamiento al otro. Me defino como una constructora de

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

su casa, encerrado todo el día, cuando usted llega a su casa a las seis de la tarde y sale a las ocho de la mañana. ¿Usted cuántos días es capaz de quedarse ya hoy en su casa?

—Pero esa no es la vida —me contestó así.

—Si usted se va para esa reunión es porque a usted le gusta —yo le dije y ya.

Mi vida es esto, es estar aprendiendo porque yo pienso que todos los días, así a usted todos los profesionales que llegan a su vida le enseñan el mismo tema, usted siempre le aprende algo diferente a los seres humanos. Todos los días los seres humanos tienen algo que enseñarnos y yo siento que todos los días somos un ser humano en construcción que aprendemos y desaprendemos. Que a veces nos dejamos cargar, sí, porque somos seres humanos, pero yo siento que, si pudiéramos no coger tantas cosas como a nombre propio, sino entender que la gente es así... ah bueno, que no le caí bien, no le caí bien. Pero a veces nos pegamos de tantas cosas tan pequeñas que empezamos a generar un montón de enfermedades nosotros, porque si es muy bravo con el vecino y el vecino ni siquiera sabe que está brava con él; empiezo yo a generar un montón de energía negativa en mi cuerpo, en mi aura y en mis espacios, porque cada que va el vecino me da rabia, pero el vecino ni siquiera sabe que a mí me da rabia.

Entonces, yo les decía que era una bobada estar enojada con aquel cuando aquel no sabe que está enojada. Y me dicen: «Ah, que es que Amparo, usted no sabe qué es ser prudente» porque con una líder yo no pude ir a un escenario importante que se abría en esta ciudad, pero no pude ir porque estaba en esa crisis de las piernas que no me dejaban levantar. Entonces me a mí me dijeron que me ponían un carro, que llevaban una persona que me sacara, y yo le dije que no. Yo no me iba a ir a una reunión, muerta del dolor, sentada en una silla de ruedas como para generar lástima. Todo el mundo sabe que yo soy buscadora, todo el mundo sabe que yo soy defensora. Todos esos pillos de allá en la cárcel de Itagüí saben de mí porque antes de estar allá, yo los perseguía en las casas para que me devolvieran las muchachas.

Yo le dije que no iba a ir y no fui. Pero en ese escenario, allá en la instalación de esa Mesa, a alguien se le dio por decir que necesitan era a la negra Amparo. Una lideresa contestó: «No, pues es que esa come es de peleona, no la invitaron». Entonces, los pelados dijeron que habían mandado a decir que podían venir todas las víctimas, pero que ojalá fuera yo.

Entonces, me vinieron a contar. La gente cuenta por dos cosas: una como para que usted se sienta mal y otra para que le coja rabia al otro. Yo había dicho que cuando Dios me pusiera esa persona de frente, yo le iba a preguntar. Efectivamente, cuando le pregunté se asustó, pero entonces la senté a un ladito. Esperé que seacara el evento, la senté a un ladito y le dije: —Mire, punto uno: yo no soy grosera ni peleona, ¿o cuántas veces usted me ha visto agarrada con los líderes en los procesos a puños, a insultos? —le dije.

Porque es que, por ejemplo, en mi casa «chimbita» es algo bonito. Entonces yo digo «ay, no, qué chimba que no moleste o qué chimbita de zapatos que tiene

paz que trabaja mucho la memoria, no solo la colectiva, la cual, orgullosamente represento con el movimiento fundador de las Madres de la Candelaria, sino en mi vida personal. Yo siento que hay que ir trabajando mucho sobre, no solo la memoria, sino las memorias, porque eso es lo que hace que se corte esa cadena de odio y que la gente siga viendo las cosas, pues, que los chicos no quieran repetir esas acciones de violencia. Por ejemplo, en la comuna donde yo vivo, que es la Comuna 6, Doce de Octubre, la guerra se me llevó como casi diez generaciones de jóvenes.

Nosotros tuvimos un par de años donde era mucho adulto mayor y bebés, sí, y todos los chicos de 12 o 13, como ese semillero de adolescentes y jóvenes, la guerra nos los quitó. Lo que queremos con el tema de hacer lugares de memoria, de potencializar el Museo Casa de la Memoria y el Parque Cementerio Universal es eso: lograr concientizar a las nuevas generaciones de que hay otras formas de tramitar los conflictos.

Años atrás teníamos un proyecto en Bellavista que se llamaba «Delinquir no paga» y hoy queremos reivindicar eso; que hay que tramitar los conflictos de otra manera. Por eso vamos a hacer acá en el Museo ese foro que se llama «A la guerra no voy» porque no queremos que los niños quieran ir a ningún ejército, ni al legal ni a los ilegales. Y soñamos con que este país tenga unas necesidades básicas satisfechas, igualitarias, que los chicos no tengan que ir a hacer carrito de ningún grupo al margen de la ley. Entonces ahí me he formado.

En las Madres llevo 25, voy para 26 años de estar cada miércoles en el atrio gritando que los queremos libres y en paz, y desde esa organización base, pues hacemos parte como fundadoras de la Mesa de Desaparición Forzada de Antioquia. La Ley 1448, digamos que es como mi escuela en el tema de las exhumaciones, porque conozco un fiscal que se llama Gustavo Duque y en la primera intención —cuando le saqué al jefe de la ley— dije: «ay, esta señora es como brava». Nos hicimos muy amigos y yo no conocía todo Colombia, algunos departamentos sí conocía por mi familia y por los paseos a los que mi abuela nos llevaba, pero el tema de la búsqueda de personas me dio la posibilidad, dolorosamente, de conocer esos paisajes tan lindos que tiene Colombia.

Yo me perfilé como una buscadora y eso hizo que hoy, en muchas de mis compañeras, pues, genere como esa envidia, como esa rabia porque me citan a todo, pero yo siento que las cosas se ganan. La colectiva de Madres es como esa organización, base de la cual voy a muchos escenarios. También soy consejera de paz por el tema de las mujeres. Desde Madres de la Candelaria soy una de las consejeras de paz del distrito de Medellín, pero allí me he ganado un puesto en los consejos de paz del departamento; en el tema de la búsqueda.

A nivel nacional e internacional me conocen como una de las mujeres buscadoras de este país, mujer que ayudó a impulsar esa ley que hoy tenemos a favor de las buscadoras, porque siento que la búsqueda no es en solitario. La búsqueda tiene que ser solidaria. Yo no puedo estar sola buscando mi ser querido. Yo necesito la solidaridad del Estado, de las comunidades, y hemos estado en todo, jugando

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

una parte activa en todos los dos procesos de justicia transicional, tanto con los paramilitares como con los firmantes de paz, los combatientes de las FARC, porque sentimos que, acercándonos a ellos es que construimos la memoria.

Ellos nos hicieron mucho daño, y la sociedad siempre nos puso como en dos esquinas, los malos y nosotros; las víctimas. ¿Y a dónde está el gran grueso de la sociedad que también, por omisión, es culpable? Porque yo le decía alguna vez a algún periodista: «Si cuando cogieron la primera mujer y se dieron cuenta en esa comunidad que la cogieron y hacen resistencia... diez muchachos, así tengan cinco revólveres, no van a matar a 50 personas a la vez». Se hubiera detenido ese fenómeno, pero como el cuento de Gabriel García Márquez: «como no era a mí, no dije nada hasta que vinieron por mí. Y ahí sí no tuve a nadie quien me ayudara».

Entonces, bueno, yo me defino como una constructora de paz, como una mujer en construcción, una mujer que entendió, después de que la guerra la golpeó tanto, que tenía que ser un puente para ayudar a otros y a otras. Un puente que trabaja con la diversidad. Por eso he sacado, como también te digo, como resentimiento de algunas lideresas porque siempre vieron la población LGTBI como «esos maricas», pero yo no lo vi así, yo soy una de las colectivas y así lo reconoce Casa Diversa. Empezamos desde los 90 a decir que a los travestis los estaban desapareciendo, que ellos eran unas personas y que nadie tenía qué ver en la forma en la que yo quisiera hacer o expresar mi cuerpo. Entonces, también me he ganado ahí un reconocimiento al interior de la población y eso también ha generado... A veces la gente no mira el porqué, sino «¿por qué tiene que ser Amparo y no yo?». Y la viva prueba es que tuvimos un proceso muy lindo este año con Casa Diversa, donde invitaron a muchas colectivas y las únicas que nos quedamos en todos los talleres, fuimos a todo, firmamos el pacto, hacemos de todo, estamos juntos, somos nosotras Madres de la Candelaria.

Entonces, cuando los muchachos de la población dicen «Ah, sí, las Madres de la Candelaria de siempre; Amparo y las Madres de la Candelaria, ¿y las otras colectivas qué?». Pero no se dan la oportunidad de aprender y de desaprender; de entender que todos los seres humanos tenemos el mismo valor. Yo me defino como eso, como una mujer constructora de paz, una mujer que la guerra golpeó mucho, que me dejó dañada, pero que, gracias a los buenos psicólogos —porque hay buenos y malos y eso yo lo tengo muy claro— he salido adelante. Hay aquellos que estudiaron por ser profesionales y hay aquellos que estudiaron porque sintieron que ahí podían ayudar a otras personas. No vamos al psicólogo porque estamos locos, sino porque la vida nos ha saturado tanto que ya no vemos sino el fondo. Esta psiquiatra que yo te digo que me ayudó a entender que yo no era culpable y que podía contar, me hacía la terapia tomando tinto, como me gusta a mí, conversando o caminando en el Jardín Botánico y yo decía «esta está más loca que yo». Pero, me dijo: «No, es que usted es de esos seres humanos que usted cree que, si la acuesto en un sofá a usted, yo estoy más loca que usted».

Siento que soy eso, que soy un puente en el tema de la búsqueda de la paz, que soy un apoyo. Cuando alguien necesita de mí, me encuentra. Me fascina trabajar

con los jóvenes y los niños porque siento que, yéndoles, contándoles paso a paso qué ha pasado en Colombia y, sobre todo, en esta ciudad, es que podemos alejarlos de que sean reclutados, de que se quieran ir a los grupos al margen de la ley por 500 mil pesos que les dan. Entonces, yo siento que hago mucho, que voy a todos los procesos y voy con la única ilusión de poder ir dejando como esa semillita, que la gente entienda que solos no llegamos a ningún Pereira, que aquí desde las diferencias nos tenemos que juntar.

A veces me da rabia con algunas de las lideresas que, por las ansias de protagonismo, nos ponen un rótulo que «es que fulana y fulana, entre ellas son muy groseras». Con la única manera de querer opacar para brillar ellos, pero a la hora de la verdad no saben cómo se hace el té. Entonces voy yo, y la gente me dice «ay, usted como es» y yo le dije: «por mucho que ella hable, no sabe cómo es».

Hay una mujer que nunca iba a buscar al monte a nadie, que su esposo se dice que lo tiraron al río y que ha servido desde catapulta para que un grupo de abogados la muestren. Pero la señora no sabe ir al monte y dice que ella es muy buscadora. Y en estos días la confrontaba una de mis compañeras y bueno, cuando se pregunta cómo hacen.

—Ah, a usted no le importa cómo hacen, pero yo soy buscadora, yo estoy buscando a mi esposo —dice.

En cambio, yo, todos los fiscales me reconocen por eso, porque siempre he ido. Digamos, en el trabajo del Cementerio Universal, inicialmente, cuando los profesionales llegan allá, no se atreven a comer ahí. Nosotros hicimos poner bajo los palos de mango y junto al archivo unas mesas, una carpa y ahí comíamos y todo mundo se asustaba. Y yo les preguntaba: «¿aquí por qué le tenemos que tener miedo al cementerio si es la última morada, y aquí está una memoria?». Una memoria que queremos que no se quede callada, que no sigan viendo que el cementerio es de los pobres, que miren eso como un lugar de memoria.

Esa soy yo. Estudio aquí con las mamás en un proceso Tejer para Sanar el alma con una chica que es antropóloga, que es Isabel, que desde la antropología cogió el tejido como la forma de hacer memoria; estuvimos en un taller y nos quedamos acá y hoy hacemos parte del costurero. Lamentamos mucho que el costurero se haya fracturado tanto porque se le perdió como el hilo conductor a lo que era nuestro costurero antes. A veces, no nos provoca ni venir porque uno siente que las mismas señoras han formado como «mis amigas acá», «las otras allí», cuando primero éramos todas juntas. Pero no, no desistimos de seguir en el costurero porque sentimos que ese costurero hace memoria acá.

Algunas mujeres han querido implementar también su proceso de tejido, pero si vamos a la esencia no son procesos iguales a lo que es el costurero, podrán muchas colectivas venir a hacer procesos de tejido acá, pero la esencia y lo que es el costurero que las Madres y las víctimas que en su momento instalamos acá, no va a ser lo mismo, no es la misma esencia. Entonces no nos preocupa. La gente dice «ay, vea qué fulanito», que vayan a tejer todos. El Museo es la casa de todos y todas.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Yo creo que eso soy. Me he formado mucho. La guerra me hizo alejar de mi hijo, mi hijo lo tuve que sacar exiliado. Entonces hoy tengo un hijo y una nieta en otro país lejano, pero la tecnología nos mantiene juntos y cada que puedo voy a visitarlos. Ellos vienen un fin de semana a verme y bueno, yo siento que soy eso.

Yo siento que la resiliencia es la forma que no solo tenemos los seres humanos —porque a veces nos enfocamos solo en nosotros— que podemos hablar. Pero cuánto daño le ha hecho la guerra al territorio. Cuando yo conozco partes del país donde la minería ha dañado centenares de hectáreas, donde hemos perdido centenares de flora y fauna y uno ver en medio casi de un desierto que las plantas salen y florecen; eso es un proceso de resiliencia.

La resiliencia es esa capacidad que tenemos no solo los seres humanos, sino todos los ecosistemas de resistir a la guerra. Y que nosotros, por ejemplo, como seres humanos que hemos sido víctimas de tantos conflictos, somos como esa palma de cera que uno ve que el viento ya la quebró y que casi toca al otro lado del piso, pero despacio ella se devuelve y queda otra vez derecha.

Yo creo que la resiliencia es esa forma de sanarnos, de entender, no es de no olvidar y de pasar la página o que lo pasado pisado, no. Es esa forma de entender que estábamos en el medio de un conflicto donde no solo nosotros como seres humanos, sobre todo las mujeres, llevamos la peor parte, porque en el marco del conflicto armado por décadas, el cuerpo de la mujer ha sido visto como un botín de guerra. Entonces, los guerreros te atacan a ti como mamá, pues, para que el otro salga, te atacan a ti como novia para que el otro salga, te reclutan como hija para hacerle una frente al otro. Siempre hemos sido como ese botín de guerra y por eso a finales de los 90, con la Ruta Pacífica, de la cual, en su momento era muy activista, hoy casi no, siempre tenemos una consigna: «no parimos hijos para la guerra». eso es lo que la guerra, a nosotras como mujeres nos ha afectado muchísimo, nos afecta muchísimo la movilidad, nos afecta muchísimo hasta cómo nos vestimos.

Es triste ver cómo a las chicas ya no pueden en algunos sectores ponerse los shorts, las minifaldas o un escote. Eso es violencia. Entonces, yo siento que las mujeres hemos llevado la peor parte en todo el marco de la historia del conflicto armado. Pero también tenemos esa, como esa sanidad de ser resiliente en medio del dolor. La guerra nos quiebra, pero somos capaces como el ave fénix de volver a resurgir. Yo siento que eso es ser resilientes es la capacidad que no solo los seres humanos, también el territorio y los ecosistemas, tenemos de seguir viviendo, de seguir mostrando que «aquí estamos y aquí estaremos» como decía Jesús María Valle.

Ahora, entre el ámbito personal y el público, digamos que yo casi soy el 100% pública porque hasta hace muchos años, por ahí unos 15 años, hasta los domingos tenía que ir a reuniones y llegué a un momento en que mi cuerpo se cansó y me paralicé. Cuando empecé el proceso, entendí que yo tenía que dejar una parte para la comunidad y una parte para mí. Entonces empecé a hacerlo. Hay veces que me canso y no voy a nada, que, aunque sea muy importante, el mundo se mueve

conmigo o sin mí. ¿Sí me entiende? Cada que no estaba.

Sobre todo, cuando me da el COVID me queda esa inflamación en los huesos, me estresé mucho porque es que mi vida es estar callejeando, callejeando de buena manera. Yo o estoy aquí ayudándole a una señora a sacar un Sisbén, o estoy aquí reclamándole a una abuela que vive muy sola en mi comuna con su medicamento, o estoy llevando a una abuela a una cita que no tiene quién lo lleve.

Hasta hace tres años, pues yo siempre cuidaba a mi mamá, que fue una mujer que despertó una enfermedad huérfana y yo siempre estuve ahí, yo era como su soporte. Eso me enseñó a hacer lazos, como con todas las instituciones. Y ahorita eso me sirve para llevar a otros abuelitos de mi comuna que son abandonados, que la guerra le quitó los hijos o que los hijos a veces son desagradecidos, y ven los papás como que ya no sirven.

Entonces, hago todo eso, pero también saco espacio para hacer pereza, para quedarme en pijama. Yo vivo en una finca que era la casa de mi abuela, yo vivo ahí. Esa casa tiene un nacimiento, es como una finca, pero esa es como mi fortaleza. Ahí no llevo a nadie.

—Ay, no, pero hagamos una reunión en su casa —todo el mundo dice.

—No, es que es mi casa y si yo meto a la comunidad a mi casa, ya pierdo ese espacio mío — les digo yo.

Yo, digamos, en la depresión por la falta de mi abuela, tuve que acudir a una mascota de apoyo emocional. Es una chandosa toda bonita. Yo paso ratos con ella, con mis pájaros, con mis gallinas. Es el espacio en el que yo ni siquiera contesto al celular porque lo pongo en modo avión; yo entendí cuando me dio el COVID. Entendí que el mundo se seguía moviendo sin mí porque yo estuve en una UCI y el mundo no se detuvo. Muchos de mis amigos se fueron y el mundo sigue, ¿sí me entiende? Y, además, cuando me da esa infección, yo me encontré en mi casa sin poderme levantar. Sin poder coser, que era lo que más me gustaba. Escribir, nada, las manos no las podía mover.

—Ay, no, mejor que me muera —decía ya.

—Mire, muchos de sus amigos se fueron y hubieran querido quedarse hasta en una silla de ruedas como ese, como aquel —me dijo la psiquiatra; me hizo entender.

Me encontré que con la enfermedad con la que yo quedé después del COVID, también conocí a una niña de 15 años.

—Pero es que usted no se ponga a llorar. Si no nos podemos levantar no es porque nosotros no queramos. Nuestras familias tienen que entender eso.

—Ay, pero es que yo tengo mucho por hacer — le dije yo.

—Y si el COVID se la hubiera llevado, ¿quién hacía eso? —me dijo—. Yo tengo 15 años y tenía que ir el viernes a un baile, el domingo a otro, salir con mis amigos, estarme peinando y no me puedo ni levantar. No me levanto.

—No, pero es que yo me gano, la vida es con mis manos.

Entonces, esa niña fue como ese ejemplo de «ay, mariachi». Pero le decía a la fisioterapéutica que es que mis manos son con lo que me gano la vida y ella me

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

decía que no lo podía forzar porque se dañaba el proceso y que tenía que esperar. Después aprendí; hoy yo me levanto, pongo en televisión muñequitos porque, aunque yo tengo tantos años, yo soy feliz con los Cuentos de los Hermanos Grimm. Yo voy al cine con mi sobrino, con uno que tengo, que quiero mucho, que va para los 18 años, pero es como yo y entonces nosotros nos venimos para cualquier cine a ver muñequitos.

—¿Y qué película estaban viendo?

—Ah, Caperucita Roja.

—¿Qué?

—Sí, esa, es que la tía y yo no somos dos niños metidos en cuerpos de grandes.

Yo siento que, en mi familia, pues, yo soy como ese punto de apoyo. Quizás algunos son hasta abusivos conmigo porque saben que tengo muchos contactos. Entonces: «Necesito esta cita», «Amparo, que me ayude con esto», «Amparo, que mi hijo». Cuando me dio el COVID, yo les dije: «Bueno, y cuando yo estuve tan enferma, ¿ustedes por qué no estuvieron allá?».

Todo ese trabajo con la psiquiatra —porque yo siento que ha sido un trabajo muy lindo el que me ha hecho— me dio fortaleza para decir «ah, no lo puedo hacer». O a veces me llaman a pedirme algo y yo «ay, no lo puedo hacer. No lo tengo». Me doy el lujo de decir eso, antes yo me sentía como que tenía esa obligación: «Tengo que hacérselo». La gente sabe que yo sé, la gente sabe que ese señor me conoce. Y cuando yo me estaba muriendo, yo no vi a nadie ahí preguntando ni siquiera si ya se murió. Entonces ella me dijo que tenía que aprender a disfrutar de mí, así que cuando pierdo a mi mamá, que me dio la depresión, llegó la mascota que yo le decía. Pero es que yo me mantengo todo el día en la calle, entonces mi preocupación era que la mascota se iba a quedar sola en la casa. Ella me dijo que el perrito se iba a enseñar a eso porque yo necesitaba muchos perritos cuando llegara a la casa.

«Mal que bien, con tristeza o alegría, usted en diario está en el día rodeada de personas. Como usted llega a su casa, que ya llega a sola, es que usted necesita su mascota» me decía y es verdad. Yo entonces la tuve primero toda chiquita. La señora que me la dio la mantenía encerradita como en una casa porque estaban chiquitos y ya cuando estaban de destete me llamó, entonces yo me la llevé y la dejé también al interior de mi casa. Ya se crio ahí. Cuando ya hicimos todo el proceso de casi un año, entonces le puse una cadena. La dejo ahí y ya se queda, ya sabe que se está poniendo oscuro y yo llego. Y ahí mismo, adentro, la suelto y ya la perra hace la de ella por la casa, pero no me siento sola; me siento acompañada.

Sí, entonces yo digo que en ese ayudar, ayudar a mi familia, ellos me buscan mucho para que les ayude. Entonces yo pienso que yo siempre... yo siempre estoy.

—¿La vida de nosotros dónde queda? —alguien me decía en estos días.

—Es que la vida de nosotros, a lo que hacemos a nosotros, nadie nos obliga. Ir a reuniones... a nosotros no, nadie nos obliga a estar metidos en el peligro. Nos gusta el peligro. Nos gusta vivir señalados como sapos de derechos humanos. Y esa es nuestra vida —yo le decía. —Por ejemplo, póngase a ver usted qué hace en

la psicóloga del Museo», algo así, pero no es grosero, sino que es algo que está introyectado en mí.

—Mire, usted no tiene derecho ni hablar bien ni mal de mí.

—Ay, no, es que «fulanita de tal», te digo, es porque me tiene re y quiere que usted pelee conmigo. Es que yo a usted la admiro mucho.

—No, admire al Dios del cielo —le contesté yo—, pero lo voy a decir así, muy tranquila, para que luego no diga que la estaba amenazando porque le alzaba la voz: usted de mí no tiene que hablar ni bien ni mal, porque su proceso ni me aumenta ni me resta lo que yo soy. Entonces no, usted puede ir por la vida haciendo juntanza con el que quiera y yo me junto con el que yo quiera, porque mi proceso lo he hecho yo a pulso, yo no me lo he colgado a ninguna organización para aprender, ni de sombrilla.

Ella nada más me miraba. Entonces, yo le seguí diciendo...

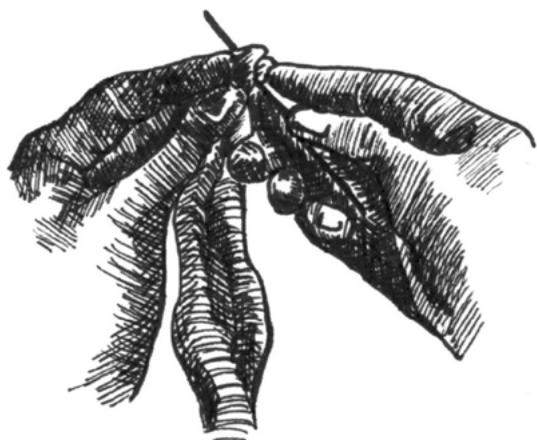
—Yo llegué por una circunstancia a un escenario y ahí me fui formando. Cuando inicial arrancábamos el proceso, yo era la sardina que barría, que ponía los pendones, yo era la guatera y hoy soy la representante legal —terminé diciéndole—. Yo me lo he ganado a pulso. La gente no delega la vocería en mí porque yo les vivo dando cosas, porque ni más faltaba, ni les vivo comprando.

La gente se queda conmigo. Por ejemplo, don Álvaro, el que está hoy acá, don Álvaro era de Caminos de Esperanza y allá le dieron mango y tango, y se fue y se quedó solo buscando la hija. Un día se le dio por ir al atrio y decirnos que si lo dejábamos parar ahí, que su hija no había aparecido y que ya no era de Caminos y le dijimos que bueno porque aquí todos ponen, todos lavan, todos cargan. Aquí no hay jerarquías, si hay una salida se define en grupo quién va. «Si se quiere quedar aquí está bienvenido, pero no somos ni nos parecemos a nada Caminos de Esperanza». Y aquí está.

Nosotros éramos el puente, como te digo, porque don Álvaro estuvo en mucho lado allá en ese tiempo y nada. Estando con nosotros, Dios le dio la sorpresa de que la niña estaba viva y se la dio, digamos, no por las víctimas, sino porque yo tenía una amiga que estaba haciendo un trabajo con ella. La amiga vendía en una página ropa de México, la persona que busca los chicos que venden y adoptan, ese se antojó de la página, la llamó y la muchacha le dijo que fuera al atrio, que allá ya le entregaba la prenda. La señora vio la camisa de la niña don Álvaro y dijo «si ustedes me dejan que ese señor me dé el testimonio y yo lo comparto por todo el mundo, a ver si de pronto esa niñita se la vendieron como a mí, como a todos los otros». Y cómo es que sí, le hacen el video a don Álvaro y a los ocho días la hija resulta viva en Estados Unidos.

Yo por eso ratifico, Dios me da permiso para ratificar que soy un puente. Porque mira Don Álvaro, toda la vida yendo a todas partes y siempre no sabía nada de su hija. Y estando con nosotros ahí mismito Dios pone una mujer que trabajaba buscándole las familias a los hijos. Entonces yo siempre digo eso, que en la vida tenemos que ser un puente.

CONVERGENCIAS
Museo Casa de la Memoria



Glosario

Memoria

Memoria es el instrumento, el proceso, la forma de poder dejar algo instaurado, visible, tangible, para que esa cadena de odio no se repita. Memoria es reconocer que ha habido personas como Fabiola Lalinde que, en su búsqueda personal y aceptando lo que era su hijo, lo buscó hasta encontrarlo y reivindicó su nombre. Entonces, para mí eso es memoria y no la pongo como «memoria», sino como «memorias» porque nosotros acá en Medellín tenemos una memoria, pero las comunidades étnicas tienen otra memoria, los indígenas tienen otra, los procesos comunales tienen otra. Por eso nosotras hemos siempre hecho énfasis en que no es memoria; son las memorias. Las memorias son como ese proceso, digámoslo así, como acumulado, recuento, resumen que da cuenta de que algo muy horrible pasó y que no puede volver a pasar.

Perdón

Pienso que perdón es algo que nace del ser humano. El perdón no se puede imponer. Yo no te puedo decir a ti que fuiste víctima de la Fuerza Pública que hagamos un evento donde él te entregue una florecita y que ya tú perdonas. Yo siento que el perdón nace cuando tú sanas, cuando tú entiendes que no era porque eras lo peor, ni lo más despreciado de un territorio, de unas comunidades, que te pasaron esos hechos victimizantes.

Cuando tú empiezas a sanar y a entender, no es «¿por qué fui yo?», sino «¿para qué?». Yo siento que el perdón es como ese tránsito, no sé si emocional, no sé si psicológico, no sé si de escritura, porque aún yo no sé definir bien qué es perdonar. Pero yo siento que perdonar primero es sanarme yo. Yo no puedo dar de lo que yo no tengo y yo no puedo pedirle a otro que sane cuando yo todavía tengo ese rencor vivo. Eso me da pie, porque cuando empezamos el tema de la Ley de Justicia y Paz y estaban los todos los paramilitares en la cárcel, hoy La Cárcel de La Paz, nosotras retamos al asesor de paz del departamento de Antioquia a que nos sacara un permiso para ir allá a hablar con ellos cuando la mamá de Rubia, la que yo llevo con mucho orgullo puesta, que fue secuestrada por las FARC y que el 15 de este mes cumple 27 años la mamá buscándola.

La mamá de ella decía que el perdón de ella era su hija, que la memoria de ella era su hija, que la reparación era su hija, que la no repetición era su hija. Y entonces: «Ay, yo no le puedo decir a ese desgraciado que me abrace». Y las mamás le decían: «Dolly, estás muy llena de odio. Mija, hay que perdonar para sanar». Pero cuando fuimos a la cárcel, esas mujeres que decían que había que perdonar para sanar, uno se daba cuenta de que solo lo decían, como decía mi abuela «de los dientes para afuera» porque el alma la tenían dañada y sufrida. Cuando estuvimos ahí enfrente, por ejemplo, de un paramilitar, no.

Una mujer muy bella de Santa Marta que hace parte de nuestro movimiento,

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Mancuso le había desaparecido su hija, se la sacó y aquí en su frente lleva la señal del cachazo que él mismo le dio. Ella decía que ya que fuimos víctimas, ya hay que perdonar para que ellos nos dijeran dónde están los restos, pero cuando lo tuvo de frente vació todo ese dolor, todo ese rencor que tenía. Y hoy es una mujer que dice: «Yo me estaba matando a mí misma y tenía ese taco aquí atrancado, pero tenía que decir que ya había perdonado para que el Estado me dejara acercara a él, pero yo quería matarlo».

Entonces yo por eso digo que el perdón tiene que ser personal, individual, porque es la forma como tú asimiles lo que te pasó en la guerra; es la forma en que tú entiendas en qué contexto sucedieron las cosas. No es «ni perdón ni olvido», es perdonar para sanarme yo, porque yo me lleno de rencor contigo y tú sigues por la vida normal. La que estoy somatizando cáncer, enfermedades respiratorias, soy yo. Por eso, muchas colectivas dicen que hagamos una incidencia de perdón con los firmantes de paz. Pero yo pienso cómo nos vamos a someter a esa carga emocional, si ni siquiera esas personas son las que desaparecieron a los hijos, pues, ¿solo por hacer un proceso y porque digan que estamos ahí?

Paz

Yo siento que la palabra paz no solo son la p, la a, y la z. Son un proceso muy lindo de reconstruir lo dañado por la guerra, pero que, el ámbito político y muchas ONG lo definen como una palomita blanca. A mí me da mucha tristeza porque cogen las palomitas para eventos de paz y las palomitas, por ejemplo, cuando las traen aquí, nos embalamos porque las palomitas se aporrean en los vidrios y en todo, porque ese no es su ambiente. Yo les decía, jocosamente, en estos días, que las palomitas ya no quieren salir blancas, que apenas se ven blancas, se meten a un pantanero para que las vean pintadas.

La paz es eso, ese estado donde todos y todas podemos convivir desde la diferencia sin dañar al otro, pero no solo al ser humano, porque el ser humano es muy dado a dañar la tierra para construir, a contaminar el agua. En algunos escenarios, hasta a cazar las aves, a envenenar los gatos porque viven en los tejados, y no sólo hacemos paz con aquellos que hicieron la guerra. Tenemos que hacer paz con nosotros mismos porque yo, por ejemplo, les decía: «mire que, a veces, usted se conflictúa tanto usted misma que un día en la mañana, su pelo usted no se lo ve como quisiera, la ropa no le queda como usted quisiera. Entonces, usted se ha formado un conflicto en usted misma».

Yo siento que la paz es ese proceso trabajado desde adentro y en colectivo de sanar y transformar procesos, ayudar a sanar las personas desde la salud mental, los territorios, de hechos violentos que no sólo tuvieron que ver con la guerra, porque mire que en este momento la ciudad está enfrentada al tema de salud mental. ¿Sí me entiende? Mucho sardino de tu edad se está queriendo quitar la vida, se sienten vacíos, no se encuentran recogidos en esta sociedad, se encuentran excluidos. Eso también es una violencia sistemática que le estamos causando a los chicos.

Paz es poder, como decía mi abuela jocosamente, poner cada lorito en su estaca. Es un proceso muy lindo que lo podemos poner en una palomita, en una cintica, una tela blanca. Pero que también esa tela puede estar morada o ser verde porque no es el color, es la esencia; es la esencia de lo que trabajamos.

Por ejemplo, este Museo Casa de la Memoria porque, aunque no crea, cuando la gente viene acá, muchas de las personas que han venido acá, alguna vez han sentido ganas de suicidarse, pero cuando ven la historia de alguna, cuando ven las fotos en las salas, entienden que hay muchas personas, como esa canción, que están muy arriba de nosotras, pero hay otras que están muy abajo y hay otras que estamos ahí en esa, en esa mitadcita sobreviviendo. Entonces yo siento que eso es la paz. La paz es todo lo que hagamos en el día a día, desde las pequeñas cosas, yo siento que no tenemos que hacer ni una vigilia, ni eventos masivos, ni traer al padre Pacho, ni traer el Nobel de la Paz. Yo siento que con tu forma de ser todos los días construyes paz.

Reparación

Yo siento que, en la reparación, este país, con el tema de la Ley 1448, se enfocó mucho en lo económico y la gente, la gran mayoría de las mujeres y los hombres que fueron víctimas del conflicto armado y que fueron desplazados, solo con ser escuchados se sienten reparados.

Claro, la indemnización económica ayuda. Pero no, ese no debe de ser el foco de la reparación. La reparación debe ser esa herramienta que te ayude a ti a entender lo que te pasó y que te ayude a sanar, que te ayude a volver a sentir esas ganas de seguir viviendo a pesar de que la guerra te ha dado tan duro. Y que claro, cuando las mujeres las traen y las familias salen del campo a la ciudad y se encuentran con una orden de cemento, pues una reparación digna es al menos tener una casita. Que ellas sientan que están ahí, donde en una materita pueden sembrar su cebolla.

Una reparación integral es donde el centro sea la sanación del ser. Yo no entendería una reparación donde solo te entreguen lo económico, cierto, porque eso ayuda en parte, pero todo lo que la guerra dañó, la plata no lo restituye. O sea, así te compren otro pedazo en una parcela y te entregan una casa, no va a ser tu casa, porque esa casa la hiciste con amor, la blanqueabas con amor, la pintabas con amor, le ponías esta matica aquí porque era tu esencia, porque era tu energía y así te entreguen una muy bonita, siempre va a quedar ahí como ese repelito.

Como cuando se le totea a uno el plato que más quiere, aunque se vea feito, uno no es capaz de botarlo hasta que el plato mismo define caerse y quebrarse, y uno no entiende cómo. Yo siento que es eso, eso sería esa reparación, una reparación integral, pero donde se parta de la esencia del ser, del territorio. No solo es repararme a mí, es reparar mi entorno, esa sociedad donde yo crecí, donde a la gente le da miedo juntarse conmigo, porque «es que a ella le desaparecieron el sobrino y quién sabe por qué, ellos en qué andarán». ¿Sí me entiende?

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Eso sería una reparación integral, enfocada más en el ser que en entregarle a usted 18 millones porque, por ejemplo, yo tengo un caso en mi comuna, de las primeras personas que en este país repararon. Cuando a la señora le entregaron la plata, ella lo primero que hizo fue irse para Flamingo a comprar un computador, y el computador estuvo por años en la sala de la casa, tapadito con un mantel muy bonito, llenándose de polvo. «Ah, es que todo el mundo en la cuadra tenía un computador y nosotros no podíamos ser los de menos». Pero ¿por qué hacen eso?, porque no tenemos ese acompañamiento integral en el que le digan a la gente: «bueno, usted que venía del campo en ese espaciecito puede poner un galponcito de pollos, eso le genera platica, con esa platica puede comprar una buena nevera y se pone a hacer cremitas, la gente compra cremitas»

¿Sí me entiende? Son cosas tan simples, pero que en el afán que tienen nuestros gobernantes, todo lo meten en una carta cheque y ya reparamos. Se les olvida lo más importante que es la persona, que es la sociedad, que es su entorno, que es su ecosistema.

Sanar

Sanar es poder entender lo que me pasó, es poder recordarlo sin dolor y sin odio, porque yo siento que a veces la gente no sana es porque siempre se carga de odio. Por mucha rabia que a mí me den o por mucho dinero que me den, lo que le hicieron a mi cuerpo, a mi alma y a mi ser, no, pues, no me lo van a reparar.

Cómo voy a sanar yo si no entiendo las circunstancias en que mi papá de crianza perdió la vida. Entonces, para mi sanar, es entender. Es despojarme de esa rabia, de ese dolor. Es recordar con tristeza, pero no con odio. Yo siento que sanar es eso.

Por eso a mí el tejido me ayudó mucho a sanar, porque en mis primeros tejidos quedaban todos fruncidos. Yo no entendía por qué y a pesar de que con Isabel hacía despacio mi tejido al terminar quedaba fruncido, pero después pude entender que era todo ese proceso que yo estaba viviendo al interior de mí que yo no entendía. Ir sanando.

Medellín

Medellín... ¿cómo es que dice la canción? «Es el lugar que habito y quiero», no, mentiras. Medellín es como ese escenario donde yo soy, donde yo me siento feliz. Yo he tenido la oportunidad, en mi proceso, de conocer muchos países y más ahora, en el tema de las buscadoras, he ido a muchos escenarios. La guerra me sacó de este país una vez. Cuando a mi pareja, siendo un ingeniero civil, lo matan los paramilitares en El Poblado.

Entonces yo, como era su esposa, me fui un mes, pero no aguanté más de un mes. O sea, me sentía extraña, me sentía como un pecesito en agua sucia, no era yo. En cambio, acá la gente me dice «usted cómo es de boba pudiendo estar allá, viviendo bueno, allá le dan todo», pero no era yo, ¿sí me entiende? Medellín es como esa parte de mí. Esa parte de mí que me hace ser feliz, que a veces me pone muy triste porque, por ejemplo, estos días el asesinato de mi profe allá en El Volador me llenó de tristeza. Era un profe muy bueno y saber que, por la intolerancia de la gente, lo matan y lo dejan ahí tirado en un potrero como si no fuera nadie. Pero

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

esta es mi ciudad, una ciudad que yo creo que le ha aportado mucho en el tema de memoria, de paz, de resiliencia, de resistencia, de movimiento. Yo siento que somos una de las colectivas que más reconocidas por lo simbólico que hacemos. Medellín, para mí, es esa parte de mí que espero llevarme, lo más hermoso de mi vida, el día que ya no esté en esta tierra.





Anaidalyt Delgado

Mi nombre es Anaidalyt Delgado Lezema. Yo siempre me he llamado lideresa social y política. Tengo 59 años y, pues, soy del Bajo Cauca. Vivo acá en Medellín desde mi desplazamiento del Bajo Cauca en el 2006. Y, siempre he estado al frente de todo lo que tiene que ver con las víctimas del conflicto armado.

Yo creo que yo he sido como lideresa desde muy niña. Bueno, luego de mi desplazamiento. Llegar aquí, uno venir de un territorio a enfrentar una ciudad no es tan fácil. Entonces, creo que ese fue el primer momento que marcó mi vida, enfrentarte a una ciudad a la cual no estabas acostumbrado.

Luego, asumir unos retos, cuando llegamos como víctimas del conflicto armado, en los liderazgos porque era un ambiente muy machista. Y, aparte de ser machista, también era regionalista, entonces me tocó muy duro porque era aceptar esa posición de mujer y mostrar que también podíamos tener unos cargos importantes en ese círculo de líderes que estábamos construyendo la política pública de víctimas. Fue un reto muy grande que también cambió mi vida porque fue un sentar esa posición como mujer y decir: «Bueno, aquí siempre los hombres son los que quieren ser los coordinadores de las mesas, que siempre quieren ser los secretarios técnicos y no, las mujeres también podemos».

En ese momento no teníamos la Ley 1448, sino la Ley 387, que era la del desplazamiento forzado. Entonces, eso nos permitía a nosotros solamente que fuera un secretario técnico y siempre se elegían los hombres. Uno de los retos grandes fue decir: «Bueno, yo también voy a ser secretaria técnica, no importa que venga del Bajo Cauca, no importa que sea mujer». Así fue y fue un logro muy importante ejercer ese cargo de secretaria técnica y luego, ya con la Ley 1448, que ya empieza con esas mesas, dije: «Quiero ser la coordinadora de la Mesa de Medellín». También fue un proyecto muy grande y aún sigo en ese escenario. Es una gran ayuda porque, de pronto, algunos no éramos líderes en nuestras vidas anteriores en nuestros territorios y esto nos abre una puerta ahorita para ejercer esos cargos, para tener esas competencias, para tener una incidencia social y política. Eso abrió muchas puertas para mí, a pesar de todas las circunstancias que uno ha vivido en su momento.

Para mí la resiliencia es esa capacidad de yo poder hablar de todo lo que he vivido sin necesidad de que me afecte demasiado y tratar de construir o reconstruir todo aquello que en su momento pasó y que ahorita... pues, yo no sé, yo me abro como a nuevas cosas. Me proyecto a cosas más grandes y cada día voy buscando esos escenarios, buscando cómo dar ese paso más allá, no quedarme en lo que viví. Entonces, para mí siempre ha sido eso y me identifico en la medida en que puedo hablar de eso y ya en algún momento, ya ni me gusta hablar de eso, como que ya, borrón y cuenta nueva y vamos para allá.

Siempre he sido una mujer como muy resiliente, incluso, no de lo que viví en el momento, sino de lo que aún sigo viviendo. Yo pienso que la vida, en este momento, te puso en este lugar y tú tienes que mirar cómo vas a trascender para estar en otro lugar. Cada día me doy esa oportunidad de conocer nuevas cosas, decir «quiero estar allí» y mirar cómo llego a ese lugar donde quiero estar.

Yo nací en un hogar de zona minera, o sea, de mucha plata. Y en esa ganadera de negocios, es decir, en ese cómo montar negocios no me gustaba estudiar porque yo decía: «Bueno, uno estudia para tener plata y yo la tengo, y la consigo». Entonces, me crié con muchas compras de oro, en mucha minería, en mucha cosa.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Yo soy de Zaragoza, entonces siempre mi familia fue comerciante en oro, teníamos mucho. Mi ámbito era el liderazgo, pero porque era la líder de todos los mineros.

Me crié con un tío y teníamos una tienda, o un supermercado, muy grande. Yo era muy pequeña, yo tenía siete años y yo ya era la que definía ahí si se les fiaba a los mineros o no, desempacaba los mercados y todo. Desde niña me han dicho «doña Ana», desde los siete años, «doña Anita», «doña Anita», «doña Anita». Pero mi círculo y mi vida era el negocio y el ser líder, pero de los comerciantes en oro, porque teníamos compras y cosas en la familia.

Luego, yo me caso con un comerciante en oro y a los 25 años asesinan a mi esposo. Por todo lo que se dio con muchos grupos armados, o sea, a nosotros nos tocó sortearlos a todos. La persecución con los grupos armados fue muy dura y empezaron a quitar todo. Entonces, toda la familia empezamos a migrar; unos para Bogotá, otros para Cali, otros nos quedamos acá. Nos tocó salir y dejar todo el territorio abandonado y llegar acá a la ciudad, llegar acá a Medellín a enfrentar una ciudad a la que no estabas acostumbrada, sin dinero, porque uno venía acá a vender el oro al Banco de la República. Es diferente uno llegar a eso en comparación a llegar aquí con las manos vacías, con tus hijos a mirar cómo vas enfrentando la vida y a esta ciudad tan grande.

Mi vida cambia, yo llego acá a Medellín en el 2007, pero ya yo había estado acá en Medellín también porque me di la oportunidad de estudiar enfermería acá en Medellín y fui a hacer las prácticas a la Cuarta Brigada. Para mí eso fue como un choque emocional muy, muy difícil, porque, como sea, tú estás acostumbrado a vivir con la guerrilla. Sí, en la guerrilla se inculca mucho el odio hacia los militares y llegar a hacer prácticas a la Cuarta Brigada... eso para mí fue un detonante impresionante.

Pero luego yo me quedé 14 años en la Fuerza Militar porque yo llego hacer unas prácticas y me dan trabajo de una vez. Entonces me fui, hice un curso con los israelíes de rescate, como enfermera en Cali. Hice eso y me tocó toda la violencia del Ejército, de sacar los heridos en combate, de todo eso. Y estuve en la Cuarta Brigada hasta después de la Operación Orión, yo entré a la Operación Orión. Nunca he contado la historia de la Operación Orión porque todo el mundo la cuenta y yo la viví porque me tocó sacar los heridos, sino que siempre me da miedo contar la historia. Sí, yo soy una mujer que trato de cuidarme mucho de decir esas verdades, porque aún... todavía persisten muchas cosas. Pero sí estuve, saqué muchos heridos en combate porque era enfermera de la Cuarta Brigada.

Después de la Operación de Orión, yo me retiré del Ejército y ya me voy otra vez para mi zona minera a montar mi compra de oro otra vez allá, con los recursos que ya me había ganado acá. Vuelvo y sufro el desplazamiento porque me volví objetivo militar por haber trabajado en la Cuarta Brigada. Entonces llegué acá, otra vez, a iniciar una nueva vida con las manos vacías, pero conocía a un coronel que era médico y por ser enfermera tuvimos una buena amistad. Él me dio una finca en Ciudadela, en Nuevo Occidente, o sea, en un barriecito que se llama El Cucaracho, acá en Medellín. Yo ahí monté mi organización de víctimas

y teníamos una cantidad de asociados, casi todo el Urabá Antioqueño, el Bajo Cauca, de todo el mundo. Como eso tenía siete hectáreas de tierra, entonces empezamos a sembrar cultivos. El Programa Mundial de Alimentos nos costeara los alimentos y nosotros poníamos el trabajo; sembrábamos zanahoria, tomate, de todo, y hacíamos el trueque cuando ya el cultivo estaba grande. Ellos nos daban a nosotros todo lo que eran los granos, aceite y todo, y nosotros nos repartíamos las legumbres y eso. Ahí llegaba todo mundo y eran como diez casas grandes, entonces el que no tenía dónde que vivir, llegaba a vivir ahí.

Eso también cambia la vida de uno porque ya empiezas tú a forjarte como líder social, pero con esa guerra de todos los tramitadores acá en Medellín que no querían que las mujeres fuéramos las secretarías técnicas, que era bajo decreto que la ley que nos permitía estar y así. Eso fue una lucha muy grande, pero yo siempre: «Yo aquí estoy y de aquí no me voy. Yo voy a ser también secretaria técnica».

Mi propósito era que la Mesa de Medellín, después de la Ley 1448, fuera una Mesa en la que el 90% fuera mujeres y así estamos, somos mujeres la mayoría. Antes no porque había un machismo, pero arraigado, impresionante. Después, como éramos diferentes culturas que nos convergíamos acá —porque Medellín tiene gente de todas partes del país, víctimas de diferentes departamentos y de las mismas subregiones— no nos querían. Entonces empezamos esa lucha y siempre he sido la líder de las «tomas» junto con Ana Fabricia, la lideresa que asesinaron. Nosotras decíamos: «Venga, nos pusieron a nuestros hijos, yo tengo un hijo varón, a que fueran a prestar servicio de donde venimos y no. ¿Por qué nuestros hijos van a ir a la guerra y en donde venimos? No». Y nos convertimos en objetivo militar. Ahí nos dimos cuenta, fuimos y nos tomamos la Catedral Metropolitana. Usted sabe que eso ahí mismo corren y solucionamos el problema, por eso hoy nuestros hijos no prestan servicio militar.

Ahí empezamos a hacer que lo que hoy día es la Ley de Víctimas, fue con todas nuestras propuestas y rutas que nos fuimos a la calle con acciones y todo. Esa ha sido mi vida, siempre en esos escenarios. Con muchos cargos, muchas ocupaciones, lo que tampoco me ha permitido mucho es estudiar, yo entré a la Universidad y no, ya me sacaron por asistencia, ya había faltado mucho. Ha sido como esa lucha de poner primero tu liderazgo y todas estas políticas públicas por encima de tu familia, incluso, de nuestra salud, de muchas cosas. Soy una mujer que todo el día está en pro de las víctimas, y todos los días.

Usted sabe qué son las Mesas Municipales, ¿cierto? Digamos que esta es la Distrital, la Departamental y la Nacional. Yo hago parte de las tres y también soy consejera a nivel nacional de restitución de tierras y acompaño los procesos de un convenio interinstitucional que tiene el Fondo para la Reparación con la Agencia Nacional de Tierras. Hemos logrado, por ejemplo: antes la mayoría de las víctimas que llegaban a esas tierras abandonadas por el conflicto empezaban a vivir ahí, pero cuando venían a restituir la tierra, entonces, te sacaban y quedabas en la nada, así que ahorita ya hablamos de los segundos ocupantes, cómo hace también

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

el Estado para proteger a esas personas que son segundos ocupantes. Y hemos estado ahí como poniendo mucha política pública.

Pero toda mi vida gira alrededor del liderazgo. Tengo una organización de la cual hago parte. Cuando nosotros llegamos aquí, como entonces era la Ley 367, el SENA en ese momento te acogía y te decía: «Bueno, pues, usted va a estudiar emprendimiento y le vamos a dar un proyecto». Yo pensaba, yo decía «un proyecto...». Llegaban todos a estudiar, uno decía «no, yo quiero un carro», otro «yo quiero una máquina». Entonces se empezaron a preguntar con quién hablarían o cómo, porque ya íbamos a terminar el curso, y nosotros también pensábamos qué más íbamos a hacer y cómo nos ubicábamos. Cualquiera día estábamos en el SENA:

—Bueno, ¿nosotros por qué no nos organizamos? —dije yo.

—Sí, sí —dijeron todas.

Empezamos en el 2005.

—Hagamos una organización —ya decidida, ya lo podíamos hacer.

—Ah, bueno, listo —todas éramos mujeres.

Yo pensé que bueno, que lo que íbamos a hacer era una organización de mujeres. ¿Por qué? por la necesidad de vernos representadas nosotras. Aparte, después además de tener a la alcaldía, necesitábamos quién nos representara. Y no duramos ni más de un año para organizarnos legalmente; así que fue esa necesidad de representatividad que nos llevó a organizar.

Hicimos una organización en el SENA, ahí nos organizamos.

—Ah, ¿qué nombre le vamos a poner? —esa era la gran pregunta.

—Asociación de Desplazados y Mujeres de Antioquia.

Siempre la palabra mujer la queríamos poner por toda la persecución que teníamos de ese machismo. Bueno, ya esa organización tiene muchos años, y somos casi 200 personas que hacemos parte, hemos tenido 300, 500, pero hay personas que se van a su territorio. Por ejemplo, teníamos mucha gente de Cali, que ya se fue, gente de Barranquilla, que ya se fue, pero la organización todos los días sigue creciendo. Es una organización que está legalmente constituida hace muchos años. Yo soy la representante legal, pero también la he soltado muchas veces para que cada uno tenga como esa experiencia de los liderazgos.

Estudiamos mucho, nos reunimos casi todos los domingos a las cuatro de la tarde porque nos gusta reunirnos. Nos reuníamos mucho en una finca que era de la policía de caballería, ¡de Carabineros!, allá en Ciudadela, pero ahorita están haciendo una cárcel allá, entonces ya nos reunimos en una parte que se llama la Media Torta, que es un parque ahí todo bonito. Ahí nos sentamos, echamos carreta todos los días y yo les enseño a ellos la nueva ley: qué quiere decir, por qué eso, por qué lo otro.

Tenemos jóvenes muy preparados y también hacen parte los niños. Es una organización que al inicio era solo de mujeres y ahorita ya es mixta. Pero, mi vida siempre está llena de ella, mis hijas me llaman y me dicen: «Amá, ¿será que podemos hablar con usted?». Eso por ahí cada seis meses, entonces «ah sí, un

ratito». Eso ha sido mi vida, enmarcada al liderazgo y siempre en pro del liderazgo, entonces ahí vamos. No sé qué más...

Bueno, la historia de la Ley de Víctimas, tú sabes que primero teníamos la Ley 387. Entonces en Medellín nosotros dijimos: «Bueno, ¿y por qué nosotros no tenemos una?». Total que lo hicimos con la doctora Luz Patricia Correa, que también es un ícono aquí en desplazamiento forzado. Y empezamos ahí. Usted sabe que la Ley 387 era una ley asistencialista de tres meses, nos daban unos frijoles que duraban por ahí dos días, ¡eso era un rollo con ellos! A nosotros como desplazados nos daban una ayuda por tres meses y ahí pare de contar. Tampoco teníamos derecho a la reparación.

Resulta que nosotros empezamos, como la otra vez, a tomarnos la Catedral porque no nos reparaban. Desde ahí ya salió una sentencia que dice que las víctimas de desplazamiento forzado también son objeto de reparación. Entonces hablábamos del Decreto 1190, de la Ley 758, todo lo de desaparición forzada y esas leyes así de Justicia y Paz, pero por desplazamiento, la indemnización era una vivienda. Nosotros pensamos que, en realidad, una vivienda es un derecho constitucional que tienen todos los colombianos y nos peleamos eso, entonces sale ya el derecho a la indemnización de la población desplazada víctima del conflicto. Fui partícipe del Auto 092, a las 700 mujeres las busqué, pero no hice parte del auto, sino que lo ayudé a construir.

Luego, estuvimos mucho en la Sentencia T-025 sobre el desplazamiento forzado y aún sigo siendo parte de eso porque yo voy a la Corte como Mesa Nacional. Hemos tenido diez audiencias para que no se quite el Estado de Cosas Inconstitucionales a la población desplazada, objeto de su reivindicación de derechos, y que aún debe seguir vigente en vivienda y generación de ingresos para la población víctima de desplazamiento forzado.

Esa lucha que nosotros hicimos en todas las iglesias... sobre la libreta militar, de una cosa, de la otra, hoy es la Ley 1448 y ahorita, la Nueva Ley. Pero nosotros le apostamos a la Nueva Ley, que fue la que presentó la Unidad para las Víctimas con el ministro Osuna, incluso, creo que la Mesa de Medellín y la Mesa Valle de Aburrá fueron las que estuvieron en la entrega de ese proyecto de ley. Pero también sabemos que esa fue concertada con las 1.000 y pico de Mesas que tiene Colombia, pero no siguió, la guardaron ahí y siguió la que hizo la Defensoría del Pueblo. Con esa había mucha mermelada y usted sabe el tema político cómo se vuelve. Entonces, en la Defensoría del Pueblo no había mermelada para pedirle, entonces así siguió a su ritmo y hoy tenemos esa ley.

Hay algunas cosas que hicimos en la lucha como Mesa de Medellín, también le dijimos a la Defensoría: «Venga, conéctese y nos cuenta por qué el comité de Justicia Transicional es indelegable y que esté el alcalde». Bueno, cómo así que después de la lucha tan grande que nos hemos dado no logramos a tumbar eso y sí... ahí vamos. Siempre en los procesos.

Ahorita en la apertura que hay de las nuevas declaraciones de las personas de la Ley 2343, estamos siempre como en todo ese proceso de los cambios, de los

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

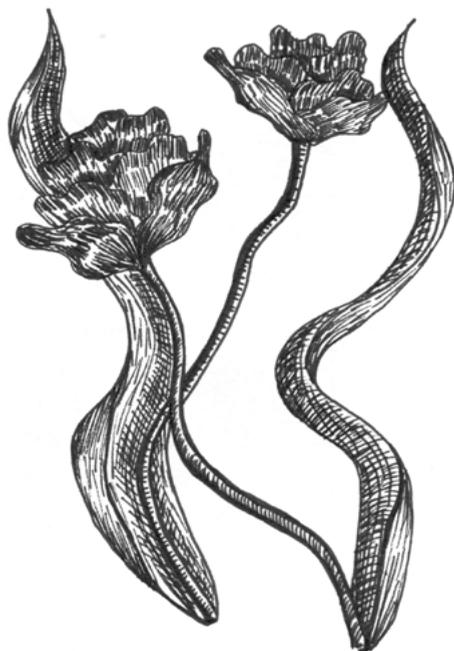
decretos, de todo y siempre haciendo incidencia en eso. Eso fue una historia que nos marcó mucho porque para la Ley 1448, te digo, se crea una ley escenario de participación porque no vamos a seguir en el mismo cuento del secretario técnico, que tiene que ser el hombre y que bueno...

Creo que fue una lucha que nos dimos y, sobre todo, que fuimos las mujeres las que lo logramos. También, en todo lo que fue el proceso de paz tuvimos mucho que ver, marchamos, lloramos... el plebiscito cuando lo perdimos fue una lucha tenaz. Ahora, en propuestas, cosas, digamos que somos el centro como difícil, pero ahí vamos diario peleando. «Ve, ¿por qué no nos invitaron y por qué no construyeron con nosotros?». Siempre es como esa lucha de estar en el escenario, de participar y que se construya con nosotros, porque es que siempre es «venga, yo le socializo lo que hicimos» y cómo así, es que es hacerlo con nosotros. Entonces, pienso que cada día hay unos retos y unas cosas para avanzar, muy importantes, pero que siempre estamos ahí construyendo, haciendo, proponiendo y siendo la voz de los que no tienen voz.

—Ah, pero cómo así que usted me representa y yo a usted ni la conozco —me dice mucha gente por ahí.

—Ah sí, pero todas las políticas que nosotros ponemos allá la benefician a usted —les contesto yo.

Entonces, creo que hemos hecho la tarea y aún falta mucho por hacer y cada día hay muchas cosas por hacer.



Glosario

Memoria

Memoria para mí, aunque muy poco me gusta la memoria. Casi no, no, pero la memoria sí es como todo eso que nosotros hicimos, yo siempre he peleado: «Venga para cuándo más sobre la memoria de los líderes, de los que asesinaron y de los que todavía seguimos en la en la lucha». Es como contar todo eso que en su momento vivimos y que queremos recordar, quizás, ya en otra forma, no como con dolor. Y que es eso que nos permite a nosotros no olvidar todo lo que hemos vivido, que lo seguimos teniendo, pero en esa memoria diferente, porque a veces recordamos las cosas con dolor. No, yo recuerdo todas estas cosas con alegría, todo lo que tuvimos que vivir y todo eso fue así para estar adonde hemos llegado. Entonces, todo eso que pasó, nosotros tenemos que querer recordar eso, pero en otros términos.

Perdón

El perdón es muy individual, ¿cierto? de cada ser, y que llega en el momento en que lo queremos transmitir, ese perdón. Algunos dicen: «...pero sin olvidar», pero para mí, pues yo olvido como lo que eso surgió en mí, como el efecto que eso tuvo, pero que ya no lo tiene. Y que cada día yo sano, porque imagínate yo todos los días: «agh, es que usted, na na na».

Yo no, pero sí me gusta ese perdón que es como «venga, ¿cómo nos reconciamos?, ¿cómo accedemos a eso?, pero que yo conozca quién es el otro». Entonces, yo siempre hablo de que a mí me invitaron a ser parte del coro de reconciliación acá, pero la condición era que no podíamos saber con quién estábamos y ya no me interesó porque, o sea, yo lo necesito vivir, hablar, para poder perdonar. Es que entonces nos han puesto como los firmantes de paz por acá, o el victimario, como dicen las víctimas todavía, por acá y yo por acá. Para mí, el perdón también significa que, desde el diálogo con esa persona, yo logre hacer toda esa resiliencia de todo ese daño, y cómo a través del tiempo yo perdono porque voy construyendo cosas nuevas, cosas diferentes. Ahí hago ese empate de todo ese daño.

Paz

Yo siempre he tenido mi discusión y por eso casi ni me invitan a nada, porque yo... bueno, para mí la paz es también interior y la paz no se construye, pues, existen en estos escenarios donde hay que pedir permiso para hablar con el combo. Yo vivo todos los días con ellos, todos los días yo voy al Bajo Cauca y tengo que pedirle permiso al Clan del Golfo para poder entrar o al ELN, y todo eso.

Yo pienso que, para mí, la paz es también el cómo desde mi interior yo empiezo a hacer esos análisis de lo que estamos viviendo, de por qué se está viviendo y en

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

esas afectaciones, cómo puedo yo impedir que se afecte una comunidad y es eso. Yo, por ejemplo, decía: «Yo construí paz» porque cuando llegamos, donde yo vivo, era una guerra muy brava. Yo le decía a la gente: «Venga si ustedes empiezan a intimar con esos grupos» de tipo «es que el vecino vino y me echó esa agua acá y ahora voy y le llamo al combo», entonces, todas esas cosas hacen que nosotros validemos esas cosas. Yo decía: «Venga, vecino, construyamos la paz, usted y yo, que nos podemos sentar a dialogar eso que nos está afectando a usted y a mí. Usted sienta su posición, yo la mía y en medio de esas dos posiciones construimos». Para mí es esa construcción de todas estas cosas que nosotros pensamos que son dañinas para nosotros, cómo nosotros las cambiamos, miramos y respetamos la posición del otro, y que también hay muchas otras cosas... que nos quedaríamos todo el día aquí hablando de la paz.

Reparación

Nosotros aquí tenemos el grave problema de que, de pronto para nosotros era «Venga, deme la plata allá y esto, esto y lo otro». Nosotros cambiamos ese chip tan impresionante, sobre todo en la Mesa, que la reparación para mí es esto que nos permiten a nosotros ser. Por ejemplo, contar, vos decís que para estar por allá en inglés y todo ese cuento y yo me siento reparada con eso. El cómo a mí me permiten hablar de lo que me pasó, cómo yo a través de eso que me pasó puedo también hacer que esa otra persona que me escuche sienta también que no me puedo quedar todo el tiempo hablando de ese daño, sino cómo eso me ha permitido hablar en público. A mí todo el mundo me dice, «Ay, vea, tan bueno para usted que se puede sentar al lado del alcalde». Para mí todo eso es reparación, poder estar en un escenario, poder dar de lo que yo he aprendido. Poder construir esa política pública que quiero que construyamos, poder decir: «venga, yo me voy para el albergue» y que esa gente también haga algo mientras sale de ahí, o sea, para mí todo eso es reparación.

De todo ese daño, yo construí memoria y volví un hacer muchas cosas. No es el dinero. Yo creo que la reparación es otra cosa, de sentirme incluida en una ciudad... Yo amo mucho a mi pueblo, pero yo amo mucho a Medellín, en donde tuve la oportunidad de llegar y hacer resiliencia, de estar aquí, de esa aceptación, de todos esos escenarios, de que todo el mundo tenga que ver con uno y que uno también tenga que ver con todo el mundo. Entonces, creo que con todas esas cosas yo me siento reparada. Con el hecho de participar, de tener una garantía, la participación, de sentirme plena en muchas cosas. Yo pienso que eso para mí también ha aportado a esa reparación de otras personas.

Alegría

La alegría es cada que hay algo bueno para las víctimas y que podemos... por ejemplo, a mí el día que se llevaran a las víctimas para el albergue donde están ahora me dio mucha rabia porque no nos avisaron, entonces la gente pensaba: «No,

se llevaron a esas víctimas, ¿qué les irán a hacer? ¿para dónde se los llevaban» me decían las personas, porque me llamaban. Pero yo cuando los vi en otro escenario diferente, no en ese huequito donde estaban en la setenta, sino ya en una finca donde esos niños salen y todo eso, o sea, para mí eso es una satisfacción. Todo lo que tenga que ver con esas cosas lindas, de la naturaleza, de esas cosas, de ese esfuerzo que hemos luchado tanto y que luego se logra... para mí eso es una satisfacción.

Sanación

Partir de sanar mi vida, de todo lo que ha pasado, de mirar al otro a la cara y poderle decir: «Venga, y entonces qué vamos a hacer juntos». Lo que hablamos ahorita. Yo creo que para mí eso es satisfactorio. Yo en estos días le decía a la «Zanga»: «Bueno, venga a una finca y trabajamos los firmantes con las víctimas. Y hacemos una construcción de toda esa sanación y de todo» porque yo he tenido la oportunidad de ir a muchos ETCR (Espacio Territorial de Capacitación y Reincorporación) y, a la final, yo me vengo como con la conclusión de que a veces ni a ellos les han cumplido, ni a nosotros tampoco, pero que ahí vamos en la lucha y de eso vamos a salir. Entonces, yo pienso que esa sanación también que tú haces desde tu alma, te permite a ti muchas cosas. O sea, desde el tú sentirte libre, tú no sentirte como con todas esas cosas, como con ese vacío.

Cada día pienso espiritualmente que me tengo que llenar de muchas cosas; de mucho valor. Y si no fuera así para uno cargar con tanta cosa que todos los días tiene que sortear, eso habría sido para mí una sanación: estar en todo este proceso de lo que viví, de lo que ya he logrado, de lo que... Yo me siento en la cima ahorita, entonces pienso que eso también ha aportado a mi vida para yo sanar esas cosas.

Medellín

Medellín yo digo que es mi ciudad. Medellín, para mí, es una ciudad que tiene... hablábamos de una ciudad de contrastes para nosotros que hemos llegado aquí. Medellín a mí me ha permitido tener muchas cosas, aunque no sean materiales porque yo la viví con esas cosas materiales, pero siempre con la zozobra de que te iba a salir alguien, de que esto y que lo otro. Para mí, Medellín es un escenario de política pública, para mí, Medellín es un escenario de recreación, un escenario de memoria. Medellín tiene todos los contrastes dentro. Siempre hemos hablado del desplazamiento forzado en Medellín como un contraste de ciudad.

Entonces, yo pienso que Medellín me ha permitido avanzar en muchas cosas como líder, como persona, como lideresa social, pues. Y permitir que yo sea como un camino también para esas otras personas que están tras de ti. También poder satisfacerse con esta ciudad y ser, o involucrarte, porque entonces muchas veces llegamos acá, y «no, qué pereza esta ciudad», «mire que esto, que lo otro que no»; entonces salimos corriendo.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Yo creo que yo a Medellín me permití conocerla, amarla y ya estabilizarme acá. Yo siempre digo: «Venga, ya yo soy de aquí y aquí me quedo, así que qué vamos a hacer con los que están aquí». Eso también nos ha permitido amar la ciudad y hacer parte de del Presupuesto Participativo, de la de la Junta de Acción Comunal, hacer parte líder del bloque, pero que mire que allí se construye, o sea, de todas las cosas, esta ciudad te permite a ti emprender. Una de las razones es que en Medellín se atienden las víctimas como en ninguna parte se atienden. Entonces para mí es ganador.





Ángela Grajales

Mi nombre es Ángela María Grajales, soy del corregimiento de San Antonio del Prado. Toda la vida he vivido en la vereda Montañita, la finca que tenemos ha sido nuestra desde mis bisabuelos, somos la quinta generación ya. Desde niña me dijeron que yo era muy rebelde, mi papá me lo decía porque yo no obedecía, inclusive desde pequeña yo tiraba para volarme de la casa.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Yo siempre hacía lo que a mí me parecía, lo que me gustaba, no lo que a ellos les gustaba. Cuando ya cumplí como los 15 años me fui de la casa, pagaba un apartamentito con venta de empanadas. Sí, con eso pagaba una piecicita, desde pequeña, y mi papá iba y me buscaba, me decía que yo era muy rebelde, que volviera a la casa y yo «nunca, no» porque a mí me gustaba hacer mis cosas, no lo que ellos me imponían.

Mi mamá era psicorrígida, es decir, ella tenía un montón de normas todas raras sobre cómo sentarse, cómo pararse y cómo comer. Un montón de cosas ahí, y en todas ella dijo que yo era lo contrario de ella, inclusive, ella me decía que ella quería que yo me fuera de monja y muchas veces me resaltaba cosas de monja y yo le decía que no, que por qué no se había ido ella, que a mí no me gustaba, yo ya sabía que mi actividad era con la comunidad.

Yo hice mi bachillerato, yo misma me lo pagué. Yo hacía mis actividades sociales desde los 16 años. Empecé como voluntaria de salud en el corregimiento, yo tenía un cuadernito donde hacía muchas actividades. Yo hacía un trabajo con niños especiales, empezamos a visualizar los problemas de los niños con retardo mental moderado, acompañados con el Comité Regional de Acción, a trabajar con lo que eran terapias de lenguaje, motricidad, socialización y temas de familia. Este era uno de los problemas que existía dentro del territorio. Bueno, empezaron las familias a sacar a los niños porque antes a ellos no los mostraban mucho por el «qué dirán» de las familias; antes se tenía unos parámetros muy terribles. Incluso, encontramos un niño que estaba encerrado dentro de una jaula porque a la familia le daba pena salir con él. La mayoría de los niños que tienen esa dificultad son violados por la misma familia, entonces se hacían trabajos paralelos a eso. Igualmente, yo hacía unos programas de una emisora cultural en San Antonio de Prado. O sea, yo tenía muchas actividades al mismo tiempo.

Yo tenía un cuadernito donde colocaba, también un poco psicorrígida, el tiempo que me gastaba comiendo, el tiempo que me demoraba llegando a un lugar. Yo lo tenía ahí, inclusive, como que sufrí, empecé a sufrir problemas de migraña por estrés. Yo empezaba como a las seis de la mañana y a las 12 de la noche aún no terminaba las actividades y tenía un programa a las 8 de la mañana sobre niños especiales, dábamos unas conferencias y en ese mismo radio también dábamos otro programa de iglesia en acción; yo estaba estudiando teología.

Entonces eran varios temas que tenía que averiguar e investigar para poder ir a organizar lo de los programas. Después ya hacíamos las actividades también con los niños, porque yo tenía como dos o tres niños porque no se podía tener más de dos niños por la condición de ellos. Había que hacer una evaluación, se hacían terapias. Por ejemplo, yo tenía una niña a la que le hacía terapias de lenguaje y tenía otra niña que recibía órdenes contrarias, entonces me tocaba trabajarle mucho en ese tema, era muy particular.

En ese tiempo también fui vigía de salud, a los 16 años, ocho años trabajé en esas actividades. También, como voluntaria de salud me tocó una situación dura, ahí es donde me retiré un poco. De hecho, a mí me iban a enseñar a hacer

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

necropsia, pero no fui capaz porque vi cómo arrastraban a un joven que había sido asesinado, entonces no me gustó la idea de hacer necropsia. Otra cosa que no me gustó fueron los partos, tampoco me gustó. Yo me retiré cuando a un muchacho al que yo le hacía curaciones —le habían dado un balazo y le habían afectado la médula espinal— entonces empezó a podrirse y la situación económica de ellos era terrible. Entonces me parecía muy terrible eso que le tocaba a uno como líder; verlo ahí y que yo le tenía que sacar esa pudrición y todo eso.

Después cuando murió, uy, no hubo ni parte económica para enterrarlo, ni le hicieron misa y éramos ocho vigías de salud nada más esperando para el entierro. La mamá y la mujer fueron y lo organizaron en el cementerio, eran las que lo llevaron porque nadie quiso cargarlo. Volvieron y lo trajeron a la iglesia, esperando a que de pronto le dieran una misa y nada, luego llegó un sacerdote y ya le echó la bendición. Lástima... pues porque sin una parte económica, lo echaron a una fosa común... Eso a mí me afectó mucho. ¿Cómo que por dinero no se merece una buena sepultura? ¿Sí me entiendes?

Ya después yo me retiré del voluntariado de salud, me dediqué a la Junta de Acción Comunal. Empecé primero como secretaria, tesorera, hasta que como a los 26 años ya me hice presidenta de la Junta de Acción Comunal, la gente me eligió para el período del 91 hasta el 95. Ahí se realizaron varias actividades muy buenas, tenía una promotora social de la Secretaría de Desarrollo Social y ella visitaba cada ocho días las juntas en nuestro territorio, entonces ella fue la que más me fue perfilando en la actividad que yo realizaba.



CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

En la Junta de Acción Comunal yo hice las actividades de infraestructura, o sea, saqué lo que fue la pavimentación en la vereda, el alumbrado público que no teníamos, saqué lo del acueducto de la corporación. Nosotros tenemos un acueducto veredal que siempre habíamos tenido desde nuestros ancestros y entonces el contrato del acueducto fue una gran dificultad. De todas maneras, yo había solicitado el acueducto de agua potable para el territorio, el alumbrado público, los teléfonos públicos y privados. En esa junta también trabajé con el semillero de niños donde se abordaba toda la parte ambiental, el reciclaje, la siembra de árboles, el trabajo social de los niños. Se realizaron todas las actividades, todo creció y fluyó, pero cuando llegó el contrato del acueducto... ahí fue el choque porque en ese tiempo salió como la ley 80, en la que las juntas podían hacer contratación de yo no sé cuánto mínimo.

En ese tiempo estaba el alcalde Luis Alfredo Ramos y empezó a trabajar con nosotros un grupo de personas que nunca había estado por nuestro territorio. Cuando se dieron cuenta de que iba a quedar un remanente de 5'000.000 de pesos, que eso era mucho en ese tiempo, empezaron a decirme que yo tenía que retirarme, que yo no servía, que yo no sé qué. Yo convocaba y la gente iba porque a mí me gustaba dejar eso libremente, pero ya empezaban a encantar con refrigerios y todo eso porque ya sabían del contrato.

Pero yo les decía: «ustedes no están en el libro, ustedes no fueron los que me eligieron, ustedes no tienen por qué estar». Empezaron ya choques bastante fuertes hasta el punto de llevar esto a la Secretaría de Desarrollo Social. Ellos me cortaban el agua, me mandaban flores, pasaban con ataúdes, llamaban a mi casa y me ponían canciones de fúnebres, todo eso. Yo superaba como que todo eso y yo no me les quitaba, porque cuando uno se le quita es peor la situación.

Continuaron los problemas, las dificultades, después de eso tuvimos la reunión con el secretario de desarrollo, él nos dio la cita y cómo le parece que todos ellos me acompañaron.

—¿Tú por qué quieres ser presidente o estar dentro de la Junta de Acción Comunal si nunca se había motivado? —un secretario le preguntó a uno de ese combo.

—Porque yo soy más —dijo así.

—¡Ay sí! —yo le dije—, eres más que yo. Eres una basura porque mire que hace poco tu mujer tenía secuestrada a una gente y la mataron por allá en el yendo para Rionegro.

Entonces ellos se asustaron mucho.

—Sos más que yo, sos basura, sos ripio, sos un vástago de la sociedad —seguí diciendo.

Ellos se asustaron más...

—Ah, mi mamá se murió —me fue diciendo otro de ellos.

—Ay, qué bueno —le dije—. Vaya entiérrela mientras está aquí en este problema.

Ellos lo que estaban siguiendo era el dinero. Después cuando hicieron ellos el proceso de una demanda, desde la Secretaría me la me favorecieron y yo

continuaba como presidenta normal; haciendo cosas. Incluso, como ellos decían que yo no hacía asambleas, entonces yo cuando las hacía colocaba pancartas con ortografía pésima, mala, dañada y de todo. Ahí mismo criticaban y caían en la trampa. Yo les ponía a ellos trampita y se asustaban cuando yo les decía que eran truquitos, que si no convocaba entonces por qué decían lo de las carteleras.

En este camino tan duro ya me aprendí a chocar por la contratación. Aprendí que una como líder empezaba a tropezar en eso de la contratación porque hay otros intereses económicos y políticos dentro de nuestros territorios. Ya cuando sucedió eso, yo fui al juzgado porque me citaron por una demanda, me decían que yo tenía que entregar la Junta de Acción Comunal a pesar de que el documento ya estaba a mi favor. Yo les decía que no, que ellos solo estaban buscando el dinero.

Pedí cita con el alcalde y le dije que el contrato no lo iba a hacer la Junta de Acción Comunal. «Quiero que le coloquen ese contrato a otra organización porque yo estoy siendo perseguida, acosada, me están haciendo sabotaje, me están haciendo amenazas... no puedo». Así que él puso el contrato con otra persona y ellos quedaron con mucha rabia. Lo que ellos veían era lo que se podían repartir para ellos, no era para la comunidad.

Cuando yo fui a la personería de Medellín yo comenté el caso, porque me habían citado a hacer una declaratoria. Me dijeron que contara simplemente lo que me preguntaran porque ellos me iban a preguntar lo mismo de diferentes maneras. Así fue, yo fui a la cita...

—¿Sabes en qué está metida usted? En una papa muy caliente —me dijo.

— Quizás... —yo le contesté—.

—Es que usted tiene que conseguir un abogado porque tiene un problema.

—Yo no voy a buscar abogados. Si usted quiere póngame uno de oficio — le dije así.

Me puso uno de oficio, pero se demoró horas para conseguir ese abogado de oficio, buscando y buscando y nada. Luego, él consiguió el abogado y me fue diciendo:

—¿Sabes qué? Nosotros te vamos a dejar suelta por diez días, no te detendremos y después venís y firmás un libro.

—Si yo no tengo ningún caso, ¿por qué me tienes que detener?

— En diez días venís y firmás un libro...

—Bueno, listo, yo vengo y firmo un libro.

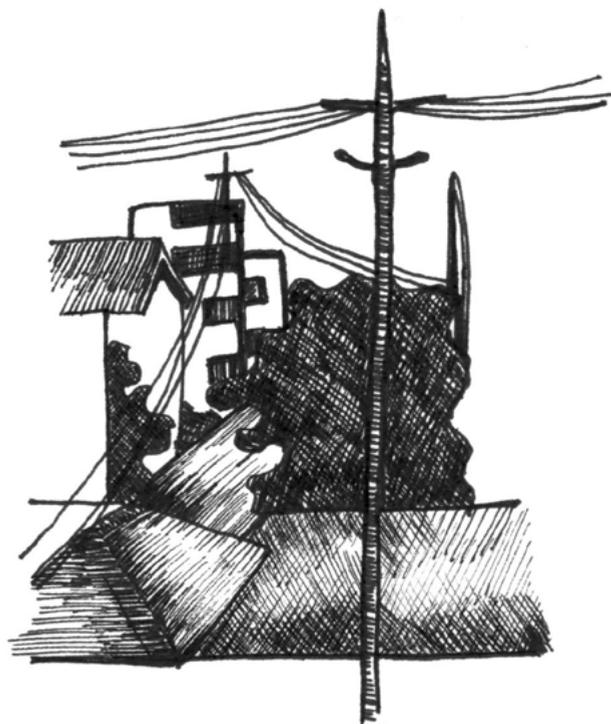
De todas maneras, fui y le conté a la personería lo que el juez me dijo. Allá me dijeron que no me preocupara, que estuviera tranquila, que ellos arreglaban eso. A los diez días cuando fuera a firmar, debía ir allá para que él me acompañara. El juez me había colocado ese abogado y después el abogado era presionándome por dinero. Entonces yo les dije que los que tienen el problema eran él como abogado y el juez, que yo no tenía problemas. Quedaron las cosas así y vine el día de la cita. El juez estaba buscando unos papeles ese día, cuando al rato me vio...

—¿Y usted a qué vino? —me fue diciendo.

—¡Ay, a usted se le perdió la memoria! —le dije—. Yo vine porque usted me citó hace diez días acá porque tenía que venir a firmar un libro.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria



—Ah, no, sería el secretario. Espérela que ya viene.

Y yo sabía que él no era, pero entonces yo esperé, me senté y esperé al secretario. Cuando llegó yo le dije que iba a firmar el libro, que por favor me lo entregara, porque así me había dicho la personería que les dijera. Entonces, él sabía que él no había sido y me hizo esperar un momento. Entonces, él fue, habló con el juez y se limpiaron.

—No, tranquila —me dijeron—. Vaya tranquila para la casa que en tres días le damos la respuesta.

Exactamente en tres días me llegó la respuesta, un pequeño golpe de estado por querer usurpar el puesto. Eso me llegó. Así que fui a la personería y, le digo, se murieron de la risa porque a ellos ya le habían llamado la atención. Quedaron tan mal.

Además, cómo le parece que una vez mi mamá me llama, cuando yo estaba trabajando con el municipio como prestadora de servicios en impuestos de industria y comercio. Estaba en la casa de una hermana, no estaba en la casa, cuando mi mamá me dice:

—Ay, Ángela, tenga mucho cuidado, vinieron por usted, yo sé que a usted la van a matar —estaba muy asustada—. Llegaron acá a preguntar por usted, que le traían un recomendado; una carta...

—Mamá, tranquila, usted no cree pues en su Dios —le dije yo—. Tanto que rezas y todo eso.

Yo, por mi parte, siempre tenía un convencimiento. Yo siempre salgo sola y soy muy convencida de las cosas.

—Te van a matar porque él dice que te va a llevar un recomendado y yo le dije que fuera allá y él ya va...

Yo le dije que estuviera tranquila, que yo no le iba a abrir la puerta. Pues, imagínate que cuando el muchacho bajaba, cómo le parece que se encontró con un enemigo y lo mató. Y para acabar de ajustar, lo que es el Universo, había un policía que era un conocido mío, vestido de civil y lo cogió.

Él no tenía ninguna clase de recomendado, ni carta para mí. ¿Cómo le parece que pagó 13 años de prisión porque le encontraron otra muerte al muchacho ese? Hasta ahí quedó la venganza de muchos porque no pudieron hacer nada. El tipo quedó en la cárcel, incluso, todavía no puede entrar al territorio por la familia.

Eso me enseñó a mí a tener carácter porque yo no conocía quién era yo. Yo me desconocía como Ángela María. Mi madre, yo no sé por qué, pero yo me desconocía como de tantas opresiones que a una le dan «haga esto», «síntese así» ... Pues, con tanto protocolo de la vida yo no yo descubrí mi propio yo. Yo no sabía que yo tenía un carácter fuerte. Yo no lo sabía, yo era brava, ¡bravísima!, y entonces, imagínate que yo aprendía a defenderme de todo esto. Inclusive, me llevaron a un inspector de Prado a atacarme y yo lo saqué de la reunión diciéndole que él no tenía que intervenir en un proceso comunitario. Yo no sé cómo lo saqué, me le pegué una enojada que hasta con un palo di en una mesa y yo: «Uy, qué fue esto tan bárbaro que hice yo».

Como yo lloraba, yo me sentía muy vulnerable de todo, pero no sabía que tenía ese carácter tan fuerte. A mí me da una rabia y unos dolores de cabeza que tuve que controlarme mucho porque la que se enfermaba era yo. Yo era capaz de todo, yo sentía que era capaz de hacer muchas cosas. Y aprendí a controlar todo eso, entonces yo creo que esto de la Junta de Acción Comunal y el trabajo social también me enseñaron lo que podía hacer con mi independencia, que yo nunca he necesitado de mi familia. Antes ellos han necesitado de mí.

Yo no sé ni de dónde saco plata, pero la saco; trabajo. Así aprendí a hacer muchas cosas y yo no me muero de hambre en ninguna parte, porque yo me la invento siempre. Yo puedo estar aquí o en el desierto; me invento la comida, invento un fogón y lo que sea. Si me toca hacer una choza para vivir, vivo dentro de la choza, aprendo a hacerla. ¿Sí me entiende?

O sea, una aprende tanto de la independencia de uno mismo que ya uno no necesita del otro. Yo inclusive no tengo sino una amiga. Bueno, yo sí tengo una pareja desde los 16 años, conocí un médico en el hospital y desde ahí lo tengo a él. Él está, él hizo su labor, ya se pensionó, yo hago mi labor, seguí mi camino, pero

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

ahí estamos, ¿sí me entiende? El uno por su lado y el otro por el otro, respetando la individualidad de cada uno. Y ahí estamos los dos, toda una vida, prácticamente, porque todavía estamos, salimos, pasamos rico. Se llama Francisco Parra, médico general. Y seguimos la vida normal, salimos a veces a pasear, conversamos, vamos a almorzar, él ya hace otra actividad.... A veces nos encontramos más porque él se dedicó mucho a la parte de la medicina, entonces trabajaba mucho. Yo me dediqué mucho a la parte social, al trabajo social, entonces eso fue parte de mi vida.

En el municipio conocí a una amiga que ha sido mi amiga toda la vida, pues desde que la conocí en el 93, se llama Marta. En los momentos más difíciles que he tenido, ella ha estado conmigo, porque he tenido muchos y yo siempre he tomado mis decisiones, mis cosas. Una vez yo le dije a mi papá:

—Me voy a ir para para Dorado.

—Pues, ¿qué me quieres decir? —me dijo—. ¿Me estás pidiendo dinero?, ¿me estás pidiendo permiso?

—Yo ni le estoy pidiendo dinero, ni le estoy pidiendo permiso porque yo tengo el dinero y yo me doy el permiso. Simplemente le estoy diciendo.

Entonces, ya mismo sabía que yo hacía lo que yo quería. A pesar de todo, mi papá también ha sido más desprendido, en cambio mi mamá no. Una vez hice campaña política y... ¡ay, Dios!... llegué como al amanecer. Claro que yo nunca he consumido licor, ni droga, ni cigarrillo, no me ha gustado nada de eso porque no me gusta embriagarme. Siempre todo lo que yo hago, lo hago con mis cinco sentidos. Lo que pasa es que era un evento que estábamos haciendo en Plaza Mayor con mi amiga y un jefe mío en industria y comercio nos llevó por la mañana a la casa, a las 2, y una hermana mía llegó al alboroto que: «¡Mire la hora!». Mi mamá estaba que se moría de eso, le echaba cantaleta a mi papá, decía: «Ay es que la niña nosotros ya es rumbera».

Mi papá ya había aceptado que yo era muy independiente de todo, o sea, él aceptó. En cambio, mi mamá no lo aceptaba porque mi mamá era muy tradicional, entonces eso afecta mucho, tanto tradicionalismo, porque le afecta a uno como persona. Mi mamá era que miedos, chuchos, diablos, un montonón de cosas y un montonón de pendejadas. Incluso me decía: «Caminá como una mujer» y yo... «Hijuemadre... ¿cómo caminan las mujeres?». Me ponía cuidado yo al caminar, a ver caminar una mujer y me ponía a caminar como una mujer. Ay era terrible, terrible... O sea, le dicen a uno cosas: «Camine como es», «siéntese como tal», entonces uno como es niño y está aprendiendo entonces uno pone cuidado a otros; no es lo que es. Ahí empieza una confusión en uno tan profunda, que uno no sabe qué hacer, pero después yo me ponía a pensar cómo camino, cómo era, hasta que dije: «Yo camino como a mí me da la gana».

A ver qué más le cuento de mí. Me di mi bachiller, estudié, terminé mi técnica hace poco, en el 2019. Terminé como técnico en derechos humanos. Uno de mis sueños era viajar, pues conocer otras culturas, otros países y un día, en el año 98, le dije a mi papá:

—Me quiero ir para Estados Unidos —mi papá estaba muy enfermo y estaba postrado. Y le repetí—. Me quiero ir para Estados Unidos.

— ¡Como siempre! —me contestó—. ¡Vaya según a usted le dé la gana!

Aun cuando trabajaba en el municipio se burlaba de mí: «que es que esa se iba para Estados Unidos y no tiene pasaporte ni visa». Yo tenía unos mueblecitos que había comprado y los vendí, con eso me fui en bus para Bogotá a dejar la vida.

Es lo que pasa, me saqué la risa con esa plata. O sea, no le pedí a él cuando trabajaba en el municipio, compré unos muebles y esos los vendí. Con eso me hice mi viaje, en la embajada me dijeron que tenía visa, yo no tuve entrevista, ni nada. Así de fácil. Me dijeron que llegara a tal parte, me subiera allá, listo, me dieron la visa por cinco años.

Así que mi papá muere en el 98, el 24 de febrero del 98, al año me habían dado la visa; en el 99. A mi papá le celebraron la misa el 24 y el 25 yo me fui para Estados Unidos. Allí viajé, me fue bien, me iba a venir y ya luego me quedé un tiempo trabajando por allá, pero las cosas de la vida... Yo trabajé con unos judíos, me iba muy bien y ellos me decían que yo era como su familia y todo eso. Le cuento que yo no sabía ni lavar, ni planchar, ni hacer cosas, porque eso es a lo que va uno a ese país, a trabajar día y noche. En ese país, yo me sentía como la cenicienta, yo lloraba, yo no sabía planchar y me pusieron a una señora para que me enseñara. Le pagaron para que aprendiera a planchar y a lavar. Todo lo que uno hacía era sacrificio.

Yo tengo un hermano allá, ya van como 40 años, yo creo, que está allá. Yo llegué donde mi hermano, pero después yo me independicé de mi hermano. Fue allá donde conocí a las personas con las que yo trabajé, ellos me tenían un conductor con una camioneta para transportarme y ya después el conductor no quería trasladarme porque me celaba la mujer de mi hermano, la que es ahora exmujer, me celaba con mi hermano, ¡una cosa impresionante! En Estados Unidos a mí me iba súper bien, pero no, eso es una cosa bárbara.

Yo he sido muy de buenas, en migración me dejaban pasar fácil y de todo. Cuando trabajé allá, ellos quisieron que yo me fuera a vivir con ellos, yo tenía mi cuarto, mi baño, mi sala, comedor, todo libre. Me pagaban 1.000 dólares y cuando trabajaba horas extras me daban otros 1.000 dólares. Ellos me celebraban cumpleaños, me llevaban regalos de navidad —a pesar de que ellos eran judíos— estudiaban mi cultura porque yo antes era religiosa, ya no. Yo trabajaba con ellos y ellos me daban todo, pero la exmujer de mi hermano ya empezó a sentir celos y empezó también a perseguirme de todo. Yo iba y venía. Una vez, en una de esas, como que llamó a inmigración y me detuvieron diciendo que mis papeles eran falsos. Me detuvieron mientras verificaban mis documentos, me soltaron y me dijeron que volviera que tranquila, me sacaron, me atendieron, bueno, de todo.

Yo solo les pedía las entradas libres, entrar y salir libremente. Yo no quiero ni ciudadanía, no quiero residencia, no me interesa. A mí me interesa entrar y salir, venir a ver a mi hermano y pasear. No me interesa nada más de los Estados Unidos, pero aquí, así como inmigración castiga también premia, cuando yo me quedaba

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

sin más tiempo, mis ex patrones pagaban dinero de extensión de visa. Sí, bueno, en una de esas fui una supuesta amiga que era de Pereira y me robaron todos los papeles, me quedé sin visa, me quedé sin pasaporte, me quedé sin cédula, se me perdió una chequera que tenía y como 250 dólares que tenía en la billetera. Todo se me desapareció, tuve que ir a al banco con una monja para que me hiciera una traducción y la del banco me dio las fotocopias de la visa, fotocopia del pasaporte, de todos mis papeles me los dio y pude sacar mi dinero que tenía allá. ¡Qué bueno, antes de que me lo robaran!

Me pasaban muchas cosas, o sea, yo era muy de buenas, pero después de que conocí a esta señora... o sea, ella me vivía persiguiendo. Ella está más loca que un berraco. Llamó a una amiga mía a la que le robaron los papeles para que me dijera a mí que yo me viniera para Colombia. Ella le decía a todo mundo que yo le quitaba los maridos a todo el mundo. Entonces, Nora le dijo: «Usted imagine qué tan de buena es ella que todo el mundo la está siguiendo. En cambio, usted ni un mosco se le acerca porque todavía está peleando por un hombre».

A mí me parecía muy triste, pues como lo de mi hermano, porque ella lo mantenía dopado, mi hermano tenía accidentes a toda hora y yo no sé. Era como que ella lo dopaba. Después ella como que llamaba también a la trabajadora de allá para que me hiciera travesuras o de mi patrón. Entonces, yo decidí de venirme y dejé a mis patrones que me decían que no me fuera, que me daban lo que yo quisiera, si quería carro; carro, pero yo me pongo a hacer favores y ya me amarro. Yo soy una persona libre. Ellos me quieren mucho, pero no voy a cortar mi libertad, prefiero irme para Colombia, comerme un huevo, lo que sea, un arroz, que estar allá.

A pesar de que con unas monjas se montó una organización proinmigrante donde se le ayudaba a los inmigrantes porque allá los colombianos son muy malos, la mayoría. Le dicen a la gente que se vaya, que venda las cosas, que ellos te recogen y son puras mentiras: llega la gente, vende lo que sea allá y son en un lugar que se llama Los Dellis o Los Seven Eleven. Entonces, se ponen a esperar quién los contrate. Ya los contratan, les roban y como están sin papeles, porque una cosa es usted meterse por el hueco sin papeles y otra cosa, que es lo que no saben los inmigrantes, es usted ir con papeles. Usted también tiene derechos emigratorios allá, usted también puede denunciarlos, inclusive, si tiene residencia, si tiene ciudadanía.

¿Si me entiendes? Ellos dan miedo, se metían ahí a esperar y le robaban los salarios, entonces, quedaban peor. A esa gente se le conseguía una casa, se le daba por un tiempo la vivienda y se le conseguía empleo porque llegan con muchas precariedades y yo nunca le aconsejo a una persona que vaya ni así, ni por el desierto, ni por el agua, ni por nada. No hay tanto sueño americano.

Regresé y regresé y regresé. Cuando regresé me hicieron una propuesta; había un proyecto de residuos sólidos para trabajar con recicladores. Era una organización que se llamaba Codesarrollo, que fue el que montó el proyecto y de ese proyecto tenía que salir una organización, una cooperativa o una corporación. Empezamos muy duro, en un lugar que se llamaba «La Toluca al Aire Libre». Empezamos a

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

trabajar en el proceso de los residuos sólidos, después, la Secretaría de Medio Ambiente consiguió una finca barata para todos nosotros los que estábamos para conformar la organización, así que ya nos subimos para esa finca que queda en la vereda La Florida del mismo corregimiento de San Antonio de Prado.

Ya empezamos a hacer el trabajo con todos los recicladores del territorio y a ellos se les pagaba el salario mínimo, las prestaciones y todo. Empezamos la capacitación también de la formación de una cooperativa que se llamaba Cooperativa Asociativa de Manantial. Yo era la representante legal de esa cooperativa, pero lo que nosotros no sabíamos era que, como esas cooperativas eran una fachada de los narcotraficantes, nosotros teníamos que diluir después de haber hecho todo el proceso. Eso sí lo sabía el que nos había asesorado, solo que él quería el billete.

Ahí se trabajó un tiempo con Manantial; del dinero que se hacía del reciclaje se hizo la parte social, todas las prestaciones a los integrantes que estaban trabajando el reciclaje. Después, tuvimos que conformar la Corporación de las Corolas. Ya empezamos a crecer. A través de la Corporación empezamos a montar con el Jardín Botánico un vivero, así podíamos trabajar lo que es orgánico, todo lo que es el reciclaje, lo que es siembra de árboles. Podíamos hacer contrato con el Estado para la siembra de plantas nativas. También podíamos trabajar lo que eran las podas, mantenimiento de jardines. Todo eso se nos fue en sueños; la narcopolitiquería no nos dejó.



CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

El proyecto era divino, se hacía muy bien, estaba muy avanzado y de todo, pero a los políticos de turno no les interesaba, a la corrupción no le interesa, a los entes económicos grandes no les interesa en el territorio. Entonces ya empezaron con amenazas. Todo cuando ya el proyecto estaba arriba, todo montado y listo.

Había otra organización que se llamaba Horizontes Azul, ellos también hicieron muy buen trabajo, pero ya la plata del reciclaje se llevaba más de la mitad. No nos la entregaban toda. Se daban las capacitaciones de cómo se manejaba todo. Yo aprendí todo lo del compost, aprendí todo lo de las siembras, lo del reciclaje, o sea, cosas nuevas también para uno. Eso fue 2008, que fue el final del proceso.

Cuando ya empezó todo esto; ya empezaron las amenazas. Un compañero se robó un motor de una vereda, entonces los paramilitares dijeron que «aparecía el motor o nos mandaban a matar». Este bellaco no decía nada. Nos dieron un tiempo para que apareciera el motor y el motor no aparecía. Cuando ya se estaba llegando el tiempo, entonces empezó el de la Secretaría, el interventor, a presionar hasta que llegó y entregó el motor. Nos hubieran liquidado por problemas de este muchacho. Como yo era la representante legal, yo era la que siempre chupaba por todo el proceso, yo que tenía que responder por todo; inclusive a los muchachos que consumían, a ellos se les tenían psicólogos y todo eso.

Yo manejaba las cosas bien. El problema de nosotros era que el presidente de la Junta de Acción Comunal, Elkin, que aún lleva 25 años en esa Junta de allá, nos exigía a nosotros que le pagáramos sin trabajar. Hasta una vez nos amenazaron, nos estaban esperando en un carrito verde afuera. Ese, según él cuenta, era el jefe paramilitar de la verde, uno de los jefes se llamaba Carlos, no sé, a él como que después lo mataron.

Ya después hubo otro que era muy conocido, él se metió a la corporación, nosotros pensábamos que era gente que valía la pena, pero son gente que está acostumbrada con ciertas mañas y cosas. Él hizo un contrato a nombre de la corporación. Yo pensaba que iba a dejar ganancia para la corporación, pero después me trajo unos paramilitares para empezar a amenazarme. Entonces, cuando se empezaron a salir todos mis compañeros, yo la entregué. Y se entregó la corporación y murió ahí porque la señora que quedó con ella no hizo nada: no ha estudiado, no manejó el proceso desde que inició... El proceso murió. En esa finca, el compostaje quedó en veremos. Ella quedó con un proceso un tiempo, pero robó la plata a los trabajadores y después dijo que fue porque la atracaron. Prado es manejado por la narcopolitiquería todo. Hay un jefe que parece que fuera el dueño de nuestros impuestos.

Después de eso, yo volví a ser presidenta de Junta de Acción Comunal del 2012 al 2016 en Montañita. También trabajé muy bien, volviendo a ser organizada, pero ya era más duro porque las cosas eran a punta de acciones de derechos, de peticiones, acciones de tutela y de todo. Se conseguía y el que venía e intervenía siempre hacía parte de las personas que se manejan como marionetas dentro del territorio. Empezaron más problemas en el territorio y me pareció más duro.

Pero bueno, se organizó todo, se hicieron las intervenciones y los programas.

Ya ahí no tuve tanto problema, pero cuando terminé, ya terminé satisfecha y todo. Ellos querían que siguiera, pero yo no quería. Yo ya había buscado quién manejara la Junta de Acción Comunal, pero no funcionó porque había otros intereses. Cuando una persona desea comprarte, un gamonal de un territorio, usted no funciona bajo sus criterios ni bajo las necesidades de las comunidades, sino bajo las necesidades del que te está manejando y del que te está manipulando; el que te está manejando como marioneta. Entonces no hizo nada, no ha hecho nada.

Yo subí después lo de Derechos Humanos del 2019 —en la Universidad mi Remington hice mi técnica como defensora de derechos humanos y paz— como promotora de competencias de paz y derechos humanos y también montamos la Veeduría Ciudadana San Antonio de Prado. Ahí continuamos nuestros procesos y también uno se echa a los enemigos porque a nadie le gusta que lo vigilen. Yo digo, el problema no es el contrato, ni quién contrate, sino que se hagan los contratos. Siempre he dicho eso, pero el problema es que se llevan la plata de los contratos y no se hace el contrato. Nuestro territorio quedó abandonado, las vías están en pésimas condiciones, todo pésimo. Cuando llegó la pandemia, los mercados eran para la familia de Itagüí, de Prado y de otros lugares, y la gente de nuestro territorio quedó mal.

El destino es una cosa por rara. Cuando yo estudié lo de los derechos humanos, me desmonté de la religión porque yo había estudiado teología. Lloré mucho. Aunque uno haya estudiado teología, nunca le cuentan a uno las verdades de las cosas, cuando estudié lo de derechos humanos fue mi despertar. Yo no creo ya en la religión, sino en lo que hay en la naturaleza, la vida. Es como el despertar, como lo del tercer ojo. Uno tiene una energía y todo lo que uno quiere lo hace. El destino me lleva hasta el lugar y ya no le huyo. Son cosas que me llevan hasta ese lugar.

En el de 2008 me detuvieron, me quitaron dinero, estuve detenida desde las 11 de la mañana hasta las seis de la tarde. Me dieron escopolamina en el centro, estuve con un problema de persecución y acoso un tiempo. Yo estuve sin fondo. A los tres días fue que yo vine a reaccionar, yo tenía programas con la Secretaría de Medio Ambiente y tuve una reunión, yo ni me acordaba de eso. Me preguntaba «¿será que me robaron?, ¿será que me robaron?», o sea, yo no podía reaccionar. A mí me dio anemia, sufrí persecución. Después le dije a un compañero que anduviéramos para poderme acordar de los lugares donde había estado. Siempre me quedaron un poco de lagunas, que no me acuerdo, aún no me acuerdo.

Yo después de eso me quedé sin fondo, yo no confiaba en nadie, estaba vacía, era una cosa impresionante y yo me demoré para salir de eso. Yo era con esa fuerza de voluntad bregando a confiar. Nada era importante. Como si usted se tirara al agua y se quedara así nadando en el aire. Total, fue impresionante, ya tuve que ir donde el psicólogo. Recordar es muy duro.

Cuando yo fui a la Fiscalía y puse la denuncia, yo me sentía como estúpida porque uno recibe órdenes con eso; si a usted le dicen camine, camina, si usted le dicen se siéntese, se sienta. Me dijeron «a usted le dieron escopolamina». Yo no lo podía creer.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Me quitaron un dinero que yo tenía de una herencia de mis abuelos, de una finca que tuve. Inclusive, ese dinero yo lo tenía para construir en un lote que había comprado con una plata que había traído de Estados Unidos. Sin embargo, ese lote para mí fue un infierno también. Acá tener una propiedad es algo difícil. Esa batalla constante con la gente por las cosas de los demás, o sea, uno fuera del trabajo social que uno hace, uno tiene que batallar con su propia vida: con la persecución y el acoso de las demás personas y también con la familia, porque ellos también son utilizados para los ataques hacia uno. Entonces a mí me ha gustado vivir sola.

Igual, yo siempre, toda la vida, me he formado. Yo tengo más de 70 certificados y diplomados. En cada cosa, actividad que yo realizo, me formo. En este momento yo sigo formándome en cuestiones de las veedurías de control social. Uno lee libros y así. Toda la parte administrativa también me tocó estudiarla para poder hacer las declaraciones de renta, pagar las nóminas, hacer la liquidación de los empleados. En todo eso me tocó formarme.

Ahora, nosotros trabajamos todo lo de la veeduría porque eso se hace en todos los ámbitos y no es fácil. Uno debe tener mucha alerta también porque hay intereses, de pronto, de algunos miembros... Nosotros tenemos también controversia entre nosotros, porque si nosotros no vemos una cosa bien, ahí mismo refutamos y si no le gusta, también nos toca demandar al mismo compañero.

Nosotros cuando estábamos en la Junta de Acción Comunal (2012-2016) montamos un movimiento comunal y social dentro de nuestro territorio para alejar al gamonal —que es una persona que maneja el territorio y los líderes cuando usted no está con ellos— entonces, conformamos el movimiento para visibilizar la problemática que había en el territorio, porque la desviación de los recursos era terrible; ya los recursos no llegaban.

Él mandaba gente al grupo para enterarse nosotros cómo hacíamos las cosas. Nosotros decíamos «dígame a él que no nos mande títeres, nosotros para decirle lo que le tenemos que decir se lo decimos de frente porque ustedes, para poder tener un puestecito politiquero y corrupto, van y diversifican la información» y nosotros teníamos bastantes enfrentamientos conjuntamente.

Después, nosotros ya empezamos a visibilizar la problemática en el territorio. Mientras, el gamonal manejaba a todo mundo como le daba la gana. Es el dueño de varias cosas, todo lo maneja y todos los recursos se van para eso. Ponen Juntas de Acción Comunal, las manejan como títeres, como marionetas, pero los recursos no llegan a las comunidades, que es donde tienen que llegar.

Una vez tuvimos un enfrentamiento porque yo estuve en el Presupuesto Participativo. Eso era una cosa terrible, eso eran bonches, peleas, pero no llegaban los recursos al territorio. Empezábamos a cuidar los recursos para viviendas —para 50 viviendas daban como 9'500.000 en ese tiempo—, entonces hubo una organización que se llamaba Golondrinas, pero por obligación tiene que entrar negociando la organización con él, para él llevar su tajada. Así que entró la organización a hacer los costos de vivienda, pero esos recursos eran separados

por nosotros, o sea, nosotros nos quedábamos, domingo y sábado, separando y haciendo los proyectos de vivienda. Pero él era el «maravilloso», era el que había dado los recursos para vivienda. Ahí empezamos el primer encontrón. Ya todos empezaron atacarlos y ese era el objetivo de nosotros; irlo desmontando porque no nos estaba dando los recursos.

Yo coordiné un grupo de mujeres, entonces, me puse a estudiar todo lo de participación social y política de las mujeres, también estuve en el Consejo de Planeación por las Mujeres. Pero no sacamos ningún recurso porque yo no estaba full. La mayoría de los consejeros son manejados y manipulados por este señor, entonces los proyectos que se presentaban de mujeres no salían. Sin embargo, nosotros hacíamos actividades con nuestros propios recursos, o sea, no nos dejábamos porque no veíamos un recurso del municipio. Yo nunca me he basado en que, si el Estado no nos da un recurso para una actividad, no la hacemos. No, nosotros continuamos.

Con la veeduría intentamos garantizar que las personas del concejo sí asistan a las reuniones, a los debates, para que de verdad hagan un plan de trabajo realmente con todas las comunidades a las cuales representan.

El grupo no es de familia, sí hay que trabajar mucho el contexto de familia, a lo que es la violencia de género, porque la mayoría de los problemas familiares iniciaron con grandes violencias. La religión y la familia son los grandes problemas que la sociedad ha tenido, empezando porque usted se casaba —la mayoría eran obligadas y un montón de cosas que existían dentro de eso— y hasta que la muerte los separe, mientras, un montón de violaciones físicas, sexuales, económicas, de todas las índoles. Quedarse siguiendo lo que la religión te dijo de «hasta que la muerte los separe», sobre todo, para las mujeres, para mí no cuadra. Uno cuadra un proceso de mujeres con la familia, porque familia debe ser todo aquello que tenga bienestar.

Glosario

Memoria

Recordar sin dolor.

Perdón

Fortaleza para reconocer los errores.

Paz

Es lo que nuestro propio cuerpo vive como territorio .

Reparación

Es enmendar.

Alegría

Es vivir satisfecho con lo que uno quiere realizar.

Sanación

Caminar sobre las heridas.

Medellín

Es una ciudad llena de esperanza y con fortaleza.



Beatriz Amparo Serna

Yo soy Beatriz Amparo Serna, buscadora de la verdad desde pequeña. Soy de una familia súper católica, con dos tíos curas y un tío abuelo obispo. Desde pequeña yo me cuestionaba todo. Me colocaban a aprender el «Yo pecador» y a rezar, pero yo me rebelaba y decía: «Pero si yo no he cometido nada, ¿por qué voy a ser yo pecadora? Es que yo no he cometido nada malo». Como toda mi familia era tan católica, todos me castigaban por ser así.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Hice la primera comunión muy pequeña —ellos se afanaron mucho— entre los 6 y 7 años. En la primera comunión mordí la hostia y como dicen que es la sangre y el cuerpo de Cristo y no me salió sangre, yo dije: «estos me están diciendo muchas mentiras».

Yo aprendí a leer y a escribir desde muy pequeña. Mi mamá nos enseñaba en la casa y cuando llegué al colegio ya sabía esas cosas. Entonces, nosotros no pasamos por kinder ni nada, sino que ya saltamos como a primero o segundo. Y yo tenía un tío filósofo que me dijo «mira, aquí está mi biblioteca, es para ti. Saca un librito», cuando saqué el librito, ese era Escolásticos, San Alberto, San Ambrosio, Santo Tomás y San Agustín. ¿Y sabe qué decían en ese librito? Que la mujer no le llegaba el alma sino a los tres meses de concebida y eso me puso más mal. Yo pensaba «qué es este machista» y yo empecé a observar muchas cosas al respecto a partir de allí.

Cuando mi papá tenía una finca, entre Marulanda y San Félix, porque eran cultivadores de papa, allá iba mucha familia a sembrar o a recoger, entonces vivían como en carpas y los fines de semana cuando les pagaban a los señores, ellos se iban a beber. Después, regresaban los lunes a darle ruego a las mujeres porque no tenían comida. Entonces, yo decía que cuando yo estuviese grande iba a defender a todas esas mujeres. ¿Cómo es que se dejan?

Luego, entré a la Unión de Ciudadanos de Colombia siendo menor de edad. Pero, antes de eso, me casé. Me llegó la cédula cuando ya estaba casada y tenía muchachito. Fue muy sencillo para mí y yo estaba muy pequeña, pero es que yo me casé porque me encantaba el arte y tenía un tío abuelo obispo que no me dejaba bailar. Él escribió que el baile estaba condenado y él mismo lo condenada, por lo que yo no podía hacerlo porque era muy malo. Yo igual me las ingeniaba y decía que iba a la Lección de María o para la Acción Católica y, como en ese entonces las fiestecitas eran de día, no había ningún problema. Yo me casé porque quería liberarme, hacer mis cosas, ¡claro que me llegó el que me gustaba! Oscar Vargas se llamaba; ya murió.

Pero entonces, cuando me llegó la cédula, esta decía dizque «Beatriz Amparo Serna de Vargas». Yo, ahí mismo, me paré —¿cómo que de?— así se le dice a una cosa, ¿yo acaso soy una cosa? Yo no soy de nadie. Además, en ese tiempo, me llegó como una herencia y se suponía que era el marido el que la tenía que manejar. Entonces, yo empecé una campaña de abolición de la partícula «de». Imagínese, yo iba a sacar el certificado de matrimonio y no me lo daban en la notaría, ¡así de machistas eran! Yo trabajé mucho para abolir ese «de»; visité ciudades, universidades, incluso, las universidades no aceptaban eso. Al final, la que me ayudó fue mi hermana abogada en Bogotá, después de todos los trabajos con una senadora que se llamaba Esmeralda Uribe, creo, sí, me acuerdo. Yo le saqué copia a todo ese certificado y lo repartí por todas las universidades y por todos los lugares en los que podía. Yo viajaba y lo llevaba, pero era feliz. Esa fue la primera vez que hice como esa especie de activismo.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

También, la herencia que tenía la mujer casada no tenía por qué manejarla el marido. Yo le dije eso a él: «Es que eso es mío y yo lo manejo. Me voy a separar, si a usted no le gustó, yo me voy a separar» ¿Y sabe qué hice? Empecé a mirar las causales de separación y ¡qué diferencia había entre hombres y mujeres!, para entonces éramos unas esclavas.

Así que yo comencé a trabajar y a estudiar por qué esas cosas estaban todas contra de la mujer. ¿Por qué nos dominaban de esa manera? Pero ya ahora me doy cuenta de que no somos solo las mujeres, sino toda la humanidad. Todos los seres humanos somos seres espirituales viviendo una experiencia humana, tenemos una conexión especial con el universo y lo que hacen, hoy en día, es distraernos de esto, nos bloquean esa conexión. Eso es lo que yo he venido estudiando ahora: Cómo nos manipulan y nos hacen esclavos. A mí me encanta investigar, saber cada vez más. Entonces, al igual que antes, lo que yo hago es seguir despertando consciencias para reaccionemos, no solo como mujeres, a todas esas trampas sociales. Yo ahora, más que lideresa, me considero una humanista. Mira, ahora yo no trabajo solo por las mujeres, sino por la humanidad porque a veces venimos aquí como hombres o como mujeres, pero, al final, todos hemos sido víctimas.



CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Claro que antes, yo me metía a todo que era sobre las mujeres, por ejemplo, estuve en la Unión de Ciudadanas de Colombia que es un movimiento social de mujeres. Mi esposo de ese tiempo, él no me ponía ningún problema. Él era científico y no me prohibía nada. Pero resulta que a él le gustaba mucho el traguito y bebía mucho, así que un día yo le dije:

—No, no más de eso porque eso le bloquea el cerebro a usted y la gente se vuelve rara. —¡Y a mí que me aterra el trago! —Si usted no deja el trago, yo me separo.

—No, ¡cómo así! —Si usted me deja... yo me mato.

Entonces seguimos así hasta que un día yo me cansé, no lo soporté más, me fui y él se mató. Él siguió con una persecución terrible, me perseguía, me llamaba toda hora y todo eso, pero él era un borracho y, aunque uno esté muy enamorado, a una se le acaba el amor.

Bueno, ya ahora, como te decía, me interesa más la humanidad desde su esencia. Y eso es según el nivel de consciencia que se tenga porque hay varios niveles. Así que estudio eso; la consciencia cósmica. Unos le llaman alma, otros espíritus, pero eso son diferentes caminos a lo mismo: reconocerse uno con más sentido. Uno se vuelve más perceptivo con el mundo, aprende a ver más allá. El reto más difícil de ello es que no todos quieren despertar y actuar bien porque nos llenan de muchas cosas que nos entorpecen el camino. Aquí nos peleamos por un partido liberal o conservador, que lo uno o lo otro, pero eso es solo para dividirnos. Desde las farmacéuticas hasta las personas más poderosas quieren tenernos ahí como fichas del sistema. Todo eso nos pone mal y nos hacen hacer mal a los otros y a la naturaleza. Por ejemplo, la gente no se da cuenta de todo lo que nos beneficia el agua, hay una ley por el agua y hay que protegerla.

En cuanto a la resiliencia, para mí, no es herida, no es una herida abierta. Yo digo eso porque es que fue eso lo que me abrió los caminos. El testimonio mío de lo que me pasó es que en la finca donde vivía, ya estando viuda, entraron unos hombres armados —no importa quiénes, si el uno o el otro, son todos iguales— y se llevaron todo. Se posesionaron de todo lo que yo tenía: sellaron el ganado y hasta mi caballo que era con el que yo hacía equitación desde pequeña, se llamaba «Mi consentido». Entonces, yo quedé muy mal; muy triste, pero yo no podía quedarme así.

Entonces, ¿por qué ocurren esas cosas? Ahí es cuando yo reacciono y ahí es donde, lo que te decía, empiezo a tener un despertar. Pienso que eso ocurre porque se llevan a los muchachitos para los grupos armados, los engañan, ponen un aviso de «Necesitamos trabajo». Claro, ellos se van en busca del trabajo y lo que pasa es que los detienen, lo mismo con las chicas. Todo por el dinero porque para todo se necesita el dinero y eso es una trampa. Aquí en esta tierra tenemos derecho al oro. Así que mi proceso de resiliencia fue eso, ver lo que me pasó y empezar a despertar.

Ahora, lo que te decía, soy más perceptiva a todo, desde lo más sencillo. Por ejemplo, si yo voy a salir y no encuentro las llaves, yo sé que no debo salir porque

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

tal vez me pasa alguna cosa. Yo observo todo porque todo tiene su razón de ser y si todos estamos conectados, entonces, dejamos de pelear y de sufrir. Pero para eso, hay que tener platica porque necesitamos comida, ese es el principal problema, y el segundo es que los servicios de salud deben ser gratis.

Mi misión ahora es sanar todo lo que pueda a mi alrededor. Eso es lo que descubrí y lo que he venido haciendo, pero esa es mi misión y todos tenemos misiones diferentes. Los unos con los otros debemos encontrar y pretender esa misión para sanarnos, para no pelear, sino para ayudarnos.



Glosario

Memoria

Es recordar cosas pasadas Yo recuerdo cosas pasadas, pero si son muy malucas trato de pasarlas para no quedarme bloqueada con eso. Eso es lo que deberíamos hacer porque si no eso nos impide salir adelante.

Si usted tiene a Dios adentro, que es una energía que todos tenemos, entonces es más sencillo para nosotros limpiarnos.

Perdón

Es lo más natural, hay que salir adelante. El perdón es con uno mismo.

Yo tenía un grupo sobre el perdón y nosotros, como todos estábamos unidos, cuando entramos a cualquier parte, decíamos «En nombre de mi personalidad actual y de mis personalidades anteriores, de mis posesiones y mis creaciones, le pido perdón a todos los que estén aquí por todo el mal que les haya causado en esta vida y en las anteriores. Y les perdono todo el mal que me hayan causado. Les entrego sus partes y recojo mis partes». Así es el perdón.

Paz

Para mí, la paz es estar tranquila.

Reparación

Lo que yo escucho es sobre la reparación de las víctimas, pero a mí no me han reparado nada. Me prometieron, me hicieron un papeleo y todo, pero es que los manipulan y se llevan la plata. No hay plata para las víctimas.

Alegría

Uno debe estar muy contento.

¿Y qué te produce alegría? A mí me produce alegría, me eleva la frecuencia, la música, el arte a música... toda la música clásica llegó para sanar y la pongo todo el día, entonces eso lo mantiene a uno.

Yo vivo cerca de Parques del Río y voy a caminar allá. Me quito los zapatos, camino en la tierra, estoy allá. Eso me da alegría. Y el arte, todo el arte. Yo soy del arte.

Sanación

La sanación es estar uno bien. Yo, por ejemplo, estoy más contenta y sana.

Medellín

Medellín es una ciudad sagrada.



Camila Flórez

Camila Flórez es amiga, es mamá, es una hija de la barriada noroccidental de la ciudad de Medellín. Camila es una hija de los procesos comunitarios, sociales, populares del Picacho.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Para hablar de este desarrollo, me debo remontar a mi infancia. Mi madre fue madre comunitaria, entonces, en mi casa hubo una guardería muchos años, hasta que yo tuve 15 años. Eso me llevó a estar involucrada en muchos procesos desde muy niña. Digamos que Camila es una gestora, una artista, una activista de los derechos de las niñas, de los jóvenes y de las mujeres. De profesión, soy maestra en artes plásticas de la Universidad Nacional de Colombia y actual directora y representante legal de la «Corporación Cultural Tallerarte».

Los eventos que me han marcado, si bien algunos son desafortunados, estos han sido la posibilidad de mirar la vida de otra manera. Digamos, yo crecí en un barrio en el que, en ese momento, desde la parte alta del Doce de Octubre, que se venía poblando mucho, fue un contexto de violencia. Pues, hubo sucesos que desde niña me impactaron mucho, por ejemplo, la muerte de un conductor que vi como muy de cerca lo que había sucedido. Yo creo que eso movilizó mucho mi existencia. También, el asesinato de Doris Botero, una mujer líder de cuando yo hacía parte de los procesos de la «Corporación Picacho con Futuro». Eso ha movilizó mucho mi vida, además, el ser parte de procesos artísticos desde muy niña. Yo también estudié en la EPA (Escuela Popular de Artes), digamos que mi mamá vivía muy preocupada como porque yo, pues, hiciera otras cosas.

También creo que me movilizó mucho el que una vez en la casa mi mamá no consiguió el dinero para pagar la matrícula y la directora me sacó. Me sacó porque le dijo a mi mamá que no, que ya se había cumplido el tiempo y que eso me daba para estar como retirada. Mi mamá puso una acción de tutela, creo que fue una tutela y, finalmente, logré volver a estudiar y fuera de eso no me tocó pagar ese periodo. Siempre recuerdo mucho esa lucha de mi mamá para que no nos sacaran de los espacios y también ese llamado de exigibilidad a los derechos de niños, niñas y mujeres como ella; madres cabeza de familia. Eso marcó mucho mi vida. Me la ha transformado, mucho y de otra manera, ser madre. Hace cuatro años, en plena pandemia, yo tuve un embarazo. Eso también me cambió mucho, me transforma mucho.

Bueno, en mi infancia, qué les contara, yo crecí en una infancia con muchos niños y niñas porque en mi casa siempre había una actividad, un ejercicio para hacer. Como había dicho, mi madre fue madre comunitaria, entonces digamos que mi niñez fue, básicamente, como en la vida comunitaria. Fue una infancia con mucho movimiento, mucha vida comunitaria y muchas historias. Como en mi casa estaban todos los niños de las madres trabajadoras cabeza de familia que tenían que enfrentar múltiples situaciones, entonces había muchas historias. Yo creo que eso fue lo que me vinculó desde muy niña a estar en la piel de la comunidad y de las diferentes realidades sociales. Mi mamá siempre fue muy sensible y solidaria frente a las necesidades de las demás mamás. Si a alguna le tocaba extender su horario de trabajo, entonces, mi mamá se quedaba mucho más tiempo con los niños al cuidado. Además, eran niños de la primera infancia.

Mi infancia fue esa. Logré también descubrir y estar conectada con muchas actividades artísticas, conociendo espacios con el ICBF. Así que, en medio de un

contexto de mucha violencia, estaba como en una burbujita por lo que logramos conocer. Por ejemplo, yo llegué a Tallerarte de niña, es decir, yo llegué cuando tenía 7 años a los talleres arte. Es un lugar que amo profundamente y que me ha dado el fundamento del pensamiento crítico, de querer aprender y conocer cosas nuevas, no quedarme solamente con las dinámicas que el barrio nos estaba ofreciendo entonces.

Ahora, yo creo que me reconozco como lideresa hace muy poquito. En realidad, fue desde que asumí la representación legal de Tallerarte. Al haberlo asumido, me he sentido más en ese rol, en esa figura... pero antes yo siempre me había sentido como muy aprendiz, y no quiere decir que en este momento no lo sea. Yo creo que siempre me he conectado mucho con lo que nos decía Guillo, Guillermo: «Somos unos seres inconclusos, así que siempre hay que hablar en gerundio. Yo no estoy hecho, me estoy haciendo».

«Me estoy haciendo» quiere decir que estamos aprendiendo, pero desde el 2016 me toca asumir una labor más exigente al tener que enfrentar y dominar un barco como Tallerarte porque Guillo estuvo muy feliz de que yo asumiera la representación legal, pero eso significaba, no solamente eso, sino muchas más cosas. Yo estudié Artes Plásticas, no estudié para ser administrativa o representante legal. Así que tuve que aprender a hacer los trámites de la corporación que, finalmente, uno aprende a hacerlo. Pero, además, hay que aprender como a torear unos temas un poco más exigentes, en términos de que cualquier desliz te puede generar una dificultad legal.

En este momento también toca hacerse un espacio porque —a pesar de que Guillo estuvo muy feliz de que yo asumiera la representación legal— se nos fue en el 2017, es decir, falleció un año después de que asumiera Tallerarte. Él fue nuestro director, nuestro fundador, un hombre enorme. Ya hacerse espacio después de él es difícil, pues ya era muy reconocido, con mucha credibilidad y con un lugar en concreto y llegar tú a asumir una labor así, bueno... Además, primero como representante legal es asumir funciones, básicamente, contractuales, es decir, usted va entrega un papel y firma esto, pero ya cuando tú te asumes como directora es muy diferente. Hay que hacerse un lugar en un contexto muy machista también. De hecho, las dirigencias organizativas tienden a ser siempre los hombres, los varones. Entonces, para mí al inicio fue muy complejo porque llegaron como muchas comparaciones que Guillo.

Así que hacerse un lugar es decir «Yo tengo mi propia postura. Mi propia forma». Obviamente, por ejemplo, el contexto histórico cambia; a Guillo le tocó trabajar con muchos jóvenes en armas y por eso nos hacía estar distantes a las mujeres. Ahorita tenemos la intención de vincular a las mujeres, mujeres jóvenes con su propio proceso, y ha sido también muy interesante. Yo creo que eso ha sido como todo un devenir, asumirse como líder.

A partir de ello, tenemos talleres que han sido con la materialidad del barro, la arcilla, el modelado, pero que han sido también como un llamado a convocar nuevamente a nosotras las mujeres. Es como entender un poco nuestras propias

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

realidades a través de las culturas. Y, sobre todo, la escultura siempre invita mucho a mirar el cuerpo. Sí y digamos que es muy común llegar a talleres y encontrar muchos... Nosotros nos reímos muchas veces, más que nos reírnos también nos gusta. Es como analizar por qué a los chicos les gusta hacer tantos penes, llegan y hacen dos bolas y un palo ¿cierto? y se mueren de la risa. Además, hay cierto asunto ahí alrededor del ver. A nosotros siempre nos gusta es como cuestionar: «¿Por qué te ríes?, ¿qué te genera tanta risa?, ¿si vas al baño y te ves por qué te ríes de esa manera?». Como ayudar a entender que el cuerpo es un asunto totalmente normal y natural.

Y con las chicas es hacer exactamente eso, porque una niña, una mujer, pues no sé... no es muy común que tú la encuentres haciendo una vulva, una vagina, como reconociendo su propio cuerpo. Mientras que hay muchos cuerpos hechos por varones, muchos cuerpos de mujeres hechos por varones en la generalidad. A mí me gusta juntarlos a todos a veces porque se juntan un montón y son hechos como



bustos, del cuello hasta las rodillas, sin extremidades, sin manos, sin cabeza, sin piernas. Entonces es como hacer el análisis de lo que se ve. En ese sentido, ha sido un ejercicio, digamos, lento. Es lento, en realidad, convocar a las niñas y mujeres alrededor de pensarnos nuestros contextos, nuestras formas, nuestros cuerpos. Hay una serie de mujeres en todos los rangos; de siete años en adelante, incluso, desde los tres o los cuatro porque mi hija también esculpe y trabaja la arcilla. Hay hasta mujeres muy adultas, abuelas que también van y hacen un ejercicio.

Ha sido un proceso lento, también, el que nosotros podamos conformar unos grupos alrededor del taller porque estamos como en un proceso de defensa volcado a que la institucionalidad —por lo menos la institución educativa donde estamos ahora— comprenda y pueda vincular las actividades de un taller con estas características a la pedagogía de la institución educativa. Por lo menos ser una herramienta para el abordaje de situaciones en la realidad tan compleja que viven nuestros niños y niñas.

Estamos haciendo proceso de memoria, proceso de memorias con mujeres que han perdido, por ejemplo, con Madres de La Candelaria, con Amparo Mejía, con Mujeres Caminando por la Verdad. Es también, por ejemplo, cómo a través del barro se sanan heridas muy dolorosas que les que han complicado mucho la salud. Muchas mujeres, mujeres muy adultas, han sido apoyadas; hemos estado en un proceso muy vinculado a los ejercicios de memoria, de reparación simbólica a través del arte. Y obviamente, atendiendo a todas las personas de cero a 100 que nos visitan.

Sin embargo, de los retos más grandes a los que me he enfrentado, el más fuerte ha sido el fallecimiento de Guillo. Nosotros ya sabíamos que su salud estaba muy deteriorada, pero eso fue, pues, como un desafío enorme porque todas las consultas profundas, las preguntas existenciales... todo iba direccionado a Guillo. Él, con su sabiduría, siempre nos había orientado o siempre sabía cómo acompañar. Ya en el 2021, la pandemia fue un gran reto; un momento complejo. Aunque nosotros en pandemia fuimos como bendecidos y afortunados porque nos pasaron dos proyectos que, si bien eran pequeñitos, nos permitió hacer un documental muy teso y fue muy lindo ir a buscar las raíces, encontrarme con gente y testimonios muy, muy bellos alrededor del taller. Además, logramos hacer un cambio de identidad gráfica, porque Tallerarte nunca había tenido una como tal; un logo, un manual de estilo, bueno, todo. Eso estuvo bien, pero ya después de eso...

En el 2021 nos llaman de la Secretaría de Cultura y nos dicen que necesitaban las características del lugar porque nos iban a reubicar, algo así. Nosotros no entendíamos, eso fue como un momento muy complejo. Ya después —cuando entendimos la magnitud de la situación— era, y es todavía, que la rectora de la institución educativa no quería que el taller estuviera dentro de la institución. Son desafíos muy grandes porque llevamos desde el 2021 en resistencia, ya van 4 años defendiendo un lugar de memoria con unas historias muy, muy, muy fuertes alrededor del conflicto armado en la parte alta de la zona noroccidental y, sobre

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

todo, el asumirse custodia de unas memorias. Es que es un patrimonio nuestro que se encuentra en el barro, en las esculturas que dejaron y decir: «Juepucha, pase lo que pase, no podemos dejar que la memoria, nuestra memoria que es, a su vez, la memoria de la ciudad que debe ser un emblema para toda la ciudad, se vaya así nomás. No podemos permitir que, porque hay un capricho, un desconocimiento o una ignorancia de lo que esto significa para nosotros, esto desaparezca». Eso ha sido como de los desafíos más grandes, pero el más grande es lo de Guillo, también la ruptura de ese vínculo con Guillermo porque Tallerarte fue gestado por su familia y por él como un proceso para la comunidad y la comunidad también tuvo que hacer esa ruptura con lo filial, con ese cordón umbilical, con un proceso comunitario de barrera. Eso creo que también ha sido un desafío enorme. Creo que tampoco lo hemos logrado procesar bien, pero sí es un gran desafío y, obviamente, allí está todo lo económico. Todo eso se sortea, pero digamos que esto es lo que me ha hecho como más fuerte en este tiempo.

En términos más personales, el gran desafío... yo creo que también una se va moviendo mucho de lugar, va comprendiendo que la vida no es tan rígida y que, quizás, lo que Guillo nos enseñó que algunas posturas también podrían irse. Haciendo la analogía con la bolita de arcilla, ¿cierto?, como sentirse la bolita de arcilla que se puede ir transformando según nuestras dinámicas y según el cómo nuestro contexto también nos lo va pidiendo. No es lo mismo lo que pasó, digamos, en los 2000 para atrás con lo que nos ha pasado y nos viene ocurriendo en esta otra era. Un desafío personal es seguirse puliendo, formando, eso nunca acaba y hay que seguir generando diálogos que nos permitan alimentarnos. Guillo tenía un temple tremendo y eso, a veces, le hizo estar como distante al encerrarse mucho, tener el taller y estar allí como un ratoncito sin salir.

También, para nosotros ha sido muy significativo en este tiempo empezar a tener diálogos, por ejemplo, con la empresa privada, tener diálogos con otros sectores de la sociedad que, a veces, por estar como unos caballitos, ensimismados en que solamente se debe hacer esto, nos quedamos ahí. Sentir que podemos hacer el ejercicio del emprendimiento ahora, porque Guillo nunca quiso vender nada, pero entonces nosotros ahora pensamos que nos tenemos que cualificar, en términos de que podemos seguir aprendiendo sobre esmaltes, cerámica, arcilla, horneado. Y que eso también nos pueda dar una visión diferente de cómo sostener el proceso pedagógico sin tener que dejar nuestra filosofía o las bases del Tallerarte, sino ir las integrando.

Camila ahora es... pues, yo me asumo mucho como una guardiana. Yo creo que esa es la palabra, una guardiana de unas memorias. Camila como una guardiana, también, de un tejido comunitario con el barrio. Una mujer en construcción y en deconstrucción también. Me asumo ahora como una profe de arte, no en modelos tradicionales, sino con modelos pedagógicos muy libres. Me gusta mucho hoy estar en los procesos pedagógicos más alternativos, sufrí mucho cuando fui profe por eso. Camila hoy es una mujer que tiene una voz en la ciudad, eso también me ha cuestionado estos días, y sí, asumirme también como una lideresa, una

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

gestora de procesos. Como una mujer que tiene demasiado errores, quizás en este momento no asumo el error tan drásticamente como antes, sino como la posibilidad de seguir aprendiendo... Bueno, yo creo que esas son algunas de las formas en que podría nombrarme.

También, yo, Camila Flórez, dentro de mi casa soy mamá, hija y una preocupada por todo lo de la alimentación. De esas que se levantan muy temprano a hacer el tinto, el tinto en agua de panela. Digamos que a veces yo tengo como un espíritu muy de viejita, yo creo que fue porque crecí como en ese ambiente. Me gusta mucho aníñar, me gusta mucho echarles el abono las plantas, ir a barrer la calle, preparar los alimentos. Mi madre todavía es la que cocina mucho, pero yo cada vez que puedo sí me gusta hacer recetas, comer cositas, así como raras inventadas con lo que haya en la nevera.

Soy de carácter fuerte, fuertecito. A veces aceleradita porque corro mucho todo el día. Esa es la Camila dentro de su casa. Me gusta mucho, mucho, no dejar pasar ninguna fecha de cumpleaños, por lo menos, es importante manifestar el afecto, la de las tortas. Bueno, a veces también desordenada...

Yo creo que Camila ha tenido como tantas facetas; la artista, el año pasado me dio la locura y me lancé a la JAL (Junta Administradora Local). Entonces viví un proceso electoral. Alguna vez intenté tocar instrumentos en una batucada Y, entre todas esas facetas de Camila, yo creo que tengo mucha gratitud con todo lo que ocurre en este momento y gratitud con las dificultades de la vida porque eso nos hace movernos mucho, pero también encontrar experiencias muy bonitas. Entonces, mucha gratitud con este proceso que está pasando, esto que está ocurriendo de juntar voces de mujeres en muchos lados de la ciudad de Medellín y bueno, de hecho, gracias con todo el equipo del Museo Casa de la Memoria, con ustedes por también por vincularnos a estas historias.

Glosario

Memoria

Con memoria yo pensaría en.... como en ancestralidad.

Perdón

Para mí el perdón significa con la posibilidad de empezar de nuevo.

Paz

La paz. En sus muchos matices y colores, la paz es digamos que ese concepto que nos hace caminar y hacer muchas cosas todos los días en pro de generar dignidad para todos y todas.

Reparación

La posibilidad de hacer conciencia a veces ese término es complicado, pero es de comprender que nos equivocamos y que hay que hacer algo por resarcir esos errores.

Alegría

La alegría es un estado de conexión que nos hace bailar, que nos hace gritar, que nos hace llorar, eso que nos mueve las emociones por dentro.

Sanación

Que hay que asumir el dolor para poder encontrar paz o felicidad, no sé cómo decirlo.

Medellín

Medellín es esa ciudad tan extrema, de tantos extremos, de tantas cosas maravillosas, de tantas anécdotas, de tantas alegrías, de tantas luchas, de tantos colores, de tantas flores y del extremo. De tanto dolor, de tantos cuestionamientos, de tanto narcotráfico, de tantas extorsiones. Medellín es como ese lugar en el que más profundamente quisieras a veces como borrar tantas cosas tan complejas y tantas historias de dolor. Sí.



Carmen Romelia Palacios Hinojosa

Reciban un angafrodiascórico saludo de mi parte, mi nombre es Carmen Romelia Palacios Hinojosa y soy una líder afro, como me dicen: sabidora.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Pertenezco a la Mesa Municipal de Víctimas de Medellín, y también soy CCP, o sea, consejera comunal y regimental de la comuna de la Candelaria por el sector afro. Soy representante legal de una organización que se llama Asociación Afrocolombiana y de Víctimas Yemayá Hinojosa.

Bueno, existen unos momentos que me marcaron para ser la persona que soy hoy. Es mi estudio y el proyecto de vida que me propuse desde pequeña, sin saber qué era un proyecto de vida y sin que nadie, pues, me indujera a eso. O sea, yo pasé mucho trabajo de pequeña, no fue una niñez muy divertida, muy tocó trabajar mucho. Trabajaba con mi mamá, íbamos a casa de familia y todo. Entonces yo desde ahí, al ver eso, yo me propuse: mi vida no va a ser así. Cuando esté adulta voy a ser una persona diferente a la que soy ahora de niña, debo estudiar, voy a estudiar hasta donde pueda porque como en el Chocó no había universidades, estaba solo la Tecnológica del Chocó y no había muchas carreras, entonces ahí uno no podía escoger mucho. Sí había varios colegios que capacitaban, que nos capacitaban para ser docentes.

Entonces, bueno, de pequeña me gustó ver a la profesora y que uno las veía como tan altas para uno, como tan elevadas, tan algo bueno que es superior para uno y me gustaba, sobre todo, cuando la profesora llevaba al salón esas comidas, esos desayunos tan ricos y uno con esa hambre dura, eso ya no lo permiten. Ya no permiten que el profesor coma delante de los niños. Imagínese cómo sufría uno cuando la profesora llevaba esos patacones ricos con queso costeño, bien rico, y pescado frito, y uno con esa hambre porque había ido sin desayunar al colegio, A esperar a la hora del descanso a que le dieran el poquito de refrigerio, porque pues lo seleccionaban a uno.

Entonces yo me propuse... vea, yo era así como esos caballos que van así directo y no miran para los lados. «Tengo que llegar a ser una persona estudiada», debo ser profesional para no tener esta misma vida. Entonces, por ejemplo, yo estudié todos los cinco años de primaria porque en ese tiempo nosotros no teníamos preescolar en aquel entonces, por eso digo cinco apenas, de primero a quinto, los seis años del bachillerato, ahí iban normal, y a partir del noveno que es ahora, ahíí empezamos las prácticas de normalistas.

Yo, en todo ese tiempo que estuve en mi casa, nunca, nunca tuve un novio porque yo decía: «Cuando uno se enamora. Eso ya uno, a veces no alcanza a estudiar por estar parrandeando o porque se peleó con el novio, está disgustado y está triste». Yo me imaginaba de todo, pero mi objetivo era no distraerme de mi estudio y era haciendo, pues trabajitos ahí; lavando ropa ajena y también estudiando mucho, mucho, mucho, muy concentrada. Terminé ya la Normal y ahí mismo metí papeles aquí en Antioquia para el empleo de docentes y ahí mismo me salió. Bueno, empecé con el municipio de Chigorodó y en el mismo año del 80', donde el decreto, el mejor decreto que tenemos, tiene muchos beneficios que no tienen los docentes de ahora. Entonces me tocó todo lo bueno del magisterio. Entonces, empecé a trabajar en el 80', en octubre, aquí, ya con el departamento, no con el

municipio, y pude quedar con el decreto hasta el 31 de diciembre del 31'. Eso fue para llegar a hacer lo que soy en primer lugar y para poder estar acá en Antioquia.

Luego, empecé a practicar el proyecto colombiano en los colegios en donde trabajé. El primero fue en una finca, a ir a con el municipio de Chigorodó. Trabajábamos y vivíamos dentro de la bananera. Yo estaba en una escuelita sin pared, con su techo, pero estaba bien. Ya cuando empecé en octubre con el departamento, me mandaron a una vereda en la que no había nada, apenas la gente y las chocitas que tenían de esos palitos que colocaban así en el barro. Y bueno, yo llegué con mis saberes culturales chocoanos.

Ahí no había escuelas, no había nada, apenas estaba el terreno donde la iban a colocar. No había servicios públicos para nada; ni agua, ni energía, ni alcantarillado, nada, nada absolutamente y las casitas eran separadísimas, una retirada de la otra. Pero me dijeron que más allá en una vereda tenían un techo, un techo grande de esas pajas o palmitas, pues con los cuatro palos y que ya tenían un techo. Así que yo les dije: «Bueno, hagamos como en mi tierra, hagamos un convite y un sábado de estos, vamos. Los hombres cargan el techo desde allá». Tenían que abrir el hueco acá primero donde lo iban a traer y meter ahí. Los huecos ya habían de estar ahí. Luego, se iban allá a desenterrar esos palos que estaban allá en la tierra del techo y había que cargarlo entre todos los padres de familia hasta llegar ahí, al terreno donde iba a quedar. Les dije: «Entonces, las mujeres nos colocamos ahí y hacemos un fogón, una comida comunitaria. Todos los hombres están trabajando y nosotros estamos cocinando, haciendo la hidratación, el guarapo y todo». Y sí es verdad, lo hicimos, se trajo el techo y ya ese fue un buen comienzo.

Ya estaba el techo de esas hojas de palma, pero el piso era de barro y apenas con los palitos ahí, así que les dije: «Bueno, entonces vamos a ver cómo se hace esto, voy a hablar con el alcalde de turno». Pero en octubre, ya habían hecho todo, habían planeado desde el año anterior todos los gastos. Yo hablé con el alcalde y le dije que teníamos la escuela en esa situación y que si podía ayudarnos a mejorarla. Me dijo que no, porque ya el año se estaba acabando y eso no estaba metido en el plan de trabajo, que para el año siguiente. Le dije que no y le propuse que como en mi tierra hiciéramos 50/50, ellos el 50%; nos colocan el cemento, los baldes, las varillas, clavos, todo eso que se necesita para la construcción, y la comunidad que ponga su 50% en mano de obra y en el agua. Le gustó la idea al alcalde.

Empezamos, ya teníamos el techo y el piso. Me reuní con los padres de familia, en ese tiempo estaba apenas cogiendo los nombres de los niños de casita en casita. Todavía no había podido empezar a trabajar porque ahí nunca había habido escuelas, ya después les dije que podíamos hacer entonces una tómbola, que le decimos en el Chocó, unas tómbolas, o sea, una fiesta, unos bailes con la comunidad y ahí reclutamos fondos para seguir mejorando la escuela. Y sí, lo organizamos. ¡Oiga, eso venía gente! Eso llegaba gente de todas, de las otras veredas, de por ahí. La escuela estaba así de llena, con ese techo y con ese piso, pero así de gente y eso es muy bueno. Nos fue bien, recogimos fondos. Luego, hacía unos reinados

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

con las niñas y en la carretera por ahí pasaban los carros para Montería. Una se colocaba en un lado con una cuerda y todos los carros que pasaban se paraban: a la que más dinero recogiera ahí, entonces esa era la ganadora. Ese fue otro aporte.

También en mi tierra hacemos la marcha del adobe para mejorar la infraestructura de las escuelas o de algún centro. Entonces, como aquí no hay adobe o ladrillo, hagamos la marcha de la tabla. Les gustó también la idea y así, periódicamente, cada papá llevaba a su niño con una tabla. Ya lo fuimos organizando; las paredes, la división, porque antes se tenía todo ahí en el mismo salón. Había una niña que tenía la misma edad mía, 19 años en ese tiempo, porque como no había habido escuela... en la casa había hasta seis jóvenes y niños sin estudiar, sin saber nada. Todavía está una por ahí que dizque tiene mi misma edad y me escribe «Romelia, mi primera profe, fuiste la que me enseñaste la O es redonda» y le escribí en Facebook lo más de bueno.

Tenía, de varias casas, tenía hasta seis niños estudiando, pero entonces a los mayores para que no se sintieran mal con los pequeñitos, los colocaba en segundo o tercero, en el otro lado del tablero. A los más pequeños, a todos los juntaban en primerito, porque preescolar tampoco me daba porque era yo sola.

Bueno, duraría ahí en esa escuela cinco años. Hice la casa del profesor también ahí al ladito. Todo ahí mismo adentro de ese terreno; la escuela, ya con sus paredes, con su división, su techo, la casa del maestro, que era un como un salón. Apenas ahí, un salón pequeño, no tenía ninguna división y ahí era todo. Hice también la unidad sanitaria ya lejísimos, como no había alcantarillado ni nada no se podía colocar acá cerca, entonces, al terminar el lote, por allá se hizo una unidad sanitaria para que ellos echaran su agua ahí. El patio era muy grande de recreo y así lo pasamos muy bueno. A los cinco años ya pedí traslado porque ya me había casado, tenía un hijo y estaba en embarazo del otro, entonces ya pedí traslado para estar más cerca de mi esposo que trabajaba en Apartadó. Eso fue lo que motivó, fue esa por la que soy hoy.

Llegué a Medellín. Nos vio Mariana, no recuerdo el apellido. Mariana, que es psicóloga, la mandó la alcaldía a una charla en Casa Afro, en la herencia étnica, para las personas con situación de victimización. Yo no había denunciado porque me pasó en turbo, un caso bien maluco...

Cuando yo estaba en el embarazo de mi última niña, llegaron a la escuela unos encapuchados. Ese día había paro cívico. Yo, como vivía ahí cerca de la escuela, ahí al frente de la escuela, en las bananeras que le daban a uno nos campamentos para que viviera, y uno no tenía que pagar arriendo, ni servicio público y la escuela estaba ahí cerca, entonces yo fui a trabajar porque estaba ahí mismo. Entonces, como a las nueve de la mañana llegaron siete encapuchados. Y ahí mismo despacharon a los niños para la casa y éramos los únicos porque la otra profesora como venía desde Apartadó, no pudo pasar. Fue un paro armado. Allí a mí me internaron en la bananera y yo estaba con esa barrigota, ya casi para dar a la luz. Empezaron a preguntarnos que yo por qué estaba trabajando, que eso era paro

cívico, en el paro armado nadie podía trabajar, que ellos daban la orden y había que cumplirla.

Yo les decía: «No, es que yo vivo aquí mismo, al frente de la escuela. No tengo que transportarme, entonces yo vine a trabajar porque cómo justifico; yo estoy trabajando con el Gobierno, no con la finca. Y, aparte de eso, los mismos padres mandaron a sus hijos a estudiar. Yo no los podía devolver». Ellos empezaron a explicarme su ideología y a explicarme un poco de cosas. Yo me orinaba ahí del miedo, del susto, y todos ellos apenas se reían.

Como a las dos horas, ya me mandaron, me despacharon. Ahí ya estaba la comunidad, ahí afuera, esperando a ver qué había pasado conmigo porque los niños salieron, pues, desfavoridos. Le contaron a los padres y ya ellos vinieron a ver qué eran. Ya yo ahí, ese fin de semana, viajé acá a Medellín y a pedir un traslado, a explicar lo que me había pasado y que entonces necesitaba mi traslado. Me dijeron: «Sí, váyase, no vaya estos días al colegio, porque de todos modos estaba también muy avanzado en el embarazo, y nosotros le conseguimos el traslado».

Me salió el traslado. Ya por allá, con la capacitación que nos dio Mariana aquí en Casa Afro, nos dijo: «Bueno, vayan a denunciar, a declarar eso, porque ya se les pasó el tiempo, pero todavía se puede». Fuimos cuatro hermanas, todas teníamos victimizaciones, en partes diferentes y por casuística diferente también. Ahí mismo declaramos eso, todas estábamos registradas en la Unidad de Víctimas. En nuestro caso, pues sí fuimos tenidos en cuenta y ya empecé, me inspiró a hacer la organización de víctimas, con un enfoque étnico, afro.

He venido haciendo ahí muchas actividades, sea por afro o sea por víctima. De la Personería, como tienen registrada la organización de víctimas allá y todo, entonces me invitaron también a participar de las elecciones de la Mesa de Víctimas. Participé, la primera vez participé, pero cometí un error porque me dijeron que me anotara como candidata y no podía ser porque eso se elige en el espacio autónomo de la gerencia. En esa vez, yo no pude participar, participaron otros que yo anoté, pero tampoco ganaron y ya esta última, la del año pasado, pasé gracias a Dios y hago parte de la Mesa de Víctimas por desplazamiento, hecho victimizante, por desplazamiento forzado. Y estoy, pues, ahí estamos en las actividades como la que hicimos ayer. Hago parte del Comité Étnico y preparamos esa actividad. Siempre lo estamos conmemorando, la del 12 de octubre, como es sábado no se podía y hoy había otra actividad aquí, entonces se hizo el 10. Me gustó mucho, ahí nos han felicitado mucho los de la Mesa de Víctimas que porque estuvo muy bien planeado y estuvo muy bien todo.

Estoy en la Mesa de Víctimas, ahí resulta un poquito el proyecto, pues, que es ejecutar con la gente. Es más, los cambios que se trabajan para que haya desde la Unidad de Víctimas de la Gobernación, la alcaldía y todo eso, así como un proyecto para ejecutar prácticamente. Pero también ya estando aquí, un señor que quería postularse para el CCP (Consejo Comunal de Planeación) del sector afro le dijo a una señora que aquí le recomendaba para que lo acompañara porque siempre son dos; el principal y la suplente. Ella le dijo que no, «Romelia tiene perfil para

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

eso, invítela a ella». El señor me invitó, él decía que me conocía, yo no lo conocía. Bueno, el caso es que nos postulamos y ganamos por voto popular con unos 843 votos. Muy bien, ganamos, y ahí sí se presentan muchos proyectos.

Como yo tengo organización y principal, ni el principal puede estar asistiendo a nada porque viaja mucho, así que con mi organización ejecutamos los proyectos que resultan en ese CCP, y son muy buenos. Muchos los desarrollamos aquí en el Museo Casa de la Memoria, con víctimas y personas afro porque el hecho de que los afro no tengan la resolución de víctimas, no quiere decir que no sean víctimas. Somos víctimas por la deuda histórica que se tiene con nosotros, por todos los vejámenes cometidos a través de la historia hacia la población afro. Entonces, aquí he desarrollado muchos proyectos, están aquí en este CRAM, en esta biblioteca. Hacemos talleres de saberes ancestrales muy buenos, también lo hacemos allí abajo en la huerta; allí hemos hecho elaboración de jabón azul en barra. También yo enseñé sobre los adornos navideños con material reciclable. Hago unas cosas preciosas navideñas y para cualquier fiesta, que la persona puede hacer su emprendimiento con eso y lo pueden hacer desde niños hasta adultos. Y bueno, hay unos arbolitos navideños muy buenos. Hemos hecho muchos talleres. Desde la Unidad de Víctimas también, a veces Felipe da unos talleres, yo consigo las personas y hacemos los talleres sobre los decretos ley, como el 1448, entre otros.

Eso me ha inspirado para hacer algunas composiciones. Tengo composición de la 1448, tengo otra composición a declamar ya, que la canté ayer, la entoné ayer ahí en el evento. Y aquí están los libros, en el otro lado están unos que dice «Tocó cantar». Ahí estoy, están los discos y está el librito, estamos en la foto mis dos hermanas y yo, las dos hermanas que me hacían el coro y yo. Como en 2014 gané, con el Centro Nacional de Memoria Histórica, con esa canción, yo mandé cinco, pero solo ganaba una. Entonces ganó esa y mandaron a que hiciéramos la grabación desde Centro Nacional de Memoria Histórica y lo más de bueno es que estamos ahí en ese libro.

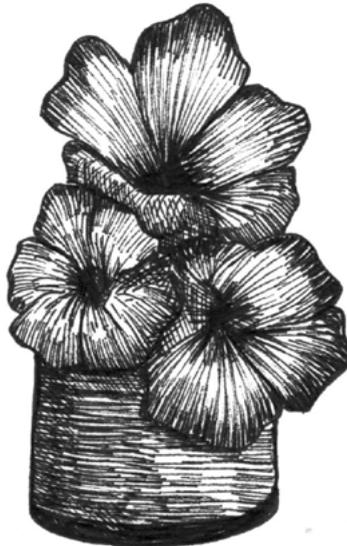
He hecho poesía y todo sobre la 1448, canciones también sobre la 1257 de 2008, de la no violencia contra las mujeres, y muchas otras poesías sobre los turbantes, sobre mi cabello afro, sobre el pescado, sobre el río Atrato, sobre mi esencia. Hay muchas otras poesías por ahí, composiciones que he hecho.

En el 2021, en el Centro Nacional de Memoria Histórica también me invitaron. Hicieron una condecoración por mi trabajo realizado con los afro y con las víctimas aquí en Medellín, una placa muy bonita y una pensión espectacular. Allá hasta cuando iba a empezar esa construcción que están haciendo, como de la biblioteca, el nuevo espacio desde el Centro Nacional de Memoria Histórica, me pusieron a inventar, que inventara, improvisara, una canción sobre esa construcción. Ahí me inventé lo que pude y también lo grabaron allá.

Entonces, esos son momentos que me han inspirado y me han hecho llegar a donde estoy ahorita. Y que sí, he estado también haciendo los eventos afro en muchos colegios. Como víctima hemos hecho muchas actividades y ahora en diciembre, por ejemplo, viene un proyecto de presupuesto participativo que

nos apoya a las organizaciones; ese proyecto lo desarrollo con mi organización. Aunque ahí entra alguna que otra por ahí, otra organización que no dicen que están haciendo la doble militancia y se meten, pues no se les dice que no. Nosotros hacemos muchas cosas, muchas cosas al ejecutar el proyecto.

El año antepasado fueron dos millones y pico, el año pasado eran ocho millones y pico, y eso se hacen cosas maravillosas con nuestras comidas afro, o sea que el proyecto, como es de todo el día, al ejecutarlo, por ejemplo, de ocho a cuatro o de ocho a tres, entonces se les da refrigerio; siempre lo hacemos nosotros mismos, que sean típicos nuestros, de nuestra cultura. Se puede hacer carimañola con jugo de borojó, o se hace una empanada de pescado, se hace guatecoco, que es algo parecido a la mazamorra de acá. Nosotros a ustedes les decimos guate y que ese como es diferente, ese es guatecoco, y es cocinar el maíz que quede bien blandito, se le echa panela, se le echan especias como la pimienta de cayena, canela, clavos de olor, nuez moscada y eso queda riquísimo. Yo lo he hecho aquí porque hacíamos un proyecto todos los sábados de nueve a 12, «Indígenas y Afro: Memorias Étnicas y Proyectos». Todavía no se ha empezado, pues, ya Simón me dijo que lo vamos a reactivar, pero no, no ha dicho para cuándo. Entonces ahí nos turnamos los refrigerios para que las mismas personas que estábamos aquí participando de esas memorias étnicas, lo hiciéramos. Pues, nos favorecía; un sábado lo hacían los indígenas, con unas preparaciones también chéveres, y otros sábados lo hacíamos nosotros los afro, entonces ahí en eso yo hacía guatecoco, enyucao, carimañola, también el arroz con longaniza y muy rico.



CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

He ganado muchos premios. Sobre todo, en educación. Por ser de la tercera edad, gané como en el 2010 el Premio Gilberto Echeverri Mejía, como adulto mayor sobresaliente. Aquí por la alcaldía, por el distrito de Medellín. También gané ese premio con el Museo, con el Centro Nacional de Memoria Histórica, que eso fue espectacular. He ganado dos menciones de honor con el Ministerio de Cultura por el enriquecimiento y dedicación a la cultura negra, afro, raizal y palenquera. He ganado también con la revista de Vive Afro, contar lo nuestro, en la categoría de educación, apoyado por la alcaldía de Medellín que aportó el millón de pesos, que yo me debía ganar, porque la revista está en Bogotá. También gané con el Ministerio de Cultura; Contar lo que Somos, también ahí fue como milloncito y pico, porque eso, pues hubo bastante, colocaron a ganar bastante gente. Gané los Premios Changó aquí en Medellín, que es un premio al liderazgo afro. Entonces gané esos premios también, bueno, en ese premio no, no gané ni cinco. Ahí no se ganó nada, pero le sirve a uno la certificación y para otras convocatorias porque ahora les están dando 4'000.500. A mí no me tocó ni cinco porque me dieron un poco de boletos de unas presentaciones, no me dijeron la noche de la ganada, no me dijeron si mañana se vencían esas boletas o este evento de mañana, se quedaron entonces un poco de boletas por ahí.

He participado también en la convocatoria de mujeres de aquí de Medellín y gané, ahí sí fueron nueve millones. Gané el liderazgo político porque ya, pues, ahí había que analizar que gané con votos para la Mesa de Víctimas, y gané con 843 votos populares para el CCP. Gané con eso, siempre fueron nueve millones. Me dijeron: «Son nueve millones para ustedes, no lo tienen que compartirlo con nadie, no tienen que ejecutar un proyecto de su organización, solo para ustedes» Bueno, y así otros premios por ahí también me he ganado, gracias a Dios y ahí voy bien.

Para mí la palabra resiliencia es como el hecho de salir de una situación difícil ya, y poder sobrevivir bien, aunque haya pasado ese caso. Entonces, uno es resiliente porque está sobreviviendo, porque sigue haciendo sus cosas y porque ha utilizado esa parte para mejorar y para enseñar a otro. Porque yo, por ejemplo, le doy talleres y les doy los derechos de las víctimas, las rutas de atención de las víctimas, les hago danzaterapia a las personas de la organización; danzaterapia para la sanación. Y hacemos mucha otra actividad para como estar bien con la resiliencia y mejorar la parte psicológica y personal de cada uno. Con los talleres que hago de manualidades, también les enseño a hacer sus emprendimientos.

Pueden ser muchas personas después de haberlo hecho en Caldas con 15 mujeres y eso, ¡esas señoras quedan encantadísimas! Lo he hecho con 15 mujeres víctimas en Carepa y también en la misa afro. Veá, una misa que bailamos con todos nuestros atuendos que teníamos ayer, de danza. Toda la mesa es bailando y cantando nuestros cánticos del pueblo afro, no son los cantos que cantan en toda la misa normal, sino que son cantos especiales del pueblo afro y que gustan mucho. Por ejemplo, en Carepa contraté una chirimía, eso el padre quedó encantado y toda la gente allá. Sí, la resiliencia es poder salir como de un evento, de una situación mala y seguir bien.

En cuanto a mi vida personal, de puerta para adentro soy una mamá de tres hijos, madre de tres hijos, madre cabeza de familia porque mi esposo murió de 36 años y... pues yo también tenía esa edad. Ya teníamos los tres hijos y me tocó criarlos. Criarlos desde ahí.

Ya todos tres son adultos y entre los tres tienen siete hijos. O sea, tengo siete nietos, la mayor tiene tres, el segundo tiene tres y la última tiene una que fue la niña que hizo las poesías ayer. Bueno, la niña que estaba, que hizo las poesías, que le fascinó a todo el mundo. Ella las hace muy bien como performance, son poesías étnicas y también hace parte del grupo de cantaoras. Entonces ella canta y todo, y sí, en la contratación ella es a la que le va mejor, porque ella gana por la poesía étnica, más gana por ser cantaora de música ancestral.

Somos una familia muy unida. Realizamos, por ejemplo, las novenas a fin de año, nos las repartimos entre toda la familia, porque aquí estamos todas las siete mujeres y todas estamos aquí. Ya no está mamá y papá, ya murieron, entonces nosotras todas vivimos aquí en Medellín y nos reunimos en diciembre. Nos repartimos la novena en cada casa. Hacemos los villancicos afro como uno que dice... Un pedacito así, como nosotros allá para transportarnos utilizamos la chamba, o sea la canoa que le llaman. Entonces, hay un villancico que dice: «Viene mi chambana llena de dulces, viene mi chambana. Viene mi chambana llena de dulce, viene mi chambaaa. Trae golosinas...». Y bueno, así sigue la canción. Entonces no utilizamos mucho los villancicos normales porque tenemos los nuestros, los del pueblo. También ahí hacemos, nosotros nos caracterizamos, las del grupo nos colocamos vestuario, una batola y turbante, todas, que combinen los accesorios y hacemos una novena afro. Hacemos misas afro o inculturadas, novenas de navidad inculturadas también, y las novenas de post mortem, es decir, a las personas que mueren, para adultos y alabados. Nosotros entonamos los alabados mucho para los jóvenes, se llaman romance, y para los bebés se llaman guarío chicuano. Entonces también cantamos eso. En todas, para toda ocasión, tenemos cosas específicas de nuestra cultura. Ancestralidad a flote.

Como te decía, somos siete hermanas, todos los hombres de mi casa murieron muy pequeños, todos. El que más alto llegó fue a 12 años. No sé qué cosa era, pero murieron como siete hombres, pequeñitos. Nos quedamos todas las mujeres, siete mujeres. Estamos todas las siete, gracias a Dios, viviendo con enfermedades que no faltan ya por la edad. La mayor tiene 73 años y la última tiene 50 años. Y sí, muy unidas, cuando hacemos reuniones, casi siempre estamos ahí con sus hijos, sus nueras, sus yernos, su este. Entonces, a veces para nosotros no aplica eso que sabes dónde están tus hijos, porque casi siempre estamos rodeados con ellos y compartimos en familia. Así nos llevamos, también jugamos bingo a 100 pesos la tabla, por molestar, porque ya tenemos como 15 años haciendo bingo a 100 pesos. De ahí no pasamos porque es apenas por molestar, pero no, un bingo que sale el tres y todo el mundo tapa el tres, sale el cinco y todo el mundo tapa el cinco. Es un bingo, nos lo gozamos.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Como lideresa afro, me propongo mucho o veo mucho en pro de los afro, porque hablo mucho sobre la Ley 70, que es la ley de los afros. Existen algunas circulares, leyes o lo que sea, como es la 1122 que es para que la educación sea algo vinculante en las instituciones educativas, públicas y privadas, que no se aplican totalmente, pero que ya estamos dando pasito lento, pero seguro. Ya se está utilizando mucho aquí en Medellín, que se aplique la Cátedra de Estudios Afrocolombianos.

Somos invitados en muchas partes, hacemos eventos en la alcaldía, en algunos municipios, en la Casa de la Cultura. Y muy bueno, nos pagan bien, en alguna parte nos pagan muy bien, por media horita nos pagan hasta cuatro millones quinientos. Claro que en otras 300 mil. Como la de ayer 300 mil pesos, pero bueno, nos visibilizamos al hacer eso, nos visibilizamos, otras personas nos conocen y nos recomiendan ya. Ahí se da el voz a voz porque ya la gente que nos vio le gustó, entonces ya le dicen a otro, le dan nuestro teléfono.

Por ejemplo, Simón ha hecho todo el contacto conmigo porque una profesora le dio mi contacto. Yo he estado haciendo muchos talleres o eventos de nuestra cultura con la Secretaría de Educación y una de las profesoras le dio mi contacto a Simón, él es de educación aquí, el que me llamó y bueno, ya tuvimos una entrevista con Cata, Simón y Fernando. De ahí, de esa entrevista han salido muchas cosas. La presentación que hicimos en el CEFA era acá en el Museo, pero no dieron permiso a las muchachas de allá del CEFA, entonces lo hicimos allá. Hice la Feria Afro aquí también, con todo lo que fuera afro, la carimañola, eso fue el 30 de agosto y la carimañola... le digo que eso fue una cosa de locos; ¡todo el mundo comprando esas carimañolas! Mucha gastronomía afro y otros vendíamos vestuarios, turbantes; todo afro.

Sí, soy muy entrevistada aquí, vengo a cada rato. Con unas francesas que están haciendo un trabajo sobre el racismo en Medellín y venimos aquí a hacer la entrevista. Ahora estoy con otra de Estados Unidos, Tina Sole, con ella estamos en el trabajo de grado de ella sobre el buen vivir con los estudiantes; y también lo pasa a Secretaría de Educación, para que vean lo que nosotros hacemos. Ahí, el buen vivir es sobre democracia, el bienestar estudiantil, sobre todo eso. Le estoy colaborando y ahí le mando fotos de las evidencias, ella está muy contenta haciendo ese trabajo, lo mismo que la francesa.

Glosario

Memoria

Memoria es algo que debemos tener para no repetir las cosas, sobre todo las cosas malas que hemos hecho y para recordar siempre lo que somos y no enaltecernos en cualquier momento.

Perdón

Perdón es un sentimiento que todos debemos hacer para el bien, más que todo del que perdona, porque uno se queda con el rencor y se está haciendo daño porque las cosas, o sea, la siente y la sigue viviendo a quien se ofende, pero el otro, el que hizo la ofensa, no se recuerda eso, se le olvidó que hizo eso muchas veces. Entonces, uno que está intranquilo, ofendido, debe perdonar para sanarse.

Reparación

Reparación es una de las estrategias de la Unidad de Víctimas de las entidades para con las personas que tienen alguna situación difícil y, pues, hay que como repararle, restaurarles esa esa situación.

Alegría

Alegría es también una es una emoción, es un sentimiento que debemos practicar. La alegría, pues, nos provee mucha... me parece que la glándula de la alegría es la serotonina y nos hace estar bien. Yo tengo 64 años y todo el mundo dice que no los aparento, que estoy muy joven y esas cosas. Yo creo que es por la alegría que manifiesto, pues, digo yo.

Sanación

Sanación es algo que también necesita el cuerpo y el espíritu para su bienestar y hay que buscar las estrategias para lograrlo, porque si yo me encierro y no busco la sanación de mi problema, de mi situación o de lo que me martiriza, entonces voy a estar siempre mal. Hay que buscar la sanación de la mejor manera; participando en actividades como las juntanzas de mujeres, donde se dice la problemática, cada quien expone su situación, su problemática que tiene. Y uno a veces cree que el problema que uno tiene o que le pasó es el más grave, pero cuando estamos en esos espacios de sororidad, ahí se da uno cuenta que el problema de uno no es el más grave, que hay personas que han tenido unas situaciones mucho más difíciles, mucho más caóticas y que han podido sobrevivir. Ya antes se tranquiliza de ver que uno estaba pensando que lo de uno era lo peor, y no, ahí se convence.

Medellín

Medellín para mí es como la ciudad de las oportunidades. Es muy buena, sí le están dando mucho realce a la etnoeducación, a la parte afro. Inclusive hay dos herencias aquí; la una es del departamento, pero funciona aquí en Medellín, en la Gobernación; la otra

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

es del distrito que funciona en Prado Centro. Pero eso no... no porque sea la una del departamento y la otra del distrito, no es que esté muy retirado, muy aislado, uno puede realizar proyectos con uno y con otro de la gerencia, entonces eso es una ventaja.

Y si Medellín no es la primera, Antioquia fue el primer departamento que tuvo gerencia étnica. Eso es un punto muy a favor, es algo loable porque en muchos departamentos no hay una gerencia étnica. Hagan poco o mucho, está la gerencia étnica. Todos los funcionarios no funcionan de la mejor manera, pero cuando hay uno que funcione bien se nota, se nota que están teniendo muy en cuenta a los afro.

Sí, me parece que es la ciudad de las oportunidades, no nos podemos quejar porque viendo también las condiciones de nuestro departamento Chocó con las de Medellín, pues nos sentimos muy bien aquí porque el clima... nosotros allá tenemos un clima malsano. En el Chocó llueve demasiado, el sol es inclemente y la lluvia, eso le dicen el cielo roto porque es que las lluvias son seguidas y en un momento son muy fuertes, en otro momento está el aguacero muy fuerte, entonces el clima es malsano. Claro que así lo queremos mucho, lo adoramos a nuestro Chocó, orgullosa de ser chocona, «yo soy chocona de nacimiento, tengo por honra ser de Quibdó. Allí mi padre me dio el aliento, allí mi madre me inspiró», bueno, y sigue esa canción. Muy bien, vamos allá con el San Pachito y muchas otras actividades que se hacen.

Tenemos el concepto de familia extendida porque... bueno, ahora ya casi no se usa porque los muchachos están ya muy liberados y las muchachas, pero antes todos éramos familia. Todo era «tía» o «tío». Todo el mundo veía un adulto, «tío», «tía», pero ahora los muchachos ya no. Pero sí, familia extendida es que todo el mundo éramos familia. Cualquier persona, cualquier adulto podía coger a un niño o una niña que estuviera haciendo algo malo y pegarle, castigarlo pues, por lo que estaba haciendo, pero ahora hágalo para que vea.

Sí. Medellín es muy bueno, nos sentimos muy bien por las oportunidades, hay más empleo que en el Chocó. El clima que es muy bueno. Y muchas buenas relaciones se consiguen aquí también.





Celmira Rivillas

Yo siempre me presento con mi personalidad. Mi nombre es María Celmira Rivillas Hincapié, nacida en el norte de antioqueño, hija de padres campesinos, netamente campesina. Eso lo llevo en mi sangre, mis pies arrastran, mis pies pisan toda la hierba y todo el pantano.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Uno se desborda también porque se vienen muchas cosas, muchos recuerdos. De nuestros padres, pues, como ya están fallecidos... Pero se vienen mucho a la memoria tantas historias desde esa niñez. Nosotros tuvimos una niñez, pero una niñez también muy sana, también muy precavida, muy cautelosas, con muchos valores, ¿cierto?

De mamá copiamos muchos valores de ser resistente, pero también de ser una madre muy aguantadora porque mi papá no fue el mejor papá. Entonces, ante la presencia de nosotros, pasarle golpes, pasarle gritos y pasarle estrujes y pasar, pasar... Todo eso y uno bien pequeño, entonces es lo que hacía. Menos mal que había un hermano mayor que sacó la cabeza.

Éramos, somos... éramos siete porque ya falleció el primero, el mayor. Son tres y cuatro mujeres. Aparte de las que fallecieron porque mi mamá siempre tuvo como 11 niñas que... las niñas eran mayores que mi persona y todas esas mujeres... Bueno, entonces había una que se llamaba Diana Patricia, otra María Eugenia, cortita, y la otra monita, monita. A esa monita, mamá decía que le gustaba mucho meterse a un depósito a comer panela y se iba enfermando. Se enfermaba en ese depósito de panela porque comía mucho dulce, entonces le daba mucho rebote como de lombrices. En ese entonces, también mamá como que del campo daba muchas prevenciones, por eso es que yo vengo como con esa, con esa sangre en la tierra de estar cultivando, sembrando, estar podando, floreciendo en mis huertas, en mis territorios.

Esa finca era por allá por una vereda de San José. Tengo muchas historias porque mi mamá cada 15 días siempre me llevaba a mí a caballo, salíamos al pueblo y mi mamá también me decía: «bueno, vamos a ir para el pueblo y nos vamos a caballo, claro». Pero a mí me chocaba mucho porque me montaba en la parte de atrás, en la trasera, entonces, ya me peleaba mucho. Pero mi mamá estaba orgullosita y me decía «no se agarre». El vestido mío se agarra de aquí, de la silla de la bestia. Sí, yo no podía agarrarme bien y galopaba y galopaba y tiraba ese animal rápido, pero también, a veces, había tiempos que no teníamos la bestia y entrábamos a pie. Ahí es donde me acuerdo como de la pasada de un puente, la pasada de una quebrada. Era como muy nostálgico también, porque una escuchaba unas palomitas que decían que «se fue, que se fue, que se fue», eso me da nostalgia. Cuando mi papá falleció, aquí viendo ese pajarito, ese día de mi papá, ese día cantó el animalito «que se fue, que se fue, que se fue» y me acordé de ese trayecto, de ese camino para ir a la finca San José.

Bueno, mi papá no fue de los mejores papás. Entonces me daba tristeza porque mi mamá se quedaba con todos nosotros, éramos bien pequeños. Él se venía por el mercadito y se quedaba bebiendo, después, mandaba a la bestia con el mercado y el animalito llegaba ya cansado con la carne dañada. El mercadito vuelto nada, empantanado, en fin... porque la bestia se iba como con su relajo, con su cierto tiempo, llegaba al sol con el mandado. Ella llegaba y él se quedaba en el pueblo bebiendo, hasta que no se bebía su último centavo no llegaba a la casa.

Yo soy como la sexta y siempre como que las mujeres somos las menores, siempre los mayores son los hombres. Ya después a mamá le dijo mi tía de acá de Medellín, siempre le aconsejó mucho a mi mamá: «Ismenia, váyase para el pueblo, no deje esos muchachos sin estudio, por favor, vea». Mi mamá fue una de las alumnas, pues porque siempre estudió como hasta quinto, entonces, ella siempre nos contaba de eso, eso le heredé yo también a mi mamá, como la manualidad. Es que, mami, a mí siempre me decían: «Excelente, excelente. Admirable, te sacaste una nota muy linda porque está bordado, por la tal manualidad, por hacer», en fin. Es como yo, en esos tiempos del campo, no había como forma económica de comprarse un vestido, sino que siempre cada que iba al pueblo o el papito nos llevaba telas. Ella ponía tela, ella se fabricaba, se hacía, se inventaba su propio vestido. Yo siempre me acordaba de lo que ella vestía y siempre, siempre, siempre estaba cosiendo, no levantaba la máquina de coser. Así fuera de pedal, hay otras de motor, pero ella siempre tuvo una de pedalcito, que se colocaban en un mueblecito encimita de las mesas de comedor. Entonces, por eso yo también todo se lo heredé yo a mi mamá. Pues, porque las otras, como que no les llaman, sí les llama la atención, pero no tan arraigadas como mi persona.

Era más cercana con mi mamá porque me llevaba, me traía, me... ¡claro que no! la más cercana era la menor porque la cargó hasta muy grande. Ella hacía su berrinchito en la calle y se la tiraba a la espalda bien grande; mi mamá se la tiraba a la espalda. En cambio, nosotros: «Defiéndase, hija, ahí en el piso». Cuando eso no había, digamos, caminadores. Nos hacían, me acuerdo, era un cajón grande, no sé, 70 por 70, y ahí nos metían mientras empezábamos a caminar, detenidas en ese caminador. En ese cajón, ese cajón era inmóvil, eso permanecía ahí. Entonces imagínate. Mi mamá sola para lidiar con tantos hijos. Dicen que el tiempo pasado fue mejor, yo no creo, yo no creo. Que para mí fue el mejor porque, gracias a Dios, no nos pasó nada, pero siempre era el temor, el miedo de estar en el campo todo el tiempo.

Desde muy pequeño uno tenía ese temor, también al ver ese conflicto de mi papá contra mi mamá. Entonces, como que una se va ajustando, va apretándose. De momento así, eran unas filas de helicópteros, uno tras de otro, pero eso de qué, de qué dependería... Tanto helicóptero en ese momento, cuando uno no entendía cuál era el motivo, el porqué de tantos helicópteros, tantos aviones, más que todo, helicópteros.

Esta es una ciudad de selva. Nosotros tenemos una en el campo —la ciudad hermosa de la selva—, no era tanta ciudad, sino que era otra cosa como, no sé, unas reservas muy sospechosas. Era triste ver que mi mamá... eran las cinco de la mañana y llegaba un grupo a que ella les diera lo que hubiera. Si había las gallinas, las llevaban; si estaban los caballos, los llevaba, si estaba el cultivo de yuca, de plátano, lo que fuera, que era lo que más que se veía en Pancoger, en el campo. Y ellos a alzar con eso porque se les tenía que dar, o si había ya tragos, había que servirles.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Era muy triste, muy, muy complejo habitar. Supuestamente estábamos en el campo solos... bueno, ya después mi mamá, que siempre hizo caso; nos llevó para el pueblo. El pueblo quedaba, en la bestia, a más o menos 45 minutos y a dos horas caminando. En el caballo salíamos a cierto lugar que se llama «La Calle el Porro», aquí en una calle principal de Segovia. Entonces, ahí dejábamos las bestias amarradas y ya dependiendo de la misa, nos íbamos para el mercado, en fin...

Es que el estudio, gracias a Dios, sí estuvo. Mi mamá como que pensó tarde, pero al mismo tiempo temprano; yo a la edad de nueve años apenas estaba empezando primero. Así que, de todas maneras, ya nosotros después de que nos subimos al pueblo como que mi mamá emprendió ese liderazgo por cómo estábamos. Ya mi papá no vivía con nosotros, ya vivía en otro hogar. Mi mamá nos dejaba ir, como quien dice. El que hizo fue él, él quiso abandonarnos. Ya al salirnos para el pueblo, él se quedó en la finca, después la vendió, la hipotecó, algo así. Entonces, por ese lado ya a mi mamá no le importó. No sé.

A la adolescencia, sí como que, más o menos, me fue regular. Digamos, bien porque al menos nos salimos del campo. Yo siempre la pensaba: qué pereza uno en el campo, pequeño... y mire que lo va a pretender a uno un machetero o un campesino, ¿sí me entiendes? De todas maneras, campesinas somos, pero también uno tiene que aspirar, ¿cierto? Pues, ¡pucha! si uno tiene un estudio, más o menos, se defiende con algo. Así no sea, pues, el mejor empleo, pero bueno. Entonces, ya cuando terminamos la primaria, nos dividimos, una señora me ayudaba a mí en esa casa y yo me fui a vivir a esa casa para poder hacer el bachillerato. Mi hermana la mayor, también. La niña sí se quedó todo el tiempo al pie de mi mamá; mi mamá se iba a trabajar y ella se quedaba en la casa y cuando llegaba, traía la comidita y con eso ya se defendía. Digo yo, mi mamá sobreprotegió a la menor, a pesar de eso, ella se defiende como muy desde el liderazgo, también depende de ella misma libremente. No está atada, que el hecho de haberse casado es estar ligada y estar subyugada, no, ningún «que tienen que hacer», no, ellas independientes. Pasa y se repite la misma historia de mi mamá, se casa, se separa y estamos solas. Cada una independientemente con sus hijas, así queda uno.

Que gracias a Dios dimos con esos valores y los protegimos porque mis hermanos también son algo así. Lo mismo, no fueron hombres... sí fueron abiertos, pero no como: «Ah, es que está en la guerrilla y tienen contacto con ella, entonces ya se quieren ir para ese grupo». No están con tal guerrilla, con tal grupo, no pasan por ahí en el campo y ni tienen relación, contacto, comunicación con ellos, ellos nunca pertenecieron. No les interesó estar allí, no, no, nunca les llamó la atención, a pesar de que el sobrino tenía contacto con ellos y se relacionaba o se comunicaba... En fin, nunca tiraron para ese lado. Eso tuvieron ellos como hombres y nosotras como mujeres también. Y es que el conflicto sí nos ha cogido desprevenidos y nos ha involucrado, nos ha tenido también muy de lejitos, pero porque están ahí. No porque se hayan metido, no, porque por parte de mi mamá, no, por parte del hogar así, no. Porque mis primos por parte de mi mamá, sí hay unos que los asesinaron, los sacaron de sus lugares, los llevaron, los asesinaron o los desaparecieron.

Bueno, el caso es que, en mi juventud, pues yo la pasé bien. Todo el tiempo sumisa, formal, amable, me ha gustado como ser esa persona todo el tiempo. No sé si era por el recogimiento al pie de mi mamá. De terminar la primaria y hacer mi bachillerato, así.

El paso de ahí a la ciudad fue con el tema del desplazamiento forzado. Ya después de que tengo mis hijos, después del matrimonio y mis hijos, llegó el conflicto en el pueblo; yo ya vivía muy central. Cuando entró a desplazar fue, más o menos, en el 94, por ahí a mis 27 años, algo así. Yo creo que me cayó más bien de 23 o 24 años. Bueno, terminé mi bachillerato en el pueblo. Me vine para Medellín a hacer una técnica en comercio, no la pude terminar porque me quedó en la mitad; no tenía plata. Una venirse para la ciudad es muy triste, de hecho, la echaron a una sin propiedad. Es bastante nostálgico ser nuevo, como de acogido, ahí cerca, como de arrimado. Después de eso, con el tema del desplazamiento, yo decido venirme con mis hijos por el hecho de tanta masacre, de tantos homicidios, homicidios más que todo, pues, muy claramente en ese momento

Mis hijos estaban muy peques. A ver, María Isabel tenía que 16 años y el pequeño tenía seis años, siete años. Entonces, ya yo cerré los ojos y me monté en un bus del nordeste, «hasta luego». Mi esposo vino y nos dejó en el bus. Ya nosotros nos defendimos aquí como pudimos. Me vine a vivir donde mi tía que me dio como esa llegadita, me recibió. El motivo por el que se viene uno desplazado es porque tenía a mis hijos, ¿cierto? No quisiera que ellos repitieran o vieran tanto conflicto. Tanto homicidio en la esquina de la casa, por la casa. Que se borrarán



CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

un poquitico tanto conflicto y que estuvieran, más bien, en su cultura de estudiar. De estudiar ya que uno no tuvo la oportunidad, bueno oportunidad sí, pero no la quise seguir. Y ellos, en realidad, pasaron por las puertecitas de una universidad y, gracias a Dios, se logró aparte del desplazamiento, fuera del desplazamiento. Es triste tener uno que hacer eso, pero en los pueblos no se ofrece más nada sino perdición, digámoslo así, es mucha diversión, el pueblo es caliente por todos los temas, por todos los ángulos que se quiera, que se diga.

Esos muchachos fueron muy juiciosos, les ha gustado mucho estar como entregados al estudio, a la cultura. Terminaron el bachillerato en la Normal Superior de acá de Villahermosa. La mayor, que es María Isabel, se presentó a la de Antioquia y no pasó a odontología, pero entonces el papá es pensionado y es minero de allá de la empresa Gold Frontino. Entonces, ella terminó su bachillerato —la idea era que estudiara y siempre el papá luchó y luchó—y él le ayudó con la carrera de odontología. Bueno, ahí va con su segunda especialización de ortodoncista y el menor, como que nos ganamos la lotería con él, un ingeniero de minas, él quería ingeniería civil, pero se pasó a ingeniero de minas. Esa carrera vale mucho, pero él se ganó como un mérito, una ayuda en Villahermosa, ahí en la Normal, sacó buen puntaje y le dieron beca ahí en la Universidad EAFIT.

Eso le ayudó mucho para un puntaje alto en las pruebas ICFES, pasó ahí derecho. Estudió ingeniería en minas. Ya en este momento está ejerciendo su profesión en el pueblo con el papá, que ejerce la misma tarea y es minero de pura cepa. Entonces quieren ver, tiene como buenos contratos, aparte de que él quiere estar hoy día en el pueblo, nosotros también, pero yo me vine, total. Si yo no despego con esos muchachos...

Mi hija a cada rato me dice. «Ma, gracias a Dios. Sí. Te agradecemos, yo te lo agradezco en ser lo que soy por ti, claro, primeramente, Dios».

El papá sí, económicamente les colaboró y bueno, estoy contenta porque es otro de los proyectos muy lindos; el estudio de mis hijos, la Universidad. ¿Qué más? Muchas actividades, cultura, porque a ellos les gusta mucho estar en proyectos de cultura en otros territorios; La Guajira, por ejemplo. A la hija le gusta hacer como proyectos con la comunidad, como voluntariados.

Yo tampoco me quedé como muy atrás, porque bueno, aparte de que ellos ya ejercieron, se cumplió con la tarea de ser madre, de ser cuidadora, porque eso es horrible de ser uno cuidadora no, no. No es uno nada. Ya después de uno ser como independiente, uno va, abre las alas, como que se quita esa etiqueta de la frente de que «soy sumisa» y «soy la de...», no soy la de nadie. Primeramente, Dios y que Dios le a uno la fuerza y la libertad para ser independiente. Lo más lindo es que mi madre, aquí en la ciudad, dejó una propiedad, nos dejó un terreno y con eso yo empecé como a quitarme el miedo y empecé a hacer mi casa. Entonces, eso me tiene contenta porque cada uno voló, los hijos son prestados y ellos ya vuelan. Ya no voy a esperar que ellos vengan y me vayan a cuidar. Antes ellos que vuelen y que se defiendan como puedan.

Cuando me vengo para acá, yo trabajaba en la empresa como secretaria, como que me va ese estar allá como compartiendo, dependiendo, haciendo, recibiendo al público, a los trabajadores, los empleados, en fin, los obreros. Yo tengo la necesidad de no quedarme en la casa, necesitaba saber que servía para esto o servía para aquello o servía para algo. Entonces ya empecé a estar con colectivos. A estar en la iglesia, ayudar, ofrecerme, y mi mamá también ha tenido como eso; fue muy, muy voluntaria. Es por ese lado, a mi mamá no le importaba, decía «cierre bien la casa», «chao, échele llave» y «que no entren los ladrones» y «si nos vamos, nos vamos». Entonces como que algo de eso está.

Con él, como que nos fuimos desligando y me independicé, porque el hecho de una haberse casado no era para que uno estuviera como un coche con los ojos tapados: que no puedes mirar, que no puedes navegar, que no puede volar y que no puedes abrir. Eso es falso porque eso no se puede, porque eso no es así. Entonces, cómo así que a uno lo positivo lo transforman a negativo, ¿no? Todo eso me... no, no. Y el llegar a la ciudad. No, no, no, eso sí me abría mis puertas por todos los lados, no solo por mis hijos. En el colectivo de la Comuna 8, en La Ladera —usted sabe que en los colectivos hay muchas ramas—, hay unas políticas, unas en servicio por comunidad. Se dividen, suben muchos procesos en muchos proyectos. Así que emprendí al estar en Casa Vivero en «Tejiendo para Sanar». En estar metida en la comunidad.

Yo conocí el Museo Casa de la Memoria por parte de un compañero líder, don Efrén. Claro que, al estar en el colectivo, una compañerita, Cecilia, también me dijo, una gran líder también de la ocho. Ella no me conocía, no me conocía en ese entonces, pero don Efrén sí.

—¿Cómo así? —le pregunté yo. Yo no sabía nada.

—Sí, vamos que nos van a reunir a personas víctimas del conflicto, vamos a estar madres, abuelas, esposos, hermanos. Todas personas que son víctimas. —Empezó a contarme—. Van a hacer un proyecto en varias pedagogías.

—Ah, bueno, vamos, vamos, don Efrén.

Antes, yo había pasado por el Museo... En realidad, a mí me ha gustado mucho caminar a las cinco de la mañana; dar la vuelta, subir, bajar y treparme. Caminar horas; todos los días pasaba yo por acá. «Ay, qué rico estar como empleado, como trabajando, así fuera haciendo oficios varios en el Museo Casa de la Memoria» pensaba yo entre mí; en mi mente sola. Dando la vuelta por acá, aquí ya arrancaba por la 58 a subir a mi casa.

Así, después empezamos en el Museo una tarea muy linda con un colectivo bastante numeroso, más o menos 20 víctimas del conflicto, Madres de la Candelaria, abuelas con sus nietos, hermanos, papás con sus hijos. Ahí compartíamos muchos talleres, teníamos nuestros profesionales que nos dirigían en los talleres. Incluyendo nuevos talleres, pedagógicamente, en la siembra. En lo de la huerta. Iniciamos esa parte externa del Museo como un ejercicio.

Nosotros éramos los «palabreros», que era compartir, dialogar, abordar y acoger a ese público de a pie, a ese público que llegaba, que lo necesitaba para x o y

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

pregunta. En ese ejercicio de esa pedagogía, yo desperté un montón, yo aprendí. Para mí, el Museo es la Universidad; he aprendido demasiado. Yo inicié aquí en el 2013, en marzo del 2013, en ese entonces, había un evento en ciudad demasiado grande en Plaza Mayor y la directora de entonces, Lucía González abrió. De ese evento, muchos extranjeros estrenaron, abrieron las puertas, se les abrió la puerta para ellos que eran los primeros visitantes, prácticamente. Me acuerdo mucho. Teníamos varios, no muchos, profesionales y estábamos nosotros como líderes, también quedamos como líderes.

Ya después se va cambiando esa palabra de «palabrereros» a «mediación», al estar más conformado un contrato. Primero, éramos voluntarios por un tiempo, de la pedagogía de esos talleres, y después ya había la necesidad; nos necesitaban a nosotros como líderes, digamos, como mediadores. Para intercambiar, para compartir, para dialogar y para dar a conocer. No sé nuestra historia. El contar de esa experiencia propia, no como académicamente, sino muy personalmente desde esa experiencia, desde esa resistencia al diario vivir, a ese día a día.

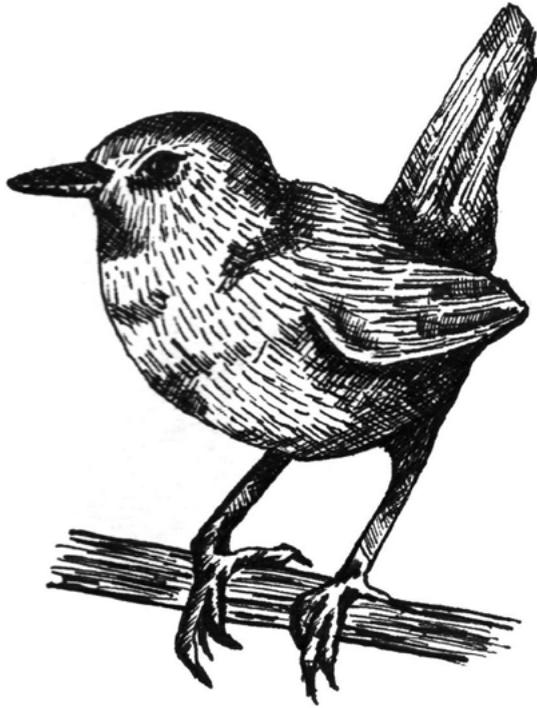
Lo que me mantiene aquí es que, digamos que la ciudad, el pueblo, necesita de esa cultura, ¿cierto? Hay que guardar, cultivar, almacenar y proteger ese patrimonio que es tan importante, que es también la memoria. Es un patrimonio que hay que cuidarlo, entonces a mí me gusta, me gusta, no solamente, con la experiencia de uno, sino también el brindárselo al de a pie, al visitante que entra y que sale, que entra por x o y equivocación al museo. Darles a conocer esa historia, no solo el contenido, en el contexto académico que se encuentra, sino también algo que se quieren llevar de esa experiencia personal de uno. Hay muchos visitantes que quieren escuchar, quieren deleitarse, así sea escuchándole la voz a este colombiano, a esta paisa o a esta campesina, por decir algo. Llevamos como ese sabor. Llevamos esa entrega para ofrecerle al público.

Me ha ayudado a convertirme en esta mujer fuerte el estar aquí compartiendo tantos años del Museo. A mí me ha llenado mucho de aprendizaje, vuelvo y lo repito, es mi preparación universitaria del día a día. Me siento muy bendecida o acogida por el Museo a pesar de la edad, soy la más veterana, pues, en edad, pero también la más veterana en el tiempo de estar laborando o prestando el servicio aquí en el Museo Casa de la Memoria. Soy una bendecida por Dios, yo agradezco que he aprendido tanto que yo ya vuelvo, ya arranco por la derecha, por la izquierda, por el norte o por el sur. Puedo arrancar muy certeramente, muy positivamente, porque esto le da a uno fuerzas y esto le da a uno poder. Entonces, me siento libre, me siento con más fuerza y me siento con más, digamos, más felicidad.

De mi historia veo muchas cosas bonitas. Yo creo que ahí se resume cómo fue desde esa niñez hasta la edad que tengo ahora, con unas canas brillantes, pero con orgullo de lucirlas hermosas y libremente, sin miedo, sin temor. Gracias por esta entrevista. Gracias por este detalle; que me tuvieron en cuenta a mí con el proyecto de Convergencias

Muchas gracias.

CONVERGENCIAS
Museo Casa de la Memoria



Glosario

Memoria

Ese pasado.

Perdón

El perdón para mí significa todo, para mí lo más importante del perdón es liberarse. Despegar sí, sacar.

Paz

Mirar ¿cierto? Sonreír, no solamente dar la mano, sino responder positivamente.

Reparación

Reparación es recoger. En sí la palabra reparar... esa reparación también puede ser recogimiento; un abrazo. Muchas palabras bonitas.

Alegría

Para mí es la sonrisa, positivismo, libertad. Alegría es la parte del corazón. Fuerza, lucha, empoderamiento.

Sanación

Bueno, la sanación viene siendo esa cicatrización. Sanar desde la raíz, no digamos totalmente, sino tener fuerza y arrancar desde lo que más se pueda; desde la raíz. Sanar es recoger, limpiar.

Medellín

Para mí, Medellín de oportunidades, Medellín de libertad, Medellín de aprender. Para mí, Medellín es increíble culturalmente, psicológicamente también, porque hay que aprender de la ciudad de muchas cosas negativas y positivas.



Consuelo Arbeláez Gómez

Soy Consuelo Arbeláez Gómez, nacida en Itagüí el 22 de septiembre de 1948, hija de padre liberal gaitanista y afectado también por la violencia política. Ingreso a la JUCO (Juventud Comunista) en plena juventud y allí compartí sus ideas de justicia a través del COESI (Club Obrero Estudiantil de Integración Juvenil), me inicié en el Teatro Popular y Revolucionario, comenzando por las obras de Bertolt Brecht.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Corrían los años de la postguerra al martirizado Vietnam y por ello formé parte de clubes de los años 70 y de las ideas existencialistas, hasta que comienzo a conocer las tesis marxistas leninistas, línea maoísta y soviética en aquella época. Estudiaba el Derecho en la Universidad Autónoma cuando decidí cortar con esta formación y aprender y beber en la antigua Unión Soviética lo que eran las Ciencias Políticas y Económicas, lo cual afianzó más en mi la lucha por una mejor patria.

Escogí las tesis marxistas leninistas como una opción de lucha en aquel entonces. Conocí —en medio de las luchas estudiantiles— a quien sería mi esposo y padre de mis dos hijas: Gabriel Jaime Santamaría Montoya, militante y dirigente de la JUCO en Medellín, más tarde miembro del Comité Central del PC. Además, él fue fundador y coordinador de la UP (Unión Patriótica) en Antioquia y diputado vicepresidente en la Asamblea Departamental de Antioquia por la UP, lugar en donde fue asesinado el 27 de octubre de 1989.

Como militante activa de la JUCO y más tarde en el PC, fui profesional del trabajo dirigido del PC, en el sector metalúrgico con causa revolucionaria. En los momentos más difíciles del país, formé parte de la Dirección Regional y del Secretariado del Partido en Medellín, desempeñando el cargo de financiera del PC al lado de Avelino Castro —hoy desaparecido —, de Mario Giraldo —ya muerto—, a quien en aquella época le hicieron un atentado, que nos obligó a enviarlo a la URSS para la reconstrucción de la parte inferior de su rostro.

Era la Secretaría Ejecutiva de la UP Departamental en Antioquia en los momentos más difíciles y en el momento del asesinato de Gabriel Jaime Santamaría, con el cual viví 17 años compartiendo alegrías, tristezas y la vida misma.

Nos conocimos todavía jóvenes. Fue en el Club Obrero Estudiantil de Integración Juvenil (COESIJ) en Medellín. Era el lugar de encuentro para quienes practicaban todas las modalidades del deporte y la cultura, situado en la calle Carabobo con Bolívar. Llegué a este lugar como voluntaria en los quehaceres de dicha oficina y como participante del grupo de teatro experimental con los clásicos revolucionarios de aquella época, después de mis jornadas de trabajo en una empresa.

No hubo ningún amor a primera vista simplemente observé que, en medio de una oficina situada en el mismo lugar de dicho club, estaba él: Gabriel Jaime. Su figura alta y corpulenta siempre estaba acompañada de muchos jóvenes que yo, hasta ese momento, no entendía a qué se dedicaban. Fue Carlos Gónima —otro compañero asesinado, abogado y más tarde personero auxiliar del municipio de Medellín— el encargado de enlazarnos con las razones que traía para mí.

—Oiga, señorita —con su voz delgada me dijo un día—. Que si quiere tomar un fresco con Gabriel Jaime.

—Dígale que no me mande razones; que venga él —yo inmediatamente le contesté.

Mucho más tarde supe que todos se mofaron de Gabriel Jaime diciéndole que yo era una fiera. Y si tenían razón. Realmente yo me salía del contexto de las mujeres dulces y tradicionales que, ante un asedio, contesta dulzonamente que sí.

Más tarde, fui invitada a través de otro compañero Alberto Revelo —también asesinado y quien estudiaba Derecho en la Universidad Autónoma— para ir a casa de Gabriel Jaime. Allí conocí ese día al maestro Jaime Santamaría Vasco, padre de Gabriel Jaime, quien también denotaba una figura recia, alta y agradable y un paísa en toda la extensión de la palabra.

Así comenzó nuestro destino, yo con mis afanes y Gabriel Jaime con los suyos. Eran tantas las ocupaciones que manteníamos que, una vez comenzada nuestra relación y cuando solo habían transcurrido tres meses, me propuso muy seriamente que nos casáramos, porque según él: «Yo era la mujer que necesitaba. Porque yo me entregaba a todo lo que me proponía con todo y sombrero».

Se inicia entonces la fusión de dos vidas que con alma y sombrero nos entregamos —a través del estudio y el conocimiento de los clásicos del marxismo y leninismo, de la filosofía, de la economía política y del materialismo histórico— a la búsqueda de una sociedad más justa y por la conquista del poder que nos llevara a cambiar las injusticias y la inequidad con la mayoría de la población, que eran los más necesitados, los más pobres y que solo obtenían miseria en sus malogradas vidas.

Fuimos una pareja, políticamente hablando, perfecta, como humanos y como pareja tuvimos los mismos desaciertos que otras parejas puedan tener, solo que sorteamos las dificultades normales, porque nos unían muchos otros ideales, otras metas diferentes, nuestro objetivo no era el de conseguir dinero o tener un trabajo muy bien remunerado, o una casa. Por ello llegamos a ser profesionales del PC los dos y el solo hecho de graduarnos en aquella época no era nuestra intención.

Participé en las tareas políticas de la campaña en algunos pueblos, en la formación de los niños pioneros José Antonio Galán UPI y, de hecho, por intermedio de concursos de pintura que montaba en Medellín. Y otros como yo, de la JUCO en otros departamentos, correspondiéndome llevar 10 niños y niñas pioneros al campamento Artek en los límites con Turquía.

Me tocó vivir en una sociedad intransigente en donde una tercera alternativa, otra opción política, se ha considerado un delito. En una sociedad en donde pensar diferente ha motivado ignominias y vejámenes por parte de un régimen que pretende demostrarse como democrático, pero que en el fondo no acepta la democracia y ha utilizado todos los medios posibles para normalizar y legalizar en el imaginario colectivo lo que es normal y legal.

Yo comienzo a hurgar en mis recuerdos y a buscar en los escritos y fotografías, en medio del dolor. Para mí, hacer memoria fue una forma de ir aceptado no solo la pérdida de mi esposo y compañero de luchas, Gabriel Jaime Santamaría, sino también la de todos mis amigos y compañeros de lucha, a quienes, igualmente, les detuvieron abruptamente su trasegar y lucha por esta patria tan martirizada. A todos ellos los tengo como un tatuaje en lo más hondo de mi ser, en lo que algunos llaman alma, espíritu o corazón.

En homenaje a esas memorias, me dediqué con todas mis fuerzas, así como se lo prometí a Santamaría, mi esposo —en el discurso de despedida que le hice en

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

la Alpujarra, en la Asamblea Departamental, en donde permaneció en cámara ardiente por tres días—, que me dedicaría a organizar y ayudar a las viudas que, hasta ese momento, ya habían quedado solas como la viuda de Héctor Abad Gómez, de Carlos Gónima, de Alejandro Cárdenas, de Luis Felipe Vélez, entre muchas otras. Así, constituimos la Fundación La Alborada, con Personería Jurídica y asesoradas por algunos abogados que, para esa época, nombró la Presidencia de la República.

Dicha Fundación acogió a las viudas de cualquier partido político, pero por violencia política que en esa década que nos tocó vivir. Entonces, logramos ayudas importantes, tales como 16 viviendas gratis para las viudas de los diferentes partidos políticos, tres jubilaciones para viudas de profesores de la UdeA con la colaboración y orientación del entonces director del consejo administrativo de la Universidad, exmagistrado Carlos Gaviria.

También conseguimos algunos empleos para un viudo y otras viudas, con la colaboración de Cecilia Faciolince, atención psicológica para otras y acercarnos a



la vida de muchas de ellas. Pues, aunque vivían con hombres luchadores, ellas no tenían conocimiento, en su gran mayoría, de las causas por las cuales asesinaron a sus esposos. Consecuencia de la formación machista y ausencia de formación feminista en las mujeres en aquella época.

Debe ser difícil para cualquier ser humano imaginarse, siquiera, cómo nos tocó vivir esa época de terror porque no todos la percibían. Aunque recordar hace que el dolor fluya como una costra adherida a la antigua herida, que removemos cuando recordamos, se siente el corazón muy seco, los deseos de vivir son muy limitados y se comienza a reflexionar sobre el pasado. Yo sé por qué llegué a la vida pública, al trabajo con la comunidad, a sentir pena por el dolor ajeno y alegría por el bienestar, no sólo de los seres humanos, sino además por el brillo en los ojos de los perros con amo, a sentir tristeza por los niños maltratados y abandonados, pero también por todos los animales, repudiados y lanzados a la calle por quienes ya no los quieren, no los aman.

Gabriel Jaime y yo éramos dos revolucionarios que amábamos nuestro país y estábamos dispuestos a morir si era necesario. Así que en la medida que la situación del país se complicaba, así mismo se complicaban nuestras vidas, teniendo que renunciar a seguir viviendo normal en nuestro núcleo familiar. No quisimos huir de nuestro país, jugábamos a escaparnos de la muerte, era como estar en medio de la guerra, pero sin desfallecer. Yo por eso siento que realmente soy sobreviviente desde antes y desde siempre.

Supimos encontrar los acechos en el diario vivir para resistir y estar en las huelgas, en el paro, en algunos casos juntos él y yo, como en el segundo paro cívico del Oriente Antioqueño por la unificación de las tarifas de servicios públicos, cuando fuimos detenidos con otros dirigentes cívicos y luego de algunos días, fuimos liberados por orden de la Gobernación y por presión del pueblo.

Tuve que enfrentar el peligro con mi esposo, una detención a ambos, desandando nuestros pasos, unidos para evadir a la muerte que nos acechaba con más fuerza, desde la creación de la Unión Patriótica. Unas veces nos llegaban los panfletos amenazantes con letras de periódico. ¡Cuántas veces en los aeropuertos ensayamos los adioses! Él para el exilio, mientras yo seguía en el partido y en la Asamblea Departamental como su asesora, cumpliendo tareas, yendo a las regiones, escribiendo las denuncias sobre las situaciones de nuestros compañeros en las regiones campesinas, en el nordeste; el Bajo Cauca, Urabá, Antioquia toda, en el Valle de Aburrá.

En medio de esos continuos adioses y cambios de vivienda —adoptando medidas de seguridad para burlar a la muerte y salvar a las dos niñas que ya teníamos y cuyas consecuencias en ellas fueron la depresión y la inestabilidad emocional— dejamos de ser una familia normal: habían logrado separarnos con amenazas, intervenciones del teléfono, registros de vivienda en mi ausencia... Cuestiones que perduraron aún después de viuda en los apartamentos en donde vivía con mis hijas.

De nada servía vivir en unidad cerrada con vigilancia. Entraban como si fueran invisibles, ya que ni siquiera en las porterías se daban cuenta; guardaban silencio

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

cómplice y nos tocaba a mis hijas y a mí a mudarnos nuevamente, buscando que ni siquiera los vecinos conocieran nuestro trajinar. Cuando Santamaría lograba volver —que lo hacía continuamente, pues nunca aceptó quedarse en el exterior y abandonar la lucha en su país, además, sin nosotras, pensando en el peligro también nuestro— nos tocaba alojarlo en hoteles, en casas de conocidos y acortar el tiempo para que pudiera verse unos instantes con sus hijas.

El día 27 de octubre de 1989 era como todos los días. Nadie presagiaba lo que sucedería dentro de la Asamblea Departamental, porque Gabriel Jaime Santamaría cumplía sus labores como tribuno del pueblo, ya que era nuestro Diputado de la Unión Patriótica en Antioquia.

La llamada me llegó al teléfono de la sede de la UP departamental, en donde cumplía mis labores de atender a unos trabajadores metalúrgicos, militantes de la UP. No puedo describir lo que sentía, me tapé la boca para no gritar y presurosa salté al carro oficial que Gabriel Jaime me había enviado hacía diez minutos para que fuera a la Asamblea Departamental y preparáramos el plan de trabajo para el fin de semana.

Como pudimos, el conductor y yo llegamos hasta la alpujarra. Subía corriendo las escalas y al llegar al segundo piso en donde quedaba su oficina como vicepresidente de la Asamblea, allí estaba él: sentado y con su mano derecha aún sostenía el teléfono. Después me enteré de que hablaba en ese momento con el personero de Apartadó. Los 30 y más balazos disparados con ráfaga de una subametralladora Atlanta con el silenciador malo, le destrozaron el cráneo. Los disparos llegaron junto al límite exacto del escritorio: su cintura.

El que lo había asesinado era un joven imberbe, solo tenía 20 años y yacía en el piso a los pies de Gabriel Jaime, porque cumplido su acto, los dos escoltas oficiales cumplieron el otro plan: asesinarlo para evitar que hablara y se conociera la verdad. Era hijo de una vecina del apartamento que entre tantos desplazamientos interurbanos tuve que hacer. No pudo asesinarlo en el apartamento donde yo había llegado con mis hijas, ya que hacía tiempos no podíamos vivir juntos. Pero lo más insólito; ese joven que mutiló nuestras esperanzas: las mías y las de mis hijas y las de un pueblo que creyó en él. Nunca más nuestra vida volvió a ser normal, porque llevábamos en nuestro ser, todo el dolor y el frío, que yo creo, sólo quienes hemos vivido una situación igual, podemos sentir.

Fueron testigos mudos de esta situación que no podía llamarse vida, los escoltas oficiales. Estos no entendían cómo nos las ingeniábamos para seguir con las tareas y nuestras vidas. No es extraño afirmar que esos escoltas tuvieron que ver con los asesinatos de todos nuestros seres queridos, amigos y compañeros. Y en el caso de Gabriel Jaime, como bien lo confesará el extraditado jefe paramilitar Diego Fernando Murillo (alias Don Berna) esto fue por orden de Carlos Castaño.

Como quiera que el joven sicario que asesinó a mi esposo dentro de la Asamblea Departamental de Diputados después también fue asesinado por uno de los escoltas cómplices. Eso lo sé porque me di a la tarea, en medio de la velación, de averiguar cómo se llamaba ese joven, quién era, pues tenía una identificación falsa

y su cuerpo no era reclamado por sus familiares. Fue así como, con ayuda de unos hermanos míos, supimos que era el hijo de una vecina mía, en donde yo había ido a vivir en los últimos meses para poder estar cerca de mi mamá de manera que, si algo nos pasaba a Gabriel Jaime y a mí, se encargara de mis hijas.

Así logramos darle la identidad real a este joven que logró entrar al edificio de la Gobernación de Antioquia y, específicamente, al recinto de la Asamblea Departamental en medio de los mismos escoltas de Gabriel Jaime... otros habían pedido permiso para estar ausentes, pretextando estar el día de las velitas con sus hijos. Se supo entonces, que la subametralladora del asesino tenía el silenciador malo y esto le daba posibilidad a dos de los escoltas que estaban disponibles para entrar y dispararle al joven una vez él asesinara a mi esposo. Y evitar así que hablara.

En medio de este dolor y del velorio, logré también que me averiguaran cuando reclamaran el cuerpo del velorio y, en efecto, lo hicieron en Envigado. Allí encontraron a la mamá de él, quien fue su cómplice, digo yo, que se lee entre líneas de sus declaraciones que ella sabía que su hijo andaba en un plan oscuro para asesinar a alguien, además del dinero que un militar de jerarquía le entregó a la señora como pago por el asesinato, en su propia casa. A pesar de mi situación de dolor en medio del velorio, tuve que sacar fuerzas para averiguar cómo se llamaba el asesino, pues había un silencio cómplice desde las autoridades mismas encargadas de la investigación. Su nombre era Marco Antonio Naranjo Meneses.

Casualmente, vivía en un lugar de Itagüí que era el sitio de acciones de Diego Fernando Murillo (alias Don Berna) con los jóvenes que reclutaba para sus acciones delictivas y este joven era uno de sus pupilos, lo cual, conlleva a entender que don Berna tuvo que ver en este asesinato. Así lo corroboró en sus declaraciones por modo virtual desde la cárcel de Estado Unidos, en donde se encuentra actualmente, también, acusa a Carlos Castaño, con quien trabajó, de estar involucrado en el asesinato de Gabriel Jaime y de Diana Cardona nuestra compañera.

Hoy, a pesar del tiempo transcurrido, aún continúan, de cuando en vez, con indagaciones y hasta con una reconstrucción del hecho que me correspondió después de muchos años.

Por todo lo vivido y sufrido, nuevamente te evoco, recuerdo y dolor, para que juntos de la mano, visualicemos aquella figura alta, recia, de rostro redondito, de contextura gruesa, pero elegante, con una mente muy lúcida para analizar los acontecimientos, con una voz de barítono para alzar su protesta —en los recintos oficiales, en la plaza pública— por los más desamparados, para denunciar los crímenes, los atropellos y las masacres, antes o después, como en el caso de Segovia.

Todo este trasegar y modo de vida me mantenía con las migrañas en su punto y sufriendo con un colon irritable que se mantiene, hasta la actualidad, como resultado de una vida atravesada por el conflicto colombiano y la ausencia de tantos compañeros y amigos que se han ido; obligados a irse sin un adiós, cortando su posibilidad de soñar por un mejor país.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Actualmente, mi salud manifiesta las consecuencias de esta forma de vida y me pasa la factura por problemas de salud como diverticulosis, dolores fuertes en el lado derecho de la cabeza y la disminución general de mi estado de salud. Se añade a lo anterior, la deficiente atención médica por la EPS a la cual estoy afiliada, ya que a los adultos mayores nos toca empujar mucho esa atención.

Hoy tengo como atenuante de mis dolores un grupo de víctimas llamado Ave Fénix, en el que nos gusta escribir. Con la asesoría de una profesional de la Unidad de Víctimas en Medellín constituimos esta organización de viudas que escribimos. Nos han financiado por una ONG dos libros y nuestra intención es seguir con el grupo, dedicarnos a esta labor como un modo de memoria y de resiliencia para seguir el camino faltante.

Pero, bueno, hoy me pregunto por esa resiliencia... Dicen que la resiliencia es como aprender a vivir en medio del dolor, de lo que se ha sufrido, es salir adelante de esa situación. Yo pienso que eso es muy difícil, uno nunca hace un lado la situación que vivió para ser resiliente, es muy difícil. Eso se maneja como en un orden psicológico con los seres humanos, como de ayudarlos a reponerse de eso que ha vivido, por eso se llama resiliencia. Pero no, eso es muy difícil que se cumpla en la vida práctica.

En cuanto al contraste entre mi vida personal y la vida pública, yo pienso que es muy difícil separar la vida personal de la pública. Yo soy afuera lo que trabajo adentro en mí misma, y desde muy jovencita he estado metida en cosas sociales, como dije: haciendo teatro revolucionario, manejando las teorías existencialistas con los jóvenes en las universidades cuando estaba joven. Pero no, no podría haber una diferencia; yo no podría ser una a nivel interno y a nivel externo otra. Entonces, como te digo, soy la misma, no puedo ser diferente porque sería caer en la hipocresía y la falsedad.

Soy una persona que sufre mucho porque no estoy de acuerdo en ver a la gente sufrir afuera, porque yo sé que, en manos del Estado y sus funcionarios, se puede hacer mucho para garantizarle un bienestar a los ciudadanos. Mire el caso de los habitantes de calle, ¿por qué esta ciudad está inundada así? Por donde usted anda siente el olor hasta de los orines a todo y nadie hace nada. Si no que es cambiarlos de lugar para que no molesten a tal establecimiento.

En mi caso personal, yo recojo ropa y zapatos con toda mi familia y mantengo mucha en donde yo vivo. Yo vivo en el campo, en Santa Elena. Tengo un parqueadero inundado de esa ropa. De hecho, ya la he llevado con los abogados nuestros que me financian, por ejemplo, a esa unidad que se llama Manantiales, eso es un barrio subnormal que está en peligro de deslizamiento, como sucedió con Villatina hace muchos años. Queda con los límites de Bello. Los pelados están en grupos armados porque no tienen otro futuro. Hay un comedor comunitario, donde los abogados nuestros costean las pipetas de gas para hacer la comida cada mes para todos. Yo he subido allá, costeadado el transporte por los abogados, he subido con un taxista que es cristiano y cobra muy favorable a llevar ropa y zapatos a la líder que tienen allá.

Ellos con eso tratan de financiar, así sea de a poquito, el comedor comunitario. Y son los cristianos los que ayudan a que ese comedor funcione cada mes. Entonces la iglesia católica que tiene ahí es una iglesia grandísima, el señor cura no va sino a dar la misa y no ayuda a la comunidad. O sea, creen que la fe entra así: creyendo sin resolver los problemas económicos de la gente.

Pero digamos, en términos de actividades, disfruto ayudarle también a los animales. Yo tengo animales: perros y gatos. Ahora es muy difícil porque tan sola para salir me da mucha brega, entonces, tuve que dejar a un sobrino allá para asistir a cosas de noche, también es muy duro por eso; no puedo dejar a los animales como aguantando hambre o a horas diferentes de sus horarios. Pero no es que lo disfrute, yo sufro viendo cómo sufren los animales, sino que trato de ayudarle no sólo a los humanos sino también a los animales.

Hoy, se precisa deponer los intereses individuales, egocéntricos y politiqueros, para poder tender puentes al diálogo, tomarnos de las manos y atravesar este oscuro túnel que nos lleve a encontrar la luz al final del mismo, para que podamos reconstruirnos por dentro y volver a creer en el otro.

Hoy, nuestra patria aún mece el dolor... entre los cañaduzales, por entre los matorrales, está fresca aún la sangre de nuestros seres queridos. Se siguen asesinando a nuestros líderes, luchadores por los derechos humanos y no se ve claro cómo lograremos transitar hacia una patria más amable, más justa, equitativa y que siempre deberá recordar para la posteridad que nosotras: viudas, hijos, hijas, hermanos y familiares de los héroes y heroínas de la UP pusimos nuestra más alta cuota de sacrificio y dolor.

Ese es un resumen de mi vida que es la suma de tantos compañeros ausentes y de una paz cada vez más esquiva como producto de gobiernos corruptos y lejanos del pueblo, de ese pueblo que vota por ellos, aunque sufran el dolor de ausencias de tantos y tantas como producto de esa ingenuidad política en que los sumergió la ausencia de tan valiosos dirigentes y la fragilidad ante los acuerdos de paz que hoy se pretende acabar.

Por todo lo anterior, desde nuestros atribulados recuerdos y sed de justicia y de verdad, tenemos que recordar a la opinión pública que los pactos de paz que se logren en el país fueron sembrados y regados con la sangre de nuestros seres queridos, de nuestros héroes y heroínas que, a pesar del asedio de la muerte, desde la creación de la UP tenían muy claro que darían hasta su vida por dicho proyecto, a pesar de la soledad en la que quedamos los que sobrevivimos.

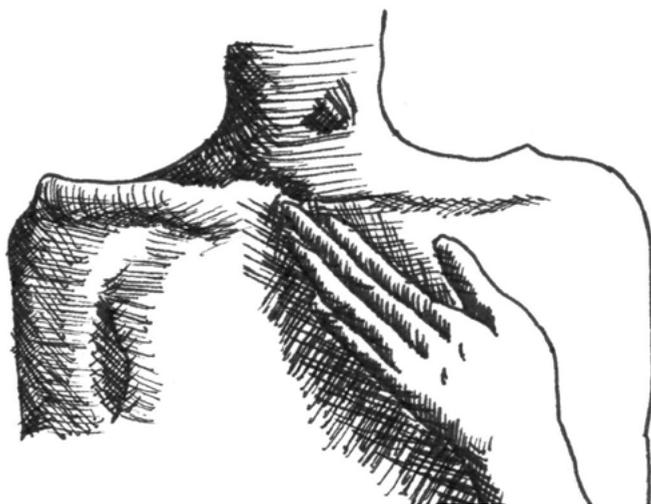
Si logramos que se silencien realmente los fusiles y se aclimate la paz, entonces, podré sentir que aporté positivamente a la recuperación de nuestro pueblo y a la búsqueda de la equidad para la gente más desfavorecidas y sufridas de nuestra amada Colombia y podremos encontrarle significado al lema: «Por la vida, hasta la vida misma».

Quiero concluir con unas frases solemnes pronunciadas por Gabriel Jaime Santamaría en momentos aciagos para el país y los luchadores:

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

«La vida vale la pena vivirla en función de un ideal y ciertamente con algunos compañeros nos hemos propuesto contribuir a la ampliación de la democracia colombiana y a una justicia social para nuestro pueblo. Con el alma hecha pedazos por la muerte diaria de nuestros mejores compañeros, somos optimistas».



Glosario

Memoria

Para mí, la memoria tiene varios significados, pero el principal es el que toca vivir con la situación política del país... Es una memoria dolorosa, angustiante, que no nos deja olvidar lo que han hecho los diferentes gobiernos de turno ante los intereses del pueblo en general o los de un partido político que esté luchando por los derechos de la gente.

Perdón

Es muy relativo. Soy muy difícil de creer en el perdón y se me ha puesto en evidencia, por ejemplo, cuando se organiza la JEP, en su momento, para llamar a que se presenten, precisamente, los que torturaron, desaparecieron y asesinaron a gente del pueblo que luchaba por un mejor país. Y casi que uno se pregunta si sí será cierto ese perdón, y si lo estarán pidiendo en el momento oportuno, cuando ya ha sido asesinada y desaparecida la gente.

Entonces, el perdón no lo tomo de manera cristiana ni católica, sino que debe ser como una significación más filosófica de creer en el otro después de todo lo que hizo. Porque es muy fácil cometer una serie de asesinatos, presentarse a la JEP para que le rebajen la pena y pedir perdón, ya cuando todo ha sucedido, cuando ya el mal está hecho, cuando los seres humanos han sufrido tanto.

A veces eso ni siquiera raya con lo que llamamos el concepto cristiano de perdón, si no como en una especie de oportunismo para obtener beneficios a cambio.

Paz

La paz es algo muy relativo, porque hablar de paz significa que hay unas condiciones económicas, sociales que le ayudan al ser humano a vivir como debe de ser; como ser humano. Pero hablar de paz mientras unos hacen o deshacen, o hablar de paz cuando hay un Estado que no hace respetar los derechos de los ciudadanos... No se puede hablar de paz. Mientras haya miseria, tanta desigualdad social, es imposible hablar de paz.

Reparación

La reparación la hay de dos maneras. La reparación integral, que comprende la económica y la moral. En el caso de nosotras se ha decretado por la Corte Internacional de Derechos Humanos que el Estado colombiano, esté el presidente que sea, nos pidiera perdón.

El Estado debe pedir perdón, pero ¿cuál Estado? Porque a la hora de la verdad, no le tocó decretar esas infamias y, además, va a pedir el perdón porque la Corte Internacional de Derechos Humanos lo ordenó y lo tiene que cumplir. Fuera de eso, no nos van a pedir perdón. Y esta es la hora en la que la reparación económica,

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

la que se hace a través de los tribunales administrativos o de la fiscalía, no se ha realizado.

Llevamos más de 30 años, como en el caso de mi esposo, y eso no se ha visto; la reparación económica. Nos tocó a nosotras las viudas levantar solas a los hijos, resolver la situación y, en el caso mío, por ser militante y dirigente del partido donde estaba mi esposo, me tocó también sufrir consecuencias y secuelas después de viuda y sola con las hijas. Entonces, esa reparación no ha llegado.

La otra reparación que es la moral es la que decretó la Corte Internacional de Derechos Humanos y esta es la hora que el comité nombrado para la constatación de la documentación anda yendo por todas las regiones buscando la gente susceptible a esa reparación moral que, a la hora de la verdad, no es muy grande. Es una cosa que frente al costo de la vida y todo lo que nos ha tocado con las hijas y todo, bueno...

No sé por qué lo llaman moral, «reparación moral». Esta es la hora que no la han entregado. Se colocó la comisión de la constatación legal de la documentación de quienes se pueden acreditar y deben hacerlo, como lo de la unión patriótica, pero está incompleta. Entonces no sé qué hizo la corporación llamada Reiniciar, donde están la mayoría de las víctimas, porque en el caso mío no soy de Reiniciar, sino de una que se llama Derechos con Dignidad, de acá de Medellín. Nosotras nos sublevamos, de cierta forma, porque no estuvimos de acuerdo con la metodología usada en Reiniciar y nos salimos. Después dimos con unos abogados jóvenes muy honestos, la mayoría de la Bolivariana, que, aunque no conocían la Unión Patriótica, ni conocían la historia política, yo les llevé documentación, les hablé, les expliqué, íbamos a foros en las universidades y ellos se conmovieron mucho, porque como eran tan jóvenes no conocían toda la historia del país.

Eso demuestra el vacío que hay de la historia de nuestro país, en las universidades, y como se quitó la cátedra de historia en las universidades, entonces menos. No se reconoce el genocidio tan horrible que hubo contra la Unión Patriótica acá en Colombia.

Alegría

Es algo muy, cómo le dijera yo... qué palabra utilizara... pues, no es algo como normal, propio. Mientras haya gente que sufre... Mire, por ejemplo, en Medellín el problema de los habitantes de calle, eso me tiene aterrada; yo no había visto en mis años acá eso; una ciudad ahogada de gente abandonada por completo.

Yo no veo una metodología dedicada a convencerlos a que se reinserten y acepten un tratamiento, porque siempre se ha dicho que tiene que ser con la voluntad de ellos. Yo no me explico por qué les exigen voluntad, si los que están en la droga, lo primero que perdieron es la voluntad. Yo siempre dije desde que trabajaba en el municipio, hace muchos años, «hay que ponerles es una inyección y llevárselos a una clínica». ¿Cómo van a esperar la voluntad de quienes ya están abandonados de sí mismos?

Entonces, qué alegría puede haber... inclusive, el concepto de la vida se desdibuja. Yo jovencita era existencialista, de grupos existencialistas, y yo casi que pienso que uno vuelve al existencialismo viendo que la sociedad no avanza; avanza tecnológicamente, pero en lo que es la vida humana y social, lo que es con los seres humanos, hay un abandono total, un egoísmo e individualismo muy grande. Es un «sálvense quien pueda».

¿Cómo se va a sentir alegría si hay tanta gente sufriendo? Y no sólo gente, sino también animales. Yo soy de grupos animalistas también, nos da mucho pesar cómo el ser humano piensa que el animal no siente. Eso ahora se está reevaluando.

Sanación

La sanación existe física cuando hay enfermedad y existe la más difícil que es la sanación moral e interna del ser humano. Para uno decir que sana es volver a decir que hay que tener las condiciones económicas resueltas para sentirse sano y sanar sus otras heridas para tener una vida que se compadezca del ser humano. Pero hablar de sanación solo porque se hacen los rituales y esas cosas, eso no es suficiente mientras no haya un Estado que responda a las necesidades del ser humano.

Medellín

Es la ciudad donde yo crecí, que tenía un pasado menos abrumador que el de ahora, donde la gente era trabajadora, los hombres estaban dedicados al trabajo. Había un atraso hace muchos años en la concepción de lo que es la mujer, se ha avanzado en eso, pero se ha retrocedido en las condiciones económicas para que los seres humanos vivan bien; la prueba es que hoy Medellín está llena de habitantes de calle, o sea, la ciudad ha retrocedido en eso.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria



Criselis Parra

Mi nombre es Criselis Parra, soy docente de profesión, actualmente no lo ejerzo aquí en Colombia, casada y tengo tres hijos ya grandes. Vivo con mis tres hijos, mi esposo y mi mamá, aquí en Colombia. Esa soy yo, tengo 42 años y me caracterizo por ser muy alegre, muy amigüera, tranquila y relajada. Actualmente, soy gestora comunitaria en el barrio Carpinelo, ya llevo tres años en el punto focal que tiene ACNUR allá y, básicamente, es eso; ayudar a las personas migrantes, sobre todo.

De los momentos que me han impactado, creo que uno en la vida fue la muerte de mis abuelos, principalmente, de mi abuelo, porque me criaron los dos mientras mi mamá trabajaba en otra ciudad. A ellos les tocó quedarse conmigo, yo soy hija única. Mi abuelo murió de cáncer y me dediqué a cuidarlo, pero fue algo muy rápido. A mi abuela le dio alzheimer, entonces también fue muy duro, creo que fueron los momentos que más han impactado en mi vida.

También, cuando me casé porque pensé que no me iba a casar, porque venía de una relación... pues, soy sobreviviente de violencia de género y yo decía: «no, ya yo no quiero más parejas ni nada», así que cuando conocí al papá de la niña pequeña, sí, ha cambiado mi vida, ya tengo 14 años con él.

En Venezuela —donde es muy difícil obtener un contrato laboral, o sea, entrar en el sistema del Ministerio de Educación— hay personas que duran hasta siete años trabajando de gratis, tratando de que les dejen esa contratación y, tanto mi esposo como yo, la logramos. Pero también cuando tuvimos que renunciar obligados, bajo la figura de «voluntariamente», porque fuimos acosados y perseguidos políticamente por ser funcionarios públicos de la oposición, entonces nos vimos forzados a renunciar. Fue un golpe muy duro: tantos años de estudio y de servicio que perdimos ahí, prácticamente.

Cuando nos tocó migrar; primero migró mi esposo, luego migré yo sola y cuando me vine yo sola me tocó cruzar la trocha. Súper duro. Primero vino él porque él sí es colombiano, entonces él dijo «listo, yo me voy donde mi mamá, hago una basecita y ya después usted se viene». Yo me vine sola, la niña pequeña tenía como cinco años y mi mamá no me dejó traerla porque no sabíamos cómo iba a ser; un cambio de país, de vida. Uno viaja con una sola maleta, se trae ropita y ya. Yo me vine sola, llegué a la frontera y, en ese tiempo, estaban cerrados los containers, o sea, no había paso, estaban cerradas las fronteras y me tocó cruzar por la trocha. Había personas que te hacían, pues, se pusieron de moda los «trocheros»: tú pagabas para que te cruzaran. Siempre cuento que es impactante cuando tú cruzas esa trocha y no solamente el río o lo que te encuentres, sino ver la guerrilla con las armas subidas en árboles, o sea que es impredecible lo que te vaya a pasar ahí.

Sin embargo, pues yo la crucé con el muchacho y sí se le paga a la guerrilla para entrar, pero yo llegué bien hasta el otro lado. Cuando piso Colombia ya sellé mi pasaporte, todo, duré siete meses y fui y busqué a las dos niñas. El varón sí se quedó con mi mamá porque él tiene autismo; se quedó con mi mamá estudiando, terminando el bachillerato y todo eso. Me daba miedo cambiarlo aquí, no conocía cómo se movía el sistema educativo y preferí que se quedara allá.

Y cuando me toca regresar, fue muy duro porque en cada peaje —nosotros le decimos «alcabala»— te baja la guardia. Sí, no te baja la guardia de aquí, es en Venezuela. Tú cruzas esa frontera y te va a parar la Guardia Nacional y te pueden quitar todo lo que llevas. Recuerdo que yo viajé a mediados de octubre, que es mayormente cuando la gente también regresa a Venezuela, visita a la familia y vuelve; navidad y la cosa.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Eso fue yendo a buscar a mis hijas, entonces recuerdo que hubo un muchacho que llevaba la maleta, llevaba el traído que le dicen aquí, nosotros le decimos niño Jesús; ropa de estreno, o sea, para la familia. Gente que venía, que cruzaba desde Ecuador, Perú, Chile, para llegar hasta Venezuela y les quitaron todo, todo. En mi maleta, yo llevaba un pantalón, llevaba el que yo cargaba puesto y llevaba unas cuantas franelitas y dije «bueno, lavo el pantalón varias veces, mientras las busco. Igual voy a durar muy poco, no puedo durar mucho por el riesgo que hay de regresar en mi casa». Yo llevaba comida, porque en ese tiempo la escasez de alimentos era terrible, eso fue en el 2019, y recuerdo que yo decía: «Dios mío, si me quitan la comida, ¿yo qué hago?». Pues, porque se pierde el sacrificio de lo que uno hace, ¿cierto?

Y me tocó con una guarda... porque en cada peaje te paran y, por ejemplo, si uno no quiere que bajen las maletas, lo que hay que hacer es que cada uno tiene que sacar, en ese entonces, 2.000 o 3.000 pesos y eso se convertía pues allá. Pero era por persona, entonces un bus que lleva más de 30 personas, imagínate, en cada peaje era lo mismo para que no nos bajarán. Pero ya en la última, para llegar a Barquisimeto, porque yo soy del Estado Lara, ahí sí nos bajaron a todos y ahí sí todo el mundo lloró con lo que le quitaron.

Yo recuerdo que a mí no me sacaron nada de la maleta, a mí me tocó una guardia femenina y no me sacó absolutamente nada, o sea, ella me miró y yo le dije «tengo tres niños allá en Barquisimeto esperando». Bueno, recuerdo eso y me dan ganas de llorar, porque uno vive tantas cosas: cruzar a Venezuela y ya no encontrar nada, lo que había hace años, ver a la gente cómo lloraba de la impotencia. Por ejemplo, ese muchacho que llevaba era un regalo para una niña de cinco años y él decía que no llevaba plata; era lo único que le llevaba a su familia después de años de estar fuera del país. Creo que esa situación la vivimos muchos.

Ya después estuve en Venezuela 15 días y me regresé. De regreso es igual, los peajes hasta cinco días. Son muchos, no te imaginas, o sea, si el viaje dura ocho horas se te convierte en 16 porque te paran las veces que les dé la gana. Entonces, de regreso recuerdo que yo les dije a las niñas: «Vamos a cruzar, tienen que prepararse si nos toca correr». Una tenía seis años, iba a cumplir siete, la otra tenía 14 y el niño tenía 16, acababa de cumplir 16, pero él no iba.

Entonces, yo les dije «tienen que prepararse porque no hay paso, no sé si nos toca cruzar la trocha. Yo sé que es un riesgo porque tu pasaporte para cruzar una frontera es el sexo, cierto, y no el sexo consensuado. íbamos a riesgo. Yo decía: «Si hay alguien que nos cruce por el puente, yo pago». Porque, de hecho, si ibas a cruzar por el puente... Gracias a Dios no me tocó porque yo pasé con un trochero, pero sí hay gente que... Ellos son los que hacen el negocio del dinero. Entonces, bueno, les dije que, si lográbamos pasar por el puente, igual tenía que pagar, pero yo ya iba corta de dinero. También les dije que al pasar por el puente había que pasar rapidísimo.

Recuerdo que conseguimos un trochero.

—Venga, yo soy colombiano, yo la cruzo —me dijo él—. Deme 50 mil pesos.

—¿Qué? —le dije yo—. Eso es lo único que yo cargo. ¿Entonces yo qué le doy a las niñas de comida? Yo voy hasta Medellín.

—Bueno, hagamos una cosa; deme 20 mil —me negoció.

—Listo.

—Usted cruza con las niñas y yo me quedo con las maletas.

Entonces, yo recuerdo que cuando veníamos hasta Cúcuta nos pararon, obviamente, en los peajes y yo le había dicho a la niña que pusiéramos sobre la ropa todas las toallas higiénicas. Así, en una de esas, cuando un guarda abrió la maleta, se salieron todas y él de una vez ordenó que cerraran. Eso lo hicimos porque ella llevaba un computador y se sabía que nos lo quitarían. Y hay peajes donde seleccionan las maletas, no todas, sino que dicen «bájeme aquella»; las que a ellos les parezca.

Bueno, recuerdo que ya en Cúcuta, cuando el muchacho dijo lo de las maletas, mi hija preocupada porque nos robaran la maleta porque muchas personas han perdido todo; papeles, maletas completas. Y recuerdo que yo crucé por el puente, pues había que hacerse una fila porque los containers estaban, pero crucé el puente con ellas rapidísimo, y él se quedó con los guardias que le estaban revisando la maleta. Cuando los guardias se dan cuenta de que la maleta es pura ropa de niñas, pues ellos notaron que yo había cruzado con las niñas. Empezaron los guardias «párenla, párenla, ¿qué llevan ahí?» y nosotras corriendo. Cuando llegamos al puente, yo dije: «Ay, Dios mío, ya estamos aquí adentro de Colombia».



CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

A él sí lo retuvieron allá un rato, pero ya qué iban a hacer; no iban a hacer nada. Y él después llegó con las maletas. Él pasó con las maletas porque como él era colombiano no le podían quitar las maletas. En ese tiempo no se podía sacar... O sea, si tú pasabas sin maletas, pensaban que ibas a comprar a Cúcuta o una cita médica, ¿cierto? Pero cuando tú cruzabas con maletas sabían que te ibas del país y no podías; estaba prohibido sacar a los niños del país. Habían hecho como una ley que decía que los niños le pertenecían al Estado, eso fue un desastre en ese tiempo. Sí, esas fueron las épocas más duras. Entonces, para tú poder cruzar a un niño eran más de 50 dólares que tenías que pagar, 100 o 120 dólares, ese era el precio para tú cruzar a un niño. O sea, por los guardias, no por el Estado, no por una ley, no, era por los guardias.

Ya estando aquí en Medellín, cuando yo las crucé a ellas, no sellé mi pasaporte porque me dio miedo sellarlo. La niña grande no es de mi esposo, sino solamente la pequeña, entonces, tal vez a él lo llamarían y le dirían que estaba en migración. Me iban a reclamar porque no tenía un permiso de viaje. No sellé mi pasaporte, ni el de ninguna, y nos fuimos a Medellín. Ya estando aquí, recuerdo que ni EPS, no teníamos nada. La pequeña sí, pues, porque su papá es colombiano, pero la grande y yo no.

Llegamos en noviembre y ya empezamos en otro momento difícil, que fue muy duro, yo digo que la migración, emigrar así de un estado a otro, te cambia la vida por completo. Ya estando aquí, en el 2020, empiezan ellas las clases, casi en febrero, porque la grande no tenía apostillados los documentos de estudios. Sin embargo, el coordinador era muy amigo de mi esposo y le dieron un cupo, pero entró la pandemia. Y bueno, la pequeña estaba feliz porque estaba con nosotros, pero a la grande sí la afectó porque ella siempre fue el apoyo del varón por el autismo y a ella le costó separarse de él, pues, yo me la traje, llegué hoy y en 15 días ya a otro país. O sea, no hubo una preparación de nada.

Ella entró en depresión, una depresión muy dura y ella se colgó. Y en eso que se colgó, nosotros no supimos qué hacer. Gracias a Dios no pasó nada, pero sí estaba toda moradita ya. No nos dieron ningún tipo de... No activaron ninguna ruta porque no teníamos un permiso, una regularidad dentro del país. Sí, aquí las barreras son inmensas. Así tú tengas un PPT (Permiso por Protección Temporal), hoy día, las barreras siguen siendo grandes, hay unos vacíos. No nos aplicaban nada porque no teníamos una documentación regular aquí en el país. Creo que ese ha sido uno de los más duros que yo he tenido. Y ya bueno, de las manos de Dios porque si no hay atención psiquiátrica ni psicológica...

Hasta que comenzó el 2021, que fue cuando yo ya comencé el trabajo comunitario a través de una amiga que me preguntó si me gustaría ser voluntaria. Yo le dije que sí porque estaba sin hacer nada y realmente yo sentía que me iba a volver loca. Empecé a trabajar con ella en el punto focal de ACNUR. Fui capacitándome y todo hasta el sol de hoy. Hoy día trabajo con la Corporación Colectiva Justicia Mujer. Soy la promotora comunitaria del proyecto «Derechos sin Fronteras».

Pero sí, migrar no es fácil. Ya mi hijo y mi mamá están aquí conmigo. Ya en el 2022 fue que ellos lograron viajar para acá y ahora estamos completos porque yo no tengo hermanos. Yo digo que ahorita no me afecta, así como a otras personas que tienen sus familias súper regadas en otros países, o los papás siguen en Venezuela. Considero que nos ha ido muy bien en comparación a otras familias que les ha tocado más duro...

No sabía que venía a llorar aquí. En realidad... Y tal vez se me escapan muchas cosas porque yo a veces digo: «ay, yo no recordaba que pasamos por esto».

Sobre la resiliencia, siempre hablo de eso. Siempre digo que nosotras las mujeres, indiferentemente, de los procesos que vivimos, somos mujeres resilientes día a día. Yo creo que es una de las palabras que uso para todo porque para mí la resiliencia es eso; tener la capacidad de poder vivir la circunstancia y la situación, pero no quedarme ahí, sino ajá, ¿y qué hago?

Como dicen mis amigas «tú siempre le ves el lado positivo a algo. Siempre, así sea muy malo». Y yo pienso que, si me quedo en lo negativo, de ahí no voy a salir. Entonces, todo hay que verlo como ajá, bueno, entonces, ¿qué me trajo esto?, ¿qué hago? Estoy aprendiendo. Y esa es la idea de para tú ser resiliente; afrontar y seguir adelante.

¿Cómo se separa la Criselis pública de la privada? Creo que soy la misma. Sí, de hecho, de las personas que yo atiendo, ha quedado una amistad. Las personas me dicen que menos mal que estoy en este barrio, no sé qué, o sea, hasta de la presidenta de la Junta de Acción Comunal. A veces me da pena porque me dicen: «yo no sé qué hubiese sido el barrio si tú no estuvieses aquí» Yo les digo que no me digan eso, pudo haber sido otra. «No, pero eres tú».

Sí veo el contraste de que en Venezuela jamás, siempre me ha gustado el trabajo social, pero jamás me imaginé ser eso. O sea, yo digo, y de hecho creo que lo decía ayer, que jamás pensé que aquí en Medellín iba a hacer tantas cosas. Nunca me lo imaginé. Eso hace la resiliencia, ¿cierto? Allá era docente, sí, trabajaba en pro de los estudiantes, porque trabajé varios grados, mi carrera es para trabajar todos los grados. Trabajé con adolescentes y sí, ayudas al adolescente, guías, enseñas a los pequeñitos, pero este trabajo es totalmente distinto. Te cambia la percepción de la vida, de valorar, de agradecer, porque hay casos, días, que yo quisiera tener una varita mágica, escapar... Entonces, sí, es un trabajo muy duro ser gestor comunitario, muy duro.

Me ha tocado llorar por casos y situaciones que no son más. Yo digo: «Señor, ¿por qué me pusiste en Colombia aquí a hacer esto?». Es una de las preguntas que le hago. Yo a veces también tengo mis problemas, mis luchas y hay días que digo: «ay mía, quiero regresar a mi casa, pero ya estoy aquí, y Fulanito me necesita, y el otro». Es eso también.

Mira, yo digo que uno aprende, ¿cierto? Porque yo le digo a varias de mis compañeras que no se lo tomen a pecho y que aprendan a soltar eso. Yo al principio, sí, tenemos que ayudar, no sé qué, y con algún caso una no sabe qué hacer. Pero llega un punto en que la misma experiencia te hace pensar que

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

también tienes que cuidar tu salud mental, tu espacio, tu familia... Yo le he dicho a las personas que hay casos que nos afectan, que nos duelen, nos mueven, y más si son venezolanos; somos hermanos. Uno enruta, uno guía, acompaña, pero sí hay cosas que no están en mis manos, yo debo soltarlas porque ya no dependen de mí. Entonces, sí he aprendido a eso, solo que me han tocado unos casos que, Dios mío, chico, más bien no he vivido nada.

Bueno, también he atendido casos colombianos. Sí. Uno lucha aquí por los derechos humanos, los derechos del venezolano que hay y del migrante, en general, porque tengo casos peruanos, ecuatorianos. Pero si uno lo piensa, Dios mío, si al colombiano que es de aquí le cuesta tanto un sistema de salud, le cuesta una cita, o sea, nosotros tenemos la lucha más bien compleja. Sí. A veces la gente dice que el colombiano no hace nada y yo les contesto que si no han trabajado en este puesto en el que uno está que no diga eso. El simple hecho de que en el Congreso haya ya personas venezolanas luchándose las leyes, eso es un avance. Que no se vea, se ven migajitas, pero es mucho. Antes no había una voz.

En relación con mi infancia: Yo voy a decir que fue feliz porque sí. Crecí sin mi papá, lo conocí y todo, pero viví con mis abuelos y en la casa de mis abuelos a todos los muchachos los traían. Todos mis tíos, todos, estábamos ahí juntos, nos criamos juntos, como hermanos. Y hoy día todos estamos en países diferentes. Feliz porque, esa frase que uno dice «éramos felices y no lo sabíamos».

Pero fui una niña que vivió hospitalizada siempre, siempre, porque he sufrido de asma crónica desde que tenía un año. Entonces, mientras mis primos eran felices en Navidad jugando, yo estaba hospitalizada. Mientras en el colegio hacían fiestas, hacían salidas de paseo, yo estaba hospitalizada.

Sí, mi mamá a veces empieza a decirme que es que está lloviendo, no sé qué, y vas a salir así. Yo le digo a mamá que esto es Medellín, aquí llueve siempre, siempre hay frío, aquí hay que salir así, sí, pero yo trato de olvidarme de eso. Yo intento estar tranquila, he tratado, ahorita más adulta, de vivir sin eso... Pero mis primos jugaban, corrían y yo no podía correr, porque era el asma de sacarme en una ambulancia. Era porque a mí el asma me da al punto de un paro respiratorio, entonces fue muy difícil en ese aspecto. Aun así, en el resto súper. Las personas quieren crecer rápido, ya quieren tener 18 o 22, pero eso se le a uno muy rápido. Yo digo que la infancia es lo más hermoso que uno tiene y, para mí, Criselis, la familia es lo más importante. Creo que debería ser el pilar de todas las personas en el mundo, porque ahí está la base.

Glosario

Memoria

Creo que es poder llevarse todo lo que uno ha vivido, pero como que para recordar y recordar es rememorar también. No solamente lo malo, también lo bueno. Entonces la memoria es lo que queda, es lo que dice de cada uno de nosotros.

Perdón

Aprendí el perdón, pues, soy cristiana-evangélica. Aprendí el perdón cuando conocí a Cristo, porque recuerdo que, en un encuentro, eso es como un retiro, no sabía que tenía heridas guardadas. Y que uno a veces dice que ya superó eso. Mentira, cuando Dios te toca, te das cuenta y te recuerda las cosas.

Hoy día pido perdón muy fácil, pero antes era el orgullo: «no, ¿y por qué?». Pero en Cristo te das cuenta de que así no hayas sido tú el de la falta, debes perdonar a la persona. Así no haya sido yo. Mis hijos me dicen: «Ma, tú no eras así. ¿Qué pasó con la Criselis?». Y yo considero que soy mejor ahorita. Lo que no vine de mí, entonces no me afecta.

Yo perdono, antes guardaba rencor, creo que por el hecho de uno a veces sufrir por no tener un papá. Porque eso, a pesar de que la gente diga que no, que eso no hace falta, yo creo que sí hace falta, creo que uno guarda ese rencor y lo quiere sacar con todo el mundo. Pero ya cuando tú perdonas a las personas, creo que uno es más feliz y tiene más paz.

Paz

Voy a mencionar una amiga, se llama Gerlinda, profesora de donde trabajé en la escuela Francisco José Rojas, el liceo allá en Venezuela, en Barquisimeto.

— Yo nunca había conocido a alguien como tú —Gerlinda me decía.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Porque tú te puedes meter por caminos tan peligrosos aquí y me llevas contigo y tú eres como —me dice hasta el sol de hoy— la película de Alicia en el País de la Maravillas. Tú eres como Alicia en el País de la Maravillas: «Ay, están lindas las flores», «qué lindo esto». Están los malandros y tú ni pendiente.

—Mija, uno tiene que atraer lo bueno —siempre le contesto—. Yo no me puedo poner a pensar que me van a robar aquellos que están allá. No, eso me va a pasar si yo pienso así.

—Pero es que tú... Te dice uno «Cris, es tarde» y tú tranquila.

—Es que para todo hay tiempo.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Yo creo que soy una persona con una paz súper inmensa. Soy muy tranquila, a menos de que mis hijos no obedezcan. Pero no, soy una persona sumamente pasiva. Yo considero que la paz no tiene precio. Si algo no te hace feliz y no tienes paz, no viene de parte de Dios porque todas las cosas que vengan de parte de Dios no añaden tristeza. Entonces, a mi amiga siempre la recuerdo, incluso, las amigas que he hecho aquí, tanto colombianas como venezolanas, se ríen y me dicen que soy muy tranquila. «Cris vive en paz con todo el mundo» y hay personas que les estresa eso, que yo sea así tan tranquila, pero ya, esa soy yo.

Reparación

Es como poder darle valor a lo que no tenía o a lo que se le quitó el valor. Eso es una reparación.

Alegría

Ay, sí, me identifico. Yo soy pura risa todo el día.

Así esté muy triste, esté llorando, lo que esté pasando en una situación difícil, yo soy pura risa. Es algo que me caracteriza, aunque yo pertenezco a Red Vida, que es una red de la OIM, una red de líderes, tanto colombianos como venezolanos. Y todo el mundo dice «ay, que Cris es alegría, Cris es alegría».

Pero todo el mundo me dice Tristeza porque antes tenía unas gafas redonditas y con la camisa de Red Vida, que es azul cielo, me parecía al personaje de Tristeza de la película. A mí todo el mundo me dice Tristeza, hasta tengo un lapicero que me han hecho que dice Tristeza, pero yo no soy triste, soy una persona demasiado sonriente.

Sanación

Creo que es una palabra muy linda, que abarca muchas cosas y que todos deberíamos de sanar, todos indiferentemente. Creo que la sanación permite que la persona avance a muchas cosas. Si usted no sana su alma y su mente, no, vive enferma siempre.

Medellín

Ay, Medellín es mi casa. Mucha gente me dice «usted es más paisa que nadie» y yo «ay, no, ¿ahora qué me falta?».

Medellín para mí es una ciudad súper hermosa. Mi esposo me echa broma, es como que se juega conmigo, porque yo sé ya cómo irme y a dónde sola. Y Medellín para mí ha sido, pues, hasta el sol de hoy, nunca me hayan discriminado por ser venezolana. He escuchado comentarios negativos de los venezolanos, no hacia mi persona, pero que yo diga a Criselis un paisa la trató mal, no. En el sistema de salud creo que nos tratan mal a todos, claro.

De resto, para mí, Medellín ha sido mi casa, amo mi comuna, mi barrio. Mucha gente me dice «¿por qué no te bajas de allá? Eso está arriba, eso está feo». Yo vivo allá en Carpinelo, Santo Domingo, pero arriba, la loma. Y yo amo mi frío, creo que no sé qué haría sin el frío de allá, de aquí de Medellín. A veces pienso que en donde yo me regresara a Venezuela, creo que me costaría trabajo porque donde

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

yo vivo no es así frío, pues, de donde yo soy.

Yo amo a Medellín, ha sido ese refugio, en medio de todas estas situaciones y de estas circunstancias.

Un punto importante es que mucha gente dice que los venezolanos están como desesperanzados y sin sueños porque no les importa irse a otro país o regresar a Venezuela sin nada. Y yo les digo que como pasamos ese proceso de ir a un lugar con muchas cosas... Yo no diría que sin sueños, porque cuando tú no migras, sino que te emigran porque te obligan a migrar, tú no vas con sueños, ni metas. Vas con miedo, incertidumbre, temor, eso. Yo creo, por eso, que como venezolanos, ya estamos como «ya, bueno, no, listo, me voy a otro lugar con mi maletica y ya, empiezo en otro lugar». No es desesperanzado, es que ya no hay miedo a eso. Creo que es algo que nos identifica a los venezolanos hoy día.



CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria



Cristina Moreno Mosquera

Yo soy Ana Cristina Moreno Mosquera, soy una mujer negra que llegó a esta ciudad hace 32 años, siendo una niña, y le gustó tanto que se quedó. Ana Cristina es una mujer resiliente que le ha tocado vivir muchas cosas en esta ciudad. De hecho, la violencia, la conocí aquí en la ciudad de Medellín, me ha tocado difícil, pero no ha sido imposible salir adelante.

Soy mamá de tres hermosos hijos, súper orgullosa de lo que soy, de ser negra, de llevar mis raíces a donde voy. También me siento orgullosa de vivir en esta ciudad que me ha dado tanto. Tengo mucho que agradecerle a esta ciudad y siento que yo, con mi trabajo, también he aportado a que esta ciudad crezca, a que se generen espacios de resiliencia para las mujeres que nos ha tocado vivir tantas cosas difíciles. Esa es Ana Cristina.

Bueno, mi infancia fue... la recuerdo como lo más bello que me ha pasado. Viví una infancia tranquila. A pesar de ser una niña a la que mi mamá biológica regaló a los siete años, la mamá que me acogió, me acogió como hija, a la persona que me crió, lo que soy hoy en día, se lo debo a ella. Me enseñó el valor.

¿Por qué me regaló mi mamá biológica? No sé, nunca me dijo. Ella falleció hace un año. Este mes de octubre cumplió un año de fallecida y nunca me dijo por qué. Pues, yo soy del pensamiento de que uno no debe cuestionar las acciones de los padres, respetarlos, como dice la Biblia, honrarlos sin importar ellos qué hayan hecho. Entonces, la mujer que me crió me enseñó lo que soy hoy. Todo se lo debo a ella.

Fue una infancia bonita, a pesar de esa dificultad. Fui criada en Istmina, Chocó. Nacida en Condoto, pero criada en Istmina, Chocó. Me tocó esa época donde, después de salir del colegio, jugábamos en la calle y jugábamos hasta altas horas de la noche, sobre todo, los viernes porque el sábado no había que madrugar al colegio. Y después de jugar, hasta nos íbamos a nadar al río San Juan a esas horas. No corríamos peligro. La vida era tranquila, tú podías dejar tu puerta abierta, ir al mercado a comprar y regresar y todo estaba en su lugar. Nosotros tenemos una costumbre de usar cosas de oro, tú podías ponerte lo que quisieras y nadie te quitaba nada porque todo el mundo tenía lo mismo. Fue una época muy bonita.

Migré a la ciudad de Medellín, tendría por ahí unos 13 o 14 años. Me vine con una hermana que trabajaba aquí. Empecé, seguí estudiando, y empecé a trabajar porque me vine supuestamente buscando una mejor calidad de vida, ¿cierto? Buscando como estudiar y todo eso. Fue Medellín porque ya vivía mi hermana aquí. Entonces, ella fue la que me trajo.

Empecé a trabajar siendo muy joven. Tenía por ahí unos 17 o 16 años. Siempre me ha gustado el trabajo con los niños y empecé a cuidar niños. Seguí estudiando y trabajando. Me independicé y me fui a vivir sola siendo muy joven. Tenía por ahí... no tenía los 18 años todavía. Me independicé, siempre me ha gustado ser muy independiente. Nunca me ha gustado ser recostada. Entonces, ahí ya me enamoré, tuve mis hijos.

Conseguir trabajo fue muy difícil porque como era menor de edad, de hecho, mi cédula tiene más edad de la que realmente tengo porque en ese tiempo uno tenía que ser mayor de edad o tener un permiso de los padres para trabajar. Conseguí trabajo, como te digo, cuidando niños y ese fue, de ahí en adelante, ese fue mi trabajo. Seguí estudiando, terminé el bachillerato, hice una técnica en atención a la primera infancia y empecé a trabajar en jardines infantiles.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Vivía en Caicedo, muy cerca de La Sierra, en Villa Lilian, Caicedo-Villa Lilian. Allí en el 96 o 97, más o menos, era una violencia muy fuerte. Allí no se subía sino en colectivo. Los buses no subían hasta allá. Los buses más o menos subían como hasta La Toma, más adelantito, y de los colectivos bajaban a los jóvenes y los desaparecían o los, pues, los mataban.

Yo recuerdo mucho... yo estaba embarazada de mi primer hijo y se subieron unos chicos y mataron a un muchacho dentro del colectivo. A mí me cayó sangre. Eso fue una cosa horrible. De ahí en adelante era muy difícil para mí subirme en los colectivos. De hecho, yo no me hacía en la parte de atrás, sino que, si había puesto adelante, me iba adelante porque me daba miedo.

Hubo un tiempo en que no se podía subir por acá, por la vía principal para subir a La Sierra. Era tanta la violencia que los colectivos se tenían que meter por la vía a Santa Elena y salir por la parte de arriba a La Sierra. Por acá no los dejaban pasar o le daba miedo al conductor meterse porque bajaban a la gente y la mataban. Los combos se enfrentaban los de acá del 8 de marzo con los de Caicedo, La Sierra, Villa Lilian.

Todo eso era horrible.

El papá de mis hijos en ese tiempo era policía. Bueno, pasó el tiempo. Yo otra vez estaba embarazada de una niña que tengo y yo iba para mi trabajo. Yo vivía como en una especie de escala, había que subir y se veían de allá las carreteras. Yo salí de mi casa, fui a cerrar la puerta para bajar y miré hacia abajo cuando veo que estaban asesinando a un señor: Dos muchachos le dieron dos balazos y lo tiraron así por un barranco. Pero yo me quedé estática ahí mirándolos. Cuando ellos me miraron yo reaccioné y la reacción mía fue entrar otra vez para mi casa, pero ellos me hicieron como la seña de que ya me habían pillado. Yo no volví a salir en todo el día. Ya había llevado a mi hijo donde lo cuidaban y yo ahí me quedé encerrada.

En ese tiempo uno se comunicaba por bíper, pues los pobres no teníamos celular. Entonces yo le comuniqué al papá de mis hijos. Él trabajaba en la estación de Itagüí y él casi no iba a la casa por la violencia. Vivíamos juntos, pero él se quedaba en la estación porque para ir y volver todos los días por la violencia era peligroso, él solo iba tres veces a la semana o cada ocho días. Entonces, yo recuerdo que yo no fui a trabajar. Él me dijo que me quedara en la casa, que no saliera y que iba pedir permiso.

Yo salí a buscar al niño. Volví y me entré y eso, como a las ocho de la noche tocaron la puerta. Y yo no contestaba. De tanto tocar me dijeron «abra que sabemos que está ahí». Yo era muerta del miedo, pero aun así abrí la puerta. Decidí abrir la puerta porque pensé que si no la abría iba a ser peor.

Me amenazaron. Me dijeron que sabían que los había visto «haciendo la vuelta» y que ya sabían que mi marido era un «tombo sapo, hijo de tantas». Nos daban hasta las siete de la mañana para irnos o nos ateníamos a las consecuencias. Que la palabra del jefe: «el patrón Don Berna dijo que, o se iban, tienen hasta las siete de la mañana para irse, o ya saben qué les pasa». Entonces, yo volví, yo me entré, muerta del susto.

Le mandé otro mensaje a mi esposo de que nos habían dado hasta las siete. Él me dijo que arreglara un bolso con ropa, que antes de las siete de la mañana estaba ahí con una jaula de esas de la policía. Yo no dormí en toda la noche. Toda la noche despierta. A las seis y media llegó él y lo que pudimos, lo metimos. Y me fui, me fui. Estuve como tres días con las cosas por ahí donde una amiga.

Por ese motivo soy desplazada. Yo soy de desplazamiento intraurbano.

De ahí me fui a vivir a una casa de una amiga en La Milagrosa. Empecé de lugar en lugar porque no tenía un sitio fijo. Me quedé sin empleo porque yo, por todo eso, duré una semana sin ir, entonces, me despidieron. Yo puse un derecho de petición porque pues estaba embarazada y eso siempre se demoró para que me reintegraran otra vez a mi trabajo. El caso es que ya después conseguimos una casa donde pagar arriendo por ahí en La Milagrosa.

En La Milagrosa viví hasta el 2004. De La Milagrosa me pasé a vivir a Robledo. En Robledo empecé el trabajo social de liderazgo. Empecé con Juntas de Acción Comunal. Ahí me fui metiendo a todo lo de Presupuesto Participativo. Esa inquietud salió porque empecé a ver que en el barrio se necesitaban ciertas cosas. Por ejemplo, que la Junta de Acción Comunal hiciera ciertas cosas.

Tengo una amiga que ella era la presidenta de la Junta de Acción Comunal. Y me dijo que, si quería, que me metía y, bueno, entré como tesorera de la Junta de Acción Comunal. Empezamos a trabajar. Eso hacíamos bazares, hacíamos muchas cosas. Hacíamos intercambios. De ahí empecé con lo de Presupuesto Participativo por educación, luego me metí por infraestructura y así.

Hasta que en el 2010 creamos una organización de mujeres víctimas. Ahí empecé el trabajo con víctimas. Se llama «Flor de Yiré», aún existe, hago parte de ella y por ella estoy en la Mesa de Víctimas. Flor de Yiré se creó por una necesidad de las mujeres víctimas de desplazamiento, campesinas que querían cultivar, seguir con esa conexión con la tierra y sanar muchas cosas. Por esa necesidad del alimento, a falta del alimento, empezaron la Unidad de Víctimas, la Territorial de Antioquia y la Alcaldía de Medellín a apoyarnos. En el momento somos 12 familias —porque no somos personas solamente— somos familias. Entonces, somos 12 familias que estamos trabajando.

Recuerdo mucho a una funcionaria: Nancy. Ella nos habló de lo que era la Mesa de Víctimas. Entre todas las mujeres decidieron que yo las iba a representar en la Mesa de Víctimas. Yo soy también emprendedora. A raíz de todo este trabajo renuncié a mi empleo y empecé a trabajar independiente. Yo tengo un emprendimiento de helados. A través de eso también empecé a hablarle a las mujeres de los emprendimientos, de cómo ser emprendedora y ser independiente, porque muchas dependían del esposo y muchas tienen esposos maltratadores. Entonces ahí empecé a meterles ese chisme. Bueno, para sanar a través de la tierra, del cultivo, lo que se recoja se parte y se consume en los hogares. Pero también necesitamos generar ingresos, ¿cierto? Así que ahí algunas tienen emprendimientos y han sido fortalecidas por la alcaldía.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Salió una convocatoria a nivel nacional de Colombia: «Emprende». Nos inscribimos dos de la organización. Se supone que nos iban a dar a todos unos incentivos para fortalecer los negocios, pero al final terminó siendo un concurso. Pero fue muy bonito porque gracias a eso yo empecé a estudiar, me gusta mucho. Estudié Hotelería y Turismo en CESDE y con la Universidad de Pamplona hice unos diplomados de comercialización, hice tres diplomados. Mi proyecto lo plasmé, hice un proyecto, le hice cambios, le hice todo. Le ayudé a la compañera y las dos ganamos. El incentivo eran ocho millones de pesos para el emprendimiento y las dos ganamos —Gracias a Dios—, mi emprendimiento aún depende económicamente de él. Aunque ahora estoy trabajando también con una fundación, mi emprendimiento me ha dado para sobrevivir, para ayudar a mis hijos, para sacarlos adelante. Lo tengo hace diez años. En pandemia fue muy difícil porque lo cerré totalmente, porque no me dejaban trabajar. Entonces nos íbamos con los compañeros de la Mesa de Víctimas, creamos un banco de alimentos y nos



íbamos a recoger alimentos y a entregarles mercados a la gente. Fue difícil, pero mi emprendimiento aún sigue en pie. Me recuperé de eso.

Aún sigo en la Mesa Distrital de Víctimas de Medellín, ahí coordino el Comité Étnico. Me gusta mucho trabajar todo este tema de las comunidades étnicas porque creo que es una de las maneras de superar tantas cosas. No solo lo de la violencia, sino cosas que traemos desde atrás. Entonces, ahí sigo en pie.

Hace un año empecé a trabajar con una ONG. Empecé a trabajar con la «Fundación Dios es Fiel en el Amor» y la «Fundación Leirion». Con ellos trabajamos la ley «Nesara & Gesara» y tenemos unos proyectos muy bonitos sociales y empresariales, más que todo sociales. Tenemos un proyecto de vivienda muy bonito que va a beneficiar a la comunidad para 2.200 familias en Medellín. Tenemos un proyecto que es para habitantes de calle. Otro que es para mascotas. Hay unos proyectos muy bonitos. Y ahí estamos trabajando en las dos cosas.

Yo me considero lideresa en el momento en que empiezo a trabajar por la comunidad. No solamente trabajo por los que están en mi organización, sino por todos los que están a mi alrededor y por todas las víctimas del país. Nosotros le hacemos seguimiento a la Ley 1448. Nosotros le hacemos veeduría de cómo se atiende a la población víctima en la ciudad de Medellín. Nosotros le hacemos sugerencias al Gobierno. Nosotros le hicimos aportes a la ley ahora que se le hizo la modificación, y se tuvieron en cuenta nuestros aportes.

Me considero lideresa en el momento en que en Medellín muchas familias a las que les entregaron viviendas las estaban perdiendo y, a partir del trabajo que nosotros estamos haciendo, se les salvan esas viviendas porque no tenían capacidad de pagárselas al banco. Me considero lideresa en el momento en que yo soy capaz de ayudar a un vecino a salvarle la vida a su hijo o a cuidar a sus hijos. Que no es solamente cuidar los míos, sino cuidar los nuestros, los de todos. Me considero también lideresa en el momento en que soy capaz de luchar por esos derechos de las mujeres. Por eso me considero lideresa.

Una de las cosas más difíciles ha sido, a veces, es tener que dejar a mis hijos a un lado por ir a luchar por otras personas. Eso ha sido muy difícil porque a veces los hijos le reclaman a uno el tiempo. A veces uno mismo se olvida, me olvido de mí para luchar por otros. Yo ahora mismo tengo unas condiciones de salud y, ¿le digo la verdad?, a mí se me olvida. A mí se me olvida pedir una cita médica, a mí se me olvida que tengo algo pendiente de mi salud. Tengo en la mente esta lucha. En esta lucha, a veces, uno se siente cansado porque uno quisiera que avanzara más rápido, que se notaran más los cambios o que se notara más lo que uno hace. Pero, infortunadamente, por las mismas leyes, los gobiernos no se notan tanto.

A veces, el líder queda como opacado y como el malo. Yo soy una persona bastante sensible y me afecta —o me afectaba— mucho el que la gente fuera ingrata. Pero mi jefe, que es una mayora, me ha enseñado, de esa señora he aprendido muchas cosas. Me ha enseñado que no debo dejarme afectar porque eso afecta también mi salud y que, cada que a mí me tiren una piedra, yo la debo

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

hacer a un lado y seguir luchando por lo mismo. O sea, esa convicción de lo que yo quiero hacer por la gente.

Yo siempre soy la misma, en cualquier espacio, en cualquier lado. Yo soy una persona que no me pongo caretas: la misma cara siempre, la misma persona. Entonces no es muy difícil el contraste entre lo personal y lo público porque con mis hijos soy amorosa, también soy firme, y trato de sacar tiempo para estar con ellos. Me gusta mucho leer. Leer me gusta mucho y me gusta mucho pasear. Entonces, trato de equilibrar un poquito el tiempo con ellos, aunque ya se me crecieron. Ahora tengo una de nueve años que me reclama más tiempo porque dice «usted siempre se va para esas reuniones y yo qué». Yo anoche hablaba con ella mientras hacíamos tareas porque tengo que llegar en la noche a hacer tareas con ella; en el día no me da tiempo. Hablamos de que como ella patina y tiene una competencia de patinaje el ocho, entonces a esta sí voy a ir.

Es que hace por ahí un mes que le tocaba una competencia de patinaje, yo no pude estar porque tenía un congreso de mujeres negras en Bogotá y una cumbre. Desde hace ya tiempo, yo le dije que no podía estar porque para los aportes de esa construcción de la política pública, de la población negra y todo lo demás, necesitábamos que todas las mujeres estuvieran ahí aportando. Y ella me decía «ay, mami, pero ¿y la competencia?» y yo le dije que fuera con sus hermanos y que yo iba a estar pendiente. Y sabía que iba a ganar, a traerse esas medallas. Y me fui y sí, la niña sí ganó, bueno, no la de oro, pero ganó dos de plata y una de bronce. Y apenas terminó la competencia, ella me hizo videollamadas. Le dije «bueno, a veces, no hace falta que yo esté ahí porque yo estoy contigo de corazón, acompañándote». Entonces es eso, es que a veces hay cosas que se cruzan y uno no puede estar en todo, pero uno tiene que tratar de como de equilibrar. Así que ahora el ocho sí voy a estar ahí en primera fila.

En el ámbito de lideresa, como te digo, soy la misma; amorosa, buena compañera, dispuesta a trabajar en equipo, a trabajar por sacar todo adelante. Hace como un año, dos años, estuvimos en Anorí en un intercambio de la Mesa Distrital y de la Mesa Valle de Aburrá, fuimos pocos y me marcó mucho conocer. Antes a nosotros nos decían que había que trabajar por la paz y que había que hacerlo de la mano con los firmantes, ¿cierto? Pero nunca nos permitían estar juntos en el mismo espacio. Entonces nosotros siempre nos preguntábamos cómo íbamos a reconciliarnos si cada uno está por su lado. La reconciliación se trabaja de la mano, juntos. Y fue duro ese momento. Fuimos a uno de esos eventos donde van los firmantes que tienen emprendimiento y al principio fue duro estar con ellos, compartir con ellos, comer con ellos en la misma mesa. Pero fue bonito, porque eso le hace entender a uno que somos seres humanos, nos equivocamos, pero el único que puede juzgar es Dios. Que estamos vivos y tenemos tiempo de cambiar la historia, de revertir todo el mal que se hizo por el bien y trabajar juntos por la paz que tanto anhelamos en Colombia, por esa paz que queremos dejarle a nuestros hijos y a nuestros nietos; un país tranquilo, en paz, como en una época nos tocó a nosotros en nuestra niñez. Eso me marcó bastante, pero me inyectó más energía y más ganas de seguir en esta lucha.

He tenido momentos, sobre todo este año, he tenido momentos... porque como en todos lados, hay compañeros buenos y compañeros que no son tan buenos y he sentido como esa persecución de los mismos compañeros. A veces he tenido

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

muchas ganas de tirar la toalla, sobre todo, en la Mesa Distrital. La semana pasada nomás le decía a una compañera que yo creo que solo estoy en la Mesa este año, mejor sigo en esa lucha de los derechos humanos por otro lado; por la fundación, donde siento que estoy impactando más directamente la vida de las personas. Allá se ayuda al adulto mayor y a otra población, entonces, siento que, por ese lado mejor, pero luego me pongo a pensar y digo «si por este lado tiro la toalla, ¿será que sí va a llegar gente que quiera empujar y quiera hacer las cosas bien?». No sé, me ponen a pensar esas cosas, pero yo creo que no, no la voy a tirar, eso está en el ADN, entonces no.

Ahora, yo quería darles las gracias porque no es muy común que lo llamen a uno a que cuente parte de su historia. La mayoría de las veces que lo hacen, digamos, pero como que lo cohíben a una de algunas cosas. Entonces quiero darte las gracias porque me expresé tal cual soy yo. Me permitiste hacerlo. Entonces, dar las gracias por eso y por acordarse de nosotras, las mujeres de Medellín que, a pesar de que nos ha tocado vivir tanta violencia, tratamos cada día más de superar todas esas cosas, de ser unas mujeres resilientes y no dejarnos llevar por las adversidades de la guerra, ¿cierto?

Gracias.

Glosario

Memoria

Para mí, la memoria es ese trabajo que venimos haciendo las líderes en Medellín, las víctimas —sobre todo, las mujeres— que siempre hemos sido las que primero empezamos a hacer las cosas. Es esa memoria que le queremos dejar a las generaciones que vienen y al que le tocó vivir la guerra desde la casa, viéndola en una pantalla de televisión, al que no le tocó. Es eso, dejarles eso, la memoria.

Perdón

El perdón es súper importante. Sin perdón no hay reconciliación, no hay paz y, sobre todo, yo no tengo paz sino perdón. Para mí el perdón es el primer paso a la reconciliación.

Paz

La paz, una palabra pequeña pero grande. La paz, para mí significa todo, pero, primeramente, es mi sentir; lo que yo quiero, lo que siento, cómo me quiero sentir, cómo me quiero ver.

La paz yo creo que nace en cada ser humano, está en cada persona, pero también la paz tenemos que juntarnos para construirla, para que llegue a otros, porque hay personas que, infortunadamente, no la quieren. Y es trabajar, digamos, en conjunto para que esa paz llegue a esas personas que no la quieren y entiendan que sí la necesitamos.

Reparación

Reparación es una palabra muy difícil que no todos, digamos, la entendemos, ¿cierto? Porque muchas personas piensan que la reparación es que les den una indemnización, pero la reparación va más allá, la reparación es ese daño psicológico, ese daño mental que yo tengo por todos los hechos, que se trabaje, o sea, es un conjunto de cosas. Porque es esa paz mental, psicológica mía, pero también es que yo pueda volver a armar ese tejido social, de hacer parte, de que yo me sienta parte de una sociedad, que yo me sienta tranquila y protegida, el que yo me sienta que con las acciones que están haciendo, realmente, sí he sido reparada o estoy siendo reparada.

Pero como te digo, no es una sola cosa, es todo, es un conjunto de todo.

Alegría

La alegría es superimportante porque la alegría no se puede ir de nuestras vidas. Yo tengo mis compañeros en la oficina, de la fundación, que siempre me dicen «oíste, vos siempre venís alegre, yo nunca te he visto enojada». Pero es porque yo digo que la alegría hace parte de mí. Yo no puedo amargarme la vida, ni amargar a la otra persona poniendo caras. Entonces, siempre en mí va a haber una sonrisa. Eso significa que estoy alegre.

Sanación

La sanación no solamente es sanarme físicamente, sino mental. Yo pienso que

la sanación hace parte de lo que te decía ahora, de que yo pueda sanar tanto psicológicamente como físicamente, pero, sobre todo, psicológicamente. ¿Qué me sana a mí?

Por ejemplo, a nosotras las mujeres de Flor de Yiré, nos gusta mucho ir a cultivar porque eso nos sana. Sentimos que hace parte de esa sanación la conexión con la naturaleza. La conexión con la tierra. Entonces también es de saber qué me sana a mí, cómo me siento yo tranquila y en paz.

Medellín

Medellín es mucho. Yo soy chocoana al 100%. Mis raíces las tengo muy arraigadas porque yo no he sentido ese desarraigo; yo he traído mi cultura, ¿cierto? Pero Medellín para mí es muy importante.

Yo tengo familia en muchas partes del país, en Bogotá tengo una hermana que está muy enferma y ella me dice que me vaya a vivir a Bogotá. Yo le digo que no, yo a Medellín no lo cambio. Yo amo a Medellín. Medellín ha sido una parte muy importante de mi vida. Yo creo que Dios me mandó a Medellín por algo. Y yo aquí me siento tranquila, a pesar de que me ha tocado vivir mucha violencia en Medellín, me siento tranquila y me siento en casa.



CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria



Dayana Araceli Parra Tortosa

Soy venezolana y tengo PPT (Permiso por Protección Temporal). Normalmente me conocen como Tachi, ni siquiera como Dayana. Me nombro como gestora comunitaria.

Lo primero y principal: tengo ya siete años acá en Medellín; me tocó salir de mi país por las condiciones políticas que ya sabemos... A muchos venezolanos nos tocó, pues, padecer y salirnos de nuestro territorio, dejar nuestras casas, dejar nuestras carreras, dejar nuestros carros, nuestros familiares y lo más preciado que siempre hemos tenido que es como ese arraigo que traemos los migrantes venezolanos.

En estos siete años mi primera experiencia fue con mucho miedo, porque uno pasa tantas cosas en frontera... en el transitar de venir acá... Cuando llegué aquí, llegué con muchos miedos, también con muchas cosas por querer hacer, pero sobre todo con mucho miedo. Aun así, desde el tercer día empecé a avanzar, a buscar cosas que pudiera potencializar acá... ver qué podía realizar.

En ese tercer día me dieron un espacio con niños, porque siempre me ha gustado mucho trabajar con la población. Vi algo que se llama el INDER (Instituto de Deportes y Recreación de Medellín), que ni siquiera sabía qué era, pero vi que les estaban haciendo actividades a los niños... y yo pues llevé a mis niños para conocer y participar, pero terminé aportándole a la muchacha.

—¿No te gustaría ayudarme siempre? —me preguntó cuando le gustó cómo la estaba ayudando.

—Ah bueno, claro que sí —le dije yo de una vez.

En ese momento le llegaron comentarios a la Junta de Acción Comunal de donde actualmente todavía sigo viviendo —fue ella quien me dijo que es Altavista, parte baja— y ella me regaló ese grupo, me dio la oportunidad de poder ser como una madre colaboradora del INDER.

Y ahí me empezó, como tal, toda la posición del liderazgo, todo el proceso que inicié acá en Colombia... Pues antes, en Venezuela, yo todavía seguía con mi liderazgo, todavía tenía todo ese potencial, manejaba una pequeña fundación donde ayudaba a mamás y a niños pequeños, gestionándoles comiditas, ropa y todos los procesos útiles: ya sea salud, medicamentos... Ayudábamos a las poblaciones que nos necesitaban mucho y sobre todo a esas madres cabezas de hogar que eran solteras y no tenían las condiciones dignas para sobrellevar todos esos procesos. Y de ahí para acá surgieron muchas necesidades porque, a medida que más trabajaba y me detenía en las lecturas del territorio, empecé a ver más a fondo esas necesidades de donde estaba conviviendo, todas las necesidades que abordaba la comunidad.

Surgió la necesidad de levantar ese posicionamiento, de ser una gestora comunitaria y aportar no solamente a la comunidad colombiana que en ese transitar estaba, sino que también estaba observando que había que centrarme en todas las poblaciones que necesitaran ayuda. Empecé vinculando los grupos y de ahí surgieron muchas cosas.

Yo tengo mucho arraigo a mi país porque lo amo... quiero mi país. Yo allá trabajaba como fiscalizadora en una entidad que regulaba los precios. Ahí podíamos ver, en las normas de control sanitario, qué precios estaban elevados y qué precios no. Entonces, durante la corrupción me tocó salir porque no me gustaba todo lo que se manejaba en ese ambiente. Y me dieron la posibilidad, personas de una migración china —todavía tengo contacto con ellos— de administrar sus negocios. Tenían muchos locales, establecimientos donde vendían comida.

Y pues de ahí hasta que me vine a Colombia en el 2017. El proceso de llegar fue muy duro... Fue muy duro porque pasaron muchas cosas en frontera... Normalmente uno llega en dos días a Colombia; yo tardé cinco días... Como

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

cuenta una canción de una chica venezolana que me expresa muy bien: Me fui. Nos pasan muchas cosas en las fronteras: a muchas mamás lamentablemente las violan..., nos roban, nos quitan los niños, nos golpean... Yo sufrí de golpes, incluso me metieron electricidad. Todo el transitar por la frontera fue muy, muy duro; uno llega con una marca muy letal y con mucho miedo de las demás cosas que hay que afrontar.

Cuando llegas a Cúcuta, te dicen: «tienes que pagar por el agua, por los servicios»; o sea, pagar por lo más mínimo, así fuera una ida al baño. Le tocan unas cosas muy diferentes a las que estaba acostumbrada... Tú te preguntas: «guau, ¿a dónde llegué?», con miedo de que ese transitar fluya en algo para lo que no estás preparada, pero todo surgió... y fue muy duro...

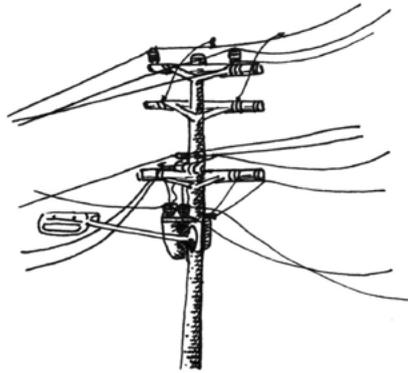
Y por más que yo quise poner una pared, una brecha para que mis tres niños, dos niños con discapacidad y una niña de 14 años, no pasaran tantas cosas... Fue muy duro, porque ellos escuchaban... Mi niña estaba como traumada con todo lo que estaba viviendo en ese momento... Me tocó dejarlos encerrados en una agencia de viajes; les tuve que pagar a los empleados para que mis hijos se acostaran en el piso. Y ellos escuchaban desde afuera los gritos de las personas llorando, cómo las maltrataban, cómo las golpeaban. Y por más que yo no quería que ellos vieran, tuvieron que vivir esa situación.

¡Ayl, es que eso fue una cosa de locos. Porque a nosotros pues nos roban y nos alojan en una casa. Antes se manejaba mucho unas cosas que... pues no sé si ahorita, porque yo no he vuelto a Venezuela por miedo, por todas las cosas que viví, volver a pasar por ese entorno no es fácil...

Cuando nosotros nos vinimos, nos pasó la situación de que nos acogen en una casa en la que metían personas y en ese transitar te dejan ahí: pagando todo lo necesario y todo lo básico, hasta para cocinar, sabiendo que habías pagado por estar en esa casa. Allí duramos un día y medio... Y luego me llevan para quererme abandonar en Pamplona...

Cuando llego a Pamplona, que me encuentro con un ambiente frío, muy tenaz; me tocó ver personas muertas en el camino, que venían transitando, congeladas —porque ellos venían a pie, ya que no tenían como tal los recursos económicos para subsistir y venirse— y muchas mamás embarazadas, bebés. Pueden ser traumas psicológicos... lo padecieron mis hijos, porque ellos veían; entonces yo era como la mamá protectora, cuidando a mis muchachos para que no sufrieran tanto con todo eso que estaba pasando. Pero de ahí, en Pamplona nos querían dejar abandonados, un señor de un camión nos ayudó y bueno, una grúa, le dicen grúa, nos ayudó y con él llegamos hasta el Obelisco. Y del el Obelisco para acá agarré un taxi para poder llegar a Medellín, donde actualmente vivimos. Ya esa casa la teníamos como alquilada antes de llegar, aquí ya estaban familiares de mis hijos.

Al tercer día de estar acá, yo empecé como a moverme, a buscar cosas que surgieran, qué oportunidades podía obtener, tanto para mí como para mis hijos, y pues lo primero que hice fue buscarles cupos en los colegios. Luego quise algo como recreativo, por lo que habían vivido, que ellos tuvieran algo con qué distraer



la mente, que fue lo que les comenté, lo del INDER, y así ellos pudieran estar como más tranquilos.

Desde el INDER, ellos estuvieron muy centrados en estar participando, y allí conocí varios niños, niños venezolanos y colombianos, que también querían centrarse en el proceso de distraerse de todas las cosas que vivían en el barrio, que no eran fáciles. Entonces empecé a buscar esas oportunidades para las poblaciones y a centrarme en buscar todas esas ayudas que requerían la población venezolana y la población colombiana, y de ahí surgieron muchas cosas bonitas, porque empecé a conocer a personas, empecé a ver desde otro punto de vista todo ese proceso de liderazgo acá, porque no es igual aquí como allá en Venezuela. Y vi tantas oportunidades acá para las poblaciones que dije: «aquí es, aquí empieza mi otro proceso de querer ayudar, de querer colaborarle a otro, de servir para otro... voy a poder hacer muchas cosas buenas por todo». No me sentía como de una sola población, sino que quería trabajar por todos.

Y desde ahí iniciaron muchas cosas, muchos procesos bonitos. Empecé con jornadas de salud, empecé a traer oportunidades, empecé a conocer la Secretaría de las Mujeres, que fue mi primer hogar, ese me acobijó tanto... La Secretaría de las Mujeres fue en donde conocí muchos procesos, aprendí un montón, era algo tan bonito, porque yo sentía que era tan gratificante poder empoderar a otras mujeres; pero primero dije: «aprendo yo, aprendo yo y de lo que yo aprenda puedo obtener la capacidad de que otras mujeres también hagan lo mismo que yo había aprendido en ese momento».

Y surgieron muchos procesos. Empecé con niños, adultos mayores, personas con discapacidad, o sea, empecé a trabajar con todos los grupos poblacionales, independientemente de la nacionalidad, y cada día se iban abriendo más procesos para hacer.

Sabemos que vivo en un contexto que no es muy fácil, que es el afro, que siempre se ha posicionado como un territorio muy duro. Y desde ahí partir a esa construcción de paz que hoy se centra en reconocer que, entre las poblaciones

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

—independientemente de dónde se venga— también somos humanos, también queremos ejercer ese habitar, construir para otro país y poder aportar desde lo más significativo, desde lo que se requiera para poder estar donde estamos.

Ya en un sentido más personal, Dayana es una mamá de tres hijos muy cariñosa, muy colaboradora, muy paciente, tengo mucha, mucha paciencia para todo. Siento que tengo demasiada paciencia, a veces por tener tanta paciencia me pasan tantas cosas... porque trato de ser lo más tolerante posible y de poder aprender cada día de los procesos, de las personas que están conmigo, de mis hijos. Tengo un niño con discapacidad cognitiva y motora y otro con discapacidad múltiple; ellos me han enseñado tantas experiencias bonitas y de esa experiencia también poder transformar a otros desde un niño. Por ejemplo, mi niño con autismo es un adolescente, pero es un ser tan lindo, tan expresivo a la vez y cariñoso... yo que pensé que nunca podía hablar y ahí está construyéndose, ahí está haciendo y de verdad es muy bonito porque él ama y adora a su mami y de ahí hemos aprendido tanto que te dice: «mami, mira lo que hoy soy por ti». Es algo muy gratificante que te queda y pues son experiencias lindas.

Yo pienso y siempre lo he dicho y se lo repito mucho a nuestras poblaciones: no quedarnos entre la queja. Yo digo que lo importante de todo, y a pesar de las situaciones que uno pueda vivir en el día a día, es que uno debe buscar una oportunidad más, una oportunidad para transformar, una oportunidad para seguir avanzando y contribuyendo. Y siento que, a partir de allí —de no quedarse en lo negativo sino avanzar hacia lo positivo y de esos negativos que te sucedieron poder explorar— poder llevarle al otro, transitar en el futuro, en lo que viene y aprender cada día; que cada día es un día nuevo y que pueden pasar mil cosas a la vez.

Glosario

Memoria

Memoria: reconstruir desde el sentir, desde el hacer y desde el pasado y el futuro.

Perdón

Perdón es sanar. Sanar es modo de transformación.

Paz

Paz es todo aquello que te mantiene relajado, que puedes sentir de una zona de confort y tratar con amor y con cariño eso que permanece allí, pero que no puede decir aquí me quedo, sino que es seguir avanzando.

Reparación

La construcción del día a día, la oportunidad de fortalecer y salir adelante a pesar de todas las adversidades.

Alegría

Es eso espontáneo que puedes expresar con esa emoción tan linda y poder gratificar con otros y poder expresar esos sentimientos de emoción y que esa sonrisa o esa fortaleza pueda ser el refugio para el alma, para otros, y rodearme de personas que me amen y me quieran, disfrutando cada instante de la vida.

Sanación

Siento que es como todo eso que te puede relajar, cultivar el día a día, el fortalecer. Yo pienso que comienza desde el sentir, el aprender, el crecer, que cada día es un bienestar y que es un acto de amor hacia ti mismo y hacia los demás.

Medellín

Medellín es algo muy lindo. Como dicen —lo he aprendido de aquí—: «Medellín es una chimba». Pero Medellín es una potencia brillante, con una cultura... Sabes, una de las cosas más lindas que siempre me ha gustado de Medellín es la cordialidad de las personas; y quise tomarlo de ejemplo cuando llegué acá. Que fue decir: «me encanta la cordialidad, la amabilidad de la gente, la calidez que

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

tiene el alma del lugar», cada rincón te invita a descubrir esa fortaleza que tiene este bonito lugar...

Un bonito país y así poder encontrar, a pesar de todo, paz que se transita en el día a día, aprovechando, por ejemplo, este espacio que tienes para crear un testimonio.

Yo pienso que la migración es muy dura, pero no hay ninguna adversidad que pueda decir que no se pueden lograr los objetivos a los que quieres llegar que, a través de esto, los aprendizajes, el querer, el sentido de pertenencia, siento que es lo que nos llena ese rinconcito de esperanza, de valentía y buscando, a través de un futuro mejor, atravesar esta historia: la de la migración, y, sobre todo, la resiliencia humana que hay... aprender de la diversidad cultural de los otros países y la importancia de la empatía. La importancia de abrir nuestros corazones hacia los propósitos y enriquecernos a nosotros mismos y a nuestras comunidades, pero también a construir puentes que nos ayuden a lograr superar muros que nos separan, que somos esa línea transitoria, que es delgadita, pero que no nos separa. Siento que son las oportunidades y esperanzas del día a día.





Diana María Vergara Gómez

Mi nombre es Diana María Vergara Gómez. Soy de Cáceres, Antioquia, del Bajo Cauca antioqueño, víctima de la violencia. Desde el 2012 estoy acá en Medellín debido a la guerra que, infortunadamente, me sacó de mis territorios. Soy víctima de desaparición forzada de Cáceres, pues me desaparecieron a mi madre. Yo soy buscadora de mi madre y de mi tío. Luego, en Tarazá, fui desplazada; me hicieron salir por alzar la voz, por reclamar mi derecho a saber la verdad y a exigir justicia. Recibí amenazas y, a raíz de este desplazamiento, también soy víctima de violencia sexual, sólo que eso no lo cuento, no lo he contado. Pocas personas lo saben o lo conocen.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Soy representante ante la Mesa Distrital de Participación Efectiva de Víctimas, soy la que coordina el Comité de Desaparición Forzada de la misma y el Comité de Género de la Mesa. Desde allí, tuve la iniciativa de trabajar con las mujeres que han sufrido este hecho victimizante de violencia sexual —basada en unos compromisos que habíamos tenido con la organización Arrópame con tu Esperanza, la líder es Yolanda Perea—, desde allí surgieron varios compromisos con esas víctimas que por x o y motivo no cuentan esa historia, unos por pena, otros porque no les gusta hablar de ello y otros porque, en realidad, les parece, como es mi caso, mejor no recordar ese suceso. Pero bien nos dice la norma que: «si no contamos nuestra historia, estamos condenados a repetirla» ¿cierto? Y para mí no fue una excepción, dado a que comencé a liderar ese proceso con estas mujeres y cuando estaba haciendo el proceso de caracterización, una de mis hijas me dijo:

—Mamá, —ella me estaba escuchando y estaba dándose cuenta de lo que estaba haciendo— así como está ayudando a esas mujeres, ¿por qué no me ayuda a mí.

Para mí, fue un detonante muy grande porque yo me desplazo para acá por salvarles la vida a ellas, por evitar que alguna de mis hijas fuera desaparecida, violada, o asesinada.

Sobre todo, porque uno de estos paramilitares me la amenazaba a ella, diciéndole que: «Si ella no era para él, no era para nadie. Así fuera a las buenas o a las malas». Él varias veces me la perseguía, me la acorralaba y ella me exigía a gritos que la sacara de allí. Infortunadamente, cuando yo la quise sacar, ya era demasiado tarde, porque ya el hecho había pasado.

Así que cuando yo estaba haciendo este trabajo y ella me hizo esta anotación «Venga, así como está ayudando a esas mujeres, ¿por qué no me ayuda a mí?», te confieso que a mí me cayó como un baldado de agua fría y tres de agua caliente. Yo me quedé en shock. Sin embargo, le dije a mi compañera que había una chica más y ella pasó desapercibida porque yo nunca dije que era mi hija. Cuando hicimos el proceso y todas esas cosas, yo las cité y se hizo el trabajo psicosocial con ellas, la toma de declaraciones de treinta víctimas de violencia sexual; se caracterizaron 15 en el marco del conflicto armado y las otras no entraban porque eran por delincuencia común o porque eran violadas por el grupo familiar, pero no entraban como en el contexto del conflicto armado. Eso es una cosa, perdóname la expresión, pero para mí es como incoherente, indolente, absurdo, porque ¿acaso ellas no tienen derecho porque no es en el marco del conflicto?, ¿mi papá, mi hermano, mi tío, el vecino se droga, me viola y entonces yo no tengo derecho? ¿yo no soy víctima? Puede abusar de mí a quien se le dé la gana y no soy víctima, no puedo ser reconocida. Por ejemplo, dentro de las caracterizadas, de esas 15 mujeres, diez salieron priorizadas y las otras quedaron sin ser reconocidas. Y ahí estamos insistiendo para que también se les reconozca a ellas, porque eso fue lo que acordamos; que tanto la Alcaldía de Medellín, como la UARIV (Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas) y la Personería hiciéramos esa articulación para que a esas mujeres no se les desconozca que fueron violadas.

Entonces, es por ahí que a uno sí le nace como ese sinsabor y es por lo que muchas veces somos revictimizadas. Por eso yo tampoco he contado mi historia; también fui víctima de eso.

Es uno de los crímenes más atroces. No va uno a decir que un hecho victimizante duele más que el otro, pero sí hay dos que nos aterran, nos destrozan la vida y nos arrancan el alma: las desapariciones forzadas y las violencias sexuales. La desaparición forzada nos lleva a que nosotros busquemos a una persona y es esa incertidumbre de no saber qué pasó, dónde está, y uno es busque y busque sin encontrar, y pasan los años, años, años, y eso es una incertidumbre tenaz. Y la violencia sexual es porque es mi cuerpo, ¡mi cuerpo! Y no es lo mismo estar con un tipo que a mí me gusta, que yo quiera, que esto y lo otro, a que me fuerce y me haga ochas y panochas, como lo digo yo muy coloquialmente.

Esa es la exigencia en la que siempre hemos estado y yo, personalmente, he estado liderando para que se reconozca, no solamente se hable. Que se hable, se conozca y se reconozca que nosotras como mujeres fuimos víctimas y llevamos el mayor impacto de la guerra. Prestamos nuestros hijos para la guerra, nos violan, somos víctimas de violencia sexual, no solamente nosotras como madres, también nuestras hijas. También, nos dejan huérfanas; en el caso mío, yo llevo 28 años buscando a mi madre. Eso nos cambió la vida rotundamente, nosotros éramos tres hermanos, yo siendo la única mujer.

Diana en su niñez lo tuvo todo a pedir de boca. Mi mamá fue una madre cabeza de hogar maltratada por mi padre porque él era demasiado machista; de esos que dicen «el que manda es el hombre» y «usted hace lo que a mí se me antoje». Y mi mamá fue una persona iletrada, analfabeta, que aprendió a medio firmar. No lo hacía muy bien, fue gracias a mí, yo le enseñé algunas letras para que escribiera su nombre. De resto, a mi mamá las cuentas se las llevaba yo; era la que le manejaba la plata, la que le cambiaba el oro, mercaba y pagaba las cuentas. Mejor dicho, mi mamá, prácticamente, era la columna vertebral de la familia porque sostenía a sus tres hijos y mantenía en todo y por todo a la familia, a sus hermanos, sobrinos e hijos. Además, era mera campeche, mi mamá era mera campesina. Yo soy hija de familia campesina, humilde y trabajadora.

Como digo yo, a veces uno tiene el afán de crecer rápido, pero en muchas ocasiones yo digo: «¡qué hijuepucha!, cuando era feliz y no lo sabía». Ahora que una ya es adulta y que soy madre, abuela, entonces uno piensa en cómo pasaba de bacano yo cuando estaba pequeña. O sea, mi mejor recuerdo es mi niñez y mi juventud hasta mis 15. Después de mis 15, infortunadamente, empezamos a tener muchas problemáticas. Ya comenzó esta guerra absurda que parece no tener fin.

Yo tuve ausencia de madre y padre porque mis padres se separaron cuando yo tenía cinco años. Sin embargo, gracias al Señor, Dios me premió con dos madres: con quien me dio la vida y con la mamá de ella, que fue la que me crió. Cuando mis padres se separaron, mi mamita Carlina, la madre de mi madre, nos crió. Y hoy en día, después de que la vida y la guerra me quitaran a mi madre, que me la desaparece —ya sé que no la voy a encontrar viva, pero guardo la esperanza

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

de encontrar algún día los restos de ella para darle cristiana sepultura—, sé que se me premió con esta madre que aún tengo. Como le digo yo, ella es también mi madre porque desde los cinco años de nacida fue la que me levantó. Yo soy lo que soy gracias a ella; a sus desvelos, a sus luchas, y más cuando desaparecen a mi madre porque ella es quien cumple el rol de un todo y por todo.

Cuando desaparecieron a mi madre, yo creo que tenía unos 16 años, más o menos, porque ella me celebró mis 15. Por eso le digo que fui feliz y lo tuve todo a pedir de boca hasta los 15. Después, ya comenzaron todos nuestros pesares, angustias e ires y venires. Tenaz cómo cambió la vida rotundamente; yo dejé de ser la niña consentida, o sea, a mí me decían en el colegio la pichón de rico. Decían: ahí viene la pichón de rico, porque yo afortunada lo tuve todo; mi mamá me lo dio todo. Ella no estaba ahí presente, en persona, para decir «voy a cuidarte, voy a protegerte, te voy a guiar por el mejor camino», sino que ella estaba para asegurarse de que a nosotros no nos faltara nada, no solamente a mí y a mis hermanos, sino a mis primos y a mis tíos también.

Ella no estaba porque se iba a trabajar. Yo le reclamaba a ella tiempo, dedicación, porque yo le decía «usted todo lo quiere resolver con plata». Yo ganaba el año, nunca perdía el año, siempre tuve muy buenas calificaciones y recibía menciones de honor, o sea, en ese aspecto no le di mala vida a ninguna de mis dos madres. La una me proveía todo lo que necesitaba y la otra que era la que iba a poner la cara en el colegio, la que firmaba la matrícula, iba por mis calificaciones, me conducía, etc. Bueno, pero yo considero que no fui esa niña traviesa que tenían que mandar, en ese sentido, fui muy juiciosa. Mi gran defecto, diría yo, mi gran pecado era que yo me volaba, me capaba de clase a los charcos; iba a las quebradas. Así armaba los paseos, me volaba a pasear, pero a tirar charcos y a bailar, porque me fascinaba y me sigue fascinando el baile. Yo cumplía con pedir permiso, pero muchas veces era negado el permiso. Entonces, ya después: ¿para qué iba a pedir permiso, sabiendo cuál era la respuesta? Por eso me volaba; ese era mi gran pecado.

Y, pues sí, después de mis 15 se puede decir que ya cambió rotundamente todo, mejor dicho, nuestras vidas dieron un giro de 180° al desaparecer mi madre y mi tío, sobre todo, por mi madre. A mí me partieron el alma, me cambiaron la vida, porque yo lo tenía todo y era feliz. Aunque siempre le reclamé a mi madre el espacio, el tiempo... le reclamé mucho y ella siempre me decía: «Cuando seas madre lo entenderás». Y hoy soy madre, soy abuela y lo entendí.

Cuando a mí me tocó por primera vez separarme de mis hijas, mejor dicho, yo cumplí dieta y al día siguiente me tocó salir a trabajar y dejar a mis hijas al cuidado de una persona que no era yo, que no era mi madre, ahí fue que lo entendí. A mí me tocó dejar de estudiar por criar muchachitas, porque cuando una como madre se olvida de uno mismo, la obligación y la responsabilidad es muy diferente, uno no piensa sino en el hijo. A veces, uno está con los calzones rotos y va a comprarse unos calzones, pero resulta comprando los calzones para los hijos, no para uno. Uno puede estar desnudo, con hambre, pasando mil necesidades, pero ¡qué las pase uno, sus hijos no! Entonces, allí pude entender y comprender toda esa

ausencia de madre. Lo que yo le recriminaba a mi madre y pedía a gritos, lo pude entender.

Con mi padre, en realidad, no llevo pues esa relación tan mundial, pero él vive. En su momento hemos convivido. En unas ocasiones nos hemos entendido, en otras no. Claro está que yo le he dejado claro, por lo que yo les decía anteriormente, que él es una persona muy machista; es de esos hombres arrogantes, costeños que creen que las mujeres solamente servimos para cocinarles, abrirles las piernas, vulgarmente, y parirles los hijos. Entonces, ellos sí pueden salir a la calle, tomar trago, amanecer hasta en la calle y uno no les puede decir nada. Sin embargo, así no lleve la mejor relación con él y aunque no lo quiera a morir, como sea, es mi padre y lo respeto, lo quiero, pero a mi modo, a mi manera. Sé que él es mi padre y que gracias a su aporte está este pechito, pero hasta ahí, porque no es el super padre, nunca lo ha sido y no lo será.

Por otra parte, ser lideresa fue una transformación. En este ir y venir de exigir la verdad, de entender qué pasó con nuestros seres queridos, para dónde se los llevaron, dónde nos los dejaron; nosotros pudimos entender que una sola golondrina no hacía verano. Todo el mundo nos decía: organícense. Entonces, nos dimos a la tarea de organizarnos una compañera y yo, a quien le digo hoy: «Tú para mí eres mi maestra, eres mi mentora. ¡Si yo contigo inicié!».

Comencé, más o menos en el 2007, en esta exigencia de conocer la verdad, fuimos gestoras y después de organizarnos nos dimos a la tarea de crear una asociación. Así, ya organizados, empezamos a exigir nuestros derechos como organización y la llamamos Admucajevi (Asociación de Mujeres Campesinas y Jefas de Hogar). Nos organizamos y comenzamos a llevar todo ese proceso de liderazgo. Yo fui una de las fundadoras; la primera secretaria y coordinadora de esta. Y de ahí logramos que, en realidad, se nos escuchara y se nos tuviera en cuenta. Llevamos las audiencias a Tarazá, Cáceres y a Caucasia —con los postulados de las AUC (Autodefensas Unidas de Colombia)— para exigirles la verdad y la justicia por todas estas violaciones de derechos que ya nos habían hecho a miles de víctimas.

De ahí, llevamos unas jornadas de muestras de ADN para poder encontrar a nuestros desaparecidos. Hasta el 11 de enero del 2012 estuve en Tarazá. Ese día me tocó salir en el bus de las 11:45 de la noche. Yo ya estaba adulta cuando eso, incluso tenía mis hijas, por eso me vi en la penosa obligación de salir, dejar todo tirado y venirme para esta ciudad tan grande a enfrentarme a esta nueva vida que me tocaba empezar de cero, por lo que le narraba anteriormente: fui amenazada y, aparte de eso, mi hija me pedía a gritos que la sacara de allá.

Por velar por la vida de mis hijas y el cuidado de ellas me vine, por esa amenaza que le hacen a mi hija, desconociendo que ya había pasado el hecho. Me vine en el último bus con mucho miedo. Yo no descansé, sino hasta que estuve en el terminal de acá. Llegué a la Comuna 13, al barrio El Salado, donde vivía mi hermanito —quien también por amenazas y varios atentados que le hicieron al no querer trabajar con esa gente lo hicieron salir de allí— que se vino antes que yo. Yo le decía a mi hermano: «¡Ay juepucha! Yo me vine de Guatemala para Guatepeor».

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Porque uno allá se mantenía con la zozobra y escuchaba los tiros por aquí, pero acá son ráfagas; bala pa'llí, bala pa'llá y uno con miedo.

Sin embargo, luego me reencuentro con mi compañera y con varias; hay muchas acá porque la guerra nos sacó de allá. Les dije: «Venga, organicémonos, trabajemos desde acá y en lo que podamos ayudarles a los de allá pues le hacemos». Abrimos Admucajevi Tarazá y Admucajevi Antioquia, yo lideraba la de Antioquia y ella lideraba la de Tarazá. Así, sucesivamente, comenzamos en este rol, cuando de pronto ¡tráquet! en todas estas incidencias hicimos el proceso con Yolanda Perea.

—Venga, pues, ya ustedes están acá, entonces hagamos trabajo. Ustedes desde acá, yo desde allá—empezó diciendo —«Arrópame» es a nivel nacional, inclusive, estamos bregando a meternos internacionalmente, tocando todos los departamentos y los municipios de Colombia.

Comenzamos pues con esa incidencia, hasta que ya llegué a las mesas de participación. Yo no sabía ni para qué era eso y yo siempre le hacía el trabajo a los demás, como por organizar. Pero cuando ya me tocan el baile, ya dije «bueno, ¿y esto con qué se come?». Cuando ya me explicaron la vuelta, entonces yo le dije:

—Listo, yo le hago, pero yo no voy a canjear mi voto. Yo voy es a postularme.

Entonces, Yolanda se quedó asombrada.

—Eso, Diana. Dale, postúlate tú, que nosotras te respaldamos —me dijeron las compañeras animándome—. Nosotras te apoyamos.

Listo, me lancé al ruedo y aquí estamos. Una lideresa que se ha transformado de toda esta crudeza de la guerra. Hoy por hoy, soy representante de Asovicares (Asociación de Víctimas y de Campesinos Resurgir). Soy la representante legal y la creadora porque vi la necesidad, así como yo hay muchas personas que también han sufrido el flagelo de toda esta guerra tan absurda. La esperanza y el anhelo de muchos es que por fin tengamos una paz.

Ahí comenzó mi liderazgo y participación desde la Mesa. He hecho incidencia en muchos procesos, estoy en varias organizaciones y en varios espacios alzando mi voz. Muchas veces me da risa, porque pasa lo siguiente:

—¡Uy, doctora, ¿será que me puede dar un espacio en su agenda? —Me dicen.

—Mira, mira. —les contestó yo— En primer lugar, a mí no me digas doctora, a mí me enseñaron que doctor se le dice a cualquier HP. No, no, no, aquí no hay ninguna doctora, yo no tengo doctorado. El único doctorado que yo tengo es la calle, la calle es la que me ha enseñado.

Por eso digo que, afortunada o infortunadamente, gracias a la guerra estoy acá porque esto me ha dado pie para ejercer este liderazgo y creo que lo he hecho bien. Y no sé, amo lo que hago, trato de hacerlo mejor. Amo servir. A mí me enseñó eso mi viejita, mi viejita hermosa que tiene 94 años hoy. Le ruego a Dios todos los días que no me vaya a faltar, pero sé que en cualquier momento me darán la mala noticia. En este momento se encuentra muy delicadita de salud, ya tantos años y dolencias, pero bueno, aquí vamos. Ella es una parte de mi inspiración porque veo que es una persona con una coraza muy fuerte. Tiene una coraza de hierro, me parece un roble.

También, yo me considero una persona muy resiliente, que ha luchado y perseverado día tras día por sacar adelante a mis hijas y a mi nieto. Al que pueda ayudar, lo ayudo y le sirvo con el mayor de los gustos. Una compañera esta mañana me decía:

—Diana, pero es que tú no eres Dios, no puedes hacerlo todo.

—Yo sé, pero si por mí fuera, yo les ayudaría a todos —le dije yo—. A mí me gustaría ayudarle a todo el mundo, sin esperar nada a cambio.

A veces me frustra ver tanta necesidad, indolencia e indiferencia, ver que mucha gente lo puede hacer y no lo hace, y uno queriendo hacerlo, pero no puede.

Eso puede ser una dificultad en la vida personal también. A veces, pues. Muchas veces cuando estoy con mis hijas y mi nieto me descacho y ellas me dicen: «¡Hey, deje ese celular quieto. Es que estamos es acá, venga». Me aterrizan, hasta que me lo quitan. «¡No, no, no, desconéctese!». Hace nada que me percaté de que mi celular no había sonado y eso es muy raro, pues era que mi hija había pagado los datos y el internet. Cuando me di cuenta, ya tenía más de 50 mensajes.

Pero en lo público es muy halagador, me siento bien. Me siento agradecida con la vida y con Dios porque, a pesar de que por la guerra me ha tocado muy duro, creo que he hecho un buen trabajo, no solamente como madre y abuela, sino también como persona. Para mí es muy satisfactorio cuando alguien a quien no conozco me dice: «Ah, tú eres Fulanita de tal, es que yo te he visto en tal parte», «¡ay, no, es que la popular», «ay, no, la famosa!». Yo me quedo sorprendida, yo no sabía que era popular ni que era famosa.

Hace por ahí dos años me quedé asombrada porque yo vine una vez de Tarazá y aquí en el Museo Casa de la Memoria, yo alcé mi voz y dije públicamente: «Soy de Bajo Cauca, soy fulanita de tal y exijo esto y esto». Oiga, y hasta Estados Unidos, donde estaban nuestros victimarios, llegó ese audio. ¿Cómo? No sé. Lo cierto es que hace dos años fui citada, invitada a un espacio en Bello y, aunque ese día no podía estar, delegué a una de las personas de mi organización. Y la sorpresa de ella fue que no dijeron Asovicares, sino que preguntaron si se encontraba en el público Diana Vergara. Entonces, ella alzó la mano.

—¿Usted es Diana Vergara? —le preguntaron—. No, usted no es Diana Vergara. Ellos mismos se contestaron, o sea, ¿cómo sabían?

—No, yo no soy Diana Vergara —les contestó—, pero vengo en representación de ella. Yo vengo en representación de ella, ella me delegó para que estuviera en este espacio porque ella se encuentra atendiendo otro compromiso. Lo que se diga a través de esta invitación, yo soy la encargada de pasarle a ella la información.

—Es que necesitamos hablar directamente con Diana.

Así quedó, eso me causó todavía más inquietud. Cómo le parece que la persona que me estaba mandando a citar a ese espacio público era el famoso Macaco, el exparamilitar, extraditado a Estados Unidos. Él me dijo en un segundo espacio, por medio de una videollamada, que él se sentía en deuda conmigo. Y ahí me timbré; ¿cómo así que se sentía en deuda conmigo?

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

—Lo que pasa es que yo tuve mucho qué ver con el conflicto armado en el Bajo Cauca y tú eres de Bajo Cauca —me dijo él y me puso el audio—. Ésta eres tú, y por eso fue que te mandé a citar.

Escuché el audio de ese evento en el que venía representando a Tarazá, a la organización. Y eso fue lo que más me impactó; hasta Estados Unidos llegó mi voz.

Después, yo volví acá, estaba recién creado el Museo. Entré y aquí, para mí, hay una sala muy impactante, yo dije que no volvía a meterme. Pero, oiga, en este recorrido de liderazgo me tocó por segunda vez y ¡ay no, ¿qué es esto?! Es la sala oscura, la que habla de los desaparecidos, no supe ni cómo me controlé. La primera vez que yo me metí a esa sala fue impresionante, fue un choque para mí. ¡Uy, escuchar esas voces! Yo me senté allá afuera a llorar, parecía como una niña chiquita. Lloré tanto que hasta me sané a mí misma y, en ese sentido también, yo me sano, me he transformado y me curo yo solita. Y para mí es satisfactorio también que uno sea referente y ayuda para muchos.



Glosario

Memoria

Memoria es todo aquello que existe, que existió y que surge a través de un hecho, de una vida, de un proceso o una circunstancia.

Perdón

El perdón, aunque es una palabra, digámoslo... pequeña, pero no tan pequeña, digámoslo mediana, embarga algo muy grande y que es difícil. Pero para mí el perdón nace de mí, desde mi ser, dándome a oportunidad de escuchar y entender al otro, de ponerme en los zapatos del otro. Que antes del hacer está el ser y que, si alguien me hizo daño, fue porque esa persona también tuvo unas razones de pie que la llevaron a hacerlo. Y yo, para poder perdonarlo a él por los daños causados, tengo que saber y escuchar qué lo llevó a hacerme daño para yo poder perdonarlo.

Paz

Es la palabra más pequeñita, pero es que embarga tanto...

La paz es una construcción que debe ser colectiva, con todas las poblaciones y todas las personas; llámense colectivos, juntanzas, institucionalidad, en fin, eso debe ser juntando y dando; porque es prácticamente como si fuera un rompecabezas. Si estamos pensando en la paz y queremos la paz, debemos articularnos, trabajarlo, construir ese paso a paso para esa tan anhelada paz. Aunque es una palabra pequeñita, embarga mucho. Es una posición no solamente de Diana Vergara, sino de todos y para todos.

Reparación

Reparación. Siempre he dicho que hay muchas formas de reparar. La reparación para mí se puede dar simbólica, psicológica, social, individual o colectivamente. También desde lo económico, como lo simbólico. Hay muchas formas de reparar. Para mí, una de esas reparaciones sería lo que estamos haciendo. Esa incidencia en que se hable, se conozca y se reconozca lo que vivimos para que no vuelva a suceder porque lo que no se nombra, no existe. Hay que hablarlo y repararlo. Si yo tiro este pocillo, se daña, pero vaya repárelo pues. Y así lo repare, él no va a quedar igual. Pero hay formas de repararlo y puede que, para seguir tomando tinto, un buen café, no vaya a servirme, pero puede servirme para otras cosas.

Alegría

Para mí, la alegría es el reír, el compartir. Es la satisfacción del deber cumplido, la satisfacción como de que aquello que tú soñaste se dé. Para mí eso es una alegría.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

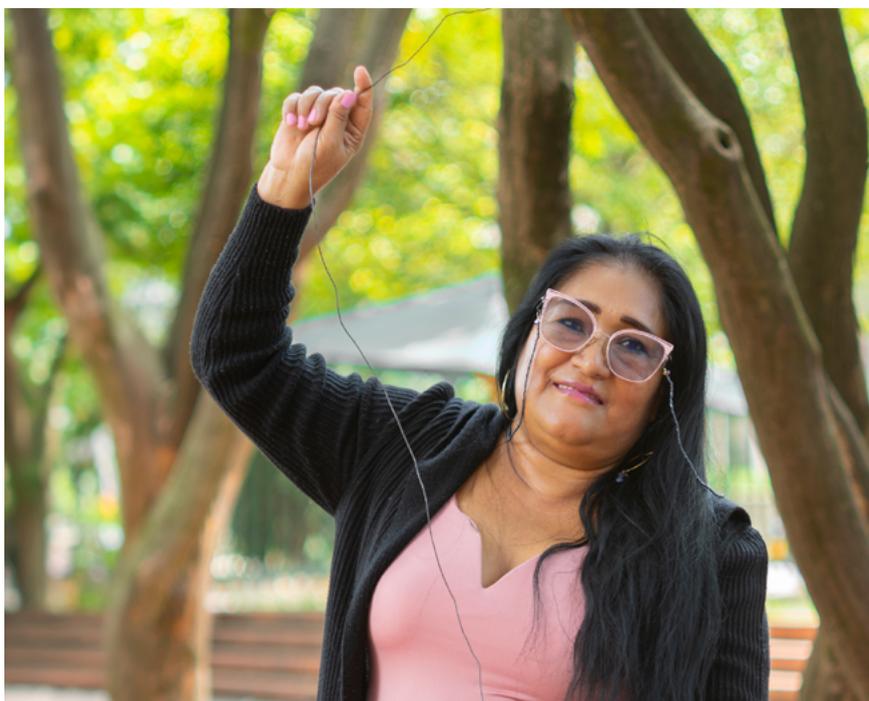
Sanación

Para mí, la sanación es poder autoevaluarme, autorreconocerme. Ya a raíz de eso, sacar todas esas malas vibras, como digo yo, las malas energías. Todo eso que me hace daño, que me aqueja, me duele y me hunde. Porque si yo me enfresco en todo lo que he vivido a mis 47 años, todo lo que he pasado, yo viviría con un rencor inmenso. Pero comienza uno a descargarse de eso y comienza uno a tener esa paz, esa tranquilidad tan enorme, que ahí nos vamos sanando. Y después se siente uno como liviano, como si se hubiera quitado una tonelada de encima.

Por eso digo que yo me he sanado. Yo solita en mi habitación cojo y, primero que todo, le pido a Dios perdón porque muchas veces no actuamos como deberíamos. A veces nos salimos de nuestras casillas y yo no suelo ser muy fácil. Yo aguanto, pero tengo muy poco límite y ese poco límite trato de sostenerlo ahí, porque cuando estallo, estallo fuerte. Entonces, es ahí cuando comienza uno como a aflojar y a dejar fluir todo aquello que me pesa. A dejar, a soltarlo, así me voy y he aprendido a sanarme, a liberarme de esas cargas porque si no las aflojo, ¡juepupucha! yo creo que ya no existiría.

Medellín

Medellín, para mí, es la ciudad más bonita, aunque no conozco todo el mundo. Yo siempre he dicho que Medellín es muy linda y como lo dije en un espacio, no es como dice Karol G «¡qué chimba ser de Medellín!», no, o «¡qué chimbita estar en Medellín!», no. Pero para mí, Medellín es esa ciudad enorme que me acogió, que me transformó y me dio la oportunidad de ser lo que soy y en lo que me he convertido. Para mí, Medellín es la ciudad más linda y como lo dicen «la ciudad de la eterna primavera», con sus pros y sus contras. Pero ¡qué chévere!, no «¡qué chimba!». Qué chévere ser y estar acá en Medellín. Mis hijas son de aquí y mi nieto también, y a Medellín le agradezco el acogerme y abrirme las puertas. Abrirme a todos estos espacios y a esta envergadura de conocimientos, con todas las posibilidades de crecer, no solamente como persona, también como sociedad. Además, de transformarme en esta madre y abuela, y en esa persona referente para muchos porque, hoy por hoy, me siento orgullosa de que mis hijas se sientan orgullosas de la madre que tienen. También de escuchar de muchas personas decir: «Me siento tan identificada con vos y me siento agradecida y representada por vos». Para mí es muy satisfactorio.



Enith Moreno

Mi nombre es Enith Moreno, líderesa social, defensora de los derechos humanos, firmante del acuerdo de paz. Lucho por salir adelante con la población a la cual estoy liderando y porque sus derechos salgan y sean tratados de una forma igualitaria.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Bueno, algo que a mí me gusta resaltar, de dónde vengo, mis raíces. Entonces, para mí es muy importante que, al ser una lideresa social y una defensora de los derechos humanos, podemos decirlo así, también se resalte esa parte de esa población a la que estoy representando, que es la población firmante, la población que hoy estamos viendo como una oportunidad para reconciliación, para nosotros sanarnos, perdonarnos. Tantas cosas que tienen que ver con esa historia de vida que nosotros tenemos, así que es muy importante que a través de ese nombre que llevamos como líderes sociales, porque líderes sociales es un nombre común, es resaltar lo que una mujer, que un día en su infancia o en su adolescencia hizo parte de una estructura, hoy está haciendo otro trabajo que tiene que ver con la sociedad, con la comunidad y con el pueblo. Entonces, me parecería bueno nombrarse muy articuladamente, así, ese nombre.

Yo creo que, ante todo, las historias de nosotros muchas veces asemejan unas emociones, cómo le dijera yo... Muy sensibles y sensibles porque traer un pasado, a veces, nos genera a nosotros también dolor. Realmente, el estar nosotros aquí es para darle gracias, primeramente, a Dios porque he aprendido a reconocer que hay un Dios tan poderoso que le permite a uno y le da oportunidades. Venimos de un origen campesino, de una clase baja, de una clase que fue y es todavía muy necesitada, podríamos decir que explotada, porque el trabajo del campesino es un trabajo muy, muy arduo y duro.

A la hora de la verdad, vemos que el campesino es uno de los labradores que producen el alimento y que, a veces, su fuerza y su sudor están poco recompensados en lo que producen. Entonces, hoy nos tiene sentados acá algo muy importante que yo llamo «esas oportunidades» que es cuando dos partes o dos grupos fuertes se sientan, hablan y negocian. Yo creo que una de las cosas relevantes que nos trajo el Acuerdo de Paz a Colombia fue esa oportunidad de podernos sentar todos los actores con la comunidad, con la sociedad y no solamente con la sociedad, sino con las instituciones a construir un nuevo proyecto de vida, una nueva estrategia de trabajo. También que pudiera ser ejemplo, no solamente para el presente de hoy, sino que esto quede para esas historias. El lema siempre es que contemos las historias, contemos y hagamos memoria de todas esas cosas para que no se vuelvan a repetir porque hay un dicho que dice que «guerra avisada no mata soldados, y que si lo mata es por descuido».

Creo que son muy importante estos escenarios que nos permiten a nosotros sentarnos a hablar de una realidad, de lo que nosotros —en un principio como niños y como familias campesinas— fuimos. Pensar el cómo fue ese proceso de transición, del cual nosotros fuimos avanzando y fuimos a llegar a un grupo insurgente. Entonces, yo siempre digo que las circunstancias socioeconómicas de nosotros, en su mayoría, el 90% de las personas que conformaron los grupos armados fueron personas de muy escasos recursos y de muy pocas oportunidades.

Yo soy del Urabá antioqueño. Mi familia es una familia de un pueblo; Nuevo Antioquia, eso es de Curulao por allá, por allá para adentro, como dijo el otro: «es donde el diablo dejó de las alpacas». Pero sí, muy lejos donde no entraba ni carro. Uno salía de Nueva Antioquia, Curulado, en caballo, en bestias.

Yo ya hoy tengo 53 años y nací por allá, mejor dicho, en ese monte. Total, la primera vez que yo vi un carro, yo me asusté, hasta me reventé la boca de la carrera que pegué. Entonces, fíjese que uno en el campo realmente sí se vuelve como montuno, como salvaje, digo yo. Uno se va familiarizando es con el entorno de la naturaleza y cuando uno ve cosas, cuando me fueron a entrar a un teatro, yo, mejor dicho, gritaba porque yo veía allá una película que estaban dando plomo y yo muy niña me solté de los que estaban y salí corriendo, dando gritos. O sea, cosas que yo digo, oiga, realmente hoy en día ha evolucionado mucho todo y ahora, las generaciones de hoy en día no son como cuando estaba uno, que no fuimos criados precisamente en ese en ese ambiente. Yo nazco en 1970 y nazco, prácticamente, casi que cuando empiezan a nacer las FARC en Urabá; nació para los años 70 y yo nazco también. Entonces, yo me vine empezando a levantar en medio de ese ambiente con mi papá que, desde un principio, defendía mucho que la lucha de los campesinos, de los pobres, que el proletariado. Mejor dicho, eso era un discurso tremendo, el que uno escuchaba.

Mi papá siempre fue una persona que simpatizó mucho con la organización y eso hacía que ellos estuvieran a esos alrededores porque ellos buscaban en dónde tenían como esa aceptación para valerse también de ayuda. Así que uno, desde muy pequeño, ya uno empezó a ver todas esas cosas. Yo siempre digo que a la juventud y a los niños hay que educársele mucho y presentársele oportunidades, porque si se presentan oportunidades y los niños y los jóvenes, ante todos los adolescentes, tienen algo por hacer y tienen una oportunidad, otra cosa en qué enfocarse, no van a entrar a un grupo armado. Yo creo que eso me dejó como lección, porque yo digo que, si yo hubiese tenido esa oportunidad de estudiar...

Porque sucede que el patriarcado, que ha gobernado tanto esos hogares de los años 70, hizo que mi papá, estando yo muy pequeña, tenía 11 años, nos dejara, abandonara la familia. Teníamos cinco menores de edad, yo estaba entre esos cinco, yo tenía 11 años y no pude seguir estudiando. Uno con 11 años qué va a hacer; en ninguna parte se puede emplear. Total, que esa adolescencia fue bastante compleja y muy dura, realmente uno se veía sin ese techo que representaba un padre y con una madre indefensa, porque las mamás en ese entonces lo único a lo que se dedicaban era a la labor doméstica y al cuidado de sus hijos.

Era muy duro. o sea, nos quedamos, como dice el dicho «muy desprotegidos» y eso hizo que yo, a la edad de los 14 años, llegara allá a la organización y también, pues, dentro de la organización hizo que también tuviera roles. No pudiera decir yo que liderazgo porque el machismo surgió dentro de la organización; las mujeres éramos muy poco visualizadas en la toma de decisiones y todo lo manejaban los hombres, pero sí en trabajar con comunidad.

También vengo de una familia que le ha gustado como esa lucha social, dolerse por la necesidad del otro, mirar cómo uno se pone los zapatos del otro y siente el dolor, el sufrimiento y la necesidad del otro. Entonces no sé, creo que eso es como algo genético, mi familia, en sí, lo tenía y yo creo que yo lo tenía y lo disfrutaba.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Ya ahora, en el proceso, viniendo al presente de hoy, desde el 2017 que llego aquí a Medellín, eso fue algo muy, cómo le dijera yo, como que... ¡hijuemadre! es la oportunidad de poder tener esa libertad de nosotros de crear nuevas ideas y generar alianzas o juntanzas entre nosotros mismos, que podamos luchar por nuestros derechos y no ser tan dependiente de una persona que siempre te da la comida, te da la ropa: «aquí tienes la ropa, aquí tienes la comida, pero haces lo que yo te mande a hacer». Entonces, yo soy un poquito como muy, cómo te dijera, independiente, aunque el tiempo que estuve en la organización yo era de obedecer y de adaptarme a lo que se me ordenara o se me señalara, pero no porque a uno le guste.

Yo llego, precisamente, por la necesidad. Yo estaba en Mutatá, y te digo yo pasé los 12 y 13 años muy duros con ganas de estudiar. No podía estudiar porque me tocó coger para donde una hermana y esa hermana era la única que trabajaba, pero también tenía que ayudar para la casa. Entonces, lo que a mí me podía ayudar era muy poco y a mí me tocaba hacer de empleada a ella. Ya teníamos como que ese vínculo con el movimiento y nos conocían porque bueno: «ustedes son de la familia Moreno, esos son los hijos de Libardo Moreno». Ya había un referente.

Por lo regular, el movimiento cuando pasaba por partes buscaba contactos de confianza, se llamaba así «contactos de confianzas» que hicieran vueltas. «Vaya a comprarme esta droga», «vaya a gestionar esta comida», «vaya llévele esto», «vaya donde fulano y dígame que venga, que lo necesitamos», cosas así. Así que llega una comisión por esos lados de Mutatá y me mandan buscar a mí, que «vea que necesitamos que» y yo era una pelada y como era una pelada, él me metía por cualquier parte. Entonces me mandaban.

Estuve por ahí como unos dos meses haciendo mandados, llevando lista por allá para que buscaran un mercado, que llevando lista por allá para una droga y así, cosas así. Entonces ya como más grande y pasando las de santintín, que es una edad muy peligrosa, cuando un adolescente tiene esa entrada o esa comunión, ese contacto con un grupo de esos y tú estás por ahí así en el aire, pues...

Porque es muy poquito el que no se ve de pronto seducido por esos escenarios, es muy poquito, es muy berraco el que, sinceramente, uno escuche que diga «bueno, vea, yo tuve la oportunidad de eso y me aguanté». Pero, yo creo que lo que más lo conlleva a uno a tomar esas decisiones son las oportunidades y, de pronto, el momento que uno esté viviendo o esté atravesando. Por eso para mí esto es muy duro. Respiro porque no son las mismas condiciones de hoy. Yo, yo creo que hoy hay mucha oportunidad para los jóvenes, que, solamente, es un poquito de inyectarles esa vitamina de que hay oportunidades para estudiar y para trabajar. Bueno, en cuanto a lo de la empleabilidad, ojalá fuera así, pero, aunque siempre se presentan esas oportunidades, trabajar con esta población y que ellos inicien con una buena carrera de vida... Yo creo que se acabarían los grupos, no existirían porque no habría quién fuera allá.

Entonces sí, eso fue lo que sucedió. De la experiencia uno no dice que «ah, fue lo super wow» porque, realmente, el monte no es bueno, es bueno para uno ir a hacer

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

una excursión. Pero para estar por allá trasnochando, subiendo lomas, cruzando montes y ríos, o sea, es muy duro. Yo creo que las estrategias o lo que se hace en una organización que sabe que es ilegal es eso de estarse uno escondiendo a toda hora, que uno no puede salir en ciertas partes, a donde lo vean, que no se puede dejar ver, que toca andar de noche. O sea, son cosas tremendas. Aparte de eso, pues vaya a ver, cuando está el orden público alterado, cuando hay enfrentamientos, cuando uno sabía que estaba el Ejército cerca, ya uno sabía que tenía que, a veces, aguantar hambre porque no se podían prender fogones.

A estas alturas de la vida uno dice «bueno, sobreviví». De todas estas cosas, eso fue como un, lo que ve uno ahora, un desafío. Experiencias que a uno, como persona, como ser humano, le sirven a uno para la vida, pero, digo yo, no son tan buenas, pero sí podemos decirte que uno recoge algo de todo eso que también se construyó, que uno aprendió allá. Yo creo que uno se forma como persona, con un poquito de más fuerza, en cuanto a que no se nos da nada, que de pronto nos cogió un aguacero y nos tocó por aquí dormir acurrucados, sin cama y sin cobija, pues, «qué caramba, bueno tocó» y listo.



CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Esas experiencias son muy duras y, para mí, el contacto con la comunidad era algo tan bonito y me alegraba mucho. A mí no me gusta la fama, pero me gustaba mirar y sentir que las comunidades a donde yo de pronto salía a hacer una reunión y hablarle sobre la ideología, y las razones de por qué el movimiento o por qué el grupo armado, me aplaudían y me entendían, yo siendo una pelada. Esas cosas me llenaban de alegría siempre estando allá, una de mis luchas que también las expresaba en esas comunidades adonde yo salía decía «las mujeres tenemos que ser valoradas, en nuestros trabajos y donde estemos, tenemos que ser valoradas, no podemos ser maltratadas, golpeadas y creer se las puede someter o tenerlas como esclavas».

O sea, yo me acordaba en ese entonces de que había comunidades que armaban un tambito y uno se subía ahí y hablaban en ese tambito, entonces, yo les decía «mujer, sal de esa cocina, sal de ese portón, únete a la lucha por la revolución». Cuando por allá una vez, yo me llamaba Jenny allá.

—Oiga, Jenny, ¿y usted de donde salió con eso? —me dijeron.

—Bueno, pues, estamos mostrándole. Yo les quiero explicar y hacer sentir a las mujeres que son muy fuertes y que, al igual que los hombres, podemos tomar decisiones, que podemos hacer parte de esa transformación que nosotros estamos buscando. Eso les quiero decir.

Entonces ya se copiaron eso.

—Vea, Jenny andaba por allá gritando eso —por ahí llegaban varios a decir.

Tomaron eso como algo que induce a las mujeres a que seamos fuertes, a que tenemos capacidades y a que podemos aportar mucho. Yo no sé realmente de dónde salió eso. No sé, yo todavía no tengo ni la menor idea porque, por ahí a los 16 años, yo empecé a hacer ese tipo de acciones con comunidades y yo me contentaba mucho. La gente a la que yo llegaba gozaba de esa empatía con la gente.

—Ay, mire, la compañera Jenny, ¿no saben por dónde está?, ¿no saben si vuelve a venir por aquí? —preguntaban cuando pasaban otras comisiones.

—No, no, no, ella no está por aquí, está por allá en otra parte.

—Ay, bueno, me la saluda —les decían.

Había veces en que personas así me mandaban alguna cosita o, cuando yo llegaba, eso expresaban ese afecto tan grande hacia mí, me llevaban mecatico porque uno ver esas cosas, eso era, mejor dicho, le llevaban una pasta de baño, de pronto un perfume, un reloj, o sea, cosas así. Eso para uno era como algo de la más última nota. Yo creo que, de todas esas cosas, de una u otra forma, vamos descubriendo entre nosotros mismos, que digo yo, hoy por hoy, que ser líder es algo que se lleva adentro. Es algo que nace dentro de nosotros y que lo reflejamos en nuestras acciones.

El ser líder nos lleva a nosotros a ser personas con una sencillez y con una humildad de reflejar y no solamente de reflejarla, sino de hacerla sentir con sus actos, eso es lo que nos hace a nosotros crecer en el trabajo que nosotros hagamos. Entonces, he tenido, pues, como esa libertad de poder ser y de poder saber qué

es lo que es un ser humano y el ser humano trasciende tanto cuando tú aprendes a escuchar. Pero también a que te escuchen, cuando tú aprendes a expresarle y hacerle entender por las buenas al otro que las cosas hay que buscarlas de una forma amable, de una forma cordial, armónica.

Ahora le decía por allá a unos funcionarios del ARN.

—Oiga, venga, yo estoy viendo cosas aquí que no van conmigo y que, como líder de la gente que estoy representando, créanme que estoy llevándola a lo bien con ustedes. Estoy tratando de que me escuchen y de que traten de mirar las cosas, que las apliquen en todos los escenarios donde haya esa igualdad de derecho para todos los reincorporados. La implementación o la reincorporación es para todos, no para un partido.

Yo lucho mucho eso con ellos y ahora, precisamente.

—Enith, de dónde saliste que tienes que tú te vas por la vía de que te escuchen y de escuchar; por la vía amable —me dijo uno de los funcionarios.

—Sí, porque es que estar acudiendo al enfrentamiento...Venga, el derecho de petición, venga la tutela, venga esto, o sea, eso lo desgasta uno. Y el tiempo y corra para allí, corra para acá. Pero toca tomarlos, si vemos que agotamos todos esos escenarios. Yo les estoy avisando a ustedes porque ya le dije al uno, le dije al otro que qué está pasando con esto, entonces por eso estoy diciendo, ¿bueno? Cuando yo mande el palazo, entonces no se vayan a enojar porque es que yo soy pacífica.

Ya basta de tanto enfrentamiento, eso me duele. Hoy por hoy, como líder, me duelen escenarios donde yo escucho... es decir, yo entiendo que los actores hicieron parte de esta guerra y derramaron sangre. Quizás, no sean merecedores de perdón, pero yo creo que el hecho de haberse dado esa firma y ese acuerdo es para que todos nos sentemos y veamos esa oportunidad de que podemos construir algo nuevo. Desde el alma, desde nosotros decir a quiénes nos estamos enfrentando, quiénes somos los que nos asesinamos, quiénes somos los que estamos perdiendo en esto. La gente pobre, porque aquí no hay ricos metidos en este conflicto, en esta guerra.

Estos días me dolió mucho y me paré, me paré de espacio. Era con mujeres, era la comuna de Belén, yo casi no he estado. Yo he estado mucho con todas estas otras compañeras en muchos escenarios, pero yo creo que esa cultura de paz hay que trabajarla porque tienen que ser escenarios donde no estemos señalando o dando el martillazo, sino de construcción, de reconciliación. «Venga, yo estoy herida, yo estoy dolida, soy una víctima porque muchos dicen yo soy una víctima», pero yo creo que de todas estas cosas uno aprende; no podemos estar... Yo quisiera que esa palabra de víctima se pudiera cambiar, pudiéramos decir «yo soy una sobreviviente», «yo soy una resiliente», «yo soy una resistente», porque eso de víctimas yo creo que nos lleva a nosotros como a un extremo muy bajo. Ojalá eso de pronto algún día pudiera cambiar un poco.

Son cosas que a nosotros nos traen tanta enseñanza porque esto es trascender a una mente abierta, a tú aprender a escuchar el porqué nos señalamos. Yo aquí,

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

en este espacio, he estado en algunos conversatorios con la unidad de víctimas y Claudia Vallejo, yo la quiero mucho y ella maneja una empatía muy buena conmigo, me dice «Enith realmente te digo una cosa, que esas cosas son las que tenemos que trabajar nosotros con la población porque esto nos hace sanar, porque es mirar». Así que yo me pongo a contar mi historia de vida y yo fui muy violentada desde niña, pero yo no me puedo detener ahí en ese pasado, sino en disfrutar este presente de lo que estamos construyendo.

Había unas señoras adultas mayores y decían «es que esos guerrilleros son los que les están dando las oportunidades. Ahora el castigo que tienen es que les están pagando». A veces se habla tanto por la ignorancia, porque yo llamaría a eso ignorancia, porque si nos vamos a una realidad y escuchamos siquiera a un actor, de verdad, sobre cómo es la vida de esa persona, nos encontramos con otra realidad. Esas señoras, toda la participación se la pasaron fue en eso. Una vez en Cocorná, durante todo este ejercicio, estuve también en una Mesa con las víctimas de allá y escuchaba tantas cosas dolorosas. Así que en medio de mi intervención dije que había hecho parte de la organización y que le daba tantas gracias a Dios porque muchos salimos, como dijo el dicho, ilesos.

Yo digo que darse cuenta ha sido terrible, porque sinceramente eso no tiene nombre. El haber puesto una bomba y haber acabado con la vida a tantas personas, de una familia, etcétera. Eso... o sea, yo le doy gracias a Dios... Dios me quiere tanto ¡hombre hijuemadre! porque gracias a Él yo no tengo esa consciencia. Eso debe de quedarle a uno en esa consciencia de pensar que acabaste con tanto y que hiciste tantas cosas. Pero sí, muchos que cometieron tantas atrocidades... ojalá ellos escucharan todo esto.

Realmente, eso le duele a uno mucho porque uno ve el rechazo, el martillazo, y yo digo «hijuemadre, pues, yo no me merezco esto, pero bueno». Eso es muy doloroso. Yo no me atreví ni siquiera ni a presentarme, a decir en otros espacios de dónde vengo, qué estoy haciendo y qué estoy representando. Tiene uno como esa libertad de hacerlo, pero ahí no. Bueno, en medio de todas esas cosas, una de las realidades que ustedes deben tener en cuenta es que no se pueden detener en un solo actor porque los causantes de la violencia en Colombia fueron los grupos paramilitares, las guerrillas, la fuerza pública, grupos delincuenciales, o sea, las cantidades de personas que dejaron los falsos positivos, que todos fueron hechos por la Fuerza Pública, entonces, hay que darse cuenta.

Falta mucha orientación porque cuando una persona maneja esta visión, así de esa manera, tiende a violentarlo a uno. Son ambientes muy tensionantes, muy tóxicos, así que tiende a darle a uno emocionalmente, a sentirse uno ahí como hasta con miedo porque siente que van a llamar a alguien... Entonces son cosas muy terribles.

En medio de todas esas cosas, en la asociación que estoy liderando somos 115 firmantes y la creamos en el 2021 por esa necesidad. Precisamente, la gente empezó a buscarme y a decirme que estaban viviendo, mejor dicho, situaciones muy duras. No sabían cómo hacerle fuerza para luchar por sus derechos, así que

hay mamás, compañeritos, adultos mayores, gente noble, a la que se le acabó su vida allí, gente lisiada con las piernitas mochas, con las manitos mochas, o sea, esas cosas para mí son muy terribles. Yo creo que todas las personas somos seres humanos, independientemente, de lo que sea. De ahí nace Medepaz en el 2021.

Empezamos 25 compañeros del 2021, ahora que estamos finalizando el 2024, estamos en 116 compañeros firmantes. Ahí no hay nadie sometido porque yo le digo porque cualquiera puede buscar otra parte donde pueda vincularse. Pero lo único que sí les recomiendo yo es que no se queden solos, porque hemos podido experimentar que una sola golondrina no hace llover, que lo que hace que nuestra voz se haga eco es el colectivo, es la organización, eso es lo que sienta a las partes. Cuando tú no eres una persona, sino que eres una comunidad, eres un pueblo, entonces, eso hace que las partes construyan, escuchen, que se tracen rutas para establecer esa necesidad y para garantizarle a ese colectivo lo está pidiendo. Eso sí es lo que estamos haciendo ahora.

Me duele cuando compañeras lideresas que han trabajado y se llaman constructoras de paz, a veces, las veo como con ciertas prevenciones hacia mí. Más bien, lo he tomado como algún celo, pero de igual manera yo ni siquiera le presto mucha atención. Sí me he encontrado también con todos estos tropiezos en el camino, pero no es como lo que me ha hecho detenerme frente a lo que yo estoy construyendo.

Anhelo, ante todo, a un mediano plazo, poder consolidar una mejor calidad de vida de la gente que esté en mi organización y no solamente de ellos, sino también de sus entornos, de sus familias, de las comunidades; que podamos construir esos proyectos de vida basados en la economía solidaria con las comunidades. Ahora le estamos apostando a eso y creemos que, a través del proceso, podemos ser esos gestores de esa economía solidaria que articule a esas poblaciones y puedan decir que esta gente que está aquí ha servido y es una gran bendición porque les hemos mejorado la vida y han sentido que somos seres humanos igual. ¡Qué bueno cuando uno escucha eso de personas y de organizaciones!

Ojalá toda la gente, las comunidades y las instituciones se liberaran también de ese pasado tóxico que, realmente, yo creo que no alimenta, sino que lo previene a uno para estar como con veneno.

En cuanto a mi vida personal, yo a veces hasta estoy en la casa y estoy respondiendo correos, estoy organizando documentos, no tengo una secretaria. Hay una junta directiva, pero entre nosotros no hay una persona profesional que pueda decir uno que se encargue o que ayude a montar. Mire, hoy me cogieron con una cosa de Antójate de Antioquia, yo estaba en un desespero, porque había que subir una presentación del proyecto, hacer como un presupuesto y etcétera. Yo le había dicho a otra compañera y ella estaba en una calamidad doméstica, estaba en una clínica con unos parientes cercanos que se le quemaron entonces, imagínense, cómo le seguía yo. Hasta que por ahí me escribió y no he tenido tiempo ni de responderle, me decía que estaba muy avergonzada, que porque me había hecho quedar mal y yo ni le respondí porque yo soy una de las personas que, si me molestan las cosas, guardo silencio. No respondo.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

A veces dejo un poco como desordenadas las cosas, pero no porque me guste el desorden. Me gusta que cada cosa esté en su lugar y en su puesto. Muchas veces no tengo tiempo de hacer aseo, entonces, a veces se me pasan hasta tres y cuatro días, otras veces hasta ocho días con la casa sin asear. Salgo muy temprano, llego muy tarde y cuando llego ya estoy cansada. Así que lavo cuando puedo. Eso sí, a mí no me gusta amontonar la ropa, a mí me gusta estar lavando, yo sí lavo tres o cuatro veces, así sea de noche. Yo organizo y clasifico, no me dejo apilonar ese ropero. Uy no, eso así sea de noche, así vaya cansada, yo prendo esa lavadora y guindo esa ropa ahí. A veces una vecina me la entra, otras veces no sé quién la entrará. Total, que yo la encuentro allá adentro y sin mojarse.

Comparto mi vida con un compañerito que también hace parte también del proceso. Nos conocimos allá, un hijo, yo tuve tres hijos estando en la organización. La maternidad, una cosa terrible porque, como lo saben: ¿quién en el monte tiene una gestación normal?, fueron cosas que realmente también a uno lo marcan y todo, pero yo digo que de ahí nació, resucitó una Enith para hoy enfrentarse a grandes retos. Bueno, ya cumplí 53 años, ya llevo tres años de ganancia. Ya llevo tres años de ganancia porque mi compañero dice que es que uno se pasa de los 50 y que de los 50 para allá que ya es de ñapa.

Tengo una cantidad de cosas y de trabajos, porque tenemos que pasar listados, hacer convocatorias entre nosotros mismos, que vea que vamos a hacer esto y lo otro. Trato de controlarme mucho a veces en la forma como digo las cosas, porque creo que uno como líder tiene que saber hablar, la forma de uno expresarse es importante y por eso, muchas veces, yo me quedo callada o siempre le digo al otro. He aprendido, esto ha sido una escuela tenaz. He aprendido que uno para poder hacer que la gente lo respete y ganarse ese respeto de las personas, primeramente, tiene uno que respetar, porque si tú eres grosero, altanero, ahí no hay nada. Asimismo, te van a hacer la patanería y eso. Siempre, por encima de todo, el respeto. Así el otro la esté cagando...

Glosario

Memoria

La memoria es algo que nosotros recordamos, que viene como de un pasado. O un retrato, podemos decirlo así, lo recordamos y va a quedar ahí para que no solamente nosotros lo veamos, sino como que en las generaciones que están, en las que vienen. Es algo muy valioso porque es un recuerdo.

Perdón

Perdón es una palabra muy grande, yo creo que hace parte como del ser de nosotros mismos. Y ese perdón, yo creo, que no debe ser como tan externo, sino más bien interno, que debe de nacer de adentro porque si lo hacemos de adentro nos va a traer mucha felicidad. Paz, yo diría que paz, que ese perdón nos trae a nosotros esa paz.

Paz

Esa paz es lo que nos va a ver reflejados nosotros. Yo creo que, como seres humanos, en personas muy amables, muy justas, muy sencillas, creo que mientras que nosotros reflejemos y construyamos, muy incluyentes, se hace paz. Yo digo que una de las muchas cosas que generan violencia es la exclusión. Creo que cuando somos muy incluyentes y todas esas cosas se nos genera una paz muy grande; cuando nosotros actuamos con estas actitudes así de unos valores muy grandes.

Reparación

La reparación es como el reconocimiento de un daño que hay y ese daño, cuando lo reparamos, sabemos que esas grietas tienen que sellarse y al repararse, o sea, hay una sanidad.

Alegría

Ah, esa es muy toda, yo creo que habiendo cumplido todas las anteriores, nos va a traer a nosotros esa alegría y esa alegría nos genera a nosotros vida, porque una de las medicinas para el alma y para el espíritu es la alegría, y si tenemos todos esos complementos anteriores, yo creo que vamos a durar mucho.

Sanación

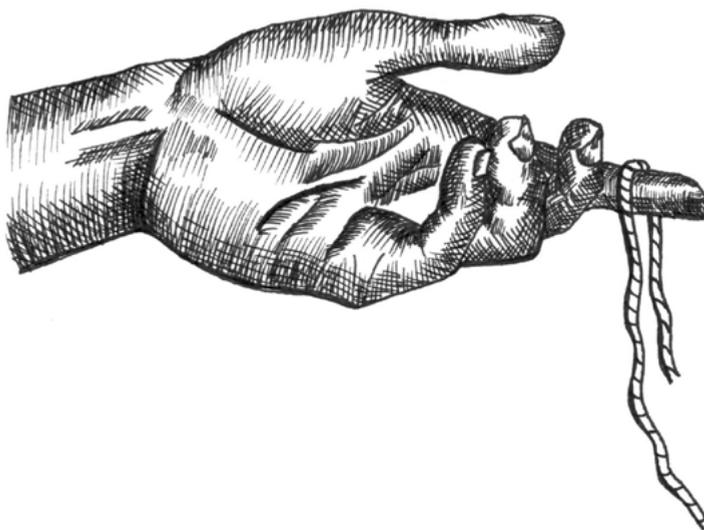
La sanación, en realidad, es ese remedio que todos los seres humanos necesitamos de sanar y sanar el dolor, las heridas, las enfermedades. Yo creo que en Colombia a todos nosotros nos falta mucho sanar todavía. Es sanar esas heridas. Algo tan importante que ojalá algún día pudiera haber esas expresiones públicas e institucionales, que hiciéramos ese llamado a esa sanación entre todos nosotros para que pudiéramos generar esos espacios tan sanos y de alegría.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Medellín

A Medellín yo lo quiero mucho. Imagínese que la asociación la llamamos así Medepaz y Medellín es paz. Para mí, Medellín representa la oportunidad, el empuje, la berraquera, el orden, la organización y es un conjunto como de tantas cosas que, para mí, son ejemplo, tanto en el territorio como nacional e internacional, y yo me siento muy orgullosa de mi ciudad porque creo que ha sido una ciudad muy ejemplar en muchas cosas. Yo siempre voy a Bogotá, voy a otras partes y yo digo «no hay nada como Medellín». El orden, el aseo y cada día luchamos porque Medellín sea mejor y es lo que queremos para nuestra ciudad.





Gisela del Socorro Castrillón

Primero, yo me presento siempre con mi nombre completo que me encanta: Gisela del Socorro Castrillón Sierra, habitante de la Comuna 15, una apasionada y enamorada del tema social, del tema de derechos humanos y de la Mesa de Paz y Convivencia de la Comuna 15 en Guayabal. Madre cabeza de familia, tres hijos, en el momento ya casi todos tres profesionales. Soltera, hija de dos padres maravillosos, Fernando Castrillón y Josefina Sierra, hermana de diez hermanos, tía, sobrina, prima, una familia muy completa.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria



Habitante de la Comuna 15, Guayabal, de toda mi vida. Tengo la fortuna de trabajar en lo social y he tenido la oportunidad de conocer mi comuna al revés y al derecho. He trabajado con todas las poblaciones de la Comuna, los adultos o personas mayores que les decimos ya, los niños, las niñas, los jóvenes, población con discapacidad, con la población LGTBIQ+, con la población habitante de calle ahora en el proyecto que estoy desde la Secretaría de Inclusión Social, muy dedicada al tema de habitante de calle. Me he aprendido demasiado con este tema, cada día nos sorprendemos más de todas las cosas que vemos en la calle y de cada uno de estos chicos.

Toda mi vida he sido muy extrovertida. Siempre he sido como la chistosa de la casa, la que a todos hace reír, la que siempre ha querido ayudar. Desde la escuela me gustaba lo social porque mi papá tuvo la fortuna de trabajar en una empresa que se llama Industria Metalúrgicas Apolo y estudié en una escuela que la fundó la fábrica Apolo y allá había restaurante para los maestros. Entre las niñas, se mandaba todos los días a una diferente a recoger el desayuno de las profesoras y cuando me tocaba a mí, pues como yo tenía la dicha que mi papá trabajaba allá y fuera de eso, mi tía era la ecónoma del restaurante, entonces siempre me empacaban más desayunos para entregarle a las niñas que no tenían en la escuela y a raíz de eso fui creando como un grupo de niñas que tenían como escasos recursos económicos o las mamás salían a trabajar y no les daba tiempo de darles el desayuno.

Yo siempre les traía el desayuno de la escuela y ya me esperaban en la mañana para yo apuntar los nombres y luego cuando me mandaban ya les traía el

desayuno a ellas. Yo creo que desde ahí empezó lo social conmigo. Lo otro era que en la escuela yo siempre participaba en el grupo de enfermería, en el civismo, en el cooperativismo, jugaba baloncesto, pues siempre como que estaba en función de todos y de todas. Desde ahí siento que a mí me creció como el tema de lo social y como me decía una jefe que tuve: «me picó el gusanito por la comunidad» y ya uno cada día quiere crecer más en este espacio.

A ver, ¿qué me impactó mi vida? Pues primero, el que a raíz de mi separación, con todas las diligencias que me tocó hacer, que fueron bastantes, yo en ese tema aprendí demasiado y, luego, en la comuna con una líder que tenemos que en el momento se encuentra retirada de lo social porque se enfermó. Inclusive, ella era antes la coordinadora de la Mesa de Paz y Convivencia de Derechos Humanos. Ella se llama Dora Luz Ciro Vélez y con ella, a raíz de mi separación y todas las diligencias que me tocó hacer, creamos una organización en la comuna que se llamó Ciudad de Mujeres.

En Ciudad de Mujeres nosotros íbamos y hacíamos visitas domiciliarias a las mujeres que nos informaban que tenían problemas intrafamiliares y en el caso de separación o algo así, como por mi experiencia. Entonces, empezamos a formar a ese grupo de esas mujeres que decidieron un día demandar a sus esposos y hacer que cumplieran con la cuota alimentaria o la vivienda o la dedicación que ellos debían, como padres, entregarles a sus hijos.

Ahí fue que nació esa mesa que se llamaba Ciudad de Mujeres. Luego de Ciudad de Mujeres, nació el colectivo de mujeres con la señora de acá de la comuna, Doña Yolanda, y nosotros empezamos a hacer la Mesa de Paz y Convivencia de Derechos Humanos de acá. La mesa ya lleva 15 años en el territorio y siempre nos hemos encargado de hacer ruta de atención de todos los temas de vulneración que hay en la comuna. Igual, también hacen como visitas domiciliarias desde la mesa para mirar qué ruta le damos a las personas que tienen problemas de vulneración.

Yo creo que eso me ha hecho como crecer mucho como persona, como mujer y como madre y como... yo no lo llamo como líder, como una guía aquí en la comuna para ayudar y para ayudar a crecer a las mujeres o a las personas que lo necesiten. Es como entregar lo que uno sabe a otras personas para que sigamos creciendo.

Esa palabra de «líder», yo siento que es como que cuando digo «yo soy una líder» como si fuera la más tesa. Hay otras más tesas detrás de mí también. No, acá uno es como ese apoyo, como la guía de otras personas. Igual cuando Dora se enfermó y no pudo seguir con la Mesa, pues todo lo que había yo aprendido al lado de ella, que ella, pues, era en ese momento la lideresa, yo había aprendido tanto al lado de ella que me lancé a tener la Mesa y de 47 personas que éramos en ese entonces, ya estamos en 110 y tenemos dos semilleros. También es como la ayuda de cada uno de los miembros de la mesa. Es como buscar qué querer hacer y antojar a los otros de que hagamos eso para ir creciendo juntos. Pues yo siempre lo veo así.

¿Cuándo empecé a ver ese reconocimiento de los demás como lideresa? Yo creo que desde que Dora se enfermó, que yo me le metí con toda a la Mesa, además

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

de que era dura la tarea porque primero estaba criando a mis hijos en ese tiempo todavía. Mi niño, que ahora ya tiene 23 años, se me gradúa ahora el mes que viene de chef. Él todavía era muy sardino. Inclusive él andaba conmigo para todos los eventos que teníamos en la Mesa, para las reuniones.

Nos ayudaban ellos, mis hijos crecieron en la Mesa. Siempre me tocaba duro, era como que el estudiar, el trabajar, porque yo siempre he estado trabajando en la alcaldía y, anteriormente, estaba en Derechos Humanos. Trabajar, educar, criar a mis hijos, cumplir con las tareas de mi casa, cumplir con la Mesa de Derechos Humanos, programar eventos y que nos salieran. En ese momento que empezó como la gente a decirme eso. Igual a mí siempre me daba como risa que me dijeran así, porque eso es una palabra como muy grande, ¿no? Entonces, no sé, ellas empezaron a decirme que era la líder y ya me empezaban a llamar a mi casa, de la alcaldía, de la personería, de la Secretaría de Mujeres, que yo no sé qué. Y entonces ya uno va viendo que fue como entrando a trabajar en otra etapa.

Uno de los retos fue el querer salir yo adelante, que es empezar, además de todo lo que tenía que hacer, ya tenía que sumarle que debía prepararme y estudiar. Entonces para mí eso fue un reto bastante grande porque era salir de mi trabajo, ir a recoger mis hijos, muchas veces llevármelos para la universidad, muchas veces tenerlos conmigo siempre, yo también estudiando. Eso pues fue como un reto.



Otro reto fue cuando me graduaba, que siempre mis hijos me acompañaban a los grados, a recibir el diploma. Eso fue un reto muy grande. El otro reto que ahora siento es ver mis hijos ya profesionales y que nos ha tocado dura la situación, entonces es un reto bastante grande.

Y el otro, el amor que siento por el prójimo, por el otro, por ayudar a la otra persona, como mirar que hay gente que tiene algunas vulneraciones o necesidades y que ellos no sepan cómo pueden resolver esas situaciones. Y que como cuando ya uno sabe, entonces mira que es fácil; «venga que es por acá, hagamos esto», «vaya a tal parte», «llamemos a tal persona», «venga que yo la conecto con un abogado», «venga que le conseguimos una psicóloga». Es como uno saber todas estas rutas e indicárselas a las personas y que ellas sientan que de verdad no están encerradas y que pueden tener esas ayudas. Eso para mí es un reto, siempre que lo hago es un reto, porque cuando la gente lo llama a uno es porque de verdad no saben y no conocen. Hay gente muy desconocedora de las ofertas institucionales o de los programas que tenemos en las comunas y es como empezarlas a interesar en eso. Y cuando ya me llaman y me dicen yo qué puedo hacer para pertenecer a la Mesa de Derechos Humanos.

Entonces me dicen: «Ah, vea, esta aprendió también». Es como ir arrastrando a la gente y que se queden; que luego ayuden y que quieran también crecer igual que uno y aprender. Eso es un reto grande.

Para mí yo tuve mucha resiliencia, porque no es fácil cuando te separas con hijos, niños, casi que bebés, todos, y salir adelante. Pues como estudiar, trabajar, crecerlos, ayudarles a formarse y estar ahora donde estoy; eso es resiliencia. Y para mí qué significa la resiliencia, pues es cuando uno de una situación difícil puede hacer que sea más fácil y mejorarla, salir adelante de una situación difícil.

Bueno, sobre relacionar la vida privada con la pública, de eso sí tiene uno que aprender mucho. Y las personas que les ha tocado la situación como la mía, por ejemplo, ser arte y parte, trabajar en la administración, pero además también trabajar en la comuna o en los barrios. Porque conocemos la problemática de la comunidad y de los habitantes de las comunas. Es como aprender a cómo manejar esos dos roles. Y el otro rol es el de la familia y de la comunidad. Pues, yo ahí me siento que he tenido como mucho apoyo con mi familia, no solo con mis hijos, sino también como con mis padres y mis hermanos, que también como que ayudan a participar.

O sea, mi papá y mi mamá pertenecen a la Mesa de Derechos Humanos. Ellos no faltan los miércoles. El primer miércoles de cada mes son los primeros que llegan a la reunión. Por eso mis hijos crecieron en la Mesa de Derechos Humanos. Por ejemplo, ya mi hija Yesenia, en la Mesa de Derechos Humanos nació otra mesa. Entonces, nació en la Mesa de Derechos Humanos y las niñas jóvenes que teníamos en la mesa se dedicaron a esa otra mesa.

Es como que uno aprende a manejar con la familia y el trabajo con la comunidad. Saber cómo incluirlos a ellos en ese trabajo de la comunidad. Pero lo otro es que cuando tenemos las salidas o las reuniones familiares o la visita a mis padres,

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

también, eso es como aparte. Siempre hay un espacio. Yo toda la vida he dicho que «el que quiere, puede». Uno se organiza su tiempo y el tiempo alcanza para todo. El día tiene 24 horas y a veces no sabemos cómo ocupar todas las 24 horas haciendo varias cosas. Es como querer trabajar y querer estar y organizar su tiempo.

Sobre la relación con mis hijos, a pesar de que a veces tenemos en las familias dificultades, ¿cierto? Saberlas afrontar y aprender que son errores o falencias que hay en la familia, también que son cosas que se pueden remediar o superar y mejorar. Pues yo con mis hijos tengo muy buena relación con los tres hijos que tengo. Y lo otro es que los dos menores siempre estuvieron conmigo en todos estos procesos. Entonces, también hicieron parte de lo social y se volvieron muy sociales, como que también saben manejar el tema.

No he tenido como dificultades de: «¿por qué otra vez?» o «todo el día se quedó en la calle» o «no la vemos casi». No, yo siempre los llamo, hablo con ellos, pues igual están en la casa todavía. Entonces siempre nos vemos, ellos preguntan si yo necesito hacer algún trabajo de la comuna y ahí mismo yo los involucro. Yo llego y los voy involucrando.

Yo tenía sabiduría de hacer carteleras muy bonitas. Le dije a mi hija antes: «hágame esas carteleras, que vamos a hacer tal evento». Ella ahora está estudiando comunicación social, yo les digo que bueno, que es para que practiquen. «Y acuérdense que tenemos que hacer una grabación, ustedes me toman las fotos», pues, se hace tal cosa. Ellos se animan y empiezan también a trabajar parejo conmigo. Y es que también es porque de chiquitos yo los involucré en el cuento. Siempre me estuvieron acompañando, entonces ellos siempre saben dónde está la mamá.

Todo mi aprendizaje, todo lo que he hecho, todo lo que me ha tocado vivir, todo lo que hemos conocido, disfrutado y, a veces, ponernos tristes, de pronto hay esas cosas que nos hacen hasta llorar, pues, uno siempre se lo debe a otras personas porque detrás de uno o adelante de uno siempre iban otras personas, ¿cierto?

Yo siempre digo que yo me volví líder, entre comillas, porque no me gusta la palabra líder o aprendí tanto de los otros líderes o de las otras personas que nos ilustraron y nos guiaron. Aquí en la comuna 15 tenemos, la verdad, esas personas que nos guiaron siempre. Esos grandes líderes como acá, por ejemplo, tenemos a un señor que se llama Jorge Humberto Ortiz, que es el teso en el tema ambiental. Tenemos a un señor en el barrio Antioquia que se llama Francisco, le decimos Pacho en la Casa de la Cultura. Personas que le dejan la unión, como acá, esa huella o ese aprendizaje o esas ganas de hacer lo mismo de ellos.

Por ejemplo, tuvimos a una señora Gilma Mazo, que fue una excelente líder. Tuvimos a una Dora Lucero Vélez que, prácticamente, lo que tenemos en la comuna y el avance que tenemos podemos decir que a esas personas les debemos eso porque fue el principio. Uno ya cuando llega, ya empieza es a lo que hay o ayudarlo a crecer o a dañarlo como hacen muchos, ¿cierto? Entonces, hemos tenido como una continuación de esos proyectos.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Tenemos una señora que es la cabildante mayor de la comuna, Doña Gloria, que es pues una persona que todos los días está enseñando. Entonces a mí sí me gustaría como en esto que vaya a quedar escrito, que tengamos ese reconocimiento a esos líderes que estaban adelante de nosotros, los que estamos ahora y que, prácticamente, fueron los que vieron qué se necesitaba y ya estamos nosotros estamos haciendo que esas cosas continúen y no se callen, pues, no se dañen, ni que las olvidemos. Sino como siempre el pensar: «Vea, acá existe una Mesa de Medio Ambiente que lleva, creo, por ahí 25 años en el territorio y cada día la vemos mejor.

O por ejemplo una Mesa de Derechos Humanos que la iniciamos con Dora Lucilo y vea cómo va de adelante. Entonces, es como eso. Sí me gustaría que siempre en las comunas se resaltaran esas personas maravillosas que un día fueron los que nos guiaron a los que en el momento estamos. Y así sabremos después que detrás de nosotros vienen esas otras personas que estamos nosotros guiando. Porque hay veces como que lo olvidamos, sí, ¿cierto? Como que no lo tenemos en cuenta, entonces, llegan y cualquiera va diciendo «ah, no, es que yo hice esto».

Cuando uno no conoce la historia de su país, de verdad que no tiene otra memoria para construir otra cosa o ayudar a que eso que ya estaba hecho con su historia y su memoria que tenemos, eso siga adelante. La memoria y la historia es el sentido de eso.

Glosario

Memoria

La memoria es muy importante porque si uno no tiene memoria para conocer la historia de todo lo que vayamos a hablar, no podemos hacer las cosas como realmente tienen que ser. Para mí es muy importante la memoria.

Perdón

El perdón, esa es una palabra difícil. No todo el mundo perdonamos, a veces creemos que estamos perdonando, pero no. Lo hacemos de dientes para afuera y no de corazón. El perdón es perdonar de corazón, es perdonar, pero igual también olvidar el suceso que haya ocurrido.

Paz

La paz, la paz viene de Dios, ¿tú sabías? La paz viene de Dios, la paz, pues la paz viene de mí. La paz, la paz que yo tenga en mí ser o en mi corazón es la paz que yo le voy a manifestar a la otra persona que esté al lado mío.

Entonces, yo digo que la paz tiene que nacer de cada uno de nosotros.

Reparación

La escuchamos mucho en la reparación de víctimas. Es como hacer algo para reparar el daño que le hayamos hecho a otra persona.

Hacer algo como, es que yo no sé cómo decirte, porque yo tengo un hermano desaparecido. Entonces es como que, no sé, hasta el momento nosotros nos sentimos que no nos han reparado a esa víctima ni sentimentalmente, ni monetariamente, ¿cierto? Porque igual tampoco ni aparece, ni sabemos nada.

Pues, a veces, pues, no sé. El ser humano nunca lo vamos a olvidar con la reparación que hacen en sentido monetario, porque el ser humano no cuesta dinero. Y yo siento que esas son cosas que internamente nunca se reparan.

Eso es algo que queda siempre como en el corazón de cada miembro de la familia de esa víctima. Esa es como una palabra bien dura para mí, como la reparación. He leído mucho sobre la reparación de víctimas y cuando trabajé en derechos humanos, en víctimas, yo no, como que esa palabra no, nunca la podía asimilar.

Bueno, no sé, yo creo que es como que me corcho.

Alegría

Para mí la alegría es cada mañana despertarme y ver que no me duele nada y que puedo salir a la calle a hacer el trabajo que tanto me gusta. Para mí eso es una alegría, una satisfacción muy grande.

Estar viva, ver todos los días los árboles, cuando llueve, cuando hace sol, con todo el que nos encontramos en el camino. Cuando encontramos a alguien que necesita ayuda y poderlo ayudar para mí es mucha alegría. Cuando llamo a mi

mamá por la mañana, cuando le digo a mis hijos «Dios los bendiga», «que les vaya bien». Todo, todo es una alegría.

Hasta cuando me despido de mis gaticos para ir a trabajar. Alegría es todo.

Sanación

La sanación, yo creo que va a ser el día que todas esas cosas que nos duelen en el corazón sepamos cómo reparar; cómo reparar todo el daño que tenemos que otras personas hayan ocasionado y por sí mismos decidir que nos vamos a sanar de eso.

Medellín

Medellín, Medellín es la ciudad donde nací. Medellín es la ciudad donde me crie, Medellín es la ciudad donde me eduqué, donde me enamoré, donde tuve mis hijos, donde los vi crecer.

Medellín es todo, Medellín es hermoso. Yo que tengo la dicha de conocer todas las comunidades de Medellín, por todos los lados, para mí Medellín es lo máximo. Yo creo que yo no dejaría mi Medellín para irme a vivir a otra parte.

Medellín es una belleza, así tengamos dificultades y haya tantos problemas como los que tenemos, pero no hay como Medellín. Yo amo a Medellín, como la propaganda: «Depende también de ti, darle amor a Medellín».

El amor a Medellín ya lo damos cada uno, ¿no?

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria



Gladys Puerchambud

Mi nombre es Gladys Puerchambud, soy indígena inga. Soy una mujer con un pensamiento que se ha ido construyendo aquí en la ciudad, que tenía ya unos saberes, una identidad, pero que también es cambiante y que va creciendo de acuerdo con el contexto en el que esté, entonces, dependiendo del lugar pienso y gracias a ese pensamiento, también me alimento y gracias a ese pensamiento también actuó.

Entonces soy una mujer indígena, madre de dos hijas, de dos niñas que tienen una diferencia de edad de 11 años y soy feliz, soy feliz. La felicidad tiene varias connotaciones, pero en este momento, tengo casi todo en el lugar que quería, en ser la mujer que en este momento soy que, seguramente, diez años atrás, 15 años atrás, era totalmente distinta a esta mujer. Bueno, yo vengo del territorio Inga Manoi de Santiago Putumayo. Viví y vivo en el resguardo indígena, en la parcela número uno en Quinchoa Pamba, así se llama la vereda.

El relato de mi infancia está muy ligado a mi abuela. Hay algo que tengo cargado en mí y yo lo he dicho varias veces a mis amigos, a las personas que he conocido y que sé que tienen sus abuelos vivos o sus abuelas, yo les digo «vean, aprovechen de sus abuelos, aprovechen de sus abuelas, que no saben el saber que tienen ellas».

Yo desearía regresar 22 años atrás, que es el tiempo que lleva mi abuela fallecida, ya que no la pude disfrutar mucho. Digamos, 15 años de mi vida los puede disfrutar. Sí, y soy feliz con todo lo que aprendí de ella. Pero creo que me hizo falta mucho más con ella. Con ella yo aprendí de los sueños, yo aprendí sobre la medicina, del cuidado de las plantas, el impacto que tiene sobre nuestro cuerpo, la magia que tienen las plantas de curación. Esa magia, precisamente, la tenían las abuelas en la forma de la preparación, en el uso de las plantas.

Entonces, yo recuerdo que la abuela sabía decir que es malo apuntar al arcoíris cuando sale en el cielo. Un día yo dije que le iba a apuntar al arcoíris y fue tal cual, entre el dedo índice y el pulgar empezó a abrirse una herida. Yo nunca me corté, yo no tengo la memoria de que me haya cortado, pero esa parte se me abrió y estaba como gangrenándose, algo así, y la abuela con unos remedios buscó unas hierbas, no sé qué hierbas, las machacó y se las metía a la boca, y con la mezcla de la saliva —porque la saliva para nosotros hacía una mezcla poderosa con las plantas— me las echó ahí.

Ese es el recuerdo que yo más presente tengo de mi abuela. Después se me curó, me puso una plasta ahí de esas hierbas y se me curó. En estos tiempos actuales, una cortadura que se ve como que se está pudriendo o algo así, ¿qué hacen los médicos?: exámenes, antibióticos por días, cremas... Pero mi abuela lo hizo a través de una plastica de plantas con saliva. ¡Santo remedio!

De lo que más recuerdo de mi infancia, en este momento, es a mi abuela. Daría todo por volver a verla. Yo tuve mi infancia, crecí con ella y, pues, de hecho, también algo que recuerdo muy bonito era que mi abuela era una mujer que no era brava. No sabía leer, ni escribir. Andaba descalza; creo que esos últimos cuatro o cinco años de vida ella utilizó zapatos, pero toda la vida fue descalza. Para lavarse —algo que me parece muy bonito— era en el río Quinchoa Pamba de mi pueblo que era grande, era extenso. Hoy en día yo lo voy a ver y me da tristeza cómo ha bajado su caudal, antes llegaba casi hasta la carretera donde vivía mi abuela en la vereda. Resulta que nos llevaba al río y buscaba una piedra bonita, redonda, que no fuera porosa, y con eso se lavaba las piernas; los pies, los callos, todo. Yo le decía «¿Por qué se lava?». Y la piel de la pierna, los muslos eran suavitos, pero

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

yo me llegó a lavar con piedra y me deja reseca. No sé qué era lo que pasaba, no sé qué sabiduría tenía la abuela, pero así lo hacía.

Entonces, digamos, ella vivía —es que los tiempos son tan cambiantes y son tan complejos— porque, por ejemplo, ella vivía de dos o tres vaquitas que tenía para sacar leche. Alguna le daba cinco o seis, otras dos; tres y seis litros. Ella la vendía, y con eso y con los huevitos ya. Con las gallinas que tenía, semanalmente, reunía los huevitos y los sábados y domingos iba a vender los huevitos. Con eso mi abuela vivía. Una mujer sin saber leer, ni escribir, nada. Ella aprendió como lo del valor de la plata y así levantó a sus hijos, así levantó a mi papá. Es una mujer para mí de ejemplo, porque ella sin tener la profesión, tenía el saber y así lo hizo.

Lo que más recuerdo también de eso —de que mi abuela no sabía leer ni escribir— es que, en la emisora, cuando yo era pequeña, la abuela en esos tiempos ponía la radio. En ese entonces escuchábamos la emisora «Tolerar» que es de Pasto, una emisora súper antigua. Y tú la escuchas y sientes que es como más antiguo. Es muy buena, a mí me gusta. Y por ahí también transmitían «Kalimán», eso sí lo escuchábamos los miércoles a las cinco de la tarde. Es una radio novela divina. Pero nunca escuchamos el cuento de Hansel y Gretel y mi abuela me contó la misma historia; los dos huérfanos en su versión. Yo siempre he pensado que hay historias o hay narraciones, cuentos muy propios de la tradición indígena, que se van contando, se van llevando y llegan hasta otros sitios, o bien las recolectan. Esas son historias propias de nuestras tradiciones indígenas. Entonces mi abuela me la contaba y sí, esas son cosas que yo recuerdo de la abuela, la memoria de la tradición.

También recuerdo el significado de los sueños. Yo llegaba a decirle qué soñaba y ella me decía qué era lo que significaba. Con la abuela uno se ponía a hablar horas y horas con ella ahí al lado de la tulpá del fuego, ahí se ponía sentada en la milla —la milla quiere decir sentarse en las piernas— y a uno lo sientan en las piernas al lado del calor de la candela, pues, de la tulpá y se ponía a contar la historia. Era muy bonito, y en las noches, cuando yo dormía con ella, algo que recuerdo mucho es que cuando chiquita tuve piojos y la abuela, yo no sé cómo hacía, pero en la noche, en la oscuridad, me metía la mano en el cabello y cuando yo sentía me halaba. Al ratico sonaba, se los metía a la boca, yo no sé cómo lo hacía, pero los mataba.

Mi abuela murió de cáncer. Esa fue la razón por la que se fue más temprano, porque mi bisabuela, la tatarabuela de mi hija Juana —Juana alcanzó a conocer a su tatarabuela— se murió a los 94 años. Hace cinco o seis años, más o menos, murió, pero el compartir con ella no fue tan cercano como con mi abuela María, mi abuela paterna. Entonces, yo tengo muchos recuerdos y el aprendizaje fue de mi abuela paterna, del sueño, de las tradiciones. Yo digo que, tiempo después, uno como que se olvida de esas tradiciones de plantas medicinales, pero cuando uno llega a la ciudad y que empiezan a tocar ese tema, yo digo que yo crecí con eso. Yo no le di todo ese valor que actualmente le están dando, pero yo crecí con eso, yo tuve una abuelita que sabía de esas plantas y, tal vez, yo no lo supe valorar.

No tanto no saberlo valorar, sino que la vida se la llevó muy rápido, pero es eso lo que me recuerda a mi infancia y lo que más me trae como esa cosita de nostalgia.

Mi mamá tiene que ver mucho con quién soy hoy. Ella fue una mujer que estudió, bueno, los dos, o sea, mi papá y mi mamá. Ellos son ejemplo para mí. Yo no voy a decir que no viví violencia intrafamiliar porque sería mentira, pero dentro de esa violencia también hay algo que es como la proyección de una familia. A pesar de todo, mi papá en medio de su alcoholismo sufrió y era complejo, pero era un hombre muy inteligente. Entonces, él estudió, terminó su bachillerato, pero ya había nacido. Yo nací cuando terminó el bachillerato, pero siguió estudiando, siguió siendo profesor; docente indígena etnoeducador. Sin tener el título empezó a enseñar en las escuelas. Escuela Nueva, creo que era ese tiempo.

A él le tocó aprender inga porque mi abuela es inga, pero mi abuelo no, mi abuelo Edmundo no era indígena. Aunque, actualmente, ya nos hemos enterado de las raíces quillacingas porque he hecho como todas esas búsquedas de las raíces, entonces tenemos dos líneas, digamos, indígenas, la inga, que es por parte de mi abuela y de mi mamá y la quillacinga por parte de la familia de mi papá. Las raíces de mi papá y de la familia de mi papá son de Ipiales, en Nariño. Y por parte de mi mamá materna, de la abuela, de Putumayo. Así que mi papá tuvo que aprender el inga. Esa es una de las cosas que también me han marcado; su proceso como etnoeducador y todo lo que él iba aprendiendo, de cierta manera, nosotros lo aprendíamos por medio de la educación.

También, cuando yo estaba grande, mi mamá estudiaba y trabajaba al mismo tiempo, es decir, trabajaba todo el día; llegaba a las cinco de la tarde, se cambiaba y al «nocturno» a terminar el bachillerato. Era complejo porque yo en ese tiempo la criticaba mucho. La gente también decía «ay, su mamá muy brava y su mamá no sé qué» porque llegaba a esas horas. Y nosotros la mirábamos venir por la vereda como a 30 metros de la entrada hasta mi casa y eso corríamos a escondernos; a lavar, a tirar, bueno, mejor dicho, a arreglar la casa porque somos cinco hijos. Hoy en día la comprendo porque si yo, a veces, con una hija —vivo en ese momento con Lunita, mi hija mayor está viviendo con su papá— hay días que yo llego y no quiero saber nada de la casa por el cansancio, el estrés del trabajo. Me pregunto hoy: «¿cómo hacía mi mamá?». Entonces, ya la entiendo cuando llegaba con su enojo y nos botaba todo, enojada porque no le ayudábamos en la casa. Éramos cinco pequeños, casi todos de la misma edad: siete, seis, cinco, cuatro, tres y dos años. Eso marcó mucho en mi vida; el coraje que tuvo mi mamá y mi papá para salir adelante y mantener su familia.

Actualmente, mi papá es profesional, se terminó de educar también él, mientras nosotros íbamos educándonos en el colegio. Mi mamá se graduó cuando yo estaba en el colegio, ella es regente de farmacia. Mi papá es licenciado en etnoeducación y lingüística de la Universidad de la Amazonía, hizo una especialización en algo de deportes y es un investigador de nuestra lengua inga, entonces hace traducciones.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria



Para mí, el ser la mujer que soy en este momento es gracias mi abuela paterna, mi abuela María Buensaquillo, mi papá y mi mamá. O sea, yo no tengo que negar que si hay algo que yo valore en mi papá es la inteligencia que ha tenido porque es un hombre inteligente, es un hombre honesto, también bravo, de carácter fuerte cuando tiene que serlo, porque él en realidad es a todo sí. Yo creo que eso es una mala herencia, también puede ser bueno, no sé, yo nunca puedo decirle en nada que no. A todo el mundo le quiero ayudar.

Esta mujer que ves aquí, a la que escuchas, es solidaria gracias a que eso lo aprendí de mi papá, porque mi papá sé que lo aprendió mi abuela. Mi abuela también era una mujer que le halaba las orejas cuando nos pegaba de pequeñas. Yo recuerdo que le halaba las orejas así duro y lo regañaba, mi papá nada más se reía.

En la infancia, digamos, no contábamos con recursos, nosotros vivíamos en dos piezas. Una pieza que mi papá levantó con esfuerzo, que fue en bloque y era en tierra. Teníamos otra también que era como la habitación y ahí dormíamos en una cama los siete; los cinco hijos, mi papá y mi mamá. Esta tristeza no es porque me

duela, sino por ver el cambio. Las personas si quieren, pueden cambiar, pueden crecer y triunfar.

Así que, pensar en el esfuerzo de mis papás, ahora ver mi casa que tiene cinco habitaciones es ver ese cambio. Entonces, esta mujer que soy en este momento se la debo a mi mamá, a mi papá y al gran esfuerzo de ellos, porque yo en ellos vi cómo luchaban. Yo te puedo decir, soy politóloga, me falta el diploma, ya terminé la universidad, gracias a Dios, pero a esta edad es difícil. Pero mi papá y mi mamá, muy a pesar de todo, siempre me dicen que así sea con bastón me tengo que graduar. Yo digo, mis papás pudieron con cinco hijos, sin recursos, en esos tiempos en los que no había opción de estudio, ¿cómo no voy a poder yo?

En cuanto a mi papel de liderazgo, esa cualidad, eso es nato en mí. Yo sé que suena feo decirlo así, pero desde que yo recuerdo, desde que tengo uso de razón, en la escuela siempre me gustaba participar. Decían que íbamos a hacer una obra de teatro y ahí estaba Gladys. Preguntaban que quién cantaba, ahí estaba Gladys, porque también soy muy polifacética. Cuando me dicen que si quiero participar como presentadora en un evento, yo digo que sí. Hace poco con la Secretaría de Salud, hice de presentadora y la subsecretaria, Lina, me decía: «Gladys, lo hiciste maravilloso, me encantó. O sea, ¿cómo lo haces? Como que tienes una habilidad para hablar en público».

Desde la escuela fue así. Tiene que ver mucho mi profesora Nancy Edith Ovando Ortega, ella fue la que me dio primero y segundo grado, y el profesor Adolfo Ruiz, que en paz descanse, con él fue con quien yo aprendí lo de las obras de sainete, entonces, siempre como que por cualquier cosa Gladys estaba ahí.

Más o menos en noveno de primaria empecé a participar en un grupo juvenil, no recuerdo el nombre ya. Nosotros nos reuníamos, hacíamos actividades, pero también en noveno apareció otro grupo, otra organización, se llama «Remar». Aquí en Colombia era un grupo juvenil marista, entonces, con el hermano Wilson empezamos a trabajar, a hacer proyección social: hacíamos actividades para recolección, por ejemplo, de huevos para hacer empanadas. Así que cuando yo llego acá a Medellín, simplemente refuerzo eso porque yo era de hablar en público, de participar, entonces, eso se va como quedando como en la vida.

Digamos, yo no me considero una mujer líder. O sea, para mí, para mí, no. Sé qué yo puedo hacer de todo un poco, pero no es como ese liderazgo de decir «yo soy líder», eso no está bien. Yo me considero una mujer que ha aportado desde mi saber y he apoyado las acciones que, a mi parecer, a nivel colectivo ayudan a crecer a otras personas o les ayuda a mejorar en algo o hacemos algo que para nuestra colectividad que nos ayude a crecer como mujeres.

Entonces, no me considero una mujer líder, me considero una mujer que apoya, que está al servicio de las otras mujeres o que está al servicio de una colectividad o de un bien común, de un fin, eso es lo que considero yo. Y, eso es lo que me ha permitido entablar relaciones de diálogo con otras mujeres con las mismas capacidades que las de Gladys. Al ver esas mismas capacidades, que todas estamos así pilas que para un lado, buscando qué hacemos, qué hay que

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

hacer, que presentemos propuestas. Por ejemplo, con lo de «Mujena» vamos por nuestro cuarto encuentro. Lo voy a confesar, este último, este cuarto encuentro, no he estado como tan inmersa por el trabajo, porque apenas empecé a laborar, entonces ha sido complejo, pero ahí he estado metida.

Entonces si tú tienes una capacidad, algo que te resalte, pues tú cómo no vas a colaborar. Digamos que, en ese apoyo, en ese servicio, en esa solidaridad, al servicio de un colectivo de otras mujeres, hay otras mujeres que me han incentivado a hacerlo, porque si yo estuviera sola, tal vez no lo haría.

Yo creo que Gladys, a pesar de que tiene varias facetas, todas son la misma: en el trabajo, en general, en la participación con mujeres indígenas, en esa misma representatividad. Con la Secretaría de las Mujeres, soy fundadora del grupo de danza y también soy artesana porque tengo mis tejidos. Soy una mujer indígena, artesana, creadora de tejidos, tengo mi red social de solo tejidos. Casi son iguales las versiones. Una mujer visionaria, no tanto visionaria, sino una luchadora, una mujer que va creando, va pensando en lo colectivo. Anoche mismo les contaba a mis compañeros en una reunión que nos ganamos una convocatoria de Comuna 4 y nos visionábamos con eso.

Pero es una cosa compleja en mi vida personal porque yo para el mundo siempre estoy activa, siempre soy pila. Del muro para afuera, desde la puerta de mi casa para afuera es otra Gladys. No he podido gobernar en mi propia vida y lo he expresado muchas veces. En los momentos más bonitos que hemos tenido con Eugenia, creo que una o dos veces, he sentido que las lágrimas se me van, porque con mi vida personal a veces es compleja. A veces miran por fuera a la mujer que es o a las personas como son, pero no saben que también internamente nosotros tenemos batallas. A veces nos ponen como referentes y solo ven lo bueno, pero yo digo que es bonito que te tengan de referencia, pero a veces también nosotros tenemos peleas y batallas internas complejas.

He tenido sucesos de violencia psicológica, física, y otro tipo de violencias que preferiría no nombrar. Fue cuando llegué apenas aquí a la ciudad, la ciudad me marcó dos veces; trató como de quitarle los sueños a una mujer inocente, que no tenía maldad. Las personas te arrebatan así de la nada, sin embargo, digamos, todo esto me ha servido, yo soy otra persona actualmente.

Sí lidio mucho con mi vida personal, tengo mi hija, bueno, mis dos hijas; una vive con su papá, la peque vive conmigo. Trato de tener tiempo para mí, en este momento, por ejemplo, empecé a ir al gimnasio porque estoy muy desbordada y eso me sirve. En este momento me hace falta ir a mi grupo de danza, porque hace como dos meses que no he podido ir retomar porque he estado trabajando hasta los domingos en Carmen de Viboral, entonces eso te absorbe.

Lo único que puedo decir, no puedo contar muchos detalles, así como de mi vida personal, es que nosotros también tenemos detalles internos. A las personas que nos ven como figurando nos dicen que «salimos hasta en la sopa», por ahí escuché un comentario, pero no saben, de pronto, por qué nos ponen como referencia en el trabajo social que hacemos. A nivel interno también tenemos batallas. Hay días en

que yo no he tenido para comer, pero en esta postura en la que yo estoy me hablan y me dicen que no tienen y yo consigo el mercadito.

Por otra parte, yo sí tengo una felicidad que es mi familia, mis hermanas. O sea, a mí me ven como referente, pero no, no he sido solo yo porque detrás han estado mis hermanas. En tiempo de pandemia, no, eso fue algo difícil y nosotras entre tres mujeres lo hicimos; estábamos mal nosotros, pero hay familias que estaban mucho peor. Familias emberá que aquí estaban mal, así que hicimos una rifa, vendimos las boletas y todo lo dimos en mercados a 20 familias. Yo no tengo la posibilidad, pero yo hablo con mis hermanas y ellas trabajan, entonces, ellas hacen soporte económico, esa es su forma de ayuda y soy yo como que la encargada de hacer que esa ayuda llegue. Después te reconocen a ti como que eres solo tú, pero no saben que también detrás estaban otras personas, en este caso, mis hermanas.

Yo sí tengo que ser agradecida de que en mi vida personal he tenido muchos caminos que he tenido que sanar mucho porque, por ejemplo, tuve una relación de pareja no muy bonita, de la cual estoy saliendo. Hace ya dos años y medio que estoy sola, pero en este tiempo me he aprendido a conocer y a reconocer que yo sí puedo estar sola, que no necesito de un hombre. He empezado a brillar. Muchos me dicen que he empezado a brillar y yo sabía que ahí no era, pero a veces tú te empecinas en que sí, que sí puedes, y no, no fue así. Cuando se enteran las personas y te dicen que «ya era hora», te das cuenta de que todos desde afuera lo veían, el único que no lo veía eras tú.

Eso me pasó a mí, entonces, actualmente me estoy disfrutando mi soltería, mi soledad, yo me siento bien aquí. Estoy soltera, pero no disponible porque mi disponibilidad la elegiré en algún momento, cuando yo quiera, y no tengo que estar disponible para nadie. En este momento me siento feliz como soy, tengo el tiempo exacto para las cosas, una pareja en este momento no tiene cabida. Digamos, mi tiempo para viajar, para la bebé, venir ir al trabajo, llegar, cumplir con cosas de trabajo hasta los fines de semana. Es complejo como para tener una pareja, no. Me siento feliz con lo que Gladys está haciendo en este momento; reconociéndose, porque creo que mi autoestima empezó a nacer al hacer esta separación de mi relación y es otra Gladys que percibe otras formas de vivir y de poder aportarle a otras mujeres.

Glosario

Memoria

Para mí son las vivencias. Para mí, las vivencias. Es la ancestralidad que me permite reconocermé en mis abuelos; abuelos y abuelas.

Perdón

El perdón para mí es la palabra con más fuerza y la que he tenido que aprender a hacer y a vivir porque, a veces, el perdón significa dolor. Perdonar algunas acciones para mí es doloroso por las consecuencias que han traído esas acciones. Pero, en este momento, por algo que pasó en mi vida, digamos, todavía es dolor. Perdón es dolor, pero también es olvido. Perdono, trato de olvidar y de seguir adelante, no me quedo con ese dolor. Sé que siento el dolor, pero también sigo adelante. No me quiero quedar con ese dolor.

Paz

La paz es un equilibrio que sólo sentía cuando era pequeña. Cuando estaba en la vereda, en la casa de mi abuela. Es estar en ese equilibrio con la naturaleza, contigo mismo, con las personas que te rodean, pero paz también puedes ser tú mismo porque si mis acciones permiten que otra persona se sienta tranquila, yo estoy generándole paz, estoy generándole tranquilidad, confianza. La paz no solamente es que no haya problemas, es que todo sea en armonía, sino que también exista una confianza.

Esa paz, para mí, tiene un equilibrio total desde el contexto en donde vives, la familia, y también, el reconocer si yo me equivoqué. Es reconocer que me equivoqué. Es saber pedir perdón, aunque haya dolor, aunque ese dolor no se vaya a borrar con que tú pidas perdón, pero al menos yo me siento en paz porque yo perdoné. Yo, de corazón, en ese momento, por algo que viví que no quiero contar; perdoné de corazón y me siento en paz. Obviamente, el dolor no se va, pero es preferible sentirte tranquila. Lo dejo en las manos de Dios, en las manos del espíritu en el que creamos, lo dejo en las manos de la vida.

La vida te da a ti lo que mereces recibir y te quita también lo que no conviene en tu vida, entonces, para mí es ese equilibrio, esa armonía, confianza, respeto. Pero todo esto está abarcado, depende del contexto, la naturaleza, las personas y ese poder, sobre todo, de reconocer que estoy mal. No todo el tiempo hago las cosas bien, no todo el tiempo voy a hacer una acción de paz, tenemos que estar haciendo una construcción porque la paz no se da por sí sola. La paz se da construyéndola en el día a día. Generando esa paz con el otro.

Reparación

Yo creo que, a venir con el suceso del que hablo, yo sé que quisiera reparar un dolor. No hay forma de reparación. Para mí, a pesar de que reparación a muchas de las familias, por ejemplo, que tuvieron sus familias desaparecidas, a nivel simbólico la reparación existe porque, digamos, se hacen las distintas investigaciones, se encuentran personas culpables de acciones, se crean monumentos, cátedras, grupos de investigación y se cuenta de la historia, precisamente, para no volver a repetirla. A pesar de eso, la reparación del cuerpo, del alma, no existe. Lo que tú dañás, lo que se daña a nivel social, familiar, laboral, no se repara, eso queda ahí. Todo esto se va guardando. Pero sí, sí creo que la reparación existe solo a nivel simbólico, pero cada ser lleva sus dolores o las consecuencias de acciones que fueron dolorosas y esas se quedan en el alma sin reparación. Ese dolor queda, lo único que queda es sentirse en paz porque se hizo algo para que una acción, por ejemplo, para que los miles de falsos positivos no quedaran en la impunidad. Todavía hay muchos casos que han seguido impunes, han seguido sin encontrarse personas desaparecidas y esas acciones no tienen reparación. En esta situación, los diplomados, todas las investigaciones, todo lo que se viene haciendo es una forma de poder acercarnos a esa reparación simbólica.

Alegría

Ay no, para mí, la alegría es bailar, es encontrarme con mis amigas, es recordar. Por ejemplo, esta mañana me levanté a ver unos videos con Juana cuando era chiquita, cuando tenía como unos cinco o seis años, en la cama haciéndole cosquillas, riéndome. Entonces, tener tantos recuerdos y que los tengo como a la mano en un dispositivo, con mi abuela me gustaría tenerlos, pero con mis hijas los tengo. Yo veo eso y para mí es felicidad recordar los momentos bonitos vividos.

Para mí es felicidad bailar, o sea, yo me siento feliz y libre en un escenario, soy una persona totalmente distinta. Sí puedo tener problemas por fuera, pero entro al salón de danzas, ensayo y en una presentación me siento feliz, me siento alegre. O esa alegría para mí es estar en familia. Diciembre para mí es la única época en la que podemos estar todos y es mi alegría. Sobre todo, para mí es felicidad sentirme satisfecha cuando hacemos algo en bienestar de otra persona, por las cosas, pasitos que hemos podido hacer con solidaridad, ¡yo siento como una alegría!

Ahora, con mi trabajo me he sentido feliz. Mi trabajo es con Buen Comienzo en el programa «Nutrir para Sanar, Sanar para Crecer». Esta ha sido una de las experiencias más bonitas en este momento porque su labor va enfocada a niños y niñas menores de cinco años, mujeres lactantes y gestantes, que están en ese riesgo de desnutrición. Entonces, va dirigida a esta población y cuando tú ves que tú le puedes aportar desde el enfoque étnico con niños indígenas, te lo juro, para mí es felicidad. En este momento cumplir con mi labor es alegría, para mí «Nutrir» es algo muy bello.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Sanación

Siempre hemos estado con Mujena en este proceso de sanación. Todas tenemos pensamientos distintos y, a veces, esos pensamientos hacen que nos choquemos. Entonces, nosotros siempre hablamos de que somos libres de expresar lo que sentimos, pero también necesitamos sanarnos a nivel espiritual, con la compañía de las abuelas, de las mamitas sabedoras.

Hace dos años vinieron, este año no pudieron venir por el paro, pero hace dos años vinieron dos mamitas del Putumayo, del pueblo Kamentsa de Sibundoy, y fue bonita la sanación porque te hace revivir —a través de la música, de la medicina, de las palabras— te hace como que volcarte y pensar si estás bien o estás mal. Sería de una mujer muy orgullosa decir que todo lo hago bien, lo que te decía hace un momento, yo no me considero líder porque sería ser una mujer demasiado orgullosa, vanidosa. Entonces sí, sanación para mí tiene que ver mucho con el reconocimiento de cuándo estamos bien y mal, pero también en compañía del saber, la medicina, del consejo de las mayores, de las sabedoras de nuestros pueblos indígenas, que te ayudan a encaminarte. Muchas veces la medicina a nosotras nos ayuda a saber en qué estamos bien y en qué estamos mal.

Medellín

Medellín es un lugar en el que yo nunca pensé asistir. Lo vi en la toma de yagé, de mi medicina tradicional, mucho antes, como a los 14 años. Lo vi antes de saber que Medellín existía. Para mí solamente existía el pueblo indígena inga, los de Putumayo.

Nunca pensé que iba a salir a estudiar a otra ciudad, si lo hice fue porque aquí en la ciudad ya estaban las hijas de una madrina de comunión y de confirmación, mi madrina Francisca, que es una mujer que tiene un saber inigualable y que, gracias a Dios, todavía se mantiene, está con vida y puede aportarle a nuestra comunidad. Ella tenía, en ese tiempo, a sus hijas aquí y yo me vine por ella, por ellas, por el consejo de que fuera a estudiar y mis papás, sin las posibilidades económicas, dijeron que sí, que ellos se esforzaban allá y que me fuera, después empezaron a venir todos.

Por eso Medellín para mí ha sido la oportunidad más grande de vida, aquí he crecido. Tal vez en mi comunidad, en mi pueblo, era reconocida por el deporte, por el baloncesto a nivel del pueblo, por nuestro grupo Remar, el que yo te mencionaba, y también por el grupo juvenil del Cabildo Indígena Inga de Santiago Putumayo, porque hacíamos mingas a nivel de juventudes. Pero en este momento, Gladys ya no es nadie, tal vez, es la hija del profe Simón, porque allá todo el mundo dice eso o, tal vez, cuando vienen estudiantes, piden el favor o la ayuda de conexión para los chicos indígenas que vienen y que no tienen esa posibilidad.

Medellín se convirtió en eso; en una oportunidad de vida. Se convirtió en una oportunidad de aprendizaje, de compartir lo poco que yo sabía con respecto a mis tradiciones y también una oportunidad de que el mundo conozca que existimos las comunidades indígenas, los pueblos indígenas en la ciudad. En este momento, a pesar de que Medellín tiene un sesgo generalizado de una población indígena en situación de mendicidad, nosotras las mujeres indígenas de otros pueblos indígenas, de mujeres jóvenes y mujeres adultas como yo, estamos haciendo un cambio en ese pensamiento. Yo soy mujer indígena, pero no vivo esa situación de mendicidad porque en Medellín estamos presentes 34 pueblos indígenas y hay un solo pueblo en esa situación. No somos todos, porque también somos pueblos indígenas que trabajamos, nos hemos superado, nos hemos profesionalizado y estamos al servicio de las personas. Medellín, para mí es eso: crecimiento personal.

Medellín también me ha traído dolor, sí me ha traído mucho dolor, pero no puedo ser ingrata con Medellín. He crecido, he aprendido de muchos líderes, tanto hombres como mujeres. Reconozco aquí ese crecimiento a Miriam Chamorro, una mujer indígena emberá dobidá, exgobernadora del cabildo, de la cual pude ir como aprendiendo cositas en su discurso, por su apoyo a los indígenas y a los estudiantes.

Es eso para mí es Medellín, una oportunidad de vida, de crecimiento, de compartir y, sobre todo, de visibilizar el trabajo de los pueblos indígenas, de demostrarle al mundo, no perdón, no demostrarle —porque en realidad no tenemos que demostrar nada—, pero sí de hacerle ver al mundo que nosotros tenemos las mismas capacidades que cualquier otra persona de poder estar en espacios de representación. Es tanto así, que las mujeres indígenas hemos llegado a esos espacios de articulación en la Secretaría de las Mujeres. Yo he estado, estoy en la Mesa de Concertación de los Pueblos Indígenas de Medellín, en espacios de representación a nivel, digamos, de mujeres que ha sido muy bonito y en los campos artísticos.

A nosotros nada nos regalan, nosotros también estamos en esa exigencia de derechos, es que nosotros también pagamos impuestos como todas las personas. Yo pago arriendo, yo compro víveres y en los víveres me están cobrando un impuesto. Yo compro algún electrodoméstico y estoy pagando impuestos, entonces todos no tenemos los mismos privilegios, pero todos estamos teniendo los mismos gastos y estamos pagando impuestos, entonces, como pueblos indígenas también hacemos una exigencia de esos derechos de equidad.

Obviamente, con el pueblo indígena, no la sociedad actual, pero sí la historia nos ha demostrado que se tiene una deuda histórica por la discriminación, por todo el proceso, no solamente con el pueblo indígena, sino con el pueblo afro, por todo el racismo también, especialmente, con el pueblo NARP. Con nosotros los indígenas es más discriminación y yo lo he vivido en carne propia.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Entonces, sí, creo que Medellín me ha enseñado. Al principio fue un choque cultural, es un choque cultural abismal para mí, para todos los indígenas que llegamos a la ciudad. Pero vamos aprendiendo a vivir en este contexto, que es caótico, pero que nos permite vivir y crecer, soñar. Que ha permitido que mis hijas tengan una buena educación, me ha permitido conocer espacios de representatividad que tienen incidencia en las mujeres y su voz para la exigencia de los derechos, como lo es la Mesa de Concertación de los Pueblos Indígenas. Eso es para mí es Medellín.





Guillermina Córdoba Armijo

Yo me presento: mi nombre es Guillermina Córdoba Armijo, soy de Chocó, vengo desplazada de Zaragoza, de El Bagre, y vivo aquí en Medellín ya hace más de 20 años. En este momento tengo 60 años cumplidos. Ahora soy líder de aquí del corregimiento de Altavista. Vengo con eso de Enciso el Pinal y ya nos ubicaron aquí, también seguí con la ruta de ser líder, líder comunitaria. Estuve en la JAL y fui también líder.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Con esta experiencia he aprendido muchas cosas que no sabía, he aprendido muchas cosas aquí en el barrio sobre convertirme en lideresa, pues eso fue una amiga que cuando se quemaron los ranchos me animó y me explicó cómo era eso. Ella trabajaba en la Casa de Gobierno, entonces, ella me explicó cómo era eso de ser líder y a mí me gustó; ya ahí ella me ayudó y me empapé de todo con ella.

En el Chocó, yo era una niña, ¿cómo te explico?, de casa. Estaba estudiando, pero no pude terminar el bachillerato allá en el Chocó, ya me vine aquí a Medellín a trabajar en casa de familia. Aquí empecé con mi grupo familiar y con los líderes de aquí, y terminé el bachillerato. Me ayudaron mucho de la Alcaldía de Medellín, tengo un amigo muy querido también que me ayudó a salir adelante. Soy bachiller y aquí tengo una casita que, gracias a Dios, me la dieron por damnificada y vivo bien aquí, gracias al Señor, aquí en la lucha.

Pero mi infancia sí fue muy dura porque me tocó desde pequeña empezar a trabajar mucho; desde los 15 años empecé a trabajar y salí adelante. Trabajaba en casa de familia y lavando ropa ajena porque la situación era muy dura allá en el Chocó, eso se puso muy difícil, el trabajo y la necesidad me hicieron venirme para acá. Tengo una hermanita que estaba aquí viviendo, primero me vine adonde ella, después ya conseguí trabajo y me quedé aquí en Medellín.

Sobre la resiliencia y mi relación con ella, pues, mi niña, ¿cómo te digo? En este momento, ya aquí en Medellín, las cosas son mejores que en el Chocó. Aquí lo único es que, si uno no tiene plata, uno no se mueve, pero la situación aquí es muy buena, todo es como más fácil de conseguirse. Pero en el Chocó eso era muy duro, si tú no trabajas no consigues, acá también, en Medellín uno tiene que también trabajar y conseguir lo que uno necesita, pero acá las cosas son más fáciles, pues yo las vi así porque antes, allá de donde vengo a uno le tocó pasar muchas cosas... Acá son más fáciles las cosas para uno salir adelante. Yo salí adelante, eso es resiliencia para mí.

Lo que sucede es que como nosotros venimos desplazados de Apartadó y Zaragoza, Antioquia, eso fue muy duro por allá. Aquí me abrieron mucho las puertas porque yo fui a la Personería de Medellín, puse mi caso y me colaboraron mucho. Me atendieron con mi grupo familiar y todo me salió perfecto. Gracias a eso estuve con mucho acompañamiento porque cuando uno viene desplazado de otra parte las cosas no siempre son así.

Aquí me dieron mucho acompañamiento, me ayudaron mucho. Ya tengo por ahí más de diez años que ya el Estado ya no me da nada porque desde que uno cumple los once años, ya uno no tiene derecho a nada. Ahora estoy esperando la indemnización, pero según ellos todavía no me la dan hasta que no tenga dizque los 62 años. Pero lo bueno aquí es que, pues, vuelvo y te repito que, gracias a Dios, tengo mi casa, y eso me ayudó mucho porque yo pagaba arriendo en una invasión, me fui para una invasión, pero ya hoy tengo esta casa que me dio el Estado. El gran reto que yo me propuse fue conseguir mi casa, terminar mi bachillerato y estar con mi familia, el reto mío fue ese, de tener una casa, sobre todo. Gracias a Dios, ya lo conseguí.

Sobre el ámbito público y el privado, pues ahí la manejo, porque en este momento soy de la Junta de Acción Comunal de aquí del barrio y a la gente de aquí, a la mayoría de la gente, desde que yo fui edil —y no siendo edil— yo le colaboro mucho; me gusta mucho como ayudar, estar con una persona si tiene necesidad o tiene algún problema, orientar y estar con esa persona ahí en el momento en el que lo necesita. Me he desenvuelto muy bien en esas cosas porque, vuelvo y te repito, tuve una amiga que me enseñó mucho a ser líder y sobre eso yo aprendí mucho de ella. Después, le enseñé mucho a mucha gente aquí.

Me refiero a ella porque yo no sabía nada de eso de ser líder, entonces, ella me enseñó cómo era, me contó cómo era que uno tenía que hacer para ayudar a las personas, cómo dialogar con ellas, cómo se acerca una. Yo no sabía nada de eso y ella me orientó mucho. A base de eso, la gente confiaba mucho en mí, me decían alguna cosa y yo me sentaba con la persona a dialogar o le buscaba alguna solución. Así empecé.

Con el ámbito público me ha ido muy bien, gracias a Dios, soy muy reconocida en la Secretaría y en todos estos lugares. Me han atendido con mucho aprecio, me han tratado muy bien y me siento muy bien con lo que hago. Sobre todo, he aprendido mucho, he aprendido demasiado. Al ser líder uno aprende muchas cosas.

En cuando a cómo soy yo, mis características son, vea: yo soy muy humilde, soy de una familia de muy bajos recursos, muy sencilla. No me gustan los problemas, soy muy amable, muy colaboradora y me gusta ser respetuosa, en ese sentido. Lo que no me gusta es que me traten mal, ni yo tratar mal a nadie, pero soy una persona muy sencilla, cariñosa, amable y me gusta colaborar demasiado. Soy muy tranquila.

Lo más importante para mí ha sido que terminé el bachillerato, mi reina, que esa era también una meta que tenía: terminar el bachillerato. Gracias a Dios lo logré porque cuando llegué aquí, pues, dije: «Voy a tener esa meta: terminar el bachillerato». Y lo logré, también, gracias a muchas ayudas, muchos amigos que me colaboraron, por eso en este momento soy bachiller. Es una meta muy buena. Uno tiene que ser alguien en la vida, salir adelante.

Aun así, la tristeza está, pues, a veces me siento muy triste porque se me fue el ser más lindo de mi vida, que era mi madre. Ya falleció. Así que, a veces, cuando la recuerdo me siento así, muy triste porque no la tengo. Ese sería mi único gran problema, es eso; no tengo a mi madre.

En cuanto a lo demás: mi familia está completa, la única que falta es mi mamá. Ese es un dolor que le queda a uno y que le da esa tristeza a uno, eso no se quita de la noche a la mañana. Esa es la única inquietud; me mantengo triste y pienso mucho en ella. A pesar de que ella tiene cinco años que falleció, aun me hace falta y me parece que como que fuera ayer que la hubiera enterrado.

Pero lo demás, gracias a Dios, estoy bien.

Glosario

Memoria

Bueno, te digo una cosa, vea, la memoria es como lo pasado que yo tuve cuando vine desplazada.

Que eso fue muy doloroso, fue muy triste, porque salí con lo que tenía puesto con mi familia, y eso después me marcó mucho. Aquí me recuperé bastante, porque tuve mucho apoyo, mucho apoyo en esa situación. Pero eso me dejó marcada, porque lo sacaron a uno de allá donde estaba, lo sacaron a uno con lo que tenía puesto.

Entonces, eso fue una historia muy triste para mí y mi familia. Yo tenía por ahí como 35 o 36 años. Estaba muy joven.

Perdón

Mi hija, el perdón significa mucho porque, primero de todo, el que perdona es Dios, ya me entiendes. Ya uno a base de eso, perdona las cosas que le han pasado a uno, pero uno perdona con la voluntad de Dios. A veces, llega otra persona a decirte «perdóname porque hice esto y esto...», pero es muy difícil uno perdonar a esa persona que le hace tanto daño a uno.

Así que uno primero se perdona a uno con Dios, primero se le pide perdón a Dios sobre todas las cosas. Pues, esa es mi forma de ser. Primero uno le pide perdón a Dios y ya es lo que se venga. Pero uno para pedirle perdón a una persona que le haya hecho tanto daño a uno, eso es muy duro. Pues digo yo.

Paz

Para mí la paz es lo más importante que hay. Ojalá haya paz en Colombia.

Eso es lo más bueno. Ojalá haya aquí en Colombia, ojalá que haya paz en todo el mundo. Porque eso estamos esperando; que ojalá haya paz.

Reparación

A mí me habían dicho que la reparación es como un, ¿cómo te digo yo?, algo que el Estado quisiera darle a uno con la pérdida que se tuvo cuando, por ejemplo, uno se vino desplazado.

A mí me explicaron así, algo que el Estado le quisiera dar a uno, como una bonificación a lo que uno tenía por allá y que se le perdió. Que no lo pudo recuperar cuando se vino con las manos vacías, como me vine yo.

Alegría

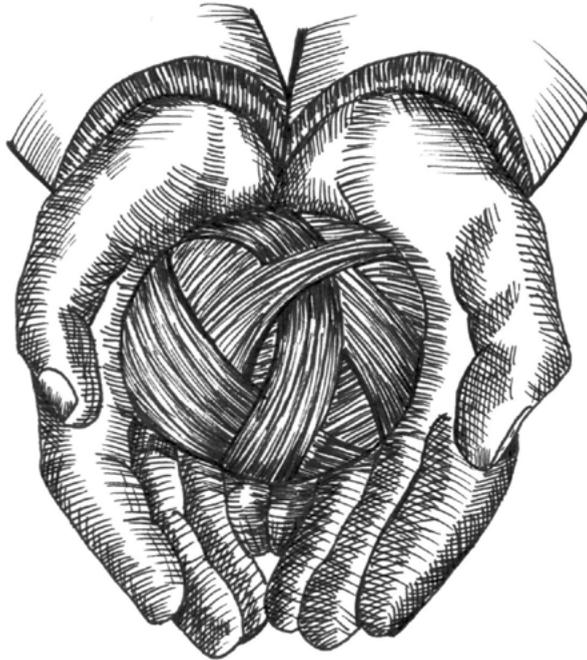
La alegría es una felicidad, hija. Es una felicidad muy grande. Uno tiene una alegría en el corazón. Me hace alegre mi familia y la alegría de mi familia.

Sanación

Pues, para mí significa que uno tiene que dejar todo atrás y seguir adelante. Dejar el pasado y seguir adelante.

Medellín

Medellín significa mucho porque aquí tengo mi hogar, tengo mis hijos y tengo, como te dijera, estoy feliz aquí en Medellín. Me siento bien aquí. Me siento bien aquí en Medellín.





Hilda Domicó Bailarín

Mi nombre es Hilda Domicó Bailarín, soy de la región del Urabá y habito la ciudad de Medellín hace más de 20 años. Yo soy perteneciente a un grupo étnico indígena del Urabá antioqueño de la zona selva, pertenezco al pueblo indígena Emberá de Llávida.

Nuestra infancia fue maravillosa, yo nací en las selvas del Urabá. Mi mamá fue una gran defensora de la cultura y mi padre fue defensor de derechos humanos y líder social.

En mi nacimiento —contaba mi madre— era el tiempo esperaba la llegada de la lluvia. Un mes de septiembre, cuando las plantas se preparaban para dar sus flores, por ello me pusieron el nombre de Ponotún, que significa olor a flor silvestre. Entonces, recuerdo que mi mamá nos llevaba a la selva a que conociéramos las palmas, las plantas, sobre todo, nos enseñaba a conocer los árboles frutales de la selva, y también a escuchar los sonidos de los pájaros, de los animales. A través de eso mi madre nos hacía ceremonias con las plantas que nosotras íbamos conociendo.

Ella nos indicaba que las plantas no se cogían en cualquier tiempo o en todos los momentos, sino que había que tener presente el tiempo de la lluvia, del sol y, sobre todo, de la luna. También, yo tendría unos cuatro años cuando mi mamá me enseñó a tejer, a explicarme qué significaba tejer y para qué se tejía. Eso, en primer momento, era con semillas, semillas de la selva, como las lágrimas de San Pedro, el Ojo del Buey, el Catapis que le llaman por acá.

Todas esas semillas en nuestra lengua tienen un significado y tienen un nombre en nuestra lengua original, sobre todo las palmas y los bejucos, que son con las que inicialmente tejen nuestras abuelas para los canastos, las esteras, los abanicos, las cortinas. Luego de conocer esas plantas, esos bejucos, mi mamá nos ponía a ver la luna, o sea, teníamos noches que no dormíamos porque había que mirar la luna para saber qué era lo que estaba diciendo la luna. Es la una de la mañana cuando la luna se pone llena y empieza a dar visos en la selva; a dar luces de diferentes colores.

Pero esto pasa porque —mi madre me contaba— las plantas son seres que tienen diferentes espíritus, entonces por eso una planta se vuelve verde o verde brillante frente a la luz de la luna, otra se vuelve azul, otra amarilla, otra medio roja, así. Entonces, ella contaba que eran los espíritus de esos seres que en ese momento nos rodeaban y que eso era una magia, o sea, era algo mágico que florecía nuestro espíritu con la fuerza de la conexión de la naturaleza. Luego de eso pasábamos a la casa en donde ella tejía porque había que aprender a tejer de acuerdo con lo que veíamos allí. Todo eso es lo que significan nuestros tejidos.

Yo fui secretaria de mi cabildo muy joven, tendría yo como 14 años. En ese proceso de la organización, en un primer momento, fue muy duro que la ciudadanía nos reconociera como comunidad indígena y que nuestros espacios territoriales, comunitarios y organizativos se reconocieran como sociedad de derechos. A eso de 1989, recuerdo, a nosotros no nos trataban como personas y todo el tiempo vivíamos escondidos.

Mi padre cuando fue aprendiendo a hablar el castellano fue comprendiendo lo de las leyes, porque en nuestras comunidades, nosotros huíamos de la gente que, de una u otra manera, nos desplazaba de un territorio a otro cuando, en realidad, el territorio era nuestro, pero no teníamos documentos. Entonces, en 1991 cuando se

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

llega el auge de participar en la Constitución Política de Colombia, ahí hay algunos artículos que van orientados a defender nuestros derechos, específicamente, el Artículo 7, el Artículo 10 y muchos más.

Desde ahí ya empezamos nosotros a visibilizar. Al inicio fue muy duro, yo tenía cuatro años, yo recuerdo, cuando mi mamá nos llevaba a las ceremonias para protegernos. Luego, papá, mi hermano y yo nos íbamos a recorrer el territorio —porque una familia de otra vivía a un día de camino— con el fin de decirle a los demás que nos teníamos que juntar para seguir cuidando la tierra. Entonces, fue así como se fueron conformando las comunidades.

La gente no indígena no nos dejaba quedar, pues no querían vernos ahí. Por ejemplo, un hacendado tenía su ganadería, su finca, e iba explorando más, más, más, hasta que terminaba quitándole las tierras a las comunidades indígenas, a las familias indígenas. Eso era lo que siempre pasaba. Cuando no pasaba eso, se llevaban al señor de esa tierra a trabajar en la hacienda, pero al año le decían que entonces la tierra que era de él ya era de ellos, porque él había estado un año o dos trabajando ahí, que ellos le habían dado la comida y todo, así pasaba.

Entonces, en 1991 cuando la Constitución ya empezamos, digamos, legalmente, a solicitar a la administración municipal que en los diferentes sitios ya había organizaciones comunitarias, así que había que reconocerse como cabildo en la parcialidad, en el territorio, o como comunidad. Fue así como se fue avanzando. En 1994, yo tenía como 16 años, cuando ya se da en la Constitución que los docentes indígenas podían ser docentes en sus territorios si eran bilingües, si habían terminado primaria, si estaban acompañando los procesos sociales y si conocían muy bien la dinámica territorial. En ese tiempo, las mujeres no podíamos participar.

Mi papá había crecido solo porque su mamá murió al nacer él y al papá lo mataron a los tres meses, entonces, mi papá creció de un lado para otro de la mano de las tías, del abuelo. Él traía como esa tristeza, ese dolor de que los niños no podían crecer sin papás, sin cuidado el cuidado de alguien. Por eso mi papá a nosotras, desde muy pequeñas, nos puso a estudiar y eso era un lío para mi mamá porque ella no quería que nosotras estudiáramos. Mi mamá decía que los que habían salido al pueblo a estudiar ya no volvían y si volvían ya no querían hablar el embera, ya no querían comer la comida de la comunidad.

Yo tenía un hermano mayor que yo, después somos cuatro mujeres seguidas y el último es un niño. Entonces, mi mamá nunca estuvo de acuerdo con que estudiáramos, hasta que papá la convenció, pero para estudiar teníamos que salir. Teníamos que salir, teníamos que aprender el castellano, teníamos que vivir en un lugar que nosotros no conocíamos. Bueno, eso para nosotros fue algo traumático porque, si bien yo conocía todo lo que se hace cotidianamente, cuando llegué al pueblo yo no conocía nada. Para mí fue una tristeza tremenda como por dos años.

Además, yo soy zurda y en las escuelas no se permitían los zurdos. Claro, yo llego a una escuela, no entiendo qué es lo que dicen y encima, en el momento de escribir, me exigen que escriba con la derecha. Eso para mí se volvió un poco

traumático. Cada ocho días mi papá iba a verme y cuando iba le decían «es que su hija no quiere estudiar». Yo no entendía nada, yo no quería hacer nada tampoco. Hasta que un día, mi papá fue, me buscó un viernes y empezó

—¿Cómo te sientes en la escuela? —me preguntó.

—Mal, yo no quiero volver —le dije yo.

—Vamos a conversar.

Ese día me llevó a pie, desde el pueblo hasta la casa, que era casi un día. Me llevó a pie y me iba explicando.

—Es importante que ustedes aprendan el castellano, aprendan a leer a escribir, porque a nosotros nos están quitando las tierras, nos están quitando todo. Ustedes tienen que aprender, no para parecerse a ellos o para que se vuelvan como ellos, sino para defender los derechos. Así, si ustedes aprenden a leer, escribir y a hablar el castellano, los demás van a tener la esperanza.

En esa llegamos a la casa y cuando mi mamá me preguntó que cómo me había ido, yo le dije que mal. Entonces, mi mamá dijo que yo no iba a volver por allá porque ella no quería que estuviéramos en eso. Pero mi papá le contestó que nosotros teníamos que seguir aprendiendo. También estaba mi hermanito, pero él no hacía nada porque a él no le ponían tanto problema como a mí. A mí sí por lo de la mano con la que escribo, me amarraban y me hacían escribir con la otra, entonces por eso se daban cuenta.

Mi papá le dijo a mi mamá «bueno, vamos a hacer un compromiso usted y yo. En semana yo voy a estar pendiente de ella y el fin de semana usted se encarga». Porque, claro, nuestra educación propia es dual, o sea, la enseñanza de papá y mamá. Pero esta educación, la otra, nos aleja de los papás. Al ir a la escuela vas sola, nunca vas con tu mamá. Esa era una dinámica que mi papá trataba de explicarle a mi mamá. Entonces, ellos hicieron ese acuerdo; el fin de semana yo estaba con mi mamá conociendo las plantas, haciendo las prácticas culturales de la siembra y hablando embera. Y mi papá se encargaba en semana de ir a verme.

Si no tenía clase, él me iba a buscar para irnos a caminar un día o hasta amanecíamos por allá tres días cuando los ríos se crecían y no podíamos volver. Así que crecí en ese contexto de acompañar a papá en el liderazgo social y acompañar a mamá en el fortalecimiento de la identidad cultural.

A los 14 años a mí me nombraron secretaria, pero yo no me podía posicionar porque era menor de edad. Lo mismo pasó a los 17 años: la asamblea me eligió para ser la primera docente mujer porque allá las mujeres, primero, no las dejaban estudiar, y segundo, no podían creer que una mujer fuera a enseñar a una escuela.

Hoy día sí me identificaría como líderesa, pero en aquel entonces no.

La asamblea buscaba los nombres de varios maestros, pero mirando quiénes podrían se daban cuenta de que no había casi nadie, sólo éramos como cinco y eran dieciocho comunidades. Eso quería decir que se necesitaban dieciocho personas y no las había.

Solo éramos cinco y entre los cinco, la misma asamblea evaluaba: que hablaran lengua, que hubieran terminado quinto de primaria, que acompañaran los procesos

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

de la comunidad y que, además, fueran un buen referente en la comunidad. De los cinco, solo lo cumplimos dos, un hombre y yo. En esa asamblea, yo era la única mujer.

Ellos hicieron como un examen, lo hacían levantar a uno, le hablaban y uno tenía que responder. La mayoría de mis compañeros decían que no sabían hablar embera, así que de una la asamblea no les aprobó. Solamente, nos escogieron a dos personas, y de los dos, a mí me mandaron para lejos. Digo lejos porque yo nunca había salido de mi casa, solo a estudiar.

Tenía diecisiete años. En esa época no era una preocupación que uno fuera a trabajar y que le pagaran, no, sino que había que ir porque estaba la gente necesitando. Eso se volvió un dilema porque para ir había que tener transporte y para quedarse uno necesitaba comida y dónde dormir. Pero yo me fui.

No nos daban nada porque yo era menor de edad. Pero entonces mi papá, cuando vio que la asamblea me eligió, me dijo «Bueno, en adelante usted prepárese porque le va a tocar sola allá. Yo le voy a ayudar porque la gente necesita que se le acompañe», me dijo así.

Y cómo es que llegamos allá y las mamás no querían dejar ir sus hijos a estudiar. Así que ese primer año fue pasar de camino en camino, de casa en casa, a hablar con los padres. Amanecíamos hablando con las mamás, conversando de casa en casa, y cada casa quedaba a medio día del camino. Como a los cuatro meses, ya las mamás decían, bueno, mandar a mis niños a que estudien. Luego, —cuando ya conseguimos como la aprobación de 20 niños— la pregunta era: ¿dónde va a ser la escuela?

No había lugar ni nada. Nos tocó debajo de un árbol en los primeros días, en los primeros seis meses, a partir de allí se nombró el cabildo en esa comunidad. Ya yo me juntaba con ellos a pensar qué íbamos a hacer, porque había voluntad de los padres para que los niños estudiaran, pero tenía que ser en un lugar porque todos vivían muy lejos. Entonces, en principio pensamos que de casa en casa no nos daba. Así que acordamos que los niños en semana se iban a quedar donde un vecino y como había un árbol grande, ahí íbamos a dar la clase.

Al año, mi papá fue a esa comunidad y les dijo «vean, aquí hay 20 niños. Eso quiere decir que ¿cuántos padres de familia hay? Hay 12 padres de familia, hay 20 niños. Listo, esos 12 padres de familia van y buscan. Nosotros hacemos los tambos con una palma». Mi papá los llevó a buscar la palma en la madera. A los dos meses teníamos un tambo gigante, hasta yo cabía ahí para vivir y para dar clase.

Era muy gigante, muy grande. Con eso, ya nos quedaba más fácil decirles a los papás «vean, su hijo va a venir aquí de lunes a viernes y va a amanecer aquí». Yo me encargaba de hacerles la alimentación mientras ellos estudiaban y los papás mandaban su pescadito, su maíz, su plátano. Entonces, ya con eso nos sosteníamos ahí. Así pasamos como dos años.

A los dos años ya a mí me legalizaron para trabajar allí. Ya nos aprobaron, en ese tiempo daban una ayuda de alimentación para los niños en la escuela, entonces,

había que ir al pueblo por ello. En la comunidad había un burrito y ese burrito cada mes iba al pueblo por el mercado. Así nos pasamos hasta que la alcaldía nos posicionó y nos dio unos materiales para hacer otro tambo.

Lo hicimos y ahí mismo donde quedaba nosotros sembrábamos árboles alrededor de la escuela. Había un río muy lindo, muy grande, de ahí sacábamos las piedras grandes para cercar la escuela. O sea, el trabajo comunitario nunca se dejó de hacer. Los papás nunca se dejaron de comprometer con la escuela. De esas escuelas no hay hoy en día. Donde el amor de los papás se sentía porque veían el avance o la oportunidad de los niños. Eso yo hoy no lo veo.

Bueno, entonces, mira lo que pasó. Ya habíamos construido la escuela, yo ya estaba posicionada. Ya el Ministerio de Educación había aprobado la plaza como titular de la comunidad.

Eso en 1994. Cuando a nuestro territorio entró la violencia—la guerrilla, los paramilitares, los dos al mismo tiempo—, nos señalaban por una cosa y la otra. Si nosotros salíamos de la comunidad al pueblo, la guerrilla nos señalaba. Si salíamos del pueblo a la comunidad, los paramilitares nos señalaban. En 1997, cuando ya todo iba bien, nos tocó desplazarnos después de un enfrentamiento en el que a mí me mataron un alumno. Luego de eso, llegó la amenaza: quemaron la escuela. Hasta ahí llegó, hasta el 97. Las 18 comunidades que habíamos conformado, eso quedó hasta ahí también, porque todas tuvieron que desplazarse. Sí. Mi padre era gobernador en ese momento y a la vez trabajaba en el hospital. Mi hermano era docente. A ellos, a los dos, los mataron, por eso la gente se desplazó. Casi 2.000 indígenas.

De ahí para acá, pues, yo vine para Medellín, a mí me persiguieron hasta acá. Me tocó salir del país. Fui al Ecuador, porque tenía una amiga que me ayudó en ese momento. A mí me tocó salir ilegal, porque en ese tiempo no se podía decir que uno estaba desplazado, que a uno lo estaban persiguiendo. Allá me ayudaron para pasar a una beca para estudiar un curso y así me fui quedando. En Ecuador estuve como un año y algo, luego, obtuve la beca. Con esa estuve tres años viajando entre Bolivia, Perú y Venezuela, porque era un curso itinerario, seis meses por países, con la ONU. Después regresé a Bogotá.

En el 2004 regresé del todo. Cuando nos desplazaron, yo llegué a Medellín, aunque ya yo había venido porque para posicionarse como docente era acá en la gobernación. Es más, yo no conocía mucho la ciudad porque nos trajeron estuvimos en un carro de la alcaldía y nos devolvieron ese mismo día. Yo no conocía la ciudad.

Aquí sí había vivido mi hermano —mi hermano al que mataron junto con mi papá— porque él había sido tesorero, como tres años, en la Organización Indígena de Antioquia. Él sí conocía la ciudad, yo no. Estando en el Ecuador, a mí me dieron un trabajo en Bogotá, pero solo podía venir hasta Bogotá y otra vez regresaba.

De ese trabajo me mandaron para el Bajo Cauca. Mujer, allá nos quitaron todo. Nos quitaron el mercado, elementos de comunicación —porque íbamos a hacer un documental con una comunidad que apenas empezaba a reivindicar sus derechos como Cabildo—, nos terminaron quitando todo. Me regresé a Bogotá y ya no volví más.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Ya en Medellín, resulta y sucede que cuando uno llega acá a la ciudad, en los primeros momentos, uno no sabe que en la ciudad también viven muchos pueblos indígenas. Uno no se da cuenta de eso. Por lo menos, cuando yo llegué, a mí nadie me dijo que en la ciudad vivían indígenas.

Sabíamos que existía la organización porque era quien nos acompañaba en los territorios y era en Medellín. Pero que aquí hubiera tantas comunidades indígenas —y en tan vulnerable situación— yo no lo sabía. Solo hasta el 2004, que yo cuando volví acá, lo supe. Yo llegué prácticamente a esconderme porque a mí me daba mucho miedo.

Yo estaba viviendo en La Estrella, porque ahí vivía la familia del papá de mis hijas. Yo llegué ahí y un día cualquiera, mi tío, el que empezó conmigo en la docencia, me llamó.

—Oiga, ¿usted dónde está?

—Estoy en Medellín, ¿por qué?

—Ve, es que están buscando un docente. —Me dijo así.

—¿Para dónde? —le pregunté yo.

—Para Medellín.

—¿Sí?

—Sí, pero es un proyecto y yo creo que usted le da el perfil —me dijo así— llame a esta persona.

Cuando llamé me dijeron que estaban necesitando docente de lengua materna para un proyecto que estaba fortaleciendo la Alcaldía de Medellín, para el Cabildo Chibcariwak. Bueno, yo llegué a la entrevista y lo primero que me preguntaron era si hablaba lengua y castellano, yo contesté que sí. Pasé la hoja de vida y de una me llamaron. Me dijeron «hay que hacer un plan de trabajo, unos cronogramas y unos contenidos para la temática que quiera dictar».

Bueno, así llegué a conocer el Cabildo Chibcariwak, en aquel entonces tenían como casi 20 años de proceso en la ciudad y nadie sabía; yo no sabía.

Oiga, cuando me llamaron a la primera reunión a reunirme con las personas a las que yo iba a dar las clases me sorprendí. Eran señoras, señores, niños, jóvenes. Después me dijeron que realmente no era una clase, sino fortalecimiento de la identidad.

Yo llegué por tres meses. En tres meses el proyecto se acabó, pero yo me amañé tanto y la gente se amañó tanto que el proyecto lo llevamos como hasta un año. No nos pagaban, no nos daban nada, pero el Cabildo nos daba el espacio. Así llegué a conocer que aquí en la ciudad había tantos indígenas, entre esos, los que se habían desplazado cuando yo me desplazé, entonces ya me sentía en confianza.

Cuando al año hubo cambio de gobernador en el Cabildo y se nos empezó a perseguir. Nos empezó a perseguir por el proceso lo habíamos llevado con las mujeres, identificando las situaciones de las mujeres. Entonces, había una compañera que hablaba duro y ella a defendernos en medio de una asamblea. Hasta que un día yo le dije a las compañeras: «Vean, como que nosotros estamos dando mucho problema, mejor busquemos un espacio distinto a esto porque, al

final, estamos haciendo algo para nosotras y nuestros hijos y si los líderes no están de acuerdo, pues es muy difícil trabajar así. Ellos no ven la importancia de nuestro proceso y lo que podríamos hacer si nos juntamos, pues no, esto aquí no se puede así». Pero las mujeres me dijeron que no.

«Es que nosotros no nos vamos a ir de aquí. Pues, ¿cómo nos vamos a ir? si aquí también le hemos apostado a que este espacio también sea nuestro.» Y ahí nos quedamos; peleando con ellos, pero nos quedamos ahí. Eso pasó en el 97, que hubo cambio de gobernador. Y ahí seguimos, ellos que nos echaban y nosotras que seguíamos.

En el año 97 estaba en todo el auge de la Secretaría de las Mujeres. Nosotras les pedimos ayuda para que nos acompañaran y ellas nos aceptaron como grupo. En un momento éramos 15, 20, 30, éramos hasta 50 mujeres ahí. No nos podían echar. Ya en el 98, presentamos un proyecto. ¿Y cómo es que nos ganamos ese proyecto? Eso fue como el detonante para entrar en pelea con ellos. Primero, era imposible que nosotros estuviéramos presentando proyectos que porque nosotras no podíamos. Y segundo, era increíble para ellos que nosotros tuviéramos un proyecto.

Como necesitábamos el aval del cabildo para que nos desembolsaran el recurso, entonces dijo que no y buscó por ahí a otra entidad para que ejecutara el proyecto. A todos nos dejó por fuera. Nosotras, en nuestro desconocimiento, no hicimos las acciones que se requerían, apenas estábamos empezando. Lo que hicimos fue ir con la Secretaría de las Mujeres a indicarles lo que pasaba.

La Secretaría nos dijo que el proyecto lo iba a ejecutar «tal corporación». Nosotras contestamos que no, que teníamos que pasar una lista de las mujeres porque el proyecto era muy nuestro. Era para hacer talleres de artesanía, de lengua materna y así, todos impartidos por nosotras mismas. En últimas nos llamaron como partícipes, no como ejecutores. Así tocó hacerlo. Para más rabia de ellos porque ellos habían pasado eso a esa corporación para que nosotras ni participáramos.

En el 2012 se proyectan las elecciones para la nueva Junta Directiva y un compañero, que había sido gobernador antes, fue el que nos permitió entrar a nosotros y hacer proceso ahí. «Bueno, aquí hay que alistar candidatos que puedan llevar adelante el proceso del Cabildo» y en una asamblea me nombró a mí para que me postulara como candidata.

Ahí mismo se postuló el que acababa de entregar, el que nos había venido haciendo la vida imposible. Quedamos dos: él y yo. Mejor dicho, eso hizo de todo. Cuando vio que nosotros ganamos, se fue a la alcaldía a impugnar esa elección. Hizo de todo. Entonces, quedé como gobernadora y ese señor seguía molesto. No nos dejaron posicionar como casi un año después porque él impugnó.

El compañero que me había postulado a mí... A mí me eligieron un 10 de diciembre, a él lo asesinaron el 19 de diciembre.

Desde ahí vivimos perseguidas. A nosotros nos llegaban los motorizados a la puerta. Un día llegamos y estaba la reja abierta. Esos eran dos años, pero de miedo. No sé cómo hicimos nosotras en esos dos años. Y encima, este señor siguió

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

señalándonos, amenazándonos, hasta que salió un proyecto de 150 millones y dijo que él era el que lo iba a manejar.

Como molestó tanto, la Junta Directiva quiso darle la coordinación para ver cómo le iba, pero nos pidieron a nosotras manejar el presupuesto. En fin, a ese señor le dimos la coordinación y nos empezó a pedir la plata. Teníamos que pasarle la plata a él, entonces nos empezó a traer facturas, había alguien que le hacía seguimiento, y nos dimos cuenta de que nos traía facturas falsas. Iba donde la gente que él conocía para que le firmaran y no le daba nada. Eso fue un lío tremendo hasta que nosotros terminamos el periodo.

A raíz de eso, como yo en ese momento también estaba siendo parte de un proceso nacional, me fui a la asamblea de acá y me nombraron consejera a nivel nacional. Así que ya me quedaba muy difícil seguir acá también, además, ese señor me demandó y todo.

A nivel nacional hay una articulación de los pueblos emberá que se llama la Gran Nación Emberá, ellos hacen unos congresos para elegir a sus consejeras. Ahí me eligieron a mí. A partir de ahí me perdí de la ciudad porque ya tocaba ir a hacer trabajos de acompañamiento en los departamentos. Nosotros estamos en 17 departamentos de Colombia y así, empecé a recorrer todos los territorios. Pero ese señor se quedó aquí demandándome, al final eso no quedó en nada.

A veces, asumir el rol de liderazgo no es tan fácil. No se conciben todas las circunstancias en las que los líderes o las lideresas se pueden encontrar o tienen que atravesar. Eso es también una historia de resiliencia. Yo encuentro la fuerza de seguir es en el querer, digamos, porque a mí me gusta acompañar a la gente, me gusta hacer cosas.

Actualmente, yo entré a la Universidad de Antioquia como estudiante de la Licenciatura en Pedagogía de la Madre Tierra. En el 2020 yo estaba en el último semestre y me enfermé. No pude seguir. Este año tenía la opción de entrar y lo hice, pero otra vez me enfermé —hasta ahorita no me han dicho qué tengo, ando en cuánta cosa—. Entonces lo cancelé hace poco, aunque mi meta ha sido poder terminar la universidad.

Como colectivo de mujeres indígenas Eumârâ llevamos 11 años en el proceso aquí en la ciudad. Nosotras nos apoyamos entre las mujeres, sean integrantes o las que llegan. Porque también a la ciudad llegan muchas mujeres desconociendo cómo es la ciudad y el habla del castellano. Entonces acompañamos esas situaciones. Porque algunas vienen por situaciones de salud, situaciones del conflicto armado o porque tienen problemas internos en la comunidad. Bueno, todas esas cosas son las que se ven acá.

Muchas veces para la institucionalidad no es fácil, digamos, comprender esa situación de las mujeres indígenas. En el colectivo también nos integramos como mujeres indígenas. No todas somos emberas. Hay varios pueblos como el Kamëntza, el Cubeo, el Zenú, el Nasa. Está la Embêrâ Dóbida, Embêrâ Eyábida. Nosotras nos encontramos cada 15 días —o cuando hay emergencias— porque

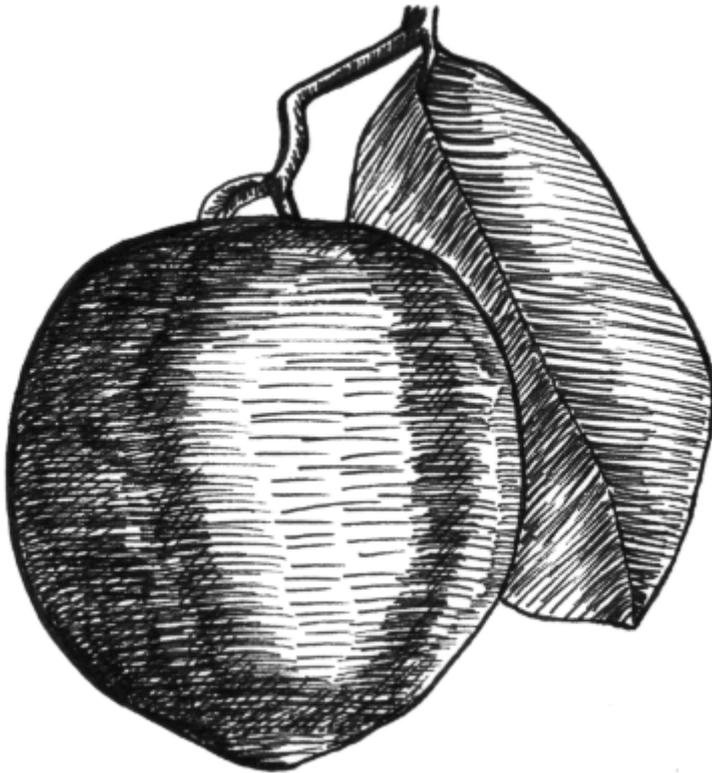
CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

alrededor de las mujeres que hacen parte del colectivo hay unos emprendimientos que necesitan cualificarse y fortalecerse.

Entonces, por eso mismo, hacemos talleres de artesanías, de danza, historia oral o, simplemente, talleres de integración. También, acompañamos a algunos niños en los colegios en los que vemos que los profesores no comprenden esa diferencia de culturas y que a todo el mundo se le exige de la misma manera. Así que hacemos acompañamiento a las instituciones cuando le quitan los niños a las mamás con bienestar familiar o cuando van a los hospitales y no los atienden porque no tienen EPS. Mejor dicho, eso hay que hacer de todo.

Bueno, yo soy una mujer a la que le gusta, primero, el trabajo social. Y segundo, los tejidos, eso lo disfruto mucho. Hilda teje todos los días, yo puedo tener el trabajo que sea, pero debo tener ese momento para mí que es el tejer. Y en el colectivo también hemos identificado eso. O sea, las mujeres —así la ciudad las vea como las sumisas, las que están del otro lado— tienen un conocimiento valioso desde sus tradiciones culturales, desde sus prácticas.



Glosario

Memoria

Memoria es como todo lo que somos y es llevar en práctica los conocimientos que tenemos y lo que pasa en el contexto.

Perdón

El perdón es poder estar tranquila con algo que haya pasado, pero que lo haya reflexionado.

Paz

La paz es estar en armonía, muchas veces no lo estamos.

En mi caso, yo tengo dos hijas y ellas como son estudiantes, la mayor estudió Comunicación Audiovisual en la Universidad de Antioquia y, actualmente, está haciendo una maestría. Mi hija, la menor, estudia Ciencias Políticas y ha estado enferma. Entonces, a veces, ella tiene que cancelar semestres o arranca y la universidad entra a paro. Eso no la ha dejado estar tranquila. Entonces, eso me preocupa a mí porque yo las quiero ver a ellas tranquilas, haciendo lo que les gusta. No las veo así.

También, hablando de paz, realmente, es estar en armonía con nosotros mismos. De pronto en la ciudad no es tan fácil decir que estamos en armonía. Pues, para mí, en lo personal, porque yo vengo de un territorio que es totalmente inmenso, en donde si siembras, recoges los frutos, donde no te cuesta nada trabajar y la tierra es inmensa. Uno en el territorio tiene todo, aquí no. Aquí si usted no tiene con qué pagar el alimento, el dueño del apartamento te saca, si no hay con qué pagar los servicios, no comes y si no hay con qué comprar la comida, tampoco, ¿cierto?

Hablar de paz es estar en armonía. No necesariamente tiene que haber un conflicto o algo así, porque estar en armonía es un todo.

Reparación

Eso sería como plenitud, pero eso, yo lo escucho y no lo veo.

Yo lo escucho, pero no lo veo porque yo pienso que reparación es estar uno en plenitud. O sea, no digamos que volver a como vivíamos, pero si en las mínimas cosas estar en plenitud y eso no lo tenemos.

Alegría

La alegría es estar equilibrada, es sentir que todo está bien y que todo lo que está es lo suficiente para uno sentirse en equilibrio con lo que se sueña. Porque la alegría es lo que la mente puede tener para estar en equilibrio.

Sanación

La sanación es algo que va de la mente y el cuerpo en relación con la naturaleza. La sanación es un estar bien espiritualmente, tener una relación plena con la naturaleza. Porque si tenemos esas dos cosas tan importantes, nosotros podemos estar en sanación con nosotros mismos. A veces, ni siquiera nos reconocemos entre nosotros y compartimos un mismo territorio, pero ni siquiera nos reconocemos en eso. Vemos al otro distinto o ni los vemos. Sanación es la conexión con la naturaleza y, de ahí, el reconocimiento del otro para poder estar espiritualmente conectados.

Medellín

Medellín es un espacio bonito, con muchos aprendizajes. Medellín es el territorio que nos ha brindado muchas oportunidades, pero también muchos desafíos al ser personas que no somos de acá, pero que, en últimas, se ha vuelto un territorio en donde tenemos la oportunidad de vivir y de aprender.



CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria



Isela Quintero

Mi nombre es Gisela, más normalmente Isela, un rayón desde mi niñez. Hago parte de diferentes procesos. Soy lideresa comunitaria desde hace 20 años en esta ciudad. Me ha tocado vivir estas secuelas, estos hechos de la guerra en varias ocasiones. Pero siento que, cada uno de esos hechos, cada una de esas situaciones y cada una de esas vulneraciones son esa fuerza, incluso, esa forma de reinventarnos para seguir adelante. Entonces, eso es Gisela, Gisela es una mujer, es una mamá, es una lideresa, es una convencida de que entretejer historias transformamos corazones, y si transformamos corazones, transformamos vidas.

Gisela tiene 49 años. En esta ciudad lleva viviendo 24 años. Precisamente hoy marcó mi vida, el día de hoy marcó mi vida y se me derrumbó un castillo, se me derrumbó un castillo. Estaba en mi hermoso municipio, ese que llevo en el alma, en el corazón, Cocorná, Antioquia. Estaba trabajando y un día como hoy mi vida cambió. Marcó la historia, pero bueno, aquí estamos haciendo historia. Yo siento que ese día estaba cumpliendo con mi labor como convencida de que las juntanzas y que los derechos humanos, digamos, son esa parte fundamental para las personas, para las comunidades, ante todo, para los niños. Estaba, digamos, ejerciendo mi labor y me toca presenciar, me toca ser testigo de hechos que esta guerra ha dejado en este país. Pero bueno, ese día mi vida cambió.

Efectivamente, fueron cinco años, fueron cuatro años en esta ciudad que era una ciudad extraña para mí. Era un monstruo, era... yo siempre en cualquier tipo de conversación, siempre nombro eso, porque veníamos, o sea, nosotros venimos de una cultura campesina. Una mujer, la cual, no tenía que preocuparse con qué o cómo iba a ser su solvento económico porque lo tenía atendido desde su autoeficiencia, desde lo que produce la tierra. Entonces, siento que llegar a esta ciudad fue el trauma más grande, fue el trauma más grande, y durante estos cuatro años yo lo que traté fue como de familiarizarme con ella, familiarizarme con una selva de cemento, en vez de estar en la selva selvática. Creo que esos cuatro años fueron un encarcelamiento y un encarcelamiento porque las heridas que había eran heridas que no se había tramitado, no se había hablado de ellas. Pensaba que podíamos vivir con ellas sin nombrarlas, hasta que llegó el momento en que Gisela llega a vivir a una de las comunas de aquí de la ciudad de Medellín.

Yo llegué a Moravia, estuve vendiendo crispetas en pleno diciembre. Luego estuve trabajando, vendiendo almuerzos en la Minorista. Estuve trabajando en artesanías. Y así sucesivamente sobrevivió esos cuatro años. Después de que viví ahí, esos tres años y medio, en la comuna, ahí en Moravia, me pasé para Aranjuez, y de Aranjuez la situación me llevó a vivir a la ocho en pleno diciembre con papá, en el 2005. Diga, me fui porque quería como estar cerca, como buscar otros horizontes, y llegué a la Comuna 8.

Mi hermana vivía ahí, ella pagaba arriendo, me consiguió arriendo. Por esa temporada papá también se enfermó, papá nunca, pues, digamos que nunca tuvo esa capacidad de soportar cómo ese castillo del que hoy les hablo, se le derrumbó en un abrir y cerrar de ojos. Cuando a nosotros nos toca el conflicto, a mí me toca salir. Al mes les toca salir a ellos. Yo siento que para papá la vida se le acabó. Se le acabó la vida, se le acabó porque, claro, un señor ya de edad... Empezaron sus achaques de salud, problemas de corazón, diabético, cáncer y en pleno diciembre. En enero del 2006, 2007, yo pagaba arriendo también y no tenía con qué pagarlo; me sacaron mis cosas con una bebé. Tenía a mi hija de 18 años hoy, tenía a mi hija de cuatro mesecitos, tenía a papá tras salir de una cirugía de corazón abierto y llegué a uno de los asentamientos, uno de los tantos asentamientos, que es a donde llegamos las víctimas en la mayoría de las ciudades.

Llegué a ese asentamiento, Pinares de Oriente de la Comuna 8. En ese asentamiento, yo siento que cuando llegué fue, digamos, como un despertar, pero

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

no entendía ese despertar. Entonces, llevo a hacer, o sea a construir, mi casita. Me conseguí un lote, nos conseguimos un lote. Llego a construir mi casa, a parar cuatro palitos y la que, como tenía conocidos en la Minorista, a que me dieran, me ayudaran, me dieron madera, conseguí y así levanté mi casa allá en Pinares de Oriente. Un asentamiento que no tenía nada, un asentamiento en el que todos teníamos era eso; ese lugarcito en donde habitábamos. No tenía senderos, no tenía luz, no tenía parque, no tenía nada. Cierto, 2006-2007, como que no sé... este elefantico se indigna porque escuchó un rumor de que iban a desalojar.

Iban a desalojar.

—¿Van a desalojar? —No entendía ese ese concepto.

—Sí, nos van a desalojar.

—Pero entonces si nos van a sacar nos mandan para otra casa —.Yo como no entendía...

— Gisela... ¿para otra casa? —me decían las personas sorprendidas de mi ingenuidad.

—Pues obvio, es que nosotros estamos acá porque queremos —contestaba como dentro de mi ingenuidad todavía.

Obvio, yo no sabía esta ciudad qué era. Ya llevaba 6 años, sí, ya llevaba más o menos seis años. Mi papá seguía muy enfermo. Ya me salí, gracias a Dios, digamos de mi casa, pues yo siento que esa fue como, yo no sé cómo escribirla. Yo no sé cómo describir esos cuatro palos que parábamos con tabla, con hojas de zinc y con el piso en tierra, pero sentía que era ese contacto y eso era lo que era Gisela. Aparte, y para acabar de ajustar, ahí al lado estaba el cerro; el cerro Pan de Azúcar. Naturaleza, aire, o sea, como que esto es lo mío. Cuando ya esas alertas que nos iban a desalojar, precisamente, uno, pues, empieza. Desalojar es tumbar, los asentamientos los tumbaban, los tumbaban el Estado. Ya había habido tres tumbas, esa era la cuarta.

—Sí, es que no. A la otra casa para la que nos llevan es esta misma, pero nos toca esperar a que la máquina mire qué madera deja buena para volver a construir. —Ya me dijeron, así como todo bonito...

—Pues, cómo. Es que, no, aquí no nos podemos permitir eso —les dije yo.

Y como que este leoncito despertó.

—No, esto no puede seguir, esto no puede ser así. No, nos tenemos que organizar.

Empezamos. Lo primero fue como buscar aliados y empezamos la primera juntanza en esta ciudad, Junta de Acción Comunal. Un año completico, literalmente, luchando para que nos pudieran dar ese reconocimiento porque era un asentamiento que era subnormal. Era un barrio que no aparecía en la alcaldía, no aparecía en planeación. Estábamos en zona de riesgo. Todo esto porque ya se tenía una planeación diferente para ese sector, pero nosotros no aparecíamos. Ahí empieza Gisela otra vez a activarse. Yo ya vivía con mis tres hijas, yo ya tenía tres hijas de ocho, cinco años y de meses.

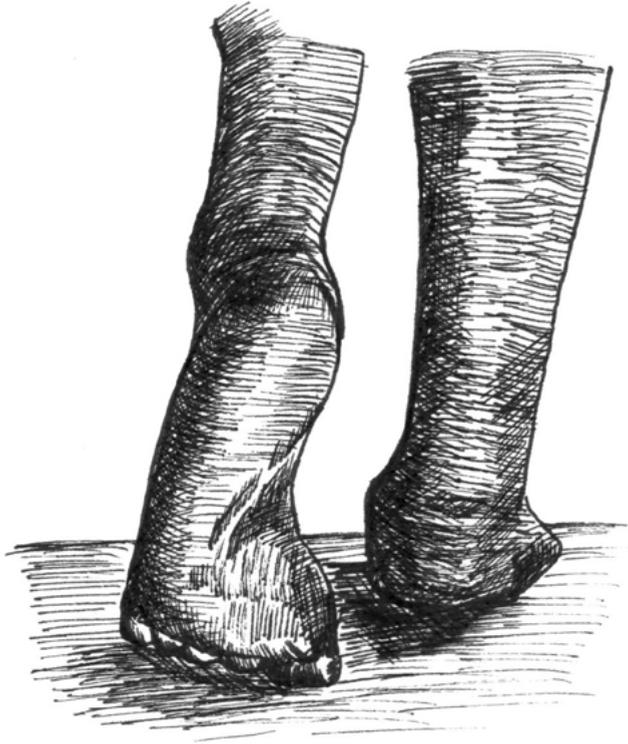
Así empezó Gisela como en esa lucha. Empezamos a juntarnos, a conversar, a darnos cuenta. De hecho, yo no sabía que yo era víctima del conflicto, pues que a

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

mí me había tocado el conflicto, yo no sabía. Yo sabía que había tenido que narrar unos hechos en mi vida, pero yo, o sea, a uno como que, pues no sé, como que lo abruma; lo abruma a uno las cosas. A medida que fui, digamos, como en ese proceso de «venga que tenemos que juntarnos», porque es que yo sabía que acaso me había venido para Medellín porque llegó un 31 de octubre y yo dije «ay, yo me voy para Medellín porque quiero ir a alguna ciudad», no. Si a alguna ciudad yo le tenía temor, era a Medellín.

Yo había venido dos o tres veces a esta ciudad; vine cuando mi hija mayor nació, que la tuve aquí en la León 13, me la tuvieron hospitalizada casi como 15 días. Luego vine a registrarla porque me tocó registrarla acá y, la tercera vez, vine con ella, pero con un hecho encima y era esta maldita guerra. Entonces, yo decía: «Yo no soy capaz de vivir en esa ciudad». A mí me abrumaba, me abrumaba, o sea, a mí solamente el salir de la clínica y tener que caminar a coger bus me parecía como aterrador. Yo decía, yo miraba, y era impresionante como tanta tensión. Era como una tensión, era como un miedo, es que era una ciudad que yo pensaba que me iba a tragar. Es una ciudad que yo pensaba que me iba a tragar y jamás pensé que esta ciudad fuera a la que llegaría con una mochila cargada de dolor. Cargada, nuevamente, de miedo porque ya venía cargada de miedo por la persecución, entonces, miraba unos rostros de que lo están siguiendo.



CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Yo siento que el yo poder convivir en esta ciudad para mí no fue nada fácil y creo que han sido 20 años, los cuales, de esos 20 años yo apenas vine a entender qué era lo que me había pasado, qué era lo que había vivido, después de que otra vez por mi liderazgo vuelvo a como a tener esa persecución. Porque, finalmente, por eso sí me he caracterizado yo, he sido una mujer muy crítica y una mujer, digamos, la cual ha entendido que tiene unos derechos y que esos derechos los hace respetar a través de la palabra, a través del diálogo. Sí me considero mucho que soy una mujer, mucho del diálogo y que, si en momentos hay cosas que incomodan, podrá haber algunas alteraciones en mi forma de hablar, mi forma de expresarme. Pero yo creo que eso uno lo va aprendiendo y eso fue lo que me enseñó la sociedad, especialmente la comuna ocho.

Creo que la segunda vez, no... Cuando empecé ese trabajo en la ocho, nuevamente, me encuentro con la cara de la violencia y con quienes han tenido diferentes razones por hacer parte, digamos, de esos espacios de violencia. Y ahí es cuando me encuentro con esa otra realidad. Yo le huía, yo le tuve que huir y tuve que salir por salvar mi vida, mi familia. Cuando me encuentro acá con esa misma realidad que era, digamos, una cosa muy aislada a lo que estaba haciendo allá en mi pueblo. Yo estaba trabajando por la comunidad, era como esa forma en la que, si uno no se queda callado, eso le genera a uno ese riesgo. Pues, ese riesgo, como en palabras que han utilizado las mujeres en esas múltiples violencias que lo han vivido, que es «quédese, calladita, que calladita se ve mejor». Yo me doy cuenta de que yo no he comulgado con eso, entonces, yo siento que mi resistencia ha sido más, desde el no aguantar y el poder expresar eso que me incomoda y mucho más cuando está en juego un restablecimiento de nuestros derechos, que tenemos desde la Constitución Política.

Aquí, cuando me vuelve y me tocan esas persecuciones, o que me empiezan como a ver con ese peligro... ese peligro porque se está metiendo o porque se están tocando temas o se están esculcando, digamos, algunos hechos que puedan generar incomodidades. Yo siento que eso lo pone en una vulnerabilidad a uno y esa vulnerabilidad está acompañada del miedo. Yo creo que ese miedo se va como emancipando y es como que «venga, es que lo que a ti te está pasando o lo que tú viviste también lo viví yo». Es como el poder conversar, poder transitar la palabra. Eso a mí me permitió que en la comuna ocho tuviera la capacidad de tener muchas presiones por el trabajo que estaba haciendo, y que me permitió como generar esas otras herramientas para que el miedo no nos arrebate los sueños y las esperanzas.

Yo siento que mi infancia es una infancia intachable. Es una infancia, la cual tuvo una base fundamental que fue la familia; ese papá, esa mamá, esos hermanos. Somos siete hermanos. Yo siento que mi infancia fue llena de libertad. Fue una infancia, en la cual, disfrutaba cada momento con la naturaleza, cada instante, pero de todo, yo siento que la infancia que pasó por mi vida es la infancia que hoy me permite y me da fuerzas para decir: «A esas infancias podemos darles continuidad para nuestros niños». Finalmente, yo siento que hoy son ellos los que

más merecen. Son ellos los que pueden tener esas memorias de lo que fueron nuestras infancias. Yo siento que, para mí, si a mí me pusieran a decir qué fue lo doloroso de su infancia, no tengo ningún dolor, ningún dolor.

De lo que más me acuerdo es de esperar a mis amigos, que vivían cerca de mi casa, para irnos todos a estudiar en galladitos. Éramos más o menos diez para ir como a la escolita. Otra memoria muy linda que tengo en mi infancia es un espacio que yo, digamos, lo adecué; como un parquecito para mí. Era un parquecito donde había árboles y era como una forma con las cobijas que yo tenía, que teníamos en la casa, yo las sacaba y las ponía en medio de esos árboles y yo me hacía esa casita. Pero entonces era muy lindo porque resulta que era así como en unos barrancos que se prestaban para hacer como esas decoraciones al frente. Entonces, tenía la casa, armaba las camitas con los adobes o con piedras, ponía mis muñecas ahí, y ahí nos sentábamos todos los primos a jugar. Otras veces también, había al lado una casa desocupada de una familia que vivía más lejos, pero esa parte era como una para tener los animales y nosotros nos íbamos a esa casa. Esa casa tenía un fogón de tierra y allá nos íbamos a hacer las comeditas.

Después, Gisela se va para el pueblo de 11 años; vivía en lo rural. Yo toda mi niñez la pasé fue en la finca. Por la escolita, donde estudiaba de 11 años, me fui a estudiar al pueblo. Y esa es una de las cosas que me dejó muy triste porque para mí era muy duro ver cómo los fines de semana salía papá y mamá, que al mediodía yo veía que empezaban a organizar y era para irse nuevamente. Entonces, yo sentía como que a mí algo se me desgarraba, algo me dolía a mí como que, literalmente, yo decía: «¿Yo por qué me temo que quedar?», «¿yo por qué no puedo seguir estudiando allá?». Pero era porque ellos querían, digamos, que yo tuviera una mejor calidad de educación. Ellos me dejaban en el pueblito y ellos se iban a la finca, yo me quedaba con una tía. Yo siento que ese momento sí fue maluquito porque, incluso, nunca... pues, nunca lo... eso lo recuerdo con mucha nostalgia. Yo lo recuerdo con mucha nostalgia porque los domingos, o sea, para mí los domingos eran un tormento. Yo empezaba a estudiar, yo iba los lunes a estudiar, los martes, listo, miércoles, jueves y viernes. Ya empezaba a partir del miércoles o jueves a contar. «Ay, ya tal día viene mamá y papá». Iban los sábados y ya el domingo era muy doloroso.

Hice octavo de bachillerato, luego me devolví nuevamente para donde ellos. Cuando tenía 16 años me salí, me fui a trabajar. Me vine a trabajar a Rionegro por la situación económica, porque ya queríamos entonces tener nuestras cosas. Todo eso, y digamos, la forma de sobrevivencia allá no era, ya uno como adolescente, todo eso. Bueno, dejé mis estudios, me vine a trabajar a Rionegro. Ahí trabajé más o menos en los 90', trabajé como seis años. Tuve mi hija mayor, la de 28. Trabajaba ahí, luego me volví para Cocorná. Me resultó trabajo allá con el Bienestar Familiar. Ya cuando volví a Cocorná, la mujer feliz. Tenía trabajo, vivía, o sea, estaba en ese castillo, tenía a mi hija. Mamá me la cuidaba, y hacía lo que amaba. Recorría el campo porque yo trabajaba con Bienestar Familiar en las veredas. Yo me

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

levantaba... era mi felicidad. A mí no me dolía nada. Tenía entonces los gastos de la casa, ya nos los dividíamos entre mi hermano, papá y yo.

Y ese 31 de octubre del 2000 mi vida me marcó, pero bueno, aquí estamos.

Si vieran que Gisela se convirtió en monstruico, como para seguir en esa búsqueda ya cuando entendí las violencias y las guerras que hemos tenido que vivir y a lo que le hemos tenido que poner los muertos, que hemos tenido, digamos que poner el pecho a ello. Hoy Gisela es una convencida de que conversando podemos obtener unas transformaciones

Yo siento que a nosotros nos han inculcado tanto esta dosis del odio, de la venganza. Yo siento que esto no nos está llevando para ninguna parte, pues porque a mí, nuevamente, me toca en el 2017. Me toca salir de la comuna ocho, la comuna que me abrió las puertas, donde Gisela sintió que volvió a vivir, que estaba dentro de la ciudad, pero que estaba dentro del campo también. A medida que fue avanzando fue como transitando por juntarse para hablar, para narrar eso que nos había pasado, porque lo que le ha pasado a Gisela, le ha pasado a millones de víctimas. Yo creo que eso lo he venido entendiendo y he venido también como hilando cada una de las narrativas.

Cuando a mí me toca salir nuevamente ya de la comuna ocho en el 2017, porque papá murió en el 2016 de un infarto; él no soportó. Finalmente, quedó ya muy decaído, no pudo volver a trabajar, entonces su vida se le fue apagando. A mí me ha tocado salir en el 2017, de allá de la comuna ocho y otra vez salgo con esa mochila. Pero ya no era solamente Gisela, sino que también les tocaba a sus otras dos hijas, a su nieta que tenía cuatro meses. Creo que cada uno de estos hechos, le muestran a uno de qué está hecho, siento que cada uno de los pasos que uno da, cada una de las cosas... no buscar respuestas a lo que le pasa, sino más bien el cómo salimos de ello y cómo aprendemos de ello; eso me ha permitido hoy a mí convencerme. Siento que hay unas generaciones que merecen tener otro tipo de sociedad, otro tipo de comunidad. La violencia, definitivamente, esto no nos está dando resultado.

Uno también en el caminar... Hoy nos damos cuenta de que tenemos alrededor de seis generaciones en ellas y yo estoy, posiblemente, cerca de esta generación. Entonces, a mi papá le tocó porque a él también le tocó, a mi abuela le tocó. Así que he optado y he dicho que no quisiera seguir nombrando las generaciones, es que a ellos les tocó. Yo quisiera que hoy pudiéramos pensar más fácil cómo le damos salida a estos conflictos que nos los han impuesto porque son conflictos que nos han impuesto, porque cuando a mí me toca este primer hecho, quién va a decir o quién está preparado para ello.

Cuando vuelve me toca en la comuna ocho. Ahora, yo siento que siempre somos los que menos tenemos que ver en esto, hoy Gisela está en unos escenarios y en unos escenarios que le han permitido crecer y entender; y le han permitido hablar, le han permitido narrar, pero, ante todo le han permitido sanar. Cuando uno sana, uno puede ver qué riqueza tiene uno a su lado. Yo creo que la riqueza más grande que nosotros podemos tener es el tener la oportunidad de contar nuestra historia

y cuando contamos nuestra historia es una forma de decirle a estos que han estado empeñados en arrebatarlos esas esperanzas que no, no va para ningún lado. Tramitar no solamente, digamos, es el sanar y no es solo el poder hablar sin tanto dolor. Es también el buscar esa verdad, el buscar esa reparación.

Para la reparación, ahí también he venido teniendo esa conciencia, de que no es solo lo económico, no es esa la parte fundamental para nosotros como víctimas. Y pongo esa palabra «víctima» porque, de hecho, he procurado y estoy haciendo el ejercicio de no desligarla de mí, porque el desligar eso de mí es permitir que esto siga pasando, pero entonces prefiero dejarla como «listo, venga, convivamos usted y yo, pero es que no se va a seguir apropiando de mí» porque cuando nosotros llegamos a apropiarnos, digamos, es lo que no nos permite vernos.

Entonces, yo creo que la Gisela que hay hoy ha resurgido. Ha resurgido de muchas formas y su voz siempre va a estar enfocada en que, si no nos juntamos, si no nos escuchamos y si no nos damos la tarea, la tarea de ponernos en el zapato del otro; va a ser muy complicado porque ningún hecho es más duro que el otro. Todos los hechos han marcado nuestras vidas. Yo creo que esas marcas siempre van a estar en nosotros porque son cicatrices que desaparecerán cuando ya no estemos en este planeta. Pero yo creo en que nosotros debemos generar procesos de una verdadera memoria e historia, contar sin maquillar, poder expresar con tranquilidad y, ante todo, poder comprometernos a que la palabra sea la poderosa que desarme tantos corazones.

Gisela es ese ser que expresa lo que es uno interno. Gisela hoy al ser esa mujer empoderada, ser esa mujer con esa capacidad de debates, de esos diálogos y del reconocer lo que nos hace nosotros; eso ha sido un proceso que se ha ido ganando, concientizando. Yo siento que el poder conjugar todos esos momentos no es nada fácil. Cómo esta mujer, esa mamá, esta lideresa, ante todo, esta mujer se dio a la tarea de seguir caminando y seguir escuchando, abrazando y poniendo su voz donde quiera que esté, para que esos testimonios de vida no se olviden porque, finalmente, ese es uno de los grandes legados que tenemos por hablar y son esos testimonios que siempre están en uno.

Entonces, uno, digamos, es esa conjugación. Es esa conjugación, la cual, es esencia. Pues, yo no me imagino a una Gisela, hasta el momento, yo no me imagino a una Gisela, solamente dedicándose a estar en la casa con sus hijas. No. Yo no me la imagino, pero tampoco me imagino una Gisela viendo cómo en la calle están vulnerando los derechos de cualquier persona y pasar desapercibida, no me la imagino. Mucho menos me imagino a una Gisela que no esté en los espacios con esas otras mujeres por medio de la palabra y que, personalmente, he venido como poniendo en mí misma una... Yo no sé si ponerlo técnico, una metodología, unas herramientas y son unos objetos. Yo digo: «¿Cómo remendamos?», «¿cómo cosemos?» y «¿cómo tejemos?». Porque yo siento que cuando el conflicto pasa por nuestra vida tenemos que juntar esas tres cosas; es que nuestra vida no vuelve a ser igual. Al momento en que toca ese conflicto, se rasga y es ahí. Ese es el reto que nosotros tenemos, el cómo es que del rasgar eso, lo empezamos a remendar.

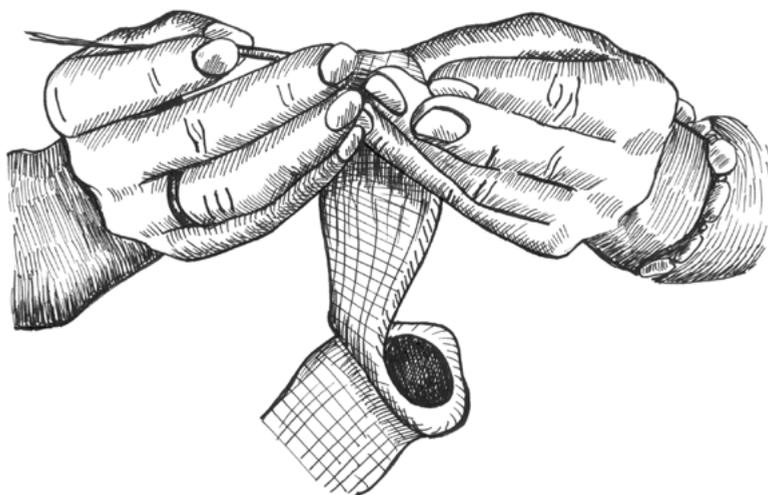
CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Luego de ese remiendo, cómo tejemos y que esa cicatriz que quede sea una cicatriz que tengas que mirarla así, pero que sea cicatriz, tú la tienes ahí porque tú sabes que la tienes. Es una cicatriz para que puedas narrar, para que puedas entender y puedas, digamos, puedas sanar ese daño porque no vamos a hacer nada si seguimos poniendo curitas sobre el dolor. Eso es lo que yo he aprendido también estos 20 años. Siento que hoy esa mujer, es esa mujer que estos 20 años ha llorado, ha estado derrumbada, ha estado derrotada, es esa mujer que ha dicho «ya no quiero seguir», pero que, finalmente hay unos motivos, hay unas razones.

Para mí, mi base fundamental son mis hijas, mi familia y mi nieta. Para mí, porque ese fue el entorno con el que Gisela creció, con el que vio que el papá todos los días se levantaba a las tres de la mañana, en el que vio que la mamá... o sea, como en ese núcleo, eso es lo que es Gisela hoy. Esa es la base. Luego de ahí, esa base la sostengo con esos principios que me enseñaron a mí, ellas son multiplicadoras y si ellas son multiplicadoras, yo puedo ser multiplicadora porque es lo que he sabido hacer.

Tengo una anécdota, una de muy niña y que, ahora sí veo esas secuelas que uno tiene de niño... ¡qué mejor dicho! Yo me iba para la escuela, o sea, yo tenía seis añitos, a mí me mandaban para la escuela como asistente y resulta que una profesora muy querida, Lucelly Mejía, yo me sentaba en los pupitres y no dejaba dar clases, porque yo me sentaba era a silbar. Me sentaba a cantar. Hubo un momento en que me dijo, porque ella me decía Isela, «María Isela, ¡hágame el favor!». Y me dijo unas palabras: «Si usted no me va a dejar dar clase, dela usted». Pues yo le decía a ella «profesora Lucelly...», y me dijo así: «porque es que



el estudio, tú ahoritica no lo ves así, pero los otros niños que están ahí sí quieren estudiar y tú vas a llegar a un momento en que tú también vas a tener que estudiar así». A mí esas palabras se me quedaron acá en el pecho, y ya. Una así como de niña.

Yo siento que otra anécdota... Es muy triste. Ay, porque yo, o sea, yo creo que la primera comunión de mi muchacha, estábamos... A mí, como que estos meses, literalmente, octubre y noviembre han marcado mi vida y es el mes en el que nací, porque en mi pleno cumpleaños, siete de noviembre, fue el día que me tocó salir de la comuna ocho. Mi muchacha estaba, digamos, con todo su proceso de graduación de quinto, primera comunión. Recuerdo que me había comprado unos zapatos en octubre, porque los vi baratos, para la primera comunión de ella porque nosotros estábamos muy felices porque era la última niña. Estábamos montando una primera comunión, todas ya estaban grandes. Camila tenía como 23 o 24 años, Alejandra ya tenía 16. Claro, entonces ella todo lo lindo. Cómo le parece que cuando me toca a mí salir, me toca salir y no saqué los zapatos, o sea, cuando me tocó salir de la casa, no pude sacar los zapatos. En la primera comunión de la niña me tuve que ir con unas chanclas porque no podía entrar a la casa, no podíamos sacar nada.

Eso fue como una de las anécdotas, pero una anécdota muy feliz también fue hace un mes. Hace un mes yo estaba como con esa ansiedad de la entrega de la medalla Francisco Antonio Zea, y bueno, muy emocionada y yo no sabía nada. Todo mundo me decía: «Gisela, esa medalla no se la han entregado a nadie, pues, solamente se la han entregado a doctores». Yo recuerdo que dos días antes yo me fui caminando. Cuando vi unos zapatos así en remates. Ahí mismo se me vino a la mente, porque cuando mis muchachas estaban pequeñas, eso era lo que yo hacía.

Yo estos 20 años, desde que le he trabajado a lo social... un trabajo estable es lo que hace que estoy acá en el Museo Casa de la Memoria: cuatro años. De resto, yo no tenía un trabajo estable. Yo sobrevivía, digamos, con las legumbres que tenía allá en la huerta arriba en la comuna ocho. Afortunadamente, no pagaba ahí arriendo, entonces, me decían «va a ir a hacer un aseo», yo iba a un aseo. O sea, un trabajo estable, desde que estoy acá en el Museo: cuatro años. Yo empezaba, como más o menos, empezaba a ir ahorrando, ahorrando, le iba comprando las cosas a las muchachas para diciembre y las iba guardando. «Ah, que por aquí un pantalón baratico en promoción», entonces, los iba comprando y los iba guardando.

Yo recuerdo ese día, yo vi esas chanclas, yo ya no puedo utilizar por el problema que tengo de rodillas y todo eso. Yo me arrimé. Dizque promoción...

—¿Cuánto valen esas chanclas? —pregunté ahí, arrimándome.

—Ah, valen 15.000 pesos.

Yo pensé: «Yo no me las puedo poner, pero me llevo unos tenis y me las pongo». Para mí, todo lo que me están diciendo de esa medalla es lo que mis pies han cargado, lo que mis pies han caminado. Yo me las llevé. Me las llevé. Le conté a Alejandra, mi hija.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

—Aleja, mira estas chanclas —le dije.

—Mami, pero usted no se puede poner eso —me contestó ella ya regañándome.

— Sí, yo sé, pero yo me las quiero poner ese día. —Le contesté yo —Pues, porque me han contado tanto de esa medalla que la verdad eso, prácticamente, para esa medalla mis pies han sido esos protagonistas. Mis manos que han abrazado. Mis oídos que han escuchado. Mis ojos que han llorado.

Me puse unos tenis y allá en el paraninfo me puse las chanclas, mientras la ceremonia. Salimos, otra vez me los cambié. Entonces son como esas dos anécdotas, pero siempre han sido los zapatos. Qué casualidad. Siempre han sido los zapatos...



Glosario

Memoria

Para mí la memoria es eso que hay en nuestro cuerpo, en nuestro sentir, pero, ante todo, en nuestro corazón.

Perdón

Para mí el perdón son pocas palabras. Pero que, si las aplicamos internamente desde nosotros, es una palabra que podría tener un infinito.

Paz

Para Gisela la paz es una palabra bien pequeña pero difícil de alcanzar. Pero cuando yo estoy convencida de esa paz que tengo internamente, puedo transmitir esa paz a quienes me rodean y si esa paz que yo transmito a los que me rodean se va multiplicando, eso se va creciendo como una bola de nieve.

Reparación

Para mí la reparación va más allá de lo económico. Para mí el signo peso no, hace un tiempo para acá estoy convencida de que a nosotros, que nos ha tocado el conflicto armado, la reparación y esos papeles van más allá de reparar, de coser y de tejer este daño que sucedió en nuestras vidas.

Alegría

Ay, para mí la alegría, digamos, eso que uno irradia todos los días desde que abre los ojos, por donde se pasa. Y que la alegría es que tú disfrutes cada minuto cada segundo lo que haces, lo que sueñas, ante todo, lo que te esmeras en conseguir.

Sanación

Para mí la sanación son esas capsulitas que no podemos olvidar, porque creemos que la sanación no hay que estarla alimentando. La sanación hay que estarla alimentando y son esas pastillitas que tanto hemos perdido en nuestra memoria como lo de la tolerancia, el respeto...

Medellín

Para mí esta Medellín significa esa ciudad que me asustó, esa ciudad que me vio llorar. Esa ciudad en la que me paraba en una esquina y miraba esos edificios y no me imaginaba que pudiera habitarla. Mucho menos que pudiera sentirla como la siento hoy, con sus dificultades, con sus problemáticas, pero, sobre todo, con esa falta de empatía que tenemos, porque nos falta mucha empatía. Pero siento que es una Medellín la cual ofrece, es esperanzadora y es esa Medellín que nos ha arropado por nuestros bordes, nuestras laderas y, para mí, el Cerro Pan de Azúcar fue quien me arropó, fue quien me cobijó y hace parte de Medellín.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria



Leonelia Zapata

Mi nombre es María Leonelia Zapata, me dicen Nelia los demás líderes de la Comuna 8 y 10 y las mujeres, porque yo hago parte del movimiento de mujeres de esta ciudad. O Leo, me dicen Leíto porque no me saben pronunciar todo el nombre completo.

Yo soy una mujer muy activa en lo social y comunitario. He estado en el movimiento de mujeres, aprendiendo sobre los derechos de nosotras y sobre el cómo hacer proyectos que beneficien a las mujeres populares. Yo me encaminé mucho por esa propuesta, es una apuesta muy importante que muchas mujeres de los barrios populares acogimos y nos organizamos en la «Red de Mujeres Populares Hacia el Futuro». Ahí empezamos una apuesta colectiva de formación y capacitación de los derechos sociales y económicos. Estuvimos 20 años muy organizadas trabajando por los barrios y teníamos proyectos internacionales.

En cuanto a mi infancia, esta no fue muy buena; fue complicadísima porque yo viví con mis abuelos analfabetas. Yo viví de niña en el municipio de Concordia. A mí me trajo mi mamá del Valle, de Ceilán (Corregimiento de Bugalagrande), ella se separó de mi papá y yo tenía una enfermedad muy fuerte en las manos, entonces, me dejaron en una finca que se llamaba Farías. En esa época era muy abundante todo en trabajo y mi abuelo trabajaba allá, teníamos una casa allá muy grande, pero el agua estaba muy retirada.

Nos tocaba muy duro, a mí como niña me tocó trabajar desde los siete años en esa finca. Me tocaba levantarme desde las cuatro de la mañana a moler maíz para hacer las arepas. Una tía hacía las arepas y me hacía levantar, si no me levantaba me echaba agua para que me levantara a moler y a cargar agua. El agua estaba a más de unas cuadras, había un tanque, un nacimiento.

Pues ahí estuve hasta la edad de siete años cuando mis abuelos compraron una casa en el pueblo, me llevaron a mí y a un tío, el menor, porque eran 22 hijos de la abuela. Me llevaron a estudiar la primaria en el municipio de Concordia. Me dejaron con una tía y un tío para que estudiáramos, pero cada uno tenía su pieza aparte. Empecé a estudiar la primaria en María Luisa, allá en Concordia, y me encantaba estudiar. Yo era la mejor en matemáticas, pero llegué hasta tercero de primaria y mis abuelos ahí dijeron que las mujeres no podíamos seguir estudiando, que el hombre sí, pero que las mujeres no porque eran para trabajar en el campo. Así que me llevaron al campo a ayudar.

Yo no sé por qué sentía como una rebeldía de decir: «No, esto no es lo mío. Vivir aquí cocinando y haciendo, yo tan joven, no. Para eso me voy a ganar plata». Entonces, como yo conocí unas monjas salesianas en Concordia, ellas me dijeron: «¿usted se quiere ir para que seamos Él y nosotras?». Y yo dije que sí, pero era como por el deseo de salirme de esa finca donde trabajaba tanto. Entonces, les dije que sí. Hablaron con mi abuela y me trajeron, pero resulta que ellas no me pusieron a estudiar ahí mismo. Y yo era desde niña muy activa, así que dije: «Yo de aquí me vuelo, porque esas monjas no me van a dar ningún estudio». Me devolví a trabajar.

Empecé a cuidar niños y yo no sabía nada. Ahí empezó mi vida, cuando un día por la noche, un señor me estaba tocando la puerta porque la señora no estaba; se había ido a jugar cartas.

—¿Qué necesita? —le dije yo—. Yo ya estoy durmiendo y está muy tarde.

Yo me levantaba como a las cuatro a organizar al niño que se despertaba muy temprano. Ya me había ganado el cariño del niño.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

—Es para que me dé calorcito —me contestó el señor.

—Hágame un favor y se va, porque yo mañana le voy a decir a mi patrona que usted está aquí molestando.

Entonces, él se fue, pero al otro día me cogió esa aburrición tan tesa que me volé. De allá me fui otra vez para Concordia y le conté toda la aventura a mi abuela. Ya de ahí me quedé un tiempo con la abuela, ayudando en el pueblo. Pero yo le decía: «Yo me voy a ir a estudiar», así empecé el cuarto de primaria yo misma. Después, pues, mi papá vivía en el pueblo, pero yo le dije que me ayudara para lograr estudiar y él me contestó que fuera a estudiar que él me daba lo útiles y todo. Yo feliz.

Luego, mi abuela se enfermó —yo tenía ya por ahí 13 años en esa época— y cuando salió de esa gravedad, me encontré con una compañera de estudio que me dijo: «Nos vamos a Medellín. A ver a qué es lo que le gusta y cómo va a hacer usted para volarse». Pero mentira, yo le dije a la abuela que iba a trabajar en Medellín y que le mandaba platica. Y así fue, me fui para Medellín.

Yo trabajaba en la 80, pero esos patronos me robaron. Me quedé sin plata, pero entonces ya me fui a trabajar a la Funeraria Ochoa de Envigado, con esa misma compañera. Y allá me quedé, ¡hasta me conseguí un novio! Me iba a casar, pero se me cortó unos dedos trabajando en Inca Metal. Y yo dije: «¿Yo qué voy a hacer con ese muchacho sin dedos?». Lo dejé. La inocencia; uno a esa edad está muy joven y aspira a cosas más grandes. Lo eché y lloraba por él.

A los días me conseguí un policía.

—Yo desde que la vi me gustó y la quiero mucho—me dijo él—. Si usted me dice, en estos tres meses, que quiere casarse conmigo, me caso, de una.

—¿Cómo así?, ¿sin conocernos bastante? ¡Ay, no!

—Yo conversé con sus patronos, me dijeron que es muy guapa y casera —me contestó—. Y esas son las mujeres que a mí me gustan.

Así empezamos un noviazgo y la patrona estaba de acuerdo. Estuvimos ahí como cuatro años y cuando nos fuimos a casar a él lo mataron. Él se fue de contraguerrilla a Yarumal y por allá lo mataron. ¡Y qué difícil fue la vida mía!

Me fui otra vez para mi casa y allá conseguí, por un tiempo, un trabajo en una farmacia. Mientras estaba allá, un señor conocido empezó a molestarme, pero ya yo no quería nadie, no me quería casar, decía que iba quedarme beata. Pero al tiempo, al regresar con los patronos aquí, él siguió visitándome, hasta que a lo último nos casamos y nos fuimos a vivir a «El Trianón», en Envigado, a una finca. Después, nos tuvimos que ir de allí porque colocamos a una prima y ella empezó a molestar a mi marido y a los patronos. Él, en ese entonces, como que sí me quería un poco, porque me dijo: «No, yo no traiciono».

Como yo tenía a unos tíos en Villatina que estaban cogiendo terreno allá para hacer viviendas, yo hice la vuelta para que nos vendieran un terreno y nos fuimos a vivir allá en una piccita. Pero, cuando llegamos a Villatina hubo una tragedia por San Antonio; un alud que se llevó mucha vivienda y tapó a mucha gente. Y esa tierra colorada, pues, yo no estaba enseñada a vivir como tan horrible así. Yo



CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

me quería ir de una vez, pero nos quedamos porque, aunque los patrones nos ofrecieron una casa en la funeraria, él era muy celoso y decía que no le convenía porque había muchos hombres.

Hasta que una vez llegaron unas mujeres, se llamaban «Vamos Mujer», ahí ya inicié un proceso de formación. Nos enseñaban qué era el género, qué era la equidad y la identidad popular, por ejemplo. Yo me enamoré de ese proceso, de esa apuesta. Después, también en el barrio me llamaban porque yo inicié un proceso con jóvenes, haciendo dinámicas, presentando grupos culturales y estaba muy metida en la Sede Comunal. Hacía mucho trabajo comunitario y aparecí ahí, apoyando todos los convites allá para hacer la junta. Y ahí empecé como líder social con las mujeres, con «Vamos Mujer». Imagínese que íbamos a ese proceso los domingos a Prado Centro. Yo sacaba un domingo, y le dejaba los hijos al esposo y me iba a estudiar. Ahí empecé y ya nadie me paró de hacer el trabajo comunitario.

La dinámica era así: mi esposo trabajaba en el matadero de Envigado y de Medellín, llegaba temprano y entonces cuidaba a los niños. Yo se los dejaba a una señora muy amorosa que había ahí cerquita, que vivía al frente, para que me los cuidaba mientras él llegaba. Y yo iba a estudiar los domingos, luego, empecé a estudiar también en Comfama. Y ahí me fui yendo, hasta que «Vamos Mujer» nos dio vuelo.

—Bueno, ya están muy preparadas: vuelen, vuelen. —Nos empezaron a decir.

—¡Mirá cómo nos están diciendo que nos vamos! —les decía a las compañeras.

—¿Vos creés?—me decían ellas.

—¿Y para qué les sirve a ustedes el estudio? Ellas están diciendo que queremos solas. Entonces vamos a conformar una red de mujeres.

Así empezamos la formación y capacitación para mujeres populares, formamos comités en todos los barrios y también nos uníamos para sacar proyectos en todos. Decíamos: «En el plan de desarrollo hay que hacer proyectos, pero para nosotros. ¡Así como están oyendo! porque no vamos a trabajar por los niños o por los jóvenes, las que quieran que lo hagan, pero nosotras en sí, como red, vamos a trabajar en los proyectos que beneficien a las mujeres».

Así fuimos yendo por todos los barrios y «Vamos Mujer» nos acompañaba con esa apuesta. Estuvimos trabajando mucho en nuestra identidad popular: ¿Qué quería decir las mujeres populares? Era algo despectivo, pero nosotras le pusimos un contenido político. Nosotras apoyamos todo el desarrollo de los barrios de la ciudad, que era muy importante, y también empezamos a trabajar la participación política para poder incidir con nuestras propuestas. Hicimos, organizamos y empezamos a trabajar la no violencia de nosotras las mujeres, a visibilizar eso.

Hicimos tres agendas donde contábamos qué pasaba. Una vez nos pasó algo.

—Vea, la salud está muy mal —dijo una.

—También están muy mal los barrios sin agua —contestó la otra.

Y entonces dijimos: «¿y qué hacemos? Nosotros no podemos con tanto». Así que echamos un papel con la salud y el agua en una bolsita. La que ganara, con

esa apuesta nos quedábamos para visibilizarla. Y ganó el agua. Empezamos un trabajo fuerte por la defensa del agua en los barrios. Nos fuimos a Manrique, a empezar a trabajar en Carambolas. También estuvimos en El Faro, en Llanaditas, en Golondrinas. Ahí iniciamos ese proceso. Yo estaba en la Mesa de Vivienda en la 8 y era la presidenta. Entonces, combinaba las cosas. Eso sí, los fines de semana para no dejar los hijos solos.

Luego, conseguimos una casa por Bolívar. Ahí estábamos nosotras, visibilizando todo el trabajo popular y ya, a lo último, combinábamos con los barrios. Nos hicimos muy visibles en Medellín con el trabajo del agua, tanto que nos llamaron a trabajar para defender el agua como derecho fundamental, para que en la Constitución se volviera un derecho real, integral.

Así, apareció una organización del Perú, que nos dijo: «Trabajemos en lo que ustedes están haciendo. En otras partes trabajan por la salud. Ustedes van a trabajar por el agua». Bueno, iniciamos un proceso muy grande. Estuvimos en el Foro Social de Ecuador. Nosotros hacíamos muy visible todo nuestro trabajo; las tres agendas y una cartilla de metodologías de cómo hacíamos los talleres. Todo lo que aprendíamos lo compartíamos con otras.

Celebramos 20 años de trabajo con las mujeres populares e hicimos sistematización de todo ese proceso. Al tiempo, dos compañeras que eran muy fuertes conmigo se salieron. Yo quedé con otras y empecé a fortalecer la Red con otras. Cada dos años se hacía un cambio, pero no me cambiaban a mí. Y yo les decía que quería que me cambiaran, pero no lo hacían.

Este año es el 15 Festival de las Mujeres y el Agua. Todos estos años trabajando en los barrios, visibilizando esa apuesta con un contenido político muy importante. Nosotros llamamos a las organizaciones y llegaban, sobre todo, los jóvenes con la cultura, la danza y la poesía. Las mujeres de tercera edad haciendo danza y trovas. En ese día visibilizamos todo ese saber, esa cultura, combinamos todo. Lo trabajamos mucho en la Comuna 8, porque yo vivo en la 8. Este año, el festival va a ser en Mario Montoya porque estuvimos bregando a ver si lo hacíamos en La Cruz. Yo quiero entregar ya el festival a las organizaciones; quiero hacer parte, pero no ser de las principales. Ya la Red no tiene proyecto, ya no nos están apoyando con los proyectos, así que queremos que otras organizaciones se hagan cargo de los proyectos.

Estuvimos muy fuertes ahí. Nos pasó el referendo para que se hiciera como nosotros queríamos en la Constitución. Trabajamos unas tutelas que iban acompañadas de las familias, para que se hiciera realidad y les pusieran el agua en Golondrinas, en Llanaditas, después en El Faro. También trabajamos mucho para que les pusieran las mangueras a esos barrios. Estuvimos en La Cima, en Bello Oriente, también hemos estado en La Honda tratando de que les coloquen el agua.

En medio de todo, yo no les había contado que yo estuve estudiando, ya adulta, para terminar el bachillerato. Entré a estudiar en la ocho porque nosotras sacamos en el plan de desarrollo una propuesta, un proyecto de las mujeres: «La escuela

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

busca a las mujeres adultas». Ese era el nombre, así empecé a estudiar, a validar la primaria de principio a fin. Ya después empecé bachillerato y a los días estaba haciendo las pruebas ICFES. Yo quería entrar a estudiar a la universidad, pero me pasó un cacharro muy grande mientras iba a estudiar, era cerquita de La Sierra: Cuando estaba entrando al colegio, yo estudiaba los sábados, mataron a un vigilante y yo entré cuando pasó eso, entonces me hicieron ir de la Comuna 8.

Estuve alejada de mucho trabajo porque me estaban persiguiendo para matarme. Estuve en Piedras Blancas un tiempo, después me fui a vivir a Manrique. Y ahí en el perfil mío había un muchacho Jairo Maya que estuvo hablando con los que me estaban molestando para que me dejaran quieta. Era un líder muy importante en la ocho, nosotros todavía celebramos la memoria de él.

Yo siempre he estado trabajando mucho la memoria histórica de nosotras con nuestra identidad, pero también la de Jairo Maya. Yo estoy ahí en ese colectivo y también en la Ruta Pacífica que busca la verdad, la justicia, la reparación y la no repetición, pero en estos días no he podido estar en nada. También estoy en una mesa con las mujeres en la participación política, porque yo digo que, si no incidimos en el plan de desarrollo, las mujeres quedamos por fuera. El año pasado nos apoyaron en medio ambiente, pero poco a poco, entonces yo he estado en muchas cosas, pero también he tenido que dejar muchas cosas. Ya no es lo mismo que cuando era joven; ya priorizo cosas que sean afines como el medioambiente, la defensa del agua y la no violencia contra las mujeres. Estoy ahí en esa apuesta comprometida, en la red y en la participación.

Hago parte de la Mesa de Vivienda de la Comuna 8, ahí incido mucho en el mejoramiento integral de vivienda y en la falta de un desarrollo más equitativo para que las mujeres no seamos tan vulnerables. Ahí me he movido en todas partes, pero también he ido soltando porque ya quiero no trabajar tanto, sino motivar a las otras más jóvenes, también me he sentido muy cómoda trabajando con los jóvenes. Además, con «Vamos Mujer» hicimos un documental sobre la violencia que hemos vivido —porque yo también— las mujeres, por ejemplo, yo sentí mucha persecución cuando vi cómo mataron a ese vigilante y no por ser líder, sino porque era reconocida, entonces me perseguían por todas partes.

Ahí tuve que descansar porque las organizaciones no me dejaban salir por el riesgo de que me mataran, pero te cuento que, en medio de eso, yo dije: «no puedo quedarme aquí muriéndome de tristeza, me voy a estudiar». Terminé el bachillerato en Moravia; desde ahí continué poquito a poco. ¿Qué más quisiera le contara?

Vea, yo soy casada, tengo dos hijos: un hijo mayor que es trabajador social —trabaja en la Alcaldía de Envigado—, él es profesional, muy buen hijo y tengo otro que no quiso estudiar en la universidad, él sí terminó el bachillerato, pero no quiso estudiar en la universidad. Es un buen trabajador, trabaja con aires acondicionados, en este momento está trabajando en Apartadó, es un oficial muy bueno y tiene trabajo todo el tiempo. Son muy buenos hijos, lo que es muy diferente es que el marido se fue, me dejó con los hijos muy pequeños, en medio de esa lucha que yo tenía de todo el trabajo. Era muy borracho, muy sinvergüenza, se fue siete años

y volvió. Ahí está, y yo le dije: «Vea, yo no habría querido que volviera, yo ya no tengo nada con usted porque cuando una se va, ya fue. Si fuera yo, o usted, es lo mismo, el matrimonio es como una copa que, si se rompe, eso ya no tiene arreglo, y a usted ya no lo quiero. No habría querido que volviera, usted tendría que haber sido muy responsable al no volver, porque yo ya no quiero nada con usted». Él dice que sí tiene derecho porque ese terreno lo compramos con una herencia de él y la tenía, pero no hubo responsabilidad. Mi hijo mayor se equivocó y le dio las llaves, él no sale de ahí, entonces yo vivo de puertas para adentro un infierno con él. No lo he podido sacar.

Pero a mí me motiva todo lo que hago por fuera de esa casa, eso es lo que me llena a mí como persona, como mujer; mis hijos, que ellos sí son muy cariñosos conmigo, muy atentos. Cuando yo me enfermo, ellos corren, y ahorita estoy con mi familia cuidando a mi mamá que tiene 93 años. La tenemos en Sabaneta y —como yo soy la que trabaja, esporádicamente, lo social y lo comunitario— entonces yo saco el tiempo y, pues, ahí voy.



Glosario

Memoria

Es un contenido político muy importante, que incide mucho en las cosas que yo hago. Porque como yo visibilizo la memoria de la organización de nosotros, nuestro trabajo para mí significa vida. Resaltar la vida de nosotros, la memoria de todo lo que nos ha sucedido, lo bueno y lo no tan bueno.

Perdón

Ahí sí, a mí, por ejemplo, de la memoria de nosotras como víctimas y como personas que somos, en este escenario que tenemos, me da mucha dificultad. Porque yo digo que perdonar no es olvidar y me dicen «pero ¿cómo así?». No, porque entonces si perdonamos del todo, pues siguen haciendo las cosas y no se recompone. Sin embargo, me ha tocado estar con los desmovilizados, con los de la FARC, con muchos grupos, y yo les hablo, les cuento todo el contexto de la narrativa de tanta violencia. Y ellos me dicen: «Nosotros sí podemos salir».

Te digo, sí hay que bregar a que se pueda perdonar, pero no olvidar. Yo les digo, no se puede olvidar todo lo que ustedes hicieron. Tienen que revisar, sí, todo eso en su corazón y en su vida para que se recomponga este país.

Paz

La paz para mí es todo. Todo, porque nosotros hemos vivido mucha violencia, sobre todo en mi barrio donde se oían balas en el día, en la noche, donde teníamos que meternos debajo de la cama. Ya está un poquito mejor ahí todo en el barrio, pero a mí me ha tocado muy duro; a mis hijos, a mi familia y a los jóvenes.

Yo trabajé con un grupo de jóvenes que eran muy violentos en el barrio. Hice un proceso con la Casa Juvenil de Villatina —que ya no existe—, con organizaciones internacionales, haciendo un proceso de paz. Fue muy bonito porque nos respetábamos y se hizo un proceso. Pero eso no se nombra, sí se hizo y se hizo mucho.

Por eso muchachos, porque no se podían ver de un barrio al otro. Y yo estuve ahí, en ese momento, apoyando con otras mujeres, con unas jóvenes y se realizó. Hasta ahora se ha podido decir que sí se puede hacer la paz y yo estoy convencida porque estoy en la Ruta Pacífica, donde hemos hecho movilizaciones para visibilizar esa guerra. Se ha podido hacer un poquito esa paz. Estoy de acuerdo con que se haya puesto esa palabra de paz y de cambio para esta sociedad porque en la guerra, las que más sufrimos somos las mujeres, los jóvenes y los niños. Y después todos.

Reparación

Muy importante. Aunque hay unas mujeres que dicen: «yo quiero que se repare todo ese sufrimiento», pero eso no se repara del todo. Pero cambia, hay un cambio, tanto en los grupos que quieren hacer la guerra como en nosotros que hemos vivido la guerra.

Y me ha tocado ayudar a que esos jóvenes tomen conciencia de que la guerra no es, que hay que repararse, sanarse. Por ejemplo, estoy en un grupo con Gisela, con quien hacemos un trabajo de sanación, nosotras tejemos y hacemos muchas cosas creando para sanar. Reparar también significa que estos grupos piensen en las víctimas porque se les ha quitado todo ese entorno a las víctimas y no las han reparado de una manera u otra. Yo fui víctima y ¡qué dificultad para que a nosotros nos tengan en cuenta! Cuando yo estuve desmovilizada por la persecución nadie me paraba las bolas.

A lo último, el gobierno dijo que cada tres meses y yo les decía: «¿uno come cada tres meses?». Uno necesita pagar arriendo si no está en la casa, pagar servicios, ayudar para la comida. A nosotras las víctimas nos vulneran todo el tiempo los derechos. Entonces, se necesita que nos hagan una reparación integral completa a las víctimas porque todavía siguen siendo del todo vulneradas. El gobierno no se acuerda de que existen víctimas que están sufriendo tanto. No comen sino una vez al día. Entonces, es muy necesario tener en cuenta a las víctimas para la reparación integral.

Alegría

Pues yo me alegro mucho de todo lo que hacemos a favor de muchas personas. Inclusive, pensaba antes que mi vida ya no existía, sino que existían los demás. Porque siempre que me decían: «hable de su vida», yo estaba hablando más de las otras personas que de mí misma y sentía mucha alegría, mucha pasión al hacer algo. Sin embargo, uno ahí está haciendo también por uno mismo y uno no se da cuenta.

Me decían: «usted no habla de usted misma», pero es que ahí estoy yo. Cuando yo ingreso un proyecto al plan de desarrollo, al POT, estoy a favor de cada uno. Cuando hablo de la reparación, estoy hablando también de mí, aunque no me nombre.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Sanación

Pues, es que la sanación es muy importante, porque si uno no se sana el alma, el interior, lo psicológico, uno sigue ahí muy mal. Yo, por ejemplo, sufrí una persecución psicológica. Me parecía que me iban a matar porque sí me persiguieron muchas veces y tuve que ir a que me hicieran una sanación para poder estar bien. Es muy importante que a las mujeres nos brinden esas posibilidades para sanar. Tanto a nosotras como a los jóvenes que han estado en grupos, o a los que han estado en persecución. Todo el tiempo los persiguen de una manera u otra, es muy importante que nos tengan en cuenta para esa reparación.

Porque, vea, aquí con ellas, ahí tejiendo, recreando, uno se sana. Yo hoy me siento sana, como un 100%, pero yo primero estaba muy mal psicológicamente. Aunque hiciera cosas no les veía el sentido ya, pero ahorita que estoy trabajando, psicológicamente, en sanación con otras mujeres siento que estoy muy recuperada y que es muy importante que nos tengan en cuenta.

Medellín

Medellín para mí ha sido como el centro de mi vida. Porque yo me vine para acá a vivir muy joven y estuve trabajando muchos años. Después, ya con mis hijos, con mi hogar, ha sido como el centro para trabajar también. Entonces, ha sido muy importante mi ciudad. Yo soy valluna y parecería que soy de Antioquia, la quiero mucho y siempre digo que hay que pensar en Medellín. Yo, como líder, pienso en mi ciudad para proteger las cuencas, los nacimientos de agua, los niños, los jóvenes, las mujeres. Hay que pensar en eso, en proyectos para que haya un cambio.

Yo pienso en Medellín en todo el tiempo. ¡Ay, qué bonito uno tener esta ciudad! porque tenemos transporte, posibilidad de hacer tantas cosas, los jóvenes que se mueven, las mujeres. Entonces, para mí Medellín es muy importante.



Lina María Palacios Lemos

Soy Lina María Palacios Lemos, docente de la Universidad de Antioquia en lengua castellana. Soy lideresa social, defensora de derechos humanos por la población LBGTIQ+ y población víctima del conflicto interno. Tengo 43 años. Soy cofundadora de la organización de mujeres y sobrevivientes Ave Fénix. Es una organización de mujeres diversas, trabajamos con niños, niñas y adolescentes, las mujeres de la población LBGTIQ+ y las mujeres hetero. Trabajamos mucho el tema de la sanación emocional a través de la escritura, la trata de personas y la defensa de derechos humanos.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Muchos eventos me han marcado. Tuve una niñez muy dura, entonces siempre me fui mucho con el dolor del otro. Empezamos a ser líderes desde muy jóvenes, hacíamos actividades con las niñas y amiguitos del barrio y tratábamos de hacer siempre como dinámicas como la fiesta del niño, aunque éramos también unas niñas, entonces eso nos marcó mucho en el barrio.

El conflicto, cuando llegó el conflicto a mi puerta, eso me marcó mucho porque uno escuchaba muchas cosas de la noticia y todo, pero uno nunca pensaba que le iba a tocar y menos al estar dentro de lo que uno llama la ciudad, en Bello, que se supone que es un poco más alejado de todas esas realidades, Entonces uno se siente como un poco más protegido e indiferente también frente al conflicto armado.

Cuando llegó el conflicto y me volteó la vida al revés, ahí sí uno empieza a ver que el conflicto nos ha permeado, no importa el lugar donde vivamos, porque en los barrios desplazaban y todo en nombre de los grupos armados. Así fuera, por ejemplo, en algunos casos que fueron BACRIM, pero ¿quiénes manejan eso entonces? El conflicto está más cerca de lo que uno cree.

Desde ahí empezó como todo un calvario, como una cruz, no sé. Cuando empezó, pues, todo eso fue muy duro porque yo perdí todo, así que a uno le toca empezar desde cero. Fue un golpe muy duro cuando empezó todo. Entré en una depresión. Eso fue en el 2012, yo tenía 34 o 35 años, más o menos.

Antes de eso, en el 2009 yo estaba viviendo en Arbolitas, trabajando como profesora. Allá llegaron a decir que los estudiantes debían firmar las horas de alfabetización con ellos, así ellos, pues, les daban el certificado. Ellos les daban una gorra, una camiseta. Aunque sea, no nos tocaba hacer mayor cosa, era limpiar el camino para llegar al corregimiento, mantener limpio el parque, desyerbando y todo eso. Para nosotros no era algo correcto porque igual era un grupo armado y, no sé, por allá en ese tiempo no se escuchaba eso del reclutamiento ni nada.

Yo sentía que eso no era moralmente bueno. Uno tratando como de sacar a los pelados de todas esas cosas y uno mismo entregárselos. Entonces no queríamos aceptar. Nos dieron tres días para salir a los que no firmaran. No fueron violentos, nada, solamente nos dijeron «profe, tiene tres días para irse». Hasta nos ayudaron a conseguir camión, nos ayudaron a subir el trasteo, todo, pero nos fuimos para Montería. Después de Montería, nos fuimos para la casa en Bello. Cuando llegamos allá, no nos sentimos desplazadas, aunque sabíamos que igual era desplazamiento. Yo llegué, llegamos a nuestra casa, y nos pusimos a trabajar.

Me mandaron desde la Secretaría de Educación para un pueblo que estaba muy complicado. Yo no quise renunciar. En ese momento no me sentí víctima del conflicto ni nada. Así que ahí empezamos como a montar una tienda de cosas como de sentimientos y amor.

Las niñas empezaron a llegar allá y empezamos a escuchar las historias de ellas en la terraza en la que se la pasaban, que hacían rumbas en el planchón y que ellas participaban. Yo les dije a las dos niñas que por allá no volvieran y a los niños, a todos, les dije «no los quiero volver a ver por allá». Así que empezaron a llegar a la

tienda, allá se iban todos y yo empezaba a decirles que les dijeran a sus amiguitas para que también fueran. Empezamos a hacer actividades para que tuvieran en qué entretenerse y no fueran allá. Claro, las mamás ya felices empezaron a traer materiales, comida, mecató, hacíamos tardes de cine, manualidades, muchas cosas, y había muchos de la población LGBTIQ+.

Empezamos a escuchar que esas eran como las tardes de esparcimiento. Ya dijimos «venga, pongámonos un nombre» y pensamos en «Mujer Diversa». Hacíamos muchas actividades y, al tener un nombre, nos dio ganas de volverlo algo más serio; le pusimos horario, las actividades ya eran más elaboradas, ya venían muchos jóvenes y muchas niñas a participar. Así que a ellos no les gustó porque los jóvenes ya no querían estar allá.

Hablé con el colegio para que recibiera a las que estaban descolarizadas. Yo las nivelaba para que les permitieran ingresar a un año más avanzado —porque ya muchas tenían 13 o 14 años y habían dejado en cuarto o quinto— a ver si las dejaban pasar, al menos, a quinto o a sexto. El colegio dijo que iba a mirar a ver cómo lo hacían e iban a organizar como un grupo extra. Muy motivadas estaban todas las niñas y todo, pero ellos empezaron ya encima, con que «me estaba metiendo en terreno prohibido». Yo les decía que lo que yo estaba haciendo no era nada raro, solamente había reunido a un montón de niñas para que hicieran algo que estaba bien, en vez de verlas por ahí haciendo nada.



CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Llegaban a mi casa. Ellos sabían a dónde yo vivía, limitaba con San Antonio y San Félix. Por allá no sube la policía, eso era terreno prohibido para la policía. Así que a cada momentico subían camionetas y las fiestas eran enormes.

Un día apareció una niña calva y muerta, tenía la yema de los dedos cortados. Fue muy duro porque todas las niñas decían que la conocían, pero nadie decía cómo se llamaba. Entonces, cuando apareció por la tarde, todo ese pueblo, esa cuadra, estuvo como con una zozobra, un silencio. Cuando salimos para volver a ver, ya no estaba el cuerpo y así se quedó. Nunca pasó nada. Nunca subió la policía.

Ya empezamos a ver que ellos estaban usando a las niñas para otras cosas. Las niñas empezaron a contar muchas cosas; que las golpeaban si no continuaban, si se negaban a ir a una fiesta y todo. Que desde que yo llegué la mayoría no iba, que no querían estar en eso. Y ellos siguieron poniendo más problema, a decirme que dejara de ser metida. Yo les dije que necesitaba hablar con el jefe.

—No tiene por qué estar ahí molestado en lo que no le importa —fue lo que me dijo primero.

—No me estoy metiendo con ustedes. Sino que yo tengo hijas y quieren hacer actividades, y yo las apoyo. ¿Qué hay de malo en que ellos quieren hacer actividades y estudiar? —yo le alegaba.

—Queda advertida. No se meta.

—Pero dígame qué estoy haciendo mal para yo saber qué no puedo hacer —le pregunté ya al final.

—No, simplemente, no se meta con las niñas. Déjalas —me dijo.

Los niños seguían yendo a la casa, entonces seguíamos haciendo actividades. Pero uno de ellos vivía encima mío, a toda hora mandándome cosas de que yo le gustaba. Hasta que una supuesta amiga le dijo que yo era lesbiana, que dejara de estar molestando. Él se ofendió, llegó a la casa, me violó y me golpeó. Me tuvo todo el día a punto de golpes.

Después fui a poner la denuncia en la Junta de Acción Comunal, ahí había una comisaría. Yo fui toda aporreada y me dijeron «no, vaya para la casa que después le escribo y le digo en dónde poner la denuncia. No se ponga a hacer bulla ni nada por ahí».

A los dos días llegaron otra vez, esta vez con el jefe. Me violaron, me golpearon y me dijeron que me tenía que ir. Me tiraron el niño, que tenía unos 6 o 7 años, a la cañada y me tocó ir por él cuando me dejaron ir. Se pusieron a jugar como con unos palos: si sacaba uno largo me dejaban viva, que yo no sé qué. Cuando por fin me dejaron ir, yo recuperé el niño, pero como la niña estaba escondida debajo de la cama yo no me quería ir.

Entonces, la vecina me dijo que me fuera, que ella me la bajaba, que no hiciera bulla, que me quedara calladita. Ella me regaló plata porque yo no tenía y me acompañó a coger el taxi, me dijo «quédese ahí en la tienda que queda por abajo, en la iglesia. Espere ahí que yo le traigo la niña». Me la bajó como a la hora cuando ya se habían ido. Después, yo me fui para donde una amiga que tenía aquí en

Medellín. Como estaba toda aporreada nos fuimos a la Personería, de allá me llevaron al hospital y yo estuve 15 días, el niño ocho días.

Después nos fuimos para un albergue. De ahí hí nos pasamos para una pieza como de una vecina que alquila habitaciones mientras mirábamos qué hacíamos. Cuando yo salí del hospital subí a sacar ropa, cosas, de la que era mi casa. Ahí mismo, el muchacho me apuntó con un arma diciéndome que me iba a matar, entonces, la señora de la tienda se metió y le dijo que me dejara ir, que yo ya me iba, que solo venía por ropa. Él contestó que me habían quemado todo, que me largara, que si me veían por ahí me mataban y que me cuidara de sapa, que no me fuera a poner de sapa porque me iban a estar vigilando.

Me fui a la Personería, otra vez, a declarar lo que me habían dicho. Ya ahí quedé a la deriva. Estuve casi dos años encerrada porque cuando nos movíamos, nos perseguían. Mi hija tenía 14 años. En julio subió a los 15 de una amiguita; no vivía allá, pero era cerca. Ahí mismo fueron y las violaron, las golpearon, las amarraron y todo. Fue un momento muy duro.

Cada momentico que íbamos allá a UPJ (Unidad Permanente de Justicia), pues, allá nos atendía una psicóloga. Cuando salíamos de allá, ahí mismo me golpeaban, me mandaban al hospital, que porque ponía denuncias y así. Era a cada momentico, no podía entrar a la fiscalía o a una estación de policía.

Yo vivía en el Doce de Octubre, pero linda con París, entonces donde estuviéramos, allá llegaban. Un día, en el 2014, me pararon, iba llegando y se me arrimaron dos tipos porque «tenía que ir con ellos a hablar con el jefe». Yo les decía que por qué, que qué había hecho. Entonces, en esas estaban peleando unos vecinos y llegó la policía; me soltaron. Ahí mismo arranqué para la terminal, llamé a la psicóloga y ella llamó a la Cruz Roja, así que nos fuimos a Apartadó.

Allá en Apartadó también se aparecieron. Me amenazaron, me estaban vigilando. Eso fue horrible. Entonces, nos devolvimos para Medellín. Llegaron a Santa Cruz a amenazarme y me fui para Puerto Berrío. Allá a Puerto Berrío llegaron, me había salido un trabajo, pero llamaron al rector y le dijeron que me tenía que echar. Entonces, como dijeron «esa negra hijueputa» y éramos tres profesoras negras, nosotras fuimos a la fiscalía a poner el denuncia. Cuando estábamos allá, le dijeron al rector que lo iban a matar por sapo, porque no obedecía. Llamaron al secretario de educación y le dijeron que les daban hasta las nueve para que me sacaran, y al alcalde le dijeron lo mismo: que tenía hasta las nueve para sacarme o se prendía el pueblo.

Esto fue en el 2015. A las nueve de la noche llegó el ejército con la policía.

—Profe, empaque todo que nos vamos —me dijeron.

—¿Qué pasó? —les dije yo porque no sabía nada.

—¡Que empaque!

Cuando recogí las cosas y salí, ahí estaban el rector y el coordinador que tenían que irse también porque habían desobedecidos las órdenes. Llegué a saber que habían ayudado a otro profesor que fue el que yo llegué a reemplazar: a ese otro profe lo iban a matar también. El rector lo empacó en el maletero y lo sacó

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

escondido a Medellín. Entonces, ellos sabían, pero no habían dicho nada. Eso fue en noviembre y yo llegué en diciembre, pero salimos al otro día a vacaciones, entonces empezamos en enero. Como en febrero o marzo, a principios de marzo fue que pasó eso. Le dijeron a rector que ya sabían lo que había hecho con el otro profesor y que la doble traición ya no le iban a perdonar. Entonces, el alcalde llamó al Ejército y nos sacaron hasta Cisneros. Ahí nos estaban esperando y nos llevaron a la Cuarta Brigada. El ejército nos tuvo como tres días. A los tres días salimos a la fiscalía a declarar y todo.

En ese momento me dio mucha depresión. Yo me preguntaba cómo es que puede más un grupo armado que, por ejemplo, pasara por encima de un alcalde que se supone que es la máxima autoridad en un municipio y yo no entendía por qué. Los grupos ni importan. Ya después uno se da cuenta que todo eso es lo mismo, es manejado por lo mismo, y que los paramilitares manejan toda esa zona.

El ejército nos trajo para Medellín. Nos quedamos acá. Ahí ya pues la UPJ me puso el esquema de seguridad y ya empezamos a reunirnos para, por fin, crear el Ave Fénix porque, por ejemplo, cuando nos desplazamos para Castilla y seguimos haciendo actividades, como que no quería sentirme agobiada por todo lo que había pasado. Estaba tratando de salir de todo eso, además, allá a una de las niñas la violaron y le dieron puñaladas, casi la matan. Ella en este momento no sale, no habla con nadie, quedó muy mal.

Después, los chicos del pregrado en Trabajo Social de la Universidad Pontificia Bolivariana nos ayudaron a crear todo lo de la organización y trabajamos muy bien con las niñas. Pero cuando eso, a todas nos amenazaron y ahí fue cuando decidimos que no podíamos continuar con la organización, entonces la desbaratamos. Otra de las niñas se fue para España porque la iban a matar y a mí me daba miedo por la niña mía. Me dio muy duro porque sentíamos que eso nos ayudaba a todas, esas actividades y todo eso.

Entonces nos empezamos a reunir en la UPJ, en un taller de sanación emocional de la Unidad de Víctimas. La psicóloga nos ponía a escribir mucho. A partir de eso, llegó un profesor de Canadá a quien le gustaron mucho los textos, así que nos invitó a hacer un libro, un taller, y de ahí nos quedó gustando el grupo que creamos y dijimos que íbamos a continuar como organización. Ahí nació Ave Fénix, en el 2015.

Empezamos a hacer actividades y salió el libro, la publicación. Ya después, al Centro Nacional de Memoria le gustó la propuesta que hicimos; nos ayudaron con la publicación del segundo libro y a hacer un taller de réplica con otras mujeres que también querían sanar a través de la escritura. Ahí salió el segundo libro, fue una experiencia muy bonita, pero a la vez muy dura porque las historias son muy duras, tanta cosa de la guerra... Me da muy duro, porque yo estaba muy deprimida, me encontraba muy mal cuando empezamos a construir eso. Y una de las niñas le dijo a la mamá a raíz del taller que el padrastro la estaba violando, entonces fue muy duro. Ahí le di sentido a todo eso que hacíamos y vi cómo eso ayudaba a las personas y a muchas mujeres a hablar de todo lo que les estaba pasando.

Volví a continuar con todo lo que hacíamos en el 2016 o 2017, más o menos. Un amigo de nosotros tenía una casa hogar para la población LGBTIQ+, jovencitos que tenían que salir de la casa por salir del closet. Entonces, nosotros nos íbamos para allá y hacíamos actividades y rumba. Le decíamos «la casa de Duque». Se pasaba super bueno, así que empezó más gente a ir, el pago era llevar comida y cosas así para los que se quedaban; que necesitaban un lugar donde quedarse. Y en semana, los que se quedaban ayudaban a arreglar casa, a mantener todo limpio y a sembrar en la huerta. A él lo mataron los paramilitares por tener la casa. Eso fue muy duro...

De ahí se volvió como una meta para Ave Fénix construir una casa refugio. Es muy duro porque aquí el gobierno es muy duro para soltarle cosas a las organizaciones y sin plata, a veces, es mucho más difícil, pero la idea es esa: que de todo este dolor quede algo que le ayude a muchas otras personas a encontrar su camino, como su proyecto de vida.

Es muy duro cuando uno tiene que salir de su casa y perder todo. Así la gente diga que son cosas materiales, son las cosas de uno. Entonces ahí hay muchas cosas que a uno le duelen. Por ejemplo, a mí me gustan mucho las manualidades y los libros; yo tenía muchos libros que guardaba desde niña. Pienso en tal libro y soy como «ay, si, ese libro se me quedó allá». Esas cosas me dan esa tristeza y nostalgia. Uno trabaja, hace muchas cosas y puede comprarlo, pero no es lo mismo que lo que uno dejó en su casa.

A mí me estresa mucho el cambio, hasta ahora me doy cuenta de que soy autista, entonces uno ya entiende por qué le producen tanto malestar esas cosas. Cuando me toca pasarme entro en una crisis muy fuerte. Me da esa impotencia porque tenía mi casa y uno tener que estar pagando arriendo, buscando, corriendo de un lado para otro. Son cosas que muchos no entienden, dicen que uno no se debe pegar a lo material, pero lo material también lo mantiene vivo porque son sus cosas; tienen sentido. La vida y el simbolismo que uno le da, ese amor, traen también recuerdos. «Ahí tiene a su mamá» me dicen, pero yo también tenía fotos con ella. La gente a veces no entiende; el solo hecho de los peluches, esos significaban algo.

Fue muy duro para mí perder todo lo que tenía, es como perder todas sus memorias, sus cosas. Me lleva a muchas crisis. Y después esa persecución, lo de Duque, es como que le hace pensar a uno cuál es esa seguidora de la población LGBTIQ+. Este tipo me violaba y me decía que me tenía que enseñar a ser mujer, que gas las lesbianas. Eso fue muy impactante porque uno cree que ya las personas son más abiertas y todo, pero cuando tienen rabia o quieren justificar algo, no encuentran dónde apoyarse sino en que uno es de la comunidad. Uno ve eso cuando asesinan a las chicas trans porque son trans, a un hombre que porque es muy plumita y esas cosas. Entonces, es un lenguaje de odio todavía muy fuerte.

Este liderazgo nace de ahí. Yo digo que, en primer lugar, fue cuando empecé a ver a las niñas todas drogadas, que las estaban usando para prostituirlas. Al principio fui muy egoísta: las invité a mi casa solo porque no quería que siguieran

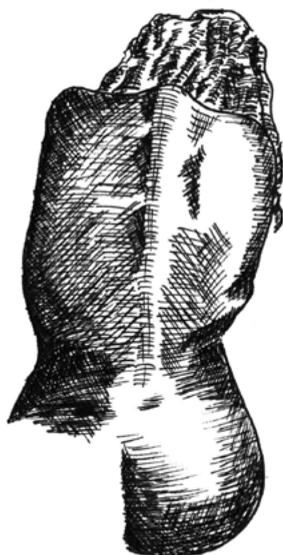
CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

invitando a mi hijastra y a la hija mía a esas fiestas. Yo les decía «no, tráigalas, y las invitamos a tal cosa y vemos una película», eso era para que ellas no fueran, así las otras venían y ellas entraban en ese mundo. Entonces era más una estrategia para proteger a las mías, pero a la larga, yo no quería que ninguna estuviera allá. Empecé con esa forma de buscar cómo entretenerlas.

A veces, uno comete el error, pero uno como ser humano no puede ser ciego a esas cosas. No creo que yo estuviera hoy tranquila de decir algo como que «a mí no me importó, yo me salgo con mis niñas», mientras a varias niñas las violaban y las mataban. En este momento estaría caída de vergüenza porque a mí me duele mucho lo que pasa con las mujeres, con las niñas, con los niños, me aterra tanta violación, abusos, tanta maldad. Así que hacerme la de la vista gorda, simplemente por el miedo, eso no va conmigo. Empecé a buscar ayuda, a sacarlas, a hacer otras cosas, hacíamos actividades en el Parque de los Deseos y me traía ese montón de niñas a jugar ahí. Las mamás al ver todo eso también me ayudaban, ponían plata y esas cosas porque, a veces, uno ni tenía. Ellas mismas ponían los panes, los sándwiches; también había unas ganas de las mamás de que sus niñas no cayeran en eso.

Luego, cuando se perdió la niña, que llevaba dos días desaparecida y la mamá por miedo no había dicho nada, fuimos e hicimos las denuncias. Ahí empezó todo eso. Digo yo que ahí empezó como ese liderazgo. Yo dije: «No, no podemos dejar que se la lleven, tenemos que poner el denuncia» porque yo pensaba que, si hubiera sido mi hija, entonces qué, ¿me quedo callada y que se la lleven? No, es que es una niña, tenía 11 años. Entonces empezamos a hacer bulla, a preguntarle a todas las amiguitas en dónde la habían visto y todas sabían, pero era con miedo. Eso alborotó todo.



Así que sigo siendo lideresa. Me gusta mucho estar, ayudar en el dolor del otro, buscar soluciones a muchas cosas y, a veces me siento impotente, como que uno ayuda aquí a una, mientras se están cayendo por aquí diez, entonces es muy duro. También se siente que al Estado no le importa eso, entonces soy muy terca. A toda hora estoy aprendiendo, uno aprende de todo lo que pasó.

La otra vez se perdió una niña en Castilla y lo primero que le dijeron a la mamá fue que no fuera a poner el denuncia, que ella regresaba el miércoles si se manejaba bien y si no que la mataban. Entonces nosotros empezamos a hacer bulla y les tocó devolverla cuando la comunidad se alborotó, también generó mucho conflicto, pero regresó. Ya no importa nada porque igual regresó la niña y no debería ser así; la policía no actúa bien, no actúa rápido, no se mueve, no quiere como tocarlos, como que todo el mundo les tiene miedo a ellos, entonces ellos siguen siendo los que mandan. Por eso a veces me paraliza la violencia.

Aun así, soy docente y desde el aula he trabajado mucho con las niñas y los niños sobre el autocuidado, las invitaciones raras y todo eso. Cómo buscar a alguien y hablarle, que aprendan a hablar y a expresar todo eso, porque siempre las llenan de miedo, les llenan la cabeza con ideas de que van a tener todo lo que les gusta. Me he enfascado mucho en hacer que le tengan miedo a esas propuestas, que no siempre vienen de algo bueno; tratar de luchar contra la corriente, pues. Uno trata de mover esa conciencia. Hay que concientizar a las personas sobre la trata de personas, pero eso cada día se vuelve como más grande: hay gente más enferma y corren más peligro los niños y las niñas

En cuanto a lo que me gusta hacer más sola, personalmente, me gusta escribir. Tengo un negocio en la casa, aunque la pandemia me quebró y me puso muy mal, porque todo lo que uno había invertido y con lo poco que quedaba. Nos dedicamos a hacer algo del día de la madre, de la amistad, hacemos anchetas con la hija mía. Ella es diseñadora gráfica, entonces hacemos muchas cositas así para vender y nos va bien. Bueno, y escribir, eso me gusta.

Mi hijo está en Bogotá porque el año pasado estuvo secuestrado, y habían llamado a amenazarme con que lo habían picado, que lo habían tirado al río. Entonces lo buscamos, fue muy duro, todo un mes. Al mes apareció donde una señora. Estaba en el hospital y que él le dijo un nombre y ella lo registró con ese nombre, así que no pudimos encontrarlo en hospitales. Cuando ella vio la noticia, ahí mismo buscó en la fiscalía y, bueno, en la fiscalía se sospechaba mucho de su versión, pero yo les dije que no, que sí era verdad. Igual a la gente le da miedo ayudar. Pero, a lo último nos pudimos ir.

La señora dice que lo encontró en una zanja, amarrado y que no se acordaba de nada. Ella le preguntó cómo se llamaba y él le dijo ese nombre y que así lo llevó al hospital. Cuando le dieron de alta se lo llevó para la casa porque todavía tenía fiebre, estaba muy desorientado. Estuvo en la vía Medellín-Bogotá, ahí yendo para el aeropuerto, ella estuvo cuidándolo. Después de que vio la noticia fue que llamó.

Ahora, hace cuatro meses me habían llamado otra vez a amenazarme, que se lo iban a llevar a trabajar o que lo mataban y yo les dije que me dejaran en paz, que

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

yo ya no me estaba metiendo con ellos. Pero según ellos querían comprobar que ya no era la enemiga, es decir, tenía que estar con ellos. Yo ahí mismo lo mandé a Bogotá, por allá está llevado del berraco, pasándolas, mientras miro qué hago y todo. Allá está trabajando en un taller de mecánica. Él tiene TDAH y es bipolar, entonces me da mucho susto porque le dan esas crisis. Yo le dije que fuera a la Personería a ver si le ayudaban con un albergue o algo, pero hace como cinco días no hablo con él.

Así que ahí seguimos, en lo mismo, porque todavía van los niños de la cuadra a la casa y hago actividades con ellos; hacemos talleres de arte, manualidades. Y bueno, yo lo que hago es escribir todo el día; escribir para desahogarme.

Glosario

Memoria

Añoranza.

Perdón

Como resiliencia, renacer.

Paz

La paz... anhelo y reconciliación.

Reparación

Es una utopía.

Alegría

La infancia, la niñez.

Sanación

La sanación es el amor.

Medellín

Medellín, mi casa. Una vez me ofrecieron por la Cruz Roja refugio en Bélgica, con los niños míos. Les dije que se fueran mis niños, que allá iban a estar bien, porque yo sé que no quiero irme del país. El arraigo es muy fuerte en mí. Entonces, el tener que abandonar lo que quiero, mis amigos y mi vida, es muy duro. Yo dije: «No, si me voy a morir, me muero en mi tierra».

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria



Lorena Tamayo

Yo me llamo Lorena Tamayo Castro, soy comunicadora social y periodista, y hago parte de los procesos sociales y culturales hace más de 10 años, principalmente, en la corporación «Mi Comuna»; una organización de comunicación comunitaria en la Comuna 2, Santa Cruz. Hay como varias líneas, yo he estado, sobre todo, desde el periódico «Mi Comuna Dos», que está en formato impreso y digital. Es un medio narrativo y de memoria, aunque también se abordan temas como más de investigación e informativos, pero se da fuerza a lo histórico.

Ahí, digamos que trabajamos la comunicación desde ese apellido de lo comunitario porque pensamos que es importante hacerlo con la comunidad, convocar a las personas, que sean ellas quienes propongan los temas que quieren contar, abordar, profundizar; que sean ellas mismas fuente y creadoras. Luego, en el caso del impreso, la distribución, por ejemplo, se hace puerta a puerta porque pensamos que, si bien empieza con la comunidad preguntando esta información, también debe haber una devolución, por eso se hace una distribución gratuita puerta a puerta.

En cuanto a mi desarrollo, yo crecí en el barrio La Francia de la Comuna 2, Santa Cruz, en una casa familiar con mis abuelos, mis dos tías, mis papás y mi hermana. Como una familia amplia. Fue una infancia muy acompañada; mi abuelita cuidaba también a mis primos, así que también ellos estuvieron ahí.

Estudié en un colegio de mujeres que se llama Santa Teresa; pues, ya es mixto, pero en ese momento era solo de mujeres y era un colegio salesiano, así que tenía un convento al lado. Es una educación bastante enfocada en lo religioso. Ahí estudié toda mi primaria y bachillerato, fui bachiller académico, pues no había media técnica. Fue, en realidad, una infancia realmente muy tranquila, muy feliz. Además, mis abuelos son de Cisneros, por lo que en las vacaciones del colegio normalmente nos íbamos para allá, entonces también tengo una conexión linda con ese municipio y con el río.

Hay varios momentos de mi vida que fueran trascendentales, pero yo creo que justo ingresar a la corporación «Mi Comuna» como que me cambió muchos panoramas de la vida. Cuando yo salí del colegio, no sabía qué estudiar, no tenía ni idea, todo el mundo era como «ay, entonces, ¿qué vas a hacer?» y yo no tenía idea. Justo un profe de español con el que me llevaba muy bien porque me gustaba mucho la materia, me dijo: «Ay, usted debería estudiar Comunicación».

Así que empecé a estudiarlo, pero con un imaginario muy desde lo comercial. Entonces, por ejemplo, yo decía que me iba a dedicar a la radio, que iba a trabajar en una emisora y ya. Sin embargo, ahí como que empecé a pensarlo más y luego tengo la oportunidad de hacer parte de «Mi Comuna». Ingresé a un semillero de comunicación, con la intención de fortalecer un poquito lo que estaba aprendiendo en la universidad y me encontré fue con otra universidad, prácticamente. Me encontré con esa mirada de lo comunitario, del hacer con la gente, de una comunicación con sentido, no necesariamente entretenimiento o temas así, sino que tuviera profundidad. También empecé a darle sentido a la investigación, darle sentido a la historia, buscar el porqué de esas historias. Eso me pareció muy lindo. Ahí dije: «No, me quiero parar es desde acá».

Después, ya terminamos el semillero de comunicación y ya yo ingresé al equipo audiovisual —que se llamaba «Bailando Audiovisual»— y ahí empezamos a hacer documental, de modo que me encarreté un montón con el audiovisual. Me gusta muchísimo. Así que ya no era como tan de radio, sino que me dije «bueno, voy a hacer audiovisual». Y audiovisual justo, muy comunitario, documental, muy de relatos y así.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Terminé vinculándome al equipo del periódico de «Mi Comuna Dos» y empiezo a ser periodista de planta. Siempre me ha gustado mucho también escribir, entonces ahí empecé como a escribir para el periódico varios artículos, historias de personas, de los barrios, de cosas que habían pasado o que estaban pasando, pues, en ese momento, y me encarretó un montón; ya estaba desde lo audiovisual y desde el escrito.

Luego, empiezo a coordinar el periódico, paso a ser directora del periódico «Mi Comuna Dos» un tiempo, y bueno, ahí como que experimenté otros retos enormes desde la gestión, porque un asunto importante es que los procesos comunitarios son muy bonitos, pero son muy difíciles de mantener. Pues, como por temas de sostenibilidad, ahí sí es el rebusque permanente. Entonces: la formulación de proyectos, buscar alianzas, la venta de pauta publicitaria, etc. Todo el tiempo ahí, con la cabeza en función de cómo gestiono para poder garantizarle un pago a mi equipo de trabajo, pero, además, conseguir el dinero para imprimir el periódico, para pagar el arriendo del espacio físico de la corporación, bueno, muchas cosas.

Creo que un momento importante fue ingresar a la corporación y cada paso ha sido como súper importante. También, cuando empiezo a hacer teatro en 2019. Para mí el teatro ha sido la posibilidad de transitar toda la emocionalidad que me rodea. Los personajes pueden nombrar lo que a mí me da miedo, lo que me enoja, lo que me alegra. Soy de «Gama Teatro» y ahí ponemos en escena lo que nos cuestiona y moviliza como actores y actrices

Por otra parte, cuando estuve trabajando en el Museo Casa de la Memoria; tuve la oportunidad de ser parte de ese equipo. Estuve en la parte de comunicaciones y siento que eso también fue como un clic importante en mi vida, porque era ya una mirada que yo la sentía también muy comunitaria, pero a una escala mucho más amplia. Era más a nivel de ciudad, de país y desde un enfoque de víctimas que no había sido, necesariamente, como mi punto. Yo había trabajado con comunidad —y algunas personas eran víctimas—, pero ese no era mi foco principal.

Entonces, siento que darme cuenta del mundo avivó muchísimo más la sensibilidad, como que uno cree que conoce muchas cosas del país y al ingresar al Museo se da cuenta de que le faltaba mucho por conocer, que son historias súper fuertes y muy dolorosas. Además, enfrentarse a todas ellas se convierte también como en una necesidad de seguir contándolas, de ahondar en ese conocimiento que uno va adquiriendo y al que va teniendo acceso para compartirlo. Siento que ese fue mi propósito con el Museo. Me doy cuenta de todo esto y pienso que tenemos que hacer que más gente lo sepa.

Siento que fue un momento muy lindo porque sentía que tenía una capacidad muy amplia para compartir ese conocimiento. Desde el equipo de comunicaciones intenté acercarme mucho a las organizaciones, aprovechando que tenía como esa experiencia. Creo que trabajar en el Museo también termina siendo una cosa muy importante en mi vida.

Por ahí creo que eso me ha hecho la mujer que soy. Soy una mujer sensible, una mujer que piensa en colectivo, que no quiere pensar la vida individualmente, porque no le parece posible.

Aun así, lo de reconocerse a mí misma como una lideresa ha sido un proceso difícil, ya que a veces yo no me he nombrado de esa forma. Me parece un nombramiento demasiado importante, pero creo que puedo sentirlo cuando las personas se acercan a mí, cuando siento que las personas confían en mí y me cuentan su historia, porque creo que eso no es una cosa sencilla. Precisamente, historias tan sensibles no se le cuentan a cualquier persona y, por ejemplo, cuando alguien llega a la Corporación, alguien de la comuna llega y me dice como «ay, es que yo he visto que usted es la del periódico, y a mí me gustaría contar que a mí me asesinaron a mi hijo», por ejemplo, «que en el tiempo de las milicias me asesinaron a mi hijo y que hasta ahora eso no se ha dicho nada. Entonces, de pronto usted con el periódico me puede ayudar». O la persona que me dice como «ah, es que mi hijo tiene una discapacidad cognitiva y en mi casa no tenemos cómo hacerle un tratamiento. A ver si se cuenta esa historia y encontramos quién nos ayude».

Entonces, creo que ahí, cuando noto que las personas confían en mí, que se sienten escuchadas por mí, como que me digo que puede ser que sí tenga un liderazgo importante y que la gente reconoce en mí una mediadora, no necesariamente para soluciones, sino como para búsquedas. Así que creo que ese es el momento en el que yo me siento lideresa; cuando veo que las personas confían en mí y buscan ser escuchadas por mí.

Ahora, de los retos más difíciles en cuanto a ello es la emocionalidad, porque puede sonar muy lindo decir que me posiciono desde el ser mujer sensible, pero eso no es fácil. El ser sensible también implica que lo de los demás me afecte. Si bien eso es lo que me moviliza, pues también muchas veces es lo que me hace sentir triste, me hace sentir impotente, me hace sentir como que ya no soy capaz de más. Empiezo a pensar: ¿en serio me tengo que enterar de una historia peor que la otra?, o ¿en serio hice tantas cosas para contar eso y no sucede nada? Muchas veces no hay una respuesta. Así que creo que lo emocional es bastante complejo cuando nos posicionamos en el mundo social. Además, a veces, uno no ve avances en muchas cosas y eso puede ser un reto muy grande: mantener un equilibrio entre el entender que eso es lo que me moviliza, pero que no tiene que afectar mi existencia de esa manera. ¿Cierto? Pues, como ponerme triste y en crisis y no sé qué.

Sin embargo, dejar la misión nunca ha sido opción, por más que yo me sienta como con la impotencia, nunca he pensado en dejarlo. Justo porque me moviliza mucho y yo siento que, si estoy en algo que no me moviliza así, pues ya no va a tener tanto sentido. Bueno, esa nunca ha sido opción, pero si mencionara un momento de confrontación fuerte creo que sería justo el trabajar en el Museo. Por eso que te digo de encontrar cada vez una historia peor que la otra, que cada mes haya una conmemoración diferente y un grupo de víctimas diferente, con historias supremamente dolorosas. Entonces, suceden cosas como:

—Es que yo llevo 20 años buscando a mi hijo—llega una madre diciendo.

—Ay, pues, yo llevo 30—responde la otra.

Entonces, uno empieza a pensar que si hace tanto tiempo lo están intentando y nada ha sucedido, nadie les ha dado una respuesta, ¿será que sí tiene sentido? Esa

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

era mi pregunta muchas veces. También, como sentir que, claro, era importante hacer la conmemoración y no dejar de nombrar, pero hasta dónde y hasta cuándo; que es también como una de las consignas: ¿Hasta cuándo?

Trabajar en el Museo fue una experiencia muy hermosa, pero también de mucha confrontación, por eso, por hacerse tantas preguntas: ¿Será que sí vale la pena? ¿Será que algún día sí va a ser diferente? ¿Será que ese sueño de paz es posible? Bueno, siento que ese fue un momento de confrontación fuerte; encontrarme historias tan dolorosas, sucediendo en todas partes y no ver un cambio, una respuesta ante eso.

Eso podría ser resiliencia, pero, bueno, yo tengo bastantes problemas con ese concepto porque creo que se ha romantizado muchísimo y que cuando nos dicen resilientes es como decir que somos muy aguantadoras. Además, que siento que se vuelve como una palabra muy lastimera, entonces: «ay, tan resilientes, porque es que tan pobres y lograron hacer eso», «ay, es que sin nada y lograron hacer eso, tan lindos». Y siento que no es así. O sea, no es que una persona en un contexto supremamente hostil sea linda por lograr algo. Creo que la palabra sería más bien «valiente» o «resistente»; me gusta más la palabra resistencia que resiliencia.

Aunque creo que sí puede ser una palabra bonita, en el sentido de transformar esas cosas dolorosas y fuertes como en esa posibilidad de avanzar. Es algo que admiro mucho de las madres buscadoras; el cómo tomo yo ese dolor para seguir en pie, para que no me pase eso que yo decía ahorita: caer en una desesperanza. Llevo 20 años, y esos 20 años me han dado fuerzas para hacer otros 20 si es necesario. En esa medida, creo que la resiliencia puede ser un concepto muy bonito, pero si lo tomamos como de «tan linda que lo logró», ahí sí yo tengo muchos problemas con la resiliencia. Yo me posiciono más desde la resistencia.

Ahora, en lo privado, en cuanto a mi vida personal, a Lorena Tamayo le gusta ser muy silenciosa, muy tranquila, sí, muy silenciosa. Mientras que en lo público es la que no se queda callada, es la que habla con todo el mundo, la que todo el tiempo está escuchando, pero también buscando a quién decirle, cómo hacer, gestionar, por aquí necesito tal cosa y por aquí otra. Mientras que ya en lo privado es como todo con cierta calma; un respirar para retomar fuerzas.

Y como decía ahorita con lo de la infancia de Cisneros, a Lorena Tamayo le gusta mucho ir al río. Es una actividad que disfruta muchísimo. Busco hacerlo constantemente, al que sea, no necesariamente a Cisneros, puedo ir a cualquier río. Me gusta mucho caminar, entonces voy mucho a senderismo. Me gusta mucho leer, disfruto muchísimo la literatura, así que también un hobby puede ser leer. Me gusta mucho escribir más allá de lo laboral, escribo para mí temas más íntimos, me gusta mucho escribirlos. Me gusta mucho bailar, bailar salsa me encanta. Salgo a bailar. Me gusta mucho también la música en general, sentarme a escuchar música me parece el parchezote. Me gusta mucho la cerveza, también otro de mis hobbies es probar cervezas.

A veces es muy difícil hablar de lo personal, pero yo resaltaría que Lorena es una mujer de muchas amigas, para mí eso es muy importante la compañía femenina.

CONVERGENCIAS
Museo Casa de la Memoria

Tengo muchas amigas, a todas las valoro y me parecen muy importantes en mi vida, creo que justo con amigas es que uno toma fuerzas para hacer más cosas. De mis amigas aprendo muchas cosas todo el tiempo, a muchas las considero líderes increíbles, pues justo de ellas es que aprendo lo que me gusta de mí. De ellas es que aprendo a escuchar, a ser sensible, acompañar, cuidar, es donde aprendo desde el amor. Entonces, me gustaría decir que Lorena es una mujer de amigas.



Glosario

Memoria

Para mí, la memoria son historias, momentos, recuerdos, como lo que permite el presente y el futuro, creo que la memoria es eso. También es lo que debe permanecer. Creo que la memoria es un concepto transversal para la vida.

Perdón

Como la posibilidad de transformar el dolor, la posibilidad de tramitar mejor o transformar el dolor. De lo que decía ahorita con lo de las madres, creo que ellas tienen una capacidad muy fuerte de perdón. Cuando dicen que lo único que necesitan es saber qué les pasó a sus hijos y no necesitan nada más. Creo que es eso. Una capacidad para tramitar.

Paz

Creo que para definir paz, yo necesito muchos otros conceptos porque la paz termina siendo un engranaje de varias cosas, de justicia, dignidad, armonía, bienestar. Creo que en la medida en que esas cosas se garantizan, hay paz. Si hay una justicia, si hay una vida digna, si hay una armonía social, creo que ahí puede haber paz.

Reparación

Empecamos con que yo no sé si pueda haber reparación. Me parece un concepto bastante complicado, porque yo creo que uno puede reparar lo material. Pero lo emocional y sensible, no sé si se pueda reparar, tal vez se pueda tramitar. Como dicen las mujeres tejedoras: «se puede remendar», pero reparar, no sé. Pero bueno, si le buscamos un significado, pues podría ser desde el sanar. La posibilidad de sanar algo, no necesariamente solo un dolor, yo puedo reparar, no sé, mi autoestima o reparar mi alegría.

Alegría

La alegría creo que es como la sensación de que estás haciendo las cosas bien, la sensación de que tienes cosas que te gustan. Es como una risa desde el estómago. Esa es la alegría.

Sanación

Creo que es como cuando uno respira profundo. Como cuando una está chiquita y se monta en un columpio y llega a la parte de arriba y ve el cielo. Esa puede ser la sanación; esa sensación de libertad, de tranquilidad, no de miedo.

Medellín

Medellín, la ciudad de amores y desamores, significa un reto permanente. Significa una apertura a la comprensión permanente, a la comprensión de todo lo que sucede.

Para mí, Medellín es como algo muy bello que se ve atacado por muchas cosas.

Quiero mucho a Medellín, me parece una ciudad con cosas muy interesantes, con unas personas increíbles, con procesos sociales muy fuertes. Pero que es atacada por muchas cosas, como por el turismo, también es una ciudad atacada por la violencia que muchas veces está ligada al turismo, por su historia, por personajes que la han marcado. Entonces, sí, creo que Medellín es eso, amor y el desamor.





Luz Bibiana Guerra

Me llamo Luz Bibiana Guerra Gutiérrez. Soy trabajadora social de profesión y soy mujer rural. Habito la ruralidad aproximadamente hace seis años, pero biológica y ancestralmente estoy unida a la ruralidad de la Comuna 50, corregimiento de San Sebastián de Palmitas, por la línea paterna en donde habita originalmente mi padre y toda mi familia paterna.

Tengo 54 años. Soy docente de profesión y lideresa en el corregimiento de San Sebastián de Palmitas con uno de los colectivos más grandes del distrito de Medellín: el «Colectivo de Mujeres Campesinas y Rurales Arcoíris». Tiene cobertura en las ocho veredas que componen el corregimiento y una metodología de inclusión, de enfoque diferencial y territorial, con el fin de reivindicar el papel que cumple la mujer en el campo.

De los momentos que más han impactado mi vida y han determinado la identidad de Luz Bibiana Guerra... pues, todos están muy ligados a todas las personas de la parte familiar. Vengo de una familia tradicional, con unas normas, una autoridad definida y con muchas enseñanzas en cuanto a los valores; la responsabilidad, el compromiso y, sobre todo, la solidaridad. Recuerdo mucho desde la infancia, que mi mamá siempre se emocionó y estaba presta a ayudar a los demás, a pesar de que tuviera necesidades dentro de su hogar.

Luego, una etapa muy importante fue la universidad. Haberme casado muy tempranamente y tener que terminar la universidad con un niño, con una hija, fue para mí muy impactante. Eso me enfrentó a tener el rol de mamá a muy temprana edad y sin descuidar las otras responsabilidades o metas dentro de mi proyecto de vida que, principalmente, era hacerme profesional. El hogar, ser esposa y ser mamá también es un impacto importante en la personalidad, porque también te enfrenta a asumir varios roles y, a veces, uno cree que está preparado, pero no lo está. Aun así, se asumen los retos y se tienen que tomar decisiones y hacer cosas para que todo funcione muy bien, tanto la parte familiar como la parte profesional.

Por último, y muy importante para orientarme hacia el liderazgo, fue irme a vivir al campo. Me fui por una experiencia familiar que tenía que ver con la quiebra financiera, por la que mi esposo y yo tuvimos que vender el apartamento y el carro. Nos quedamos sin donde vivir, dijimos: «¿de qué vamos a vivir con dos hijos?». Entonces, pensamos que la finca familiar era un lugar donde podíamos habitar. Con pocos recursos económicos, nos fuimos a vivir a la finca familiar, que era en la vereda, fue aquí donde empecé a tener un relacionamiento con la naturaleza; el canto de los pájaros, el pasar de los arrieros de las mulas, el olor de la montaña y, en especial, las relaciones comunitarias. Empecé a ver cómo es que los campesinos se comunican y conviven entre sí. Fue algo que me llamó mucho la atención, me pareció muy bonito. Y empecé como a enamorarme mucho más y, sobre todo, a ver el campo y la vida comunitaria de una manera diferente, siendo yo profesional en las Ciencias Sociales y Humanas. Pero pasar de la teoría a la práctica y tener esas vivencias, me pareció algo muy bonito, me llamó, me atrajo.

Mira, yo recuerdo que desde siempre me gustó mucho hablar con la gente: escuchar, conocer, apoyar, pero lo veía, simplemente, como un gusto por hacerlo, ¿cierto? Luego, yo escogí de profesión ser trabajadora social que ya sabes; es una profesión que hace parte de las Ciencias Sociales y Humanas. Es una profesión que tiene que ver con las personas, con el tejido social, igual, yo hice mi carrera y empecé ejercer profesionalmente. Pero es cuando yo voy al campo a vivir y a tener ese contacto con la comunidad que empiezo a entender por qué ese gusto

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

por conversar, por conocer, por servir y por qué escogí ser profesional en Trabajo Social. Innatamente, yo tenía ese gusto, esa pasión por el trabajo social y humano, ahí empiezo a reconocirme como lideresa, aparte de mi profesión.

Así, empiezo yo a visitar a un colectivo de mujeres y a tener ese contacto con lo que es la vida campesina. Aprendo todos los poderes; lo poderosa que es una mujer campesina porque es una mujer que nunca ha ido a la universidad, muchas han terminado el bachillerato, pero otras ni siquiera saben leer o escribir y, aun así, tienen muchos saberes, conocimientos que son propios y ancestrales. Cosas que les ayudan a sobrevivir y ellas son las guardianas no solo de los recursos naturales de su territorio, sino que también son las responsables de mantener la canasta básica familiar con sus huertas agrícolas, con la crianza de pollos, venta de huevos, etcétera. Son ellas, realmente, las que mantienen esa seguridad de su hogar.

Esto me atrajo tanto que me convertí en una de las directivas de este colectivo de mujeres campesinas y pude aportar desde mis conocimientos académicos para darle una estructura interna a la organización. Un viraje un poco más riguroso para lograr la cultura del proyecto, la generación de recursos para la autonomía de la mujer y otras líneas. En este momento, hemos logrado pasar de ser un colectivo a una corporación, a hacerlo una empresa, buscando la gestión de proyectos para visibilizar y empoderar a las mujeres campesinas y también para aportar con generación de recursos para ellas y sus familias.

El «Colectivo de Mujeres» tiene una metodología de trabajo comunitario y de intervención de proceso social innato. Ellas mismas empezaron a hacerlo para enfrentar una de las dificultades más grandes del territorio en la generación de participación social: la topografía del corregimiento. Es una topografía muy montañosa, las veredas quedan muy alejadas unas de otras. Además, el macroproyecto del túnel de Occidente partió geográficamente el territorio, lo que alejó más algunas veredas de la centralidad. Por ello, reunirse en un solo lugar se hacía muy costoso y difícil para las mujeres campesinas que querían hacer parte del colectivo.

Entonces, ellas mismas se generaron la forma de hacerlo de forma descentralizada, es decir, ya no había que ir a un solo lugar, sino que desde las mismas veredas se hicieron como unos núcleos, o lo que nosotros llamamos los «nodos del arcoíris». En cada vereda ellas tenían su propia lideresa que se reunía con sus vecinas y, a su vez, esas lideresas ya se reunían aparte para planear; mirar dificultades y buscar recursos para solucionar. Ellas lo veían como algo normal, algo que tenían que hacer porque les quedaba difícil, pero ya desde una mirada profesional, desde una mirada social o sociológica, uno puede notar que lo que estaban haciendo era una estrategia; una metodología de participación social y comunitaria por nodos que se fueron identificando con los colores del arcoíris.

Cada vereda tiene un nodo de encuentro con un color que han escogido del arcoíris, es así como en cada una hay un color que las define. Por ejemplo: la vereda La Potrera es el color morado, el nodo de la vereda Urquité es el naranja, el

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

de la vereda La Sucia tiene el azul y así. Ahora, ese paso de ser una colectividad a una empresa es lograr hacer una lectura de cómo se estaban haciendo las cosas, cómo era su relacionamiento y cómo eran esas estrategias que ellas mismas habían logrado sacar para poder seguir reuniéndose. El aporte fue sistematizarla, identificarla con una rigurosidad ya más académica y poder estructurar la forma en que se venía trabajando. También, lograr sistematizar una misión: ¿cuál era realmente el quehacer que se estaba desarrollando desde esos liderazgos? Identificar cuál era esa proyección que ellas tenían hacia un futuro para convertirla en una visión.

Después, pensar cuáles eran esos valores que las identificaban en ese trabajo colectivo, social y comunitario. De allí, se podían destacar los valores más importantes como la intergeneracionalidad, porque hacen parte del colectivo y de ese proceso comunitario abuelas con sus hijas, sus nietas y hasta bisnietas. Un valor muy importante, ya que podría también lograr el relevo generacional. Igualmente, el sentido de pertenencia: Mujeres que, a pesar de que algunas tenían que salir de su territorio para ir a buscar sustento económico, nunca olvidaban que la raíz es su tierra, el campo. También, la diversidad se convirtió en un valor que las



CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

identifica; en el campo hay mujeres en condición de desplazamiento, víctimas de actores armados, mujeres campesinas y la mujer que es rural; la diferencia entre estas últimas es que la mujer campesina es aquella que nació en el campo y se dedica al campo, mientras la mujer rural es aquella que viene de la ciudad, o de otros lugares, que empieza a habitar la ruralidad y a cultivar.

El objetivo, entonces, era lograr hacer la lectura de todo ese tejido, de ese relacionamiento, esa convivencia, la manera de pensar, sus imaginarios y su actuar para llevarlo a una sistematización, a un ordenamiento académico riguroso. Establecer una estructura clara para poder convertirlo a una empresa. Además de eso, identificar también cuáles son los saberes de las mujeres para potenciarlos y mirar qué es lo que queremos. Nosotras logramos también concienciarlas de que ellas son mujeres con muchas capacidades, con muchas habilidades y talentos de los cuales podrían sacar provecho. Porque usted le pregunta a una mujer campesina que qué sabe hacer y ellas le dicen a uno que nada porque se han dedicado toda su vida a criar a sus hijos, a cultivar su terreno y a ayudar a su pareja en el campo.

Pero cuando uno ahonda en ella, ella dice que sabe: cocinar muy bien con las tradiciones culinarias que su abuela le enseñó, también conoce muy bien el territorio, los senderos, los árboles nativos, sus propiedades, sabe sobre las plantas medicinales y sus propiedades curativas. Y otros muchos saberes como, por ejemplo: el tejido, el bordado y la economía circular; no hay una mujer campesina que no reutilice utensilios y objetos. Entonces ahí es donde uno descubre que ella sí tiene muchos conocimientos propios y que son conocimientos que han sido transmitidos de generación en generación. Así que ella se convierte en una mujer que conserva y protege esa ancestralidad que es tan importante en la humanidad, en las culturas y en las comunidades. A través de la identificación de esos saberes y de eso que llamamos poderes de las mujeres campesinas, nosotros empezamos a crear las líneas de acción de la empresa.

Esa línea de acción se convierte también como en el portafolio de servicios. Se empieza a pensar en lo que se puede ofrecer a las personas sobre los saberes de las mujeres. Ahí es donde creamos la línea gastronómica, ambiental y cultural con las sabedoras y con las artesanas. También, la línea pecuaria, la de cuidado y crianza de aves menores. Tenemos la línea de apoyo a la mujer campesina; cuando se sabe que una vecina está enferma o en una dificultad, alguien está dispuesto — pueden ser las tres de la mañana, pero se levanta y camina lo que tiene que caminar, hasta una hora y cuarenta minutos— para ir y socorrer. Basados en eso, creamos la línea de apoyo para poder servir en algo a mujeres que están en necesidad y articularlas con la administración pública, sobre todo en este momento, con los problemas de salud mental que también afectan a la mujer rural.

Es así, con estas líneas, que empezamos a articularnos con organizaciones públicas y privadas, sobre todo universidades —como el Colegio Mayor de Antioquia, el ITM, Uniminuto y la Universidad de Antioquia— para apoyar en procesos formativos, fortaleciendo esas líneas y poder tener una base sólida

para ofrecer servicios afuera. A partir de allí, nosotros vendemos productos para aportar a la autonomía económica y construir proyectos locales y regionales. Hemos logrado algunos proyectos a nivel nacional también.

Ahora, todo ello en contraste con la vida personal puede ser complejo, a veces. También es de contar y enamorar a la familia con ello porque sí quita muchísimo tiempo. Además, yo también tengo mi propio trabajo aparte para solventar mi vida. Entonces, ha sido presionando entonces todas las cartas al tiempo.

Tiene que ver con los diferentes espacios y roles que uno cumple dentro de su vida. Yo pienso que es uno de los grandes errores en el que caemos la mayoría de líderes, porque nos enamoramos tanto del proceso y del servicio que, a veces, nos olvidamos de nosotras mismas. Además, con ello nos olvidamos o dejamos en un segundo plano nuestras otras responsabilidades. Somos demasiado altruistas y de tanto querer hacer cosas, también vamos teniendo dificultades a nivel personal o familiar. Ese es un aprendizaje al que nos enfrentamos los líderes y las lideresas: saber cuánto tiempo le tengo que dedicar no solo a mi comunidad, a las personas que amo y quiero servir, a mi corporación, a mi organización, sino también cuánto tiempo me tengo que dedicar a mí misma y a mi familia.

Te cuento que, a nivel personal, mi aprendizaje tuve que hacerlo con mis propios hijos. Mi esposo ha sido más bien una persona que me deja ser, pero mis hijos — tengo un hijo de 27 años y una hija de 22 años— sí me empezaron a reclamar y a exigir ese tiempo y dedicación que ellos se merecían. Pues, ahí tuve yo que empezar a hacer esas diferenciaciones entre espacios y también a limitar los tiempos del trabajo comunitario, porque es muy demandante. Empecé a pensar cuánto tiempo era necesario dedicarle a esa pasión que tenía por el servicio, pero también cuál era el tiempo que necesitaba para mis cosas personales; mi tiempo con amigos y familiares. De eso, toca ser muy estrategia y ejecutiva: empezar a manejar agendas y prioridades. Eso es necesario para que todas nuestras esferas y componentes del proyecto de vida se puedan dar de una manera equilibrada y armoniosa, para tener resultados positivos ya como seres humanos, como personas.

Una estrategia, yo pienso, es que uno recurre también a enamorar de ese trabajo comunitario a nuestra propia familia, a nuestros compañeros de trabajo. Y cuando eso lo llevas tan dentro de ti, solo al contarlo con amor y pasión, tu propia familia también empieza a enamorarse y a involucrarse con todo lo que uno se encuentra en la comunidad: todas las necesidades que hay, pero también todo lo que se ha podido apoyar a las personas. En mi caso personal, mi familia también me apoya mucho en las actividades comunitarias; cuando hay eventos grandes o situaciones más complejas y tengo que recurrir a la ayuda de ellos, ellos están ahí para hacerlo con amor y satisfacción. Así mismo, también puedo involucrar a mis compañeros de trabajo y amigos en asuntos comunitarios, e incluso, algunos ya hacen parte, no de la corporación, pero sí de la colectividad, entonces, cuando tenemos actividades importantes están ahí para apoyar y para disfrutar del servicio.

Glosario

Memoria

Esa palabra yo la relacionó con historicidad. La relaciono con cultura, la relaciono con acumulación de conocimientos, de saberes que tienen que permanecer o recordarse y transmitirse de generación en generación, no se puede olvidar.

Perdón

Relaciono la palabra perdón con un principio y con un valor humano. Complejo, difícil de desarrollar y de practicar, pero de valiosa importancia, porque es el que permite avanzar y superar dificultades en las relaciones humanas; y que puede generar estadios, situaciones de reconciliación, de paz, de continuidad y de salud mental.

Paz

Es para mí es un estado, es un estado que tiene que partir del interior del ser humano. Una paz que se debe sentir consigo mismo para poder hacer una interacción idónea, adecuada con los demás, también. A pesar de que es una palabra muy de moda, muy escuchada en los últimos años en nuestro país, y que a nivel histórico se escucha mucho en el mundo político. Es, primero que todo, un estado, un estado interno del ser humano, que no se trata de acuerdos ni de firmas, sino que se trata de sentirse en paz para poder convivir de manera idónea con los demás.

Reparación

Bueno, la reparación para mí es un deber, es una obligación y es un derecho a la vez, de poder resarcir daños ocasionados a otras personas. Y que vuelvo y repito, no solamente es algo que tenga que ver con políticas públicas, con el ejercicio de la soberanía de un país, sino que también tiene que ver con un asunto personal, porque nosotros también en nuestro en nuestro convivir, nos hacemos daño unos a otros, y esos daños, la mayoría de las veces, cuando es posible, cuando hay oportunidad, deben repararse. Y así sea una palabra mal dicha, así sea un daño, cualquier daño que se le haya hecho a otra persona, llámese familia, llámese pareja, llámese comunidad; hay que buscar la forma de repararlo, hay que buscar la forma de aliviar el daño ocasionado.

Alegría

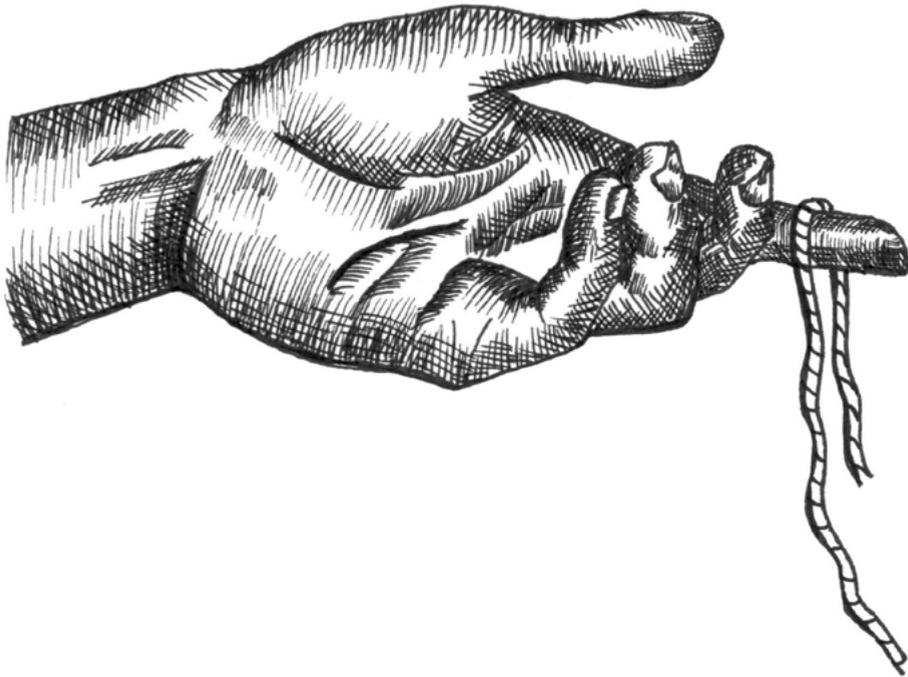
Para mí, la alegría es un valor también. Que se debe entender y que se debe desarrollar. Y es muy importante, porque es la que le da como el color, el color a la vida. Y que permite que también un estado de bienestar a los demás. Por el disfrute hacia la vida, el disfrute de los acontecimientos y detalles que tenemos todos los seres humanos a diario. La alegría es un disfrute.

Sanación

Bueno, la sanación ya es lograr sentirse bien, sentirse en armonía. Sentir bienestar después de haber sufrido un daño o una pérdida, algo que nos ocasionó ya sea una enfermedad emocional, una enfermedad del alma, que luego, a través de recursos propios o externos, se logra superar y volver a un equilibrio, volver a un bienestar.

Medellín

Medellín para mí, además de que es el territorio o el lugar donde nací, me parece que es una ciudad de empuje, que se ha convertido en un modelo de gestión efectiva, de avance, de desarrollo; que hemos pasado a ser un distrito que, aunque uno le pueda ver de pronto algunas falencias, pienso que es un lugar para vivir, con muchas oportunidades, con lugares bonitos para visitar, para disfrutar, con una cultura amable, alegre, de generación de conocimiento y oportunidades.



CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria



Luz Danelia Guarín

Mi nombre es Luz Danelia Guarín, líder social de la Comuna 3, Manrique, mediadora en el Museo Casa de la Memoria, gestora de paz. Tengo 60 años y el momento que me hizo tomar esas decisiones en lo que soy hoy fue el tema del desplazamiento forzado. Soy una mujer campesina, madre de ocho hijos. Vivía en el municipio de Alejandría, en la vereda Cruces. En el 95 empezó, pues, como la presencia de grupos armados. En el 2001 me tocó desplazarme y venirme hasta esta ciudad, que no la conocía, tampoco me pertenecía.

Ese proceso inicia desde esa situación que viví en esa época del 2001 al 2004. Fueron muchas las dificultades las que se vivieron en esta ciudad, específicamente, en el barrio San José de la Cima de la Comuna 3. Allí fue donde llegué, con muchas dificultades, sin cupo para los niños estudiar, sin atención médica, sin vivienda en dónde vivir, sin trabajo... Fueron muchas las necesidades que vivimos en esos tiempos.

En el 2005 empecé a integrarme a una organización de la Acción Comunal para conocer un poquito más el territorio en donde estaba y empezamos a hablar de la situación que vivía la población que llegaba a ese barrio. Por una parte, porque estábamos cerca del Minuto de Dios, que es una institución que atendía a mucha población víctima, entonces llegaba mucha gente. Por otra parte, empecé a juntarme con otras víctimas, otras mujeres desplazadas a ver qué: de dónde llegaban, qué íbamos a hacer, si estaban viviendo dificultades al igual que yo. Eso fue lo más normal que se vivió entre las mujeres, pero conocer esas situaciones o hechos de violencia que se han vivido fue algo muy duro.

Empecé a fortalecerme conociendo que las compañeras que se acercaban tenían otras historias peores que las mías. Entonces empezamos a reunirnos. Nos citamos a una primera reunión para hablar porque era mejor que nos juntáramos y formáramos un grupo. Así que nos reunimos 45 personas, decidimos formar un grupo. Eso fue en el 2005, cuando empecé adoptarme, a conocerme con las mujeres. Yo lo que hacía era capacitarme y adquirir conocimientos para compartir. No conocían nada de los derechos que tenía como víctima, pero empezaba a asesorarlas y acompañarlas.

En el 2006 ya creamos el grupo, se llamó «Asociación de Familias Desplazadas en Búsqueda de Felicidad». Ya nos programamos con un plan de trabajo, nos reuníamos cada mes, hacíamos actividades y hacíamos compartires. Nos reuníamos en diciembre, hacíamos la navidad compartida y, de igual manera, era un espacio que nos regalábamos entre todas para conversar y compartir, para asesorar a las que no conocían y yo compartía como esos aprendizajes que tenía de las capacitaciones. A mí me capacitaban —en eso se creó el Plan Único de Víctimas— y capacitaron a muchas personas, la capacitación en liderazgo de población desplazada. Fuimos adquiriendo conocimientos y eso lo compartimos con las mujeres.

Nos dimos cuenta de que era bueno hacer una caracterización entre las que hacíamos parte del grupo e hicimos una caracterización manual. Así, las de papel, con el nombre, si estudiaban, el número de documento, si tenían atención en salud, si habían recibido ayudas humanitarias o si habían recibido algún subsidio de arrendamiento. Muy básico, yo las tengo archivadas. Se caracterizaron 120 familias de allá del barrio. En esa caracterización logramos identificar que muchas de esas familias no habían recibido ni siquiera la atención de emergencias. Quizás unas no había ni siquiera declarado, ni siquiera han hecho la declaración, entonces yo empecé como a consultar con la Defensoría, con la Personería y conseguí aliados, ellos me acompañaron mucho recibiendo declaraciones a la población.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

También hicimos jornadas en el barrio. Llevamos la atención al barrio para que la población fuera atendida, pues, directamente allí, y ya en el 2006 también me integré al Plan de Desarrollo de la Comuna 3.

Estaba apenas creando el Plan de Desarrollo con Suma Paz y otras organizaciones con las que hicimos, pues, los aportes a ese desarrollo frente a las necesidades que encontramos en la comuna. Una de las principales, era el tema de la educación para las víctimas porque no había cupos, no había cobertura para esa población. Estaba el problema con los niños desescolarizados. Las familias no tenían los recursos económicos para entrarlos a estudiar y pasaban muchas necesidades, también había muchas mujeres que eran viudas, a las que les habían asesinado sus esposos. Analizábamos todo eso.

Luego, se hizo una integración por allá por Castilla con todos los niños huérfanos, estuve acompañándolos. Ahí, uno iba cogiendo como alitas para apoyar a la otra gente. Entonces, ya vimos esa necesidad y lo primero era la educación. No había cobertura en los colegios, así que solicitamos la construcción de colegios con un equipo de líderes. Se presentó el proyecto de Montecarlo, así se construyó un colegio nuevo, y hasta nos iban a tumbar el otro porque se inundaba, nosotros dijimos que no, porque no hay cobertura. Se solicitó y siempre lo dejaron y se amplió la cobertura.

Igual, lo del tema de la salud; eso era un problema para conseguir una cita. También nos metimos en el comité de salud de Metrosalud de la Piloto. Allá expusimos la necesidad que había para la construcción de centros de salud en la parte alta. Se construyó el centro de salud de La Cruz y El Raizal.

Yo me sentía bien, porque estaba luchando por unos derechos, no era por los míos, sino por los de todas. Y bueno, se logró, así que en el Plan de Desarrollo propusimos todo eso; todo el tema de la planeación del territorio con las propuestas que llevamos de víctimas. Yo tengo los archivos. Y ahí seguimos, haciendo incidencia en ese espacio que ha sido muy complejo, pero que de una u otra manera cualquier cosita se escucha.

Entramos a participar en el 2007 en las asambleas barriales. Las asambleas barriales eran conformadas por delegados de los barrios. Entonces, como yo tenía conocimiento de varias mujeres víctimas de distintos barrios, las motivé para que participaran en esos espacios y se presentaran en las acciones comunales. Ya se presentaron, y la primera vez sólo estuvimos dos delegadas; dos delegadas de presupuesto participativo. Al año siguiente vimos que era necesario invitar más, así que invitamos más y eso fue sumando cada año. Alcanzamos a tener como 18 delegados de Presupuesto Participativo de Víctimas, del proceso que venimos trabajando y ya cogimos como un poco de más fuerza.

En el 2010 logramos priorizar recursos para víctimas y sacamos unas iniciativas en ese proyecto. Eso es seguir fortaleciendo el tema de la caracterización; para seguir caracterizando a la población en la Comuna 3. También, trabajamos el tema de memoria. Lo que hicimos fue hacer los foros, nos programamos el foro de memoria, pero ya en ese entonces nosotros lo que hicimos —como éramos

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

ya varios y ya teníamos más conocimiento de la participación— propusimos crear un comité de víctimas. Se creó el comité de víctimas que se llama Asolavidi (Asociación del Comité de Participación, la Verdad, la Vida y Dignidad). Es un comité que se creó, pero lastimosamente estamos mal porque se nos venció, ya cumplimos el período y no lo hemos podido renovar. Estamos en eso. Entonces, ahí se conformó con 25 personas, supuestamente ya éramos líderes, y ahí ya se fortalecieron en los temas de participación.

Para mí, líder es una persona que no le da pena hablar, que llega y hace propuestas, que define, que toma decisiones. Yo me consideraba ya líder, porque yo tenía voz y voto. La gente, pues, si se acercaba a mí era a consultar, no me llevaban propuestas, sino que me consultaban. Yo les ayudaba con los derechos de petición, les hacía trámites. La verdad yo vengo como de ese liderazgo, lo traigo en de la sangre, porque mi mamá era una mujer líder también.



CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Mi mamá era una mujer líder en la vereda, era partera, era muy comunitaria, muy solidaria. Ella atendía todos los partos de la vereda. Ella me atendió los seis primeros partos que yo tuve. Los seis primeros ella me atendió; ya para el séptimo, ella murió. Pero de igual manera, ella atendía a todas las hijas. Era promotora de salud, estudiaba mucho el tema de primeros auxilios. Fue creadora de la Acción Comunal, creadora de la Cooperativa Multiactiva de Alejandría. Desde niña nos compraba la tarjeta, la libreta, para que fuéramos hijos ahorradores y, bueno, nos asoció a la Cooperativa; toda la vida fuimos socios porque ella nos encaminó en esa ruta. Ella era una mujer muy ejemplar, muy noble y estaba al servicio de los demás. A ella no le importaba dejar lo que tenía que hacer para ir a atender a un enfermo o a una muchacha; a una mujer que fuera a tener un bebé o que tuviera síntomas de aborto. Ella paraba esos abortos, ella hacía lo que fuera.

Yo allá hacía parte de otros grupos, hacía parte de un grupo de huertas, de una escuela de comunidades cristianas campesinas. Teníamos grupos de oración y hacíamos integraciones, pues, siempre nos juntábamos. También, después de que mi mamá faltó, cuando yo estaba más joven, allá por el sector donde vivía en Cruces, por allá se enfermaban las personas y corrían a llamarme a mí. Una vez, un pelado me llamó y me dijo que la mamá me necesitaba. Yo estaba en embarazo; me volé. Cuando fui, ella estaba teniendo a la bebé, ya había tenido la bebé. Entonces, me tocó hacer todo lo que tenía que hacer: cortar el ombligo, acabar de sacarle la placenta y bueno, asistirle. La asistí y gracias a Dios ahí está la niña grande. Cuando se enfermaban, también me pedían mucho que fuera a hacer oración por ellos, íbamos y hacíamos oración de sanación. Muchas cosas pasaban, muchos testimonios de vida bonitos.

Después, cuando ya empezó todo el tema del conflicto, pues también nos sostuvo mucho la unidad, el encuentro, la oración, siempre nos juntamos para amanecer juntos. La comunidad del sector de la vereda, los más cercanos nos juntábamos.

Recuerdo que una vez estaban en una balacera, en un enfrentamiento: Desaparecieron a un profesor, pero al final lo rescataron y resultó vivo por allá, muy lejos. Pero un chico que estaba con él, a él sí lo mataron y le quemaron la moto. Eso se prendió una balacera. Entonces, nosotros lo que hicimos fue juntarnos, hacer oración. Estábamos haciendo oración en un filo allá, entonces, a uno lo pararon allá en el filo y nosotros sólo esperábamos que él cayera, porque nosotros veíamos la gente armada con él allá; le daban con la cacha. Al fin y al cabo, por la oración también sería, a él no lo mataron, pero lo hirieron. Él llegó allá donde estábamos reunidos, entonces lo curamos, le estancamos la sangre, y estábamos muy, muy preocupados por todo lo que estaba pasando. Ya eso —la juntanza y la oración— siempre me han acompañado a mí.

Al primo después le tocó salir para acá con mi esposo y un vecino. Se devolvió a los 20 días, y a los 22 días lo desaparecieron, y hasta hoy en día sigue desaparecido. Yo sobreviví por allá con gente como muy sola. Mi esposo se vino, nos tocó mandarlo para acá por lo que estaba pasando, por lo que estábamos

viviendo en ese momento, las masacres y todo eso. Después me vine a dar vuelta, y la vuelta fue que ya no pude regresar.

La resiliencia es casi como decir «persistir, resistir y no desistir» porque no hemos, digamos, no hemos tirado la toalla como dice el dicho, siempre hemos estado ahí, permanentes. Entonces, en el tema de la juntanza, de la lucha, de apoyarnos unos con otros, que ya no somos líderes como organización, sino como esos tejidos sociales que se van construyendo a nivel de ciudad con comunas, con otras organizaciones sociales que están en otras luchas, pues uno acompaña también en eso. Para mí, eso es resiliencia.

En el ámbito público, las demás personas me ven como alguien capaz de hablar, de pronunciarme, de que tengo capacidades de entender muchas realidades, muchas cosas, y no sólo de entenderlo, sino también como las formas de buscar solución a las problemáticas que se viven en un territorio, en la comuna o en la familia.

En mi casa me decían que yo era la jefa del barrio, así tuviera mi esposo. Yo era la jefa de hogar, porque yo era la que tomaba decisiones, metía a los niños a estudiar, los matriculaba e iba si había que representarlos en algún lugar. Cuando uno decide también sobre las situaciones familiares y personales, también se tiene que empoderar. La decisión no la toma uno por el otro, sino por uno mismo. ¿Cómo soy de puertas para adentro de mi casa? Siempre soy la que lleva la batuta en lo que hay que hacer. Tomar decisiones si es que hay que arreglar una canilla, si hay que hacer algo en la casa. Afortunadamente, Dios me dio la capacidad y la oportunidad también de todo. Sí, pues, yo manejo las situaciones muy, muy parecido a mi liderazgo porque en mi casa no nos gusta la violencia y afuera menos.

Claro que sí, eso de tomar las decisiones también lo aplico a la comunidad. Siempre he luchado por restablecer derechos en común, no por una, sino por todos. Yo en estos días les dije a las muchachas que a nosotros como víctimas también nos ponían etiquetas, y una etiqueta para mí es que siempre me digan «la víctima». Entonces, cuando yo llego a los lugares de participación, dice: «vea, ya llegaron las víctimas». No. Siempre me nombran víctima. Yo fui víctima, pero no quiero que me sigan llamando víctima porque tampoco quiero ser la persona que quieren ver muchos y muchas. A veces, lo del tema del conflicto y el tema de estas guerras y violencias han querido manejar la situación con discriminación a los que no conocen ni saben mantenerlos bajo un dominio, bajo el desconocimiento de las cosas. Para nadie es un secreto que cuando los líderes hablan, se pronuncian, reclaman, pues tenemos evidencias de cuántos asesinatos ha habido, entonces es porque no a todos les gusta que la gente hable. Siempre tenemos contrarios que nos ven de otra forma. Hay que saber hacerlo. Eso no es una cosa de otro mundo, ni de desconocerlo porque es una realidad, y el tema de la guerra, de la violencia, ha sido un negocio.

Yo no le he acabado de contar toda la historia del proceso de liderazgo. Por fuera, pues, desde la casa como persona, he sido capaz de ayudar a transformar

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

muchas cosas y de cambiar muchas personas. Le he ayudado mucho en eso. En especial, con testimonios de mujeres víctimas que hoy me agradecen. Entonces, están los procesos que se llevan en la comuna, con liderazgos en defensa de la población afro; hay una afro que está, siempre se apoya desde la organización. El de discapacidad, una chica creó el comité de discapacidad y viene trabajando en el presupuesto. Rocío, que viene representando lo que son las familias desplazadas. Hay otra chica que se juntó conmigo, se llama Carmen Jaramillo, también tiene su proceso de mujeres y población migrante; población vulnerable y migrantes. Hay otros colectivos de mujeres de La Onda. Hay otra que trabajó con adultos mayores y así.

Yo después de la pandemia he trabajado con niños, con jóvenes. Tenemos dos colectivos: un colectivo de la Comuna 1 que se llama «Esencia Femenina» y el de María Cano, que lo trabajamos en mi casa, es un colectivo que se llama «Mujeres Soñadoras», y están muy activas trabajando. La de «Esencia Femenina» fue una mujer que yo invité a ese comité, a ese colectivo. Cuando ella llegó ahí, entonces empecé a hablar con ellas, ella me preguntó que cuándo iba a subir a su barrio porque allá había muchas mujeres para conformar un grupito. Fui sólo una vez y ya tiene como 15 mujeres. Ella está participando, ella viene aquí a los talleres y también están participando en la escuela de paz territorial. Las víctimas se han acercado a mí y muchas de ellas han salido como de esa rutina de la casa. Han tenido una iniciativa de participación. Para mí, eso es un logro.

Muchos de los jóvenes que han estado en el proceso conmigo, también me agradecen. Ellos, aunque se van, no me olvidan. Uno tiene los testimonios y tiene las evidencias, por ejemplo, yo también soy custodia de los archivos de Derechos Humanos. Yo tengo papelería de todos los procesos. También tengo muchos libros en los que he participado y han sacado relatos; hay testimonios de esas memorias que se han tratado con mujeres en la UPB, en varias partes.

Yo he conservado todo eso y lo del proceso de Asolavidi, donde quería mostrar también el tema de memoria. Trabajamos ahí ya llevamos 14 años con ellas y hacemos foro cada año. Este año estábamos pensando tenerlo con recursos de PPP (Proyectos Pedagógicos Productivos), pero no se pudo hacer la consulta a tiempo, entonces como que se va para otro lugar, pero allá mismo en la comuna, así que estamos pensando a ver si hacemos aquí algo. Es como de esas otras formas en las que también lo identifican a uno; porque ha llevado procesos por mucho tiempo. También he estado en procesos como gestora de paz, he trabajado con mujeres, jóvenes y niños. Tengo esos procesos.

Glosario

Memoria

Tiene que ver con la historia. Un hecho que ya pasó, esa es la memoria. Para nosotros, hablar de la memoria en el sentido de haber sido víctima, le pusimos un valor agregado que era la memoria histórica del conflicto armado.

Perdón

Perdón es el tema de reconciliarse uno con el otro, con la otra. Tener la capacidad para pedir perdón o que le pidan perdón y uno ser capaz de perdonar. Eso nos sirve para sanar, para vivir un poco más tranquilos en el medio que habitamos.

Paz

La paz es la paz que vivas tú. Dentro de ti misma.

Reparación

La reparación tiene que ver con mucho, porque yo puedo reparar un objeto que se dañó. ¿Pero de cuál reparación estamos hablando? Hay que tener claridad de esa reparación. Es la reparación de las víctimas del conflicto armado que han perdido mucho o que han perdido todo. ¿Cómo se va a reparar a una víctima cuando perdió todo? Perdió su familia, perdió su casa, perdió todo lo que tenía, perdió los sueños. Acabaron con la vida de muchos. Es muy complejo hablar de esa reparación.

El Estado y las políticas públicas van creando posiciones o leyes que hablan de unas reparaciones: está la reparación simbólica y la reparación monetaria. La parte económica era lo que yo menos les inculcaba a las víctimas, que no lucháramos por eso, sino que lucháramos por esos otros derechos que nos tenían que perdurar para la vida, para el bien de todos. Si yo luchaba por esa reparación, por esos pesos, yo recibiría la plata, tú la recibirías, se la comen, o la invierten, y al final, ¿qué pasa contigo? Se sigue en vulnerabilidad. Entonces, yo sí les hablaba mucho de eso, de que teníamos que pensar en esas otras reparaciones.

Por ejemplo, el tema de cuando a una familia le desaparecen un ser querido; ahí entran a jugar muchas otras cosas. Las madres buscadoras, o los familiares de personas desaparecidas, lo que quieren saber es la verdad. Tras de la verdad, de entregar un cuerpo y saber qué pasó con él. Si no dicen la verdad, las víctimas siguen ahí, las familias siguen esperando, pero ellas sienten un descanso cuando les entregan los cuerpos. Entonces, eso es un asunto.

Lo otro es el tema de lo económico. Si yo tenía una vida estable en el campo y perdí todo, mi estabilidad económica, donde cultivábamos, donde cogíamos el sustento para el diario. Ir a una ciudad, en donde si no se tiene estudio, no

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

tiene empleo. Y si no tiene empleo, no tiene comida, no tiene con qué pagar los servicios, no tiene qué comer. Entonces, mucho, mucho peor. Cómo el Estado se ha comprometido a restablecer, esa ha sido la lucha de las víctimas.

Hay muchos testimonios. Por ejemplo, los temas de las comunidades que han llegado masivamente a territorios de invasión, que han tenido que construir sus propios ranchos sin agua. De eso se conoce mucho. Lo que pasó en Moravia, lo que pasó en la Nueva Jerusalén y lo que ha pasado en muchos otros lugares del Valle de Aburrá.

Somos de asentamiento, donde la gente por sus propios medios ha buscado la forma de resistir, de sobrevivir. Y para hacerle entender al otro y a la otra esos sufrimientos, hay que contarlos, porque si no, no los van a conocer. Mucha gente no conoce lo que está pasando.

Alegría

La alegría para mí es un momento emotivo, por alguna razón de triunfo, de salir adelante, un logro, una meta.

Sanación

Es sentirse uno bien, en lo emocional, económico, de todo, de todas formas. Sentirse bien.

Medellín

Medellín es una ciudad llena de contrastes.





María Isabel Janjosoy

Un saludo en lengua inga. Soy María Isabel Janjosoy, perteneciente a la comunidad inga, lideresa, emprendedora. Soy educadora, estoy estudiando en la UPB, aquí en la ciudad de Medellín. Tengo 40 años.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

En mi vida, se me viene mucho a la memoria mi abuela, que es Asunción Chazoetizoy, una mujer inga, indígena del territorio de Putumayo que llegó aquí a la ciudad de Medellín y que, a pesar de que llegó aquí a esta ciudad, nunca olvidó quién era. Entonces eso ha sido muy importante en mi historia de vida, desde niña, como adolescente, como mujer indígena, porque yo recuerdo que ella, a pesar de que estaba aquí, siempre hacía todos los rituales, la armonización. Aquí, con mi abuelo, ellos trabajaban la medicina tradicional, digo trabajaban porque ellos ahorita no están en este espacio físico, sino espiritual, porque ya trascendieron en su vida.

Desde ahí, mi abuela le enseña a mi madre María Esperanza Jansasoy Chazoy también. Ella estuvo aquí en Medellín, convivió con seis hijos y a todo le inculcaba el amor a la comunidad, el respeto y todos los temas de organización. Que ella nos dijera que fuéramos al Cabildo era como cuando se le dice en las familias católicas vamos los domingos a misa. En ese momento estaba el Cabildo Chicarigüá, entonces también decían que había que ir a la reunión, así que desde eso mi mamá me decía que fuera. Me entraba a los grupos de danza, a los grupos y talleres de lengua materna y así. En todos esos momentos, mi papá también estuvo en cargos de autoridades tradicionales, como alguacil, entonces, eran muy participativos en las actividades, mi mamá y mi abuela eran de las que las llamaban para hacer talleres, nos apoyaban en lo de alimentación porque eran muy buena haciendo comidas para cuantas personas hubiera.

En todo eso estaba yo desde que recuerdo, desde pequeña y adolescente siempre estuve como conectada con las comunidades. A pesar de que estuviéramos aquí en la ciudad, siempre estuvimos conectadas con las comunidades, con las costumbres. Eso lo valoro mucho hoy en día, desde mi personalidad como mujer inga, porque creo que ese liderazgo ha sido por el acompañamiento de mi abuela desde allá.

También recuerdo mucho que, en mi casa, donde mi abuelita —como el inga se mueve mucho aquí en todo el territorio colombiano—, una familia llegaba de Pasto y eran donde mi abuela, entonces, llegaban los de Cali donde mi abuela, llegaban tales paisanos y llegaban donde la abuelita. Entonces, ahí los atendían, compartían, tomaban chicha y yo recuerdo, pues, que también eran de la comunidad. Eso también me ha permitido reconocer ese servicio, ahora veo que la abuelita era con un servicio desde que los recibía, cuando los atendía; eso lo puedo compartir.

Desde mi mamá también encuentro un ejemplo de eso, ahora yo le digo a mi mamá que ella es la que me ha enseñado a mí todo sobre el servir, ayudar, colaborar, sobre estar presente en la comunidad o en las problemáticas. Yo siempre vi eso en mi abuela y lo vi en mi mamá. Además, desde la parte cultural, la enseñanza del territorio con mi abuela Trinidad. Yo hoy en día me pongo el traje típico aquí en Medellín en honor a ella, porque yo a la abuelita todos los días la veía con el traje típico. Y también, ya ves, tomando remedio, medicina. Los abuelos

me han mostrado también eso, me han enseñado que como inga, como mujer indígena, tenemos que estar también con las medicinas ancestrales.

En ese proceso, en ese caminar, por ejemplo, el Cabildo Inga se independizó, ya no estábamos en el Chicarigüá con unos 32 pueblos indígenas que habitan aquí en la ciudad, sino que nuestros líderes, taitas y mamas, autoridades tradicionales, dijeron que no más. Eso pasó porque se veía que no se estaba fortaleciendo mucho la cultura, como éramos tan diversos, ellos tomaron la decisión de ser el Cabildo Inga, actualmente se llama Cabildo Inga en Medellín. Entonces, acompañando esos procesos, yo empecé primer a ser la secretaria, después alguacil, también fui directora de mujeres y yo creo que es por esas experiencias que soy quien soy.

También estaba acompañando el grupo de jóvenes como profesora de danza. Después de todo eso, seguía siendo muy apasionada por preservar la cultura y mirando, también, a mi mamá o a mi abuela. Yo digo que sí, estamos aquí en la ciudad de Medellín, pero también hay que fortalecer todo lo tradicional. Luego, pasé a ser mujer desde los cargos de mi comunidad inga, a ser mama alcalde mayor, que es un cargo alto, pero usted tiene que haber cumplido otros cargos. Entonces, era la mama alcalde mayor del Cabildo Inga, ahí uno atiende el tema de justicia propia, y es difícil porque es atender todas las problemáticas que hay en la comunidad.

Después de eso sigue el cargo de mama gobernadora, pero fue un proceso. Es algo bien bonito porque es como que usted se va ganando la confianza y, como eso es por elección, la comunidad dice si apoya. Para poder ser mama gobernadora tuve que haber pasado por todos esos cargos, afortunadamente, uno iba caminando y me fue bien. Terminé mi periodo satisfactoriamente.

Bueno, en ese mismo año que fui gobernadora, también fui consejera de las mujeres indígenas. Ahí también fue algo bien bonito y diferente, yo antes solamente pensaba en las mujeres indígenas ingas de mi comunidad, entonces, el fortalecimiento era interno en el cabildo o con las mujeres. También hacíamos propuestas, una vez hicimos una reunión a nivel nacional, pero virtual, en pandemia, hablando de nosotras como mujeres, pero solo de mujeres ingas.

En el 2019 se realizó una postulación aquí en Medellín para el puesto de consejera o representante en el Comité de Interlocución de la Política Pública de Mujeres Urbanas y Rurales en Medellín. Entonces, se hizo esa postulación y fuimos electas por los gobernadores que en ese momento estaban, desde ahí quedé yo y otra compañera también del pueblo inga. Ahí empecé a escuchar a las mujeres, empecé otro trabajo porque ya miraba y reconocía a las mujeres líderes de otros cabildos, de otros pueblos. Empezamos a escucharnos y a darnos cuenta de que teníamos las mismas problemáticas y necesidades. También a hablar mucho del Cabildo Inga y el cómo nosotras como mujeres podemos llegar a esos cargos y ser autoridades tradicionales, gobernadoras. Por ejemplo, cuando yo estaba de gobernadora era la única y los otros ocho eran puros gobernadores hombres, entonces también viví todo eso. Es que como mujeres también podemos

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

governar, podemos ayudar a la comunidad, podemos atender las problemáticas, podemos hacer muchas cosas y ahí fue donde empecé a conocer el trabajo de las mujeres pastos, las mujeres emberas. Uno mira, pues, que el trabajo que están haciendo es muy bonito, a partir de allí comenzamos una juntanza de mujeres, yo las escuchaba, hasta que realizamos el Movimiento de Mujeres Indígenas que hay aquí en Medellín, me parece algo también valioso.

Reconocerme a mí como lideresa queda como que difícil, porque a veces uno no se hace ese reconocimiento. Uno hace, hace, hace, trabaja, trabaja, pero, a veces, uno como lideresa recae porque es duro, se presentan situaciones duras y difíciles dentro de la comunidad, con las instituciones. Uno siempre quiere dar más, pero a veces no, a veces no se puede. Así que yo creo que uno empieza a reconocer eso cuando pasan esas circunstancias, esas adversidades, porque uno mira atrás todo lo que ha hecho o los acompañamientos que he realizado. También, por ejemplo, cuando uno sabe estar entre líderes y le dicen a uno, entonces yo digo que también se empieza como desde el otro, para ya desde uno también reconocerse.

Una de esas grandes dificultades, por ejemplo, es que yo pasé por un momento complejo. Yo aquí en Medellín hice, digamos, todo ese proceso de acompañar a la comunidad, de estar como gobernadora, mama alcalde, etc. Entonces, estamos en el 2024, ya terminando mi periodo de gobierno. En el 2023 ya habíamos quedado por mi trabajo como lideresa, pues, nosotros desde el pueblo inga hacemos reuniones a nivel nacional, desde ahí a mí me habían dado un espacio para estar acompañando como consejera en el tema de educación. Pero pasa que, en el 2023, se cambia el periodo de Gobierno y sucede que cuando llega el periodo de Gobierno hay unos que pueden seguir con sus propuestas o puede que no porque también es como el pensar de cada persona.

Entonces, esa fecha a mí sí me dio algo duro, porque cuando teníamos que ir a ya a esa elección de consejeros —desde mi comunidad y desde el gobierno que estaba— ellos tomaron la decisión de que yo ya no iba a ir al viaje, que no iba a poder estar postulada. Así que yo desde la resiliencia y desde mi corazón pienso que yo ya hice acá en Medellín, entonces quiero ir a otros espacios, quiero acompañar, porque ya he visto también esa experiencia. Con la confianza de los otros gobernadores, de los taitas, de las mamitas, pues, ya ellos me habían dicho, ya me habían llevado a la organización, por ese campo de gobierno. Desde la resiliencia, —respetando que hay nuevas autoridades y que ellos son los que están ahí— entonces a mí sí me dio muy duro, pero cuando me convocaron a la reunión con los diferentes taitas, me dijeron «ah, Isabel, es que usted no va a viajar a Piamonte por eso, porque desde el Cabildo ya hay otra delegación», y yo «ah, bueno».

En ese momento, en ese espacio, yo no me puse a discutir con ellos, yo les dije «Bueno, entonces a los taitas yo les agradezco —en mi idioma como para decir gracias, uno dice “Pai, mamita; pai, señor”—, les agradezco por la confianza, me pueden seguir llamando, en lo que pueda los acompañó». Pero no voy a poder viajar y no voy a poder estar ahí, entonces si no puedo estar ahí, no puedo ser la

consejera, porque ya desde el Cabildo tomaron otras decisiones. Eso me dio muy duro porque como uno hace todo desde la voluntad, desde el amor, y yo ahí conocí grandes líderes, ahí en ese espacio, entonces yo pensaba que desde ahí podía hacer otras cosas. Ya acá en Medellín hay otras personas, otras personas de la comunidad que pueden hacer, entonces, ahí también empecé a tener dificultades. Yo digo que a veces los procesos hay que respetarlos, hay que apoyarlos, porque las cosas son con mucho esfuerzo.

Desde eso me salí de la reunión, pero seguí acompañando los procesos. Pero sí, es algo que yo digo que fue algo fuerte y ya, desde el Cabildo, también me sentía bajita de ánimos y con desmotivación para acompañar. Afortunadamente, la vida lo pone donde usted tiene que estar y, a veces, es reconocer el trabajo porque, al final, me llamaron este año 2024, en febrero, para que acompañara de nuevo las 12 ciudades a nivel de Colombia. Eso es algo que yo quería, o sea, todo fluye por algo, siempre pienso así desde la parte espiritual; si no fue en ese momento —y así yo hubiera estado triste— de pronto era porque no era ese espacio para mí.

En cuanto a mi vida personal, bueno, yo digo que, así como soy ahorita afuera, soy en mi casa. Soy una mujer muy tranquila, siempre pensando que la vida fluya, si van a salir las cosas, salen, y si no, pues tampoco me pongo a llorar, a preocuparme. No, también es de aceptar, soy una mujer que va aceptando todo. Muy feliz y contenta, también. Considero que —gracias a esos valores, a esas enseñanzas que me han dejado mis abuelos, mi mamá, mi abuelo Miguel— me siento muy contenta y feliz. Eso se lo he inculcado a mis hijos, yo tengo tres hijos: Andrés, José Sebastián, y Santiago.

Hoy me siento, digamos, bendecida porque todo eso que me inculcaron a mí, lo reflejo también en ellos. Andrés, el hijo mayor, él nació aquí y ahora tiene 23 años, cuando cumplió 18 años se fue a vivir al territorio porque no le gustó la ciudad, entonces me parece algo bonito. Él allá en el territorio es huasicama, él es coordinador de los huasicamas. Huasicamas hace referencia como a los que están cuidando, salvaguardando allá en el territorio, así que él tiene 23 años y es líder allá; él acompaña el cabildo.

Yo digo que el cabildo es muy importante, la familia es muy importante porque, de acuerdo con eso, veo en ellos cómo yo les sembré ese amor. Aunque me duele, porque yo pensé que él iba a ir a la Universidad de Antioquia o a la Universidad Nacional, como de costumbre. Entonces, cuando él me llamó una mañana —nosotros desde el pueblo inga tenemos la costumbre de madrugar cuando se va a decir algo importante, o si lo van a regañar también, entonces, uno madruga, se sienta y conversa— a decirme: «ah, mamá, lo que pasa es que yo no quiero estar aquí en Medellín, yo me quiero ir donde mi abuelita, me quiero ir al Putumayo, yo tomé esta decisión porque yo quiero ser médico tradicional». Entonces, eso fue, para mí, mejor dicho, yo sentía esa alegría y lloraba. Uno se pone a pensar, como mujer inga, que todo eso que se sembró porque aquí en la ciudad es difícil; por la discriminación o el hecho de que ellos se puedan ir por otros caminos...

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Yo lo que le dije fue: «Vea Andresito, a mí me alegra mucho lo que usted me está diciendo, pero primero yo le voy a decir algo y también voy a ser bien sincera. Usted quiere ser médico tradicional, pero ahí no es como que usted va a la universidad, hace cinco años y dos de rural, no, porque allá los abuelos le dicen a usted que cuando ya lleva treinta, cincuenta años estudiando, apenas está iniciando su carrera, imagínese. También, usted al estar tomando remedio, allá los abuelitos le van a ver el corazón, cómo es usted, sin que les diga nada, y si usted sí sirve para ser un médico tradicional».

Después ya se me quitó la tristeza porque, a veces, da eso. Pero yo lo apoyé, le dije que también nosotros necesitábamos un médico tradicional para que nos ayudara a sanar y, bueno, él ya lleva cinco años. También es como ese referente porque, algunas veces, nos dicen que como nacimos aquí, como ya no estamos en el territorio, entonces ya perdimos la identidad, ya perdimos la cultura o la lengua. Mejor dicho, que ya perdimos todo.

Así que es como si uno no perteneciera ni allá, ni acá. Lo cuestionan mucho a uno. Yo siempre digo que soy del Putumayo, pero como yo nací aquí en Medellín me dicen que entonces no soy del Putumayo y que no inga, sino paisa. Yo les contesto que no porque eso también tiene un encuentro, desde la identidad de uno y del cómo uno se sienta. Yo me siento mujer inga del Putumayo. Así que, mire, yo lo referencio mucho y es muy bonito porque yo le inculqué tanto y él es muy consciente. Por ejemplo, como se están perdiendo los nombres, él se fue a hablar con los abuelos, con los mayores, y el niño ya tiene un nombre: se llama Yaya Causaia. Le pusieron un nombre en la lengua, eso también permite toda esa memoria y todo lo que es. Desde la comunidad ya se está reflexionando, están trabajando todo el tema de la memoria de nosotros, de nuestra cultura.

Sebastián, él está estudiando, aquí en Medellín en el ITM, pero el trabajo está muy enfocado en la comunidad desde el servicio. Él está estudiando entrenamiento deportivo, pero también le gusta mucho ir al territorio. Y a Santiago también le hemos inculcado mucho nuestra cultura, también porque, a veces, uno sufre aquí todos esos temas de racismo, que le digan a uno indio para hacerlo sentir como avergonzado. Entonces, yo pensé mucho en eso cuando Santiago nació, así que siempre le he inculcado todo ese amor por nosotros, la riqueza de nuestra cultura. Nunca lo he dejado de llevar al territorio, él ya tiene 10 años, tiene un pelo largo, eso también ha generado lo de la discriminación, pero él me dice que quiere tener el cabello siempre largo.

Con respecto a la lengua, los tres la entienden, pero así fluido no la hablan. Por estar en la ciudad es duro, difícil, pero bueno, ahí lo vamos trabajando. A veces es muy fuerte que le estén diciendo indio a Santiago, o que es niña. Más, cuando le ponía el traje típico del hombre inga que es como una falda hasta la mitad de la rodilla, entonces, también lo molestan: «ay, no, es que usted, eso parece una bata, una falda, usted cómo se pone, pero eso».

Todo eso uno se lo va explicando y como él va creciendo, desde mi ser como mujer inga, dentro de mi casa, les he tratado de inculcar todo eso que me enseñaron a

mí. Me parece que nosotros, desde los diferentes pueblos, tenemos que reconocer una riqueza que no podemos obviar. Contarles a ellos, porque desde el territorio a mí todo me sorprende; me sorprenden los abuelos, las medicinas, cómo curan, cómo sanan. Yo era muy inquieta también, por ejemplo, llevaban muchos niños a curar el mal de ojo a mi casa y yo me preguntaba «¿cómo curan?». Yo le preguntaba a mi mamá «¿ustedes cómo hacen para curar?» porque ellos decían que el niño ya estaba y ya se lo llevaban, nunca más volvían. Y como ellos esos saberes tampoco los están diciendo, no le pueden decir «usted va a hacer eso», «usted va a hacer», sino que usted con el tiempo va tomando medicina.

Yo recuerdo que una vez me dejaron ahí como en el puesto y llegó un niño —yo ya estaba pues grande—, Matías, me acuerdo. Él estaba muy enfermo y mi mamá estaba viajando con mi papá, yo no veía a nadie de la comunidad cuando llegaron los señores. Entonces, ellos me decían

—Ay, mire, lo que pasa es que el niño está muy mal, tiene mal de ojo, por favor.

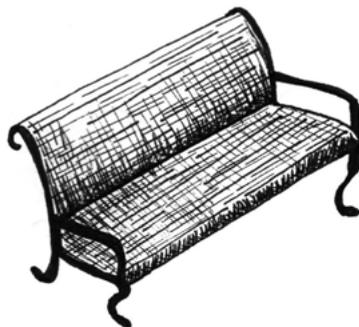
—No, pero es que no están mis papás ahorita, no veo a ningún mayor que lo pueda curar.

—No, pero usted debe saber o le debieron de haber enseñado.

Yo como que empecé a dudar porque yo nunca había curado un niño. Después, recordé que mi papá decía que son las plantas las que tienen el poder de sanar, de curar. En ese momento me empecé a llegar esa memoria de los abuelos y también la angustia de los papás. Yo los miraba a ellos con esa angustia tan grande y yo tenía dos opciones: lo curaba o lo dejaba ir así.

Desde la parte espiritual le pedí a los abuelos para que me ayudaran a sanar a Matías, lo recuerdo mucho porque fue el primer niño que yo pude curar de mal de ojo. Como ahí están las medicinas: el chondure, el coquino; que son plantitas que las traemos desde el territorio. Aquí uno no las consigue, solamente allá. Al final, me volví bien amiga de ellos eso, mejor dicho, ya Matías tiene como 12 o 13 años. Así fue como me di cuenta de que es un descubrir propio, uno no lo puede preguntar, sino que uno ya ha crecido con todo eso.

Así ha sido desde la casa, desde mi cultura, por eso yo estoy agradecida con cada momento, con cada experiencia porque todo es un aprendizaje.



Glosario

Memoria

Para mí la memoria es como seguir manteniendo viva como esa memoria que está también conectada con la sabiduría.

Perdón

El perdón es estar como en reconciliación si se han presentado dificultades, problemas con alguien, nosotros también podemos hablar de ese pagamiento. Es el perdón a la Madre Tierra, a la Naturaleza.

Paz

Aquí, de los mensajes que me llegan desde los abuelos, primero digo que la paz es una paz con uno mismo y desde esa paz también se va fluyendo a otras personas. Primero como en la familia, después en la comunidad, en la sociedad, entonces, es un tema de energía y de que estemos bien.

Reparación

Es como un daño que ya se realizó que, a veces, como seres humanos si sufrimos daños, si sufrimos pérdidas, encontramos en la reparación ese cómo seguir, continuar, desde la resiliencia. De aceptar cambiar y seguir adelante.

Alegría

Ay, pues se me hizo eso cuando Andresito me envió una foto de Yaya Causaia, entonces le digo, esa cara de él con esa alegría, esa felicidad con la que vino aquí a este mundo. Los abuelitos del cielo lo mandaron, mejor dicho, ay, bien contento. La alegría sí es como esa emoción que uno siente por algo.

Sanación

La sanación es que, como seres humanos, a veces, en el transcurso de nuestras vidas tenemos varios asuntos que nos han herido; dificultades físicas, emocionales o mentales, entonces la sanación es ese espacio también que yo me puedo dar para sentarme yo misma también a reflexionar y a sanar. Desde las enseñanzas de los abuelos podemos sanar nosotros decimos sanamos cantando, sanamos danzando, sanamos yendo a ver y a conectarnos con la naturaleza porque a veces queremos sanar pero hay que ir a otras búsquedas y otras formas de sanar, también nosotros como pueblo inga, algo de cómo nos sanamos de tantas cosas es tomando medicina, yagé, tomando remedio, cómo más podemos sanar, también sanamos conversando, conversando y el pueblo inga hace una celebración cada año en el territorio, entonces se llama el Atumpunche (Día grande), entonces ese día grande uno también hace una especie de sanación y de perdón.

Cuando es el Atumpunche, digamos usted tuvo discusiones conmigo pasó

algo, entonces no nos hablamos, pero llega ese día y en medio de la danza, en medio de la música, de los instrumentos musicales... A la flor de Hortensia nosotros le decimos el tucto, esa flor es muy importante para el pueblo inga y esa flor representa reconciliación, perdón y sanación, entonces cuando usted está danzando en el baile y llegó entonces uno a usted no le dice nada, yo no le voy a decir Daniela, me disculpo, me perdona, ese día no me gustó, pasó eso, no, entonces es algo bien simbólico y bonito porque como uno tiene las flores de hortencia en el bolsito, en la mano y saca un puñadito, entonces se lo pongo a Daniela acá en la punta de la cabeza y ya con eso yo no le tengo que decir nada, usted no me tiene que decir nada sino que ya usted sabe que si hubo algún error, entonces ahí ya se sana eso, perdonó, sanó, pero eso es algo bien bonito y más cuando se lo pone también un abuelito también porque le está deseando a su vida, su existencia, bendiciones, que le vaya muy bien y después como de digamos de esa discusión y ya desde los abuelos ya uno danza, canta, pues ya pone como es una fiesta también es en honor al agradecimiento a la madre tierra por las cosechas y es que es el comienzo, yo a veces lo pongo así como que cuando aquí es diciembre entonces se compran ropa, los mejores, bueno el mejor vestido, hay comida, hay lechona, hay marranada, para nosotros es algo así pero es antes del miércoles de ceniza, como eso fue impuesto porque antes, es duro, porque a veces dicen los abuelos que ellos negociaron cuando llegó, porque como antes decían que todo lo que hacíamos era pagano, entonces los abuelos negociaron para que la festividad no la quitaran sino que fuera antes del miércoles de ceniza, entonces lo que pasa es que es antes del miércoles de ceniza y ya el miércoles se van a poner la ceniza, ya después de la fiesta, entonces es algo muy, sí, que uno se pone a pensar y uno dice ah, bueno, si así quedaron, y eso ya no se puede cambiar por más que... porque eso ya tiene una historia y eso ya es muy duro entonces pero sí, queda invitada.

Medellín

Bueno, Medellín para mí significa una ciudad que acogió a mis abuelos, a mi abuela. Hay algo bien bonito porque pues cuenta mi mamá, dice que cuando mi abuelo Miguel, él estuvo aquí en Bogotá, estuvo en Cali, estuvo en Panamá, estuvo en Venezuela, o sea, él por la medicina tradicional, él recorrió varias partes de Colombia, pero entonces dice mi abuela, me dice es que acá en Medellín él fue acogido y que pues lo recibieron bien y que también le decían traiga medicina, traiga medicina, traiga, y entonces él como que en eso entonces Medellín para mí es también como esa acogida, esa acogida que desde los abuelos a mí me parece algo bien bonito porque yo digo, ay bueno, pero al abuelo por qué se quedó en el territorio, entonces yo a veces me hago la pregunta y yo digo, ¿será que aquí lo atendieron muy bien, o acá consiguió amigos, o cómo fue? Pero la abuelita dice que era porque le pedían medicina y que lo acogieron bien, entonces Medellín representa también como ese lugar, también muy especial, que es un territorio que también como ingas hemos sido acogidos.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria



Marta Elena Ardila

Mi nombre es Marta Elena Ardila, representante legal de la Junta de Acción Comunal del Barrio Jardín, Número 2, como es popularmente conocido. Mi infancia estuvo entre idas y venidas. Nos tocó desplazarnos de un lugar a otro desde que tengo uso de memoria y razón. Vivíamos en el sureste antioqueño, en Ciudad Bolívar, Antioquia, en una vereda llamada El Cabrero.

A los 7 años entré a la escuela Gabriela Mistral, en El Cabrero y, de allí, nos fuimos también. Apenas hice un año de primaria cuando nos trasladamos a El Carmen de Atrato, Chocó; donde tampoco estuvimos mucho tiempo. Luego, nos mudamos a otra vereda llamada La Arboleda. Después de allí, nos fuimos a vivir a otra vereda llamada El Porvenir. Esa vereda fue, para mi recuerdo, la etapa más chévere, como se dice.

Tengo recuerdos muy buenos, aunque también algunos muy desagradables, pero nos enfocaremos en los buenos momentos, como, por ejemplo, que teníamos plena libertad de ir y venir sin la zozobra de que nos acechara gente de malos sentimientos o personas que estuvieran entorpeciendo los procesos comunitarios o el sano convivir en las zonas de la vereda. Recuerdo que corríamos, nos bañábamos en los ríos y charcos, cogíamos guayabas y plátanos, íbamos a cocinar miel en la máquina de la caña y así, como todo eso. Hasta que un día tomamos plena conciencia y uso de razón, entonces, la vida dio un giro inesperado, llevándonos a otros lugares por otros senderos. Hoy, esos senderos hacen parte de diversos procesos comunitarios.

Nosotros llegamos acá a Medellín en el 2003, el 11 de septiembre, al barrio Carpinelo Número 2 de la Comuna 1. Esto pasó a raíz de un desplazamiento, puesto que el 20 de julio de 2002, en la vereda Habita, los enfrentamientos entre paramilitares y un grupo reducto de la guerrilla, que se hacía llamar el «Ejército Popular», atacaron sin piedad una vivienda en donde había tres niños menores de edad: los masacraron cruelmente. Debido a esta situación, para salvaguardar nuestras vidas, decidimos migrar a Medellín; fue un desplazamiento, aunque en un principio parecía voluntario.

Después de que llegamos en el 2003, comenzamos toda una odisea porque era un territorio que no conocíamos, ni el compañero ni yo, aunque la familia de él ya estaba viviendo acá. Ellos también fueron desplazados de la vereda El Porvenir; salieron de allí a mediados o finales de los años 90. En 1996 tuvieron que salir desplazados de la vereda y perdieron todo lo que tenían: cultivos de caña, plátano, maíz, marranos, gallinas... todo. Tuvieron que salir prácticamente con lo que llevaban puesto y con 7 u 8 menores de edad, de allí se fueron a vivir a Amagá. En 1999, les tocó desplazarse nuevamente por el Bloque Cacique de las Autodefensas, perdiendo nuevamente lo poco que tenían. De allí llegaron al barrio Carpinelo número 2, cuando ya se estaba apaciguando la violencia y la guerra tan cruel que hubo en ese sector. Allí, les tocó demostrar de qué estaban hechos, ser resilientes a la guerra y dejar de huir. Y seguimos aquí, seguimos luchando. Cuando llegué en 2003, comenzamos a buscar opciones y a crear una Junta de Acción Comunal porque no había en ese territorio, aunque veníamos con un arraigo desde la Unión Patriótica. Mi padrastró, quien me crio desde los diez años hasta que murió hace tres años a los 85, tenía una gran trayectoria en el liderazgo comunitario, aunque por temor a poner en riesgo nuestra seguridad, se alejó de esos procesos. Sin embargo, él fue un líder resiliente de la Unión Patriótica, presidente de la Junta de Acción Comunal de El Carmen de Atrato, Chocó, y pasó

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

por varios cargos dentro de la Junta, llegando a ser concejal en su pueblo en una época en la que no exigían tantas credenciales académicas, lo que le permitió tener mucho conocimiento y abrir muchas puertas.

Viviendo en el territorio, mi liderazgo comenzó en 2012 porque, infortunadamente, llegué a la ciudad con una pareja. El 23 de abril de 2009, en el Jardín Botánico, mientras se estaba haciendo una remodelación, mi pareja perdió la vida en un accidente laboral allí. Quedé sola a cargo de mis cuatro hijas, la mayor iba a cumplir 13 años. Así que, viendo la necesidad del territorio, me di cuenta de que hacía falta agua potable, la cual es fundamental para mejorar la calidad de vida. Desde entonces, hemos estado en un proceso de reclamación y exigencia estatal por esa necesidad.

El 21 de marzo de 2012 se creó la Junta de Acción Comunal de Carpinelo y se le otorgó personería jurídica. Yo pasé a formar parte de la Junta Directiva, primero como socia y, luego, ocupando diversos cargos como conciliadora, tesorera y representante legal.

Yo creo que uno no se considera líder, siento que me falta mucha trayectoria y conocimiento por adquirir, y mucho más por sentir del territorio. Para mí, ser líder no es recibir el reconocimiento de una institución. Un líder es reconocido por sus logros, a partir de los cuales la comunidad le ve como tal; por el trabajo y la dedicación que se pone en la comunidad. Yo me considero una persona igual que los demás; antes que líder, soy un ser humano con emociones, necesidades, falencias.

De hecho, con relación a lo personal, uno cree que tiene un equilibrio, pero resulta que no es así. Uno se da cuenta de que está cargado de estrés y llega a pensar en tirar la toalla porque siente que ya no da más. Pero en mi concepto de trabajo, lo que se hace a nivel comunitario —aunque los logros sean pequeños— es una gran satisfacción. Eso es lo que me da el impulso para continuar luchando, a pesar de que hay entidades que no quieren que se vea lo que pasa en el territorio porque no ven el objetivo y sin importar el que a muchos grupos solo les interesa la explotación de los recursos. Eso me da rabia, sí, porque lo que más interesa es que el pueblo tenga miedo y no piense más allá de sus necesidades básicas. Hoy por hoy, estoy en este cargo, no porque lo haya querido, solo era necesario para que la organización comunitaria no quedara en manos equivocadas, en manos de personas que no piensan en lo colectivo, sino en los intereses de unos pocos.

También, para mí, como mujer y como persona, fue un reconocimiento muy grande darme cuenta de que mi vida no dependía de la pareja sentimental. En un tiempo pensé que mi vida dependía de esa persona y aguanté maltrato psicológico, moral e, incluso, maltrato físico. Pero hubo un momento en que, a pesar de que estaba enamorada, comencé a liberarme de esa mentalidad. Me hicieron creer que no podría sobrevivir sola, que nadie me miraría, pero descubrí que para vivir como mujer no necesitaba estar siempre con una pareja. Al contrario, tener una relación que no te suma; te resta. Descubrí que lo más importante es el amor propio y valorarme como persona. Después de muchos golpes, llevo 15 años felices de

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

estar viuda. Uno no necesita dinero ni cosas materiales para alejarse de una persona que le hace daño. Lo que se necesita es valentía y decisión. Los primeros días son difíciles, pero me di cuenta de que no me moría sin él.

Ahora, el reto más grande y esperanzador para mí es conseguir agua potable para el barrio, una legalización y titulación del territorio. Anhele estas tres cosas: agua potable, saneamiento básico y que el barrio sea reconocido como tal, que el Estado llegue allí a hacer una reparación colectiva, no con dinero, sino con delegación de tierras. Muchos de los habitantes en estas veredas fueron desplazados por el conflicto y mi reto más grande es que sé que esto no se logra de la noche a la mañana, pero, tarde o temprano, se logrará. Y si no me toca a mí, le tocará a los hijos de mis hijos y ellos agradecerán el trabajo de todas estas personas. No soy solo yo; en el territorio hay otros líderes con la misma visión.



CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Otra cosa que he aprendido de este proceso es que he tenido el apoyo de mis hijos. Cuando los he necesitado, ellos han estado ahí. No puedo decir que he tenido una mala convivencia con ellos por mi trabajo. Crecieron bien a pesar de mi trabajo en el liderazgo comunitario. El estar en este tipo de procesos no me ha alejado de mi familia y ya no tengo menores de edad, lo que muchas veces limita a las mujeres a involucrarse de lleno en los procesos. Ahora que mis hijos son adultos, cada uno es responsable de sus decisiones, buenas o malas. Ya yo cumplí mi rol como madre.

Considero que he sido una mujer de resistir e insistir. Soy resiliente porque, a pesar de las muchas crisis que he atravesado, sigo de pie, siempre con la esperanza y el entusiasmo de que las cosas mejoren. Las experiencias, buenas o malas, son aprendizajes que suman a la vida.

Creo que la decepción viene del ausentismo estatal. Es triste que el Estado solo se acuerde de los territorios cuando les conviene, como en las épocas de elecciones, cuando salen a cazar votos. Eso me decepciona profundamente porque conocen las necesidades de las comunidades, pero solo actúan cuando les beneficia. Sin embargo, esa misma decepción también es lo que me impulsa a seguir luchando, porque sé que, si no luchamos nosotros, nadie lo hará.

Glosario

Memoria

Para mí significa tener presente lo vivido. Decir «memoria, paz y olvido» es falso porque no se puede olvidar lo que aún está latente y es una necesidad para el pueblo. Si olvidamos, todo muere.

Perdón

Es dejar de sufrir por algo que me lastimaba. No significa olvidar, sino dejar de cargar con el dolor.

Paz

Es un concepto complicado. Para hablar de paz, primero se debe tener en cuenta un contexto mucho más amplio: mirar las necesidades y dolores de cada individuo. La paz no puede existir mientras haya injusticia social.

Reparación

Significa que se reconozcan los derechos de las personas y que se repare el daño que se les ha hecho. No con dinero, sino con actos que les devuelvan lo que les fue arrebatado.

Alegría

La alegría es estar en paz con uno mismo y con los demás. No significa tener dinero o cosas materiales, sino bienestar, apoyo y solidaridad.

Sanación

Depende de la enfermedad, pero en nuestra sociedad la sanación a menudo se convierte en un negocio, en lugar de un verdadero proceso de curación.

Medellín

Para mí, Medellín se ha convertido en un negocio redondo, donde la inversión extranjera y el dinero importan más que las personas.



Marta Emilia Zapata

Mi nombre es Marta Emilia Zapata. Soy demasiado Antioquia. He sido líder comunitaria desde el 1887. Y ahí inicia una parte de mi historia, porque mi historia anterior fue que fui desplazada por la violencia de los años 50, entonces, mis padres se vinieron para acá. Aquí pasé toda mi niñez, estudié —hice la primaria—. Me casé muy joven, antes de cumplir los 14 años.

Tuve a mi primera hija a los 14 años y dos meses. Así que hice una vida de hogar: seis hijos; cinco hombres y una mujer. Viví una vida normal de ama de casa con todos los gajes de la ciudad y de la situación de violencia de los años 80 con mis hijos adolescentes.

Ahí no sabía si mandarlos a estudiar o dejarlos en la casa. Eso fue una de las situaciones más difíciles, pues ha habido unas muy difíciles, pero esa época, para mí, fue una situación muy difícil que nos tocó vivir. A todos, toda la población de la ciudad de Medellín. Sobre todo, con los adolescentes porque aparece el narcotráfico, la violencia, el sicariato. A uno le tocaba vivir en esa situación y en barrios... bueno, aunque yo diría que fue en todos los barrios, eso traspasó a la sociedad.

Después, fue como pasando el tiempo. Como en los 90, o algo así, inicia otra etapa de mi vida. Ya los hijos habían estado estudiando y yo empecé a participar en una Acción Comunal cercana a la casa, nos invitaron de la Corporación Vamos Mujer, a un evento que iban a hacer allá; un proyecto que se llamaba «Centro Escuela de Mujeres para Mujeres». Me mandaron de la Acción Comunal e inicié, entonces, ese proceso en la vida comunitaria. En términos de edad, tendría 40 años, algo así. No me acuerdo. Yo quedé como, digamos, encantada: «¿Qué es eso?», «¿cómo lo van a hacer?». Dijeron que cuando ya estuviera el proyecto — porque apenas lo estaban sacando— nos iban a tener en cuenta. Y así fue.

Continué con una invitación a hacer una capacitación del Centro Escuela. Fueron varios periodos, el primero de dos años, luego, terminamos ese e hicimos otros; fueron como tres etapas. Ahí empezó una preparación y una pregunta por el ser mujer: «¿quiénes son ustedes?» «¿qué hacen?» «¿qué significa para ustedes ser ama de casa?». Con preguntas así, orientadas a lo que nosotras pensábamos. Así, empezamos a conocer varias frases que fueron inquietantes para mí. Entre ellas, aparece: «todo lo que hacemos es político» o que «lo personal es político». Todo eso era como que se abría una puerta.

Veníamos todas de ser amas de casa, algunas tenían unas cooperativas, pero casi todas éramos solo amas de casa. Entonces, ahí se inició un proceso de participación y de independencia. Nos fuimos quedando allí, estuvimos y recibimos mucha capacitación en cuanto a lo personal, a la vida familiar, a lo que significaba estar en Colombia. Se tocaban algunos temas de política, pero no de políticos, sino de qué significaba eso o qué pensábamos nosotros.

Estando ahí, me ofrecen hacer un reemplazo ahí en la Corporación Vamos Mujer como secretaria. Era solo contestar el teléfono y anotar algunas cositas. Para mí, estar en el Centro Escuela era un mundo muy extraño; era como si me hubiera ganado la lotería. Empieza también —yo creo que de antes ya había empezado— cierta rebeldía. Creo que pasó algo: los hijos crecen.

No merma la violencia, pero uno siente que ya no se perdieron, porque el temor en esa época es que uno veía en el barrio a los jóvenes, compañeros de los hijos, que eran casi todos hombres, entonces, uno veía que estudiaban, estaban ya muy adelantados —por ahí en cuarto, quinto— y ya después se perdían. Yo tenía la

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

idea de que aquel que pasaba de tercero bachillerato ya era muy difícil que dejara de estudiar, pero no, pasaban ciertas cosas y, de pronto, dejaban de estudiar. Se paraban en una esquina, era como una vitrina, varios muchachos, eran varios muchachos. También se veía ese trajinar de los de las motos, ahí cerca vivían, yo conocí a Quesito y a un grupito ahí: «los Priscos»; eran unos niños, mejor dicho, unos niños.

Estamos hablando de Campo Valdés. Lo que uno veía eran unos niños, con unas condiciones distintas a en las que uno vivía porque tenían a la mamá o al tío en Estados Unidos, tenían moto, ropa distinta; se diferenciaban por eso. Entonces, ellos subían y bajaban en esas motos. Si a mí me preguntan ahora: me parecía bonito verlos porque eran unos pelaos traviesos, ellos subían, bajaban, se gozaban la vida en ese momento. Pero, de pronto, aparece en las noticias Quesito y dicen que estaba involucrado en la muerte del ministro Rodrigo Lara, en todo caso, eso se destapa, mejor dicho, una olla hirviendo porque nadie sabía nada en absoluto. Por eso se descubre todo y el barrio da otro cambio. Ese barrio ya no era el barrio de los pelados que subían y bajaban, que eran alegres en su dinámica y sus cosas, sino que se vuelve como un hervidero. Aparece el sicariato, pues, o al menos ahí se hizo notar, puede que desde antes existiera, pero yo lo descubro ahí.

Sí, se vuelve muy evidente, digamos. Los barrios tienen una característica: de una cuadra a otro cambian totalmente, totalmente. Usted vive en Manrique y, de allá para acá, tiene una dinámica ese Manrique y de aquí para allá hay otra dinámica. Entonces, en la cuadra de abajo aparecen muchos muchachos que venían preparándose, que subían y bajaban en moto, en el contexto eran «los que mandaban». El barrio cambia, pero cambia, digamos, la parte principal donde se reunían, y en los alrededores estaban estos muchachos que te digo que se hacían ahí en la vitrina. Yo lo digo porque desde mi casa podía ver, ahí sentada: «Ah, que a fulano lo van a recoger». Me acuerdo mucho de un joven Jorge al que lo iban a «recoger», ese recoger significaba que le iban a dar como trabajo. Al ratico, ustedes lo veían en una moto de arriba para abajo, en su dinámica, al año usted los veía en un cajón. Era una vida muy corta, demasiado corta.

Nosotros consideramos cambiarnos de barrio, pero eso era todo igual, ¿para dónde nos íbamos a ir? Empezaron a escucharse muchas historias de que «mataron a fulano» o, incluso, uno veía que los mataban. A unos porque se iban por el vicio y a otros porque hacían, de pronto, algunas cosas que a los otros no les parecía o no hacían. Fue una vida muy dura, muy dura para los jóvenes. Apareció el carro y con ellos empieza una dinámica, como te digo, donde aparece el narcotráfico, no el sicariato, ese también estaba mezclado, pero yo no lo relacionaba. Uno sabía, sí, que trabajaban con Pablo, pero no se alcanzaba a dimensionar todo lo que había detrás, sino solo la dinámica del barrio.

La situación era muy dura, pero también se empieza, luego, a perseguir a esos muchachos. Ellos hicieron muchas cosas que uno escuchaba y se creían porque ya lo estábamos viviendo. «Ah, que están buscando a fulanito» y ese fulanito no aparecía, no aparecía y no aparecía, entonces mataban a mamá, por decir algo.

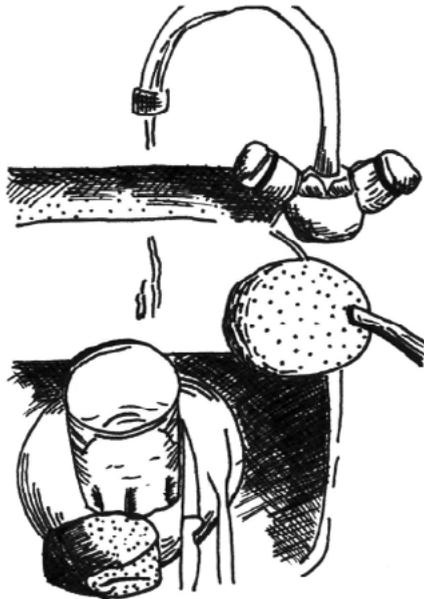
CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

«Ah, como no apareció, mataron a la mamá o a un hermano», cosas así. Después, aparece la autoridad —que viene a ser como la ley— a buscarlos. Pasaban carros y mataban a pelados que estaban en una acera. Ya era otra dinámica, eran los otros persiguiéndolos. Yo creo que, como mamá, uno se cansa de la historia, de una historia tan triste, de una ciudad donde hay un bache de jóvenes que desaparecieron por una vía, o por la otra.

Después de todo eso, yo creo que pasó algo. Ya los hijos van creciendo, ya no están: unos empiezan la Universidad, otros están trabajando, otros se han casado. Así que me queda un poco más de tiempo y ahí es donde empiezo a entrar a la Acción Comunal. Como te cuento, empiezo en Vamos Mujer como estudiante, participando de algunas cositas. Ya entonces conozco varias organizaciones, estando ahí, me involucro con la parte de la participación a varios eventos. Ya empiezo a ser como líder.

Varias mujeres formamos ahí la Red de Mujeres Populares por el Derecho al Agua, empezamos a inquietarnos porque iban a privatizar, pues, salió la noticia de que iban a privatizar a Empresas Públicas de Medellín e iniciamos con una marcha hacia el Consejo de Medellín. Estábamos protestando porque no queríamos que se privatizaran, entonces, se empezó un trabajo más de participación, de lideresa y más político. Apoyados en lo que estábamos haciendo en Vamos Mujer, nacen varias organizaciones. La Mesa Mujeres de Medellín nace como en el 96 y nosotros iniciamos con la Red de Mujeres Populares.



CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Con esos grupos de mujeres que iniciamos ahí con el Centro Escuela, empezamos a trabajar una organización en la que el objetivo era que el agua fuera un derecho, que fuera para uso de la comunidad. Le conseguimos personería jurídica y estuvimos muchos años. En esa época hicimos mucho trabajo, mucho trabajo. Estuvimos trabajando con las mujeres de Golondrina, de Honda, de Guadalupe, con la organización Convivamos, también estuvimos en la Mesa Mujer de Medellín participando, mirando qué necesidades tenían las mujeres. Ahí hicimos cumplir el derecho al agua y a los servicios públicos después de que se hizo una carta que se le presentó al futuro alcalde para que él adquiriera los compromisos para lograrlo.

En varias ocasiones trabajamos con mujeres. Una historia muy bonita fue en Golondrinas —el municipio extendió las redes de acueducto, pero nunca se les puso el agua— las mujeres hicieron varias tutelas hasta que se logró que Empresas Públicas llevara el agua hasta la casa, luego, ya les pusieron el agua. Eso fue una de las partes más importantes que hizo la Red de Mujeres Populares, también hizo mucha capacitación desde el 96 a este año. Precisamente, este año se entregó, digamos, el comodato —porque teníamos un comodato por el municipio—. También participamos en la Ruta Pacífica, fuimos fundadoras, eso fue en el 96.

La Ruta inicia por un trabajo que se hizo en Chocó, donde varias mujeres eran desplazadas, Vamos Mujer y otras organizaciones ayudaban. Las mujeres estaban en un pueblo, ahí iban, les mataban los esposos, mataban gente y ellas se desplazaban hacia otro municipio, las violaban, se iban hacia otro municipio, al poco tiempo otra vez volvía a pasar lo mismo, iba otro actor armado y, entonces, volvían a desplazarse. La Ruta Pacífica inició a raíz de eso y se divulgó, digamos, la violencia de los actores armados con unos postulados sobre cómo no estamos de acuerdo con la guerra. «El cuerpo de las mujeres no es botín de guerra», «no parimos hijas e hijos para la guerra». Y en este momento la Ruta todavía está vigente haciendo un trabajo muy bonito en el Bajo Cauca, en muchos municipios. Aquí en Medellín lo vamos a fortalecer el próximo año porque hubo mucha demanda en el Bajo Cauca y en varios departamentos.

Y bueno, como te digo, al estar en Centro Escuela, eso marcó un cambio en las mujeres. Es una metodología propia de Vamos Mujer que nos despertó como persona y en los asuntos políticos, preguntarnos: ¿nosotras qué hacemos?, ¿quiénes somos?, ¿qué nos representa?, ¿el voto qué representa?, ¿tener una conversación con una entidad del Estado para qué? O sea, porque eso se prepara y sí podíamos ir a hablar con el alcalde, pero entonces: ¿qué es lo que estamos pidiéndole al alcalde nosotras como mujeres? Por ejemplo, recoger las firmas para que el agua fuera un derecho fundamental.

Y así en lo personal, para mí, encontrar otro espacio en la vida, uno que yo no conocía y en donde empieza también como una rebeldía. El esposo me decía: «¿y cuándo será que deja esas amigas?». Pues, para que volviera a la casa porque lo que hacía era que dejaba todo listo para poder ir a estudiar o ir a la marcha, al Consejo. Entonces, eso interiormente es un cambio que uno en el momento no lo percibe mucho, pero ahora digo que sí era como una rebeldía, yo ya no quiero

la casa, ya no me satisface tanto tener todo a la orden del día, sino que ya quería hacer otras cosas: participar, escribir, el afuera, algo más político, más productivo. No solamente como satisfacción personal, sino también por el trabajo comunitario.

Después de los tres niveles de Centro Escuela, ya teníamos entonces unas organizaciones donde participábamos. La Mesa Mujer de Medellín, la Ruta Pacífica de las Mujeres, todo lo que hacía era como organización y con otras organizaciones que tenían ahí. Entonces, terminamos ahí y yo dije: «Bueno, ¿y ahora qué?». Había mucho trabajo con la comunidad. Una deja todo, yo recuerdo que trabajábamos hasta los domingos, ya una con los hijos criados, pues, ya una se dedica como a otras cosas.

A ellos como que no les gustaba, pero yo los dejaba. Ellos también se revelaban porque también estaban viviendo como ese proceso, entonces yo decía: «Ah, bueno, yo les dejé tal cosa hecha para el almuerzo». Pero, por decir algo, yo encontraba ahí los trastes para lavar que era también una manera de reclamar porque me iba o porque no estaba. Yo creo que eso sirvió para todos porque ellos aprendieron cosas del hogar, así que ahora son capaces de hacerlo; saben cocinar, lavar, llevar una casa.

Después, ellos lo supieron llevar, simplemente. Pero sí, yo vivía ahí siempre con problemitas en la casa porque, pues, ya me había salido del corral, como decíamos nosotros. Bueno, esos también son como los costos y hay que vivir con ellos. Con la pareja, por ejemplo, ya todo cambia, ya uno no es «la de la casa» y demás que también una deja cosas por hacer; no es lo mismo estar 24/7 en la casa que salir todo un día. Así que fueron muchas cosas, pero también fueron muchos aprendizajes.

También, muchos aprendizajes los vivía más bien sola porque ellos tampoco estaban como muy dispuestos a escuchar. Ellos sí sabían: «Ah, vea que se fue para la marcha», en esa época había muchas salidas. Íbamos al Foro Global a Bogotá, también salimos del país; fuimos a Venezuela, Brasil, Perú, Bolivia. Me tocaron como unas épocas muy buenas a mí y a otras compañeras. Yo creo que uno ahí se fortaleció y vivió muchas cosas que le permitían estar como a otro nivel, ya no era la ingenua, la que tragaba entero o la sumisa. Digamos, en una charla de un político uno ya sabía qué era irrealizable, ya entendía que lo que estaban diciendo no era verdad, que esa persona no era apta, por ejemplo.

Después, se termina el Centro Escuela, así que seguimos trabajando con todas estas organizaciones en todo lo que se podía a nivel político y participativo. Yo empecé a preguntarme qué era lo que iba a empezar a hacer porque ya no estaba dentro de mis intereses quedarme en la casa y ya. Así que empecé a buscar y como que todo le va saliendo a uno. En esa época comencé el bachillerato porque me di cuenta de que en Comfama estaban capacitando a muchos trabajadores para que terminaran sus estudios, yo vi eso y entré. Me gradué de ahí.

Ya pronto dejé de tener tiempo, mejor dicho, me faltaba. Uno se va cargando de las cosas porque uno está como todavía con la «fiebre del voluntariado». A todos uno les dice que sí, que es capaz, que puede, que acompaña.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Después de haber terminado el bachillerato, eso sí no se lo conté a nadie, me presenté a la Universidad de Antioquia. Pensé mucho a qué presentarme, pero como ya me había relacionado con el psicoanálisis, ahí creo que sané esta vida y la otra, decidí presentarme a Psicología. No pasé. Como segunda opción había puesto Trabajo Social, después las intercambié y tampoco pasé. Una amiga me dijo que me metiera a Bibliotecología y después me cambiaba. Pero, ya para esa tercera vez que me presentaba a la Universidad fue una dificultad porque no encontraba la plata. Esa plata no aparecía y ya iban a cerrar el plazo, entonces yo dije: «bueno, será que no me conviene». Cuando dejé de buscar, preciso me pagaron una plata, al otro día fui y compré el PIN.

Pasé a Bibliotecología, ocupé el sexto puesto. Pasé y ahí sí conté en la casa. Así empezó otra época de mi vida porque de estudiante también hacía trabajo comunitario. Después, en Vamos Mujer había un centro de documentación, por



lo que me ofrecieron que hiciera ahí como auxiliar. Eso era trabajar, hacer trabajo comunitario y estar en la Universidad.

Eran cinco años de carrera, yo me demoré ocho porque con todo lo que hacía no me deba para coger muchas materias. Además, después mi mamá se enfermó y yo debía cuidarla. Aunque, cuando mi hermana se enteró consiguió una señora que cuidara a mi mamá, así que yo no tenía que hacer nada, sino estudiar e irme para la Universidad. De allá para acá.

Seguí trabajando en Vamos Mujer, se acabó el proyecto y seguí con la Red de Mujeres Populares. Ya con los hijos cambió también la dinámica, digamos. Después de que me gradué, ya me miraban de otra manera. También porque seguí como voluntaria en el centro de documentación, ya no es centro de documentación, sino biblioteca. A veces había por ahí un proyecto que entonces yo manejaba, pero con muy pocos recursos.

Hoy en día, pues, a nivel comunitario sigo haciendo muchas cosas. Sigo viviendo en Campo Valdés. Estoy en este momento en la Ruta Pacífica de las Mujeres, participo en las marchas, en las plenarias de algunos eventos que hay acá y hago promoción de lectura en el Bajo Cauca.

Mi hija es la coordinadora nacional de la Ruta Pacífica. Sembré la semilla, ella empezó en los 90, creo yo, en Mujeres que Crean y cuando nació la Ruta las dos hicimos parte, digamos, como de las organizaciones que estuvieron ahí. Luego, al pasarse la Ruta para Bogotá porque ya estaba exigiendo sede allá, ella se fue como coordinadora nacional y desde eso que ella está allá.

En términos personales, ya me estoy como recogiendo, digo yo. No es que me guste mucho la casa, pero ya me siento como más de estar en la casa. Aunque sí me gusta viajar, me gusta mucho ir al Bajo Cauca, aunque mis hijos dicen «ay, mi mamá con los años que tiene viajando al Bajo Cauca» y yo les digo «no, allá no pasa nada, pues, allá puede pasar como en cualquier parte». Me gusta trabajar con las mujeres, hacer trabajo comunitario, quisiera estar más activa en otras cosas con las mujeres.

Me gusta leer, me gusta compartir. No tengo muchas amigas porque ocurren varias cosas: las amigas más cuando yo estaba en la casa, ahora que ya volví ya no son «las amigas», son conocidas porque ellas andan en otra y yo ya hablo y veo distinto. Entonces, con ellas mejor Marta se queda callada, mejor no hablo de teatro, pero tampoco de otros temas, «no opine, mejor», solo escucho. Pero a mí me gusta escucharlas y, si tengo oportunidad, les doy como una pildorita, no para cambiar, sino para que vean la vida un poquito distinta: «No se crea todo lo que le dicen, no es verdad tanta promesa ni tantas cosas».

Me gusta mucho estar con las amigas de todos estos años; de estos como 40 años que llevo. Ahí tengo muchos recuerdos, muchos recuerdos de mi vida comunitaria, en la Red, la formación, las mujeres con las que caminamos, con las que hicimos muchas cosas juntas, unas muy políticas, otras muy sentidas o familiares. Con ellas hubo mucha risa, también mucho llanto.

De Maceo, Antioquia me vine como con tres años, estaba muy chiquita cuando pasó lo del desplazamiento, pero tengo muchos recuerdos. Yo recuerdo todavía

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

la finca y cómo era. Una cuestión curiosa es que el desplazamiento pasó en los años 50 y yo siempre digo que en mi canción de cuna en la infancia fue la muerte de Gaitán. Sí, yo recuerdo toda mi infancia escuchando a todos hablar de Gaitán.

La violencia en ese tiempo era La Violencia. Vivíamos en una finca en Maceo, Antioquia, eso debe haber sido un caserío; «La Susana». Yo recuerdo venir a caballo con mi papá y mi mamá, me acuerdo mucho. Yo lo relacioné con la imagen de María y José en un caballo como bajando por una loma, por lo que llaman «un camino real» que es amarillo y después una quebrada. Me acuerdo del viaje.

Llegamos a Medellín, a Girardota, donde una tía de crianza de mi mamá, yo la considero mi abuela. Para mí, esa fue mi familia y es donde tengo mi energía de infancia; allá en esa casa en Girardota. Entonces, llegamos ahí y mi papá se devuelve como a ver qué podían vender. En todo caso, nos quedamos ahí y pasamos varios años ahí donde esa tía. Mi niñez allí fue muy buena, pienso que ellas cumplieron con ese papel. Me acuerdo de esos pequeños afectos, hace no mucho yo dije: «Ay, ¡cómo me engañaba con mi abuela!» porque a mí me gustaba la carne cocinada y después fritica, yo la guardaba del almuerzo para la comida, ¡y claro!, en la comida no me daba lo que yo guardaba, la cambiaba. Yo me engañaba, pero ella me llevaba todos esos caprichos.

De ahí, con esa platica que trajo mi papá, nos pasamos. Nació mi hermana, tengo una hermana que se llama Estela, ahora vive en Estados Unidos, hemos sido muy buenas hermanas, ha sido, digamos, mi compañera, mi cómplice. También ha sido la que me ha ayudado en todo lo que ha sido el trabajo comunitario, ella no entiende mucho porque vive allá y ya no entiende mucho este país, pero me apoya y me ha apoyado mucho con ayudas económicas que han sido tan importantes para mí y para mis hijos.

Entonces, ya mi papá con esa plata compró una casita aquí en Medellín y aquí había otra tía, pero esa tía era el contrario de la otra, con esa no me llevé. No tenía como muy buena relación con ella, ella tampoco me quería. En ese espacio, con mi mamá, mi papá y mi hermana, tuvimos mucha escasez. Ahí pasé mi niñez. Hice mi primaria en la escuela Carlos Vázquez, me fue muy bien, me acuerdo de las profesoras y de todo. He estado acá en esa escuela, el patio era toda una manzana, uno se correteaba por todas partes.

De ahí nos pasamos para otra casita, mi papá vendió y compró otra. Después, yo entré al bachillerato, pero ahí aparece él. No sé si para bien o para amargarse uno. A veces no quiero ni pensar en eso. Yo pienso que uno vive una vida y esa es la vida, no hay más preguntas. Entonces, aparece él que estaba como pagando servicio y era sobrino de la que yo te digo que es mi abuela, la que yo considero mi abuela. Aunque en realidad no era mi abuela porque mi mamá era hija única y mi abuela faltó, yo no conocí a esa abuela.

Él me llevaba once años, aparece y va a mi casa como familiar de mi mamá. Entonces, ahí resulta que... yo no sé, yo no creo que estuviese enamorada, pienso yo. Y usted me preguntaría: «¿Cómo puede vivir uno con un hombre de 50 y pico de años sin haberse casado enamorada?» Pues, precisamente. Bueno, yo no sé,

en todo caso, ahí resultó un embarazo. Hay cosas que yo no sé ni por qué te estoy contando eso a esta hora.

El asunto es que en la fiesta que llaman «Corazón de Jesús», nos llevaban de la iglesia directo al colegio. Ese uniforme era con media velada, le ponían una media velada a uno. Parece que ese día, con ese uniforme, como que me vio muy bonita, o sea, no me vio tan niña, yo no sé qué. Él le dijo a mi mamá que me veía muy bonita, que ya me veía como una mujer. Mi mamá —tal vez con esa responsabilidad de mamá, no lo pongamos como otra cosa— tuvo que haber pensado: «logro que se case y ya libro mi responsabilidad». Te cuento que apenas ahora estoy tratando de hacer una sanación a eso y al «Corazón de Jesús», yo soy católica, pero yo digo «ay, qué culpa tiene el Corazón de eso» y, aun así, no me cae como tan bien por eso.

En todo caso, yo me casé y tuve los hijos muy seguidos. Tuve a mi hija con 14 años y dos meses, a los 18 meses tuve otro, a los 17 años ya tenía el tercero y así me fui quedando ahí. Después, ya como de veintipico tuve otro y, ¡yo no sé por qué!, volví a tener otro como a los 30. ¡Ay, María! Pero ya ahí la hija mía se quejó y me dijo: «No más muchachitos, venga, yo la llevo» la hija fue la que me hizo todas las diligencias para operarme.

En todo caso, ahí yo no estaba viviendo, si me preguntas. Estaba como siguiendo el camino predispuesto. Si, ahora, me preguntarás si yo era feliz o infeliz, creo que no podría contestar eso porque no tenía ese parámetro. Creo que vivía bien, no me faltaba nada. Me gustaban los niños, entonces la maternidad no era problema. De hecho, yo creo que me gustaba parir, ahí hay algo que no quedó bien claro con el psicoanálisis.

Como fuera, yo viví. ¿Si fui feliz o no? Creo que eso no entra, yo no podría decir lo uno o lo otro. Yo vivía con lo que había ahí y eso era lo suficiente: los hijos aliviados, sanos, alimentación y un hombre que no maltrataba. Igual, me traté de separar cuando ya tenía el tercer hijo, pero mi papá me devolvió otra vez, ahora digo yo que fue porque él tampoco tenía condiciones para darme un apoyo.

Si me preguntan, yo ni sé cómo los crie, con la intuición será. Sobre todo, les enseñé a hacer, como eran tantos, para mí, todos debían saber hacer. Hay una anécdota de mi hija, la única niña, en la que cuenta que mis otros hijos tenían que barrer antes de irse a la escuela, hacer lo uno y lo otro, recoger la ropa, los zapatos y eso, en todo caso, eran los otros. A ella, si le decían «hay que trapear», ella decía «ah, no, yo tengo que estudiar» entonces, le iban a poner la queja al papá y él decía que sí, que la niña tenía que estudiar. Ella lo cuenta ahora como parte de su historia.

Durante ese tiempo tuve una amiga, como a los veintipunta, yo ya tenía cuatro hijos y ahí me dieron como las primeras ganas de liberarme. Me conseguí una amiga vecina que me decía: «¿Y vos por qué no salís ajá?». Yo no tenía para dónde salir, pero con ella empecé a salir que a visitar a otra amiga, que a cargar a los niños porque me dejaba llevar por ella. ¡Eran las peloterías más grandes, imagínese!

Y allí empezó como mi primera rebeldía. Ella fue una gran amiga; de lo mejor que yo he tenido en mi vida. Hicimos lo que yo no había hecho en mi juventud,

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

nos volábamos, ¡mejor dicho!, nos teníamos que ver todos los días. Ahora me pregunto de qué hablábamos y por qué nos teníamos que ver. Pasamos muy buenos momentos, esos son los mejores años de mi vida. Después, cuando ya los hijos de ella crecieron, se la llevaron para la Floresta. Así nos fuimos separando.

Y ahí sí empieza una época muy maluca de conocer el miedo. Ahí empieza a dañarse la ciudad, cuando entra en nosotros el miedo a que los hijos cogieran un mal camino y se fueran. Yo creo que yo no pensaba en el sicariato, sino en que mis hijos cogieran un mal camino.

Mi hija dice que yo los crie con refranes, yo no tenía una enciclopedia o algo dónde leer. Entonces, en esa época yo les decía: «dime con quién andas y te diré cuál fumas». Esa era la manera de decirles que no se juntaran con malas compañías porque era ese período de droga y sicariato. También, mi hija era muy perezosa y que yo le dije «¿usted no quiere estudiar? Ah, bueno, si no quiere estudiar, entonces venga yo le enseño qué es lo que tiene que aprender». La puse a arreglar la cocina, después le dije «vea, la que no estudia, tiene que hacer otras cosas».

Si a mí me preguntan por la época más difícil de todos estos años que tengo, yo diría que fue la adolescencia de los hijos míos por el contexto en que estaban viviendo. Tener unos adolescentes en una ciudad con tanto cambio con relación a la droga fue algo muy difícil, era una época muy dura.

Glosario

Memoria

La vida. La vida.

Perdón

Lo que hay que hacer.

Paz

El sueño ideal.

Reparación

Perdonar y perdonarnos.

Alegría

Me produce alegría un grupo de niños y unas mujeres riendo.

Sanación

Tener un espíritu para ver siempre.

Medellín

Algo por construir.



Mary Luna Mora

Me llamo Mary Luna Mora, soy alcaldesa mayor del Cabildo Indígena Quillancingas Pastos, delegada de las mujeres indígenas ante el Comité de Interlocución de la Secretaría de las Mujeres y consejera del Movimiento de Mujeres Indígenas de acá de Medellín.

Primero, empezaría contándoles que, cómo pueden ver, no soy de acá. Estoy en esta ciudad porque el conflicto armado me obligó a salir de mi territorio. Llegué hace 17 años. Entonces, un momento importante —por así llamarlo— que marcó un antes y un después, fue ese desplazamiento... Tuve que salir con mis hijos y mi esposo a una ciudad tan grande como esta... Ese momento para mí es inolvidable.

Tuve que huir por motivos del conflicto. Salí del departamento de Nariño, prácticamente del extremo del país, a 18 horas de acá por tierra. Cuando llegué a esta ciudad me sorprendió mucho lo grande que es y la cultura totalmente diferente. Todo cambiaba de nombres... Y uno está como con el temor de que todo mundo lo estuviera siguiendo. Es algo difícil de superar. Aún hoy siento lo que sentí hace 17 años: el temor... Ese hecho de que Mary Luna, pese a las adversidades, haya tenido que enfrentar y superar momentos difíciles en la ciudad, por ejemplo, ese choque de Cultura, esa falta de conocimiento. Entonces, eso ha marcado mucho nuestro camino... tener que enfrentar la vida de una manera tan dura, pues cuando llegué mis hijos tenían 12, 11 y dos años. Era muy difícil... uno sin saber qué hacer ni para dónde coger...

Un conocido me dijo, cuando yo estaba en una situación muy tremenda en la ciudad de Pasto: «vengase para acá porque están en riesgo». Era un riesgo eminente. Entonces fui a una ciudad que ni siquiera la había contemplado en mi mente. Dijo: «vaya al terminal», me mandó unos pasajes y fui a coger el bus. Yo ni sabía qué tan lejos era, a dónde iba a llegar.

La persona que nos ayudó nos estuvo esperando, pero cuando llegamos a la casa había bastante gente... Y uno viene de un clima frío... Lo primero que se sentía acá era el clima y la sed, y uno con esa pena de pedir y sin tener un peso en el bolsillo y, además, ellos con sus tareas cotidianas. Aun así, él tuvo la bondad de ayudarnos... pero uno era siempre como con esa vergüenza...

Me acuerdo de que llegamos al mediodía y mi esposo, al ver todo el estrés que se manejaba en aquella casa, dijo: «nos vamos a conocer el metro». Uno llega de un viaje de esos muy cansado, más con tres niños... pero era como que la liberación de todo eso que uno tenía como bloqueado. Cuando llegamos del metro ya eran las horas de la noche; aunque eran muy formales, nos dio mucha vergüenza, pues la casa también estaba llena de gente. Me pregunté: «¿qué iba a pasar?».

Entonces fuimos a hacer una oración a dónde el Salvador. Llegamos a la iglesia, la miré y dije: «vamos a pedirle al papá Dios». Era un lugar en el que sentía paz, tranquilidad y calma... no quería salir de ahí. En una banca se me durmieron los niños, total que se nos hicieron como las diez de la noche y ya vino el sacristán y nos miró como todo raro... no sé. Entonces dijo: «ya vamos a cerrar la iglesia». Pensé: «ahora para dónde cogemos» y le dije: «nosotros no somos de acá, se nos embolató la dirección...», y ya nos orientaron, estábamos casi a la vuelta, llegamos a la casa y nos acomodamos.

Al empezar al otro día teníamos que trabajar en un taller de confecciones de ellos. Pasó algún tiempo en el cual hubo percances, inconvenientes... Nos pidieron el lugar en el que estábamos viviendo. Ahí empezó el verdadero sufrir acá, porque

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

no había quien le arriende uno sin conocerlo, le pedían a uno fiadores; acá la cosa es diferente porque tocaba por medio de una agencia y uno venía de un lugar en el que no había eso. Ese fue el primer choque, conseguir fiadores. Pero ¿quién le va a fiar a uno que no tiene nada y nadie lo conoce?

Tuvimos una discusión con la persona que nos prestaba el lugar... Yo me senté con mis hijos y le dije: «devolvámonos, ¿qué vamos a hacer acá?». La mayor de mis hijas tenía 12 años y nos dijo: «papá, mamá, ¿qué están haciendo? Recuerden cuando nos trajeron acá, cuando tomaron la decisión del cambio vida. Ustedes nos dijeron: “imagínese que están haciendo cimientos para hacer una casa”, siempre nos lo explicaron así, “que habría que abrir un hueco, echarle piedras fuertes para que tenga una base fija”. Estamos en ese trabajo. No se rindan, sigamos adelante». Las palabras de mi hija me fortalecieron totalmente y de ahí con mi esposo seguimos: «sí, no nos demos por vencidos, veamos qué hacemos». Eso fue en el 2006-2007... siempre fue complicadito.

Yo no había ido a declarar, ni sabía que era víctima realmente, hasta que una persona, a la que ya le había contado cómo llegué, me dijo: «¿oiga, usted cómo salió?... acá hay una unidad... tiene que ir a contar eso y allá le ayudan». La necesidad que yo tenía con los tres niños era grande. Entonces le respondí: «no, pues, yo voy a ir a contar allá». Ella me dio los pasajes —no había sido a mí nomás, también había otras personas...—, y me dijo: «váyase por la clínica», pues yo no sabía dónde era eso. Fuimos allá a declarar, y yo ni sabía si me habían aceptado o no, porque ya con el problema que teníamos con la casa... y esos fueron los datos que quedaron allá y nunca hice nada al respecto...

Seguí adelante, las cosas se me fueron dando, empecé a vender empanadas, mis hijos andaban por esas lomas... Eso es otra cosa rara acá, que todos son lomas, faldas... Yo hacía empanadas y mis hijos iban a vender puerta a puerta. Así fue como empezó nuestra nueva vida. Fuimos haciéndonos un capital. Mi esposo empezó también a trabajar en confecciones de independiente. No teníamos la maquinaria, pero hubo una persona que nos apoyó... Él empezó trabajando para esa persona y poco a poco ya se fue dando el camino... comenzamos a saber cómo tocaba acá. Fue un cambio duro, pero fuimos capaces. Hasta mi niño pequeño ponía una piedrita, también él ayudaba a mi esposo... Mi hija cuidaba el bebé... Todos jalábamos para el mismo lado.

Al proceso de liderazgo llegué en el 2015. Empecé a mirar que acá había más mujeres indígenas. Una de ellas me dijo: «Mary, pero acá estamos organizados: hay un Cabildo Indígena». Yo pensaba: «no, aunque yo tengo todos mis arraigos, mi ancestralidad en el cabildo, yo acá no veo cómo...». Me daba miedo porque por mi forma de hablar ya había sentido la discriminación... reconocirme como tal para mí era, con lo que había vivido y todo, muy difícil. Decía: «no, no, no, no». Pero total que me invitaron a una reunión y yo fui y miré que yo no era la única que estaba padeciendo ese desplazamiento, que había muchos más y de allá mismo de Nariño, de nuestra misma cultura. Entonces eso hizo que me sintiera como un poquito más en lo mío.



Empezamos a generar ideas, empezamos a trabajar juntos y juntas. El Cabildo ya estaba organizado, ya llevaba sus años acá. Me aceptaron en el Cabildo e hice parte del censo, pero había reuniones y reuniones, hasta que en cierta ocasión dijeron que había que elegir una delegada para la mesa de víctimas. Yo ni sabía qué es una mesa de víctimas, pero me llamó la atención. Pensaba que: «si ya me aceptaron en víctimas y algún derecho debíamos de tener, ¿qué pasaría?», y por ahí me fui metiendo... Así empezó mi liderazgo.

Yo le dije a mi gobernador, mi autoridad principal acá, que yo quería postularme para ser elegida. La elección era por medio de las autoridades: los gobernadores de los otros cabildos. Estaban los de los pueblos hermanos del Ecuador que son los Quichuas—los más cercanos a nosotros— y el pueblo Chibkariwa que es del Putumayo... Entonces fuimos haciendo esas alianzas, nos fuimos conociendo, yo ya fui participando más con ellos, con los demás cabildos. Entonces, como éramos más, sentía como que había esa hermandad, iba sintiendo esa unión... ya no me sentía tan puntico aparte.

Los gobernadores finalmente decidieron que yo fuera delegada de las víctimas. Cuando llegué a la mesa tuve que aprender cosas nuevas. Por ejemplo, decían que

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

hay una ley, la Ley 1478, y yo les preguntaba: «ay, eso de qué habla. Me interesa aprender de ese tema». Ahí comprendí que realmente mis derechos, los de mis hijos, los de mi esposo, habían sido totalmente vulnerados.

Me reconocí, ya sí, plenamente como víctima. Yo no sabía, pero fue ahí donde más me... Es como revivir otra vez eso y ver todos esos derechos que me quitaron y claro, la vida que me cambió de un día para otro...

Entonces bueno. Aprendí lo de la Ley de Víctimas, los decretos, los derechos que teníamos como pueblos indígenas... Como ya conocía más a fondo, así mismo iba enrutando a otras mujeres... y me daba cuenta de todo lo que padecíamos y de que muchas cosas que no contábamos hacían parte de esos hechos revictimizantes. Comencé a explicarles que, al visibilizar los hechos que nosotras vivimos, podíamos exigir el restablecimiento de nuestros derechos.

Ahí fue, en la mesa, donde yo me di cuenta de la otra Mary: la lideresa... Aunque yo nunca pensé en estar en algo así... En la mesa se hizo un buen trabajo —diría yo—, porque se pudo visibilizar que no sólo se trata de un pueblo indígena, que somos muchos pueblos, más de 34, organizados en cabildos.

Primero era solo el «cabildo madre», que le llamamos nosotros. A ese llegaban indígenas de todos los pueblos. Pero después se empezaron a organizar, hoy en día, que ya se ha ido organizando un poco más —o se ha ido dividiendo de alguna manera—, ya somos ocho cabildos, más el colectivo universitario. Entonces mira, en cada pueblo está su historia de la victimización y los distintos hechos victimizantes de los que los pueblos indígenas hemos sido muy vulnerables... como que hemos sido los más afectados por el conflicto, porque con ello se pierde nuestra cultura... Pero hemos tratado de que en contexto de ciudad no se pierda nuestra identidad cultural, nuestros usos y costumbres. Entonces ahí es donde cada uno de nosotros lucha por la pervivencia de nuestros ideales, de nuestra identidad, de nuestra cultura, de nuestro arraigo al territorio.

Resiliencia para mí significa seguir adelante, no darte por vencido y seguir fortaleciéndote en conocimientos y en experiencias. Me considero resiliente porque no ha sido fácil y no ha sido solo una batalla, son muchas batallas, muchos inconvenientes y muchos percances los que hemos encontrado, los que yo, Mary Luna, he encontrado acá en la ciudad. Pero aprendiendo, capacitándome, tocando las puertas indicadas, he sabido llegar a dar a entender eso a otros y a reclamar mis derechos y los de mis hijos.

También hice parte del Consejo Distrital de Paz, Reconciliación, Convivencia y Transformación de Conflictos. Allí aprendí muchas cosas sobre la paz y me di cuenta de que como mujer he aportado mucho, porque también tengo en mi propio Cabildo un grupo de danza... y somos mujeres víctimas —muchas incluidas en el registro, otras por razones que uno no alcanza a entender, no están, pero son víctimas—. Por medio de la danza pienso que aportamos un granito de arena para que nuestras futuras generaciones tengan en cuenta de dónde vienen y que eso no se pierde. Mantener nuestra danza, nuestros platos tradicionales es una manera de mantener viva nuestra cultura y nuestra identidad... Y eso aporta, incluso evita

que nuestros niños vayan a la calle a consumir drogas, ayuda a que se motiven por lo nuestro, que no les dé vergüenza decir: «soy indígena y soy de los pastos».

Antes éramos una familia viviendo un presente en paz, aparentemente, no nos hacía falta nada, aunque no teníamos riqueza, teníamos lo necesario y teníamos una vida digna, nadie nos señalaba, nadie se burlaba de cómo hablamos, de cómo nos vestimos... y se respetaba, se respetaba todo. Entonces teníamos nuestro entorno familiar y cultural, sabíamos cuál era el día a día; estábamos bien organizados... y había sueños. Uno pensaba: «ve, van a ir a estudiar mis niños». De hecho, mi niña estudió en el colegio en Pasto, en un colegio oficial, bien pilosa; y uno se imagina ese futuro bonito... hasta que llega el futuro y se le oscurece todo a uno y uno no sabe qué hacer. Y es que te vas o te vas... si te quedas ya sabes qué te espera. Entonces es por eso por lo que ese antes ya es imposible. Hubo momentos hermosos que los atesoro en mi corazón, igual que hago con una fotografía. Mi hija ya tiene 30 años, el otro tiene 29 y el que vino bebé ya tiene 20. Imagínate, yo les digo: «miren, aquí estábamos»; y ellos me preguntan a veces de la vida en Pasto. La de 12 y el de 11 se acuerdan de lo bonito que vivían porque era vivir en un pueblo en donde no había carros, en donde estaba la naturaleza y lo tenían todo... no tenían plata, pero no les faltaba nada.

Aquella vida era muy diferente a la de acá. A lo que fue llegar a una ciudad en donde uno tiene que comprar el arroz... comprar un tomate que uno allá iba y lo cogía... Pero acá toca ir a lo que llaman «legumbrería». Por ejemplo, nosotros le decimos «tomate de carne» al que acá llaman «tomate de aliño»; yo iba a comprar un tomate de carne y no me entendían, me decían: «¿qué quiere, carne?». Entonces eran esas cosas... esos choques... Nosotros ya no decimos tomate de carne, decimos tomate de aliño. Esta simple palabra muestra cómo se ha cambiado tanta cosa, y eso es lo que nosotros no queremos perder, nuestra autenticidad. En aquella vida en Pasto, en ese antes, no necesitábamos dejar de ser. Ahora nos tocó dejar de ser, desaprender para aprender.

Entonces ahora es un choque porque tenemos un poco de acá y un poco de lo nuestro. Nosotros queremos que lo nuestro sea fuerte, pero ya mis hijos tienen su vida estudiantil, su cultura, acá. Ya el último dice: «no, no, yo no soy de allá». Ni por lo que se le ha contado de nuestra historia. El pequeñito qué se va a acordar... Pero el hecho de contarla... Los dos hermanos también le cuentan, pero él responde: «no, no, no, yo no soy de allá». Él no acepta, y yo le digo: «no sé, sus raíces son de Nariño y usted es indígena y siéntase orgulloso», pero él no. Entonces esas son afectaciones del conflicto.

Nuestra lengua prácticamente murió con la colonización. Tenemos nuestras palabras propias, como decir una chaucha, un guagua... solo nosotros nos entendemos, aunque ya las hemos dado a conocer acá. Que el chumbe, que la chingosa, que la guata, son palabras que manejamos cuando estamos nosotras; porque si usted va al mercado y pide un chinde, ellos no saben qué es un chinde (es un canastico). La lengua para nosotros son las palabras y son tal cual, es una mezcla del quichua más que todo, porque estamos muy pegados.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

En mi vida personal soy, primero que todo, una mujer feliz, dichosa y orgullosa... con amor propio. Soy mamá de tres bellos hijos. No ha sido fácil levantarlos en esta ciudad, he sorteado las situaciones que te imagines, pero hasta el momento van bien. No han caído en drogas. Mi hija mayor sí está comiendo arroz y huevo... ya es profesional, ejerce su profesión y ella es la que nos da la mano, nos ayuda. Soy una mujer emprendedora, porque también tengo ya mi emprendimiento propio de confecciones, hago y vendo bolsos. Imagínate lo que he logrado hacer. Entonces me siento como una microempresaria.

En la vida pública, como lideresa, defiendiendo mucho a las mujeres. De hecho, en mi emprendimiento trato de que las personas que me colaboren sean ellas, porque sé, como víctima, lo que es vivir la discriminación, vivir el rechazo, la falta de oportunidad. En lo que yo puedo ayudar a otras ayudo: las enruto y las hago ver que naturalizar las violencias no está bien; hay que sacarlas de eso porque muchas no saben... pero si uno no se capacita, no hace parte de estos espacios como el Museo Casa de la Memoria, nunca va a aprender. Entonces la tarea es de lo que uno va aprendiendo, multiplicar... Esa es la lideresa Mary Luna.

Pertenezco a un grupo de mujeres indígenas que formamos, precisamente, por esa falta de escucha entre mujeres. Este es el fuerte del grupo: el tema de la mujer, pues al interior de nuestros cabildos se vive mucho el machismo, la vulneración y cosas culturales que se ven como naturales. Pero a la hora en que uno se pone a leer, investigar, se da cuenta de que no, de que hay cosas que no están bien. Por eso defendemos mucho en el movimiento de mujeres indígenas, luchamos por esa reivindicación de nuestros derechos. De hecho, hemos tenido algunos encuentros, en este momento hago parte de un comité coordinador que está formado por más de 200 mujeres indígenas. Es algo bonito... Como lideresa pienso que he avanzado y que realmente he puesto mi grano de arena y he enrutado a otras mujeres en estos procesos.



Glosario

Memoria

Memoria es una palabra importantísima para mí, porque memoria es no olvidar lo que soy, lo que fui y lo que podría ser. Mantener viva esas enseñanzas y conocimientos ancestrales que vienen desde mis abuelos y mis padres, conservar viva su memoria.

Perdón

Difícil esa palabra porque para uno sanar interiormente lo primero que tiene que hacer es perdonar y perdonar a alguien que te cambió la vida es difícil. Pero actualmente he logrado estar con personas excombatientes —como se dicen ellos—, estar en el mismo espacio, donde he sido invitada... momentos que la vida me ha puesto... He estado con disidentes y con paramilitares. Al comienzo era raro, ahora ya no, aprendí y entendí que, de alguna manera, todos fuimos víctimas; entonces ya esa partecita como que la superé, pero sí es necesario perdonar para que estés bien contigo mismo internamente. Los encuentros han sido en las ferias... por mi emprendimiento. Eso me ha abierto puertas y me ha dado la oportunidad de estar con esas personas: excombatientes, reincorporados. Es verdad que cuando uno empieza y vive el momento, como yo lo viví, en ese momento les dices: «no, eso es lo peor. Me cambiaron la vida...» y lágrimas y más lágrimas vienen... Y uno de pronto hasta desea y piensa mal en esos momentos. Entonces yo digo: «la vida... yo soy creyente... Dios me ha puesto en este espacio por algo». Al comienzo se sentía como esa tensión, pero ya no. «¿Cómo es posible que yo esté aquí?». Me sentía comprimida... «¿por qué estoy aquí?» Todo se me venía. Pero cuando hablé con uno de ellos y me contó su historia, me pude dar cuenta de que también era víctima, que no estaba ahí porque hubiera querido... lo que hacían lo hacían porque también sus vidas estaban en peligro. Entonces sí, uno se logra sanar con esos espacios; logras entender y meterte en los zapatos del otro: todos hemos padecido de alguna manera...

Paz

La paz es algo muy soñado por todos y es por lo que —pienso— trabajo a diario. Empezando por mi paz interior, mi paz en el hogar, mi paz como mujer y la paz que puedo aportar a la sociedad. Por ejemplo, me planteo cómo construir un territorio de paz... y de ahí lo que te contaba: lo de las danzas, en las que también he trabajado con niños. Entonces pienso que esas son acciones que sí generan un impacto positivo, porque estás alejando a los niños de cosas negativas y les haces ver otra cara de la vida y eso es aportar un grano de arena para tener un territorio en paz.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Reparación

Reparación es lo que todavía estoy esperando. Reparar es difícil, pues le ha quedado grande al país y a los gobiernos. Realmente porque sé... si puedo ser honesta... Pienso que se han burlado y ha habido como una corrupción, se puede decir, desde lo nacional. No sé, porque cómo es que a estas alturas de la vida a mí no me han indemnizado; las ayudas no llegaron, llegaron algunas, dos o tres, y no llegaron más. Tengo que reconocer la oportunidad que me ha dado la Unidad de Víctimas con mi emprendimiento, al facilitarme espacios de feria y eso; pero la reparación, como tal indemnización, eso no, no llega. Entonces si ha habido una reparación no ha sido totalmente integral, pero de alguna manera algo están haciendo.

Mi alegría y mi felicidad está cuando estoy en mi casa, con mis hijos, y veo ese camino que he dejado: la huella que he dejado atrás. Y de alguna manera es también la dificultad y los problemas por lo que he pasado, pues en cierto sentido han sido una oportunidad para yo llegar aquí, para estar donde estoy. Aunque no estoy en mi territorio, no estoy mal. He logrado superar esas dificultades y adversidades. La dificultad se me convirtió en una oportunidad, lo veo de esa manera ahora, entonces soy feliz por todo lo que he hecho.

Sanación

Sanación es lo que siento; lo que te contaba: el poder estar en paz contigo misma, saber que tú estás bien interiormente para poder ayudar al otro y poder orientar y enrutar

Medellín

Medellín: la ciudad que me acogió. La ciudad, que me dio otras oportunidades, la ciudad que descubrió una lideresa en una indígena. Eso es Medellín, una ciudad con oportunidades para todos.



Mary Luz López

Bueno, yo soy en este momento una mujer feliz, agradecida con la vida, con Dios, con los animales, con las buenas personas y con el grupo de mujeres y niños que tengo en la casa de Lulú... ellos me dan mucho amor. Soy escritora, defensora de derechos humanos y activista por la abolición de la prostitución. Tengo dos libros, *Alzo mi voz* y *La guerra me hizo puta*. Entonces, esa soy yo, tengo dos hijos, me encantan los postres franceses y el café.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Sí, hay varios momentos que, digamos, me hicieron la mujer que soy, y pues en la niñez sobre todo... Yo siento que la guerra cuando nos toca o permea las vidas, uno eso no lo olvida. Entonces voy a hablar del conflicto y también de otras personas. A lo largo de la vida y de todas las violencias que yo he tenido, he creado como personajes para protegerme. Entonces, en la niñez está Lulú; Lulú es la niña de la explosión: a mí y a mi familia nos pusieron un petardo cuando estaba yo chiquita. En la casa pensaron que había sido una bomba... me marcó la vida porque yo quería estudiar y, a raíz de eso, en vez de venirnos del campo para la ciudad, nos fuimos de la ciudad al campo. Entonces, mi sueño de estudiar se truncó, la violencia llegó a nuestras vidas estando en la ciudad y llegamos al campo como sin norte, sin horizonte, sin nada. Fue muy difícil dejar a los amigos, ese fue como el primer impacto... Tenía doce años... Nos fuimos para el Oriente Antioqueño.

Bueno, imagínate, pues, que ya en el campo uno empieza como a crear esas redes de apoyo, así uno sea niño y así vea la soledad y el hambre. De cierta manera, ese desarraigo hace que uno como que se reinvente también en la niñez, como que busque nuevos amigos. Entonces, yo encontré unos amigos en el campo, en una escuela. Ahí, con la promotora de la vereda, que no provenía de allí, me metí a un grupo juvenil y hacíamos actividades; era muy bonito.

Cuando llegamos al campo, con mi mamá, empezamos a rodar. Mi primer trabajo fue en una truchera, arreglando truchas. Bueno, llegué al campo y creamos los grupos juveniles.

Y ahora marco una foto también importante: el reclutamiento infantil, del que soy víctima. Yo solo quería volver a ver Los Simpsons y abrazar a mi mamá, pero eso no se pudo. Yo también era muy bonita. Muchos de ellos usaban las maneras de los jóvenes para enamorar a las muchachas, pero ese no fue mi caso. En el mío fue por una mentira, y ya no regresé...

Entonces, ese es también uno de los momentos importantes. En el que cambié de nombre. Yo te dije, primero fue «Lulito, Lulú». Después ya se llamaba «Yasmín de la guerra». Entonces, estando en ese mundo, uno no sabe, uno es muy bobo. Uno no sabe por qué lo tratan de una u otra manera, por qué abusan de uno. Uno de los comandantes abusó de mí... Y después de que llegamos a un lugar, no volvió a mirarme. Hice muchos trabajos forzados. Digamos, la esclavitud en la niñez. O como le dicen por allá afuera en los Estados Unidos: niños soldados. Nada más y nada menos, hoy estaba escribiendo un cuento de eso, se va a llamar «La Gata Lulú».

Entonces, digámoslo así, también fue un cuento estando allá. Por allá, en una casa vieja, encontré un libro: El túnel, de Ernesto Sábato, y yo lo leí. Por primera vez en mi vida leía un libro. Yo en la niñez no tuve acceso a los libros, porque los libros eran para los ricos, eso era lo que yo creía. Eran inalcanzables, yo me tenía que conformar con la casa mía, tapada por el frío, con periódico. Entonces, yo tenía mi biblioteca personal, digámosle así, mi casa forrada con periódico: yo me aprendí a leer la casa.

Entonces, —volviendo al libro que encontré por allá— cuando lo leía yo decía: «qué berraquera, ¿qué eran estos peleando por una pintura?». Yo estaba viendo una pintura muy diferente. Bueno, ese fue mi primer libro, el primer acercamiento.

Luego de ese momento, siendo Yasmín, tenía una visión de libertad y era, pues, la dicha. Pero lo que me decían era que yo estaba en «lo mayor»; que era un campamento mayor. Yo le dije a uno de ellos que me ayudara para conseguir la libertad, pero eso no fue fácil. Me decían que podía y que no podía. Desde ese momento volvió a abusar otro tipo de mí. Y yo dije: «¡qué berracos! si me toca abrir las patas para salir de aquí, pues lo hago». Entonces no sabía qué era una violencia sexual, yo no sabía que estaban haciendo eso conmigo, yo solamente estaba sobreviviendo. El día que llegó mi libertad, llegó con una amenaza y con un billete. Me dijeron: «Mire, si usted dice dónde estábamos o habla algo de esto, nosotros sabemos de dónde la trajimos y es muy duro ajusticiar a un compañero. Y también tenga 5.000 pesos, para que se vaya». Ahí empezó como una transacción, desde que yo llegué fue como una transacción de mi libertad a cambio de favores sexuales.

Así, yo regreso a la casa, al campo. Pero me tocó irme también del campo, desplazarme del campo porque había ya otro grupo armado. Si ellos se enteraban de que yo había estado en el monte o conocía de armas, ellos sí que no me iban a soltar. Entonces me tocó ir a la ciudad y no teniendo nada, pues cuando eso no sabía que existía el ICBF.

Tenía 14, entre 14 o 15. Yo llego a la ciudad, a un lugar muy distinto, a la Comuna 13. Yo no quería a ese hombre, yo no lo quería, pero no tenía dónde vivir, entonces me junté a vivir con él. Y decían «¡qué muchacha tan bonita con ese hombre tan feo!» Solté los muñecos de plástico, cogí un fusil, solté el fusil y cogí los muñecos de carne. Allí llegaron mis hijos y con ellos la responsabilidad, porque la responsabilidad es de las mamás. Al hombre con el que yo vivía lo metieron a la cárcel. Yo empecé, pues, a ser la mamá y «la papá».

En el 2002 estuve trabajando para un programa de Medellín con la alcaldía que se llamaba «Parce». Nosotros trabajábamos con la recuperación del río Medellín, las quebradas y afluentes, y a mí, a mi grupo de trabajo, nos secuestró la milicia de las FARC.

También ese es otro punto importante en mi vida: el secuestro. ¿Por qué? Porque el secuestro no fue solamente el secuestro en sí, sino también lo que vino después. Porque la violencia sexual es una cadena. Cuando tú eres joven o niño y te violan, te rompen. Entonces, usted está ya fracturado... y yo ya venía con unas secuelas de que con el sexo se conseguían las cosas. Eso me lo dejó la guerra. Como no tenía en ese momento nada, me desplazé —no con mi familia— yo sola. Pero ese mismo año me secuestraron a mi abuela, entonces yo me llevé a mi familia también de ahí. Cuando yo llegué, yo no tenía dónde vivir y una amiga me dijo: «vea, hay un lugar... usted puede viajar, vamos». Y llegué al mundo de la explotación sexual. Para mí fue peor eso: el mundo de la prostitución. Que te abran las manos, los brazos y no te suelten.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Estando ahí no es solamente llegar y acostarte con un tipo, que eso es horrible... Que te exploten; que te explote el jefe; que te exploten los hombres. El deseo no se compra, el deseo no se vende, y yo no deseaba a un hombre, entonces, cada relación sexual era una violación. Un hombre con un billete, que quiere comprarse eso, es un violador con un billete. Imagina cuántas veces lo violaron a uno en una sola noche... durante años. Ahora puedo hablar de eso, yo de eso no hablaba antes, es lo que te voy a decir. Yo llegué y bueno, anduve, pero en una de esas conocí a unos hombres que me dijeron que me ayudaban a viajar a un lugar y viajé al Bajo Cauca. En ese momento, esos hombres de aquí de la ciudad, proxenetes, tratantes, me llevaron a un lugar, supuestamente por un fin de semana, pero me dejaron 15 días; me quitaron mis documentos y fueron otras cosas, otras dinámicas. En ese momento estaba siendo víctima de trata; en ese momento también viví otras violencias: prostitución forzada en un campamento de paramilitares por más de 20 hombres.

Cuando ya me faltaba un fin de semana para irme, un tipo me pega en la cabeza y yo volteo y lo miro así feo, y él llega y me da un golpe con su botella y me la



quiebra en la mano. Me cortó la mano y yo no pude hacer nada en ese momento. Me sentí tan vulnerable, me sentí muy humillada, sentí que mi vida no valía nada porque era una puta, porque a las putas se les viola, se les violenta y no pasa nada, porque son seres humanos que no cuentan, no contamos —o no contaba en ese momento—. De ahí viene mi lucha, mi lucha actual y mi activismo.

Cuando a mí me cosen la mano, no me cosieron el alma, el alma quedó destruida y también el corazón. Entonces, llegan los paracos por mí, en una camioneta, y dicen:

—Salgan, salgan las viejas de tal lugar, de tal parte —empezaron diciendo.

Nosotras teníamos mucho miedo de salir porque en ese tiempo cuando una camioneta llegaba era con destino al río.

—¡Jueputa, no! me van a matar, yo no hice nada—dije yo.

—Salgan que nosotros sabemos que usted no hizo nada, que usted no tuvo la culpa—dijeron ellos.

El man que me hirió a mí era uno de ellos. Me hirió porque estaba enojado con una amante que tenía ahí adentro y la cogió conmigo, me pegó en la cabeza sin más, no me dijo palabra... y yo no le dije nada. Entonces, ¿eso qué es?: odio a las mujeres; misoginia. Eso es odio y poder, porque eso hace la guerra, porque la guerra es, más que todo, de los hombres. Ahí yo me llamaba ya Yayita. Mira, he cambiado mucho de nombres y he creado personajes para protegerme.

Entonces yo, cuando ya no pude —porque ahí mismo no me entregaron mis papeles, me tocó amanecer en ese burdel, en ese sitio—, lo maldije con todo mi corazón, dije para mí: «que se caiga esto». Ya de regreso a mi casa le dije a mis hijos que me había cortado con una botella de límpido. Eso fue en el 2003. Yo tengo 47 años, entonces ahorita usted hace la cuenta, porque yo para eso he sido muy mala.

Bueno, se me olvidó contar algo muy importante. En ese año que yo viajé para allá y para acá, antes de llegar al Bajo Cauca, conocí a un hombre y me enamoré de ese hombre. Yo estaba viajando las últimas veces a la explotación sexual para poder tener una vida con él, estar con mis hijos y volver a ser mamá, porque eso me lo quitó la guerra. La guerra me quitó mi nombre y mis hijos; porque yo no podía estar con ellos. También mi identidad; porque ya no era sino Yayita. Me quitó mi sexualidad; porque ya no era mía, era para el que la comprara. Y me quitó mi trabajo.

Cuando yo ya regreso a casa tuve una vida —digamos bien— con el hombre que amé. Y en el 2008 me lo desaparecieron. Él no tenía trabajo, se fue a buscar trabajo al Bajo Cauca, a otra zona distinta a donde me pasó a mí eso, y lo desaparecieron. Así que yo volví a la prostitución. Y tenía mucho dolor, demasiado dolor por ese hombre. Ni siquiera por lo que me había pasado a mí. Yo eso lo tenía normalizado: había normalizado la violencia que me sucedía desde la niñez. Entonces, empecé a escribir, pero a petición de una psicóloga que me dijo: «escribe por el dolor». Yo empecé a hacerle poesía... Yo no sabía que el dolor me iba a llevar a lo que soy ahora.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Empecé a aborrecer el contexto, a mirarme y dije: «bueno, ¿por qué estoy acá?». Me iba bien, tenía plata, si quería drogas las tenía al alcance, pero nunca me gustaron. ¿Alcohol?, obviamente, me despersonalizaba para poder estar sin estar. Pero empezó a surgir esa inquietud en mí, a sentirme valiosa. Y empecé a no volver a viajar, a no volver a ir para allá, hasta que dejé ese mundo oscuro del todo.

Yo ya había hecho poemas y veía que mi escritura tenía impacto en la sociedad. Por ejemplo, en una niña víctima de violencia sexual. Se me acercaban las mujeres cuando yo leía y me decían: «¡ay!, me gustó mucho tu escrito». Entonces yo empecé a ver como que estaba haciendo algo que podía ser útil. El texto de la desaparición que le hice al hombre que amé sirvió de plataforma para entregar estos dos libros, para hacer plantones, talleres, para yo hacer memoria por él.

Pero no fue que yo misma publicara un libro, no, fue algo del transcurso. Primero me senté con mujeres a las que les gustaba la escritura y creamos un libro que se llamó El refugio del fénix. Después vino otro en el que replicamos la escritura como metodología de sanación, porque si a mí me sirvió, lo queríamos replicar con las demás, y nació El vuelo del fénix. Pero a mí ya se me empezaron a juntar textos y yo dije: «no, yo voy a sacar mi propio libro. Sacando libros ahí nomás para regalar, no. ¿De qué voy a vivir?».

Es muy difícil dejar la prostitución. Demasiado. Yo creo que deberían darme un premio. Es muy difícil, sinceramente, porque cualquiera no regresa de allá. Cualquiera no vuelve y dice: «voy a hacer esto por los demás, voy a cambiar mi vida». Dios mío, es que es tan difícil. Yo creo que el que entra ahí no vuelve. O sea, de mil mujeres, cien; el resto se queda. En ese mundo se llega joven, se termina joven o se muere vieja.

Entonces, en ese trasegar yo ya empiezo como a liderar con la escritura, a potencializar capacidades en mujeres para sanar con la escritura, y alternamente yo tenía un espacio social en la Comuna 8 que llamé «La Casa del Urú». Era donde yo antes, cuando estaba en ese mundo, hacía algo por la comunidad: yo les daba a los niños regalos. Porque yo decía: «démole un regalito, démosles la lista a los niños, yo tengo plata, démosle regalitos, démosles cositas», pues en ese momento tenía dinero de ese mundo. Y ellos me decían: «ah, bueno, sí, hágalo». Entonces yo decía: «bueno, ya dejé ese mundo, ahora no tengo plata, ¿ahora qué les voy a dar a los niños?». Ahí pensé en todo lo que aprendí. Yo me gradué en el 2015 como promotora psicosocial, estudié dos años el diplomado, me gradué; estudié Paz y Derechos Humanos, diplomado también en Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario y me gradué como gestora de paz. Y yo dije: «bueno, ya he estudiado como cositas ¿qué vamos a hacer con eso?». Todo lo que yo veía con la gente de las organizaciones ONG, donde yo participo activamente, lo replicaba en la casa.

Entonces dije: «Pues, los refrigerios me los consigo, así sea que le saque del mercado a mi hijo». Yo empecé a trabajar con víctimas, después con niños. Antes de trabajar con niños pasó otra violencia... por ser lideresa. Eso fue un 25 de junio del 2016, donde mi vida se partió también y yo dejé por un tiempo el trabajo

social; ya no trabajaba con la comunidad. Pero eso no se quita, ¡Dios mío! O sea, eso que está ahí, se queda ahí, porque ayudar a los demás da felicidad.

Entonces, como uno viene como tan hueco y vacío —que es como lo deja a uno la violencia, la guerra, la explotación sexual, los hombres...—, ya uno llega trastornado, jodido, y creo que en esa dosis de felicidad le da a uno la comunidad. Así que otra vez me rearmé de valor y empecé a montar niños y a trabajar porque por allá no hay una cancha, no hay nada para el ocio, no hay nada. ¿Qué hay? Allá solamente los niños van a encontrar drogas y que los traten, pues en la ciudad también se recluta. Y como yo fui una niña reclutada, yo dije «yo no quiero eso para los niños, yo no quiero que se los lleven a vender vicio, que los exploten, que los utilicen de una u otra manera, como carritos». Ahí dije: «bueno, tratemos de salvar al menos dos de cada 15 y yo ya me doy por bien servida». Y tal vez los niños digan: «bueno, voy a ser escritora como mi profe, voy a ser jurista, voy a ser pintora». Entonces, eso yo lo potencializo y los niños se me han ido creciendo en los grupos, algunos se van, vienen otros y así. Tengo niños entre los cuatro y los diez años.

Después también creé un grupo de mujeres. Todo esto en la Comuna 11, pero yo también he hecho injerencia en otras comunas, ya te hablo de otro grupo. Bueno, la Casa de Lulú es una casa itinerante porque, digamos, yo soy una casa que se mueve en diferentes espacios socioculturales y políticos, y voy a ayudar a transformar la vida de los demás, a dar a conocer historia que le sirva a la gente para acercarse a esas realidades. Y dije: «necesito sanar esa mujer del pasado, esa que está oculta, esa que me duele tanto» y resolví escribir un libro. Escribí La guerra me hizo puta porque siento que yo quería ayudar a este tipo de población. Yo decía: «yo soy pionera en algo», pues eso no lo hace prácticamente nadie aquí en Colombia.

Yo significo con poesía, con relatos, con mi propia historia, la memoria de la mujer, la memoria de las mujeres desaparecidas en el marco del conflicto armado, en medio de la prostitución, de las que nadie habla. Nadie las nombra, nadie denuncia. Cuántas mujeres dijeron: «¡no!» ante el hombre que las increpó —como a mí ese paramilitar, ese hijuetantas— y se las mata. ¿Cuántas no mataron así? Y ¿por qué? Porque no contaban como seres humanos.

Entonces yo me dedico a hacer eso ante la Unidad de Búsqueda de Personas Desaparecidas. Yo me he acercado, he tenido conversaciones, he estado con ellos para la búsqueda de ellas. Es muy difícil buscarlas porque nadie, nadie, busca o quiere a una mujer prostituta. Lo que pasa es que a ellas es muy difícil identificarlas porque los familiares no las buscan por pena, por vergüenza. Pero no solo me dedico a hacer memoria por las desaparecidas, sino también por las que asesinaron, por las que violentaron, por las que violaron como a mí. Porque son cuerpos que transgreden. Creo que para mí es muy importante que quede eso, por favor, la memoria de ellas. La memoria de las otras.

Bueno, ya mi trabajo social y comunitario es en diferentes espacios. También soy líder de impacto, pertenezco al equipo de la «Asociación Tejiendo Calles».

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Trabajamos por las mujeres, población vulnerable o en situación de prostitución en el Parque Berrío, que son mujeres muy adultas.

Entonces, en mí nació como ese, digamos... Yo tenía ese poder, pero potencialicé ese poder al decir mi historia, al hacerla pública en este país, relatar que yo estuve en prostitución, crear el libro La guerra me hizo puta también es una denuncia.

—Mary ¿qué es ese nombre tan horrible? —alguien me dijo.

—No. La palabra «puta» rompe —contesté yo—. En cambio, la palabra prostituta es como «¡ay, dejémosla ahí!, ahí está comodita».

Por ejemplo, la gente se acomoda y dice: «dejemos la basura que está ahí bajo el tapete, no es un estorbo», pero esto con las mujeres es una problemática social. Yo estaba buscando algo más, ¿me entiende? Y me encontré con el abolicionismo. Yo dije: «la prostitución hay que abolirla». Sí, aunque no tengo las herramientas, hagamos incidencia ante el gobierno. Entonces, me volví abolicionista de la prostitución y eso me ha llevado a participar en cosas públicas, en diferentes espacios, como te decía ahora. A uno lo reconocen, ya sea por estatura, por puta, por lideresa, por defensora...

Y bueno, esa es mi felicidad. Yo todavía sigo en el proceso con La Casa de Lulú, soy quien lo dirige; no me he legalizado hasta el momento porque a mí los trámites me enloquecen la cabeza. Y queriendo llevarle cosas buenas a ellas, darles un poquito de paz... Ahora me llamo Malú; mira que siempre he creado personajes para protegerme, como te dije.

¿Cuándo soy Mary Luz? Pues cuando estoy con mis hijos, cuando soy vulnerable. Mira, Malú es la que pone el pecho, la que pelea, la que es la brava ante los noticieros, ante los diarios, la que hace plantones por las niñas explotadas en el Lleras, a la que le importa su comunidad. Es la aguerrida. ¿Y cómo mantengo ese equilibrio entre Malú y Mary Luz? Pues con mis gatos, con mi mamá, con mis hijos. El amor, los amigos, el cariño, con eso, también con la psicología y la psiquiatría. Cuando una persona regresa de la prostitución, llega con algo que se llama trauma complejo y yo lo tengo. Es muy difícil a veces, uno a veces está devastado. Tener que estar tomando medicamentos por la artrosis, la esclerosis, por los trastornos



y los miedos y todo lo que todavía hay. Uno ante el público, ante las personas es muy parado, pero cuando uno ya es Mary Luz es más vulnerable. Y vienen todas ellas, viene Lulito, viene Yasmín, viene Yayita, vienen todas.

Digamos que a mí me renueva el café, los postres franceses y el amor, el amor de los demás, el amor de todas estas personas que a lo largo de mi vida me han acompañado: antropólogos, psicólogos, sociólogos, abogados, estudiante. De una u otra manera, investigadores, profes, me han abrazado y me han querido. Y eso, que me quieran me hace tan feliz... También me da un lugar en el mundo la escritura. Para mí es muy importante que me llamen escritora. Cuando yo saqué el primer libro, yo no creía que fuera escritora. Yo no estudié, oiga. Pero cuando saqué el segundo, dije: «sí soy escritora» y eso nadie me lo va a quitar: el ser alguien. Entonces, esa es mi vida. Esa es mi vida.

También, les quiero compartir un poema:

Te busco
¿Dónde quedaste, peregrina?
Parece que recorriste el país entero.
No quería ese fin para ti.
¿Querías estar acunada en brazos de mamá,
o seguir entre bambalinas
y aplausos nocturnos?
Tal vez de la cintura hacia abajo solo veían un tazón,
Pero yo en todo el cuerpo veía tu corazón.
Te busco en el valor que no te dieron los hombres.
Te busco en el mar de mis miedos que me acusan por callar.
Te busco en mis recuerdos, y en ellos encuentro esa última vez que te vi
en pijama, sin maquillaje y sin tu minifalda favorita.
Te busco en lo brillante de tu cuerpo,
al bailar entre escarchas.
Te busco en los tacones que quedaron
buscando tus pies por semanas.
Te busco, peregrina mía, en cada rincón del bar,
en esa esquina que yace vacía.
Te busco en el beso a tu último cliente, aquél irreverente me responde que
ya no te tiene.
Te busco en los peces mordelones del río, les reclamo por tus ojos,
me responden que no hay regla ni ley que los obligue a dejar intacto.
tu cuerpo inerte que navega en sus dominios.
Te busco porque es lo correcto, porque me lo exige el alma a todo pulmón.
Te busco por todas las mujeres que no tienen voz, por las vidas que han
callado para siempre, según los violentos por no tener valor.
Te busco porque la sociedad nos señala, acusa y tacha de despojo.
Porque somos una minoría para un gobierno de oídos sordos.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Te busco porque tu ausencia marchitó mis días, y mi conciencia me insiste en que no hice nada.

Por mi culpa, por mi maldita culpa.

Te busco porque encontrarte será encontrarme, será encontrar paz



Glosario

Memoria

Andrés. Andrés, el hombre que yo amé y desaparecieron.

Si yo no hubiese tenido tanto dolor, no hubiese encontrado la escritura. Esa pérdida fue una ganancia, así suene paradójico. La desaparición de él me llevó a encontrarme conmigo y a hacer memoria por él y por los demás desaparecidos de Colombia, en especial las mujeres en explotación sexual.

Perdón

El perdón es como un momento de pausa para el alma, como que se caen algunos yugos que uno tiene y se respira, así no le dé la mano al victimario.

Paz

Dios mío, pienso en una frase que me caracteriza y siempre la digo: mientras no haya justicia, reparación y verdad para las víctimas, para las mujeres víctimas de explotación y trata, la paz seguirá siendo una paloma.

Reparación

Dios mío. Mira, lo que pasa es que para entender todo esto que estamos hablando hay que entender algo. Yo soy víctima de varios actores armados. Entonces, soy una mujer rota; me reconstruyo de a poquito. Esto toma tiempo. Y medianamente se está haciendo justicia con la JEP; yo estoy en el Macrocaso 01.

A mí me dio gusto que este año me incluyeran en violencia sexual: por prostitución forzada y también por lo de la herida en la mano. Es como si me dijeran: «tú no tuviste la culpa. La guerra, la falta de oportunidades, muchas cosas te llevaron allá». Es como dejar la culpa... Eso me gustó. Entonces, somos rotos y para entenderlo hay que entender esa dinámica.

Mi amor, la reparación es que haya verdad, justicia. A mí me parece demasiado injusto esto que te voy a decir, porque las víctimas dicen: «ah, la indemnización». Y a uno como que le da pena preguntar por eso, pero no. También me dañaron mis proyectos de vida y 40 salarios mínimos es muy poquito para todo lo que le pasa a una sola víctima. Por ejemplo, en mi caso me parece demasiado poco. Yo con eso no voy a reparar mi vida. Eso ya me lo gasté en la universidad para mis hijos, en la primera violencia que tuve. Para mí no hay reparación porque son muchos hechos de violencia en una sola persona. Y pues que te limiten a una carta de perdón y que te comparen incluso con el Sisbén... Empezando por eso, ya las víctimas somos iguales al Sisbén. Ni siquiera dicen: «sáquenlos del Sisbén mejor. Téngalos como población diferencial por todo lo que les pasó». Y no hay reparación porque aún uno siendo lideresa y activista hay más posibilidad de que te sigan violentando. Eso pasa, eso sigue pasando y eso me ha pasado. No hay reparación para mí todavía. Eso es muy importante.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Alegría

La alegría son los gatos, mi familia, los postres, el vino, el cine. Despertar, abrir los ojos y agradecerle a Dios que estoy viva. Y los viajes. Eso es para mí es la alegría.

Medellín

Medellín es mi cuna. Medellín es mi nido, mi casa. Medellín tiene todo. Tiene la memoria de Andrés. Tiene la reconstrucción de mi vida. Medellín es mi todo. Medellín tiene las letras. Medellín es un libro como yo lo soy. Eso es Medellín. Amo a Medellín. Y la voy a extrañar, digo yo. Si en algún momento me voy, la extrañaré mucho.



Mónica del Valle Sequera Colmenares

Mi nombre es Mónica del Valle Sequera Colmenares, soy migrante, de hecho, soy refugiada acá en Colombia. Soy mamá de cuatro hijos, soy hija de migrantes portugueses que llegaron a Venezuela en el año 50 y 60 y me adoptaron. Yo vengo de una familia pudiente, soy caraqueña de nacimiento, pero yera cuyana de corazón, —eso es otro departamento o estado, como nosotros le decimos en nuestro país— allá yo estudié Ciencia y Cultura de la Alimentación en el estado de Yaracuy. Yo soy licenciada, pero también veo la parte de ingeniería de alimentos, son las dos mezclas, veo la parte de investigación de recetas, investigación de las memorias culinarias de nuestro país, la parte nutricional y la parte de ingeniería y las tres cosas las ejercí en Venezuela.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Yo no pensé estudiar Derecho porque en toda mi familia, ellos son todos abogados, administradores y yo siempre decía «yo no voy a abogar por nadie, que cada quien se resuelva su propia vida, yo no le voy a resolverle la vida a nadie». A mí me gusta cocinar muchísimo y me gusta comer, me encanta comer y me encanta cocinar porque me parece que hay tantas cosas que se hacen cocinando, hablando y tú puedes resolver todo a través de la comida, de una u otra manera, negociaciones, todo. Todo se hace a través de la comida. De hecho, no sé ni cuántos años fui gerente de alimentos y bebidas del Junko Country Club, siempre estaba trabajando en eventos, exposiciones, porque eso era parte de mi rutina.

Yo migro porque yo fui presa política, simplemente, por el hecho de pensar distinto. Siempre en mi casa fuimos liberales, no fuimos de derecha ni izquierda, sino que creíamos en la equidad y la justicia. Sobre todo, mi papá porque ya había vivido una dictadura en Venezuela y siendo migrante decía que eso había sido muy complejo, él también salió de su país por cuestiones económicas. Lo vivió allá y siempre me instruyeron en eso: que la justicia no puede ser así, la equidad y todo eso. Siempre vi normal hacer el trabajo social, desde que yo tengo uso de razón, siempre lo vi normal.

Mi papá trabajó 40 años al Banco Unión, hoy en día se llama Banesco, como jefe de bóveda. Yo siempre iba con mi papá y con mi mamá a los eventos sociales que ellos hacían para recaudar fondos, así luego, se entregaban a las comunidades más vulnerables que tenía el Valle de Caracas, que también le dicen la Eterna Primavera. Es que el Valle de Caracas es muy parecido a Medellín, por eso yo me entiendo muy bien a Medellín porque se parece mucho a Caracas. Bueno, era normal que nosotros fuéramos unos fines de semana a algunas comunidades muy vulnerables para llevar comida, era normal que yo viera a mi mamá dando talleres de costura, dándole herramientas de empoderamiento a la mujer, cuando esa palabra no se utilizaba. Yo crecí con eso.

Llega el tiempo de lo que es todo el tono político que se pone complejo, empiezan a expropiar todo lo de las personas que tenían muchas más cosas, así que expropian las fincas de papá, algunos apartamentos y, pues, a partir de todo ese tipo de cosas vienen unas persecuciones. Papá muere de un infarto como a raíz de que le están quitando las cosas que tantos años él tuvo arrendados y él no soportó ese tipo de situación. Papá falleció y al año siguiente fallece mi mamá con un cáncer de estómago, uno dice que es porque ellos tenían muchísimos años juntos.

La situación se agudiza mucho, mucho, mucho más. Yo sí iba constantemente a marchas, siempre íbamos a todos los eventos en contra del gobierno, siempre trataba de ayudar con los amigos y con los estudiantes, pues creíamos en eso; que teníamos que visibilizar todas las injusticias que estaban pasando y las mentiras que decía el gobierno. Eso trae muchos problemas porque cuando tú estás en contra de algo y el enemigo es una dictadura, sabes que tú eres el punto blanco.

Teníamos un familiar que escondió a un muchacho que se llama Oscar Pérez. Es el Caso Oscar Pérez, fue una masacre en el Junquito, en el kilómetro 16, yo vivía en el 19, y a raíz de todo eso, hacen los allanamientos de las casas, evidentemente,

dan con la mía. Aunque mi casa ya estaba marcada, porque fueron marcadas en el año 2006 cuando salió la lista Tascón; una lista que nos vulneraba todos los derechos, el diputado ya falleció, pero él publicó la lista donde estaban todas las personas que firmamos en contra del presidente. Entonces, cuando sacó esa lista, nosotros no podíamos hacer mercado en el supermercado porque aparecía que tú habías firmado en contra del presidente. No podías optar por becas, no podías optar por trabajos, ni cosas públicas y te empezaban a hacer una persecución.

De hecho, muchísima gente se suicidó porque no aguantó la presión social de que tú estabas en contra del gobierno. De hecho, a raíz de todo, sus familias se destruyeron. A una parte de mi familia no le hablo, porque ellos son chavistas y están enchufados con el gobierno. Siguieron y todavía siguen viviendo en Venezuela muy bien porque siguen en la misma línea del gobierno. Entonces, eso ha sido muy complejo. Mi casa siempre estuvo marcada.

Eso significa que tú estás por debajo, tú no sirves y no eres un ser pensante, según ellos. Mi casa estuvo marcada y ellos hicieron un seguimiento. A mí me llevaron presa junto con una amiga. Mataron a mi perro y me llevaron presa. Fuimos violados por ocho militares en diferentes circunstancias y en varios momentos de nuestras vidas. Estuve presa 23 días en el helicoide, donde nos torturaron. No te imaginas todas las cosas horribles que pudimos pasar en el helicoide. De hecho, mi amiga Alejandra, que fue mi amiga toda la infancia, ella falleció porque de las últimas cosas que nos hacían, nos ponían a jugar a la ruleta rusa con el revólver. Entonces ellos mismos, los militares, mientras ellos jugaban, simplemente, decidían quién vivía y quién moría.

Pues eso ha sido una pérdida que yo me la llevo siempre, aunque todo el mundo dice que eso no es mi culpa, pero yo sí me sentía muy culpable porque ella siempre fue más la niñita de la casa, aunque ya estábamos grandes y todo. Ella siempre fue así como más consentida y era la única hija. Eso yo no me lo perdono. Han pasado ya siete años y yo aún no me perdono que ella no...

Solo por estar conmigo porque estábamos comiendo, ese día estábamos comiendo golfeas que era nuestro postre todas las tardes. Comíamos golfeas con café o con chocolate porque el clima es muy frío. Donde yo vivía había un clima muy frío. Y eso es lo normal para uno mantenerse caliente.

Fue horrible estar en el helicoide. No sé, tú pierdes la noción del tiempo. Para mí fueron muchos siglos, mentalmente. Mentalmente porque te hacen tantas cosas impresionantes en la cárcel que tú no te imaginas. Primero, no es ni siquiera como una cárcel, son como subterráneas, y tú puedes escuchar a los demás presos gritar o escuchar armas, es horrible. O sea, no te permiten tomar agua, te dan comida con gusanos, te acusan de algo que tú nunca has hecho en la vida. Jamás en mi vida yo he cargado una C4. Nunca, nunca he visto una C4 en mis manos. Me golpeaban y me preguntaban cosas que ni idea. Siempre me acusaban. Yo solo pensaba en que mis niñas estaban en la casa. Mi hermana después logra sacarme.

Mi hija mayor, apenas tenía como 12 años, pero yo siempre hacía un plan B. «Si llega a pasar algo, usted se va a esconder en tal sitio y va a salir y luego va a buscar

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

ayuda». Ella se escondió con la bebé, yo tenía ya a la bebé Olivia. Y ella logró pedir auxilio y supieron dónde estaba yo y que me habían llevado los militares.

Te encierran en un cuarto que se llamaba La Tumba. Solamente puedes estar parada, no puedes estar acomodada. Yo no sé ni cuántos días estuve ahí, pero te aíslan completamente. Y eso, prácticamente, no tiene nada. Tú ves... no, ni siquiera puedes ver. Sientes que algo te va a subir por la pierna, pero no, no ves nada. Te mantienen completamente desnuda. En la mañana te dan unos 10 latigazos. Por cualquier cosa te pegan para que tú, pues, no sé, decidas morirte. Aunque ya a uno lo matan en vida. Puedo estar viva como estoy aquí, pero por dentro uno jamás, jamás queda igual.

Yo, a raíz, por la última de las violaciones que tuve, no sé ni cuántas violaciones, porque eso, cualquier cosa te pueden hacer en condición de mujer, me arrancaron el clítoris. No tengo el clítoris. No tengo las sensibilidades de eso. Me logran sacar a raíz de eso porque los abogados se enteran y ya iba muy mal. Me metieron en el hospital. Mi hermana logró pagar una fianza gigantesca, pero con la condición de que dejara el país. Tenía que dejar sí o sí el país. Y así fue.



Me tocó. Sin ni siquiera escoger ropa ni nada, sinoirme con la misma ropa. Además, cuando me cosen, eso no agarras anestesia; te cosan carne viva. Yo sentí cada uno de los 33 puntos con la aguja, muy, muy vivos. Yo recuerdo que me pusieron una camisa de un hombre y yo me comí todos los botones, los partía. Y la doctora me decía «si quieres gritar, grita, porque yo sé que eso no saldrá. Aunque yo te inyecte, eso no agarra, eso no agarra». Pero me reconstruyeron lo que pudieron. Entonces, nada, me vine para el estado de Yaracuy. Me fui a esconder un tiempo allí, mientras hacía el dinero mi esposo.

Después mi esposo se vino para acá porque él es un colombo-venezolano. O sea, su mamá nació en Sabaneta y se la llevaron muy pequeña hacia Venezuela. Ellos se vinieron. Y entonces, él recaudaba todo el dinero para yo poder seguir con las dos niñas y poder venirme. Cuando por fin logramos recaudar el dinero y me recupero empezamos a pensar cómo hacía la travesía del viaje porque, evidentemente, yo soy perseguida política y en cualquier alcabala o punto de control se podían dar cuenta. Bueno, con tan buena suerte que yo viajo y de dónde venimos, se pasan 33.

Desde el estado de Yaracuy hasta la frontera se pasan 33 puntos de control y, en cada uno, tú tenías que pagar... Para ese entonces se le pagaban dos dólares, cinco dólares, dependiendo de lo que el guardia quisiera. Hay que tener bastante dinero para poder pasar. Yo sí había apostillado mi documento, ya por la segunda vez, yo misma, sin gestores ni nada, hice mi paso a paso, porque cuando yo hago el intento, en el año 2016, me voy a Argentina a probar suerte porque tenía una amiga que estaba allá y, pues, resulta que los papeles estaban malos. Ellos hacen mal los troqueles con los sellos y te lo hacen a propósito.

Bueno, yo me traigo mis documentos; mi cédula, el pasaporte, todo, todo en regla. A pesar de todas las cosas, me traigo lo poquito que es y ya. Y una foto de mi mamá y papá que es lo poco que pude sacar. Ah, y este anillo que es del matrimonio de mi mamá, más nada. Las bolsitas, las cosas, ropa que iba a usar. En el último punto de control, cuando vas a llegar a San Antonio, que queda a unas cuantas horas de la frontera para poder pasarla. Eso eran las tres y algo de la mañana, estaba lloviznando. Yo venía con los niños; la niña en los brazos y venía con mi otra hija y otras personas que veníamos en el bus.

Nos bajaron a todos otra vez. Nos volvieron a hacer la requisa. A revisar todo, si teníamos más dinero, sobre todo. Cuando llegó como un general y preguntó si teníamos los papeles apostillados y nadie dijo nada. Evidentemente fue un silencio. No íbamos a decir nada, pero el tipo dijo «abran todas las maletas».

Cuando abren las maletas y ven a las personas que tienen documentos, con una tijera empezaron a cortarnos las cosas: pasaporte, documentos, cédula. Y yo decía, «ay Dios mío». Yo recuerdo que mi hija me decía «mami, nos van a matar». Entonces, yo intentaba calmarla porque tampoco podíamos demostrar tanto miedo porque lo iban a sentir, como los perros. Van a sentir que uno les tiene miedo. Te estoy hablando de que ya Pilar tenía 14 años. Ya tenía 14 años y me dice eso.

Yo dentro de los pañales desechables, metí el dinero, los dólares. Y dentro del

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

peluche, yo lo abrí, metí más dinero y lo cosí, lo poquito que me quedaba lo metí ahí. Entonces me agarraron como 50 dólares, les dije que no tenía más. «Se me bajan o los matamos». Bueno, evidentemente nos bajaron, no nos dejaron seguir en el bus y tuvimos que caminar de ahí hasta la frontera, casi tres horas y media y lloviznando. Pero lloviznando, lloviznando. Y sin nada porque, de paso, nos quitaron los zapatos, de maldad, de pura maldad, nos quitaron los zapatos.

Yo recuerdo que ya eran las seis o cinco cuando abrieron ese portón. Yo nunca había visto eso, uno lo ve en películas, pero yo nunca había visto un exilio de tanta gente, eso parece un río de gente. Eso era de lado y lado, había mucha gente que había amanecido ahí y, pues, empiezan los guardías de Colombia a preguntarnos: «¿mujeres, niños, mujeres con niños, mujeres con niños?», para que nos pusiéramos a lado y tener un poquito de prioridad, para después hacer las requisas de lo que teníamos y lo que no teníamos. Otra gente pues se iba a pasar por debajo del puente, yo no me quería exponer a nada, más que tampoco es que tuviera mucho dinero.

Cuando voy pasando por el puente, el muchacho de inmigración, lo recuerdo mucho, me dice: «Bienvenida a Colombia». Lo que hice fue llorar. Pero, imagínate, como nos robaron los documentos, ¿cómo seguía? Porque me dice mi esposo que tengo que comprar un pasaje y eso se compra con un documento. También me robaron el celular y ¿ahora como me comunico yo con mi esposo? Entonces, yo recuerdo que el muchacho de inmigración me sentó para que me calmara un poquito- Yo necesitaba llegar a Medellín y no tenía ni la remota idea de dónde quedaba Medellín, porque yo conocía Medellín por revista, pero yo nunca había venido. Y, pues, él me pone en contacto con una señora que tenía ahí, como que nos vendía tinto y unas cosas. Ella me pregunta que si yo tenía dinero, que ella me ayudaba a comprar los pasajes. Pues a mí me costó un rato confiar si le daba la plata, evidentemente, por todo.

Yo me hice la loca y dije que no tenía plata. Pero hay gente que me ayudó, me dieron otros pañales, como unas chancleticas, unas chulitas para ponerme, porque andábamos descalzos. Todos los que veníamos en el bus, que éramos 42 personas, veníamos en las mismas condiciones. Veíamos a otras personas que también habían sido hasta violadas en los autobuses. Al rato, pues, yo necesitaba llegar y le dije a la señora que me comprara el pasaje, pero yo me hice una vuelta con las muchachas e hice que como que una persona me había regalado la plata porque me da miedo.

O sea, llega a un extremo en el que uno desconfía de todo. Yo conozco a alguien y yo la stalkeo porque me da miedo, por ejemplo, yo sé que la persona que me vendió cuando me llevaron presa fue una persona muy cercana a nosotros. Entonces, yo le tengo como que pánico a la gente, y eso es algo que todavía no se puede superar. Pueden pasar muchos años, y eso no se supera.

Pero bueno, nos compraron el pasaje, me vine. Sé que hubo dos puntos de control por la carretera, y yo les voy a decir algo, a mí en ningún momento la gente de inmigración me pidió los documentos. Nada. Ellos pasaban, le pedían

documentos a todo el mundo y a mí no me miraban. Era como que si yo fuese invisible. No nos pidieron absolutamente nada en todo el tramo y sí bajaron gente que no tenía documentación. Porque había gente que venía con su documento que era antes, ese era el carné fronterizo, que decía tú nada más podías estar en Cúcuta, nada más. Así que los bajaban yo. Qué cosa tan horrible pasó ahí en el proceso de migración.

Nosotros seguimos y llegamos aquí a Medellín a las siete y quince de la mañana. Son dos días de carretera prácticamente. Llegué aquí y me estaba esperando, evidentemente, mi esposo. Todos estábamos bien. Él sabía porque a los muchachos de inmigración yo les pedí prestado un celular, y yo le avisé a mi esposo por Facebook que habían comprado unos pasajes a nombre de no sé quién y que así iba a llegar. Pero fue una cosa horrible porque solo calculamos el tiempo.

Desde que llegué acá, siempre he vivido en Robledo, en la misma casa. De hecho, ya me cumplí ocho años y vivo en la misma casa, no me he mudado. Yo me rehúso a ser nómada, aunque ya estoy loca por mudarme, pero a mí me cuesta mucho. O sea, eso de estar brincando aquí y allá, pues, a mí me cuesta todo. Yo veo a la gente y yo todavía no me asimilo. Pero sí, ya yo quiero mudarme también, bajar un poquito, porque el trabajo a veces se me complica, también llego muy tarde y necesito estar más con los niños. Aquí di a luz también a Lorenzo, salí en embarazo de Lorenzo y me había operado con Profamilia. No quiero más hijos, yo no quiero más muchachos.

Mi trabajo de liderazgo, yo diría, lleva poco tiempo. Cuando llega la pandemia, yo ya, anteriormente, estaba en todo lo que eran las cooperaciones internacionales que había aquí porque yo veía que había mucho venezolano acá. Las pocas veces que yo venía al centro, yo decía «Dios mío, qué cantidad de venezolanos». Y veía que mucha gente se metía a buscar información sobre si había trabajo, si había esto, si había lo otro. Entonces, yo trataba de captar toda la información que tenía de la cooperación que yo veía por ahí, que ponían algunas cosas, y trataba de mandársela a la gente. Allá conocí a varias compañeras que hoy en día todavía nos seguimos conversando, son parte del equipo de Anauco.

La Corporación Anauco es nuestra organización. Y empezamos al hacer una cosa muy sencilla: «vamos a hacer un grupo de WhatsApp y vamos captando a gente y que la gente se vaya metiendo al grupo y se va enterando». Sin embargo, llega la bendita pandemia y mi esposo que estaba trabajando se contagia. Me llaman porque mi esposo está enfermo. Lo mandaron al Hospital General de Medellín que era el depósito para el COVID y lo entubaron. Y yo «¿cómo así que lo entubaron?» Es decir, yo tenía aquí a los niños chiquitos y todos me dicen que tengo que esperar, solamente, no lo podía visitar. Empecé a preguntarme cómo sobrevivía yo porque yo no tenía ningún documento. Vendí la arrocera y todo para poder comer y por los niños, pero ya después empecé a sentir que yo también tenía COVID.

Mi esposo duró un mes, un mes y medio duró él entubado. De hecho, todos los días me preguntaban si lo desconectaban y yo decía todos los días que le dieran un día más. Y yo empiezo a sentirme mal, a sentirme mal y a pensar que yo debía tener algo. Cuando me van a hacer los exámenes y sale que estoy embarazada. Me

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

había operado en Profamilia, pero no, quedé mal operada. Y entonces, ahí están los tres.

Y, pues, fue una travesía porque como yo no tenía documento era más complejo. Además, hicieron una segregación demasiado grande, obvio, era una cosa mundial y que nadie entendía. Nada, lo que hicimos fue que yo empecé con la gente de la Organización a stalkear a la OIM (Organización Internacional para las Migraciones) y yo no sé por qué, pero conseguí fue el número del gerente. Y yo llamé y le dije que estaba súper desesperada por lo de mi pareja y porque estaba embarazada y no conseguía cómo moverme. Le dije que el hospital no me quería ver, si no tenía un pasaporte y, bueno, que tenía unos niños chiquitos

Así que él me pidió 20 minutos y, yo le digo, yo solo pensaba «este tipo no me va a llamar», pero nada, a los 20 minutos, efectivamente, me llamó. Me pidió todos los datos, al rato me llamó el asistente y me hicieron una cita.

Entonces, a los dos días tenía la cita y fueron en un carro a buscarme a mí y a los niños. Hubo una chica que se quedó con mis niños de la OIM, mientras me revisaban lo del embarazo. Pero yo le comento, cuando lo vuelvo a ver, que, de hecho, lo vi en un pasillo del mismo hospital, le digo «mira, nosotros somos, yo tengo un grupo de WhatsApp. Y tengo mucha gente en mismas condiciones. Gente que ni siquiera sabe la información, o hay gente que a la que le da pena preguntar». Entonces, él me dijo que había que caracterizar todas las cosas de esas personas. Se me metió que yo iba a caracterizar, me dije que iba a empezar a entender cómo funcionaba Medellín. Empecé a buscar un mapa, grande, lo mandé a sacar un día, el día que me tocaba salir. Entiendo cómo es geográficamente Medellín, el poco de barrios en una comuna y esa gente, yo decía «perro, qué poco es, Dios mío».

En el grupo pregunté por quién sabía manejar Excel hasta que salió alguien. Pasamos el enlace y la gente se inscribía. Pero de una vez me di cuenta de que había que hacer los grupos por comuna, así que delegué a diferentes personas para que se hicieran cargo, cada una, de su grupo de WhatsApp. Así empezamos a caracterizar.

Los días que nos tocaba salir, poníamos papeles de que somos venezolanos ayudando a venezolanos, para poder darles información. Y los días que salíamos también íbamos preguntando: «¿dónde queda la Junta de Acción Comunal?», «¿dónde quedan las cosas a la iglesia?», «¿algo que nos pudieran prestar?» Y así hicimos. Empezamos a copiar todo en un cuaderno y yo empecé a sistematizar todo. Esto a mí nadie me lo enseñó. Yo veía que mi padre y mi gente lo hacían. O sea, uno como niño escucha y está pendiente de lo que hacen los padres. Y yo no quería abogar por nadie. Recuerden que yo no quería ser abogada.

Cuando la tuvimos, yo le llamo.

—Hola, ¿cómo estás, Carlos? ¿Cómo le va?

—Todo bien —me dice así.

—Le tengo la gente.

— ¿Cómo así? —me preguntó.

—Sí, la gente que, dirían ustedes, vive por allá, cerca del cielo. Uno la ve arriba. La gente que vive en unos corregimientos y la organización toda está concentrada abajo. No me parece justo porque somos mamás de niños de cinco y seis niños. Lo ideal es que ustedes suban a las comunas.

—Pero es que eso es imposible porque no tenemos caracterizadas las familias. No sabemos realmente dónde están ubicadas porque todo esto es nuevo.

—Yo se lo tengo. —Yo le digo.

—¿Cómo así?

—Háganme una cita. Si quieren, vengan a mi casa.

—No. Vengan ustedes para acá. De aquí vamos a hablar entre toda la gente para ver qué es lo que dice usted. —Con eso quedamos.

Ese día estaba la ACNUR (Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados) en esa reunión. Yo imprimí todo ese poco de carpetas con el poco gente y las cosas. Y yo les dije: «aquí está toda la gente. Pero yo no le voy a entregar nada hasta que hagamos un acuerdo. Porque son datos y, además de que eso vale dinero, eso es parte de la identidad de la gente y es peligroso». Entonces, hicimos un acuerdo. De hecho, ese día me dice la gente de la ACNUR: «Vamos a hacer una cosa. Se va a formar como lideresa».

Entonces, en Venezuela los líderes o lideresas son del chavismo y a mí me choca esa palabra. Sí, yo no conjugo todavía. Yo prefiero que se llamen gestora porque yo siento que nosotros hacemos más que un líder; nosotros nos engranamos. Y, por lo menos en mi caso, a mí me encanta crear líderes. Yo le veo un talento a una mujer y yo pienso que tiene algo que me hace falta a mí, pero que me gustaría que sea parte del equipo para que entonces engranemos entre todos. Eso es lo que yo siempre le digo al equipo.

Así que hicimos ese acuerdo, pero yo también iba a velar a esas personas que iban a ser veladoras. Saber esas personas qué iban a hacer. Primero, mujeres embarazadas, gente con enfermedades catastróficas o enfermedades complejas... O sea, darles un seguimiento, no era «yo les voy a entregar todo y me voy a olvidar de la gente». No. Era darle la atención de todo lo que ellos estaban ofreciendo a esas personas. Hacerle un 360° completo. De atención completa. Porque tenían muchas necesidades, yo fui viendo todas esas y empecé a abogar por la gente. Y sigo abogando por la gente.

Todo eso ha una escuela en estos ocho años; un sube y baja de muchas cosas. Además, aquí el trabajo comunitario es muy distinto al de Venezuela. Muy, muy, muy. Aquí hay mucho protocolo. Aquí, pues, ya yo entiendo los procesos y el porqué. Allá no. Allá pues tú puedes hacer lo que te da la gana porque daba para hacer muchas cosas. Y sin embargo hay mucha gente pobre. O sea, en nuestro país a pesar de que tenía riqueza, había muchísima gente que estaba olvidada. Entonces eso no es algo tampoco tapparla.

Yo estoy abogando por todos los trescientos y pico de mujeres que estamos acá. Nos especializamos casi todas e hice todo el esfuerzo porque, anteriormente, me decían que fuera nada más una sola, que no podíamos ir todas. Y yo siempre he

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

dicho que no. En ese entonces éramos apenas diez mujeres. Siempre tienen que ir todas porque todas tienen que manejar la información, o sea, es necesario.

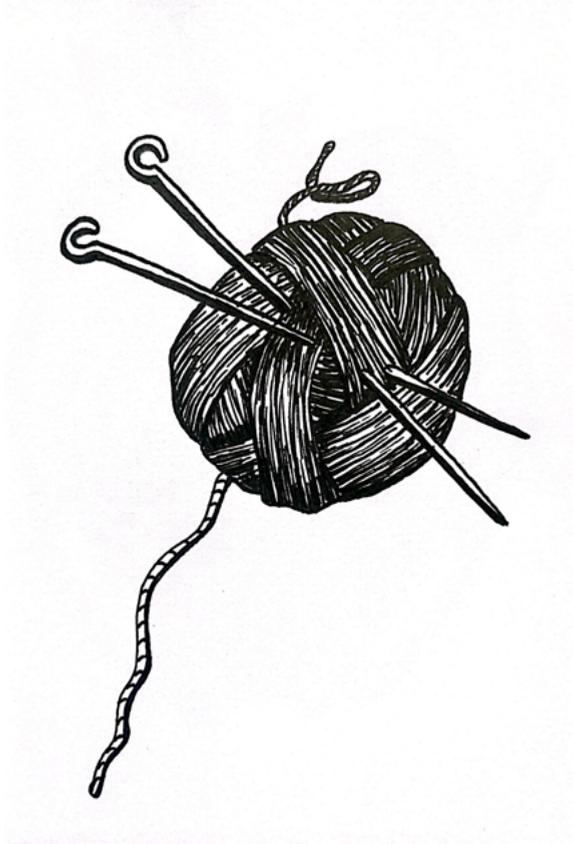
Entonces, empezamos todos a capacitarnos. Y en todo, sobre todo en la parte migratoria, en la parte de migración, que ha sido como que un choque. Porque veíamos que colocaban a un funcionario que, a veces, no sé si por desconocimiento o por maldad, pero hacían hasta los procesos mal. Dejarles el PPT (Permiso por Protección Temporal) con el nombre mal escrito y eso acarrea mucho, mucho contratiempo. Así que nosotras nos capacitamos bien, y fue tan bueno, que hubo una segunda oleada para que nosotras capacitáramos a todo el personal de migración colombiano.

Porque es muy complicado llegar a Belén. Eso no queda ahí mismo. Además, la gente tiene que saber, hay mucha gente que es miedosa. Tú le estás haciendo el prerrequisito y le quieres preguntar algo y no te dan el dato como es. Así que yo les explicaba que ese documento era para que estuviéramos aquí de manera regular, de manera legal, y yo registraba. Nos metimos tanto en eso que, en el año 2021 o 2022, empezamos a una reunión de todas las organizaciones, una de cada organización, para que formar MESUMO (Mesa Subregional de Migración Organizada de venezolanos en Antioquia y Eje Cafetero.), que es una organización de segundo nivel, de venezolanos, solamente para incidencia de políticas públicas. Y todo lo que tenga que ver con las cosas de segundo nivel, de negociación, de mesas, etc. Empezamos a formular todo lo que era eso. Seguimos haciendo el trabajo de campo, pero ya en cosas particulares hay que actuar de otra manera. Con partes técnicas que no conocíamos porque es muy complejo entender la política pública, que es muy compleja. En el 2022 asumimos la coordinación de MESUMO (Mesa Subregional de Migración Organizada de venezolanos en Antioquia) junto con otras compañeras y estamos ahí. Y ha sido muy complejo, muy difícil, porque de una u otra manera, para ustedes los colombianos es muy raro asimilar que venga gente a quedarse cuando era un país expulsado.

Sencillamente, somos parte de lo cotidiano en la cohesión social, somos parte de los barrios, queremos seguir incluyéndonos y nuestro trabajo es eso, trabajar en la integración, en los derechos humanos, pero para todos, no solo para los venezolanos. Nosotros en nuestra organización tratamos de que todo sea por igual, sin segregación. Yo trato de que las cosas sean lo más equitativas posibles, por lo menos en mi organización, y cuando busco ayuda es para todos

Todas las cosas que sean por igual porque es parte de todo, yo no puedo hablar siempre de la cooperación, de integración, cuando hay convocatorias o puestos de trabajo que son solamente para colombianos, a pesar de tener algunos compañeros con todos los documentos en regla. Hay muchos errores con eso, hay muchas cosas, y esto es parte del crecimiento porque es lo que te hace ser humano, tener que hacer el ensayo y el error, los aciertos y los desaciertos. Pero en el tema, realmente, vimos que hay un avance a nivel nacional.

Lo que importa no es que tú puedas entrar, es quedarse y que tú puedas obtener, aunque sea algo para vivir dignamente, porque nosotros, los que venimos y somos



refugiados, lo que queremos es vivir en tranquilidad y en paz, que tú te puedas comer un plato en paz, que puedas dormir y que no pienses que te van a caer a balazos a la casa esta noche. Nosotros lo que queremos son oportunidades, oportunidades por iguales y yo creo que sí, sí se puede, si funcionó en el año 2023, necesitamos que vaya funcionando en lo que va este año. Yo sigo apostando en eso, en la parte de la integración completa que, realmente, son derechos. Cuando migramos, los derechos no se quedaron allá, sino que migran con nosotros.

Yo siempre le digo a la institución: «ustedes son los que tienen que velar, de una u otra manera, por nosotros, sí, tienen sí o sí, una política pública tiene que hacerlo. Medellín es una ciudad multicultural, ni siquiera es intercultural, es multicultural, aquí hay de todo, entonces es necesario respetarnos y reconocernos el uno al otro. Es necesaria esa construcción, no todos somos vagos, no todos venimos a robar, no todos venimos a quitar marido, como me han dicho miles de veces en instituciones. No venimos a eso, no todos venimos a eso, venimos a una construcción de la no violencia y para poder prosperar, y es un trabajo de granito.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Ha sido un proceso muy nuevo para Colombia y para nosotros ha sido muy complejo porque venimos heridos de 20 años de dictadura, son 24 años, exactamente, donde nos dividieron. Así que cuando a usted le dicen que no, ya nosotros, que estamos en otro país, nos sentimos agredidos, pero es que a veces no le explican a esa persona por qué es el no. Yo siempre le digo a la institución que hay que preguntarse por todo lo que pasa mentalmente en esa persona y sentarse a conversar porque usted no sabe las cargas emocionales que podemos tener nosotros los migrantes. Cuántas veces yo no grité, sin saber lo que yo llevaba por dentro. En estos dos años es que he comenzado a hablarlo y a sanar esas heridas que están allí, no van a cerrar completas porque eso es imposible, pero al hablarlo me siento con menos carga. Anteriormente, eso era como que vivir en una cárcel perpetua en mi alma, o sea, eso nunca cierra del todo simplemente por pensar distinto.

Bueno, Mónica en la vida personal es muy callada, a Mónica no le gusta hablar, fíjate bien, no, soy muy introvertida. Me ha costado mucho porque una amiga me dice que tengo el síndrome del impostor porque a veces siento miedo en todo este tipo de situaciones políticas. Sabemos que hay gente que está del otro lado acá; yo soy una persona que no puedo ponerme tanto al ojo público porque me da miedo y, sobre todo, no lo hago por mí ya ahora, es por resguardar la vida de mis hijos. Entonces trato como de no salir mucho en cosas.

De hecho, a mí nunca me ha gustado mucho la foto, me encanta tomar fotos, me encanta la fotografía, pero hacia mí misma me cuesta un poquito. Yo te puedo narrar muchas cosas, pero no, a Mónica no le gusta hablar, a Mónica le gusta cocinar, a Mónica le gusta estar acostada con su muchacho montado encima. Yo digo que, si mi papá los hubiese visto... si mi familia los hubiese visto... mi papá murió, mi hermana murió en la pandemia, mi mamá murió, o sea, me quedan solo mis hijos. Las muchachas me dicen que son mi familia, y sí, chévere, pero no es lo mismo porque no son parte de esa raíz. Ay, las conversaciones que yo tenía, de hablar horas y horas y horas con mi padre y con mi mamá, conversábamos mucho, porque cuando tú estás con viejos, los viejitos hablan demasiado porque ellos quieren ser escuchados y yo no tenía problema con eso, a mí me gustaba, por eso es que salí muy callada.

Eso es lo que me pasa con esto, cuando estoy en el territorio, yo escucho a las personas. Así me doy cuenta de que ellos tienen no un solo problema, sino múltiples problemas. Pero, no, mira, es sagrado para Mónica estar todo el tiempo escuchando música para todos. Yo digo que mi vida es como si fuera una música y, de hecho, yo a veces me expreso a través de una canción. Soy muy tranquila, tranquila, pero yo no tengo mucha paciencia. Eso sí se lo puedo decir, tengo un temperamento muy cambiante, un carácter firme; cuando digo que voy a hacer las cosas las hago y en tanto tiempo, así.

En contraste con lo público, todo lo contrario, soy de hablar para expresar todo porque hay otros líderes que comenzaron conmigo y se han ido con Movilidad Segura; decidieron irse porque Colombia no es segura para nosotros. Yo soy una

de las pocas líderes que se quedan, de hecho, los territorios están cambiando mucho respecto al liderazgo comunitario porque para muchos no es seguro, les gusta Estados Unidos y eso. A mí no me gusta Estados Unidos, yo viví tres meses allá por obligación de mi padre por un curso que tenía que hacer y no, no me gustó, no me gustó el sistema, pero respeto a la gente que se quiere ir. Mi sueño es vivir a Toscana, Italia y yo sé que Movilidad Segura no me lo va a dar.

Pero sí sigo apostando a levantar más líderes, a enseñarles cómo es un proceso realmente integral. Porque un líder no me va a pegar cuatro gritos y va a decir esto sin saber realmente qué es. O un líder no es nada más de escritorio, un líder tiene que caminar, escuchar, ver, hasta que sienta y pueda entender al otro. Porque si tú no estás en eso, tú no vas a poder jamás entender al otro. Por lo menos ese poquito de empatía, porque tampoco vas a sentir todo el dolor, pero sí, por lo menos, vas a entender lo que te quiere decir y te quiere mostrar todo el panorama que es.

Soy una de las pocas que se queda, ya la mayoría se ha ido. Me ha tocado entonces ponerme todos los chalecos de los demás compañeros para sacar adelante el tema migratorio, que se siga visibilizando toda la aberración que sigue pasando en Venezuela, toda la violación de derechos humanos. Mi hija estuvo perdida, mi hija está en Venezuela, la mayor. Ella estuvo aquí, pero no le gustó. No hubo manera y yo recuerdo que cuando ella se regresó, hace como dos años, ella me dijo «mamá, yo pensé que iba a conseguir mis amigos y mi entorno y nada». Pero yo pienso que lo que tú extrañas ya no existe, o sea, no existe. Simplemente es el tiempo, el tiempo en que tú vives, de resto, ya todo va cambiando poco a poco. Pues ella está allá con su abuela paterna.

Mi hija estuvo perdida un mes y un día, ahorita después de las elecciones. Ellas tuvieron que salir porque la casa se la allanaron, porque la tía era testigo de mesa opositora y obviamente, se la llevaron. La tía está presa, sí, está presa. Son 20 mil dólares que están pidiendo para poderla sacar. Es mucho dinero. Mi hija se llama Pilar y mi Pilar tiene el bebé de la tía, está con la abuela y con el abuelo. Pero fueron momentos horribles porque yo me preguntaba dónde estaba. El día que ella me llamó y me dijo: «mamá, salimos huyendo, voy en un carro. Cuando llegue a un punto seguro, yo la llamo». Nunca llegó a hacer la otra llamada.

Qué cosa más horrible para una madre: sentir que ya es algo que tú viviste. Yo creo que yo lo mío lo voy a superar, pero una hija, o sea, tú te quiebras completamente. O sea, un hijo es una cosa que es intocable. Entonces, bueno, un día recibí la llamada de madrugada y ella no me pidió la bendición ni nada, sino que me dijo «gracias a Dios», pues, resulta que a mi hija en uno de los puntos de control le quitaron el teléfono. Entonces, ella no se acordaba de los últimos dos dígitos de mi teléfono. Me dijo que llevaba dos semanas yendo al pueblo porque donde estaban no tenían luz ni internet, nada. Eran dos horas a pie, entonces eran cuatro horas de ida y vuelta, pero, me contaba, que cuando llegaba al pueblo no se acordaba del segundo número, así que estuvo intentando e intentado acordarse todo ese tiempo. ¡Qué cosa tan horrible!

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Su papá la fue a buscar porque papá estaba en España, y bueno, se devolvió en estos días. Pero él me preguntó que si no iba a ir con él y yo le dije que no podía porque tengo unos niños acá pequeños y ellos dependen de mí, además de que yo soy perseguida política. Entonces luego me dicen que yo soy mala madre, pero yo le di las herramientas a ella, lo que podía darle y ella está grande, ya tiene 21 años. Yo creo que son decisiones. Es un momento muy difícil, para mí es muy difícil, eso le decía yo. Pero él seguía insistiendo y fue tanto, tanto, tanto que me sacó de aquí del corazón la rabia. Me dijo: «bueno, ¿y si aparece muerta? ¿cómo vamos a hacer?». Yo le contesté: «bueno, yo le di la vida y ti te tocará enterrarla».

Obvio, yo nunca le quería contestar de esa manera y yo se lo dije a Pilar. Le contesté así porque qué iba a hacer. Yo también tengo que pensar en estos niños. Ella se puede defender, estos niños no. Todavía necesitan a mamá, que mamá los encamine. Y es tan así que, ¿sabe ella que hizo?; dentro de los pañales del niño metió el dinero para poder sobrevivir, o sea, lo mismo que yo había hecho.

Viste, uno hace cosas que piensa que los hijos no ven, pero uno sí ve, uno sí ve. Porque ella, pues, todo lo que aprendió aquí en los cursos —siempre me la llevaba conmigo—; todas las cosas de autoprotección, todo, absolutamente todo lo ejecutó tal cual, y lo sigue ejecutando. Ella sabe que yo estoy aquí y que si dice que es hija mía puede ir presa. Entonces, ella trata de ocultarse todo lo que puede, todo lo posible para no causar daño a ninguno. Pero eso ha sido, eso ha sido una ruleta rusa de aprendizaje constante, constante.

Glosario

Memoria

No, o sea, tiene que ser como la del elefante, jamás puedo olvidar absolutamente nada porque todo es necesario, ya sea para que no se repita o, simplemente, para recordarla de una manera ¿Cómo te diría yo? Es que hay cosas que se recuerdan con dolor y hay otras cosas que se recuerdan para uno pensar que debió ser así por un propósito. Yo siempre he pensado que ya todas las cosas son así, uno tiene como ese libro de la vida marcadito. Debió ser así, pero ahora de otra manera para que no se repita, hay constante y fresquecita.

Perdón

Hay que tenerlo para uno seguir adelante y hay que hacerlo. Y lo más difícil es perdonarse a uno mismo. Eso es lo más difícil que le pasa al ser humano: perdonarse a uno mismo.

Paz

La que consigo estando con las personas. Eso, eso me da mucha paz. A veces me dicen que deje los territorios, pero es que a mí me gusta porque eso me causa paz. Es como si yo estuviera con mi mamá, con mi papá y con mis hermanos. Entonces, ver cada reflejo de cada familia es como que si yo estuviera con ellos. Y eso a mí me tranquiliza y me hace feliz.

Esa es mi felicidad.

Reparación

Todos los días cuando estamos con la familia, buscándoles soluciones y, de una otra manera, ayudándoles, aunque no tenga soluciones, pero estando ahí, estando con ellas para poder hacer esa cadenita de favores.

Alegría

¡Ah, mis hijos! Mis hijos, mis hijos... Alegría a mis hijos. Mis hijos y las personas que consideran el camino. Eso me da más alegría.

Sanación

Es el momento cuando estoy en silencio. Cuando estoy en silencio, eso.

Medellín

Caracas. Es como estar en casa. Caracas. Y la comida. La comida. Aquí comemos y bastante. O sea, a mí me encanta comer así bastante.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria



Rosalba Rodríguez

Mi nombre es Rosalba Rodríguez Escobar. Mi nombre es Rosalba, solamente que en mi casa sí me dicen Alba, todos me llaman en la familia Alba. Pero Rosalba es como lo más normal ante la comunidad. En Participación Ciudadana entendí que la palabra es «edil», pero como mujer debe ser «edilesa». Entonces, me identifico como edilesa

¿Mi historia? Bueno, es hermosa porque son bobadas; una educación linda porque mi papá y mi mamá nos enseñaron buenos modales. Buenas formas de tratar a las personas. De participar en todo en la vida. Mi mamá nos enseñó la vida.

Decía que había tres cosas muy buenas, positivas: Los paseos, el fiambre y las fotos. Mi mamá cada ocho días, los domingos, nos sacaba para cualquier parte: «Hoy vamos a almorzar en la quebrada». Las quebradas eran limpias y entonces ella nos llevaba, por ejemplo, a almorzar en Aranjuez en una quebrada. Así, cuando salió la casita nos hacía irnos todo el día para allá, para donde estaban construyendo, y allá íbamos a desayunar porque nos hacía madrugar desde las cinco de la mañana. Aunque queríamos dormir, como era para ir a la casita de nosotros, arrancábamos.

Tuve unos padres que sí nos dieron muy buena educación y mucho respeto para todo el mundo, entre nosotros, entre la comunidad; entre los vecinos. «Mija, hay que participar en todo» porque —como de once años estrenamos la casita— todos los vecinos hacían las natillas allá, que los tamales y así. O sea, había una gran unión entre la comunidad. Yo digo que lo que yo soy es debido a la forma de ser de mi papá y mi mamá que fueron los que nos enseñaron

Entonces, vuelvo y le repito, mi mamá me decía: «Mija, en la vida hay tres cosas muy importantes: fiambres cargados en olla después de ver las hojas de plátano y las fotos. Porque cuando esté viejita, cuando estemos cuchitas vamos a sacar las fotos y vamos a comer fotos». Eso hacía mi mamá; llegaba el vecino y ella ahí mismo le sacaba el álbum de las fotos. Así que ya las pegaba en el árbol y a todos los vecinos los invitaba a ver las fotos: «Vea, esto nos tocó en Aranjuez. Esto nos tocó en Manrique porque nosotros vivimos en Aranjuez y en Campo de Valdés, recién venidos de Bogotá». Así era y eso era feliz mi mita con las fotos.

Yo digo que el comportamiento de una persona depende de cómo lo formen en la casa. En mi casa fuimos muy buenos. En mi casa hay un sacerdote y una monja, otras dos hermanas mías iban a ser monjas, pero no les dio por su carácter. No, no, de una vez les dijeron que no. Pero sí, en estos momentos hay una monja y un sacerdote en la familia. Ella está en La Ceja y el sacerdote, mi hermano, que es el niño, está en Armenia, Quindío. Y ahí vamos maravilloso.

Yo empiezo cuando estaba en tercero de bachillerato. Antes de las vacaciones de medio año, mi papá me dijo:

—Alba le figuró retirarse del estudio para que se ponga a trabajar, para que me ayude porque ocho hijos me tienen que no me alcanza.

—Papá le figura a usted esperar que yo termine el bachiller.

—No, mija, se sale, termina este año y se sale a trabajar.

No le hice caso, entonces yo terminé el bachillerato. Ya después de bachiller, ya me puse a buscar como la forma en que me iba a poner a trabajar. En fin, vi la necesidad de ayudar y apoyar. Entonces, por ahí había un anuncio de que daban clases de modistería. Se llamaba «Mariela» la empresa que daba las clases. Y le dije: «Entonces, papá, mire, voy a estudiar, voy a prepararme, me gustan las máquinas. Así que la costura, págume eso, yo no tengo de dónde pagar».

Sí me lo pagó. Estudié dos mesecitos. Eso fue rápido porque ya tenía inducción de mi mamá. Mi mamá manejaba máquina en la casa. Entonces aprendí con eso. Bueno, ya empecé a ayudar a una vecina que tenía confección, ayudarle a pulirle

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

y a mirar el manejo de las dos máquinas que ya tenía. Estaba esperando a que cumpliera los 18 años porque antes no me daban trabajo. Mi papá decía «yo le firmo la carta de permiso» y yo estaba desesperada. Ya cuando cumplí los 18 años, una amiga del barrio, Nelly, me dijo que en «Confesiones Eva» estaban dando clases los sábados de siete a 12, así que a mi papá le figuró darme la plata de los pasajes y empecé allá las clases.

Fui el primer sábado a manejar esa máquina industrial. Al segundo sábado, a las diez de la mañana, me llamaron a la oficina y me dijeron «Rosalba, váyase para su casa, ya no trabaja más. No venís aquí a aprender los sábados y estamos muy agradecidos contigo». Les digo que me dio un desconuelo, una tristeza. Les agradecí por la oportunidad y me paré. Cuando eso, se usaban esas carteritas pequeñas esos bolsitos, la dejé ahí en el escritorio.

Luego me dicen «venga, pero no se va para su casa. Se va para allá para mantenimiento que le van a dar los zapatos, el delantal, los guantes y un sombrero que se usa de protección. Empieza el lunes a las siete de la mañana a trabajar acá». Ustedes no saben esa alegría que me dio, que yo arranque rápido para la casa. Ni siquiera esperé que me dieran el refrigerador que nos daban a las diez de la mañana para contarle a mi papá.

Así empecé, me fue muy bien, manejé todas las máquinas en Eva. Me iban acomodando al mes o a los dos meses en otra máquina y en otra. Para mí era muy bueno porque estaba aprendiendo, pero resulta que después me enteré que ellos veían que yo tenía buena facilidad de movimiento de los pies para manejar los pedales y que de la mano era muy rápida. Pero uno tan joven no ve las cosas así.

Así fui ascendiendo. Ya a los dos años era repartidora de trabajo, dándole a esas escalas para arriba y para abajo, a repartir trabajo. Después me dijeron que era supervisora en el turno de desde la una de la tarde a las diez de la noche. Además, yo no me perdía horas extras, un sábado o un domingo para trabajar extras, yo los cogía.

Bueno, con el primer pago que me dieron me fui para el Éxito porque era cheque. Compré ropa interior para mis hermanas —yo soy la mayor—, para mi mamá y para mi papá. En fin, les llevé eso y un poquito de mercado de todo, así celebramos ese viernes; porque nos pagaban los viernes.

Eso me dio a mí una esperanza muy grande porque tenía un apoyo de mi papá que me decía «mija, es que usted va a ser grande en la vida. Mire, mija, por eso yo quería que me ayudara». Así fui, pero me tocó muchas veces pelear con los jefes por las niñas que llegaban tarde el sábado porque sí nos tocaba madrugar, estar a las seis de la mañana. Entonces, peleaba con los jefes porque yo les decía «un momentico, entregamos ayer viernes a las diez de la noche. ¿Cómo van a llegar temprano?». Ellos me aceptaban eso.

Ya después salió un anuncio de que estaban necesitando urgente a la gente para trabajar en Venezuela. A mí me gustó porque en ese tiempo el bolívar era muy buena moneda. Me postulé y mi papá me insistió de que me fuera legal para que no me pasara nada. Esperé dos años hasta que conseguí una empresa que

valiera la pena; así trabajé dos años en Venezuela. Me tocó venirme porque a mi mamá le dio un infarto, más bien, quise venirme por eso.

Seguí trabajando en confesiones aquí. No sé, era como un don que yo tenía. Yo era de muy buen genio, pero cuando me tocaba pelear por lo legal, lo peleaba, porque me gusta que todo sea derecho, nada así como faltoneando.

En Eva, con el sindicato... Eso sí fue maluco para mí, porque yo tenía que ser muy leal con los patrones y con mis compañeras también. Entonces, ellas montaron un sindicato; yo estaba en ese vaivén de que si estaba con el sindicato o que si estaba con los patrones. Así que los patrones me llamaban a la oficina para que intentara convencer a mis compañeras de que dejaran el sindicato y yo me negaba. Después, ya seguí trabajando en otras confesiones y listo.

Casi toda mi vida fue en confecciones. Me fue muy bien, cuando ya en el 2015, en marzo, me puse a observar; a mirar muchas necesidades de la comunidad. Y dije «ay que pesar, y uno sin platica para poderles ayudar».

Así, de la Junta de Acción Comunal de Belén las Playas me llamaban para que me fuera para allá, donde ellos, a funcionar con ellos y de todo. Yo manejaba turismo y en el turismo la gente también me fue conociendo, y esas personas le decían a la presidenta que yo era muy chévere; que ojalá trabajara allá. Me rogaron dos meses. Mi trabajo era en esto de los servicios exequiales, con la Asociación Mutua La Resurrección. Yo era la presidenta de la junta directiva y la representante legal, así que yo no quería acceder a la Junta de Acción Comunal porque ya era mucho trabajo y no sabía qué era lo que tenía que hacer.

Mi mamá me decía: «Usted es que es boba o qué, ándate, mirá a ver, y si no te gusta pues te salís y ya, pero andá». Al final, después de los dos meses, le hice caso. Ellos se reunían los jueves. Llegué ese jueves y apenas yo llegué a la esquina, alguien me vio y anunció mi llegada. Todo el mundo se alegró. A mí me sorprendió mucho porque había personas que yo no conocía. La presidenta se salió —en este momento es concejal—, Santiago de Perdomo también se salió a la calle, dizque «es que la necesitamos hace tiempo. ¿Usted por qué se deja rogar tanto?». Me recibieron de una maravilla que empecé a sentirme conquistada. Ya llegué ahí y comencé como líder social. Empezó a gustarme.

Después de dos años en mi barrio, en el sector, ya me metí a nivel de Belén. Entonces, con mi comunidad, en mi barrio, en mi sector y ya en Belén, empecé a ir a talleres, a reuniones, capacitaciones y todo. Cada día me iba gustando, me iba gustando...

Me llamaron de la Mesa Ambiental de Belén, yo asistí y no duré sino un año como participante. Al año ya me estaba postulando para la Junta; para ser coordinadora. Yo les decía: «¿Ustedes son bobos o qué? Si yo no tengo experiencia en eso». Pero ya en ese otro cargo me tocaba ir a la alcaldía, averiguar con las secretarías para conseguir los proyectos. Yo no sabía nada de eso, pero a la vez yo quería, solo que estaba el miedo; como un miedo de si sí iba a ser capaz.

Entonces quedé como coordinadora en la Mesa Ambiental, después ya era con medio ambiente y con área metropolitana organizando los proyectos. Ese

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

celular empezaba a timbrar a cada rato y yo era desesperada: me llamaban para reuniones, para hacer visitas, recorridos, supervisiones. Llegó un momento en que me fui como absorbiendo en los horarios y todo eso. Me tocó coger una libreta y anotar, porque ya era demasiado, pero, a la vez, no era un miedo negativo, sino un miedo positivo.

Ya llevaba cinco años, cuando...

—Yo me voy a lanzar para el Consejo y la necesito a usted como edil para Belén—Santiago Perdomo me dijo.

—No, señor, ¡pues cómo!

A mí ya me daba un susto, ¿cómo me iba a meter yo ya con un concejal a la alcaldía? Ya me pareció que eso era demasiado pesado y yo le dije que no. Decidí que más fácil le conseguía a alguien y le conseguí a un joven, pero insistía a que fuera a los talleres, que fuera orientando al joven. Al final eso fue un pretexto, me manipuló. Yo iba a todo, pero el muchacho no asistía a nada, supuestamente por la universidad. Terminé preparándome yo como edil, entonces un día me dijo: «Bueno doña Rosalba, le figuró ir a la registraduría a firmar allá. Yo ya la postulé. Ese muchacho no me sirve. La necesito es a usted».

Más, sin embargo, algo me haló. No le quise decir a mi mamá porque me empezaba a chuzar. Cuando me fui a la registradora pedí que me explicaran cómo funcionaba todo, entonces, me dijeron que iba a ser el conducto entre la alcaldía y Belén. Me tocó firmar. En eso faltaban apenas como dos meses para las votaciones. Cuando llegó el día de las votaciones, ni él pasó, ni yo pasé; no pasamos. Pero a mí me preocupó fue él, me dio pesar de él. Eso me costó a mí dos medias de aguardiente. No por mí, sino por él.

Como a los dos días me llamaron y me dijeron que necesitaban tener una reunión conmigo; eso fue para decirme que no más que había sacado 486 votos. Veá, esos 486 votos, para mí, fueron demasiado. 486 personas votaron por mí. Yo me imaginaba que tal vez 50, 100 máximo, pero no 486. Yo repetía en esa reunión «¿486? No, pero eso es inconcebible».

Después, miré a Santiago y le dije: «¿Sabes que Santiago? Para la próxima me voy a lanzar. Esas 486 personas me están demostrando quién soy. Y sí, voy a darle esa oportunidad a la comunidad». Claro, también era una oportunidad para mí, para que confiaran en mí. Entonces, ya para esta selección, el año pasado se me acercó.

—No, yo ya no la necesito en la Junta Administrada Local, sino como secretaria en la oficina porque yo voy a pasar. A usted no la quiero como JAL. Yo voy a conseguir otra persona.

—¿Qué? Ahí sí no le voy a hacer caso, yo no voy a irme para allá de siete de la mañana a siete de la noche y a mi comunidad... ¿cómo la dejo abandonada? Si esos 486 de las elecciones pasadas me están dando a mí la veracidad de quién soy. Yo no los puedo traicionar. Yo me quedo, yo me voy a lanzar.

—No, yo no voy a darle el aval. Es que yo la necesito en la oficina —me dijo.

—¡Usted verá! Pierdo esta oportunidad y, bueno, si usted no me va a dar el aval... pues, bueno.

Y mentiras que sí. Yo le dije que yo no me iba a meter allá a la oficina, entonces siempre me lo dio. En esa se estudia la expectativa por los votos. Me tocó a las diez de la noche y yo ya tenía 1.400 y punta de votos. Y yo decía: «Ay, Dios mío, bendito».

Cuando ya el otro día me llamaron que en Plaza Mayor estaban dando los datos definitivos de las votaciones. Entonces ahí mismo me fui tempranísimo, me madrugué y me fui para allá. Estuve todo el día; dos días seguidos en Plaza Mayor. Entonces, al final llegué hasta los 1.626, yo esperaba pasar con eso. De todas maneras, yo ya estaba muy emocionada con saber que 1.600 y punta de personas estaban votando por mí. Todo a nivel de Belén. Yo estaba en organizaciones en la Mesa, ya sea de la Mesa Ambiental, la Alimentaria, la de Familia, el Colectivo de Mujeres, o sea, yo ya averiguando los chismes en todas partes y en todas partes participaba. Ya eran bastantes personas que me conocían.

En las reuniones en las que les iban a entregar el reconocimiento a los concejales, me dice el concejal —yo ya sabía que él había pasado—: «Doña Rosalba, usted también pasó». Ahora que estoy como edil, me meto en todo, voy a todas partes, pero cumpliendo. Si yo veo que no soy capaz, digo, «no, no, no puedo asistir, no puedo participar». Me ha tocado decir así. Ahí voy, estoy muy contenta.

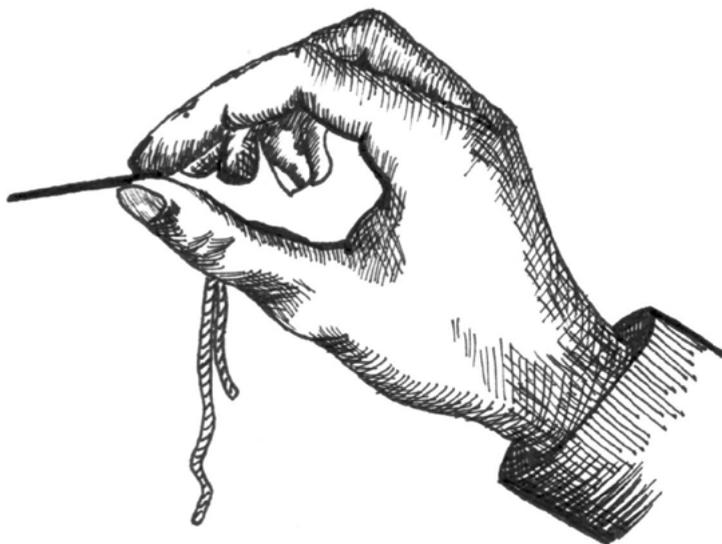
Como Junta Administradora Local nos dieron el aval el 11 de enero de este año y el 17 nosotros ya empezamos. Tuvimos el empate con el empalme de los anteriores y ya de ahí terminamos en enero. Yo me sentía engañada porque yo pensé que, como Junta Administradora Local, iba a ir una o dos veces en la semana a la sesión y ya, de resto, uno estaba con la comunidad haciendo sus cosas. Todos los días yo estaba metida en la oficina y todos los días estoy metida en la oficina. Todos los días.

Busco la forma de cómo ayudarle a la comunidad, de cómo averiguarles y les pido los datos para tenerlos presentes. Veo que estando allá estoy mejor porque me entero de las cosas y le paso la información a la comunidad. Ya llegan a la oficina preguntando por mí, pidiendo información, datos, ayuda. Llegan adultos mayores, niños, jóvenes, desde problemas de salud, hasta problemas educativos y económicos. El solo hecho de irme para la oficina desde las ocho de la mañana hasta las cinco y media de la tarde para mí es un reto y me fascina. No sé. Cualquier duda que yo tenga, ahí mismo me voy para Participación Ciudadana y me colaboran, porque no me gusta cometer errores en algo cuando hay otra persona involucrada; es responsabilidad con la comunidad.

Yo soy muy averiguadora, voy mucho a las secretarías para que me comenten y me aclaren, ellos me orientan y yo me dejo ir. Entonces voy feliz. Quisiera como estar en todo, participar en todo. Anoto todo en mi agenda, aquí la tengo, sí aquí la llevo, es hasta bien grande para no estar teniendo un montón chiquitas. Yo escribo todo: los datos de la persona, su solicitud, luego voy y trato de resolver. Entonces, sin querer queriendo, me he dado a que la gente vaya y me busque, que hasta las secretarías me preguntan por qué. Pero yo siempre digo que somos siete ediles y que el que esté puede colaborarle a la comunidad.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria



Se han logrado varias cosas, por ejemplo, mejoras de vivienda. Cuando yo empecé, me tocó en mi barrio, me dijo la presidenta que saldrían las inscripciones para las mejoras de vivienda y le dije «ay, cómo así, qué rico y cómo se hace eso. Contáme a ver.». Ella me daba libertad a mí para tomar decisiones, pero yo nunca lo hacía sola, siempre consultando con ella. Cuando salió esa de las mejoras de vivienda, entonces le propuse que si formábamos una listica con los datos que teníamos de teléfono de quienes necesitaban, pues, para que se postulara. Ella me dijo «sí, hágale, hágalo usted». Yo ahí, a veces pensaba: ¿será que la presidenta quiere que yo haga todo y ella quedarse así? No, era que ella me estaba dando a mí la facilidad de que yo me defendiera. En el transcurso de esos dos o tres años me fueron conociendo; eso fue lo que me lo contaron ahora el año pasado: que vieron un don en mí.

Con esa mejora de vivienda me dio mucha felicidad porque ella misma me dio el contacto de ISVIMED (Instituto Social de Vivienda y Hábitat de Medellín). Yo llamé y les dije: «Les tengo más de 80 personas en un listado para que vengan acá a hacerles la reunión». Les tenía el espacio y todo eso. Entonces vinieron. Empezamos a hacer las reuniones en grupos de a 30. Fueron tres personas de

ISVIMED, escribieron en el portátil, listo, y ya las que salieran favorecidas. A los seis meses ya estaban haciéndoles las mejoras de vivienda.

Vea. El solo hecho de yo ver una sonrisa de esa persona hacia mí, «ay doña Rosalba, qué felicidad, qué alegría», para mí eso era un regalo grande. Yo dije «ay, pero qué maravilla uno poder ayudarle a la gente de esta forma» Yo, de haber sabido eso hace años, ¡qué no hubiera hecho! Mire, 22 familias salieron favorecidas. A todas yo las visité el día que les tocaban las mejoras, llevando los materiales y de todo, ayudándoles a conseguir la casa de alquilada, en fin, todo eso. A mí me dio una emoción, pero cada día más encerrada, más metida en la oficina.

El otro fue el bono alimentario, cuando salió lo de los mercaditos solicité a que vinieran acá mismo a la cancha de fútbol porque la comunidad muchas veces no va y pierde un proyecto, una ayuda por la distancia. Entonces, venían de allá de inclusión social a inscribir a las personas para el bono alimentario, para los mercados. Y así, cada año.

Con todo esto, me gustó el medioambiente, las siembras y, sobre todo, los niños. Con Área Metropolitana me solicitaron un semillero de niños para cuidar y me preguntaron si podíamos conseguir los niños y yo «Ave María, claro y si no, yo los busco». Conseguimos los niños, me pidieron 32 niños y se pasó, porque es que los mismos niños se comunican y la misma comunidad se cuenta. Y los niños felices.

Ya empezamos con la Mesa Ambiental que también me impactó con las siembras en las huertas, en los barrios. Siembras, eso también fue para mí importante porque la comunidad participa, la comunidad ayuda. A mí la comunidad me anima mucho. Otro impacto así son los adultos mayores, especialmente, con el subsidio. Con el sólo hecho de darle las explicaciones, yo me siento feliz. Las señoras cuando me dicen «ay cómo le parece va a haber un paseíto yo no alcancé», yo les digo «espere a ver qué se puede hacer. Prepárese y yo miro qué hacer». Así que yo lo pago con tal de que esta señora se sienta bien. ¿Me entiendes? Entonces, todo eso a mí me impacta porque se me da. No sé si es que yo soy muy chuzona, pero se me dan las cosas. Ay, me encomiendo mucho a Dios y a la Virgen, le digo: «Señor, en tu mano te lo dejo. Necesito esta ayuda. Necesito esta colaboración», «ay, mañana vamos a hacer un evento, yo quiero que los niños participen, que no vaya a llover», y así.

Muchas cosas me impactan. El que lleguen jóvenes y uno les firme la cartica de residencia, de iniciación de horas sociales, de terminación de horas sociales... Para mí es impactante, es felicidad, cuando hay convocatorias de inscripciones, pues ya los tengo preparados. Porque otra cosa impactante para mí fue una vez que se me acercaron dos jóvenes de la José María Bernal, de mi sector y salieron favorecidos por Sapiencia. De ahí me habían pedido que escogiera dos estudiantes de buena conducta, buena disciplina, buen comportamiento para darles la beca completa en la universidad, el estudio que fuera. Me impactó porque ese rector estaba feliz cuando yo le llevé esa noticia, entonces, me dio esa emoción de que estaba informada de algo tan importante para dos alumnos. Eso fue hace dos años.

Con las horas sociales también me gusta mucho porque van y hacen sus horas sociales, yo voy donde las están haciendo y les llevo refrigerio porque eso no les

CONVERGENCIAS

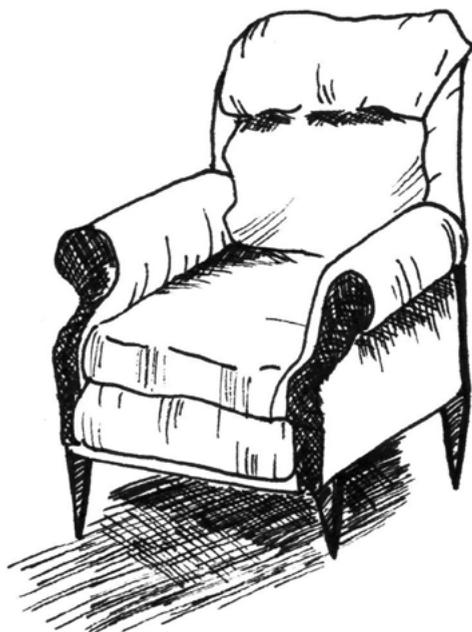
Museo Casa de la Memoria

da. A mí me da mucho pesar, así que yo voy y le llevo un juguito y una comelona. Eso me impacta también mucho; esa sonrisa que me brindan esas personas, eso a mí me da amor. A mi Dios le pido que me dé muchos años más de vida.

Yo cuando abro mi puerta —en este momento estoy viviendo sola—, abro la puerta, entro, descargo, me quito la ropa. Me pongo bien sea una pantaloneta y una camiseta o una batola y las chanclas. Me siento. Empiezo a agradecerle a Dios por los días tan espectaculares, así me haya ido mal, le pido por el siguiente día y me voy a descansar. Me quedo dormida.

En mi familia tenemos ese don de tener buen dormir, no nos estorba la música, la bulla, ni nada. Mi papá y mi mamá eran así. Así, sentada en la silla me quedo dormida. Descanso una horita y me levanto, me tomo un jugo, empiezo a mirar qué tengo por hacer en la casa y si no, entonces, me dedico a ver qué tengo pendiente. Miro la agenda para ir preparando. Bueno, un sábado, por ejemplo, ahora tenemos la capacitación en la Universidad EAFIT hasta las 12 y ya llego a la casa, almuerzo, me pongo después a organizar la casa y después descanso.

Mi tiempo es ocupado totalmente. Mi casa, cuando yo llego en la noche, es mi descanso.



Glosario

Memoria

Memoria es recordar todo lo que pasó, minutos hacia atrás. Eso es tener buena memoria. En cuanto a mí, la memoria mía en estos momentos, a la edad que tengo, está excelente. Si en el momento yo miro algo y me acuerdo de que tengo pendiente tal cosa, no es que lo tenga ahí, sino que con el solo hecho de ver, ya me estoy acordando de que tengo pendiente algo. Y digo que memoria es como recordar las cosas buenas, las cosas malucas, las cosas malas y mirar alternativas para solucionar el ahora, el hoy y el mañana, digo yo.

Perdón

El perdón, por lo que yo me he dado cuenta, es necesario. Yo soy una persona que, si alguien me hace algo, yo no soy capaz de ir a decir «oíste te perdono lo que me hiciste». No. No sirvo que me salga a mí de mi boca el perdón, solo que esa persona yo la alejo y no vuelvo a tener contacto con esa persona por lo que hizo. Entonces, para mí la palabra perdón, sinceramente, no sé, no sabría cómo decirle, me suena como decir «te perdono lo que me hiciste» que, de pronto, no sea verdadero.

Paz

Es excelente, donde hay paz hay buena armonía, conciliación. Poder realizar actividades. Habiéndola en el entorno es muy chévere, pero si la paz depende de problemas de robo, de atraco, de violencia, uno tener paz y existiendo esas cosas, es como difícil decir uno que ahí hay paz sobre eso.

Pero ya a nivel de cómo yo me manejo con la comunidad y todo eso, veo que sí podemos manifestar la palabra paz. Haciendo un evento. Si hay un conflicto maluco, tratar de solucionarlo inmediatamente para poder hacer el evento con buena paz. Pero existe, debe existir y tenemos que buscarla

Reparación

¿De las personas, cierto? Por ejemplo, yo busco la forma de no hacerle un daño a nadie, para no tener que, de pronto, reparar. ¿Sí me entiendes? En eso me mido mucho y yo pienso mucho en mis palabras para no ofender porque esa palabra reparar es muy difícil. Después de uno hacer algo difícil.

Alegría

Ah, no, maravilloso, donde hay alegría y de todo, así sea aguantando hambre. La alegría es todo, eso sí, es una sonrisa y una persona. Eso es una alegría. Una mirada de una persona positivamente. Eso es una alegría. Una persona que te trate como te gusta. Por ejemplo, lo digo por mí, a mí me fascina cuando las personas vienen y me dicen «ay, yo estoy tan contenta, estoy tan feliz, me siento muy alegre

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

porque me salió esto». Entonces, esa palabra de alegría es cómo se llena la vida de las personas, digo yo. Yo me siento feliz con esa palabra alegre porque donde hay alegría hay de todo, sobre todo, en los niños. Solo el hecho de ver a los niños alegres disfrutando de una actividad, eso es hermoso.

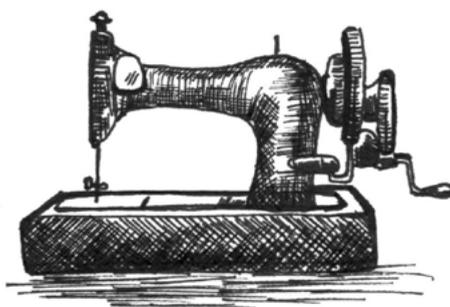
Sanación

Ay, sería muy bueno la sanación completa cuando hay personas enfermas, pues, hablando de salud. Sería muy bueno que uno como persona, por ejemplo, pudiera decir que alguien se aliviara. Me gustaría a mí tener una varita mágica. Que se sanen los problemas en la familia que surgen tanto. Sería muy bueno que cuando haya una persona enferma en la familia —porque al final toda la familia se enferma y empiezan los problemas— poder tratar a las personas porque se preocupan.

Medellín

A Medellín no la cambió por nada. Yo nací en Medellín, inauguré la Clínica León xiii. Mi mamá me dice que a mí me llevaron para esa clínica para que naciera allá. Y yo adoro Medellín porque es Medellín, Medellín, Medellín...

Todo muy bueno en Medellín. Uno encuentra de todo en Medellín: la alegría, las fiestas, todo. En Medellín se encuentra todo, todo. No lo cambio, y estuve en Venezuela dos años, en Caracas, y no hay como Medellín, mi país, Colombia.





Rosmira Villa

Mi nombre es Rosmira Villa, vivo en el Corregimiento Altavista. Yo nací en Amalfi, pero no en el municipio de Amalfi, sino en una finca que se llama Guamucó, y de ahí pasé a vivir al Silencio. Bueno, entonces yo toda la vida viví en la finca, fui muy feliz de niña, crecí, estudié en la escuelita de la vereda, me bañé en las quebradas, monté mucho día a caballo, disfruté de las guayabas, de toda la fruta que había ahí, los aguaceros los disfrutaba porque me iba y me tiraba en esos arroyos y disfruté mi niñez. Fue muy linda, demasiado linda. Ya cuando empezó mi adolescencia, ya creciendo, pues, ya entendí, ya empecé como a pensar que la ciudad era muy agradable y yo vivía en la finca feliz, pero me sentía que muy pobre y que muy mal, y que yo me debía de venir para la ciudad porque en la finca era muy pobre, muy necesitada y yo todo lo tenía, todo lo tenía.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Yo salía al pueblo y veía a esas mujeres, todas con esos vestidos de seda bien bonitos y yo no tenía de esos, pero tenía otros y otras cosas, muchas más que ellas. Pues, yo pensaba que yo no tenía nada, que yo debía vivir en la ciudad, bueno. Me soñaba así, viviendo en la ciudad, pensando que yo era muy pobre, que yo era muy pobre porque me salía de esos vestidos de sedas, todos anchos esos vestidos de boleros y yo no tenía de esos, pues yo tenía caballo, tenía silla, tenía vacas, pero yo no valoraba eso. En mi infancia fui muy feliz porque me crecí en la finca, en la mar y nací en la vereda Guamucó en Amalfi, no recuerdo bien, pero en esas veredas de Guamucó en Amalfi y en Silencio a donde me pasé.

Entonces, la infancia mía fue muy rica, muy deliciosa porque yo tenía conjuntos en la casa, caballos, yo tenía mi silla chiquitica, que era la mía. Me iba para donde me quería; para las veredas y no me daba miedo. Yo caminaba una horita solita, no me daba miedo. Me iba por la mañana, de noche sí no, pero por la mañana, a mediodía, me caminaba una horita, horita y media en caballo, solita. O pongamos el caso, hay que hacer unos mandados o hay que irnos a decirle no sé qué razón a no sé qué señor. Yo iba, no tenía problema. Bueno, ya empecé a ser adolescente y salí al pueblo y vi esas señoras con los vestidos de seda. Yo no tenía de boleros y ni unos zapatos de tacones, yo no sabía caminar en eso. Y yo decía: «¡Ay, ¡cómo yo soy de pobre!, mire esas muchachas cómo están. Y me dio la idea de ir a la ciudad, pensaba que yo era muy pobre, que yo iba a ir a trabajar sin necesidad. A trabajar, a trabajar, a trabajar.

Yo era adolescente, por ahí de 15 o 16 años, y se me metió que tenía que venir a trabajar. Yo era muy pobre porque esas señoras del pueblo tenían unos vestidos muy bonitos y de boleros y eso. Después, como a los 17 o 18 años, me vine para el pueblo de niñera del médico del pueblo. Pero cuando eso ya empezó de que la guerrilla viene, la guerrilla sale... La guerrilla llegaba. Empezaron los malos momentos. Ya uno decía de quién se enamoraba, del guerrillero o del soldado. Pero no eran amigos, como ahora. Pero antes, cuando esos sí eran muy serios, los soldados, soldado-soldado, los guerrilleros, guerrillero-guerrillero. Pero yo era tan de malas que ni el guerrillero se me arrimó, ni el soldado tampoco... o tan de buenas. Y yo: «Ay, tan de buenas ellas, que se les arriman los soldados, y a mí no me miran, ni me determinan». Y yo con esas cosas, porque el soldado no me arrimaba, ni el guerrillero, y empezamos los sufrimientos... Bueno, ya me quedé así.

Iba y volvía, iba y volvía. Cuando empezó esa violencia tan horrible, ya mi familia, nosotros tuvimos que aportarle a la guerra. Uno, dos, cinco. Cinco personas de mi casa muy allegadas que les aportamos a la guerra. Nosotros les hemos aportado a la guerra mucho, cuatro personas. Bueno...ya luego de aportarle tanto a la guerra, ya como que no me sentía vivir allá.

La alegría no era, la felicidad no eran las guayabas, la felicidad no era pescar, la felicidad no era bañarme. Ya la felicidad no era hacer los sancochos a medianoche con el pescado que sacábamos de la quebrada. Ya la felicidad no era... ya no me hallaba. Entonces me vine para acá, para la ciudad. Ya le había aportado, cuando yo me vine para la ciudad, ya le había aportado. No, yo me vine a la ciudad y volvía,

pero como a pasear, me quedaba y me volvía como a pasear, pero ya después cuando tomé definitivamente la venida para acá, para la ciudad, fue porque a la guerra ya le habíamos aportado dos, dos personas a la guerra, a la guerrilla, pues, ya le habíamos dado dos personas a la guerra y que ya nos sentíamos muy tristes, muy solas. Nos asesinaron a dos personas muy allegadas de la casa.

Ay, mijita, eso yo no sé cuántos años hace. La primera fue... mis hermanas tienen 52. Yo no sé, niña, hace tantos años, hace tantos años cuando esa guerrilla empezó. Quiero decir cuando ya se legalizó y se empezó hace tantos años. Ya no me hallaba en la finca, ya me vine, me quedé en el pueblo de Amalfi unos días y después dije: «ah, ¡qué bobada! Yo me voy a Medellín, ya definitivamente me quedo».

Ya me vine, me quedé en Medellín con esa tristeza. Venía con mis hermanitas, mis dos hermanitas pequeñitas. Mi padre... a la que asesinaron fue mi madre, pero mi padre estaba. Pero yo no me hallaba, yo no me hallaba. Yo abandoné a mi papá y me vine. Yo dije: «papá, yo me voy». Yo no me hallaba en la finca. Yo abandoné a mi papá y me vine con mis hermanitas pequeñas. Y yo no sé, tan de buenas que yo encontré empleo en las casas de familia, y de esas casas de familia me mandaron a trabajar a un almacén de ellos mismos. Ahí me organicé, después trabajé en hogares geriátricos. Por ahí me fui pasando, me fui pasando.

Y yo dije: «¿qué hago, pues, por aquí pagando arriendo, que no sé qué?, ¿qué hago yo?». Entonces ya, el día a día del trabajo y resultó que había unos lotes muy baratos en el corregimiento Altavista. Yo vine y yo hice una finca. Y yo: «No, aquí es, yo soy campesina, a mí no me interesa andar de tacones». Me fui para allá, a volverme a andar en zapatos bajitos, ahí fue donde formamos el barrio, lo construimos. Lo construimos...

Yo me vine para acá de 22 años y fui como en los 90, o antes de los 90 llegué a Altavista. Entonces allá llegué, muy contenta. Llegué yo, mis hermanitas y mi hija felices cuando vieron esas quebradas, un potrero y unas quebradas, limpiecitas, cascada, árboles. No, esas muchachas felices, felices, pero tristeza el colegio. No había sino una sola escuelita rural, con guías. Y otra más abajo, pero había que pagar transporte. Dígame usted, pagábamos la casita o pagábamos en el colegio los transportes porque eran mis dos hermanitas pequeñitas que yo tenía a mi cargo y mi hija. ¡Ay, mis hermanas qué van a pensar!, ellas se metieron en ese colegio que era con guías. Ellas no supieron trabajar con guías. ¡Ay, esas muchachas me quedaron sin colegio, que no, que qué tristeza!

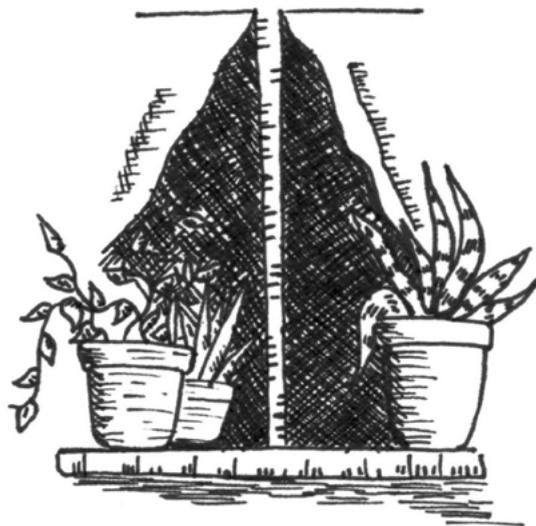
Entonces construimos el barrio, formamos nosotros como unos convites porque entonces empezamos a construir. Eso fue una fundación que compró ese lote grande y como yo trabajaba, yo pagué mi lote. Las otras personas que no trabajaban, los patrones o las fundaciones les colaboraban. Y eso se formó un barrio y se llamó Sector San Francisco. Así que hicimos convites y ya después llegó lo de la ley de las acciones comunales. Ahí mismo la cogimos nosotros y nos organizamos. Ya el municipio nos regaló los cementos, nos puso la luz y nosotros nos organizamos. Hicimos un comité, le dijimos a Desarrollo Comunitario

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

que necesitábamos un producto para que nos llegara el agua purificada porque teníamos agua, pero nos venía con mucho pantano. Hicimos esa solicitud y de ahí empezó el liderazgo y ahí empezamos en la lucha, ya formamos la Asociación Comunal, ya pavimentamos la calle, pusimos la luz, el agua, subió el transporte, pero continuó la guerra.

Ya empezó en 1996, ya estaban las milicias allá en el corregimiento. Ya el Estado empezó a subir, cuando eso el Estado cumplía, y las milicias no dejaban que llegaran las psicólogas, no, las echaban. Llegaban y dejaban entrar solo los cementos, nada más. Que iba a haber un programita, no nos lo dejaban entrar, y eso cogían las jóvenes que les gustaban, las enamoraban. Y yo: «Ay, señor Jesús, que a las de mi casa no les guste. Señor Jesús, ¿qué hago yo?». De un momento a otro, estas muchachas... Había unos muchachos por allá, muy queridos, que les gustaban a ellas, que ellos eran evangélicos y empezaron esas mujeres a irse para esos grupos evangélicos. Y yo toda ofendida, no, estas son evangélicas, protestantes, que no sé qué. Les decía yo un poco de cosas, tratando mal a mis niñas. Viendo que, gracias a Dios, las estaban sacando de esa guerra. Iban, nos visitaban y hasta iban a visitar los grupos donde esos jóvenes estaban con el evangelio. La guerrilla, los milicianos, se iban a sacar los jóvenes de los grupos de oración, que eso no se podía hacer, que para que se fueran con ellos, y gracias a Dios que no se metieron. Pero empezamos una vida muy, muy dura con los milicianos.



Con los milicianos, ya en la lucha, nosotros les decíamos: «No tenemos miedo, haga lo que usted quiera, pero con nosotros los mayores, a los chiquitos no nos los toque». Bueno, se fueron los milicianos, hubo una masacre en la fecha de 1996, hubo una masacre allá tan horrible. Mataron 21 jóvenes. Y hay una obra de teatro. Hubo unos acuerdos entre los paramilitares y el Estado. Yo no sé, llegó un colegio allá nuevo, de un colegio particular en una finca que había allá, que era una finca a la que llegaba un helicóptero por la mañana cada dos días, y había muchos animales en jaulas, como panteras, así. Uno no podía arrimar a esa finca para nada. Pero esa finca de una vez se fue desocupando y quedó como sola. De un momento a otro, llegó un señor que Ernesto Charles, que era un profesor o un director de colegio y alquiló esa finca y trajo un colegio particular allá.

En esas, mi hija y mis hermanitas las tenía estudiando en Belén. No en el corregimiento, sino ya en el barrio Belén, un colegio que ya se me olvidó cómo es el nombre de hace tantos años. Como eran ellas, se metieron al área de comercio y perdieron la materia. Ay, yo tan triste. Pero, ay, que ya se perdió la materia de comercio, ¿qué hago yo? No, el castigo es no regañarlas, pues las voy a meter ahí al colegio, ahí, al lado. Bueno, las metí a ese colegio de ese señor Ernesto Charles porque habían perdido, a que repitieran años. ¡Qué bendición ese colegio! Una reforma de jóvenes. Recuperaron muchos jóvenes que estaban en la droga, que estaban perdidos, y nosotros nos volvimos asociación de padres de familia para estar acompañando ese espacio. Eso fue una tristeza porque cuando eso no era la guerra, no eran los milicianos; eran los asociados de padres de familia también con ganas de llevarse lo poco que había en el colegio, las ganancias que hacíamos de las ventas. Entonces, ¿uno cómo enfrentaba todas esas cosas?

El día que hubo esa masacre de 1996, mataron a todos esos jóvenes. Estaban los muchachos jóvenes jugando en una única casita que había de billar ahí. Pues, eran muchachos jóvenes de ahí, del corregimiento. Y entonces cuando escuchamos nosotros unos ruidos, ah, nosotros éramos asociación de padres de familia y una señora estaba muy triste porque su hijo se había ido con los milicianos. Estaba demasiado triste, se había ido con los milicianos y la señora lloraba mucho por ese niño de ella. Cuando yo escuché todos esos ruidos, le grité yo:

—¡Ay, querida, veal! ¿Y vos cómo estás? Escuche estos ruidos —le dije yo.

—Es que no, mi hijo está tranquilo, en ese ruido —me va contestando ella.

Entonces tuvieron que ver ellos con la masacre que hicieron con los jóvenes. Se dijo que eran ellos los milicianos. Es una masacre muy dura. Y allá en el corregimiento, bueno, después de eso, de esa masacre, pasamos muy tristes. Muy, muy, muy encerrados, muy callados, muy prohibidos, muy cohibidos. No hablamos, encerrados. La vida allá en Altavista no es libre. En el corregimiento Altavista, la vida no es de libertad, la vida es con normas. Así uno no converse con nadie, así no sea amigo de nadie. Porque uno ya sabe. Ya en estos días, en estos últimos años, está más fácil. Uno sabía que uno no podía coger un taxi a medianoche porque lo atracaban de vuelta. De eso uno ya es responsable: si atracan a ese señor, uno lo contactó. Entonces uno sentía esa responsabilidad.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

La organización de grupos de mujeres... ellos no podían saber que estábamos organizadas, ni que estábamos en reuniones, ni que nada. O sea, era clandestino. Todo era clandestino. Entonces, ¿a dónde nos recibíamos? En la Ruta Pacífica. Allí nos reuníamos y éramos en la Ruta Pacífica, porque la Secretaría de las Mujeres no estaba todavía. Era Metromujer. Yo me acuerdo de un alcalde que nos organizó la Secretaría de las Mujeres. Bueno, entonces, ese señor fue que nos formó y nos hicimos plantones, nos organizamos con Mesa Trabajo Mujer de Medellín, nos organizamos para formar la Secretaría de las Mujeres y hacíamos plantones. La Secretaría de las Mujeres es un logro. Pero en el corregimiento seguía, sigue la violencia, sigue la violencia, la hemos luchado mucho, hemos estado luchando. Todo ha sido clandestino, ahora es que estamos diciendo Colectivo de Mujeres, pero primero no se podía decir Colectivo de Mujeres.

Fíjese que cuando las milicias se fueron, llegaron los paramilitares. Nosotros siempre hemos sido presidentes de Acción Comunal, así es que se mueve el sector de San Francisco. Entonces, cuando fueron los paramilitares y derrotaron a los milicianos, llegaron los paramilitares y apenas empezaron a decir: «Las niñas que planifiquen, porque estos muchachos yo no respondo por ellos. Si las enamoran y las embarazan, los padres de familia respondan, porque sus niñas pónganlas a planificar». Ay, querida, yo me torcía y vos no te imaginas cuántas palabras decía yo. Yo no era, yo apenas los veía como una hormiga y se le entraban a uno a la Acción Comunal. «Sus niñas pónganlas a planificar» y yo como que quería morir, morir. Así que cambiamos las horas de la asociación comunal para no reunirnos con ellos. Y siempre hemos estado con los paramilitares en el corregimiento Altavista. Continuamos, continuamos. Porque es como una broca, como broca con semilla de café. Eso que se usaba, que se decía mucho tiempo, hace muchos años, son como una broca, no terminan porque llegan papás, abuelos, tíos, sobrinos y quedan los bisnietos, los nietos, los primos, los lejanos. Siguen con el camino, no se acaba.

Nos llamamos colectivo de mujeres, hace por ahí unos cinco o seis años que uno puede decir colectivo de mujeres y reunirse, sí y reunirse. Abiertamente colectivo de mujeres, desde que llegaron... la JAL siempre estaba, pero ya se formaron los consejeros, el CCP, el Presupuesto Participativo. Entonces, ahí hubo que nombrar la juventud, la negritud, LGTBIQ+, las mujeres, la salud, educación y bienestar, y hay un delegado por cada uno.

Primero, fíjese que estamos tan mal las mujeres que nosotras no tenemos presupuesto en el CCP. Pero vivimos ahí, yo estoy ahí y vivo metida para que nos escuchen, pero no tengo presupuesto. Yo digo: «¿no hay ningún programa para las mujeres?, ¿no?». Las mujeres están en todo, están en la salud, en la educación, en infraestructura, en todo. Las mujeres estamos en todo.

Mija, nosotras siempre la jugamos en el corregimiento Altavista, pero jugando, porque continuamos con la guerra en el sector. Lo que pasa es que no nos metemos mucho, nos hacemos las locas, dicen una cosa, van a dar una reunión en otro lado, entonces nos cambiamos, nos vamos para otro lado, pero sabemos qué

pasa, quién hay, cómo se llama, en dónde viven y quiénes son. Acá uno resiste, porque aquí uno sobrevive, vive uno y va continuando, continuando todos los días.

El transporte, ahorita con el metroplús que logramos entrar, la comunidad ya se entra hasta a la casa. Pero fue muy difícil porque los dueños de los buses eran los jóvenes o los dueños de los buses eran los que subsidiaban. Entonces, fue muy difícil con ese colegio que había allá de ese señor, don Ernesto Charles, los profesores se unieron y hacíamos movilizaciones, y salíamos de allá hasta Belén caminando, volvíamos y íbamos. Fue muy difícil porque los transportadores eran los que subsidiaban, pero cuando llegó el metroplús descansamos un poquito, aunque estamos muy angustiados, ahí hay una flota de colectivos y cuando solo venimos para Belén, ese nos trae en un par de minuticos, venimos a Belén a merchar, pues subimos en ese y traemos el paquete, pero no lo cogemos, pues sabemos con quién vamos.

Pues yo no sé, por ningún lado, porque miren, yo vivo allá en el corregimiento Altavista, aparentemente vivo bien, no pago arriendo, de los servicios los que son caros son el internet y no sirve, no sirve, porque ese se cae continuamente, usted está llamando y de un momento a otro se le cuelga, y el televisor, no mijita, yo no veo el televisor hace mucho tiempo.

Bueno, de pronto así cositas, pero ya, pues, como cuando uno va a ver un programita no se puede, entonces yo ya como que renuncio a eso, pero mijita, claro, con qué yo vivo, sí, pues yo en mi pieza sí tengo, pero yo no lo prendo. El radio, el radio sí, yo vivo con ese radio en los debates y qué dijo el gobierno, qué dijo el presidente, qué dijeron los senadores, que la Cámara de Representantes qué está diciendo, pero no en propaganda, ni en baile, ni en canciones, sino qué está diciendo el país, qué está haciendo el país y que está diciendo. Eso es, pues, pero canciones, que bailes, no, no, no, en familia sí, pero yo sola estoy en noticias, en noticias, siempre en noticias.

Y eso para mí es muy importante, porque yo digo, un día tenemos que salir a vivir, es que uno vivir atado es muy difícil. Es que: «yo si fuera a tal parte... pero no sé qué». Vean, nosotros venimos a Belén, venimos a Belén, qué tan sencillo es Belén, que nosotros vivimos en la parte rural, arriba de la montaña, bajamos al barrio Belén a comprar, pues, todo lo que necesitamos, a veces a la Minorista, porque como el metroplús nos deja en la puerta... Y para volvernos para atrás tenemos que irnos en el colectivo, porque llevamos el paquete. Entonces, es más fácil montar una cosita que hay ahí junto de la tienda, donde ya compramos todo, que esperar el metroplús para subirnos y hacer transbordo allá en los Alpes. En cambio, en el parque Belén, cogen y uno se hace la fuerza para montarse en ese aparato. No tienen libertad ahora ni para transporte.

Hace mucho tiempo hacíamos los bailecitos y las fiestecitas, con los cumpleaños, en esos espacios que no había dinero. En los cumpleaños de las niñas, o que los de yo no sé quién, nos reunimos porque estamos contentos y tenemos no sé qué. Llegaban para las diez de la noche y había que compartir con ellos. Y la tortica que hacíamos nosotros, porque ni comprábamos, porque no, pues, primero, que

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

eran como muy costosas y, segundo, que nosotros hacíamos la tortica. Llegaban, querida mía, llegaban y que teníamos que compartir, se nos comían el pedacito de torta que hacíamos, y eso que esa tortica la hacían hasta las niñas. Pues, ellas batían su cosa y hacían la tortita y nos reuníamos a hacer bullita. Llegaban dizque a compartir con nosotros, dizque la fiesta.

Nos quedábamos por cortesía. Llegaban muertos de hambre a tragarse lo poco que teníamos nosotros para la fiestecita. Es que no hay, no, la libertad en el corregimiento, no. Yo vengo del municipio de Amalfi y tampoco había libertad allá, ya ahorita, tampoco hay libertad, porque eso, está uno en la finca tranquilo, cuando uno dice: «ay, que no sé qué, que buscan a un hombre, un muchacho joven» y resulta que lo mataron. Y por allá nadie suena ni truena, por allá, apenas a la diestra de Dios Padre. Y aquí en el corregimiento, pues, entonces, ahora sí es que hay libertad.

Los fines de semana hacen unas fiestotas ellos, por ejemplo, por mi casa. Como es rural, en la montaña ahí alta, se suben ahí a esa montaña, se ríen, hacen una fiestota ellos. Si nosotros empezamos a hacer la fiesta, yo creo que ellos se enojan. Yo ya tengo experiencia, que la historia, la memoria ha sido como violencia, violencia, violencia, y vivimos muy cohibidos, así como hacer una fiesta en grande, yo creo que no. En mi casa hago las fiestas de almuerzo, y ahí hacemos la bulla, porque nosotros, mi familia es guitarrera, todo eso. Hacemos el almuerzo y hacemos la bulla porque ¿cómo hacemos que los muchachos se vayan tarde en la noche? Porque ya aprendimos que debemos de andar, volver. Por ejemplo, mi nieta se queda en la calle hasta las once, once y media, entonces ya. No es porque nos da miedo, no, sino porque ya, ya uno está enseñado a vivir con normas.

Personalmente, en mi casa trato de hacer los oficios y en mi casa soy quietecita, tranquila, porque no nos conviene hablar nada, ni decir nada, ni conversar nada, porque las sobrinas, las tías, las hermanas, las primas son solo el novio, las parejas... Pero cuando yo salgo a la Mesa Interbarrial, a la Ruta, a reuniones, que «hay un foro yo no sé a dónde», que «hay una reunión yo no sé a dónde». Ahora que se están haciendo tan de moda los foros de los conflictos armados de los barrios, yo voy a todos los foros de esos. Ah, sí, converso. Vine a la Universidad de Antioquia y llegó la fiscal desde Bogotá, estaban los señores, que los jefes ahí sentados en la primera banca de camiseta blanca y los trajeron desde Itagüí. Pero yo como no conozco a nadie, pues yo vi a los señores, ya me dijeron que ellos eran, porque había unos... ¿Cómo es que se llaman esos señores? Los guardianes. Ajá, los guardias. Ya ves, pues ahí los tuvieron todo el día, los llevaron a almorzar y los trajeron. La comunidad les habló y les dijo que reconocieran el daño que hacían, vino la fiscal de Bogotá y también se le habló. Hicieron otro foro en la Universidad Pontificia Bolivariana, también estuve allá, ya con las universidades diciendo que no quieren más conflicto armado en el barrio.

Yo estoy como en todas esas cosas. Las universidades están unidas diciéndole al Estado —porque el Estado dice que no negocian con pillos— que deben negociar, que nosotros ya no aguantamos más el conflicto armado en la ciudad. Pero en mi

cuadra no saben nada, que yo hablo de todas estas cosas, no. No, en mi cuadra... Yo soy muy lola para los centros comerciales, me gusta mucho salir, sí, y ayudar a las mujeres que están sufriendo.

Pero, antes yo decía: «Esa boba qué se va a dejar cascar del marido». Pero es que ella no veía. No abren más los ojos. Ella no abrió más. «Esa boba, que tal cosa». No. Yo decía: «Pero a ella, ¿cómo se le ocurre que no es capaz?» Eso tiene es que debe tener mucha fuerza. Yo no sé de dónde saqué esa fuerza para decir «ya no quiero más, ya no quiero».

Yo la primera vez que yo me sentí tan sufrida con un amor, lloraba. ¿Qué hago? ¿Qué hago? ¿Sabes qué hice? Yo no sabía nada... Cuando ya no había nadie en la iglesia, me iba dizque arrodillaba hasta el Cristo. «Señor dame fuerza. ¿Yo qué hago?» Y un día cerré los ojos.

—¡Ay, mi amor que te quiero, mi amor! —me decía.

¡Ay! Usted ya sabe que le contesté yo. Y se revolcaba llorando.

—Hasta hoy. Fui estúpida, estúpida y boba, pero ya no más —también le dije.

De eso hace muchos años. Estaba yo joven. Ya después... si me conviene... si veo que vale la pena... Pero necesidades no tengo, porque tengo manos para trabajar. Las otras cosas, ya uno las controla.

Entonces, vivo en esas y yo digo que algún día tiene que cambiar Medellín, que el conflicto armado no puede seguir amargándonos, que los jóvenes deben de ser felices, ¿por qué tener que vivir con conflicto armado, limitados? Uno no le da miedo de un joven, sino que le den droga o que lo obliguen a muchas cosas, pero que se divierta; ¿cómo le va a dar uno miedo de eso? Que sea un país donde se puedan mover los jóvenes, ir y volver. Nosotros ya nos movimos, sino un país donde los jóvenes se puedan ir. Yo vivo en esas, yo no sé cuándo hubo otro que no pude ir, pero yo estoy en todo esto donde deseamos que un día Medellín sea libre.

A mí me gusta Medellín, porque yo he ido a Bogotá y no me gusta Bogotá. Pues, he ido varias veces a Bogotá. Pero no he ido pues así que yo conseguí una plata y me fui a Bogotá, no. He ido con la Ruta Pacífica, he ido con los de los sindicatos. Porque yo estoy en esa reunión de sindicatos: La Ruta Pacífica. Yo fui... yo estuve en Bogotá una semanita, con una señora de Argentina, Las Madres de Mayo, doña Matilde que ya murió. Esa señora y otras tres. Yo no recuerdo, todas ya murieron.

Nos encontramos en Bogotá, hicimos un encuentro con esas señoras, de lo de la guerra. Nosotros también fuimos con ellas, cuando eso era muy bueno, porque entonces como que esos proyectos grandes se podían hacer. De aquí nos fuimos a un bus y nos quedamos en Bogotá. Siempre hemos ido muchas, pero ya como uno está mayor, ya están otras jóvenes. Entonces, las que están yendo ya a los encuentros son las más jóvenes. Por ejemplo, en Cauca hay una red de mujeres de la Ruta y allá se está trabajando con los alcaldes, el gobernador. En todos esos municipios de Cauca están trabajando los de la Ruta Pacífica. Pero lo están haciendo mujeres más jóvenes.

Nosotros ya vamos es a la plenaria cada fin de mes. Y así, cositas claras. Y donde nos gusta ir. Pero primero nosotros fuimos a Putumayo, a Boyacá; todos

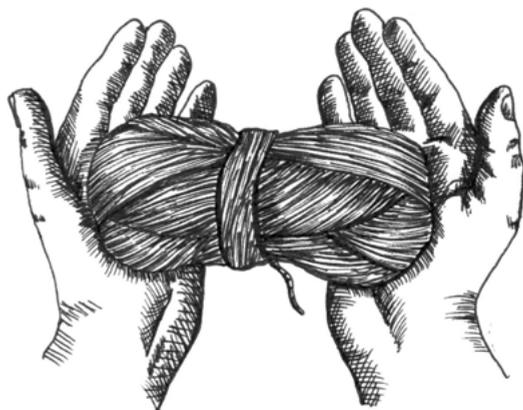
CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

esos pueblos de Boyacá. En movilización al Chocó. Yo fui donde... Ya esta última vez ya no fui. Porque ya las jóvenes van. Pero nosotros le hemos dado vueltas al departamento de Antioquia con la Ruta Pacífica, porque no estamos de acuerdo con la guerra. Las mujeres no parimos hijos e hijas para la guerra. Y le damos la vuelta a todos los departamentos. En todo el departamento de Antioquia hemos ido. Hasta Rumichaca, pero no pasamos de ahí para Ecuador. En Nariño, en Putumayo, en Chocó. Barrancabermeja, por allá. Por todo eso, Bucaramanga. Y a los municipios de Antioquia les hemos dado la vuelta.

Pero ya... Ya uno como que ya está mayorcito, entonces uno alza la mano cuando ve que es cerquita, que es fácil, porque uno sabe que no se va a ir a dormir en un colegio, que sea en carpa. Eso primero era una felicidad. Eso era una felicidad. Uno dormía en una carpa, en un colegio tirado. Nos comprábamos un aguardiente y un ron. Eso era una felicidad. Y que esas mujeres nos saludaran y lloraran cuando nos veían llegar y cuando nos veníamos. Eso era una felicidad. Hay felicidades tan grandes que no valen plata, sino el compartir.

Mi historia está en la felicidad. El compartir. El ir y venir. El compartir con las mujeres que están sufriendo más.



Glosario

Memoria

No, miña, pues, memoria es las que tenemos de tanta... porque no ha sido ni la economía, porque Dios no desampara a nadie, nadie se acuesta sin comer, algo resulta. Dios no lo desampara a uno, como se dice, entonces yo digo que memoria; memoria será el conflicto armado de la ciudad que no nos ha dejado ser felices...

Perdón

Ay, niña, yo, yo como sufrí tanto la violencia desde mi casa, por medio de la Biblia aprendí a perdonar, pero primero yo no sabía a perdonar, vivía tan triste, tan amargada. Yo vivía amargada, todo para mí era un problema, todo para mí era feo, todo para mí era maluco, para mí no había felicidad, para mí todo era malo. Y gracias a eso, gracias a que busqué a Dios, aprendí a perdonar, me da un pesar, me da una tristeza de ver los señores, los señores de señores, verlos perdidos, me da un pesar. A mí no me da alegría ni rabia de esos grandes-grandes, me da un pesar, ahí en primera fila, me da tanta lástima, que tan valientes que son y no son, no son sino guapos con armas, y así, así le da a uno pesar porque son menos que nadie.

Paz

La paz... qué bueno que la paz existiera en el departamento de Antioquia, no digamos en las otras que no conocemos, pero la paz, qué bueno que la paz resultara. Recuerda que vos vas en un espacio y tocas a alguien y ahí mismo te miran mal, viendo que no lo empujaste por gusto. Qué bueno que todas las familias de Antioquia saliéramos a las calles, si no sabemos, si no somos amables, tratar bien al demás, no mirarlo mal, si lo tocó no incomodarse, la paz sería muy buena.

Es como ser uno muy cariñoso con el del lado, el vecino, el que se montó en el bus, llegar al almacén y también ser amable, llegar a mandar a arreglar no sé qué cosas y ser amable. Como una amabilidad con todo el mundo, sin amargura, sin tristeza, sin fingir, sin una felicidad, sin fingir.

Reparación

Pues a mí me parece, esa ley es muy importante. Incluso que mi mamá, mi hermana, mi familia tienen varias denuncias de eso, pero yo digo, si yo soy madre, a mí me matan un hijo, yo voy y cobro mi hijo, me voy comiendo mi hijo, que me armen una casa. Pues es muy bueno para que la ley responda, que las leyes sí se cumplan, pero la reparación... No, no, no es imposible, sino que es dolorosa. Para mí es dolorosa, porque con esa reparación yo tengo mi casita, con esa reparación compré esta tierra, por esa reparación me dieron esta territa, entonces esta territa por mí y por mi persona pues que me faltó, entonces con esta reparación es esto.

Yo estoy en este techo por la muerte de mi hijo, sobreviviendo por ese dolor tan grande... es muy importante la ley, la ley que hay es muy importante. Recuerde

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

que muchas familias que de una vez las desplazaron, las sacaron de allá y las sacaron sin tener donde vivir, pero mire a cuenta de qué tienen hoy viviendo. Del dolor de este hijo que yo parí, que lo tuve en mi estómago, que lo disfruté, que lo disfruté tantos años, que lo amé tanto y que lo sigo amando.

La reparación me parece muy dolorosa. Muy bueno para el Estado que la cumpla como es. Pero para uno que llega es necesaria, pero es muy dolorosa.

Alegría

Para mí la alegría son las cosas sencillas, usted disfrutarse un helado cuando quiere, tener mucho, usted hacer unos ahorros para ir a un paseito sencillo que usted deseaba ir. Yo no sé si a Girardota, o yo no sé, a bañarse cuando existían por ahí en Girardota esos charcos, así eso sencillito.

Porque usted recoger una millonada para irse a un paseo largo y venir bien pelada ahí, o pagando un año un viaje, a mí no me parece como agradable, sino las cosas sencillas. De usted comprarse una cosita sencilla que a usted le guste mucho, una blusita, comerse un helado, juntarse con las amigas y comprarse no sé qué, un vino, un aguardiente, un ron y charlar y reírse. Eso es la felicidad.

Cuando yo comparto con el otro, pero no es usted tener plata, yo pienso que uno tener plata es necesario, pero no es felicidad. Porque yo le he trabajado a muchos señores con mucho dinero y no son felices. Cuando yo trabajaba, trabajaba con señores con mucho dinero y muy honestos, porque no eran de, bueno, de narcopalio, señores buenos, decentes y no eran felices. En un momentico se separaban, otro señor se iba dizque para Estados Unidos a vivir ahí, que vivía solo y apenas llamaba decía que se estaba tomando un litro de aguardiente para emborracharse porque era 31 de diciembre y estaba solo, que por allá no se compartía. Entonces esos dineros que se consiguen por allá, para qué sirven. Si uno no va a ser feliz para conseguir dinero.

Lo más importante es usted sentarse con sus amistades, que usted quiere mucho. Comprarse un helado, una botella de no sé qué, un güisqui, lo que ustedes tomen. Y pasarse bien felices después, en un murito, no sé a dónde, donde no les cueste mucho. Y sean bien felices después, «te quiero mucho» y «chao, chao». Esa es la felicidad, comerse algo juntos, con personas que uno ama.

Sanación

Para mí, la sanación es el perdón, la voluntad, la Biblia, ayudar. ¿Cómo es? La oración. La oración, para mí la sanación es la oración, como la bendición de Dios, buscar mucho. Estudie la Biblia. Uno estudiando la Biblia y yendo a los encuentros religiosos, sea el que sea. Porque hay muchos... sea el que sea. Ahí es donde uno tiene la sanación. Ahí fue donde yo conseguí mi libertad, con la sanación. Donde yo ya fui libre y feliz.

Medellín

Medellín es muy hermoso, es lindo.



Soranyi Arconeri Holguín

Soy Soranyi Arconeri Holguín, líder social y comunitaria, representante legal de la Junta de Acción Comunal de la urbanización la Aurora y coordinadora del colectivo de Mujeres Ciudadela Nuevo Occidente y delegada a otras organizaciones a nivel distrital.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Los tres momentos que han marcado mi vida... La primera es que se hubiera muerto mi abuela porque fue el ser que me crió con todos esos valores que una persona necesita y que se me fue cuando yo estaba en la etapa que más la necesitaba, estaba con mi hijo mayor que, en ese entonces, tenía ocho meses. Ella muere y en el velorio me echan de la casa de ella, diciéndome que yo era una aparecida, que yo no tenía derecho a nada allá.

Como siempre, uno dejar la raíz muy duro, sin embargo, luché y me quedé en esa casa. A los ocho días me agarré con un tío porque las señoras antiguas tenían esa costumbre de tener esas ollas grandes para hacer natilla y él se me metía a la pieza para sacar la olla que porque le pertenecía a él por ser el hijo de mi abuela. Alzó la mano a pegarme, nos pusimos a alegar y nos salimos hasta la calle.

Para pasar de la casa a la calle había una zanjita, y me alzó la mano a pegarme, entonces yo le eché mano al cuello. No sé de dónde saqué fuerzas, pero lo metí de cabezas a la zanja y le dije: «Hasta el día de hoy me vuelve a pegar. Usted me pegó una vez, pero yo estaba muy niña, por eso se ganó unos garrotazos de mi abuela. Pero ahora ya no me pega». Cuando los otros hermanos de él se vinieron a preguntar que qué pasaba, yo les dije que se llevaran la paila porque yo no quería problemas por eso. La paila era de mi abuela, pero yo no me iba a hacer matar por una paila.

Pasa ese acontecimiento y ya en el 94 me desplazan del barrio París, donde intentaron reclutar a mi hermano. Un ocho de diciembre hacen la primera comunión de dos hermanos y le hacen un atentado a mi hermano. Ya, debido a eso, él como que estuvo comentando a los soldados que qué podía hacer y ellos le dijeron que si quería fuera y les mostrara cuáles eran los muchachos, que ellos le protegían la identidad, pero no le cumplieron.

A él se lo llevaron en la volqueta, ¡la cantidad de soldados en esa volqueta! y él iba de por medio. Ya los pelados se alcanzaron a escapar. Pero quedamos nosotros con el problema. Yo, en ese tiempo, trabajaba en una taberna, llegué a las 12 de la noche y yo vi la casa de mi mamá muy revolcada. Yo vi todo patas arriba, así que me fui a buscar la casa donde cuidaban al niño mío. Yo vi la casa de la señora con candado. Cuando yo iba a volver a subir, una señora apareció.

—Oiga, ¿usted está buscando a doña Carmen? —me preguntó.

—Sí, señora.

—Doña, no se vaya, tenga las llaves y abra la puerta —me dijo dándome las llaves.

—¿Qué pasó? —yo ahí me asusté.

—Es que ella está encerrada por dentro.

Cuando yo abrí la puerta y seguí, pues, me puse a hablar con ella. Entonces, me cuenta que en el momento en que esos pelados se metieron a la casa de mi mamá, ellos se volaron por una quebrada para salir al Efe Gómez, eso era barrio París y a nosotros nos dividía una quebrada del Efe Gómez. Al dividirse ellos, nos dicen que como no los encontraron, fueron por el niño mío. Entonces, la señora, en prevención, cuando ella sintió eso, lo que hizo fue encerrarse por dentro. Yo, como

CONVERGENCIAS

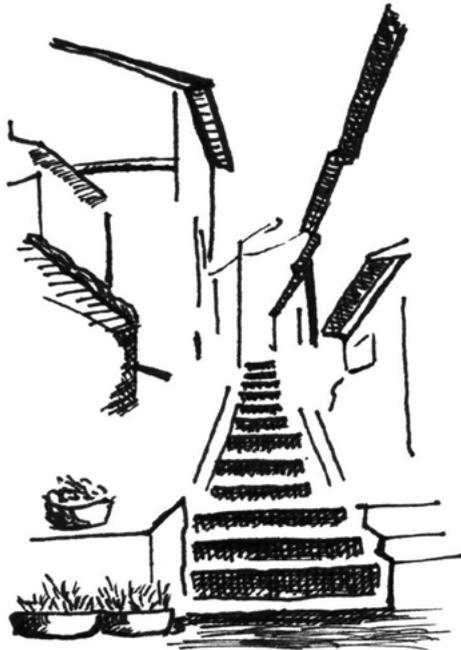
Museo Casa de la Memoria

pude, cogí lo poco que pude de ropa de la casa de mi abuela. Recogí mi niño y me fui a las cinco de la mañana.

Yo llegué a Moravia, donde una tía mía. Cuando llegué, allá estaba toda mi familia: mi mamá, mis hermanos, todos estaban ahí. Ya me radiqué en Moravia, nos reubicaron a Nuevo Occidente y ahí empiezo mi vida, mi liderazgo. Sin embargo, en Moravia tengo mis otros hijos, yo me casé y viví una relación de 17 años de violencia intrafamiliar debido a que el papá de mis hijos era muy celoso.

Bueno, llego a Nuevo Occidente y el tema de cuando tienes hijos es que uno aprende a ser muñequitos para ellos, así que pensaba en ir a una capacitación, pero no podía porque no tenía quién me cuidara los niños, entonces no iba. O sea, yo era como un borrego cuando lo llevan al matadero, como la mujer sumisa. Llego a Nuevo Occidente y empezamos una corporación que se llama «Antioquia Presente», nos empiezan a dar capacitaciones en emprendimiento. Yo me metí a esa capacitación y mi esposo cambia el día de descanso por ir a acompañarme a las capacitaciones.

Nosotros dos salíamos cogidos de la mano porque yo tenía que andar con la cabeza agachada. Yo no podía saludar a nadie y a mí no me podía saludar nadie. A los tres meses de estar yendo a las capacitaciones, me llamó la profesora.



CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

—Soranyi, yo necesito hablar contigo a la hora del descanso—me dijo.

Cuando todos salieron a descanso, yo me quedé y él estaba conmigo.

—Don Fran, nos espera afuera también, es que necesito hablar es con ella —la profesora le dijo a él.

—Soranyi, ¿por qué llegas de la forma que llegas con tu esposo? ¿con la cabeza agachada? —me dijo a mí cuando ya estábamos solas.

—Profe, lo que pasa es que no puedo mirar a nadie, a mí nadie me puede saludar.

—Eso no es válido porque míralo a él afuera cómo mira a tus compañeras y no es que las esté mirando muy, muy de buenas ganas. Mira cómo las mira —me dijo mientras me lo señalaba.

—Ay profe, lo que pasa es que yo no quiero problemas, él es muy celoso —le dije yo.

—A partir de hoy vas a salir con la cabeza erguida, porque vos no sos un marrano.

—Ay, profe, yo voy a ensayar, pero me da temor.

La cosa se queda así. Ese día salimos de la clase a las cinco de la tarde y yo salí con la cabeza en alto. Y ahí mismo, él me dice «¿entonces?» y yo le respondí «ay mijito, pues que a partir de ahora se le acabó el marrano». Entonces, ya a partir de ese día empecé yo: letrado que veía lo leía, a todo el mundo saludaba porque antes yo no podía saludar a nadie. A los días me dice mi hijo mayor que hay una convocatoria en la escuelita para las personas que quieran terminar el bachillerato, me mandó a que fuera a la reunión para saber de qué trataba. Ese día el papá descansaba. Yo me fui para la reunión y al final me inscribí.

Cuando llego a la casa, él me preguntó que cómo era la cuestión del estudio. Yo le conté que había inscrito a mi hijo y también a mí porque me había gustado mucho. Es que es muy triste porque los pelados llegaban pidiendo ayuda para las tareas y a mí me tocaba responderles que no podía. Estudiamos el primer día y el segundo día, pero el domingo nos dijeron que nos teníamos que pasar para la nocturna porque los muchachos los domingos no iban a estudiar, debido a que el sábado se iban a parrandear. Yo me pegué una llorada porque yo decía «Dios mío, hasta aquí estudié yo». Una de las profesoras de la nocturna de la institución — que era profesora de uno de mis niños— me preguntó que por qué lloraba.

—Ay, profe, porque no puedo seguir estudiando. Yo sé que mi esposo no me va a dejar estudiar en nocturna.

—Es que yo estoy aquí por encima de él. Te vas a meter a terminar tu bachillerato porque vos te lo merecés —me dijo regañándome.

Yo sabía que eso era un problema y me puse a llorar y él me conocía tan bien que cuando yo llegué a la casa me paró de una.

—¿Por qué estabas llorando? No me digas mentiras —empezó.

—Ah, no, por nada.

—¿Y el estudio del sábado?

—Empezamos el martes en nocturna —le contesté segura.

—Usted nocturna no estudia —nada más me contestó ya enojado.

—¿Quién me lo va a prohibir?

—Pues yo, porque usted sabe que yo siempre he dicho que eso es una alcahuetería.

—Pues, mijito, por donde yo meto la cabeza, meto los pies y voy a continuar mis estudios.

Continué estudiando, ya cuando íbamos a terminar, le dije yo un mes antes que si me iba a regalar algo para los grados. Me contestó que no, que me tenía que graduar por ventanilla. Yo le dije que le iba a demostrar a él —a un hombre como él— que me iba a graduar con todos los honores y no por ventanilla. Él me empezó a preguntar sobre los medios que iba tomar para conseguir el dinero, por lo que yo le respondí que era algo que no debía de importarle.

El domingo iba a ser la ceremonia. El miércoles le pedí que mandara a motilar los muchachos para el domingo que eran los grados. Me dijo que él no sabía que habían cambiado el día, porque inicialmente eran para el sábado y que ya había pedido permiso para ese día. Pero, lo que él no sabía era que yo no le había dicho nada porque él no iba a estar invitado a mis grados.

Sí, hice una fiesta en mis grados, me gradué. Cuando me gradué, él volvió, pues, a la casa. Después de los grados me sentó.

—Oíste ya estudiaste, ya terminaste el bachillerato ¿ya qué pensás hacer?

—Estudiar una carrera. Voy a dedicarme a meterme en la universidad porque quiero estudiar Derecho.

—Sí, ¿y quién te va a pagar la carrera o a quién le vas a abrir las patas para que te pague? —me dijo todo grosero.

—Yo aprendí a gestionar por dónde me paguen la carrera, el municipio me la paga y me voy a especializar en derecho de familia.

—Sueñas viéndome en la cárcel.

—Es que no solamente a usted, sino a cuánto hombre que humille a una mujer por un bocado de comida —le respondí.

La cosa se quedó así, ya él seguía con sus celos.

En el 2009 llega una oferta a Nuevo Occidente de que se estaban creando unos colectivos de mujeres de la Secretaría de las Mujeres. A mí me invitaron, yo fui, ya era líder de Familias en Acción y era la presidenta de la Policía Cívica, porque mis niños entraron ahí y como yo no los dejaba ir y venir solos, me dijeron que yo fuera la presidenta. Voy a esa reunión y empiezan a decirme cómo eran las cosas y de qué iba a tratar el grupo. Ese día fuimos cinco mujeres de todo noroccidente, la mayoría de allá de la Aurora. Así empezamos las capacitaciones con alertas tempranas, a mí me gustó tanto la cosa que yo seguí, ya seguimos; alertas tempranas, derechos de las mujeres, todo eso.

—¿Cuál es la bobada tuya que me vas a demandar, si lo tuyo es solamente violencia psicológica? —me fue diciendo él un día.

—No caballero, violencia económica también porque yo te pido vos una cosa y vos nunca tenés plata. Esa es una de las leyes que existen; la violencia económica.

—La tienen muy bien entrenada las de la Secretaría de las Mujeres —me reclamó.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria



—No se llama entrenamiento, se llama derecho de las mujeres.

En una ocasión me pegó. Mi hijo, que hoy tiene 22 años, se saltó por encima de mí y le sacó un cuchillo. Él tenía 6 años en ese tiempo. Le dijo «a mi mamá no le pega más y se va de aquí o le doy con este cuchillo», después me dijo a mí que fuera a denunciarlo. En las denuncias que yo hice en contra de él siempre me apoyaron los niños. El niño Johan estaba muy pequeñito, cuando eso no se daba cuenta. A los 15 días vuelve y me pega. Lo vuelvo a demandar. En una ocasión, me dijo que si se iba él se iba a llevar al niño, yo le dije le ponía seis meses para que me lo volviera a traer. Al mes me lo trajo. Ya a los días, empezaron los muchachos a quejarse de él, que no querían vivir con él.

Yo con él, en el tiempo que viví con él, me tomaba 18 pastillas al día; eran nueve pastillas para la hipertensión y nueve pastillas para la depresión. La doctora que me trataba le decía a él: «don Francisco, si ella sigue así, la voy a mandar para una clínica de reposo, yo la veo muy mal». Él sólo decía «ah bueno doctora, me avisa con tiempo para yo buscar quién me cuide los niños».

Ya después de que me pega la segunda vez y de que me devolviera el niño, volvió y se me metió a la casa. Ellos mismos ya me decían que si ya había dejado todas esas pastillas, así iba a volver a lo mismo y me iba a enfermar. Entonces, le dije a mi marido que se fuera de la casa, pero me respondió diciéndome que yo me fuera, a lo que le dije que mañana me iba. Fui a empacar la ropa. Me fui a la Comisaría de Familia por una carta de salud.

Por la noche, —él llegaba primero que yo, porque yo salía más tarde de la nocturna— cuando llegué me dice «¿no pues que te habías ido?» y yo le contesté «sí, yo sí me fui, pero para la comisaría por esta orden de desalojo. No quiero vivir más con vos».

Ese día se fue. Después me insistía que le alquilara una de las piezas y metía a los niños como una razón para hacerlo. Me pidió hasta que volviéramos, supuestamente, por los niños, que ellos necesitaban a un papá en la crianza. El niño mayor me dijo que no hiciera nada por ellos, que lo hiciera por mí y por mi salud porque desde que lo había dejado ya no tomaba pastillas, que quien se iba a quedar con él después de que ellos crecieran era yo, entonces que no. Yo tomé la decisión de que con él no volvía.

Nada, continué con mi liderazgo. Hoy en día soy coordinadora del Colectivo de Mujeres de Nuevo Occidente, ya llevo 15 años con ese colectivo. De las cinco mujeres iniciales, vamos en 32. Tengo tres técnicas. Soy la presidenta de la Junta de Acción Comunal de la urbanización la Aurora, Ciudadela Nuevo Occidente. Soy la secretaria general de la Comuna 2, San Cristóbal. Soy delegada de Medellín y soy delegada de la Mesa Distrital de Víctimas. Continúo luchando por recursos para los niños de la Policía Cívica, porque ya no tengo niños menores ahí, entonces no puedo pertenecer al comité de padres.

He estado en ese proceso de víctimas debido a que tengo cuatro hechos victimizantes, uno a uno me lo han aprobado. Yo digo que en esos temas de desplazamiento uno vive muchas emociones, muchos traumas que solamente estando en el rol del otro es que uno lo viene a entender. Yo lo digo porque, aparte del desplazamiento del municipio de Bello, a mí me desplazaron de la urbanización la Aurora, por estar en la hora, el día y el lugar equivocado. De allá me fui un año y me fui a vivir a donde mi mamá, a Los Álamos, pero, como digo yo, uno después de que tenga hijos... vivir arrimado con hijos es muy duro.

Al año decido y me devuelvo a mi casa, al Nuevo Occidente, donde vivo actualmente. Yo quiero mucho el lugar porque, hoy en día, soy lo que soy gracias al liderazgo que ejercí allá, al tiempo que he vivido allá. Llevo 17 años, hemos vivido amargas y duras. Pero he estado muy actualizada en todos los temas, me gusta mezclarme en todos esos procesos comunitarios porque es que, yo digo, si uno no está ahí, uno nunca se entera de nada. A nosotros estando en Moravia nos dijeron que allá íbamos a tener todo, que escuelas, colegios, sedes sociales, todo. Nunca nos cumplieron nada: que nos iban a respetar el Sisbén, que nos iban a respetar el estrato socioeconómico, y eso nunca lo cumplió la administración. Que no íbamos a pagar predial por cinco años, tampoco lo cumplió. Entonces, son muchos procesos que lo van llevando a uno a meterse en varias cosas porque lo necesita y los otros la necesitan en eso.

En ese tema llevamos ya 17 años. Mis hijos estuvieron en la policía, los dos grandes, hasta los 16 años. El niño estuvo hasta que cumplió los 18. Se retiró de ahí, se retiró del colegio y se presentó al Ejército. En este momento está pagando servicio militar. Le dije que yo le conseguía la libreta por víctima, pero me dijo que

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

quería vivir la experiencia y, en este momento, él quiere continuar la carrera militar. También fue líder del territorio, del grupo de apoyo.

O sea, son como esas enseñanzas que le dan a uno, porque yo también vengo de una abuela que fue líder comunitaria y ella también fue presidenta de Junta. También ella construyó un colegio con los combites que había anteriormente. Entonces, son como esas enseñanzas que uno les va delegando. Dejarles a esos hijos un país en paz que, ojalá, se pueda vivir. Ojalá esas personas que están delinquiendo, que están con las armas, se pongan en el puesto de las madres de las familias, de las personas que asesinan. Que digan que no pueden continuar con esto.

Uno muchas veces ve los contextos de que es que están ahí porque les tocó. Pero yo digo que ese no es el mejor camino. El mejor camino es buscar cómo vivir uno en paz, cómo continuar y dejarles el legado a los hijos. Así sea en liderazgos, en enseñanzas, porque es que hoy en día el conflicto armado está arrasando con personas que no tienen nada que ver con él.

Hay una compañera —que ella misma lo manifiesta— ella era muy encerrada, o sea, son contextos en los que salen de una relación y creen que encerradas en la casa van a hacer mucho. No, hay muchos espacios en las comunidades donde se pueden orientar, donde pueden disfrutar. Ella empezó a asistir al colectivo de mujeres y hace poco, hace 2 años, le mataron a un hijo. Pero ella dice: «A mí me entretiene estar en todo esto, porque eso me lleva a evaluar más la pérdida, porque si yo me quedo encerrada en la casa, me voy a quedar recordándolo a él y yo también me voy a enfermar». Entonces, hay muchas mujeres que han estado en ese contexto y han salido adelante, pero hay otras que, a pesar de que empezaron con este proceso de alertas tempranas, siguen ahí, participan en los escenarios y todo, pero siguen en esa relación. Una relación de ese tamaño, una relación así no es sana.

Yo hoy en día le digo a mis hijos, yo tengo cuatro hijos hombres: «El día de mañana, no quiero ver que usted está maltratando a una mujer. Si no se entienden con ellas, partan cobijas y váyase. Pero no las maltraten».

Con mi hijo mayor tuve, incluso, un problema, porque él en una ocasión dejó de hablarme porque no le dejé pegarle a la señora delante de mí.

—Sí, pues, ¿usted me va a dejar de hablar por eso? Deja de hablar. Pero yo no voy a dejarla vivir lo que yo viví con su papá.

—¡Mamá, pero que no se meta!

—Es que no me tengo por qué meter, pero es mi deber que delante de mí nunca debe de pegarle a esa mujer.

Hemos salvado con el tema de alertas tempranas al evitar que niños se suiciden. Incluso, al frente de mi casa había un niño que todos los días era maltratado por la madrastra y yo veía que ese niño, o sea, yo más o menos calculaba a la hora que el niño llegaba al colegio y yo lo miraba y él se paraba en el balcón, en un séptimo piso, a mirar para abajo. Una vez cuando él venía del colegio, yo lo paré y yo «venga, usted a qué se para tanto en ese balcón». Me dijo «ah, voy a ver si algún

día de estos me tiro». Tenía por ahí ocho años. Me senté a hablar con él y me dijo por qué lo quería hacer.

Entonces, yo llamé a la línea 123 y le hicieron seguimiento. El niño se lo entregaron a la mamá y no volvió. Son denuncias que uno puede hacer anónimamente. Pero sí me queda como la satisfacción de haber evitado que ese niño se tirara de ese balcón. Lo hice yo porque es que yo pienso en mis hijos, yo no quisiera que otra persona me los maltratara, aunque ya ellos están grandes. He tenido jóvenes, mujeres jóvenes viviendo en mi casa, que también las he acogido. Yo no soy rica, pero las he acogido. ¿Por qué? Porque es que, si no tienen dónde vivir, yo lo hago por mis hijos. El día de mañana, Dios no lo quiera, yo no esté y alguien les brinde esa misma mano a ellos, que les dé una vivienda y que ellos se pongan en la tarea de colaborar, pero que tengan un techo de dormir.

Eso he hecho yo con varias chicas, algunas han sido novias de mis hijos, han vivido en mi casa y, cuando se van, saben que aquí tienen las puertas abiertas. Pero es como dejar ese legado de que yo no puedo ser egoísta, yo no puedo estar en una organización por un beneficio propio. Que yo esté en una organización, en un escenario de participación, porque me gusta estar ahí, porque me gusta ayudar a la gente. No para estarle sacando plata a la gente, no para estarla extorsionando. Y esas personas que usted ha tocado se han convertido en líderes.

Del niño yo no vuelto a saber. Las chicas que han vivido en mi casa, pues hay una que hace poco se fue y está terminando el bachillerato, hay otra que se organizó bien organizada, con otra niña. Han ingresado jóvenes al colectivo de mujeres, que es lo que queremos hacer. Tenemos nuestro propio logo. No estamos legalmente constituidas porque es que afiliarse a la Cámara de Comercio lleva costos. Yo soy la que siempre ha estado ahí para que este grupo no se acabe; yo busco capacitaciones, busco reuniones, busco una cosa y la otra. En este momento, estamos haciendo como el décimo curso de marroquinería, porque hicimos ocho cursos en años anteriores. Pero nosotros queríamos era aprender a hacer cosas pequeñas, o sea, hacer manualidades, pero pequeñas, porque a mí como Junta me donaron seis bultos de retales de cuero, pero son pedacitos.

Tenemos en este momento un profesor muy bueno, ya hicimos los primeros monederos e hicimos varios llaveros con esos retazos. Es aprender a hacer eso. Queremos aprender a hacer estas manualidades pequeñas porque queremos crear nuestra propia marca como colectivo de mujeres. Un emprendimiento.

Con estas mujeres toca todo el tiempo insistir y no desistir. Todo el tiempo las animo para no dejar caer el colectivo. Yo a ese grupo lo quiero mucho porque con ese grupo fue que yo aprendí hoy en día a ser lo que soy. También, tuvimos una huerta comunitaria como Junta de Acción Comunal. Llegó la pandemia y demandaron a una invasión al pie de la quebrada, pero como la invasión está tapada con la hierba, llegaron y vieron lo de la huerta y se nos llevaron la huerta. Ahí se nos acabó la huerta.

Hace tres años tuve un accidente de tránsito. Estuve cuatro días en coma. Tengo varias secuelas. Yo dije que con ese accidente me retiraba de todo, pero no soy

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

capaz. Incluso, el neurólogo me recomendó empezar a asistir a los grupos que estaba acostumbrada porque quedarme encerrada en la casa era peor. De este accidente quedé con un tumor en la cabeza, con vértigos, dolores de cabeza y pierdo el olfato y el gusto. Sin embargo, yo estoy todavía con lazo comunal, todavía con el colectivo, todavía con la Mesa de Víctimas. O sea, estoy constantemente en eso.

En este momento con la Mesa estamos mirando qué jóvenes necesitan la libreta militar para direccionarlos y que puedan hacer esa vuelta y nosotros mismos poderles hacer ese seguimiento. De los tres hijos que tengo, tres pagaron servicio militar, sin embargo, yo les dije que les ayudaba para que hicieran la vuelta de la libreta. Cada uno dijo que no, que no les quitara ese sueño. El mayor prestó servicio en el Ejército, el otro prestó servicio en la Marina y el niño actualmente está también en el Ejército, pero este sí quiere continuar su carrera ya.

Para finalizar, yo le diría a una persona que esté en ese estado que busque ayuda. Uno, con una persona de esas como yo lo viví, hay que colocarse en los zapatos de ella. En una reunión me decía una compañera que era que a la persona le gustaba, pero no, a nadie le gusta que lo maltraten, a nadie le gusta que lo traten mal, que lo estén controlando, simplemente, hay que ponerse en los zapatos de que hay varios factores, uno de ellos es el factor económico, el factor afectivo.

Yo les recomiendo que busquen ayuda, que se busquen los grupos de apoyo que hay en las comunidades, hay grupos juveniles, hay grupos ambientales, organizaciones sociales, juntas y acciones comunales. Ayuda en todas esas entidades porque hay mucho por donde uno capacitarse, en donde uno aprender a valorar sus derechos como mujer para uno saberse valorar

Una vez, mi esposo me dijo que desde que nos separamos él ha tenido cinco mujeres y que yo nada. Yo le respondí que tengo tanto amor propio que no necesito un hombre para vivir bueno. Me voy para donde quiera, me levanto a la hora que quiera, me como lo que quiero, no tengo necesidad de tener a un hombre al lado mío. Yo me separé hace tres años y vivo felizmente separada. Vivo súper bueno, me gusta mi liderazgo porque yo no quiero que nadie me vaya a quitar eso.

Glosario

Memoria

Dolor.

Perdón

Yo digo que es una palabra muy grande. Perdona el que verdaderamente lo siente, pero si no perdonamos, vamos a cargar con esa rabia y con esa ira en el alma y eso es peor.

Paz

Es la paz interior que uno siente cuando uno ayuda al otro, que uno sabe que ese otro se benefició por una ayuda que uno le pudo hacer. Lo digo por la vicepresidenta de la Junta de Acción Comunal, al estar en la Mesa, se le pudo pagar el apartamento como víctima y, estando ella haciendo la última vuelta, ella fallece. Pero fallece tranquila porque queda su casa al día, tanto con el pago del predial como con el pago del apartamento porque ya le van a hacer lanzamiento.

Reparación

Ay, esa palabra ojalá se cumpla, que todas las víctimas puedan tener esa reparación, tanto mental y psicológicamente, como lo necesiten porque yo creo que uno perder un hijo por conflicto armado, no sé si uno pueda superar eso con una reparación, porque cualesquiera cinco millones de pesos que le den a uno no le va a revivir su hijo. Yo no lo he vivido, pero perdí una niña de seis meses de embarazo. Todavía me duele, pero yo no me imagino perder un pelado de esos ya grandes en una guerra tan absurda.

Alegría

Alegría la que siento hoy en día de ver a mis hijos ya criados. Que uno de ellos sea como ese bastón que me manda Dios, porque este niño conmigo ha sido todo, desde el momento en el que él empezó su liderazgo, él ha estado ahí conmigo en todas las reuniones, en todas partes y hoy en día está en el Ejército. Entonces, yo digo que esa es la mayor alegría que uno puede tener: darles ese buen ejemplo a los hijos y encontrar al menos en uno de ellos ese apoyo.

Sanación

Sanación. Yo creo que esa sanación la necesitamos todos. Pero que muchas personas se dejan llevar por el odio, la rabia y la ira, y eso no les deja sanar.

A mí, el papá de mis hijos me hizo mucho daño porque yo al tomarme todas esas pastillas por esa situación, yo le busqué ayudas a él. Yo decía que yo a él no lo iba a perdonar, pero de una vez pensé que, pues, yo no me gano nada con eso, que él haga su vida y yo la mía. Hubo un tiempo que fue difícil porque era la pelea

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

constante sobre la cuota que tenía que dar, le embargaban el sueldo y se salía de trabajar. Ya salió con la pelea de que quiere el apartamento, pero el apartamento no lo puede pelear porque es una herencia de mi mamá. Él por donde ve, se mete para tener que hablar conmigo; yo veo el celular y es él, yo no contesto, no quiero tener rabia.

Medellín

Medellín es la capital de la eterna primavera. Es lo mejor que hay en Colombia. Medellín es un país, es un departamento, es una ciudad a la que llegan todas las víctimas del conflicto. Acá en Medellín hay muchas víctimas de conflicto que han venido de otro municipio. Si a mí me dijeran que si me quiero ir para otra parte, yo diría que no. Cuando me desplazaron de La Aurora, me dijeron que pidiera asilo en otro país, y yo me negué.





Teresita Gaviria

Mi nombre es Teresita Gaviria, soy la directora y fundadora de la Asociación Caminos de Esperanza Madres de la Candelaria, una organización que nació el 19 de marzo de 1998 a raíz de tantas desapariciones que se estaban presentando en el país; aunque como yo estaba en Antioquia, estas eran las desapariciones que más me interesaban a mí.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Desde ahí arrancamos nosotros a trabajar en busca de desaparecidos. En un corregimiento de Betulia habían matado siete familiares de nosotros, todos primos. Pero a mí no me importaba tanto hasta que mataron a mi papá, hasta que mataron un hermano mío, hasta que desaparecieron otro hermano mío, hasta que desaparecieron al hijo mío; eso sí fue muy... mejor dicho, eso fue como quien dice: «tóquese, ¡por Dios!, que esto no puede seguir pasando». Desde esa fecha, el 5 de enero de 1998, que desaparecieron a mi Cristian Camilo, comencé a trabajar buscando a los desaparecidos.

Para mí eso fue mortal, yo creo que eso fue lo que despertó como las ansias mías de buscar. Allí encontré yo otras madres que lloraban... como a doña Leonor Carrillo que viene de Bucaramanga. Encontré a muchas madres que lloraban, desconsoladas y me decían: «¿qué vamos a hacer, señora Teresita?». Yo era funcionaria del Estadio y entonces yo renuncié, yo dejé eso tirado y me vine a buscar lo que me habían quitado, lo que me habían robado, que era mi hijo amado. Yo no podía continuar, entonces abandoné ese puesto, dije: «líquidenme si quieren, pero yo me voy».

A partir del 19 de marzo de 1998 estoy de cuerpo presente, yendo a todas las fosas comunes... ya te das cuenta. Por ejemplo, hoy una señora me invita para San Antonio de Prado... pero yo tengo que ir primero tocando puertas. Ese es el interés de nosotros, que a estas víctimas les brindemos acompañamiento, incluso con psicólogas, porque la señora está destruida. A pesar de que su hijo ya es mayor de edad, tiene 18 años... ella no ha podido resignarse y tendrá que seguir...

Entonces mira que es una situación muy difícil la de nosotros. Yo no busco ser más lideresa, yo no busco eso... el liderazgo me lo conseguí por el perrenque que le puse a esto, por el amor que le puse. No fue porque quería ser líder, sino que nació de las mujeres del 99. En el 98 desapareció mi hijo y en el 99 empezamos a trabajar. En el 97 habíamos ido a Argentina, mi familia y yo... porque como yo ganaba tan buena plata... Yo no sabía ni qué hacer con mis hijos y para darles un gusto me dio por ir a Argentina.

Allá conocí las mujeres de la Plaza de Mayo y allí me di cuenta de lo que ellas estaban pasando. El niño que se me perdió al año siguiente, Cristian Camilo, me dijo: «¡ay, mamá!, será que las viejitas son loquitas». Cuando yo me acerco y pregunto: «señora, qué les pasa», esa señora me pegó una vaciada... Me dijo: «ché, boluda, ¿qué te pasa? No ves que...». Y bueno, me contó en diez minutos lo que estaba pasando con ella y eso para mí fue un referente.

Cuando mi hijo se pierde al año siguiente, eso fue para mí la tortura más grande... Esas pobres mujeres, yo diciendo que eran locas, que no sé qué... Dios mío y hoy loca estoy yo. Y ahí nacieron las madres de la Candelaria, el 19 de marzo de 1998. Eso ha sido un trabajo enorme porque nosotros primero pensamos en el ser humano.

Cuando a mí me tocó eso yo pensé en escoger tres cosas: la primera, tirarme a las drogas, al vicio; decía: «yo quiero morirme borracha, vuelta, nada, yo no quiero nada en la vida»; segundo, buscar ayuda; tercero, buscar un psicólogo. Entonces

me metí a una cantina y dije: «me hacen el favor... media para mí»; y yo haciéndome la fuerte... pero eso no era lo mío. Busqué ayuda, y encontré a monseñor Armando Santa María, de la Iglesia de la Candelaria, y le pedí permiso para que me dejara estar ahí, y él me dijo: «ustedes pueden hacer lo mismo que hacen las mujeres de la Plaza de Mayo». Y yo le respondí: «hace un año vengo de allá y hoy estoy atravesando mi dolor... ¿Yo qué hago, padre?». Y ya había otras dos mujeres que también me acompañaron en esa época, que también habían perdido a un hijo; una a su hija en la Comuna 13 y la otra a un hijo en la Comuna 1, en Santo domingo, eran unos barrios muy peligrosos... y las tres empezamos. Pero yo quedé solita, aquí solita luchando por las mujeres, luchando porque a las mujeres se les dé, haciendo estrategias de recuperación emocional... Son 18 años de liderazgo...

El liderazgo va naciendo poco a poco según lo que se vaya demostrando, pero a las mujeres hay que acompañarlas siempre, en las buenas y en las malas. Ellas entregan todo a la búsqueda de sus muchachos, de sus familiares, y en ese acompañamiento siempre tenemos que estar pendientes. Yo no me mantengo sino en la Fiscalía y en la Defensoría, haciendo vueltas de ellas y yendo para la JEP, por eso mantengo tan ocupada.... Así sucesivamente... Que vamos para la Unidad de Búsqueda de Personas Dadas por Desaparecidas; que vamos para allí; que tenemos un evento en la Casa de la Memoria...

Bueno, fui la niña consentida de la casa, la que le buscaban los mejores colegios en Urrao. Primero está mi hermano, y la única mujer era yo, después seguían otros dos muchachos. Estuve interna en la Normal de Señoritas, ahí estudié mi primaria y bachillerato. Le dije a mi papá: «quiero estar interna porque no quiero estar con esas solteronas de tías suyas», y por eso me fui de interna.

Luego me vine para Medellín... No... Luego nos desplazaron de allá, nos quitaron las fincas en un punto que se llamaba la Altamira. Mi papá dijo: «no, vámonos de aquí, vámonos». Arrancamos todos... nos vinimos para Medellín sin saber dónde íbamos a caer muertos. Llegamos a una parte que se llama Carambolas y allá nos metimos en una casita que tenía una tía de nosotros, hermana de mi papá.

Cómo le parece que yo no me podía adaptar a esa vida... ninguno se podía adaptar a esa vida. Volteamos de allá para Castilla y de Castilla nos dijo mi papá: «vamos a cambiar la finca de Urrao por un lote aquí en el Poblado», que era un barrio común y corriente, como decir Castilla. Ahí vivimos 22 años, después empezaron un traque, traque; yo dije: «papá, eso son papeletas», y dijo: «no hija, son los mafiosos».

Y después nos sacaron...

Ya estábamos en Necoclí y allá también se empezó a escuchar lo mismo, eso fue en el 94. Y mi papá dijo: «ustedes verán, quédense aquí». Porque la casita era una casa finca; teníamos hasta vacas y todo. Nosotros nos quedamos ahí. En el 98 ya habían matado a mi papá. Ya habían desaparecido a mi hijo, a él lo desaparecieron el 5 de enero del 98.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria



Después me llamaron y me dijeron: «que se me van de aquí». Me hicieron firmar en la notaría... Me dijeron: «me da las escrituras de donde su papá... haga sino firmar usted...». Y nos quedamos en la calle. Pero sabes una cosa, conocí la pobreza, conocí la humildad, pero también conocí estas mujeres tan lindas que hoy me acompañan, 800 mujeres.

Luego mataron a un hermano mío. Lo mataron cuando fue a darle vuelta a la casa en Necoclí... y la cabecita de él la pusieron en una estaca del alambrado... El señor Pedro Gaviria, que nos ayudaba mucho —era muy leal con mi papá—, dijo: «¿cuándo van a venir ustedes a enterrar a Manuel Salvador? Mandé al trabajador, le dije: «vaya mijo a enterrar a Manuel Salvador que está en una estaca», y me respondió: «¿y si me matan?», entonces yo le dije: «¿y quién va?» Fue y también lo mataron... Quedaron los gallinazos, le sacaron los ojitos a mi hermano y ya.

Fue una tragedia hermosa, porque nos ayudó a crecer y a valorar más la vida y a valorar más al ser humano. Por eso yo cualquier cosa, cualquier estrategia, la aprovecho y ya ahí me voy de pegajosa... porque yo voy aprendiendo mucho con lo que veo.

Fui administradora de empresas. Por eso entre el Estadio, me presenté allá y pasé. Un alcalde de Medellín me la hizo, dijo que yo había ocupado el primer lugar, pero nombró a una persona amiga de él, entonces me fui para Bogotá y peleé. Trabajé 19 años. Y, cuando ya nos pasó lo que nos pasó, yo le dije a Luis Pérez que iba a entregar el puesto; y me dijo: «bueno, entrégueme el puesto»;

le dije: «sí, señor, porque yo ya no doy pie con bola»; me respondió: «sí, yo lo necesito para unos amigos míos». Yo era la única secretaria en toda la Unidad Deportiva Atanasio Girardot. Me tocaba todo el trabajo. Cuando ya entregué el puesto, pusieron secretaria para cada deporte, por atletismo, por baloncesto, por todo... Pero a mí no me disgustó; le dije: «tranquilo doctor que me soltaste las cadenas de las manos y los pies para salir a buscar mi muchacho». Él me preguntó: «¿cuánto tenía tu muchacho, tu hijo?», y le respondí: «¿qué importa? No te importa si no el puesto para tus amigos. Tranquilo doctor, ahí le dejo». Cogí todo y me fui. Yo estuve en la Liga de Alemania, Hamburgo, estuve en Berlín, estuve en Buenos Aires, Argentina, recibiendo reconocimientos porque era muy buena empleada. Qué no hice.... He tenido muchos reconocimientos porque he sido muy buena líder.

Si usted me dice a mí: «vamos a hacer una suma», me muero de risa, porque a mí me dieron varios infartos. Cuando mataron a mi papá me dio uno, cuando mi hijo se desapareció me dio otro. ¡Ay no!, eso era una cosa horrible. Yo sentí este corazón que se me salía. Mi madre había muerto, a ella también le tocó la guerrilla, pero ella se logró volar para Medellín hacía mucho tiempo y ahí empezó la tarea de nosotros. Ahí se fue desmembrando la familia y hoy contamos con apenas cinco hermanos. Mi papá tuvo dos hijos por fuera, pero no los reconoció, pero yo lo reconocí. Les dije: «muchachitos a ustedes les toca la finca de Necoclí», y ellos me respondieron: «ay, pero allá nos matan»; entonces les dije: «no, esperen que pase la borrasca».

Mi hermano sí se quedó en el poblado. Él tiene varias farmacias y nos ayudó a conseguir casitas, y luego cuando empecé este trabajo ya nos sacaron hasta de las casitas. Pero aquí estamos dando la lucha, dando la vida por los desaparecidos, bregando a visibilizar los desaparecidos, bregando a que las mujeres consigan un empleo, bregando a que las mujeres estudien, que las mujeres trabajen con todas estas estrategias para que puedan salir adelante.

Muy duro todo esto. Entonces, ¿qué hice? Yo me fui a las universidades, a la Luis Amigó, a la Bolivariana, de donde han salido mis hijos, a la de Antioquia, y le dije a los señores, a los profesores de psicología y psiquiatría para que me atiendan, me dieran los estudiantes del último semestre para las mujeres, para que ya no lloraran tanto. Ellas me decían: «yo prefiero morirme». Y entonces ahí vinieron todas las universidades, hasta la EAFIT. A los muchachos que están en el último semestre los traen aquí.

Ya después hicimos las vueltas de la personería jurídica. Un señor me dijo: «haga las vueltas para que sea reconocida usted», y ya en el 2006 me gané el Premio Nacional de Paz. Fue un dolor de cabeza, porque todo el mundo me tiraba piedras en los balcones; decían: «eso me correspondía a mí, y no sé qué...». Me otorgaron el Premio Nacional de Paz por ser una mujer resiliente, por trabajar la reconciliación, por aportarle mucho a la paz. Mejor dicho, fue una cosa maravillosa. Entonces me lo gané y ahí me gané 70'000.000 y compramos la oficina de allá. Compré mercado para las mujeres —ya había 35 mujeres— y con ellas me fui para Bogotá

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

a recibir el Premio Nacional de Paz, porque las quiero como mis hermanas, como mis hijas y esos hijos que tienen desaparecidos son mis nietos.

Entonces, hija, así nacieron las Madres de la Candelaria y así seguimos trabajando, unidas. Han venido otras organizaciones a decirnos: «vengan para acá que nosotros vamos mucho a la unidad de búsqueda, y usted sabe que no van a encontrar de la noche a la mañana las personas»... y yo voy hasta donde se perdió el muchacho, voy allá, miro bien el trabajo, dónde más o menos se los enterraron y con una pica y una pala, sacamos, sacamos hasta identificar esa fosa, y luego vamos a la Fiscalía, y le decimos a los antropólogos: «ahí tienen ustedes». Le dio mucha risa al último fiscal, Hernández, y le dije: «¿qué más quiere mi cristiano? Ve a, ahí se asomó un dedo del muchacho», y me dice: «¿qué?»; y le repito: «ahí se asomó un dedo del muchacho. Está así, están los mero huesitos, pero ahí está» Y entonces hasta allá volvemos con el fiscal. Ya nos han entregado 113 personas. Pero bueno, hay que tener mucha paciencia.

Mira, el reto más grande para mí es ver a mis mujeres organizadas, eso es para mí lo fundamental. Tengo mujeres que todavía están por ahí rodando en casitas... En fin... ese el reto, que mis mujeres terminen de estudiar y conseguir vivienda digna para ellas, porque yo clavo unos palos en una pared y lo forro en plástico y las meto ahí. Pero eso no es una vida digna, no es dignidad para una mujer que lo perdió todo... mujeres que tenían haciendas, que tenían casas en los pueblos, en los municipios, que tenían de todo, que tenían los hijos estudiando y de un momento a otro se fueron de allí. Ya tengo diez que están estudiando en la Candelaria con unos sacerdotes. Eso es lo principal, que esta organización sea el día de mañana lo máximo.

Yo no necesito que me saquen a mostrarme a mí; lo que necesito es mostrar a las mujeres, su dolor, y que ellas sepan defenderse, que puedan recuperar todo lo que perdieron, porque a todas les han violentado sus derechos: el derecho a la vivienda, a la salud, a la educación, a tener una vida digna... mejor dicho, a todo, porque después de que las desplazan las siguen buscando para matarlas.

Y mi gran esperanza... Visibilizar a los desaparecidos... Es lo más grande que tenemos nosotros, la esperanza más grande... Porque la esperanza no se ha muerto, la esperanza sigue viva en nosotras, las víctimas, que tenemos los hijos desaparecidos. Yo no tengo que inventarme ningún cuento porque todo lo tenemos bien archivado, todo esto lo hicimos nosotros.

La construcción del árbol de la vida fue en la cárcel de máxima seguridad. La construcción del mapa la hicimos nosotras. Todo, todo, todo es el fundamento de las muchachas, de las mujeres... serán mis hijas para siempre.

Mira, porque cuando nosotros empezamos a arrimarnos a la cárcel de máxima seguridad, íbamos llenas de odio, de rencores. Pensaba que si a mí me daban la oportunidad me le lanzaba a ese tipo y me lo mascaba entero. Pero No... Llegamos allá y lo que vimos fue unos señores, unos seres humanos que nos miraban con ese miedo... así como quien dice: «esta señora qué me irá a decir delante de todo el mundo, delante de los fiscales». Había una cosa grande en la cárcel de máxima

seguridad; estaba la Personería, la Defensoría, la Fiscalía y la Procuraduría... y llegamos nosotros como unas reinas. Y ellos tenían más miedo que vergüenza, y empecé a hablar. Empecé a hablar, a hablar y a hablar y a ayudar. Entonces dije: «¿yo qué tengo que decir contra ustedes...? Ustedes el día de mañana van a salir de aquí y si hablamos de perdón me acompañarán». Y se levantó don Julián Bolívar y dijo: «Doña Teresita, me permite un momentico para a darle un agradecimiento por esas bellas palabras que usted nos acaba de dar, el amor que usted nos está dando...». Porque yo cogí y los abracé a todos: a Mancuso, a Julián Bolívar, a don Berna, a todos. Y les dije: «es hora de que parés la guerra», y ellos me respondieron: «sí, señora, sí, señora».

Ese día salí de allá con el corazón lleno de amor y en fin... Ellos me despedían y lloraban, y yo también. Aproveché y les pregunté: «¿qué tal mi hijo aquí... en sus filas?». Porque una señora había dicho: «el hijo de esa señora está en las filas de Ramón, porque ella ha sido toda la vida muy ofensiva, y que él sufría mucho en la casa y que no sé qué». Yo contesté: «si mi hijo amado está en las filas, lo prefiero muerto que causándole un dolor más grande como el que me pusieron a mí». Le tapé la boca a la señora, me sigue odiando, pero no me importa, a mí me importan son las víctimas.

Pero nosotros también salimos de allá muy tristes... muy tristes, porque los dejamos allá. Allá estamos dejando los hijos, allá estamos dejando unos hermanos, a unos seres humanos. Yo adopté unos muchachos para ser la madrina y mi compañera Lola adoptó tres.

Esta organización es una escuela para muchas personas. No había nacido las Mujeres Caminando por la Verdad, nada. No estaba si no ASFADDES, que fue un referente para mí, junto con las mujeres de la Plaza de Mayo.

Entonces mira, esa es la esperanza que tenemos nosotras, que sigamos visibilizando la desaparición forzada, que no vengan ahora con el cuento de que vamos a hacer un acto simbólico. ¿Es que acaso hasta ahí llegó mi dolor? No, no. Con el apoyo que tenemos nosotras hoy con la segunda casa de nosotras, que se llama Museo Casa de la Memoria, con ese apoyo que tenemos aquí, con ese tenemos.

Ahora nos está ayudando un poquito Carlos Arcila, el secretario. Pero la verdad es que yo me siento más cómoda con Vieco, porque fuimos la primera organización a la que llamó cuando se posesionó como director. Me hace el favor y me le lleva un abrazo, un beso y dígame que lo queremos mucho.

Te voy a contar una anécdota muy triste, muy horrible. Yo me fui con siete mujeres para San Luis. En esos días habían matado a unos choferes que desobedecieron al paramilitarismo. Nos invitaron a la gente del oriente a hacer una caminata y de ahí de donde nos dejaba el bus de la autopista Medellín-Bogotá subimos a San Luis... allá hay una subida de siete kilómetros.... Antes de salir yo preparo a las muchas, les digo: «muchachitas la que no cojan la guerrilla o el paramilitarismo, se vuelan a buscar ayuda». Y cuando estamos sentadas en el cordón de la carretera, tomándonos una agüita, yo le dije a Leonor: «muchacha, tranquila; no te preocupes

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

que vamos muy bien», y me respondió: «Ah, bueno, señora, tranquila». Cuando veo algo y les digo: «muchachas, una hojarasca ¿Recuerdan las recomendaciones?» Solo respondieron: «¡Ay!, qué susto».

Yo qué miro así, cuando veo unas botas ahí paradas, y cerré los ojos y dije para mí: «ánima de mi hijo, no me dejes pasar nada». Como el señor de las botas nos miraba y tenía el uniforme camuflado y una toalla, le dije: «ay, hola don Tiro Fijo». Entonces me metió un par de punta pies. Las mujeres salieron corriendo y yo caí lejos. Pensaba: «¡Dios Santo!, ¿sería que estoy muerta?». Pero me eché la bendición y dije: «no, no estoy muerta porque me estoy echando la bendición». Entonces yo seguí rodando hasta que estuve lejos y le di las gracias al Señor. Comencé a caminar por una travesía y llegué a una marranera... así, agachadita... Un marrano me mordía, y me ensucié toda de popó. Luego salió una señora con el tabaco para adentro y dijo: «¿quién anda por aquí?»; y con un temblor... con el cuerpo lleno de rila, le respondí: «yo, señora, yo»; me preguntó: «¿y a usted qué le pasó?», y le respondí: «señora, allá en el parque están unas mujeres, con esta blusa, rezando junto al atrio de la iglesia; deben de estar allá para no perderse, llámemelas». Se fue esa señora y me las llamó.

¿Pero sabe quién era ella? Era la mamá del alcalde de allá, que era paramilitar. Llegaron mis mujeres y una dijo: «ay, señora, y para dónde nos lleva usted, que vea que nos mataron la madre». Apenas me vieron ellas salieron a la carrera diciendo sorprendidas: «¡ay!, Teresita, qué es eso... el alcalde está celebrando que la mataron». Yo les dije: «muchachas, volémonos, volémonos». Salimos voladas.

Caímos en la carretera y de la carretera nos salimos para abajo, allí había un agua limpiecita en donde me metí para bañarme. Dejé la ropa, me puse una sudadera que llevábamos en la maleta de una de ellas y arrancamos para Medellín, río abajo. Nos quedamos ocho días en esas. Cuando llevábamos un día caminando, un señor que se estaba bañando nos preguntó: «ustedes para dónde van... y por el río...»; le respondimos: «vamos para Medellín», y nos dijo: «no, no, devuélvanse».

Esa es la anécdota más triste que me pasó a mí... Cuando ese señor, que era paramilitar, me metió la patada, dijo: «cuál, Don Tiro fijo».

Después me lo encontré en la cárcel y me dijo: «¡ay!, doña Teresita, ¿usted me va a perdonar?», y le respondí: «claro, hijo; vas a salir y me vas a ayudar a buscar a mi hijo». Cuando un día me llamó un abogado que había de los paramilitares y me dijo: «¡ay!, mataron al pupilo suyo». Lo tuvieron que enterrar otros compañeros porque no tenía familia. Qué pesar... yo ya lo había perdonado.

Un recuerdo muy valioso es cuando ganamos el Premio Nacional de Paz. Para mí eso fue el orgullo más grande... y lo tenemos todos. Aunque me trajó muchos problemas... La Universidad de México UNAM y otra, la de Ciudad de México, me nombraron doctora honoris causa. Además, Sergio Fajardo me llamó ciudadano ejemplar.

Entonces yo eso lo tengo todo ahí, porque realmente para mí ese es el mayor orgullo. Cuando salí del estadio igual... Me nombraron «la secretaria estrella» no sé qué. En esa época no había tanto problema en el estadio... a los equipos los tenía juntitos. A los del Medellín los hice cambiar de lugar con los del nacional y

en la cancha los uniformé, les decía: «usted se pone la camiseta de fulano, usted se pone la camiseta de perano...», incluso hice eso con los hinchas y todos. Pero dígamelo ahora que la gente se ha rebelado hasta contra la policía...

Mira, tengo una junta directiva muy bien conformada: tenemos una secretaria que fue una maestra a la que le mataron a su esposo en el Urabá, una vicepresidenta que es la señora que está ahí, una muchacha tesorera y también a un fiscal. Somos cinco personas y bueno, yo voy delegando. No le digo a nadie: «mando», no, voy delegando, voy diciendo: «usted, hija, me puede reemplazar en tal parte, y usted hija me puede reemplazar en tal otra», y así van ellas.

Es que esto es una organización muy bien conformada, nosotros tenemos la oficina que compramos con el Premio Nacional de Paz... y también esta parte de aquí. Cuando lo del premio me llamaron del INDER para que me vinculará nuevamente. Me dijo Mauro Palacio:

—Véngase, Teresita que ustedes ganaron.

—¿Qué gané? Yo no gané nada.

—Claro que ganaron mucho: el reintegro.

—Sí, doctor, pero si me hace el favor y me da una oficina allá para reunirme con mis peladas.

—Ah, bueno —me dijo.

El día que me llamaron para firmar el contrato me preguntó el doctor:

—Bueno y las muchachas qué edades tienen

—Pues la más joven tiene 45 años y la más vieja tiene 92 —le respondí.

—Usted me va a poner aquí un asilo:

—Deme la platica que yo me voy.



CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Con esa plática compré esto y los colchones para mi hermana y su hijo, porque dormíamos en el suelo todavía... era el 2007... También compré el colchón para mi hijo, el único que me quedaba; a él lo tenía escondido en una cueva, por allá donde unas tías mías, porque le daba miedo que la gente fuera a sacarlo de la casa. Ahí lo tuve un año.

Entonces con eso compré lo de mi casa... no teníamos nada... pero así crece uno... tanto interiormente como exteriormente... así se aprende a valorar y a creer en el ser humano... aprende el amor tan grande que uno debe tener por el otro. Eso lo vivimos, por ejemplo, en la cárcel y eso nos pasa en toda parte.

Una vez hablamos con el anterior alcalde para ver si sacábamos a algunos habitantes de calle del sector de las oficinas y nos abandonó por completo. No me importó porque sé que él no tenía obligación con los habitantes de calle, pero con nosotras sí... no nos ayudó en nada. Ellos están volviendo a resultar... nos mandan saludos, pero ya no me interesa, porque un tipo de persona como esa no vale la pena tenerlo ni siquiera en el celular. No me interesa. Me interesa es contemplar a mis mujeres, porque sé que todas ellas tienen necesidades.

Ya después de mucho tiempo dos hermanitos de nosotras cayeron de cáncer... Entonces les tengo que dedicar mucho tiempo... Ya sea un día, un fin de semana o una semana me voy a dormir donde el hermanito y otro fin de semana con mi hermanita. De la casita esa que nos dejaron nos sacaron... Estamos pagando arriendo... Yo me logré pensionar; yo reparto mi pensión para pagar la administración y para conseguir el almuerquito de los que quedamos aquí.

Glosario

Memoria

Yo creo que debemos tener muy presente la memoria. El que no cuenta su historia está condenado a volver a repetirla. Y creo que es como un deber de toda persona que cuente lo que nos pasó... que cuente cada una lo que le pasó... eso es lo más importante. Yo no hablo por ninguna víctima, yo hablo por mí misma, cada víctima va contando su historia.

Perdón

Lo más importante: perdonar. Perdonar es el valor más grande de una víctima porque estamos perdonando lo imperdonable que es la muerte y la desaparición de un hijo. Y también la paz. ¿Quién no quiere la paz? Nosotras trabajamos en la cárcel el perdón y la reconciliación para poder llegar a la paz. Para hacer un aporte fundamental a la paz.

Paz

Quisiera que en este país trabajáramos por el bien del otro. Que todos comprendiéramos a los demás, que nos diéramos cuenta de que el otro necesita de mi acompañamiento, de mi comprensión, de mi compasión para cada uno de ellos. Que no seamos tan egoístas. Mira, yo tengo esta camisa que me dio una señora que un día vino y me dijo: «Teresita, no tengo si no esto, es que me tengo que presentar mañana a una entrevista. Me van a entrevistar para trabajar en un almacén»; entonces le dije: «cambiemos». Eso hacemos nosotros.

Reparación

La reparación, la mejor reparación para nosotros es la verdad... ¡Ay!, es que yo creo que si yo me pongo a llorar todos los días me acabo emocionalmente... pero para mí la alegría es lo más importante. Mira tú, a diario me ves así: sonriente; yo saludo a la gente y les digo: «cómo estás, cómo te ha ido, vení, tal cosa...». Yo soy muy alegre. A mí me insultan en la calle —me mandan a insultar porque no tienen ni siquiera la capacidad de insultarme personalmente— y yo digo: «Ah, bueno, gracias».

Sanación

También me parece la sanación interior muy importante. Mira, nosotros tenemos que entender que siempre tenemos un Dios y que nosotros si tenemos una sanación interior podemos expandirla, llevarla a otras personas para que aprendan a vivir en paz, sanamente. Sobre esas personas nosotros queremos saber qué les duele, por qué están sufriendo tanto... Entonces, para nosotros es muy importante la sanación interior.

CONVERGENCIAS

Museo Casa de la Memoria

Medellín

¡Ay!, Medellín... ¡qué es esa belleza! Para mí Medellín es la ciudad más bella de Colombia. Un día de estos le mando por ahí un disco que dice: «qué lindo es vivir en Medellín». Qué bueno vivir en Medellín, tan lindo.

CON
VER
GEN
CIAS

CON VER GEN CIAS

Liderazgos que construyen
paz y memoria

